

TRUDI CANAVAN

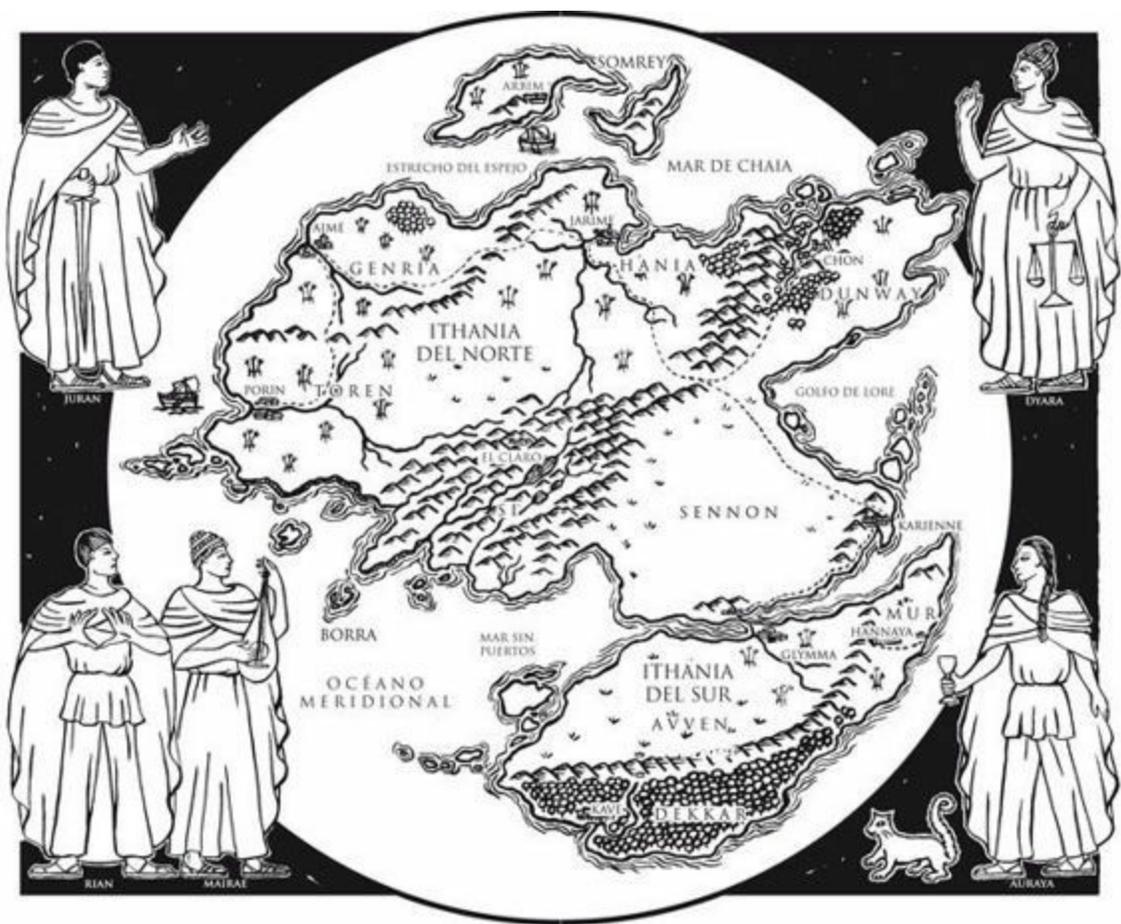
LA VOZ DE LOS DIOS

LA ERA DE LOS CINCO DIOS, III



FANTASY

*Para mi padre, «Wink» Dauncey,
a quien le encantaba hacer cosas*



Prólogo

Un hombre cruzó tambaleándose la puerta del hospital, estaba herido. Tenía el rostro y la ropa cubiertos de sangre, que le goteaba entre los dedos con los que se apretaba la frente. Cuando los ocupantes del vestíbulo lo vieron se hizo un silencio, pero el ruido y la actividad no tardaron en reanudarse. Ya se encargaría alguien de él.

«Al parecer esta vez me ha tocado a mí», pensó la sacerdotisa Elareen mirando a los otros sanadores. Todos los otros sacerdotes y los tejedores de sueños estaban atareados, aunque el tejedor Fareeh había tardado menos de lo previsto en vendar el brazo de su paciente.

Cuando el recién llegado la vio acercarse, pareció aliviado.

—Bienvenido al hospital —dijo ella—. ¿Cómo te llamas?

—Mal Aperador.

—¿Qué te ha pasado?

—Me han robado.

—Déjame ver. —El hombre permitió a regañadientes que ella le apartara la mano de la frente. La sangre manaba de un corte profundo que llegaba al hueso. Ella volvió a cubrirle la herida con la mano—. Necesita unos cuantos puntos.

El hombre dirigió la mirada a la tejedora de sueños más cercana.

—¿Lo harás tú?

—Sí. Por aquí. —La sacerdotisa reprimió un suspiro e hizo una seña al

herido para que la siguiera por el pasillo.

No era la primera vez que un paciente solicitaba ser atendido por un sanador circuliano, pero no era habitual. La mayor parte de la gente que acudía al hospital estaba dispuesta a aceptar la ayuda de cualquiera. Los que no se fiaban de los tejedores de sueños iban a otro lugar.

Los tejedores no tenían el menor reparo en trabajar con sacerdotes circulianos y viceversa. Todos sabían que estaban curando a gente que de otro modo no habría recibido ninguna ayuda. Pero un siglo de prejuicios contra los tejedores de sueños no se podía borrar en unos meses. Ella no esperaba que fuera así, ni siquiera lo deseaba. Los tejedores no adoraban a los dioses, de modo que sus almas morían junto con sus cuerpos. Ella les tenía un gran respeto como curanderos —nadie que hubiera trabajado a su lado negaría haber quedado impresionado por sus conocimientos y habilidades—, pero su opinión desdeñosa y suspicaz sobre los dioses la irritaba.

Tampoco aprobaba la intolerancia ciega. La tendencia de ciertas personas a sentirse amenazadas por los que eran distintos hasta el punto de albergar un odio irracional la perturbaba más que la violencia común y la pobreza extrema que estaban detrás de la mayor parte de los casos que atendía el hospital.

Recientemente un nuevo grupo que se hacía llamar «circulianos verdaderos» había empezado a hostigar a los empleados del hospital. Su arrogante convicción de que su culto a los dioses era más auténtico que el de ella la irritaba aún más que la indiferencia de los tejedores. Tan solo coincidían en su opinión sobre los pentadrianos. A diferencia de estos, los tejedores de sueños nunca afirmaban seguir a dioses —inexistentes— ni se valían de ese engaño para convencer a un enorme número de gente de que los circulianos eran infieles y merecían ser exterminados.

«Al menos este hombre no es tan orgulloso como para no pedir nuestra ayuda», pensó mientras lo guiaba por el pasillo hasta una habitación libre. Le pidió que se sentara en el extremo de un banco. Se acercó a un pequeño surtidor del que brotaba agua de manera continua, llenó un cuenco y lo calentó con magia. Sacó un paño de un cesto, le echó unas gotas de aceite desinfectante, lo sumergió en el agua y limpió el rostro del hombre. Después procedió a suturar el corte.

Cuando ya casi había terminado, Naen, un sacerdote joven, apareció en la puerta.

—Ha venido tu madre, sacerdotisa Elar.

—Dile que me reuniré con ella en cuanto termine de atender a este paciente —respondió, frunciendo el ceño.

«Yranna, te ruego que le des paciencia hasta que acabe. Y no permitas que sufra una de sus crisis de mal humor».

:Naen se encargará de que no te interrumpa, Elareen, le aseguró una voz.

Elar se enderezó y miró en torno a sí. No vio la menor señal de la mujer a la que había oído. «¿Estaré oyendo voces, como ese anciano perturbado que viene a menudo al hospital?».

:No, no estás loca. Estás tan cuerda como la mayoría de los mortales. Incluso más. Aunque me hables con frecuencia.

:Aunque te hable... ¿Eres... Yranna?

:Así es.

:No puede ser.

:¿Por qué no?

:Eres... una deidad. Una diosa. ¿Por qué habrías de dirigirme la palabra?

:Tengo una tarea para ti.

Un escalofrío de emoción y temor le recorrió la espalda. En ese momento oyó que uno de los sacerdotes alzaba la voz en el vestíbulo.

—Hay una muchedumbre bloqueando la entrada. No nos dejan salir del hospital... No, no podemos... Lo mejor es esperar a que se calmen.

«Oh no, otra vez los circulianos verdaderos», pensó mientras remataba el último punto.

:Sí, han rodeado el hospital.

Elar suspiró y entonces cayó en la cuenta de lo que sucedía al tiempo que la sacudía un ligero temblor.

:Pero... este asedio debe de ser distinto de los demás, pues de lo contrario no me encomendarías una tarea.

:Así es.

:¿De qué se trata?

:Quiero que inmovilices al hombre al que estás tratando. Usa magia,

drogas..., lo que haga falta.

Perpleja, Elar contempló al hombre que tenía delante. Él la miró a su vez con las pupilas dilatadas. Ella cayó en la cuenta de que no solo estaba tenso por el dolor; tenía miedo.

Notó que tenía la boca seca y que el pulso se le aceleraba. Era posible que él poseyese más habilidades que ella. Desde luego, era físicamente más fuerte. Si la cosa salía mal...

«No pienses en ello. Si los dioses te piden algo, solo puedes hacer cuanto esté en tu mano por satisfacerlos».

La fuerza de su magia lanzó contra la pared al hombre, que se quedó sin aire en los pulmones. A continuación, lo tumbó sobre el banco y lo retuvo allí, con la esperanza de que estuviera demasiado ocupado tratando de recuperar el aliento como para recurrir a sus habilidades.

«Pero no tardará en recuperarse. Yranna ha sugerido que utilice drogas...».

Empapó un paño en aceite narcótico y lo apretó contra su nariz hasta que los ojos se le pusieron vidriosos. Esto le dejaría fuera de combate durante unos minutos, pero ¿y después? El asedio podía durar horas.

«Necesito un somnífero». Buscó en la habitación y encontró un tarro casi vacío de polvos de soñadera. Disolvió lo que quedaba en agua y lo vertió con cuidado en la boca del hombre. Este salió ligeramente de su letargo, tosió, tragó el brebaje y volvió a desvanecerse.

Elar retrocedió unos pasos para valorar su obra y se percató de que no tenía la menor idea de cuánto tiempo durarían los efectos de una dosis tan pequeña. Media taza inducía al sueño durante toda una noche. La cantidad que le había administrado lo mantendría quieto durante una hora, con suerte. Podía ir a buscar más soñadera; sin embargo, dársela a una persona inconsciente era tan difícil como peligroso: corría el riesgo de que le entrara en los pulmones. Contempló al hombre.

«Yranna me ha pedido que te inmovilice, no que te mate —pensó—. ¿Qué tramabas, Mal Aperador?».

Dejándose llevar por un impulso, cogió unas cuantas vendas, lo ató de pies y manos y lo amordazó. Para ocultar lo que había hecho, cubrió al hombre con una sábana, dejando al descubierto la parte superior de la cabeza.

Pero aquello no le impediría llamar la atención al despertar. «Los demás querrán saber por qué lo he hecho. ¿Qué les voy a decir?». Era poco probable que le creyeran si les explicaba que la diosa le había ordenado inmovilizar al paciente. «Bueno, tal vez acabarían por creerme, pero lo más seguro es que mientras tanto lo liberarían y él podría llevar a cabo lo que se proponía».

Había recibido un golpe en la cabeza, así que podía afirmar que padecía mareo o desorientación. Sin embargo, los somníferos no eran el tratamiento habitual para estas alteraciones. Tendría que encontrar otra explicación.

—¡Elar! —exclamó una voz familiar desde el pasillo.

Ella dio media vuelta. Su madre debía de haber eludido el control del sacerdote Naen. Salió corriendo de la habitación antes de que aquella la descubriera con un paciente maniatado y amordazado.

En el pasillo, una mujer menuda, de cabello cano, envuelta en un tajo de tela fina, frunció el ceño al verla.

—Elar. Por fin. Necesito hablar un momento contigo.

—Mientras solo sea un momento —dijo Elar, manteniendo una actitud profesional—. Vayamos al vestíbulo.

—Tienes que dejar de trabajar aquí —dijo su madre en voz baja mientras la seguía—. Es demasiado peligroso. Ya sufro bastante sabiendo que estás bajo la influencia de estos paganos a todas horas. El rumor se ha extendido por toda la ciudad. Me sorprende que aún no hayas tenido el sentido común de abandonar este...

—Madre —la interrumpió Elar—. ¿De qué estás hablando?

—Mirar ha vuelto —respondió su madre—. ¿No te habías enterado?

—Evidentemente no —respondió Elar.

—Él era..., es el líder de los tejedores de sueños. Un indómito, ya sabes. Dicen que no lo mataron hace un siglo, que sobrevivió. Ha estado escondido todo este tiempo y ahora ha vuelto.

—¿Quién lo dice? —preguntó Elar, intentando disimular su escepticismo.

—Todo el mundo..., y no me mires así. Lo ha visto mucha gente. Y los Blancos no lo niegan.

—¿Han tenido oportunidad de negarlo?

—Claro que sí. Ahora escúchame. No puedes seguir trabajando aquí. ¡Tienes que irte!

—No pienso abandonar a personas que necesitan mi ayuda por un rumor.

—¡No es un rumor! —exclamó su madre, olvidando que había utilizado esa palabra para referirse al regreso de Mirar—. ¡Es la verdad! ¿Qué pasará si viene aquí? ¡Piensa en lo que te podría suceder! Es posible que ni siquiera lo reconozcas. ¡Quizá ya esté trabajando aquí, de incógnito! ¡Tal vez te seduciría!

Elar consiguió a duras penas reprimir una sonrisa. «¡Seducirme! ¿Y qué más?».

—Los tejedores de sueños no me interesan, madre.

Pero la mujer no la escuchaba. Cuando la enumeración de los peligros que la acechaban empezó a rayar en lo ridículo, Elar guio a su madre a un banco en el vestíbulo.

—Y ahora mira lo que ha pasado —dijo esta de repente, tomando asiento—. Como él ha regresado, estamos atrapadas aquí dentro. ¿No hay una puerta trasera? ¿No podemos...?

—No. En estos casos siempre hay alborotadores frente a la puerta trasera.

—Si fueses una sacerdotisa superior, no se atreverían.

Elar dejó escapar un suspiro. «Dime, Yranna, ¿son así todas las madres? ¿Alguna vez se sienten satisfechas de sus hijos? Si fuera sacerdotisa superior, ¿insistiría en que me convirtiese en una Blanca? Si por milagro me nombraran Blanca, ¿me atosigaría para que llegara a ser diosa?».

Dio a su madre la respuesta habitual:

—Si fuese una sacerdotisa superior, no tendría tiempo para verte.

—De todos modos, casi nunca te vemos —aseveró su madre, encogiéndose de hombros y apartando la vista.

«Solo dos o tres veces a la semana —pensó Elar—. Qué desconsiderada soy. Cuán abandonados tengo a mis padres. Si alguna vez me comporto como ella, por favor, Yranna, manda a alguien a matarme».

—¿Sabes quién va a reemplazar a Auraya? —preguntó su madre.

—No.

—A estas alturas, ya tendrías que haber oído algo, ¿no?

«¿Cómo se las arregla para que incluso esto parezca un fracaso mío?».

—Como tú misma has señalado tantas veces, solo soy una humilde sacerdotisa que no merece atención ni respeto, mucho menos acceso a

información circuliana tan secreta —contestó Elar con sequedad, resignada a recibir una reprimenda por su sarcasmo.

Pero su madre no la escuchaba.

—Será una de las sacerdotisas superiores —dijo, más bien para sí—. Necesitamos a alguien fuerte, no a una joven frívola que simpatiza con los paganos. Los dioses hicieron bien en expulsar a esa Auraya la Blanca.

—No la expulsaron. Ella renunció para ayudar a los siyís.

—No es eso lo que he oído. —Sus ojos brillaron con regocijo ante el cotilleo que estaba a punto de compartir—. Me contaron que se negó a hacer lo que los dioses le habían ordenado y que la despojaron de sus poderes.

—Pues yo hablo a menudo con Yranna, y nunca me ha mencionado nada sobre eso —dijo Elar, apretando los dientes—. Además, una buena sanadora no dedica las horas del trabajo a chismorrear.

Su madre entrecerró los ojos y alzó la barbilla. Cuando estaba a punto de decir algo, Elar oyó que la llamaban. Levantó la vista y sintió un nudo en el estómago al ver aproximarse a los sacerdotes Naen y Kleven. Ambos tenían el entrecejo fruncido.

—¿Qué ha pasado con el hombre del corte en la frente, Elar? —preguntó Kleven.

—Se... ha puesto furioso al enterarse de que estamos atrapados aquí.

—¿De modo que lo has sedado?

Dejó a su madre sentada en el banco y se acercó a Kleven.

—Sí... —respondió por lo bajo—. Estaba fuera de sí. Le he administrado un sedante y, al comprobar que no tenía efectos perjudiciales, le he dado una dosis minúscula de soñadera.

—¿Soñadera? ¿A un hombre con una herida en la frente? —inquirió Kleven, procurando no alzar la voz. Sacudió la cabeza y se encaminó al pasillo. Con el pulso acelerado, Elar se apresuró a seguirlo.

»Cualquier paciente con una lesión en la cabeza que se comporte de forma extraña debe estar bajo vigilancia permanente —la aleccionó el sacerdote mientras entraba en la habitación. Levantó el extremo de la manta que cubría la parte superior de Mal Aperador, revelando la mordaza.

»¿Qué es esto? —preguntó al retirar el resto de la manta y ver que el hombre llevaba las manos y los pies atados con vendas.

—Me ha atacado —dijo ella.

—¿Estás bien? —Quiso saber él, mirándola fijamente.

—Sí. No me ha tocado —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Tendrías que habérmelo dicho.

—Lo iba a hacer, pero me ha distraído mi madre.

Él asintió y devolvió la atención al hombre inconsciente. Cuando empezó a desatarlo, Elar sintió un escalofrío.

—¿Crees que eso es prudente? —preguntó, vacilante.

—Naen lo vigilará. ¿Cuánta soñadera le has dado?

—No mucha. El equivalente a una cucharadita.

Los párpados cerrados del hombre temblaron cuando este sintió las manos de Kleven. No estaba despertándose, pero no tardaría en hacerlo.

—Espera —dijo ella de pronto—. No puedes dejar que se despierte. Tenemos que volver a sedarlo.

—¿Por qué? —preguntó Kleven, dirigiéndole una mirada inquisitiva.

—Es absurdo, pero tienes que creerme. Alguien me ha puesto sobre aviso acerca de él y me ha ordenado que lo hiciera... —Torció el gesto—. Yranna.

—¿La diosa? —inquirió Kleven con expresión ceñuda.

—Sí. Me ha hablado. En mi mente. Y no, no suelo oír voces en mi cabeza.

El sacerdote sopesó sus palabras por unos instantes. Elar percibió la duda en sus ojos, aunque no sabía si estaba vacilando en creerla o en arriesgarse a contravenir las órdenes de un dios.

—¿Cómo puedo saber que no te lo estás inventando?

—No puedo demostrarlo, si te refieres a eso. Pero puedo recordarte que siempre he actuado movida por el sentido común y que jamás he dado la menor muestra de enajenación.

—Es verdad —convino Kleven—. Pero no deja de ser extraño que Yranna te hable a ti y no al resto de nosotros. Si este hombre representa un peligro para el hospital, deberíamos saberlo todos.

—A mí también me ha parecido extraño —admitió ella—. Tal vez ya ha pasado el peligro..., pero no estoy dispuesta a correr ese riesgo. ¿Tú sí?

Kleven miró con recelo al hombre dormido.

—¿Os puedo ayudar?

Cuando se volvieron, vieron al tejedor de sueños Fareeh en la puerta. Elar suspiró para sus adentros. Kleven no había terminado de desatar al hombre y, cuando el tejedor reparó en las vendas, enarcó las cejas.

—¿Un paciente problemático?

—En más de un sentido —dijo Kleven, mirando a Elar.

El tejedor observó al hombre dormido, luego dirigió la mirada a cada uno de ellos y asintió. Cuando se disponía a marcharse, Kleven exhaló un suspiro.

—Según Elar, Yranna le ha ordenado que lo inmovilice.

Elar se volvió y miró al sacerdote, sorprendida.

—Ah —se limitó a murmurar Fareeh.

«¿Por qué se lo ha dicho Kleven? —Poco a poco, comprendió el motivo—. De lo contrario, Fareeh descubriría que le estamos ocultando algo. Eso podría cambiar su forma de actuar. —Sacudió la cabeza—. Entre nuestros pueblos, el equilibrio entre confianza y desconfianza se rompe con mucha facilidad».

—¿Le crees? —preguntó Kleven.

El tejedor de sueños se encogió de hombros.

—Solo creo en lo que puedo confirmar con mis propios sentidos, de modo que eso es irrelevante en este caso. O dice la verdad o miente. Cualquiera de las dos posibilidades es preocupante. Lo único que puedo hacer es sugerir que lleves al paciente y a la sacerdotisa al vestíbulo para que todos podamos ayudar a vigilarlos y a afrontar cualquier problema que surja.

—Buen consejo —opinó Kleven.

Ante la mirada nerviosa de Elar, Kleven elevó al hombre inconsciente por medio de la magia y lo transportó hasta el vestíbulo. Aburridos y ansiosos por distraerse, las visitas y los sanadores observaron con curiosidad cómo tendían a aquel desconocido sobre un banco. Sin embargo, al cabo de un rato, al ver que el hombre no hacía más que dormir, empezaron a perder interés.

Elar contempló al hombre y se preguntó qué tenía planeado. «¿Querías atacarnos? ¿Te ibas a escapar de la habitación cuando estuviésemos distraídos para abrir la puerta trasera y dejar entrar a tu gente?». Cada vez que el hombre se movía, a ella le daba un vuelco el corazón.

Cuando él finalmente abrió los ojos con dificultad, Elar se incorporó, lista para enfrentarse a cualquier clase de ataque con magia.

—Siéntate, sacerdotisa Elar —le indicó Kleven con tranquilidad, pero con firmeza. Ella obedeció.

El extraño se apoyó a duras penas sobre los codos, mirando alrededor como atontado. En cuanto sus ojos se posaron en la sacerdotisa, se estremeció.

—¿Qué ha *pasao*? —preguntó—. Ella *matacó*.

—Tranquilízate. No corres ningún peligro —aseguró Kleven suavemente—. Tómame unos instantes para recuperarte.

El extraño recorrió la habitación con la mirada.

—¿*Si... sigoquí? ¿Toy... personero?*

—No.

Empezó a incorporarse. Kleven se levantó y lo sujetó para evitar que perdiera el equilibrio.

—Suéltame.

—Todo a su tiempo. Sigues bajo los efectos del somnífero. Espera a que pasen.

—¿Somnífero? ¿Por qué *man drogao*?

—Una de nuestras sacerdotisas piensa que pretendías hacernos daño. ¿Es verdad?

La expresión que asomó a su rostro provocó un escalofrío a Elar. «¡Se siente culpable! —pensó—. Tramaba algo».

—No, solo venía a... —Se llevó la mano a la frente y se le crisparon las facciones al tocar los puntos. Aspiró profundamente, irguió la espalda y se puso en pie. Se tambaleó durante unos segundos y después dio unos pasos. Los efectos del somnífero estaban disipándose a ojos vistas y nadie hizo ademán de detener al hombre mientras caminaba cada vez con mayor seguridad de un lado a otro de la habitación.

»Estoy bien —dijo—. ¿Me puedo ir ya?

Kleven se encogió de hombros y movió la cabeza afirmativamente.

—No veo ninguna razón para retenerte, salvo que fuera hay una turba violenta. Si intentas salir, acabarás con otro corte, en el mejor de los casos.

—Me arriesgaré —declaró el hombre, mirando a Elar a los ojos.

—No te detendremos —dijo Kleven con un gesto de indiferencia—. Solo podemos ponerte sobre aviso. Abriré la puerta principal.

Nadie se movió cuando el hombre echó a andar. Elar arrugó el entrecejo. Tendría que estar contenta de que se marchara, pues su plan había fracasado. Pero se sentía inquieta. ¿Por qué dejaría Yranna que el hombre se fuera después de poner en peligro el hospital? La diosa había dicho que...

Entonces lo recordó.

—¡Alto! —gritó, poniéndose en pie de un salto. El hombre la ignoró.

—Elar... —empezó a decir Kleven.

Cuando el hombre puso la mano en la puerta, Elar invocó magia y levantó una barrera para detenerlo. Él intentó empujar el escudo invisible y se volvió hacia Elar, enfurecido.

—¡Elar! —bramó Kleven—. ¡Déjalo marchar!

—No —respondió ella con calma—. Yranna me ha ordenado que lo inmovilizara. No ha explicado por qué. Tal vez para evitar que nos haga daño. Tal vez para evitar que se vaya.

El hombre se alejó de la salida y miró de nuevo a Elar, con el rostro contraído de rabia. Ella notó que Kleven la cogía del brazo.

—Elar, no podemos...

Su voz se debilitó y ella oyó que inspiraba con brusquedad. Se oyeron unos golpes secos procedentes de la puerta. Kleven la soltó.

—Desactiva la barrera, Elar —murmuró—. Rian el Blanco está aquí.

Ella obedeció. La puerta batiente se abrió y un hombre con un cirque liso cruzó el umbral. Rian, el Blanco pelirrojo, contempló al extraño con ojos longevos.

—Nos ha costado echarle el guante, Lemarn Armador.

El desconocido retrocedió, palideciendo. Una sacerdotisa superior entró en el hospital. Tras un gesto de aprobación de Rian, ella hizo una seña al hombre. Este pasó junto a ella andando con rigidez y cruzó la puerta, sin duda guiado por una fuerza invisible.

Rian se volvió hacia los ocupantes del hospital.

—Los alborotadores se han ido prudentemente a otro lugar. Podéis salir sin peligro. O quedaros y continuar con vuestro trabajo o tratamiento, como queráis.

—Gracias, Rian el Blanco.

Rian asintió y se dirigió a Elar.

—Bien hecho, sacerdotisa Elareen. Llevamos meses buscando a este hombre. Los dioses están impresionados con tu lealtad y obediencia. No me extrañaría que te ofrecieran oportunamente la posición de sacerdotisa superior.

Elar lo miró asombrada. Él dio media vuelta sin esperar una respuesta y salió.

«¿Oportunamente? ¿Sacerdotisa superior? No estará insinuando que... No, no es posible».

Sin embargo, faltaba un mes para la ceremonia de Elección del nuevo Blanco. ¿Qué otra razón podía haber para que el nombramiento de una sacerdotisa superior fuera oportuno?

«Solo me queda esperar a ver qué ocurre».

Con una sensación de mareo, regresó al vestíbulo y reanudó su trabajo.

PRIMERA PARTE

El torrente de agua que caía en cascada resonaba en los muros. Conforme Emerahl se adentraba en el túnel, el ruido disminuía, pero también la luz. Invocó un poco de magia para crear una chispa y la lanzó hacia el interior.

Todo estaba tal como ella lo había dejado: los camastros en el centro de la cueva, hechos de leños y tiras de corteza entretejidos en una red tupida; los cuencos de piedra que Mirar había cincelado el verano anterior, mientras aprendía a dominar la habilidad de ocultar sus pensamientos a los dioses; y los jarrones, las cajas, las bolsas de comida seca o en conserva y los remedios, amontonados contra una pared, reunidos durante los meses que habían vivido allí.

Solo había una parte de la cueva que los dioses no podían ver. A medida que se acercaba, Emerahl sentía que la magia de la que estaba imbuido el mundo que la rodeaba se debilitaba hasta desaparecer, y sonrió con satisfacción. Manteniendo la luz encendida con la magia que había acumulado en su interior, volvió al centro de la habitación, donde la magia la rodeó de nuevo. Estaba en el interior del vacío.

Con un suspiro, se sentó en uno de los camastros. En primavera, cuando había regresado allí, había notado que la zona desprovista de magia se había reducido desde su última visita, un siglo antes. Lentamente la magia del mundo estaba llenando el vacío, lo que parecía indicar que este espacio era mucho más grande antes de que ella lo descubriera y que un día desaparecería

del todo.

Bastaría por ahora. Para llegar hasta ese lugar, había atravesado las tierras agrestes y desoladas de Si, en un viaje en el que había tenido que escalar más que caminar. Con cada paso impar había maldecido a Mirar, su amigo inmortal, por convencerla de que instruyera a Auraya. Con cada paso par había maldecido a los Mellizos, inmortales aún más vetustos que Mirar y ella, a quienes finalmente había conocido unos meses atrás, y que respaldaron la idea de Mirar.

:Debemos averiguar la verdad sobre Auraya —le había dicho Tamun en una conexión en sueños, la noche posterior a la petición de Mirar—. Si se convierte en inmortal, podría llegar a ser una valiosa aliada.

:¿Y si no lo consigue?

:Sin duda seguirá siendo una poderosa hechicera —había respondido Surim con una seriedad poco habitual en él—. Recuerda que a los dioses no les gustan los hechiceros independientes más de lo que les gustamos los inmortales. Si no la ayudamos, la matarán.

:¿Eso crees? El hecho de que haya abandonado a los Blancos no quiere decir que se haya vuelto contra ellos —había señalado Emerahl—. Auraya sigue siendo una sacerdotisa. Aún sirve a los dioses.

:Está llena de dudas —había dicho Tamun—. La orden que le dieron los dioses de matar a Mirar sin juicio previo ha hecho mella en el respeto que les tiene.

Emerahl asintió. Tenía constancia de ello. Cuando Auraya se quitó el anillo de poder de los dioses, su mente había dejado de estar protegida. Con la ayuda de los Mellizos, Emerahl había aprendido a escrutar las mentes y en más de una ocasión había visto los pensamientos de Auraya.

«El problema es que, si bien la lealtad de Auraya hacia algunos dioses se ha debilitado, sigue sintiendo la necesidad de mantener al menos una relación cordial con ellos. Si descubre quién soy, sabrá que los dioses me quieren muerta. Y como no somos viejas amigas, no tendría reparo en atacarme, como le ocurrió con Mirar».

Había visto lo suficiente en la mente de la ex Blanca para saber que no le gustaba matar. Si la reunión salía bien, los dioses ni siquiera se enterarían de que Emerahl estaba allí. Volvió a echar un vistazo a la habitación. Las

deidades eran seres mágicos y, por tanto, solo podían existir donde hubiera magia. No podían entrar en aquellos vacíos excepcionales e inexplicables ni ver lo que había dentro a menos que mirasen a través de los ojos de mortales situados en el exterior. Una vez que Auraya estuviese allí, los dioses no serían capaces de leerle la mente.

Pero había muchas posibilidades de que Emerahl hubiera cruzado medio continente en vano. Quizá no conseguía enseñar nada a Auraya. Tendría que ser cuidadosa con lo que le dijera. Si Auraya abandonaba el vacío antes de aprender a ocultar sus pensamientos, los dioses escudriñarían su mente.

Emerahl meneó la cabeza y suspiró de nuevo. «Corro un riesgo muy grande. La situación resulta mucho más cómoda para los Mellizos, ocultos y a salvo en las Cuevas Rojas de la distante Sennon, o para Mirar, en el sur de Ithania. No tienen que preocuparse de que Auraya cambie de idea y acepte matar inmortales sin causa aparente».

Sin embargo, la ayuda de los Mellizos había sido inestimable. Cada día y cada noche exploraban mentes en lugares lejanos, escrutaban pensamientos y permanecían alerta a las intenciones y acciones de gente poderosa. La pareja había perfeccionado esa habilidad a lo largo de miles de años. Conocían tan bien a los mortales que podían predecir su comportamiento con sorprendente exactitud.

Mirar siempre había dicho que cada indómito —o «inmortal», como los llamaban los Mellizos— poseía un don innato. El de Emerahl era la capacidad de cambiar su edad; el de Mirar, su insuperable destreza para sanar. El de los Mellizos, su habilidad para leer la mente. En cuanto al Gaviota... Ella no estaba segura de en qué consistía su don, pero no le cabía duda de que guardaba alguna relación con el mar.

Y el de Auraya, sostenía Mirar, era su facultad de volar. Una chispa de curiosidad redujo el enojo de Emerahl por estar allí. «Me pregunto si puede enseñar su don a otras personas. Mirar me enseñó a sanar, aunque no se me da tan bien como a él. Tal vez no consiga volar tan bien como ella... Aunque volar no parece una actividad que pueda practicarse a medias. Sin duda la ineptitud resultaría mortal».

Resopló. «Aun así, vale la pena intentarlo. Tiene que haber alguna ventaja para mí en todo esto. Me haría más gracia la idea de instruir a esta

chica si se me compensa por aplazar la Búsqueda del Manuscrito de los Dioses».

Los Mellizos le habían contado que habían oído rumores de un documento que describía la Guerra de los Dioses desde el punto de vista de una diosa muerta hacía mucho. Emerahl se había propuesto encontrarlo. Semejante testimonio podía contener datos útiles para los inmortales; una información que quizá les ayudaría a pasar inadvertidos ante los dioses, o a sobrevivir si no lo conseguían. Incluso podía proporcionarles medios para defenderse.

Según los Mellizos, los eruditos de Ithania del Sur llevaban siglos buscando el manuscrito. Habían hecho progresos recientemente, pero carecían de los datos necesarios para localizarlo. Además, los Mellizos le habían asegurado que los eruditos no estaban cerca de encontrarlo. Disponía de tiempo suficiente para adiestrar a Auraya.

Se acercó a los tarros y cuencos e inspeccionó los remedios y las conservas.

«Pero primero tengo que buscar comida. Y después pensar en la manera de conseguir que Auraya venga hasta aquí y convencerla de que se quede durante un tiempo, todo sin levantar las sospechas de los dioses».

La embarcación ascendió a velocidad constante por un lado de la ola, se detuvo por un instante en la cresta y descendió por el otro lado. Mirar se aferraba a la borda con una mezcla de terror y alborozo. Aunque el oleaje lo salpicaba incesantemente, no se refugió bajo cubierta. El viento y el agua lo aliviaban del calor que hacía en el pequeño compartimento de pasajeros.

«Y el anciano no me necesita a su lado para recordarle que se está muriendo», se dijo.

Había atendido a Rikken en uno de los puertos pequeños de la costa de Avven. Correoso e hirsuto, el viejo mercader se había puesto nervioso ante la afirmación de Mirar de que su salud se había deteriorado mucho. No era la noticia de que se moría lo que lo consternaba, sino la posibilidad de no fallecer en su tierra natal.

Así pues, le había pedido a Mirar que lo acompañara en su viaje final a

Dekkar, con la esperanza de que la presencia del sanador le permitiese llegar con vida. Mirar había aceptado, en parte por tedio, en parte por curiosidad. Si bien no había encontrado hostilidad hacia los tejedores de sueños en Avven, la interminable y monótona semejanza de los pueblos por los que pasaba empezaba a aburrirlo. Los edificios estaban hechos de ladrillo recubierto de barro, como los de Sennon, pero sin variaciones en el diseño ni en el color. Tanto los hombres como las mujeres llevaban vestimentas parduscas y se cubrían la cara con velos. Incluso la música resultaba repetitiva.

«No estoy buscando problemas —se dijo, recordando la acusación de Emerahl durante su última conexión onírica—. Me gusta viajar y explorar. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve la libertad de hacerlo. —Uno de los tripulantes pasó a toda prisa junto a él y le dedicó una inclinación de cabeza y una sonrisa cuando sus ojos se encontraron—. Además, estos sueños son simpáticos», añadió Mirar para sus adentros, asintiendo a su vez.

Volvió a dirigir la vista a la costa. El día anterior había divisado la pared de una roca baja que ahora se alzaba por encima de los acantilados de Toren. Su sombra desaparecía de forma repentina más adelante, y él empezaba a entender por qué.

El tiempo transcurría lentamente. Desde el barco solo se vislumbraba la costa a lo lejos. Mirar esperó con paciencia. Al cabo de un rato, entre una ola y la siguiente, apareció el extremo del barranco.

La alta pared de la roca se extendía tierra adentro, y sus escarpados lados descendían hasta una llanura boscosa bordeada por playas apacibles. El contraste era extraordinario: de rocas desnudas a vegetación exuberante. Los peñascos continuaban hacia el este, se prolongaban uno detrás de otro a lo lejos y se elevaban aún más que en la costa.

La vista era impresionante. Era como si las tierras del oeste hubieran sido arrancadas con una enorme pala y depositadas sobre las del este.

«¿Es esto natural? —se preguntó Mirar—. ¿O algún ser, algún dios, creó este accidente mucho tiempo atrás?».

—¿Tejedor de sueños?

Mirar se volvió hacia la voz y vio al marinero de pie a escasa distancia, con un cabo en la mano. Con la otra señalaba las tierras boscosas.

—Dekkar —explicó el hombre. Mirar asintió, y el marinero volvió a su trabajo con la celeridad que da la práctica.

Así que aquella era la tierra natal de Rikken. Dekkar, el país más meridional. Era famoso por su selva. Las montañas formaban una barrera natural que lo separaba de Avven. En ese momento, como si obedecieran alguna ley local, los mares se habían calmado. La tripulación izó más velas, y la embarcación avanzó más deprisa.

Durante las siguientes horas, Mirar prestó atención a las conversaciones de los hombres, tratando de entender el significado de sus palabras. En el último milenio no se había visto obligado a manejarse en un idioma que apenas conocía. Los dialectos de Ithania del Sur derivaban de una rama de lenguas mucho más antiguas que él, de modo que pocas palabras guardaban alguna relación con el idioma que se hablaba en el continente. Hasta entonces había aprendido suficientes palabras básicas en avveniano para desenvolverse, y de los tejedores de sueños con los que se había encontrado había adquirido la mayor parte del vocabulario que necesitaba para trabajar como sanador.

Su gente era más numerosa allí que en el norte. No había tantos tejedores como antaño, pero la población parecía aceptarlos y respetarlos, al igual que a los seguidores de otras sectas. Aun así, Mirar había evitado el contacto con los pocos Servidores pentadrianos con los que había topado. Si bien los tejedores de sueños locales le habían asegurado que los Servidores eran tolerantes con los paganos, él también era un norteño. Los enfermos pentadrianos que se habían enterado de su origen habían rechazado su ayuda o la habían aceptado a regañadientes, siempre que estuviese en compañía de tejedores locales. No esperaba una actitud distinta por parte de los sacerdotes de esta religión.

Las montañas que marcaban el límite de Avven se cernían sobre la floresta como una gran ola que amenazaba con reventar en cualquier momento sobre Dekkar. Conforme avanzaban hacia el sur, se iban replegando hasta convertirse en una sombra azulada, recta como el horizonte. A intervalos se avistaban edificios a lo largo de la costa. Asentados sobre altos pilotes, estaban hechos de madera y conectados entre sí mediante pasarelas elevadas. Por lo general, en medio de un pueblo, descollaba una

estructura de piedra. Esta se hallaba pintada de negro con el símbolo de la estrella de los Cinco Dioses trazado en blanco.

El sol estaba a punto de ponerse cuando el barco viró hacia la costa. Puso rumbo hacia una bahía llena de embarcaciones y rodeada por la mayor concentración de edificios que Mirar había visto hasta entonces en esos parajes. Las anchas plataformas sobre las que se alzaban las casas comunicaban con los edificios vecinos a través de puentes de cuerda y listones o, en ocasiones, de madera pintada de colores claros.

Mirar atrajo la atención del marinero locuaz y señaló la ciudad con gesto inquisitivo.

—Kave —le informó el hombre.

Era la ciudad principal de Dekkar y el hogar de Rikken. Mirar se dirigió a la bodega. Si el viejo mercader se mantenía con vida, era tanto por su propia determinación como por la ayuda de Mirar. Ahora que había llegado a su destino, era posible que su fuerza se consumiera con demasiada rapidez como para llevarlo a tierra.

Por eso Mirar se detuvo sorprendido cuando vio a Rikken salir de la bodega con paso tambaleante. Yuri, el criado y antiguo compañero del hombre, lo sostenía de un brazo. Mirar se acercó para sujetarlo del otro.

El anciano buscó el pueblo con la mirada y exhaló un leve suspiro al avistarlo.

—El santuario de Kave —dijo. Aunque Mirar reconoció la palabra «santuario», solo pudo intuir el resto de la oración. Yuri tenía el ceño fruncido, pero no dijo nada mientras Rikken se acercaba a la borda. Desde algún lugar un marinero llevó una banqueta, y Rikken se sentó a esperar.

La embarcación entró en la bahía y ancló. Sin escatimar esfuerzos, y con sumo cuidado, la tripulación bajó a Rikken a un bote. Mirar recogió su morral en la bodega y se unió al anciano.

Los marineros empuñaron los remos, y el pequeño bote empezó a avanzar hacia la ciudad. Cuando llegaron al muelle, Mirar y Yuri ayudaron a desembarcar a Rikken. Mirar advirtió que los pilotes que sostenían las casas eran troncos enteros y que, en conjunto, semejaban un bosque de árboles robustos y sin follaje.

Yuri indicó a dos marineros que subiesen a Rikken por una escalera hasta

la plataforma más cercana. Otros dos ascendieron cargados con una camilla que había viajado con ellos. Cuando llegaron a las plataformas interconectadas de la ciudad, Rikken se tumbó en la camilla y los cuatro marineros la levantaron. Mirar los vio partir hacia el santuario y se despidió del anciano en silencio.

Como si hubiera oído sus pensamientos, el anciano se volvió hacia él y arrugó el entrecejo. Murmuró algo con voz ronca y los hombres se detuvieron.

—Tú vienes con nosotros —afirmó Yuri.

Mirar vaciló, pero finalmente asintió. «Lo acompañaré hasta el santuario —se dijo—. Después me marcharé en busca de la Casa de los Tejedores local». Echó a andar tras ellos mientras la tripulación transportaba a Rikken de la galería de una casa a la otra bajo la atenta mirada de los habitantes de Kave.

Se adentraron en un laberinto de galerías y puentes. Como era imposible pasar por los inestables puentes de cuerda con la camilla, los marineros se vieron obligados a seguir un camino intrincado. Cerca de una hora después llegaron al santuario, una enorme pirámide escalonada que se erguía sobre un terreno cenagoso. Aunque achaparrada, su aspecto sólido y sobrio eclipsaba incluso las casas de madera más robustas, que a su lado parecían pequeñas y efímeras. Varios Servidores deambulaban por el exterior. Mirar se acercó a la camilla.

—Ha sido un honor... —empezó a decir.

Rikken se volvió hacia Mirar. Su cara, de una palidez cadavérica, estaba empapada en sudor. Mirar comprendió que estaba a punto de sufrir otro ataque. Yuri soltó un jadeo y acució a los marineros.

Cuando el grupo apretó el paso en dirección a la entrada del santuario, Mirar suspiró y los siguió. «Supongo que ya va siendo hora de averiguar cómo reaccionan estos Servidores pentadrianos al ver a un tejedor de sueños del norte».

Los Servidores fueron a su encuentro y los condujeron al frío interior del santuario. Una vez dentro, los marineros bajaron la camilla al suelo. El anciano se apretaba el pecho con una mano. Yuri miró a Mirar con expectación.

Este se acuclilló junto a Rikken, lo tomó de la mano y percibió que el corazón del anciano estaba fallando. En otras circunstancias lo habría dejado morir, pues su única enfermedad era la edad. Sin embargo, Rikken le había pedido que lo ayudara a llegar a casa con vida, y Mirar era consciente de que varios hombres y mujeres de túnica negra lo observaban.

Invocó magia para fortalecer un poco el corazón, lo suficiente para restaurar y estabilizar el ritmo cardíaco, pero nada más. El rostro del anciano recuperó su color, y la expresión de dolor se suavizó. El mercader inspiró profundamente y asintió.

—Gracias.

Al levantar la mirada, Mirar vio un círculo de Servidores que los contemplaban a él y a Rikken con curiosidad. Un Servidor más viejo se abrió paso entre los demás y sonrió al mercader. Habló rápidamente en dekkaniano, y Rikken respondió con un murmullo hosco. El Servidor se rio y empezó a impartir órdenes a los otros.

«Salta a la vista que es el que manda aquí», pensó Mirar.

Le llevaron una silla a Rikken y lo ayudaron a sentarse. Por el trato amigable entre el viejo Servidor y el mercader, Mirar supuso que se conocían muy bien. Retrocedió unos pasos y paseó la mirada por la habitación.

No pudo evitar un estremecimiento de admiración. Las paredes estaban cubiertas con imágenes hechas de diminutos fragmentos de cerámica vidriada dispuestos de forma tan ingeniosa que despertaban un interés más grande que el que en realidad tenían. Cada una de las cinco paredes de la estancia estaba dedicada a una de las divinidades pentadrianas.

«Sheyr, Hrun, Alor, Ranah y Sraal». Mirar sabía los nombres gracias a los tejedores de sueños que había conocido. A diferencia de los dioses circulianos, estas deidades eran poco dadas a las apariciones públicas, que reservaban para ocasiones trascendentales. Dejaban que sus seguidores se ocuparan de sus propios asuntos, siempre y cuando no se apartaran demasiado de la doctrina de su religión.

«Lo que hace que uno se pregunte qué llevó a los pentadrianos a invadir Ithania del Norte. ¿Tomaron ellos mismos esa decisión o hacer la guerra forma parte de su doctrina? Sus sacerdotes reciben formación militar, de modo que no hay por qué descartar esto último».

Frunció el ceño. «Si es verdad, el futuro de Ithania del Norte no es muy halagüeño».

—Tejedor de sueños —lo llamó Yuri.

Cuando alzó la mirada, advirtió que el viejo Servidor lo observaba. El hombre empezó a hablar, pero Yuri lo interrumpió en tono de disculpa. El Servidor lo escuchó, enarcó las cejas y volvió a dirigir la vista a Mirar.

—¿*Tú ser* de Ithania del Norte? —preguntó en haniano.

—Sí —dijo Mirar, sorprendido por el uso del idioma norteño.

—¿Cuánto tiempo *llevar* en Ithania del Sur?

—Unos meses.

—¿*Gustar*?

Mirar sonrió. «¿Cómo iba un visitante a responder a esa pregunta de forma negativa?».

—Sí. Tu gente es acogedora y amistosa.

El sacerdote asintió.

—*Oír decir* que tejedores de sueños *no bienvenidos* en el norte. Ahora *ser peor* —Miró a Rikken y sonrió—. Aquí *no tan tontos*.

—No —coincidió Mirar con él.

«¿Peor? Tal vez esta noche debería ponerme en contacto con la tejedora representante Arlij y preguntarle si eso es verdad... y por qué».

—*Tú hacer* buen trabajo con este hombre. Gracias.

Mirar inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Cuando se volvió hacia Rikken, la expresión del sacerdote se tornó solemne. Habló en el idioma local y luego trazó con los dedos la forma de una estrella en el aire. Rikken bajó la vista cual niño reprendido y movió la cabeza afirmativamente.

Mirar tomó aire y exhaló poco a poco. El Servidor había sido cordial e incluso respetuoso, aun sabiendo que Mirar provenía del norte. Tal vez su condición de tejedor de sueños compensaba el hecho de que procedía de una tierra enemiga. Tal vez los Servidores eran más sensibles a estas cuestiones que el común de los pentadrianos.

«Lo más probable es que haya tantos Servidores como pentadrianos corrientes propensos a desconfiar de mí. Sencillamente he tenido la suerte de conocer a uno que no lo es. —Sonrió con tristeza—. Y cuanto más tiempo me quede en Ithania del Sur, mayor la será la probabilidad de que tope con uno

que sí lo sea».

Salvo en los picos más altos, a los que aún se aferraba la nieve, en todo Si se apreciaban los efectos del aumento de la temperatura. El bosque era una profusión de brotes de plantas y flores. En los angostos valles y en las terrazas naturales de las faldas de las montañas, los sembrados lucían verdes y esplendorosos.

Los últimos días habían sido los más calurosos para Auraya. En ocasiones anteriores había visitado Si durante los meses más fríos del año. Las estaciones en este país eran más extremas de lo que era habitual para ella: el invierno, más frío, porque se trataba de una zona montañosa; el verano, más cálido, porque estaba mucho más al sur que Hania, en la misma latitud que la desértica Sennon.

Volar le proporcionaba cierto alivio. En lo alto, el aire siempre se sentía más fresco. Pero ese día volaba bajo, pues sus acompañantes siyís no aguantaban mucho tiempo a gran altura; el frío les agarrotaba los músculos y los debilitaba.

Miró al hombre que volaba a su lado. Aunque adulto, medía la mitad que ella. Tenía el pecho ancho y las piernas musculosas. Los huesos de los últimos tres dedos de las manos formaban el armazón de las alas al sostener una membrana que se extendía hacia los costados del cuerpo. Auraya había pasado tanto tiempo con los siyís que le costaba notar las diferencias entre los cuerpos de ellos y el suyo. Y cuando se fijaba en ellas, no dejaba de

asombrarle que le hubieran ofrecido, pese a ser una pisatierra, un hogar permanente en su país.

No era que no les diera nada a cambio. Ponía a su servicio los dones mágicos que había conservado desde que renunciara a su condición de Blanca, sobre todo la capacidad de volar y la de curar. En aquel preciso momento regresaba después de haber sanado a una chica herida en otro poblado siyí. De no ser por sus habilidades, la peste se habría cobrado cientos de vidas.

La pálida franja de roca desnuda que llamaban el Claro —el principal poblado siyí— apareció más adelante. A Auraya se le alegró el corazón. Atisbó las casas a la orilla de aquella extensión de roca expuesta: enramadas hechas de membranas estiradas sobre estructuras de madera flexibles sujetas al tronco de árboles enormes. Poco después vislumbró sobre la repisa de piedra más alta a dos figuras conocidas que seguían al grupo con la vista: la portavoz Sirri, líder de los siyís, y su hijo Sreil.

Auraya descendió en picado y tocó tierra a pocos metros de ellos, seguida por sus compañeros.

—Habéis vuelto temprano —dijo Sirri, sonriendo—. ¿Cómo os ha ido?

—Le he sanado el brazo —respondió Auraya.

—¡Ha sido increíble! —exclamó el más joven de los acompañantes de Auraya—. ¡La chica ha echado a volar al cabo de unos minutos!

—¡Cosa que he recomendado encarecidamente que no hiciese! —dijo Auraya con una mueca de desagrado—. No me extrañaría que la imprudencia de esa chica le acarrease un disgusto peor que un brazo roto.

—Su madre es una beoda. —Auraya miró sorprendida al hombre que acababa de hablar. El portavoz de la tribu de la chica había permanecido casi todo el tiempo en silencio hasta ese momento. Se miraron, y él se encogió de hombros—. Intentamos enseñarle un poco de disciplina, pero no siempre es fácil, ya que su madre la deja hacer lo que le plazca.

—Tal vez eso cambie a partir de ahora —aventuró Auraya, recordando a la mujer histérica que se había abalanzado sobre la chica con actitud protectora.

—Lo dudo —murmuró el hombre. Luego se encogió de hombros—. Tal vez. No debería... ¿Qué es eso?

Ella siguió su mirada y sonrió al ver a un pequeño ser que se acercaba dando brincos. Tenía las puntiagudas orejas plegadas hacia atrás y la cola algodonosa enrollada como un estandarte.

—Es un viz. Se llama Travesuras.

Auraya se inclinó hacia delante y dejó que la criatura trepara por su brazo. Travesuras la olisqueó y se le acurrucó sobre los hombros.

—*¡Ohuaya güelto!* —dijo, contento.

El líder de la tribu contemplaba asombrado al viz.

—Ha dicho tu nombre. ¿Sabe hablar?

—Sí, aunque no esperes una conversación apasionante. Sus intereses suelen girar en torno a la comida y los mimos.

Cuando Auraya le rascó por detrás de las orejas, Travesuras corroboró su afirmación:

—Rasca rico.

Sirri se rio entre dientes.

—Me temo que pronto tendrás que dejarlo en manos de su cuidadora. Esta mañana ha llegado un mensajero de la tribu del bosque del Norte. Dice que hace un par de días se encontró con una mujer pisatierra enferma. Ha pedido que la atiendas.

—¿Una pisatierra? —preguntó Auraya, parpadeando sorprendida.

—Sí —respondió Sirri con una sonrisa adusta—. Le he preguntado si sospecha que es una pentadriana y me ha dicho que está convencido de que no lo es. De hecho, asegura que la mujer ya había estado antes en Si, buscando refugio cuando empezó la guerra. ¿Quieres interrogarlo tú misma?

—Sí.

—¿Podrías ir a buscarlo? —le pidió la portavoz a Sreil—. Gracias. Mientras tanto, estaré encantada de ofreceros un refrigerio en mi enramada —agregó, volviéndose hacia los siyís que habían acompañado a Auraya al Claro.

Mientras caminaban hacia la casa de Sirri, Auraya se planteó la posibilidad de que aquella pisatierra fuera una hechicera pentadriana disfrazada. Era posible que la noticia de su renuncia hubiera llegado a Ithania del Sur y que uno de los cinco hechiceros pentadrianos hubiera viajado a Si para vengarse por la muerte de Kuar, su líder anterior, a quien Auraya había

matado en la guerra.

Desde que se había separado de los Blancos, había conservado su habilidad de volar y de sanar, pero no había tenido oportunidad de averiguar si aún poseía alguno de los dones de combate que le habían conferido los dioses para que defendiese Ithania del Norte. «No tengo idea de cuán grandes son mis poderes ahora, pero no parecen haber menguado. Supongo que lo averiguaré si esta mujer resulta ser una asesina pentadriana».

En cuanto a su inmortalidad, solo podía hacer suposiciones. Pasarían algunos años antes de que las señales de la edad confirmasen que había perdido ese don. ¿Había valido la pena? Miró alrededor y asintió. Gracias a su capacidad de volar y a las técnicas de sanación que Mirar le había enseñado, había salvado la vida a centenares de siyís durante la propagación de la devoracorazon por el país. Sin embargo, no había conseguido evitar todas las muertes. No podía estar en dos lugares al mismo tiempo, y en el peor momento de la peste el número de siyís enfermos había sido demasiado alto para ella.

Si bien la peste de Si, la razón oficial por la que Auraya había renunciado a su dignidad de Blanca, había sido erradicada, ella había descubierto que no echaba de menos su posición anterior. Se conformaba con dedicar el resto de su vida a ayudar a los siyís. Juran le había brindado la oportunidad de seguir siendo sacerdotisa e incluso le había enviado un anillo y varios cirques especiales por medio de uno de los dos sacerdotes que se habían unido a la pareja que ya estaba en el Claro.

Juran era el único Blanco que aún se comunicaba con ella. No tenía noticia de los demás. Tampoco la visitaban ya los dioses, aunque en más de una ocasión había sentido algo en la magia de su entorno que sugería la presencia de Chaia.

«Me pregunto si me observa. Él debe de saber si en realidad esa pisatierra es o no una pentadriana. Me pregunto si me pondría sobre aviso en tal caso».

Echaba de menos sus visitas. A veces, de noche, anhelaba sus caricias y el placer sublime que él le daba cuando eran amantes. Pero aquello solo habían sido sensaciones, no afecto. Lo que más echaba en falta era alguien en quien confiar, alguien con quien compartir sus preocupaciones.

«Incluso si ese alguien es la fuente de mis preocupaciones», se dijo.

Cuando llegaron al límite del bosque, Sirri los condujo al interior de su enramada. Era un poco más grande de lo habitual, lo que permitía a la portavoz celebrar reuniones con visitantes siyís. Una vez dentro, se sentaron y empezaron a comer el pan, las frutas y las nueces que Sirri les sirvió en la mesa. Un rato más tarde, Sreil volvió con el mensajero, un joven al que presentó como Tyve y que a Auraya le resultaba familiar.

—Nos conocemos de antes, ¿no es así? —preguntó ella.

—Sí —respondió el siyí, asintiendo—. El año pasado, cuando viniste a mi aldea, estaba ayudando al tejedor de sueños Wilar.

Wilar. La mención de este nombre bastó para provocarle un escalofrío. Un rostro asaltó su memoria: Mirar se hacía llamar Wilar entre los siyís.

«Wilar. Mirar. Leiard. Me pregunto si utiliza otros nombres». La había horrorizado descubrir que el hombre del que había aprendido magia y remedios cuando era niña, al que años después había amado y en el que había confiado, era en realidad el famoso Mirar, inmortal fundador de la secta de los tejedores de sueños. Al principio el engaño la había enfurecido, pero no había podido aferrarse a la rabia en el momento en que él le había abierto su mente para mostrarle la verdad sobre su pasado.

Era imposible imaginar lo que había sido para él ser aplastado por un edificio y después vivir privado de memoria mientras su cuerpo tullido se curaba lentamente a lo largo de muchos años. Se había inventado la personalidad de Leiard e inhibido la suya para ocultar su verdadera identidad a los dioses.

«Es un milagro que haya sobrevivido —pensó Auraya—. No puedo evitar admirarlo por ello».

Cuando se encontró con él en la aldea del río del Norte, el verdadero yo de Mirar había recuperado el control, aunque había tenido que fusionar en cierto modo su personalidad con la de Leiard.

«Había empezado a encariñarme otra vez con él cuando los dioses me ordenaron matarlo».

—¿Lo recuerdas? —preguntó Tyve, vacilando.

—Sí, lo recuerdo —respondió ella, devolviendo la atención a su interlocutor—. Me dice Sirri que ya habías visto antes a la pisatierra.

—En efecto —dijo el mensajero, asintiendo—, en el mismo lugar en el

que coincidimos por primera vez con Wilar. Creo que se conocen.

A Auraya el corazón le dio un vuelco. ¿Podía tratarse de la amiga a la que había visto fugazmente en la mente de Mirar cuando él había desnudado sus pensamientos ante ella?

—¿Qué aspecto tiene?

—Es alta. De cabello color savia roja, pero más claro. Piel blanquecina. Ojos verdes.

Auraya asintió. La mujer que aparecía en los recuerdos de Mirar era pelirroja.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Sí. Jade Danzante.

—¿Y qué mal padece?

—No lo sabe. Algo del estómago.

Si la mujer era la amiga de Mirar, ¿para qué había acudido a Si? ¿Buscaba a Mirar? ¿Había ido para pedirle ayuda y había descubierto que él se había marchado? Auraya frunció el ceño. «¿La enfermedad es real o un truco para que me reúna con ella? ¿Qué motivos puede tener para querer verme?».

Si la mujer era amiga de Mirar, lo más probable era que los dioses no aprobaran su presencia. «¿Me estará escuchando ahora alguno de ellos? — Examinó la magia que la rodeaba, pero no percibió ninguna señal—. Lo que menos necesito en este momento es que los dioses vuelvan a pedirme que mate a alguien. Cuanto antes me reúna con esta mujer y me la quite de encima, mejor».

—¿La ayudarás? —preguntó Tyve—. Es simpática —añadió.

Auraya asintió.

«Lo haré. Incluso si no está enferma. Quiero averiguar qué la ha traído a Si. Y tal vez tenga noticias de Mirar».

Danyin oyó un débil eco de chirridos y tintineos de campanas en el hueco de la escalera mientras ascendía la jaula en la que se encontraba. Observó cómo iba pasando cada una de las plantas de la Torre Blanca. A veces tenía la impresión de que la jaula permanecía inmóvil y era la torre la que subía o

bajaba. En esas ocasiones se preguntaba si Auraya tenía la misma sensación cuando volaba. Ella había descrito su don como la capacidad de moverse respecto al mundo. ¿Percibía a veces que era el mundo el que se movía en torno a ella?

La jaula redujo la velocidad y se detuvo a ras de un ancho peldaño de la escalera. La puerta se abrió, sin duda empujada por la magia de la mujer que estaba a su lado.

Danyin miró a Dyara la Blanca, la segunda entre los líderes circulianos, tanto por edad como por importancia. Ella lo condujo por una escalera hasta una puerta de madera.

Cuando Dyara llamó a la puerta, Danyin sintió una punzada de aprensión. Esa había sido la habitación de Auraya. Él había estado allí muchas veces en calidad de consejero. Ahora pertenecía a su sustituta, Elareen la Blanca.

Asesorar a Auraya habría sido un trabajo sumamente exigente de no ser porque él la apreciaba y respetaba. ¿Era demasiado pedir que la relación con la nueva Blanca se diese en condiciones similares? Y si bien Danyin se preguntaba si ella le caería bien, también le preocupaba la posibilidad de que él no fuera de su agrado. «No tiene sentido compararla constantemente con Auraya», se dijo. Sabía que en ciertas ocasiones no podría evitarlo y que ella acabaría por leerlo en su mente...

Se abrió la puerta, y en el vano apareció una mujer alta y esbelta. Lucía un peinado de estilo elaborado y una túnica y un cirque blancos de la mejor calidad. A pesar de su aspecto elegante y sereno, a Danyin no le pareció hermosa. «Tampoco es que carezca de atractivo», pensó. Aparentaba más edad que Auraya, aunque solo un par de años.

—Elareen —dijo Dyara—. Este es Danyin Lanza.

—Entrad —los invitó la nueva Blanca, franqueándoles el paso.

Los condujo hasta unas sillas y les sirvió sendos vasos de agua. Por lo que Danyin había podido averiguar, Elar procedía de Somrey. Su padre había sido contratado por un comerciante rico, y la familia se había trasladado a Jarime después de que el mercader lo pusiera al frente de sus negocios en Hania. Elar había ingresado en el sacerdocio a los doce años y más tarde se había hecho sanadora. Había trabajado en el hospital desde su fundación. Algo que había sucedido allí había impresionado lo bastante a los Blancos para que la

nombraran sacerdotisa superior.

Y también debía de haber impresionado a los dioses, pues ahora era una Blanca.

A pesar de la magnitud de las responsabilidades recién adquiridas, irradiaba una serena seguridad en sí misma, lo que sorprendió a Danyin. Cuando había conocido a Auraya, le había parecido que estaba ligeramente abrumada por su reciente Elección.

Dyara empezó a alabar las habilidades de Danyin, que fingió no merecer los elogios, tal como había hecho cuando le habían presentado a Auraya. Elareen torció sutilmente la comisura de los labios y levantó la mano para intervenir.

—Sé que Danyin Lanza es el mejor hombre para el puesto —dijo, sonriendo a Dyara. Luego se volvió hacia él—. Después de todo, es el único que puede jactarse de tener experiencia previa con una Blanca recién nombrada.

Dyara se acomodó en su asiento, un poco irritada por la interrupción.

—Desde luego, es una ventaja.

—Está claro. —A continuación, Elareen se dirigió a Danyin—: ¿Cómo fue trabajar con Auraya?

Sorprendido por su espontaneidad, él tardó unos instantes en responder. Era natural que la nueva Blanca sintiera curiosidad por su antecesora, pero el consejero había supuesto, no sabía por qué, que ella eludiría el tema. Tal vez únicamente por los rumores en torno a la renuncia de Auraya.

—Un trabajo duro, pero placentero —respondió.

—Le tenías aprecio —aventuró Elareen.

—Sí —dijo él con una sonrisa.

Ella arqueó las cejas, animándolo a dar más detalles.

—Siente una gran empatía por los demás, aunque creo que eso dificultaba su labor tanto como se la facilitaba.

—Ajá —asintió Elareen—. Para una sanadora, la empatía puede ser un defecto y al mismo tiempo una virtud.

Él sonrió ante este recordatorio de que la propia Elareen había sido una sacerdotisa sanadora. Quizá aquel trabajo le había enseñado a permanecer serena, fueran cuales fuesen las circunstancias.

—¿Cuáles creéis que son vuestros defectos y vuestras virtudes, Elareen la Blanca?

—Por favor, llámame Elar —dijo ella. Frunció los labios mientras reflexionaba sobre la pregunta—. No lo sé... Mi fe en los dioses, tal vez. Cuando no hay una respuesta obvia, hago lo que ellos me piden.

«Eso suena a mantra personal. Interesante».

—Una actitud prudente.

Elareen miró a Dyara, que esbozó una sonrisa antes de volverse de nuevo hacia él.

—Aunque los dioses nunca me habían pedido nada hasta hace poco —declaró—, siempre les he dado la oportunidad de hacerlo..., antes de salir por mí misma de los líos en que me metía.

—Estoy seguro de que os lo agradecían —dijo él con una risita—. Y no estoy insinuando que vayáis a meteros en algún lío ahora. —Miró a Dyara—. Hay muchos expertos a los que podéis acudir en busca de ayuda.

—Sí, incluido tú. Dyara me ha dicho que tienes espías por toda Ithania.

—¿Espías? —Danyin se rio—. No lo son en realidad, solo conocidos míos del ámbito de la justicia y viejos amigos comerciantes.

—Háblame de ellos.

Danyin tomó otro sorbo de agua, se reclinó en su silla y comenzó a relatarle historias de la gente a la que conocía, tanto en puestos altos como en posiciones menos importantes. Le explicó que lo habían ayudado en el pasado y que podía volver a contar con ellos. A Elareen parecían divertirse de verdad las anécdotas más graciosas. Era una buena señal. Su sentido del humor compensaba la casi irritante confianza en sí misma que rezumaba.

«Será una buena Blanca —decidió él—. Esperemos que dure un poco más que Auraya».

En las ocasiones en que había volado hasta la aldea de la tribu del río del Norte, Auraya había entrevisto las cataratas a lo lejos. Ahora, mientras el joven guía siyí empezaba a descender, observó que eran varias cascadas y que cada una de ellas se precipitaba desde una repisa hasta una laguna en la que nacía un río poco profundo que fluía hasta la siguiente caída de agua.

Tyve bajó en picado y se posó junto a una de las cascadas. Auraya aterrizó a unos pasos de él y miró alrededor, sintiendo el rumor constante del agua al caer. Era un lugar bonito. Ella no vio el menor rastro de la mujer pisatierra.

—Vive allí dentro, detrás de la cascada —señaló Tyve—. Puedes entrar por un lado.

—Gracias, Tyve —dijo Auraya, asintiendo—. Más vale que vuelvas a casa. Si necesito algo, pasaré por tu aldea.

Él movió la cabeza afirmativamente, corrió con paso liviano sobre las rocas expuestas en la ribera hasta un peñasco y dio un salto para elevarse. Auraya lo observó alejarse planeando y recordó algo sobre el muchacho.

«Quería convertirse en tejedor de sueños». Ella lo había leído en su mente mientras ayudaba a Mirar a atender a los habitantes de su aldea. Mirar no había accedido abiertamente a instruir al muchacho, pero tampoco se había negado.

«Quizá su sueño se desvaneció cuando Mirar huyó de Si. No obstante, es

lo mejor que le pudo pasar. Si renegara de los dioses para convertirse en un tejedor de sueños, perdería su alma al morir».

La inquietaba la idea de que algunos siyís decidieran convertirse en tejedores de sueños. Y no dejaba de ser irónico que, mientras ella trabajaba para establecer el hospital en Jarime —con la esperanza de que esto redujera el número de tejedores de sueños al atraer alumnos potenciales al sacerdocio—, un siyí daba los primeros pasos para llegar a ser tejedor.

Resultaba casi un alivio no tener que seguir siendo responsable del hospital. Juran le había informado de que el proyecto avanzaba. La alegraba saber que este seguía beneficiando a la gente de la ciudad al tiempo que mejoraba los conocimientos de sanación de los circulianos. Pero nunca se había sentido cómoda con la idea de que, si bien había salvado almas animando a hacerse circulianos a quienes tenían la intención de convertirse en tejedores de sueños, también había contribuido a la extinción de estos últimos.

Ahora los siyís constituían su única preocupación. Apartando de su mente cualquier pensamiento sobre el hospital, echó a andar hacia la parte posterior de la cascada.

La pared de roca formaba un saliente, y Auraya descubrió que apenas había espacio suficiente para pasar entre la cortina de agua y la pared hacia el interior de una cueva. Si bien el torrente de agua dejaba entrar suficiente luz para iluminar la parte frontal de la cueva, el interior estaba completamente a oscuras. Invocó magia y creó una luz. Esta reveló un túnel, y ella empezó a recorrerlo. Más adelante vislumbró una luz que, tras doblar una esquina, la condujo hacia una cueva más grande. Había frascos y jarras junto a una pared, y en medio alguien había dispuesto unos muebles rudimentarios.

Vio dos camastros y, sentada en uno de ellos, dándole la espalda, una mujer. Su vestimenta era sencilla, pero el cabello que le caía sobre los hombros era de un rojo intenso. Sus brazos se movían, ocupados en alguna tarea que Auraya no alcanzaba a ver.

—¿Eres Jade Danzante? —preguntó en el idioma de los siyís. Si le había enviado un mensaje por medio del siyí, debía de hablar la lengua de la gente del cielo.

La mujer levantó la vista, pero no se volvió.

—Sí. Entra. Estoy preparando maita caliente. Tenemos mucho de que hablar.

—¿Ah, sí? —inquirió Auraya, avanzando hacia ella.

—Sí —dijo la mujer con una risita.

Algo en ese lugar hacía que Auraya se sintiera incómoda, vulnerable, aunque no detectaba amenaza alguna en la habitación. Se detuvo, invocó magia y creó una barrera en torno a sí.

La mujer se dio la vuelta y contempló a Auraya con curiosidad.

—¿A qué viene tanta cautela? No tengo la menor intención de hacerte daño.

Auraya la miró a su vez, buscando pistas en la expresión de la mujer. Tenía un rostro hermoso, pero las arrugas alrededor de los ojos y la boca indicaban que ya había superado el ecuador de su vida. Eran líneas de buen humor, pero también de dolor o amargura.

—¿Por qué será que no estoy muy convencida?

Jade entornó los ojos y observó a Auraya, pensativa. Luego le hizo una seña.

—Acércate unos pasos más.

Auraya vaciló, pero finalmente obedeció. En ese momento, su barrera empezó a desmoronarse. Intentó invocar más magia, pero la energía no acudía a ella.

Cuando cayó en la cuenta de lo que sus sentidos le habían estado diciendo todo el tiempo, sintió una punzada de miedo. No había magia alrededor de ella. Era tan vulnerable como cualquier mortal sin dones. Cuando retrocedió unos pasos, notó que volvía a estar rodeada de energía.

—Lo que estás experimentando es un vacío. Son solo unos pasos, ¿lo ves? —La mujer agitó una mano con naturalidad, y una chispa de luz apareció ante ella—. Sin embargo, puedes acumular cierta cantidad de magia para protegerte mientras lo cruzas.

Auraya estudió a la mujer. «Si hubiera querido aprovecharse de este momento de indefensión, ya lo habría hecho». Levantó otra barrera y la alimentó de magia mientras atravesaba la habitación. Ahora que era consciente de la presencia del vacío, lo percibía con facilidad. Sin embargo, no se sintió cómoda hasta que volvió a abandonarlo.

Jade le dedicó una sonrisa de complicidad y señaló la otra cama.

—Siéntate.

Auraya obedeció. Entre los camastros había una roca grande con un agujero redondo y liso que contenía agua hirviendo. Jade llenó un recipiente con un cucharón. Los granos que había dentro se disolvieron, tiñendo el agua de rojo oscuro, y a Auraya le llegó el inconfundible olor a maita. La mujer sirvió dos copas pequeñas y le entregó una.

—Mirar durmió en esa cama el año pasado —dijo.

Auraya inclinó la cabeza afirmativamente.

—De modo que eres su amiga. Lo suponía.

—Eso fue antes de que intentaras matarlo —continuó Jade, pasando por alto el comentario de Auraya—. Pero no lo conseguiste. —Entornó los ojos—. ¿Por qué?

—Tuve mis razones.

—Él te abrió su mente y te mostró la verdad —dijo la mujer, clavando los ojos en ella—. Por eso no lo mataste. Se expuso a un gran peligro para que conocieras su pasado.

—O sencillamente para salvarse.

—¿Es eso lo que crees? —dijo Jade, enarcando las cejas—. ¿No has considerado la posibilidad de que lo hiciera por amor?

Auraya le sostuvo la mirada.

—El amor no tuvo nada que ver. Él quería que supiera la verdad, pero no me la habría revelado si yo no hubiera estado a punto de matarlo. Habría seguido engañándome.

La mujer asintió.

—Pero sin duda sabes que te ama. ¿Lo amas tú a él?

Auraya volvió a verse asaltada por sentimientos conflictivos y los apartó de sí. ¿Por qué le hacía Jade esas preguntas? ¿Por qué deseaba saber si ella quería a Mirar? ¿Por celos o solo para protegerlo en calidad de amiga? Auraya barajó distintas respuestas y las posibles reacciones de Jade. Una contestación negativa podría hacerla enfadar, y Auraya no quería correr ese riesgo. No obstante, una respuesta positiva podía ser sometida a prueba.

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Lo dudo, ya que en realidad no lo conozco. O, mejor dicho, solo conozco una faceta de él. ¿Lo quieres tú?

—Como a un amigo.

—Lo ayudaste a recuperar su identidad.

—Sí. —Jade bajó la vista hacia su copa y arrugó el entrecejo—. Lo traje aquí después de la batalla. Estaba hecho un lío. No sabía quién era. Leiard un día, Mirar al siguiente. —Torció el gesto—. Con el tiempo consiguió poner orden en su cabeza. Pensé que estaría a salvo aquí, en Si, pero tiene un talento especial para meterse en problemas. Primero estuviste a punto de matarlo, después consiguió eludir por los pelos a los Blancos en Sennon, y ahora... —Sacudió la cabeza.

Auraya miró a Jade con desconfianza.

—Puesto que evidentemente quieres que te lo pregunte... ¿Dónde está ahora?

Un brillo de regocijo asomó a los ojos de la mujer.

—¿Eso quiero? Pero no te lo puedo decir. Los dioses lo leerían en tu mente en cuanto abandonarás el vacío.

—¿En cuanto abandonara...? —Auraya frunció el ceño y paseó la mirada por la cueva, aunque dudaba que encontrara alguna pista que confirmase sus sospechas.

—El vacío nos rodea por los cuatro costados. Los dioses son seres mágicos, de modo que no pueden alcanzarnos aquí.

Auraya meditó sobre las palabras de la mujer. Si Jade le contaba dónde estaba Mirar... Pero, si Jade lo sabía, los dioses lo leerían en su mente de todos modos cuando se alejase del vacío. A menos que... Jade supiera ocultar sus pensamientos, como Mirar. Auraya reprimió el deseo de mirarla. «¿Qué poderes tendrá? ¿Acaso es otra inmortal?».

—Cuando me vaya, averiguarán que estás aquí —observó—. Lo descubrirán en mi mente.

Jade extendió las manos a los costados.

—Sí. Pero ¿qué interés tendría para ellos? No soy más que una vieja sanadora con amistades sospechosas.

—Si Mirar temía revelar tu existencia, tú también tendrás razones para temer.

—Veo que no eres tonta —comentó Jade, enarcando las cejas—. Eso es bueno.

—¿Cómo piensas impedir que me marche?

—Haciéndote una oferta tentadora.

—¿Y si no me tienta y me marchó?

—Jamás volverás a verme.

La mujer parecía muy segura de sí misma. «Si es una inmortal, ha conseguido pasar inadvertida a los dioses durante un siglo. Esconderse de mí no debería resultarle difícil».

—¿Cuál es tu oferta?

—Enseñarte a ocultar tu mente a ojos de los dioses —dijo Jade, sonriente.

«De modo que no me equivocaba. Puede velar sus pensamientos. Después de todo, para enseñarlo tiene que saber cómo se hace».

—¿Por qué?

—¿Por qué querría yo instruirte o por qué deberías aceptar mi propuesta?

—Ambas cosas.

Jade se inclinó hacia delante.

—¿Y si te digo que Mirar se ha metido en un lío y corre peligro? ¿Que necesita tu ayuda? ¿Qué dirías a eso?

—Que no puedo ayudarlo —respondió Auraya sin vacilar. Las palabras de Huan le resonaban en los oídos: «Si te vuelves contra nosotros o contra los Blancos, o si te alías con nuestros enemigos, te consideraremos nuestra enemiga»—. ¿Qué clase de peligro corre?

—Mortal.

El corazón de Auraya empezó a latirle deprisa. ¿Aquella mujer la estaba poniendo a prueba o de verdad Mirar estaba en peligro de muerte? «¿Y qué puedo hacer si es así?». Ella no estaba dispuesta a ayudarlo, si eso suponía enfrentarse a los dioses. Su negativa a matarlo ya le había salido cara.

Jade se puso en pie de golpe y se dirigió hacia las vasijas apoyadas en la pared.

—Me alegra no tener que enfrentarme a semejante decisión —dijo—. Aunque nunca se me dio la posibilidad de elegir. Los dioses siempre me han despreciado. —Cogió un tarro y se volvió hacia Auraya con una sonrisa—. Mirar está en Mur, en una pequeña aldea de la costa llamada Bria, cuyos habitantes aceptan a los tejedores de sueños por sus habilidades. No corre peligro.

Auraya suspiró aliviada, pero sus sospechas no se habían disipado.

—Mientes. Al menos mientes sobre su paradero. No me lo habrías dicho sin que antes yo me comprometiera a aprender a ocultar mis pensamientos.

Jade abrió el tarro y olió su contenido.

—¿Ah, no? —Devolvió el recipiente a su lugar—. ¿Estás dispuesta a arriesgarte aunque sea verdad y ser la causa de su muerte?

Auraya meneó la cabeza.

—No has respondido a mis preguntas. ¿Por qué quieres que aprenda a encubrir mi mente?

—Mirar me pidió que te lo enseñara. Está convencido de que tu vida está amenazada y no me extrañaría que viniera él mismo si no lo hago yo.

—¿Te has expuesto a que te descubran por un capricho de Mirar?

La expresión de Jade se tornó seria.

—No se trata de un capricho —dijo mientras se dirigía hacia los camastros—. Es verdad que tu vida está amenazada.

—¿A qué te refieres?

—A los dioses, tonta. Los desafiaste. Posees demasiado poder. La única razón por la que no te mataron cuando renunciaste es que aún les resultabas útil. Ahora que los siyís están bien, buscarán cualquier excusa para deshacerse de ti.

Auraya pensó en la conversación entre las deidades que había alcanzado a oír después de anunciar su intención de dimitir.

:Dale lo que quiere —había dicho Saru—. *Después nos podremos librar de ella.*

:Solo si se vuelve contra nosotros, había replicado Chaia.

—¿Cualquier excusa? —dijo Auraya, poniéndose en pie—. ¿Como, por ejemplo, aprender a ocultar mis pensamientos o relacionarme con otra indómita? —Se encaminó hacia la entrada de la cueva—. Dile a Mirar que lo mejor que puede hacer para protegerme es mantenerse apartado de mí y no inmiscuirse en mis asuntos.

Oyó los pasos de Jade a su espalda.

—Mirar es un bobo enamorado. Por eso te enseñó a sanar, si bien sabía que tarde o temprano descubrirías que se trata del mismo don que nos hace inmortales. Te proporcionó una vía de escape.

Auraya contuvo la respiración y aminoró el paso hasta detenerse. Si lo que decía Jade era verdad, Mirar le había enseñado deliberadamente la manera de ser inmortal. No era de extrañar entonces que las divinidades hubieran prohibido a los circulianos aprender a sanar mediante la magia. Y, sin embargo, los dioses habían permitido que ella aprendiera...

—Vio el potencial en ti. Igual que los dioses —prosiguió Jade—. ¿Por qué crees que te obligaron a tomar decisiones tan duras? Conocen tus debilidades. Te manipularon para que abandonases a los Blancos, haciendo creer a sus seguidores que lo habías sacrificado todo por los siyís. Ahora puedes morir trágicamente y nadie lo pondrá en duda.

Auraya se volvió hacia la mujer. Sacudió la cabeza. «Debe de estar mintiendo».

—Mientes.

—Ojalá fuera mentira —puntualizó Jade—. ¿Estás dispuesta a arriesgarte?

El rostro de Chaia le vino a la memoria. Incluso si Jade tenía razón, solo la tenía en parte. «No todos los dioses quieren verme muerta».

Si rechazaba la ayuda de Jade, se exponía a que Huan y sus aliados la mataran, pese a la oposición de Chaia.

Si la aceptaba, corría el riesgo de perder el apoyo de Chaia, si es que aún contaba con él.

Auraya dio media vuelta. Echó a andar de nuevo hacia la salida de la cueva, suponiendo que Jade la seguiría. En vez de eso, la mujer la llamó.

—Eres una indómita, Auraya. Los dioses lo saben. Solo están esperando el momento oportuno para matarte.

—¡Aún no soy inmortal! —exclamó Auraya por encima del hombro. Sintió que se acercaba al vacío e invocó magia para mantener su barrera—. No tengo por qué convertirme en inmortal, aunque tenga el potencial para lograrlo.

—Tampoco tienes por qué ocultar tus pensamientos. Pero si aprendes a hacerlo, y los temores de Mirar resultan ser ciertos, puede que el don te sea útil.

Auraya redujo el paso, se detuvo dentro del vacío, se volvió y atravesó de nuevo la barrera. Jade la observaba con expresión seria.

«Si poseer los conocimientos que conducen a la inmortalidad no es un crimen, tampoco debería serlo que sepa ocultar mis pensamientos —se dijo—. Y si Mirar regresa porque me niego a aceptar las enseñanzas de Jade, ocasionará toda clase de problemas».

—¿Cuánto tiempo necesitaremos? —preguntó.

Las facciones de Jade se suavizaron.

—Unas cuantas semanas. Menos, si aprendes con rapidez.

—Los siyís vendrán a buscarme.

—Les diremos que te quedarás hasta asegurarte de que me haya curado.

—Ah, sí. La famosa enfermedad. —Auraya caminó hacia la mujer—. Más vale que te cures enseguida, Jade Danzante, ya que no pienso quedarme aquí más de lo necesario.

La mujer resopló.

—Yo tampoco, te lo aseguro.

Por más que Reivan viajaba en palanquín, no lograba habituarse al movimiento, y menos cuando los portadores la llevaban al trote. Tal vez lo que la incomodaba era el hecho de que su dignidad y bienestar estuvieran en manos de cuatro esclavos. Estos eran criminales, como todos los siervos, pero habían sido elegidos por los Servidores de los Dioses para desempeñar esa tarea por su fiabilidad, coordinación y voluntad de cooperación.

«Sin embargo, quienquiera que los haya elegido probablemente dio por sentado que cualquier Servidor transportado en la litera tendría dones de los que echar mano en caso de peligro o de que los esclavos lo dejaran caer». Ella ni siquiera poseía la habilidad de producir una corriente fría para contrarrestar el aire caliente que la sofocaba. Por lo general, uno solo podía ser nombrado Servidor si poseía habilidades, pero ella había sido una excepción. Su ordenación como Servidora de los Dioses había sido la recompensa de Reivan por evitar que el ejército pentadriano se perdiera en las minas de Sennon. «¿De verdad no ha pasado ni un año desde aquello?».

Suspiró e intentó apartar la vista del sudor que corría por las espaldas de los esclavos. Las señales del esfuerzo físico de los portadores no hacían más que aumentar su malestar. «Y esta túnica negra de Servidora no ayuda», se

dijo, acomodándose el cuello.

Los esclavos enfilaron la Andana y se abrieron paso entre la multitud en dirección al Santuario. En conjunto, los edificios que constituían el Templo pentadriano semejaban una escalera gigante. Imenja le había ordenado a Reivan que volviese lo antes posible, y la perspectiva de subir hasta la parte alta del Santuario no entusiasmaba a la joven.

Al llegar al pie de la escalinata del edificio, los esclavos bajaron el palanquín. Reivan hizo una seña de agradecimiento al capataz e inició el ascenso.

Una fachada amplia y arqueada daba la bienvenida a los visitantes al edificio pentadriano más grande de Ithania. Pasando por una de las aberturas, Reivan ingresó en un vestíbulo espacioso y ventilado. Los Servidores deambulaban por todas partes, prestos a recibir a los visitantes. Más allá del vestíbulo había un patio que ella circunvaló a fin de mantenerse a la sombra.

Poco después, avanzaba por un pasillo ancho que atravesaba el Santuario Bajo. Las túnicas negras de los Servidores destacaban como manchas de tinta en las paredes blancas. El corredor se bifurcaba varias veces en dirección al Santuario Medio. Reivan apretó el paso hacia el Santuario Alto; al cruzarse con ella, los Servidores se hacían a un lado e inclinaban la cabeza cortésmente.

El respeto que le mostraban despertaba en ella una satisfacción petulante. «Se comportan así desde que Imenja y yo volvimos tras negociar el pacto con los elay. Nadie protestó cuando Imenja me nombró su compañera. Aun así, no puedo evitar buscar señales de agotamiento tras la buena acogida inicial».

Los pasillos del Santuario Alto eran amplios y silenciosos. Las paredes estaban adornadas con obras de arte, y los suelos, cubiertos de mosaicos. Las puertas daban a patios privados en los que unas fuentes mantenían fresco el ambiente. Ahora ella disponía de unos aposentos decorados de forma simple pero lujosa, como los de las Voces.

«Supongo que, si vas a dedicar la eternidad al servicio de los dioses, lo mínimo es estar cómodo —pensó—. Aunque no sea inmortal ni necesite una suite solo para mí, lo valoro tanto por ser un reconocimiento de todo mi trabajo como por el confort que proporciona».

:¿Estás lejos?, habló en su mente una voz familiar.

Quizá eran imaginaciones tuyas, pero el tono de Imenja le pareció tenso. Reivan frunció el entrecejo.

:No, me faltan dos pasillos, respondió.

A su malestar se sumó la preocupación. Pequeños indicios y pistas la habían llevado a sospechar que la relación entre su patrona y Nekaun, la Voz Primera, era cada vez más tirante. Imenja disentía con frecuencia de las opiniones de Nekaun, y a menudo este pasaba por alto las decisiones de Imenja. Ambos lo hacían, eso sí, sin renunciar a usar el lenguaje más atento.

También había señales más sutiles. Cuando se encontraban en la misma habitación, Imenja evitaba mirar directamente a Nekaun. Por lo general, se cruzaba de brazos y se apartaba unos pasos de él. Aunque la Voz Primera le sonreía con frecuencia, sus ojos expresaban emociones antagónicas: unas veces, enfado; otras, desafío.

«Quizá no sea lo que parece —se dijo Reivan sin poder evitar sentirse inquieta—. Cualquier indicio de conflicto entre las Voces, por pequeño que sea, resulta intranquilizador. Incluso si fuera posible pasar por alto los enormes poderes mágicos de los que disponen, hay que tener en cuenta el bienestar a largo plazo de la gente. Las Voces deben aprender a convivir por toda la eternidad. Más vale que se lleven bien».

Desde el punto de vista personal, la situación la molestaba aún más. Apreciaba a Imenja. La Voz Segunda trataba a Reivan como a una amiga y compañera. También apreciaba a Nekaun, pero de forma muy distinta. Aunque él no la trataba como a una amiga, se mostraba afable con ella. Reivan no podía evitar sentir un hormigueo de excitación y anhelo cada vez que él la cautivaba con su encanto natural.

Reivan había confiado en que unos meses en el mar mitigaran la atracción que sentía por Nekaun, pero no había sido así. Sin embargo, el viaje había reforzado su confianza y determinación de no ponerse en evidencia. No podía hacer su trabajo si evitaba a la Voz Primera, de modo que había decidido ignorar el cosquilleo en el estómago y las fantasías que tenía con Nekaun hasta haber pasado junto a él el tiempo suficiente para que su interés se enfriara.

Al llegar al pasillo que conducía al largo balcón en el que solían reunirse las Voces, Reivan se detuvo por un instante para recuperar el aliento. Se alisó

la túnica, se frotó la cara, despejó su mente y reanudó la marcha.

Conforme avanzaba, oía con mayor claridad las voces procedentes del fondo. Habían dispuesto varias sillas de junco en la parte del balcón que ofrecía la mejor vista de la ciudad. Todas las Voces y sus Acompañantes estaban sentados, excepto Nekaun. Como siempre, él permanecía en pie, apoyado en la barandilla, mirando a los otros dirigentes y a sus consejeros.

Reivan se trazó la señal de la estrella sobre el pecho e inclinó la cabeza respetuosamente hacia las Voces. Shar, la Voz Quinta, bebía agua con saborizante. Su piel blanquecina y su cabello rubio contrastaban de forma marcada con la piel cobriza y el cabello corto de Genza. Vervel, la baja y fornida Voz Tercera, era mayor y más corpulento que sus compañeros. Como de costumbre, Genza había llevado consigo uno de sus pájaros amaestrados, y a los pies de Shar yacía un vorán. «Mejor dicho, sobre los pies de Shar», se corrigió Reivan. El animal jadeaba a causa del calor.

Evitando cruzar la mirada con Nekaun, Reivan posó la vista en Imenja, la Voz Segunda. Su patrona, esbelta y elegante, aparentaba treinta y tantos años. La mujer le sonrió y le indicó con un gesto que se sentara en la silla desocupada que había a su lado.

La conversación se había interrumpido con la llegada de Reivan, pero la atención no se había trasladado a ella. Todos observaban expectantes a Nekaun.

Él sonrió.

—Ahora que estamos todos aquí, me gustaría presentaros a un viejo amigo, Heshema Guía. Acaba de volver de Ithania del Norte, donde ha estado investigando un pequeño suceso reciente por encargo mío.

Reivan observó de reojo que Imenja arrugaba el entrecejo. Su expresión de desagrado desapareció cuando se oyó el eco de unas pisadas en el pasillo. Al volverse, Reivan vio a un hombre de mediana edad que se acercaba al balcón.

Aunque había supuesto que alguien con un nombre tan típicamente sennense habría tenido la complexión delgada y la piel bronceada propias de esa raza, Heshema era un hombre común y corriente. Si le hubieran pedido a Reivan que lo describiera, le habría costado mucho encontrar un rasgo concreto que lo distinguiera de los demás. «Es bastante anodino —pensó—.

Pero si ha estado reuniendo información para Nekaun en Ithania del Norte, tiene que ser un espía, y lo que menos interesa a un espía es llamar la atención o que la gente se acuerde de él».

—Es un honor conocerlos —aseguró Heshema con voz grave y melodiosa.

Las Voces respondieron con murmullos, y Reivan sonrió. «Su voz es su rasgo distintivo —se dijo—. Aunque espero que sepa adoptar un tono menos llamativo cuando haga falta».

—He pedido a Heshema que os exponga lo que ha averiguado —anunció Nekaun—. Algunos ya conocéis una parte, pero todos descubriréis algo nuevo.

La Voz Primera contempló expectante a Heshema, que inclinó la cabeza.

—Llegué a Jarime a finales del invierno —empezó a contar el espía—. Allí el frío invita a la gente corriente a reunirse en bares al amor del fuego y a intercambiar cotilleos. La comidilla de la plebe es ahora la dimisión de Auraya la Blanca. La versión oficial es que se ha retirado para dedicarse en cuerpo y alma a los siyís, que estaban siendo diezmados por la peste.

»Muchos la admiran por haber renunciado a la inmortalidad y a sus grandes poderes mágicos en aras de una causa tan noble, pero algunos cuestionan la veracidad de esta historia y especulan con la posibilidad de que los dioses expulsaran a Auraya la Blanca después de que esta cometiera algún crimen o error. El error que consideran más probable es su simpatía hacia los tejedores de sueños. Ella había dispuesto que los sanadores circulianos y los tejedores de sueños trabajasen juntos atendiendo a los necesitados en el albergue de pobres al que llaman “hospital”. Fue una medida impopular, sobre todo entre los ciudadanos acaudalados.

»También circulan rumores sobre un idilio con un tejedor de sueños y sobre el abandono de sus obligaciones como Blanca en favor del cuidado de los siyís. Algunos incluso creen que se ha hecho pentadriana.

Las Voces se rieron, y Heshema esbozó una sonrisa.

—También hay quienes conjeturan que Auraya no ha dado la espalda a los Blancos —continuó diciendo— y que se trata de una trampa para arrastrarnos a un conflicto con ellos. No obstante, la racha de nombramientos entre los circulianos me sugiere lo contrario. Solo los sacerdotes superiores son aptos para ser designados Blancos. Al parecer, sus dioses tienen la última

palabra, pero los Blancos se aseguran de que haya suficientes candidatos.

Reivan notó que curiosamente su voz estaba desprovista de escepticismo.

—¿Viste algo que te hiciera dudar de la autenticidad de sus dioses? —preguntó Imenja.

Heshema miró a Nekaun.

—No vi nada que me confirmara que son reales.

—Eso no es lo que quería que averiguara Heshema —interrumpió Nekaun.

—¿No? —Imenja se volvió hacia Nekaun y le sonrió—. Por supuesto que no, pero es posible que descubriera algo. —Posó la vista en el espía—. Continúa con tu historia, Heshema.

El hombre asintió.

—Dudaba que los Blancos aceptasen de buen grado someterse a un interrogatorio, así que busqué otras fuentes de información. Haciéndome pasar por un mercader genriano, entrevisté a Danyin Lanza, el antiguo asesor de Auraya. Su versión coincide con la oficial. Según él, ella se quedó prendada de los siyís en cuanto los conoció. Sin embargo, estoy seguro de que el asesor se reservó algún que otro secreto sobre su antigua patrona. Probablemente algún tema personal. Hablaba como si se sintiera decepcionado por algo que ella había hecho.

—¿Un tema amoroso? —preguntó Genza.

—Quién sabe —respondió Heshema, encogiéndose de hombros.

—Dices que oíste rumores sobre un idilio con un tejedor de sueños —señaló Vervel.

—Sí. No les di demasiada credibilidad hasta que interrogué a los siyís. Me enteré de que había un puñado de seres alados en Jarime, algunos desempeñando el cargo de embajador y otros formándose como sacerdotes. Tienen muy poca tolerancia a las bebidas alcohólicas, así que los dos novicios con los que hablé no tuvieron el menor reparo en referirme los rumores acerca de los últimos meses que Auraya pasó en Si en calidad de Blanca.

»Se desplazó a Si a raíz del desembarco de vuestros Servidores, pero se quedó debido al estallido de la peste. Cuando llegó a la primera aldea infectada, se encontró con un tejedor de sueños que ya estaba allí. Al parecer,

lo conocía, y, según quienes los vieron juntos, era evidente que había cierto resentimiento entre ellos, si bien cuando Auraya abandonó el poblado habían resuelto sus diferencias y se llevaban bien.

»Lo que ocurrió después es un misterio que los siyís darían cualquier cosa por esclarecer. El tejedor de sueños se marchó de Si sin mediar explicación, y Auraya volvió a Jarime y abandonó a los Blancos. Creen que ambos acontecimientos están conectados entre sí, pero no saben cómo. Sin embargo, cuando aventuré la posibilidad de una relación amorosa, me aseguraron que esa no podía ser la razón.

—Me huele a amorío —comentó Genza.

—Tiene todas las trazas de ser uno de esos típicos cotilleos que surgen en situaciones parecidas, de modo que no debemos darle más importancia de la que merece —advirtió Imenja—. ¿Regresó el tejedor de sueños a Si después de que Auraya renunciase a su condición de Blanca?

—Los iniciados siyís no lo sabían —respondió Heshema—. Estaban escandalizados por el odio de algunos hanianos hacia los tejedores de sueños. Es posible que, justamente por ello, decidiesen mantener en secreto el regreso de uno de ellos.

»El temor y la aversión de los hanianos por los tejedores fue en aumento durante mi estancia. Su paranoia se había exacerbado tanto que poco antes de irme empezó a circular el rumor de que Mirar, el líder de los tejedores de sueños, no solo no había muerto, sino que había vuelto para hacer el mal.

—Ojalá fuera así —dijo Shar, riéndose entre dientes—. Lo podríamos reclutar.

—Los tejedores de sueños detestan la violencia —le recordó Imenja—. Pero estoy segura de que un hombre con sus habilidades y experiencia podría hacer mucho daño a los circulianos..., si estuviese vivo.

—Esos rumores también circulan por aquí —dijo Nekaun—. Algunos de mis amigos han intentado rastrear la fuente y parece ser que los cotilleos se originaron al mismo tiempo entre los propios tejedores de sueños de Avven, Dekkar y Mur.

—Interesante —murmuró Vervel.

—Sí.

—Así que los Blancos son solo cuatro, y uno de sus antiguos enemigos

podría haber vuelto —dijo Genza—. ¿Podemos sacar provecho de ello?

—No —contestó Nekaun con firmeza y expresión seria—. Los rumores de que Mirar está vivo son solo eso: rumores, y nuestra gente en Jarime nos ha informado de que ayer mismo eligieron a la sustituta de Auraya. Su nombre es Elareen Hilandero.

Los presentes digirieron la noticia en silencio. Vervel emitió un gruñido bajo y desplazó la mirada de Nekaun al espía.

—Gracias, Heshema —dijo Nekaun, inclinando la cabeza—. Ahora, si nos disculpas, tenemos que discutirlo en privado.

Tras realizar la señal de la estrella, el espía se marchó.

—En definitiva —dijo Vervel una vez se extinguió el eco de los pasos del hombre—, si Auraya sigue siendo una aliada de los Blancos, ahora nos aventajan.

—Sí.

—¿Crees que nos invadirán?

—Sería arriesgado descartar esa posibilidad —respondió Nekaun—. Debemos buscar la manera de volver a inclinar la balanza a nuestro favor.

—Ojalá fuera cierto que Mirar ha vuelto —dijo Shar en tono anhelante.

—Incluso si fuera cierto, ¿de qué nos serviría un hechicero que no está dispuesto a matar? —inquirió Imenja—. Y más teniendo en cuenta que Auraya sí lo está y es tan eficaz como demostró en la batalla.

—Tenemos que buscar otra manera —dijo Nekaun. Reivan notó que era la primera vez que se mostraba de acuerdo con Imenja—. Quiero que todos penséis cuidadosamente en esto. Mis espías están recabando toda la información posible sobre la nueva Blanca. Me gustaría saber qué habilidades y poderes conserva Auraya.

Las Voces y sus compañeros asintieron. Después de un calculado silencio, Nekaun sonrió y, sin previo aviso, miró a Reivan. Ella sintió un escalofrío y se sonrojó.

—Cambiemos de tema. Cuéntanos, Reivan, cuántos barcos pirata han hundido nuestros amigos los elay esta semana.

Tras detenerse ante el puente, Mirar alzó la vista hacia el palafito de dos plantas y sonrió. Hacía un siglo que no visitaba una Casa de los Tejedores..., salvo la de Somrey, en la que había estado cuando era Leiard. Hacía mucho que habían desaparecido de las ciudades y los pueblos de Ithania del Norte, de modo que el descubrimiento de que aún existían en Ithania del Sur había constituido una sorpresa agradable para él.

Cruzó el puente, se acercó a la puerta y llamó.

Oyó pasos sobre un suelo de madera. La puerta se abrió, y en el vano apareció una mujer de mediana edad con la vestimenta de los tejedores. Mirar vaciló, convencido de que faltaba algo, y entonces cayó en la cuenta de que había esperado oír el repiqueteo de un cerrojo al descorrerse.

«¡Los tejedores de sueños de Ithania del Sur ni siquiera echan el pestillo!».

—Salud. Soy la tejedora de sueños Tintel —dijo la mujer con una sonrisa, abriendo la puerta de par en par. Aunque Mirar no consiguió entender lo que dijo a continuación, percibió el tono cordial de su voz, y su gesto denotaba que estaba dándole la bienvenida.

—Gracias. Soy el tejedor de sueños Wilar —se presentó, y pasó a una habitación pequeña. Junto a una de las paredes había varios pares de sandalias dispuestos en perfecto orden. Era costumbre local descalzarse al entrar en una casa. Mirar oyó voces de varias personas en la habitación

contigua.

Introdujo la mano en su morral y extrajo la bolsa con monedas que le había dado Yuri, el criado de Rikken. Como Mirar se había negado a aceptar el generoso pago por sus servicios, Yuri le había propuesto que donara el dinero a la Casa de los Tejedores.

—Para la casa —dijo Mirar en avveniano mientras le tendía la bolsita a Tintel con la esperanza de que ella lo comprendiera.

La mujer la cogió y echó un vistazo a su interior. Enarcando las cejas, dijo algo incomprensible para él. Cuando Mirar frunció el ceño y meneó la cabeza, ella le escrutó el rostro por unos instantes hasta que, por fin, el hombre vio un brillo de comprensión en sus ojos.

—¿Eres extranjero? —preguntó la mujer en avveniano.

—Sí, del norte.

—No suele visitarnos gente del norte.

«No me sorprende», pensó él. Se inclinó para quitarse los zapatos. Cuando hubo terminado, la anfitriona abrió otra puerta que conducía a una estancia mucho más grande. En ella había varios tejedores de sueños sentados en torno a mesas alargadas.

—Estábamos a punto de empezar a cenar. Acompáñanos.

Él la siguió al interior. Tintel habló en voz alta, y los tejedores de sueños se volvieron hacia ellos. Mirar, suponiendo que ella lo estaba presentando, realizó la señal familiar que consistía en tocarse el corazón, la boca y la frente. Todos sonrieron y algunos lo saludaron, pero ninguno respondió con el mismo gesto. Después de que Tintel lo condujera hasta una silla, los tejedores reanudaron sus conversaciones.

Reinaba un ambiente distendido y, aunque Mirar no entendía las palabras de los comensales, se sintió a gusto entre sus risas. Unos criados les sirvieron un cuenco con una rebanada de pan tostado sobre un potaje picante y una bebida lechosa que, para alivio de Mirar, mitigaba la sensación abrasadora que las especias dejaban en la lengua. Notó que los tejedores eran en su mayoría jóvenes. Hablaban en tono más bajo y se ponían más serios a medida que llenaban el estómago. Tintel, que se había unido a ellos una vez servida la cena, observaba atentamente a Mirar.

—¿Qué sabes de lo que está ocurriendo en Jarime, Wilar? —le preguntó

en avveniano.

—Sé que ha habido manifestaciones de circulianos contra el... «hospital». —Empleó la expresión hanniana, incapaz de encontrar el equivalente en avveniano.

—Me temo que la situación es peor —dijo ella con una mueca de disgusto—. Algunos tejedores de sueños han recibido palizas... A algunos incluso los han matado. Y han quemado una casa de tejedores.

—No hay... —Mirar se interrumpió al percatarse de lo que en realidad quería decir la mujer. En Jarime no había Casas de los Tejedores, pero sí unos cuantos refugios, viviendas de personas que simpatizaban con los integrantes de esta secta y les ofrecían alojamiento.

«Gente como Millo y Tanara Tahonero. —Sintió un escalofrío al pensar en la pareja que lo había acogido en Jarime—. Solo algunos vecinos y amigos sabían que su casa era un refugio..., hasta que llegué yo. Cuando me convertí en tejedor asesor de los Blancos, sin duda se enteró mucha más gente. Espero que no sea su casa la que han quemado».

—No había oído nada —dijo—. Esta noche conectaré con tejedores del norte para averiguar lo que pueda sobre mis amigos.

—¿Qué te trae a Dekkar? —le preguntó un joven.

—Me gusta viajar —respondió Wilar, encogiéndose de hombros—. Quería visitar el sur.

—¿No huyes de las matanzas?

Tintel dirigió al joven una mirada de desaprobación.

—No pasa nada. Es una pregunta lógica —le aseguró Mirar, sonriendo—. No imaginé que las cosas se pondrían tan feas en tan poco tiempo. Me alegro de que la situación esté más tranquila aquí, pero me gustaría poder ayudar a mis amigos.

Los hombres y las mujeres sentados a la mesa asintieron en señal de comprensión.

—No podemos quejarnos —comentó uno de los jóvenes.

Mirar movió la cabeza afirmativamente.

—Los Servidores me han parecido... —Mirar buscó la palabra adecuada — amables.

—No saben curar como nosotros —explicó una joven—, pero pagan bien.

—¿Los Servidores os dejan sanarlos? —preguntó Mirar, sorprendido.
Los tejedores asintieron.

—He oído que en el norte está prohibido establecer conexiones mentales.
¿Es verdad? —Quiso saber la joven.

—Sí. —Cuando Mirar posó la vista en ella, la chica sonrió. Algo en su sonrisa lo llevó a estudiarla con mayor detenimiento. Mientras reconocía los sutiles mensajes de su postura y su expresión, notó que se le aceleraba el pulso.

«Ah. Sabe lo que le gusta en un hombre y no tiene miedo de ir en pos de ello», pensó. No le extrañaría que ella lo buscara más tarde. La pregunta era ¿qué haría en ese caso?

—¿Los tejedores nunca establecéis conexiones? —preguntó un joven.

—Sí, pero no se lo contamos a los circulianos —respondió Mirar.

Esto levantó un murmullo de satisfacción. La joven seguía sonriéndole.

—No debes de tener muchas oportunidades para conectar, si viajas tanto.
Podríamos conectar esta noche.

«No habla de conexiones mentales —se dijo él—. Sin embargo, una conexión mental entrañaría un riesgo muy grande. Tengo demasiado que ocultar. Aunque ahora que Emerahl me ha ayudado a recuperar la facultad de escudar mi mente, debería ser capaz de escucharlos sin revelar mis pensamientos. Pero esta noche no».

—Gracias, pero necesito recuperar el sueño —repuso.

Los demás no parecieron ofenderse. Por el contrario, Tintel hizo una mueca de desagrado a la joven y dedicó a Mirar un gesto de disculpa, como si temiera que él se hubiese ofendido.

—Perdona a Dardel, no es muy discreta. Puedes unirme a una conexión si quieres, pero si no lo haces, nadie te pedirá explicaciones. El norte y el sur son enemigos, y es posible que sepas algo que, si se difundiera mediante una conexión y llegase a oídos de las personas equivocadas, podría desatar un conflicto o la guerra.

Sorprendido por la clarividencia de la mujer, Mirar le agradeció la deferencia. Dejó de ser el centro de atención y procuró seguir la conversación mientras los tejedores hablaban de otras cosas en su idioma. Finalmente se pusieron en pie y empezaron a recoger los platos.

—Te enseñaré tu habitación —se ofreció Tintel. Lo guio por un pasillo y luego subieron por una escalera empinada—. Mañana por la noche, si aún estás aquí, puedes unirse a nosotros después de la cena.

—Gracias. Aunque dudo que pueda aportar mucho a la conversación. Todavía me cuesta entender el avveniano, y es la primera vez que estoy en Dekkar.

—¿Cuánto tiempo tienes previsto quedarte en Kave?

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo crees que necesito para explorar la ciudad?

Ella sonrió.

—Algunos dicen que tienes que quedarte un año entero para conocer Kave de verdad. Según otros, basta con una hora. Si no tienes prisa, quédate todo el tiempo que quieras. —Se detuvo delante de una puerta abierta—. Esta es tu habitación. Que duermas bien.

Tras darle las gracias de nuevo, él entró y cerró la puerta. Era un cuarto estrecho; no contenía más que una cama, una estantería y una mesa pequeña. Dejó su morral junto a la estantería y se sentó a los pies de la cama. Aunque todavía era temprano para dormir, ansiaba ponerse en contacto con Arlij. Sin duda ella sabría explicarle lo que estaba pasando en Jarime.

Se volvió a poner en pie y empezó a desvestirse. Apenas se había quitado el chaleco cuando oyó que llamaban a su puerta.

La abrió y sonrió al ver a Dardel.

No era hermosa, pero tampoco carecía de encanto. Algunas mujeres eran sencillamente atractivas. Lo que en ella invitaba al deleite era una combinación de interés sincero y descarado por el sexo y un cuerpo femenino curvilíneo. «Imposible resistirse a una mujer que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo».

Portaba una jofaina y una jarra de agua.

—Para que te deshagas de la suciedad del viaje —le dijo.

—Gracias. —Él cogió la jofaina y la jarra y dio media vuelta para entrar.

—Si necesitas ayuda...

«¿Ayuda para lavarme?». Reprimiendo una carcajada, se volvió hacia ella. Estaba apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados bajo unos pechos generosos y una sonrisa pícara.

«Tengo que hablar con Arlij —se recordó Mirar—. Debo averiguar si

Tanara y Millo Tahonero están sanos y salvos».

—Me las arreglaré solo —le aseguró.

La sonrisa se borró de los labios de Dardel, aunque no del todo.

—Mañana hablamos —dijo esta, alejándose de la puerta. De algún modo, consiguió que la afirmación sonara como una promesa—. Duerme bien.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, Mirar inspiró profundamente y soltó el aire despacio. «¿Cómo es posible que sienta interés por esta mujer cuando...? No. ¿Por qué estoy haciéndome una pregunta tan estúpida? Estoy vivo. Me gustan las mujeres. Leiard se ha marchado y ya no puede impedírmelo. ¿Por qué habría de rechazar a esta mujer por Auraya?».

Y, sin embargo, lo había hecho. Lo cierto era que no estaba tan cansado y podría haber contactado con Arlij más tarde.

«Qué estupidez. Amo a Auraya y podría olvidarme de todas las mujeres por ella, pero lo nuestro es imposible. Ni siquiera estoy seguro de que corresponda a mi amor. Además, ella ha tenido al menos otro amante. Así que ¿por qué no habría de hacerlo?».

Sacudió la cabeza. «Por la prostituta con la que me vio tras la batalla. En aquel momento parecía justificado, pero sé que fue muy doloroso para ella. No quiero volver a correr ese riesgo en el futuro. Si algún día conseguimos estar juntos sin que los dioses nos maten a uno de los dos o a ambos, sería irónico y frustrante descubrir que he vuelto a estropearlo todo».

Emerahl había supuesto que Auraya no sería una alumna aventajada. Lo más probable era que una persona que había sido Blanca estuviera demasiado pagada de sí misma y fuese demasiado orgullosa para recibir órdenes de otra persona, y menos aún de una indómita. Pero Auraya había seguido todas sus instrucciones sin rechistar, y sus únicas preguntas habían sido prudentes y razonables.

«Debería sentirme aliviada y, no obstante, todo esto me irrita». La tentación de poner a prueba a Auraya pidiéndole que hiciera algo ridículo y humillante era grande. Esto también inquietaba a Emerahl, pues no le gustaba la idea de que pudiera tener impulsos tan despóticos.

Auraya estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama que una vez

había ocupado Mirar. Tenía los ojos cerrados y las manos relajadas sobre el regazo, rozando la tela de la túnica blanca. Llevaba puesto el anillo de sacerdotisa; de una mampara cercana colgaba un cirque. Emerahl jamás habría imaginado que acabaría instruyendo a una sacerdotisa circuliana, mucho menos a una ex Blanca. Además, era plenamente consciente de lo irónico que resultaba que estuviera enseñando a una sacerdotisa a ocultar la mente a los dioses.

Al contemplar a Auraya, no podía negar que la mujer era atractiva. Físicamente era muy distinta a Emerahl. Tenía el rostro delgado y anguloso, mientras que Emerahl lo tenía ancho. Era alta y esbelta, a diferencia de Emerahl, que era baja y voluptuosa. Tenía el cabello liso y castaño, mientras que el de Emerahl era rojo y rizado.

«Si esto es lo que le gusta a Mirar... —pensó, y a punto estuvo de romper a reír—. ¿Estoy celosa? ¿Por eso me irrita tanto? —Reprimió un suspiro—. He pasado buenos momentos con Mirar, hemos sido amantes, pero nunca he estado enamorada de él, no de la misma manera en que se enamora la gente que forma una “pareja” y todo eso. Nunca me he sentido celosa de las mujeres con las que se acuesta. Mirar y yo somos solo amigos».

Así pues, ¿a qué venía el resentimiento? Tal vez no era más que una actitud protectora. Mirar la había salvado, de otros y de sí misma, en más de una ocasión. ¿Lo haría otra vez, si tuviera que elegir entre ella y Auraya?

«Probablemente elegiría a Auraya —decidió—. Y luego ella lo mataría. Sigue siendo una seguidora de los dioses. ¡Esto es una locura! ¿Por qué estoy aquí, corriendo semejantes riesgos?».

Porque Mirar se lo había pedido y los Mellizos lo habían respaldado. Auraya reunía las condiciones para convertirse en inmortal. Tal vez nunca diera el paso por temor a que los dioses la rechazaran, pero existía la posibilidad de que algo, o alguien, la llevase a cambiar de idea. Si se convertía en una aliada, los riesgos habrían valido la pena.

«Así que más vale que no me enemiste con ella», pensó Emerahl.

Desde hacía un rato, Auraya respiraba de forma suave y regular. Había sorprendido a Emerahl al revelar que sabía cómo entrar en un trance onírico, cómo alcanzar deliberadamente el estado mental necesario para conectar con alguien a través de los sueños, pero había admitido que a veces

le resultaba difícil. Aunque las conexiones mentales estaban prohibidas para los circulianos, a Auraya esta prohibición le parecía una norma poco práctica que solo algunas personas se tomaban en serio. Ella y Leiard se habían valido de este medio para comunicarse durante su aventura amorosa.

Emerahl cerró los ojos, redujo el ritmo de su respiración y poco a poco se dejó arrastrar a un estado onírico. Una vez que estuvo lista, llamó a Auraya.

:¿Jade?, respondió esta.

:Sí, soy yo.

Emerahl percibió el alivio de la otra mujer y supuso que era por haber conseguido sumirse en ese estado.

:La conexión en sueños nos permite comunicarnos —le explicó a Auraya—, pero solo si ambas estamos en trance o si hemos entrado en una fase onírica. Te voy a enseñar a penetrar en mentes conscientes. No podrás comunicarte con ellas, pero verás lo que piensan.

:¿De modo que los indómitos podéis leer la mente?

:Sí, pero solo cuando estamos en trance. Requiere concentración y práctica, y puede ser extenuante. Los pensamientos percibidos suelen ser incomprensibles al principio, pero se aprende a interpretarlos. Es lo que llamamos «exploración mental superficial».

:¿Así que esta no es una lección sobre cómo ocultar los pensamientos?

:No, pero te ayudará a comprender los mismos conceptos. Proyecta tus sentidos hacia la izquierda. Estar en Si representa tanto una ventaja como un inconveniente. Hay menos mentes para explorar, pero las que hay destacan por su aislamiento.

Auraya tardó varios minutos en percibir algo.

:Siento algo... Ah. Es un síyí. Está cazando.

:Bien. Yo también lo veo. Fíjate en que sus pensamientos no están ordenados como en un discurso. Llegan en ráfagas, tanto las imágenes como las palabras.

:Sí. Ocurre exactamente lo mismo al leer la mente.

Esto provocó una irritación pasajera en Emerahl. «¿Cómo he podido olvidar que ella antes era capaz de leer las mentes? Ya sabe cómo funcionan los pensamientos».

:Busca otra mente.

Auraya guardó silencio por un momento antes de volver a responder.
:Veo a Tyve. Se acerca a la cascada. Lleva un mensaje para mí. Yo...

Cuando Auraya perdió la concentración, la conexión quedó interrumpida. Emerahl despertó del trance onírico y no se sorprendió al ver a Auraya levantándose de la cama.

—Quédate donde estás —le advirtió con un murmullo—. Debes permanecer en el vacío. Tyve tendrá que entrar para hablar contigo.

Auraya se sentó de nuevo y miró a Emerahl.

—Más vale que finjas estar enferma —señaló.

Otra oleada de enojo recorrió a Emerahl, que se tumbó y se cubrió con una manta. Oyó pisadas en el pasadizo y al volverse vio entrar en la cueva a un joven siyí.

—Tyve —dijo Auraya, poniéndose de pie e indicándole con señas que entrara—. Pasa. ¿Qué te trae por aquí?

Él la miró y luego desvió la vista hacia Emerahl.

—Traigo un mensaje para ti.

Cuando Auraya le hizo señas de nuevo, el muchacho se acercó y sonrió a Emerahl.

—¿Cómo estás, Jade? ¿Te encuentras mejor?

—Sí —respondió esta—. Gracias a Auraya.

El joven se inclinó hacia Auraya y le susurró algo al oído. Ella se miró el anillo de sacerdotisa, se encogió de hombros y le respondió por lo bajo. ¿Sobre qué debía de ser esa conversación que no querían que Emerahl oyera?

Auraya volvió a alzar la voz de inmediato para dar las gracias a Tyve.

—Dile a la portavoz Sirri que debo quedarme a cuidar de Jade, pero que no tardaré en volver. Que tu vuelo sea seguro y veloz.

El joven asintió, se despidió y salió a toda prisa. Cuando el eco de las pisadas se extinguió, Emerahl levantó la vista hacia Auraya, que tenía el entrecejo fruncido.

—¿Qué te ha dicho?

—Creo que Sirri está preocupada porque no he regresado en cuanto te he curado. —Auraya suspiró y se sentó.

—¿Cuánto crees que tardarán en empezar a sospechar?

—Una semana. —Auraya se encogió de hombros—. Podemos engañarlos

durante un tiempo, pero si surge algo para lo que requieran mi ayuda y me niego a salir de aquí...

—Quedaremos como una ramera sin blanca: con el culo al aire — concluyó la frase Emerahl.

Auraya enarcó las cejas, divertida. Luego recobró la seriedad.

—Si los dioses estaban observando a Tyve, nos habrán visto a ambas cuando ha entrado en la cueva. También lo habrán perdido de vista en cuanto ha atravesado el vacío.

—Sí —asintió Emerahl—. Supongo que habrías podido evitar que descubrieran el vacío si hubieras hablado con él en el exterior, pero aun así los dioses nos habrían divisado y, al no conseguir explorar nuestras mentes, habrían sospechado.

—Tal vez no estaban observando.

—¿Qué crees tú?

—No lo sé. Hace meses que no me visitan, pero eso no quiere decir que no estén vigilando. —Miró a Emerahl con los labios apretados—. ¿Volvemos al trance onírico?

Emerahl rio ante su determinación.

—Pero primero comamos.

Cuando Danyin entró, Elar se encontraba de pie junto a la ventana. El consejero reprimió un escalofrío e intentó no pensar en lo que supondría precipitarse al vacío desde allí. La nueva Blanca retrocedió un paso, apartándose de la ventana, y se volvió hacia él. Cuando sus miradas se cruzaron, Danyin percibió algo especial en su expresión, algo salvaje. Ella torció el gesto, y él descubrió de pronto de qué se trataba. Lo invadió un súbito sentimiento de compañerismo.

A ella tampoco le entusiasmaban las alturas. Probablemente no le aterraban como a él, pero a todas luces no estaba relajada.

—Gracias por venir a verme tan pronto —dijo ella, haciéndole una seña para que tomase asiento.

Él se sentó.

—No tenéis nada que agradecer. Forma parte de mi trabajo.

Ella sonrió de nuevo.

—Esa no es razón para que sea desagradecida.

—¿En qué puedo servirlos?

La sonrisa se desvaneció.

—Mis colegas Blancos y yo nos hemos reunido hoy en el altar. Juran me ha encomendado mi primera misión. Es una tarea de poca envergadura, pero en absoluto sencilla, y me gustaría conocer tu opinión sobre la mejor manera de llevarla a cabo. —Frunció el ceño—. Quiere que consiga que la gente deje

de atacar el hospital y a los tejedores de sueños.

—No me extraña que os haya encargado esta tarea —dijo Danyin, inclinando la cabeza afirmativamente—. Habéis trabajado en el hospital. Tenéis experiencia con los tejedores de sueños y los alborotadores.

—Juran dice que los ataques al hospital se han reducido desde mi Elección —le dijo ella—. Pero la violencia contra los tejedores ha ido en aumento.

Danyin asintió.

—Al haber elegido a una sanadora del hospital, los dioses dan a entender que aprueban la actividad de la institución.

—Dudo que sea la única razón por la que me eligieron. Si fuese así, dejaría de serles útil en cuanto desapareciera el peligro para el hospital.

—Por supuesto que no es la única razón —dijo él, sonriendo—. Pero es el tipo de conclusiones a las que llega el mortal corriente acerca de estos temas.

—¿Y algunos de ellos han llegado a la conclusión de que mi Elección justifica las agresiones a los tejedores?

—De ninguna manera apruebo esos ataques, pero creo que debe de haber otros factores en juego, aunque no sé cuáles. Es lo que tenemos que dilucidar.

—¿Qué impulsa a la gente a hacer daño a los tejedores, pese a que es un crimen? ¿Les importan algo nuestras leyes?

Parecía genuinamente consternada, aunque él no estaba seguro de si era por la violencia contra los tejedores o por el quebrantamiento de las normas.

—Siempre habrá quienes piensen que saben más, quienes creen estar por encima de las leyes. O quienes manipulen el significado de lo que decretan los dioses y los Blancos para adaptarlo a sus propios intereses, con la ventaja añadida de que están convencidos de obrar en beneficio de las deidades.

Elar suspiró y apartó la mirada. Sus ojos denotaban una gran frustración. Al seguir la dirección de su mirada, Danyin se sorprendió de ver un huso y una cesta llena de lana sobre una consola.

«¿Así pasa el rato? —se preguntó—. Por su semblante, diría que sí».

Parecía una ocupación ridículamente doméstica para uno de los Elegidos de los dioses, pero su expresión dejaba ver a las claras que en ese momento era lo que habría deseado estar haciendo. Tal vez se trataba de un vínculo con su pasado, una tarea que preservaba su humildad frente a la fama, el poder y

la responsabilidad de su nuevo cargo. Elar se volvió hacia él con un gesto de determinación.

—¿Qué propones que haga para detener la violencia?

Danyin reflexionó sobre el problema.

—Poneros en la piel de vuestro adversario. Si esa gente siempre ha odiado a los tejedores de sueños, ¿por qué han empezado a atacarlos ahora?

—¿Por la renuncia de Auraya? ¿Crees que culpan a los tejedores de eso?

—Lo dudo. —La miró atentamente—. No veo relación entre ambas cosas, aunque eso no quiere decir que otros no la establezcan. ¿Habéis visto alguna asociación similar en la mente de alguien?

—Debería enfrentarme a la próxima protesta en el hospital e intentar explorar algunas mentes —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Sí, pero no es seguro que eso os ayude a comprender a vuestro adversario. Tenéis que intentar leer el pensamiento de quienes incitan a las protestas o de los que planean matar a un tejedor de sueños. Puesto que la capacidad de los Blancos de escrutar la mente de otras personas no es un secreto para nadie, dudo que la gente que buscáis acuda a las protestas.

—Entonces ¿cómo puedo encontrarlos?

—Lo más probable es que visiten los alrededores del hospital de vez en cuando o que envíen a otras personas a rastrear la zona y a seleccionar víctimas. Si estuviésteis allí, oculta, podríais pillarlos.

Elar asintió.

—Sí. Aunque... tomará tiempo. —Exhaló un suspiro—. Lástima que los sacerdotes comunes no sepan leer la mente. Tardaríamos menos en encontrar a nuestros asesinos y conspiradores.

—Si la lectura mental fuese una habilidad al alcance de los sacerdotes, también los no circulianos podrían poseerla... y utilizarla para hacer el mal.

—Sí. Tienes razón —dijo ella en tono apreciativo—. ¿Algún otro consejo?

Él asintió.

—Hay un hombre en la prisión de Jarime que hace un mes mató a un tejedor de sueños. Tengo entendido que Dyara le leyó la mente para confirmar su culpabilidad. Si examináis sus pensamientos, aprenderéis a reconocer con mayor facilidad la presencia de un criminal entre la

muchedumbre.

Elar abrió los ojos como platos.

—¿Leer la mente de un asesino? No..., no se me habría ocurrido.

—¿Queréis que os acompañe? —se ofreció él.

—¿Lo harías? Podría resultar desagradable.

Él se encogió de hombros.

—Una vez acompañé a Auraya en una visita similar.

—¿Auraya visitó la prisión? ¿Con qué objeto? —preguntó Elar, arqueando las cejas.

—Habían acusado a un tejedor de manipular los sueños de alguien. —La Blanca escuchaba su explicación sin pestañear. Desconcertado por esta muestra de vivo interés, Danyin se planteó la posibilidad de que la historia del tejedor de sueños fuera lo que a Elar le había llamado la atención, pero descartó esta idea enseguida. «No», se dijo. «Ella siente curiosidad por Auraya»—. Auraya dictaminó que era inocente —apostilló.

Ella se irguió de golpe, recuperando una actitud circunspecta.

—¿Podrías realizar las gestiones necesarias para que vayamos a ver a ese asesino? —preguntó.

—Claro —contestó él—. ¿Deseáis que lo haga ahora?

—Sí —dijo ella, inclinando la cabeza. Se puso de pie, frotándose las manos.

Él la siguió hasta la puerta.

—¿A qué hora os vendría bien?

Ella meditó por unos instantes.

—¿Mañana por la mañana?

—Veré qué puedo hacer —declaró él, trazando la señal del círculo con la mano—. Que paséis un buen día, Elareen la Blanca.

Salió de la habitación y empezó a bajar la escalera. Mientras descendía, consideró el interés de Elar por Auraya. Había mostrado algo más que simple curiosidad.

«Tal vez celos —pensó—. Pero ¿qué puede envidiarle? Tiene todo lo que Auraya tenía..., excepto la facultad de volar. —Sonrió al recordar la notoria incomodidad de Elar ante la vista desde la ventana de la Torre—. Dudo que anhele poseer ese don».

Si no eran celos, ¿qué era? Ella había arrugado el entrecejo en varias ocasiones. No podía ser una señal de desaprobación. ¿Qué razones podía tener para censurar a Auraya?

Sacudió la cabeza. «Bah, estoy concediendo demasiada importancia a sus gestos. Si empiezo a pensar de esta manera, acabaré como los chismosos de la ciudad, creyéndome cualquier rumor sobre Auraya».

Elareen sencillamente sentía curiosidad por su antecesora, eso era todo.

—¿Eso es todo?

Auraya miró a Jade con incredulidad. La mujer sonrió, y un brillo de diversión le asomó a los ojos.

—¿Qué esperabas?

—Pensaba que me instruirías de la misma manera en que Mirar me enseñó a sanar: mediante una conexión mental.

—¡Como si eso fuera posible! —exclamó Jade con una carcajada—. Por desgracia, no existe modo alguno de explorar una mente protegida, por lo que no puedo mostrarte de qué forma escudo mis pensamientos.

—O sea, ¿que tengo que descubrir la manera yo sola? ¿Sin ayuda de nadie? —preguntó Auraya con el entrecejo fruncido—. Entonces, ¿para qué estoy aquí?

—Necesitas que alguien intente percibir tus pensamientos para que te diga si están ocultos o no.

Auraya movió la cabeza afirmativamente.

—Pero solo puedes examinar mi mente por medio de una exploración superficial. ¿Piensas pasarte todo el tiempo en trance onírico?

—Todos los inmortales son capaces de percibir las emociones —le explicó Jade—. Cuando ya no detecte las tuyas, intentaré escrutar tu mente.

La información le pareció interesante a Auraya. Mirar también debía de ser capaz de distinguir las emociones. No había captado las de ella cuando era una Blanca, pero ahora le sería posible hacerlo. En cambio, ella ya no podía leerle la mente a él.

«Cómo se han vuelto las tornas —se dijo—. Me alegra que no esté aquí».

—Como te he dicho —continuó Jade—, imagina que cubres tu mente con

un velo. Puedes ver lo que hay fuera, pero nadie puede ver en tu interior.

Auraya lo intentó. Se imaginó el velo una y otra vez, incluso imaginó su cabeza tapada con un saco de tejido grueso, pero, por mucho que se esforzara, Jade seguía percibiendo sus emociones.

Pronto se apoderó de Auraya una frustración tan grande que hasta un mortal sin habilidades la habría detectado. Las horas se sucedieron. Finalmente Jade suspiró y dejó en el suelo el cesto que estaba tejiendo.

—Es suficiente por hoy. Ya es tarde. Duerme un poco.

Auraya se abstuvo de sonreír ante la displicencia de la mujer. Se recostó en su cama y oyó que Jade se alejaba hacia el fondo de la cueva y comenzaba a trastear con los objetos que guardaba allí.

Permaneció así un rato, preocupada. Tyve le había dicho que los sacerdotes del Claro habían intentado comunicarse con ella a través de su anillo de sacerdotisa. Aunque ella le había explicado que el anillo no funcionaba bien, no le había revelado que la causa era el vacío.

«Solo me queda confiar en que ninguno de los Blancos intente ponerse en contacto conmigo —se dijo—. Cuanto antes me vaya de aquí, mejor.

»De modo que... un velo que cubre la mente —pensó—. A veces se emplea esta metáfora para describir el sueño. ¿Será como quedarse dormida? —Cerró los ojos y dejó vagar la mente. Poco a poco empezó a relajarse, a sentir que la tensión de la lucha con su cerebro remitía—. Estoy más cansada de lo que creía. Dejar descansar la mente es una sensación maravillosa».

:Auraya.

La voz la arrancó de su plácida somnolencia. Por unos instantes, ella no sintió más que irritación, pero luego advirtió que se trataba de una voz conocida.

:¿Mirar?

Hubo un silencio.

:¿Cómo te va?

:Te estás conectando en sueños... ¿Cómo es posible? Mi anillo de sacerdotisa no funciona en el vacío.

:No lo sé, pero supongo que el anillo requiere que exista un campo continuo de magia entre las dos personas que quieren comunicarse. O tal vez el anillo necesita un vínculo con los dioses para funcionar.

:¿Significa eso que para establecer una conexión onírica y explorar la mente no se requiere un campo de magia continuo?

:Así es. En fin, ¿cómo te va?

:Si te refieres a los progresos en mi entrenamiento, muy mal. No sé cómo se supone que voy a aprender esa habilidad yo sola en pocos días. —Notó que la frustración del día se trocaba en rabia—. ¿Eres consciente del riesgo que me has obligado a asumir, de la posición en que me has colocado? Los dioses me permitieron renunciar a mi condición de Blanca y seguir siendo una sacerdotisa con la salvedad de que no los estorbara ni me aliase con sus enemigos. Está claro que para ellos tú eres un enemigo. Tendría que haberme marchado de aquí en cuanto me enteré de que Jade era tu amiga, aunque eso implicara que los dioses la descubrieran o que te localizaran a ti.

:Pero no lo has hecho.

:No. Ambos os habéis aprovechado de mí. Me habéis obligado a aprender a ocultar mis pensamientos para protegerte.

:Te hemos obligado a aprender algo que podría salvarte la vida.

:O acabar con ella.

:¿Crees que los dioses te matarán si no son capaces de leer tus pensamientos?

Auraya hizo una pausa. La rabia y el miedo la estaban haciendo decir cosas carentes de lógica.

:No. Solo empeorará las cosas entre nosotros. ¿Es esta tu manera de vengarte? ¿Me estás castigando o intentando forzarme a renegar de los dioses?

:¡Ninguna de las dos cosas! Quiero ayudarte enseñándote a protegerte. ¡Quiero que seas todo lo que estás llamada a ser..., todo lo que mereces ser! Una sacerdotisa poderosa. Una inmortal. —Mirar guardó silencio por un instante—. ¿Acaso no quieres ser inmortal?

Un escalofrío recorrió a Auraya. «¿Que si quiero? Por supuesto que quiero. Pero no al precio de renegar de los dioses. No quiero convertirme en una indómita, perseguida y odiada».

Sintió que su ira iba en aumento, pero esta vez contra los dioses. «¿Por qué tiene que ser así? Puedo ser inmortal y, al mismo tiempo, adorar a los dioses. ¿Por qué tienen que impedir que desarrolle todo mi potencial si no

representa una amenaza para ellos?».

Tal vez Chaia le permitiera esa libertad, pero Huan jamás transigiría; exigía obediencia ciega a sus devotos. «Ya he perdido su respeto al demostrar no ser digna de su confianza —pensó—. Tal vez con el tiempo llegue a perdonarme. Mientras tanto, será mejor no dar a la diosa más razones para dudar de mí».

:Según Jade, cuando me instruiste en la sanación me enseñaste lo bastante para que pudiera descubrir el secreto de la inmortalidad por mí misma —le dijo a Mirar—. Tal vez algún día estaré en posición de intentarlo sin ofender a los dioses. Pero por ahora es inútil. Lo que llamas «inmortalidad» no lo es en realidad. Podrían matarme si quisieran. Y lo harán, si los desobedezco de nuevo.

Mirar guardó silencio durante un rato antes de responder:

:El resentimiento de los dioses suele durar mucho tiempo, Auraya. Es posible que no usen la magia para matarte, pero pueden asegurarse de que la vejez lo haga por ellos. Y recuerda: si yo hubiera creído que la posibilidad de volverte inmortal sería la única razón por la que los dioses querrían matarte, jamás habría corrido el riesgo de enseñarte a sanar.

Una vez pronunciadas estas palabras, se esfumó.

«Se supone que la gente mayor es más prudente —se dijo Ranaan mientras avanzaba por el callejón oscuro detrás del tejedor Fareeh—. Son los jóvenes los que se lanzan al peligro sin pensar. ¿Qué nos pasa? ¿Por qué mi maestro está dispuesto a correr riesgos y yo estoy temblando de miedo?».

Llegaron al final del callejón, y Fareeh se detuvo para asomarse por una esquina.

«Porque soy un cobarde —se dijo Ranaan— y Fareeh no. Además, él lo tiene más fácil. Posee dones y es corpulento. Yo soy un retaco escuálido. Y soy consciente de que en los últimos seis meses no he adquirido habilidades suficientes ni para defenderme de un ataque de dardispas».

El hombre fornido salió a la calle. Respirando hondo, Ranaan se apresuró a seguirlo. Caminaron con paso resuelto, pero resguardándose en las sombras siempre que les era posible. En aquella parte de la ciudad, la única iluminación procedía del interior de las casas. Sin embargo, en el cielo brillaba la luna llena.

Ranaan miró a su instructor. La serena seguridad en sí mismo del tejedor de sueños transmitía tranquilidad a los pacientes en el hospital. El hombre representaba todo lo que la gente admiraba en los tejedores: fuerza, serenidad, conocimiento y paciencia. Se adentraba en barrios peligrosos para atender a enfermos porque era una buena persona.

«Ojalá no hubiera insistido en que lo acompañara».

Ranaan hizo una mueca de disgusto. «No soy buena persona. Soy un cobarde que preferiría dejar que alguien muriera antes que arriesgarse a recibir una paliza. No merezco un maestro tan noble».

Más adelante se abrió una puerta. A Ranaan se le desbocó el corazón cuando vio que tres hombres salían del edificio, riendo. Fareeh ni siquiera aminoró la marcha. Se cruzó con ellos, con Ranaan a la zaga.

Al joven tejedor le temblaban las piernas mientras ambos avanzaban por la calle. Aguzó el oído por si alguien los seguía. Oyó pasos, pero cada vez más débiles. ¿Estaban aquellos hombres intentando evitar que sus pisadas los delataran?

Miró hacia atrás. Los desconocidos caminaban en la dirección contraria.
—Ya casi hemos llegado —musitó Fareeh.

Ranaan se volvió hacia su maestro, que le dedicó una sonrisa de complicidad. Guardó silencio y notó que se le encendían las mejillas. Se internaron en una callejuela angosta. Fareeh se detuvo y creó una chispa para verificar la dirección en la hoja que llevaba. Asintió, apagó la chispa y prosiguió su camino.

El callejón llegaba a su fin tras torcer una esquina. Fareeh aflojó el paso y paseó la mirada por los edificios que los rodeaban.

—Dice que han dejado una luz en el...

Sus palabras susurradas quedaron ahogadas por el ruido de una puerta que se cerró de golpe. Se oyeron pasos. Ranaan se volvió, y el corazón le dio un vuelco. Contó ocho, quizá nueve figuras que formaban un cerco cada vez más estrecho en torno a ellos.

—¿Qué haces aquí, tejedor?

El acento era típicamente barriobajero, pero había algo en él que a Ranaan no le cuadraba.

Fareeh volvió a levantar la vista hacia las ventanas de los edificios.

—Comprobar que estoy en el lugar equivocado —respondió—. Al parecer, la dirección que me han facilitado no es correcta.

—Tienes razón —dijo otra voz. Ranaan miró al que hablaba. La voz aguda del hombre no se correspondía con su complexión robusta.

—No os daremos más problemas —aseguró Fareeh. Se encaminó hacia delante para pasar entre dos hombres, pero enseguida se detuvo. Los extraños

le habían cerrado el paso.

Ranaan reprimió un gemido de consternación y miedo. Le temblaban las piernas y empezaba a sentir náuseas. Se preguntó si su corazón podía latir más deprisa sin salirse del pecho.

Una chispa iluminó la palma de la mano de Fareeh. El resplandor se hizo más intenso, lo que permitió a Ranaan ver mejor los rostros de los hombres. Se le secó la boca cuando entendió por qué lo había desconcertado el acento barriobajero.

Aquella no era una banda callejera. Sus acentos eran impostados. Llevaban ropa sencilla, pero de buena factura: prendas informales para practicar deportes al aire libre. Sus sonrisas dejaban al descubierto dentaduras casi perfectas. El hombre de voz aguda no era musculoso y acumulaba grasa en ciertas partes del cuerpo, propio de quien lleva una vida regalada.

Uno de ellos, un rubio con un corte impecable, dio un paso hacia delante.

—Tienes razón —dijo—. Te garantizo que no volveréis a molestarnos.

De pronto, el espacio se distorsionó a causa de la magia. Ranaan oyó que Fareeh le indicaba que permaneciera dentro de su escudo. Se arrimó a su instructor mientras les llovían ataques de todas las direcciones.

«Todos. Todos poseen dones. ¿Cómo es posible? ¿Acaso los ricos están pagando clases de magia para los hijos que no se ordenan sacerdotes?».

Fareeh soltó un gruñido de rabia. Asió al muchacho del brazo y se inclinó hacia él.

—Los mantendré a raya —murmuró—. Vete. Corre al hospital. Consigue ayuda.

Ranaan quedó atónito cuando Fareeh lo apartó de sí con un empujón. Vio a los extraños volverse para atacarlo, y el miedo se adueñó de él. Sus piernas recuperaron las fuerzas, y se dio a la fuga. Nada se interponía en su camino. Nadie salió de la oscuridad para cerrarle el paso. Al final de la calle, dobló la esquina y echó a correr.

Cuando, un par de calles más adelante, comprobó que nadie lo seguía, la sensación de pánico se empezó a disipar. Tan pronto como le pareció que volvía a pensar con claridad, se detuvo y tomó conciencia de dos cosas: Fareeh no lo habría enviado en busca de ayuda si hubiera pensado que podía arreglárselas solo. Debían de superarlo en número.

«¡Claro que lo superan en número! ¡Son ocho!».

Aún le faltaban varias calles para llegar al hospital. Fareeh no podría contener el ataque de ocho hechiceros hasta que Ranaan volviese con ayuda.

«Debería regresar a ayudarlo», pensó.

«No seas estúpido. ¿Qué pretendes hacer? ¿Recitarles los remedios de hierbas?».

La indecisión lo mantenía paralizado. De pronto, oyó voces a su espalda. Risas. Gritos de alegría. Reconoció la voz aguda del hombre obeso, y un escalofrío le bajó por la espalda.

Al percatarse de que se encontraba en el círculo de luz que proyectaba una farola, dio media vuelta en busca de un lugar donde ocultarse. El más cercano era el hueco poco profundo de un portal. Corrió hacia allí y se apretó contra el marco de la puerta, temblando.

Las voces se acercaban. Ranaan captó expresiones como «fácil», «patético» y «bien hecho». De repente, uno de los hombres ordenó a los demás que callaran.

Se impuso el silencio. Los extraños se enzarzaron en una discusión en voz baja y luego reanudaron la marcha. Ranaan contuvo el aliento al ver que los hombres se aproximaban a su escondite.

—¡Daos prisa!

Apretaron el paso. Dos hombres pasaron junto a Ranaan y desaparecieron al final de la calle. Las otras pisadas se extinguieron a medida que los demás se dispersaban.

Ranaan había aguzado tanto el oído que empezó a percibir los ruidos de la calle: los tenues correteos de lo que esperaba fueran animales, las voces débiles de una discusión en el interior de la casa frente a la que se encontraba, el goteo de una tubería cercana.

Se debatía entre la precaución, el miedo y la necesidad de averiguar qué había sido de Fareeh. Finalmente, convencido de que los agresores se habían marchado, emergió del hueco del portal. Avanzó hasta la esquina con sigilo, pegado a la pared, y miró hacia la calle. Había demasiadas sombras para descartar que alguien lo estuviese esperando. Con el pulso acelerado y dominando el impulso de huir, enfiló la calle.

Su respiración le parecía extrañamente ruidosa. Llegó hasta el saliente del

edificio, lo rodeó y echó un vistazo. La calle estaba a oscuras, pero al fijarse en el suelo empezó a distinguir una forma del tamaño de un hombre.

«Fareeh...».

Tragando en seco, se acercó poco a poco a la figura. No cabía duda de que era un hombre que llevaba un chaleco de tejedor de sueños. Las botas de Ranaan producían un sonido ligero y húmedo mientras avanzaba. Vio que el suelo brillaba débilmente a los lados de la silueta. Reconoció el olor acre en el aire. Era sangre.

La posibilidad de que los agresores regresaran dejó de tener importancia. Se concentró y consiguió crear una chispa de luz. La visión de los ojos inexpresivos de Fareeh y del enorme charco de sangre que le manaba de la nuca impactó tanto a Ranaan que la luz parpadeó y se apagó. Le costaba respirar. Se percató de que estaba hablando entrecortadamente mientras observaba la cara de su maestro.

—No. Fareeh no. No puede ser.

De pronto, notó que una mano se posaba sobre su hombro, y dio media vuelta con brusquedad, sobresaltado. Un hombre retrocedió un paso. Ranaan no lo había oído aproximarse, ni siquiera había percibido el brillo de la chispa suspendida sobre la mano del extraño.

Pero el rostro del desconocido no pertenecía a ninguno de los atacantes. Aunque le resultaba familiar, su expresión era de empatía. El hombre se dio la vuelta y miró por encima de su hombro.

—Se acerca alguien. Más vale que vengas conmigo.

Ranaan vaciló y se volvió hacia Fareeh.

—Ya nadie puede ayudarlo. Déjalo, si no quieres acabar como él.

Las piernas de Ranaan le obedecieron a regañadientes. El extraño lo cogió del brazo y lo condujo hasta una puerta. Avanzaron por un pasadizo largo y salieron a otra calle.

Se internaron en un laberinto de callejuelas y pasajes. Transcurrió el tiempo. Ranaan se fijaba en el trayecto a ratos. En un momento determinado, la mente se le aclaró lo suficiente para preguntar a su protector cómo se llamaba.

—Amli.

—Entonces ¿eres de Sennon?

—Del sur.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque necesitas ayuda. En el lugar de donde vengo, no abandonamos al prójimo a merced de rufianes y asesinos, si podemos evitarlo.

Ranaan torció el gesto.

—Él me ha pedido que fuera en busca de ayuda.

—Ah, lo siento. No me refería a ti, sino a mí. No podrías haber salvado a tu amigo. Ni yo, debo admitirlo. Eran demasiados.

—Él lo sabía. Sabía que yo no podría regresar a tiempo.

—Es probable. También es probable que lo haya hecho para salvarte la vida.

Ranaan sacudió la cabeza.

—Debo volver al hospital. Debo contarles lo que ha pasado.

Akli se detuvo y sujetó al joven por el brazo.

—Esos rufianes te estarán esperando allí. No me sorprendería que te estuvieran aguardando en el sitio que frecuentas cuando no te encuentras en el hospital, sea donde sea. Eres un testigo. ¿Los has visto bien?

—Sí.

—Entonces no puedes volver. No se arriesgarán a que los identifiques.

Ranaan se estremeció.

—¿Crees que el paciente al que íbamos a atender no existía en realidad? ¿Crees que se trataba de una emboscada?

—¿Habéis ido allí para atender a alguien?

—Sí, teníamos una dirección.

La expresión de Akli se tornó sombría.

—Posiblemente. Cuanto antes te aleje de las calles, mejor.

Reanudaron la marcha. Ranaan no podía evitar pensar en el cuerpo de Fareeh tumbado en el suelo, abandonado. No lograba desterrar esa imagen de su mente. Cuando Akli se detuvo y abrió una puerta, Ranaan se dejó guiar hacia la luminosa habitación del interior.

Una mujer de mediana edad se puso en pie para saludar a Akli, que la presentó como su esposa. Tras expresar su preocupación por lo que su marido le contó, ella invitó a Ranaan a sentarse y puso una taza en sus manos. La bebida, alcohólica y dulce, le proporcionó una sensación cálida y

reconfortante que mitigó el dolor en su interior y le aclaró las ideas.

—Gracias —dijo—. A ambos.

La pareja sonrió.

—Prepararé la cama para ti —dijo la mujer, y desapareció escaleras arriba.

Ranaan echó un vistazo a la habitación. A un lado ardía un brasero rodeado de sillas, lo que parecía indicar que allí se reunía gente de vez en cuando. Supuso que arriba habría uno o dos dormitorios. La casa era pequeña, pero limpia y ordenada.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó.

Akli llenó su taza.

—Casi un año. Tengo un puesto en el mercado principal. Importamos especias y cerámica.

En las paredes había extraños ornamentos que parecían fuera de lugar. Algunas de las cacerolas cercanas al brasero tenían formas poco convencionales. Ranaan examinó su taza. La marca del ceramista en la base era la imagen de una de esas cacerolas, con una estrella a un lado.

Una estrella. Ranaan sintió un hormigueo en la piel. Dirigió la mirada hacia Akli. Bajo el cuello de su túnica llevaba una cadena de plata..., una cadena pesada para un medallón pesado.

—Me has dicho que erais del sur, ¿verdad? —dijo Ranaan.

—Sí.

—¿Sois pentadrianos?

Akli no respondió de inmediato. Miró a Ranaan con solemnidad y cogió la taza de entre sus manos.

—¿Por qué lo dices?

—No odiáis a los tejedores de sueños.

Akli soltó una risita.

—Así que no podemos ser circulianos, luego debemos de ser pentadrianos.

—Fareeh solía decir que lo que distingue a un sennense de un sureño es que, si bien los sennenses toleran otras religiones, prefieren fingir que no existen.

—Algunos sennenses no son así.

—¿Por ejemplo?

—Los tejedores de sueños —dijo Amli, sonriendo—. Y los pentadrianos. —Llenó de nuevo la taza de Ranaan—. Ambos sabemos lo que significa que te persigan por tus creencias.

—Pero no os persiguen en vuestra propia tierra.

—No —convino Amli, con una sonrisa.

«Así que es un pentadriano», concluyó Ranaan. Descubrió que esta revelación no lo incomodaba. Era una sorpresa, pero no un motivo de preocupación.

Amli tendió la taza a Ranaan.

—Cuando llegamos aquí, unos comerciantes suspicaces corrieron la voz de que éramos pentadrianos para que la gente no comprara en nuestro puesto. Aquello nos convenció de que hacíamos bien en afirmar que éramos sennenses. —Sacudió la cabeza—. Eso no es nada comparado con lo que hacen a los tejedores de sueños. Los circulianos son gente ruin.

—¿Y los pentadrianos no? ¿No es una ruindad invadir otro país?

—Sí —concedió Amli. Apartó la vista y exhaló un suspiro—. Fue un error. Nuestros dioses vieron la maldad de los circulianos y nos ordenaron ponerle fin. Decidimos que la guerra era la mejor manera de lograrlo, pero acabamos matando a los que queríamos salvar. Y lo pagamos con nuestras propias vidas.

Su expresión destilaba una profunda tristeza. Los pensamientos de Ranaan se desviaron hacia Fareeh y se le formó un nudo de dolor en el corazón. Su maestro no había sido asesinado por pentadrianos, sino por rufianes. Rufianes circulianos. Sin duda los circulianos eran gente ruin.

—Cuéntame más sobre los pentadrianos. ¿Cómo son vuestros dioses?

Amli alzó la vista. Su mirada se había despejado. Sonrió.

—¿Qué quieres saber?

Las raíces que Auraya estaba pelando le dejaban manchas de color naranja en los dedos. Jade simplemente le había dado las raíces y le había dicho «pela» con el mismo tono de quien espera obediencia. Auraya no había encontrado motivo alguno para negarse: la actividad la mantenía ocupada mientras

buscaba la manera de aprender a ocultar la mente.

Al menos Jade estaba dispuesta a explicar para qué servía la raíz. Actuaba a la vez como tinte y en el tratamiento para los trastornos del cuero cabelludo, aunque esto último funcionaba mejor cuando se utilizaba zumo fresco en lugar de polvo disuelto en agua.

Otros «remedios» que Jade había preparado incluían una poción para infundir vitalidad en un corazón perezoso, cuyo principal ingrediente era veneno de insectos; una corteza que servía para producir un estimulante similar a los que Leiard le había enseñado a elaborar a Auraya, pero más potente, y setas que, según admitía Jade, eran útiles solo «con fines recreativos».

Resultaba curiosamente lógico descubrir que la amiga de Mirar poseía tantos conocimientos sobre remedios y sanación como él. La preparación de las distintas sustancias trajo a Auraya recuerdos de su niñez, de cuando ayudaba a Leiard y aprendía de él. Sintió una punzada de remordimiento. Las cosas habían sido mucho más simples entonces.

—¿Eres consciente del tiempo que pasas cavilando de forma obsesiva sobre tus preocupaciones y tu arrepentimiento? —inquirió de pronto Jade—. No sé si das vueltas a tu dimisión como Blanca, si sufres por haber ofendido a los dioses o si te pones sentimental al pensar en tu gran amor perdido, o las tres cosas a la vez, pero, sea lo que sea, no cabe duda de que le dedicas horas y horas.

Auraya alzó la vista con una sonrisa irónica. Jade no dejaba de hacer comentarios sobre sus emociones para dejarle claro que por el momento sus intentos de ocultar la mente eran infructuosos.

—No hay mucho más que hacer mientras se pelan raíces.

—Tengo que admitir que no esperaba percibir tanta autocompasión en una ex Blanca.

—¿No? ¿Qué esperabas?

La mujer frunció los labios.

—Arrogancia. Una joven mojjigata y adoradora de los dioses con un concepto demasiado elevado de sí misma.

—¿Y no es eso lo que te has encontrado?

—No. Eso podría soportarlo. Pero, en cambio, tengo que aguantar a una

mujer ingrata llena de autocompasión.

Auraya parpadeó, sorprendida.

—¿Ingrata?

—Sí. Puedo percibir tus emociones, ¿recuerdas? Tu gratitud ha sido más bien escasa.

—No se puede obligar a alguien a sentir gratitud. Y es difícil sentirla cuando tu instructora procura ser la compañera más desagradable posible.

—Tampoco has hecho mucho hasta ahora por ganarte mi afecto —replicó Jade.

—Lo que solo demuestra que tus expectativas no se correspondían con la realidad. Aunque creo que una de ellas era acertada.

—¿Ah, sí?

—Es verdad que amo a los dioses.

Jade interrumpió su labor y clavó los ojos en Auraya con expresión inescrutable.

—De modo que estaba equivocada. Gracias por señalármelo. —Aunque hablaba con voz impasible, Auraya percibió en ella rabia y miedo reprimidos.

—Y tú los odias —declaró—. ¿Por qué?

Arrugando el entrecejo, Jade empezó a manejar el cuchillo con agresividad.

—Podría pasarme el día entero enumerándote las razones. He tenido mil años para llevar la cuenta. Pero ¿de qué serviría? No me creerías y, aunque me creyeras, seguirías amando a los dioses. El amor, tanto si es por un amante, la familia o los dioses, es ciego.

—Sé que existían muchas razones para odiarlos en la Era de los Múltiples Dioses. Por eso el Círculo se enfrentó a los demás. La muerte de tantas divinidades debió de complacerte.

Jade se encogió de hombros.

—En cierta forma. Sin embargo, no todos los dioses eran malos.

—¿El Círculo?

—Los peores de todos.

—¿Antes o después de la guerra?

—Antes y después.

—¿Qué mal hicieron después de la guerra?

—Ejecutaron a Mirar.

—¿Eso es todo?

—No —respondió Jade con semblante sombrío—. Mataron a otros inmortales. Persiguieron a los tejedores de sueños.

—¿El hecho de que Mirar sobreviviera aplaca tu odio en alguna medida? La mujer entornó los ojos.

—No. Dieron la orden de matarlo. El hecho de que fracasaran no cambia lo esencial. De hecho, pensar en el tormento que vivió después, mientras se recuperaba, no hace más que avivar mi odio.

Auraya asintió.

—¿Por qué crees que ordenaron matarlos a él y a los otros indómitos?

Jade recorrió el filo del cuchillo con la yema del dedo.

—Al igual que otros inmortales, Mirar luchó activamente contra el control que los dioses ejercen sobre los mortales. En cuanto al resto de nosotros..., eran conscientes de que los odiábamos. Sabemos cómo eran antes de la guerra. Si revelásemos su verdadera naturaleza al mundo, quizá los mortales no estarían tan dispuestos a seguirlos.

—¿Qué acto tan terrible cometieron los dioses?

Jade dirigió la vista hacia la tabla de cortar, con la mirada puesta en un punto mucho más lejano.

—Esclavizaron a pueblos y naciones, o los aniquilaron por completo en venganza por pequeños desaires del pasado. Prostituyeron a sus devotas y sacrificaron a los niños. Convirtieron a los mortales en monstruos solo para comprobar si podían volar, escupir fuego o crecer de forma descomunal.

Auraya estaba conmocionada.

—¿Los siyís? Pero si ellos permitieron voluntariamente que Huan los transformara.

—Huan se aprovechó de ellos —afirmó Jade—. Eligió a los más ingenuos de sus seguidores, los que estaban dispuestos a hacer lo que fuera por ella, para llevar a cabo sus planes. No sabían lo que les esperaba. —Un resoplido de indignación escapó de sus labios—. Pero cuando se trataba de seducir a inocentes, Chaia era el más hábil. Seleccionaba a hermosas jóvenes para que fueran sus amantes y, cuando envejecían o dejaban de venerarlo incondicionalmente, se deshacía de ellas. Se rumoreaba que les

proporcionaba tal placer que después vivían insatisfechas para siempre, pues ningún mortal podía estar a la altura.

Auraya miró a Jade con fijeza. «Ningún mortal podía estar a la altura..., les proporcionaba tal placer...». Sintió escalofríos. Pensó en las noches en que había anhelado las caricias de Chaia. Desde entonces, no había intentado acostarse con otro hombre. ¿Era porque ninguno le interesaba o porque sabía que no había nadie que fuera comparable al dios? «¿Yo también viviré insatisfecha para siempre?».

Jade la observaba con atención. Auraya movió la cabeza afirmativamente.
—Tienes razón. Me cuesta creerte.

—Dale tiempo —dijo Jade, dejando el cuchillo sobre la tabla—. Tengo que... ocuparme de un asunto. Enseguida vuelvo.

Cuando la mujer se puso en pie y abandonó la cueva, Auraya cogió otra raíz y empezó a pelarla. Apenas era consciente de lo que hacía. Volvió a reflexionar sobre lo que Jade le había relatado acerca de los dioses.

Cuando se enfrentó a Mirar con la intención de matarlo, él le reveló que los dioses habían hecho cosas atroces. No le explicó exactamente qué, pero Huan había estado a punto de admitir que los dioses eran culpables de algo.

«La Era de los Múltiples Dioses finalizó hace mucho tiempo —había dicho Huan—. Los excesos de aquella época han quedado olvidados».

Auraya ignoraba qué había hecho Huan a sus adoradores para dar vida a los siyís. Era difícil plantearse esta creación como algo espeluznante cuando el resultado estaba tan lejos de ser una abominación.

«Pero... ¿escupir fuego? ¿Seres de tamaño descomunal? ¿Intentó Huan crear otras razas además de los siyís y los elay?».

Sacudió la cabeza. ¿Cómo podía juzgar a los dioses por cosas que habían hecho hacía tanto tiempo? No había sido testigo de ellas. No podía conocer la verdad..., a menos que Jade o Mirar se prestasen a mostrarle sus recuerdos.

Mirar lo haría, supuso, pero estaba muy lejos. ¿Accedería a hacerlo Jade? «Lo dudo. Le gusta guardarse sus pensamientos para sí. No se lo reprocho. Yo tampoco dejaría que nadie hurgara en el interior de mi mente sin razones de peso. Para empezar, no me gustaría que descubriera lo que hubo entre Chaia y yo».

Lo que Jade le había contado sobre él la perturbaba. ¿Las noches que

había pasado con Chaia la habían perjudicado de alguna manera? ¿Había el dios intentado atarla a él a través del placer? Tal vez había sido sensato por parte de ella romper la relación en el momento en que lo había hecho.

:Vaya, vaya. ¡Qué valiente!

Auraya soltó el cuchillo de pelar. La voz que oyó en su mente era débil, pero conocida.

«¿Cómo es posible que esté escuchando los pensamientos de Jade? — Cuando obtuvo la respuesta, se llenó de cólera y vergüenza—. ¡Está escrutando mi mente! ¿Era ese el asunto del que tenía que ocuparse?». Retrajo la mente, deseando que hubiera una niebla, una bruma de algún tipo que ocultara sus pensamientos.

Auraya se puso de pie. Ansiaba salir corriendo de la cueva, pero no podía abandonar el vacío. En vez de eso, empezó a caminar en círculo alrededor de las camas.

—Estaba proyectando.

Al volverse, Auraya vio a Jade entrar en la cueva.

—¿Cómo te atre...?

—Al principio me he preguntado si habías atravesado mi escudo mental, pero luego he reparado en que estaba proyectando mis palabras como suele hacer, de forma automática, quien entra en un trance onírico. No esperaba que me oyeras, porque nadie puede percibir los pensamientos de un escrutador de mentes. Nadie, excepto tú. Lo has conseguido, por cierto.

—¿Conseguido? ¿El qué?

—Tu mente está velada. ¿Notas lo que has hecho?

Auraya contempló a Jade, debatiéndose entre el deseo de expresar su rabia y la alegría de saber que quizá podría escapar del vacío y de ella. Respiró hondo, se concentró y poco a poco se percató de que había conseguido envolverse en la niebla. No en un velo, sino en la niebla.

—Sí —dijo.

—Bien. Ha sido una ventaja añadida e inesperada. Yo únicamente buscaba algo que pudiera usar para convencerte de que te esforzaras más. Ahora solo te falta aprender a mantener protegida tu mente todo el tiempo, hasta que lo hagas de forma maquinal..., como cuando respiras. —Se sentó, limpió el cuchillo y cogió una piedra. Tras escupir sobre ella, procedió a

afilar la hoja—. No has terminado —agregó, señalando el cubo con las raíces.

—¿No puedo marcharme?

—Aún no.

Auraya inspiró de nuevo, reprimiendo la rabia. Se sentó, empuñó el cuchillo de pelar y prosiguió su trabajo.

—Así que Chaia fue tu otro amante —comentó Jade en tono informal.

A medida que se acrecentaba su ira, Auraya notó que la niebla que envolvía su mente empezaba a disiparse. Se concentró y le complació comprobar que se espesaba de nuevo.

Jade le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Cuando decías que amabas a los dioses, no sabía que hablabas en sentido literal. Estoy impresionada... Y no me impresiono fácilmente. Así que dime: ¿son los dioses tan buenos en la cama como cuentan las leyendas?

—No tengo idea —respondió Auraya—. No sabría decírtelo.

Jade enarcó las cejas.

—Lo he visto todo con claridad, Auraya. Es inútil que mientas.

—No te he mentado —aseguró Auraya. «No tiene sentido negarlo, así que más vale que saque el mayor partido de la situación».

—Ya lo creo que sí.

—No, no he mentado —insistió Auraya—. No tengo ni idea de qué cuentan las leyendas.

Jade la miró inquisitivamente, luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

La calidez de la noche anunciaba la inminente llegada del verano. Reivan lo olía en el aire. Aunque solía levantarse temprano para atender a sus obligaciones, en noches como esa le costaba conciliar el sueño. Se respiraba tensión en el aire, una sensación de expectación y desasosiego. Pronto el sol brillaría de forma abrasadora, y las noches serían demasiado calurosas para estar a gusto.

Esta noche Reivan había dado vueltas y más vueltas en la cama, hasta que, agitada, había decidido salir al balcón, donde el frescor de la brisa nocturna le proporcionó alivio. Paseó la vista por una ciudad bañada por la

luz de la luna. Miles de puntos brillantes delineaban las principales vías públicas que entrecruzaban la urbe. Las farolas del Santuario señalaban los límites de los patios.

En el que se encontraba justo debajo de su habitación vislumbró una figura que caminaba sin prisa. Una figura masculina conocida. La joven contuvo la respiración, preguntándose si él la había visto, con la esperanza de que no hubiera percibido la emoción que la había invadido al avistarlo.

El corazón le dio un vuelco cuando él levantó los ojos y le sonrió. Ella alzó la mano a modo de respuesta.

«Dioses, espero que no piense que lo estaba observando. —Reivan resopló en silencio—. Claro que lo piensa. Puede leerme la mente. Oh, no».

El hombre había cambiado de dirección y ahora se dirigía hacia ella. Reivan procuró mantener la sonrisa sin hacer caso de su pulso acelerado. Tras detenerse bajo el balcón, el hombre alzó la vista.

—La luz de la luna te favorece, Reivan —dijo suavemente.

Ella sintió que el corazón se le salía del pecho y no supo qué responder. «Solo está siendo amable —se dijo—. Frívolo. Coqueto».

Él mudó la sonrisa en un gesto más serio.

—Espero que no estés dejando que las diferencias entre Imenja y yo afecten a nuestra amistad.

«¿Amistad? ¿Qué amistad? Lo deseo y él me ignora por completo». Un toque de ironía alivió la opresión que sentía en la garganta.

—Claro que no —respondió. Y añadió de forma impulsiva—: Sencillamente no estoy acostumbrada a los halagos.

—Pues tendremos que remediarlo —aseveró él con una amplia sonrisa.

—¿Y qué impresión daría eso a la gente? —preguntó ella, cruzando los brazos.

—La impresión correcta. Eres una mujer admirable.

A Reivan se le encendieron las mejillas, y el corazón volvió a latirle a toda prisa, lleno de esperanza.

—No te burles de mí —rezongó y torció el gesto al reparar en el tono desesperado de su voz. Avergonzada, retrocedió un paso para ocultar su rostro.

—Discúlpame —dijo él—. No quería hacerte enfadar.

«¿Enfadarme? No estoy enfadada, sino avergonzada. ¿Acaso no lo ve? ¡Claro que sí! —Se asomó prudentemente, pero él no estaba allí—. ¿Dónde se ha metido?». Se acercó a la barandilla y observó el patio.

Se había marchado.

Reivan volvió a la cama, a dar más vueltas, con la sensación de haber dicho algo inoportuno.

Tyve había regresado a la cueva dos veces durante la última semana, al parecer con el único fin de averiguar si Auraya y Jade necesitaban comida o ayuda. Jade se lo había agradecido cortésmente y lo había mandado a casa con algunos de los remedios que había elaborado para la gente de su aldea.

«Que hemos elaborado», corrigió Auraya mientras machacaba las hojas secas que Jade había dejado allí. Si bien esta se aventuraba todos los días a salir durante varias horas para buscar los ingredientes, Auraya dedicaba buena parte de su tiempo a prepararlos. Precisamente en aquel momento la mujer estaba fuera, recolectando ingredientes. En ocasiones Auraya se preguntaba si existía un motivo especial para que hubiera una reserva de remedios cada vez mayor al fondo de la cueva, o si sencillamente Jade no podía quedarse mano sobre mano.

«Me pregunto si nunca la asaltan dudas cuando vuelve a la cueva, si jamás fantasea con la posibilidad de que yo la haya traicionado y de que uno de los Blancos esté esperándola aquí».

Auraya sonrió, después se puso seria. Tal vez esa era la razón por la que Jade le había escrutado los pensamientos. Quizá lo hacía cada vez que se disponía a entrar en la cueva para asegurarse de que su alumna no se la hubiera jugado.

No podía evitar preocuparse por lo que Jade pudiera leer en su mente. Como había sido incapaz de arrancarle la promesa de que no volvería a

hurgar en sus pensamientos, Auraya estaba decidida a procurarse cuanto antes un escudo mental fuerte y permanente. Cada vez le resultaba más fácil mantenerlo activado, a veces incluso de forma inconsciente. Pronto estaría en condiciones de marcharse.

Sin embargo, no quería irse sin antes hacer algunas preguntas a Jade.

El tarro con hojas machacadas estaba casi lleno cuando Jade volvió. La mujer guardó silencio mientras dejaba sus cubos junto a la cama y se sentaba. De uno de ellos extrajo un fragmento de lo que parecía ser una roca y empezó a descascarillarla y a arrancar trocitos de una sustancia blancuzca que dejaba caer dentro de un recipiente.

—¿Qué es eso?

—Veneno —respondió Jade—. Al menos en una dosis que logre su efecto.

—¿Necesitas recurrir al veneno con frecuencia?

—Rara vez, aunque parezca mentira. Solo he utilizado veneno tres veces en un milenio. Es el tipo de muerte que se reserva para gente verdaderamente desagradable.

La mujer hablaba con tal desenfado que Auraya no estaba segura de si bromeaba o no. Permaneció callada por un momento y luego decidió que era mejor no averiguarlo.

—Así que has vivido mil años —comentó en cambio.

—Por lo menos.

—¿No lo sabes con certeza?

—No. Antes llevaba la cuenta, pero al cabo de un tiempo descubrí que los calendarios que la gente usaba para contar los años estaban errados, y luego hicieron un auténtico desastre al intentar corregirlos. Yo había viajado tanto que al final perdí la cuenta, pero para entonces ya no tenía importancia.

—¿Cómo es... vivir tanto tiempo?

Jade alzó la vista hacia Auraya y se encogió de hombros.

—No es tan emocionante como cabría imaginar —explicó—. La mayor parte del tiempo no piensas en eso. Te concentras en lo inmediato: qué comerás hoy, dónde dormirás. Das por sentado el conocimiento que has acumulado a lo largo de los años. Cuando lo necesitas, está allí, y rara vez te preguntas desde cuándo lo tienes.

»En determinadas ocasiones algo te hace pensar en el pasado, y es en esos momentos cuando tomas conciencia de tu edad. Adviertes cambios que nadie más percibe, ni siquiera los historiadores. También te percatas de que algunas cosas nunca cambian. La gente seguirá enamorándose y desencantándose. Los hombres ambiciosos continuarán ansiando poder; los codiciosos, amasando fortunas. Los mortales seguirán siendo mortales.

—¿Pueden los inmortales experimentar cambios que no están al alcance de los mortales?

Jade meditó sobre la pregunta.

—Sí y no. No es la inmortalidad lo que nos hace más listos, sino la experiencia. Intentamos no cometer dos veces el mismo error, pero los recuerdos se desvanecen, algunos más rápidamente que otros. Y siempre caes en nuevos errores. —Jade hizo una mueca—. A veces queremos repetir los fallos. El amor, por ejemplo. Al enamorarse, los mortales se arriesgan a sufrir un gran dolor; para los inmortales, ese dolor está garantizado: si no muere el amor, muere el objeto de nuestro amor.

La voz de Jade se había teñido ligeramente de amargura. Auraya sintió una punzada de empatía.

—¿El dolor vale la pena?

Jade sonrió con sequedad.

—Sí, siempre y cuando uno no sufra a menudo. He parido hijos a los que he visto morir. Eso fue aún más doloroso y, sin embargo, lo he vivido más de una vez.

—¿De modo que los inmortales podéis tener hijos?

—Claro —respondió Jade, arrugando el entrecejo—. ¿Por qué no habríamos de poder? —Abrió mucho los ojos al comprender el sentido de la pregunta—. Los dioses te incapacitaron para concebir mientras fueras Blanca, ¿verdad?

Auraya se encogió de hombros.

—Tener y criar hijos nos impediría dedicarnos a nuestro trabajo.

—Los dioses no son muy partidarios del tiempo libre, ¿verdad? De todos modos, tener hijos te habría hecho vulnerable. No sabes lo indefensa que te quedas cuando los utilizan contra ti.

—¿Qué ocurrió?

—Preferiría no hablar de eso —dijo Jade, sacudiendo la cabeza—. Algunos recuerdos están mejor enterrados.

Auraya asintió y buscó la manera de cambiar de tema.

—¿Tus hijos fueron hechiceros?

—Algunos. Otros apenas poseían dones. Ninguno se volvió inmortal. No eran lo bastante fuertes. No creo que ningún inmortal haya tenido hijos inmortales.

—¿Ni siquiera si ambos padres lo eran?

—Hasta donde sé, nadie ha tenido semejante linaje.

—Tal vez eso cambiaría las cosas.

Jade alzó los hombros y se volvió hacia Auraya.

—¿Estás pensando en hacer la prueba en un futuro próximo? Tenía la impresión de que no estabas tan enamorada de Mirar.

Auraya frunció el ceño y se preguntó a qué se debía su súbito cambio de estado de ánimo.

—No.

—¿Está al tanto Mirar de lo tuyo con Chaia? —preguntó Jade.

—Claro que no.

—¿Piensas decírselo?

—¿Piensas decírselo tú?

Jade interrumpió su labor.

—Sí. Mirar merece saber que no le correspondes.

—Lo sabe.

—Si no sientes nada por él, ¿qué más da si se entera de quién es tu amante?

—Querrás decir quién fue mi amante —la corrigió Auraya—. Esa información es privada.

—Para bien o para mal, ya no es un secreto. Tal vez debería contárselo antes de que haga alguna otra estupidez por amor.

—Pues díselo. —Auraya exhaló un suspiro—. No me gustaría que me culparan de su costumbre de meterse en líos... otra vez.

—De modo que es cierto que no sientes nada por él, ¿verdad? —preguntó Jade, entornando los párpados.

—Amé a Leiard, no a Mirar.

—Él es Leiard. Leiard forma parte de él.

Auraya se obligó a mirar a Jade a los ojos.

—Leiard nunca fue real. No puedo renunciar a lo poco que queda de mi vida por una personalidad inventada, arrumbada en el interior de un hombre al que no conozco. Y después de todo tu discurso sobre lo inconveniente que resulta enamorarse, no sé por qué esperas que sienta algo distinto.

Jade sostuvo la mirada de Auraya durante largo rato antes de apartar la vista.

—Creo que lo que me enfurece es que estoy de acuerdo contigo —dijo con aspereza, sin levantar la voz—. Yo haría lo mismo. Creo que deseaba oír que lo amabas sencillamente para aplacar mis temores. Si lo quisieras, no nos harías daño. En cambio, tengo que fiarme de Mirar. Él jura que no lo harás. Pese a lo necio que es, nunca se ha equivocado al juzgar a alguien..., ni siquiera estando deslumbrado por el amor. —Levantó un dedo en señal de advertencia—. No lo hagas quedar mal.

Auraya no dijo nada. Jade dejó caer el trozo de roca en el cubo y cerró el frasco de polvo blanco. Se levantó, colocó el tarro entre sus remedios y se volvió hacia Auraya.

—Voy a buscar algo para la cena.

Cuando la mujer se marchó, a Auraya la cueva le pareció opresivamente silenciosa. No podía evitar sentir que de algún modo le había fallado a Jade. «Solo está decepcionada porque no amo a Mirar —se dijo—. Y no hay razón para que me sienta culpable por ello».

Recorrió la cueva con los ojos y suspiró. «Me siento sola —descubrió—. ¿Cómo estará Travesuras? —Echaba de menos su compañía, su lealtad incondicional—. ¿Por qué serán así los vices? Vivir en compañía humana no es muy bueno para su especie..., salvo porque no tienen que salir a cazar, cuentan con un hogar seguro y una cama caliente... Creo que acabo de responderme».

Travesuras se disgustaba cada vez que ella se marchaba. Ella deseaba poder comunicarse con él de alguna manera.

«Me pregunto si podría encontrarlo por medio de una exploración superficial».

Valía la pena intentarlo. Auraya se recostó en la cama, cerró los ojos y se

sumió lentamente en un trance onírico. Cuando consideró que estaba lista, proyectó sus sentidos en dirección al Claro.

Unos minutos más tarde, se encontró con las mentes de tres siyís que volvían a su poblado después de una cacería exitosa. Luego topó con una aldea y se detuvo para escrutar la mente de una siyí que preparaba un plato complicado. El hambre de la mujer hizo que Auraya notara que también estaba hambrienta.

Exploró los pensamientos de varios siyís más y se sintió aliviada cuando reconoció el Claro a través de los ojos de un hombre. Localizar a Travesuras por la mente de tantos siyís no iba a resultar fácil. Al cabo de un rato, vio su propia enramada a través de los ojos de un niño siyí, lo que le proporcionó la pista que necesitaba para encontrar a la bestezuela.

Proyectando sus sentidos hacia la estructura, se concentró al máximo, suponiendo que la mente de un viz sería más diminuta y débil, pues era una criatura pequeña. Percibió los pensamientos de un animal abstraído en una tarea. Fascinada, observó cómo este invocaba magia con la misma facilidad con que respiraba y la utilizaba para mover un objeto. A continuación, notó la golosa satisfacción del animal al conseguir lo que se había propuesto. El viz cogió algo comestible, lo extrajo del recipiente en el que había permanecido guardado y procedió a engullirlo.

«Me parece que Travesuras acaba de robar algo de un recipiente de comida —pensó, divertida—. Nunca lo había visto utilizar magia...».

De pronto, otra cosa atrajo su atención. Algo mucho más cercano. Oyó una voz y se tambaleó cuando unas mentes mucho más poderosas avasallaron sus sentidos y la devolvieron de inmediato a un lugar situado en el exterior de la cueva.

∴... envía a uno de los veladores siyís con la orden de que ella se reúna conmigo en el Templo. Si Chaia está en lo cierto, no se atreverá a desobedecernos.

:¿Y si lo hace?

:Todos sabremos que Chaia se ha equivocado.

La primera voz pertenecía a Huan; Auraya tardó un poco más en reconocer la segunda. Cuando esta volvió a hablar, advirtió que era la de Saru.

:Y no podrá impedir que ordenemos que la maten.

A Auraya se le heló la sangre. ¿Hablaban sobre ella?

:Aun así, lo intentará, dijo Huan.

:Sí. ¿Por qué crees que se obstina en que ella siga con vida?

:Por lujuria. No es sino uno más de sus pequeños caprichos.

:Si lo fuera, él no dudaría en deshacerse de ella como suele hacer con las otras. Esto es distinto.

:En el peor sentido. No es una muñequita con la que quiere jugar, como las otras chicas. Es demasiado poderosa. —La voz de Huan se tornó lúgubre—. Debe de tener planes para ella.

:¿Demasiado poderosa para matarla?

:Aún no. No mientras ignore su verdadero potencial. Por eso no me gusta que haya desaparecido en el vacío para atender a esa mujer. Si mis sospechas son ciertas, esta no es una mera sanadora. Auraya podría estar aprendiendo de ella todo lo que no nos interesa que aprenda.

:Tú la animaste al permitir que aprendiera a sanar con magia.

:Lo hice para convencerlos de que era demasiado peligrosa.

:A mí me convenciste. ¿Qué crees que hace falta para persuadir a Lore y a Yranna?

Huan permaneció en silencio por un momento.

:La confirmación de mis sospechas. Si ella sale del vacío con los conocimientos que no debería haber adquirido, solo Chaia se opondrá a su muerte.

:Por fin perderá la votación.

:Sí.

:¿Y si ella sale sin esos conocimientos?

:Ya encontraremos alguna otra manera de convencerlos. Tarde o temprano Auraya nos volverá a desafiar. Solo es cuestión de tiempo.

:¿Y sus ejecutores?

:Veamos...

Las dos mentes se alejaron a velocidad de vértigo hasta desaparecer. El breve contacto con ellas había dejado estupefacta a Auraya. Poco después recuperó la consciencia. Sin levantarse de la cama, repasó las palabras de los dioses: «Tú la animaste al permitir que aprendiera a sanar con magia», «...

para convencerlos de que era demasiado peligrosa», «... solo Chaia se opondrá a su muerte».

«Huan quiere verme muerta —pensó Auraya—. ¡Desde antes de que me negara a ejecutar a Mirar! Está tan decidida a matarme que incluso manipula a las otras deidades para conseguir su objetivo».

Sintió una oleada de náuseas. «Poco importa que Chaia se les oponga. Ellos ganarán en la votación». Se incorporó y fijó los ojos en la pared de la cueva.

La revelación la había dejado aturdida. No tardarían en votar en su contra, ya que en cuanto ella abandonase el vacío los dioses se enterarían de que había aprendido a ocultar su mente, tanto si realmente la ocultaba como si no. Poco importaba que nunca hubiera albergado la intención de encubrir sus pensamientos. El mero hecho de aprender a hacerlo la había condenado.

«¿Por qué? —se preguntó con una mezcla de curiosidad y amargura—. ¿Porque poseo demasiados poderes? ¿Cuán poderosa soy en realidad?».

Lo bastante para intimidar a los dioses.

Auraya se entusiasmó, pero la sensación no tardó en desvanecerse en el aire. «Puede que sea lo bastante poderosa para inquietarlos, pero dudo que lo sea para sobrevivir si deciden matarme».

No obstante, tanto Mirar como Jade habían sobrevivido. Si ellos podían, ella también lo haría.

Se puso en pie y echó a andar de un lado a otro del vacío pensando en ello. «Tengo dos opciones —decidió finalmente—. O me someto al juicio de los dioses y dejo que me ejecuten, o les planto cara. Dudo que Huan o los demás acojan mi alma cuando muera, pero Chaia lo haría. ¿Incluso si me enfrentara a los otros y fracasara? Me cuesta creer que fuera capaz de abandonar mi alma y dejar que desapareciera. ¿Cuánta desobediencia está dispuesto a perdonar?».

¿Podía luchar ella contra Huan y las otras deidades sin enfrentarse a Chaia?

«No quiero desafiar a Chaia —se dijo—. Debo dejar esta decisión en sus manos. Lucharé contra los demás o me someteré, según sea su voluntad».

Esta decisión le proporcionó cierto alivio, pero no suprimió del todo su miedo. ¿Realmente era capaz de renunciar a la vida si así lo decidía Chaia?

«No lo haré». Lo que la llevó a plantearse otra pregunta: ¿quiénes eran los ejecutores de los que habían hablado Saru y Huan?

La respuesta era dolorosamente obvia: los Blancos.

Un ruido interrumpió su razonamiento. Al levantar la mirada, vio a Jade entrar en la cueva con dos guirris. La mujer sostuvo ambas aves en alto.

—Esta noche comeremos bien —dijo.

Auraya consiguió esbozar una sonrisa. Ya no tenía hambre; se le había hecho un nudo en el estómago. Jade la observó, intrigada.

—Tienes cara de haber recibido malas noticias.

Auraya apartó la vista.

—Explorar mentes es muy parecido a leerlas. A veces te enteras de cosas que hubieras preferido no saber.

—Ah. —Jade dejó caer las aves sobre la piedra de cocinar, entre las camas—. Créeme si te digo que eso de saber más de la cuenta es una maldición común entre los inmortales.

—¿Como conocer el secreto de la inmortalidad?

Jade miró a Auraya y entornó los ojos.

—No, ese es un conocimiento que no me arrepiento de tener. —Enarcó una ceja—. Y tú también lo tienes. Solo necesitas dedicar un tiempo a reflexionar sobre ello.

No le faltaba razón. Los dioses consideraban sus conocimientos de sanación mágica casi tan incriminatorios como el secreto de la inmortalidad. Y Huan había permitido que Auraya aprendiera la sanación mágica a fin de persuadir a los demás de la necesidad de matarla.

—¿Un tiempo para meditar sobre la inmortalidad? ¿No hace falta nada más que eso?

—No —respondió Jade, sonriente—. Piensa en todo lo que Mirar te ha enseñado sobre la sanación de un cuerpo con magia. Lo único que debes hacer es aplicarlo al tuyo. Si entras en un estado de renovación constante, dejarás de envejecer. Mirar me dijo que no te costó aprender a sanar; esto se te debería dar igual de bien. Pero no le des más vueltas ahora —añadió en un tono súbitamente pragmático—. Necesito que desplumes y destripes estas monadas mientras voy a por verduras.

En el interior de la casa se percibía un tufo a sudor rancio y moho bajo el penetrante olor de las hierbas de limpieza. Danyin empezó a subir la escalera procurando no respirar demasiado hondo.

Elar había alquilado dos habitaciones en una vivienda situada frente al hospital. No había conseguido nada mejor. Debían tener acceso visual a la gente que pasaba delante del hospital y, puesto que este estaba en el barrio pobre, la mayor parte de los edificios de los alrededores estaban destartados y sucios. A Elar el hedor no parecía molestarla. Sin embargo, no tocó la comida que le había llevado la esposa del propietario de la casa, y Danyin lo interpretó como una advertencia. Si una persona con la facultad de leer la mente se abstenía de comer algo, lo más prudente era imitarla.

Elar le había asegurado a Danyin que el propietario y su mujer no dirían una palabra a nadie sobre sus huéspedes. Conscientes de las protestas que tenían lugar frente al hospital y de los asesinatos de tejedores de sueños, sus caseros no correrían el riesgo de llamar la atención sobre sí mismos.

Se habían tomado las medidas necesarias para mantener el callejón que había detrás de la casa libre de indigentes y merodeadores. Elar y Danyin llegaban cada día en un platén corriente, entraban en la casa por la puerta trasera y, durante unas horas, ella permanecía sentada ante la ventana observando a la gente que discurría por la calle, abajo. El día anterior había visto en la mente de alguien un plan para bloquear la entrada al hospital y había conseguido frustrarlo impidiendo que los destinatarios de los mensajes los recibiesen.

La noticia reciente del asesinato de un tejedor de sueños y de la desaparición de su discípulo había producido rabia y decepción a Elar. Conocía y respetaba al tejedor, aunque no recordaba al discípulo. Danyin era consciente de que ella se sentía frustrada. Ambos habían confiado en que podrían evitar semejantes crímenes si observaban a la gente que circulaba por las inmediaciones del hospital. Desde la muerte del tejedor de sueños, Elar había intensificado la vigilancia.

Tras llegar al rellano, Danyin se encaminó a la última puerta y llamó. Se oyó un leve chasquido, y la puerta se abrió hacia el interior. Elar estaba sentada junto a la ventana, como solía hacerlo desde que se instalaron allí.

—Entra, Danyin Lanza —le indicó Elar.

Tras cerrar la puerta, él se volvió y vio que ella se masajeaba las sienes.

—Parecís afligida, Elareen la Blanca.

—Leer la mente es desconcertante. —Se irguió—. He llegado a unas cuantas conclusiones. Siéntate y dame tu opinión.

Él tomó asiento en una robusta silla de madera de una incomodidad apenas mitigada por un par de cojines raídos.

—¿Recuerdas cuando dije que el asesino al que interrogamos no solo odiaba a los tejedores de sueños, sino que les tenía miedo? He intentado averiguar qué es lo que le asusta a la gente de los tejedores. Es interesante. No temen a tejedores concretos, ni a los tejedores en general. Siempre han sido una minoría demasiado insignificante y carente de influencia y ambición como para constituir una amenaza. Lo que atemoriza a la gente es la posibilidad de que esto cambie. —Posó los ojos en Danyin—. Temen que el regreso de Mirar convierta a los tejedores en un peligro.

—Así que cuando se disipen los rumores, el hospital volverá a ser un sitio seguro.

—No se disiparán. —Elar meneó la cabeza—. Lo cierto es que Mirar ha vuelto.

Él clavó la vista en ella, estupefacto. ¿Mirar, el líder inmortal de los tejedores de sueños, estaba vivo? Ahora entendía cómo debían de sentirse los que daban crédito al rumor. ¿Cómo no tener miedo ante la revelación de que el legendario enemigo inmortal de los dioses seguía con vida? Para ser inmortal, un hechicero debía poseer dones extraordinarios. A Juran, el más poderoso de los Elegidos de los dioses, se le había encomendado la misión de ejecutar a Mirar. Todos creían que lo había matado. ¿Había sido una mentira o Juran había sido engañado?

—¿Cómo sobrevivió? —preguntó el consejero a Elar.

—Mirar quedó enterrado y su cuerpo aplastado, pero, gracias a su magia sanadora, se sustentó a base de su energía durante el tiempo suficiente como para recuperarse. Suprimiendo el conocimiento de su propia identidad, consiguió ocultarse a los ojos de los dioses.

«Oculto durante un siglo. Esperando la oportunidad de... ¿De qué?».

—¿Por qué ha revelado su identidad ahora? —preguntó Danyin, tanto para sí como para que Elar lo oyera—. ¿Ha sido intencional?

—No —respondió Elar, sonriendo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

Ella apartó la vista.

—Eso es algo que no estoy autorizada para decirte. Por ahora.

Danyin sonrió e inclinó la cabeza afirmativamente.

—Lo que significa que sabéis más cosas. —Ya reflexionaría sobre ello más tarde. Por el momento, solo podía asesorar a Elar basándose en la información que ella le había proporcionado—. La mayor parte de la gente no sabe si el rumor es cierto o no —dijo, pensando en voz alta—. Vuestro principal motivo de preocupación son los que están convencidos de que Mirar volverá y detestan lo bastante la idea como para arremeter contra el hospital y atacar a los tejedores.

—Mirar inspira terror en la gente —asintió ella—. Hay incluso quienes no se atreven a pedir ayuda a los tejedores por miedo a que el que acuda a atenderlos resulte ser Mirar. Tal vez podríamos pedir a los artesanos que dibujen su retrato para que la gente sepa que el tejedor al que acuden no es más que un hombre corriente.

—La gente que va al hospital no es la que os debería preocupar —señaló él—. Dudo de que los alborotadores se planteen siquiera la posibilidad de pedir ayuda a los tejedores. Decís que la gente teme que los tejedores cambien bajo la influencia de Mirar. Ese es el miedo que los impulsa a matar.

—¿Cómo puedo luchar contra eso? —preguntó ella, arrugando el entrecejo—. Podría decirles que sería fácil detener a los tejedores si se volviesen contra nosotros, pero ¿por qué habrían de creerme? Si confiaran en nosotros, no estarían atacando a nadie.

—A veces resulta útil recordar a la gente que no corre peligro. Nunca están de más unas palabras tranquilizadoras de vez en cuando.

Elar relajó el gesto y meditó por unos instantes.

—Si decimos que estamos preparados, ¿no dará la impresión de que estamos a la espera de que los tejedores nos ataquen?

—Tal vez. Tal vez no es malo que la mayoría de las personas empiecen a recelar de los tejedores. Os habría sugerido que buscarais la manera de apaciguar a la gente asegurándoles que Mirar no puede o no quiere influir en los tejedores, pero me temo que eso sería una insensatez. Imagino que Mirar

recuperará el control de su gente.

Elar frunció el ceño.

—No vivirá tanto tiempo. —La seguridad con que lo dijo resultaba tan alentadora como inquietante.

—Me alegra oírlo. —Danyin hizo una pausa—. Y tal vez sea esto lo que necesita oír la gente..., a menos que exista la posibilidad de que su ejecución fracasase de nuevo.

Ella lo miró con expresión sombría.

—No fracasará. A menos que pueda reconstruir su cuerpo a partir de las cenizas —afirmó, frunciendo los labios—. Pero primero debemos encontrarlo, de modo que será mejor que no mencionemos aún lo de la ejecución.

Fuera de la cueva, los últimos rayos del sol resplandecían en las copas de los árboles. Emerahl apoyó la espalda en la roca, lo bastante lejos de la cascada para que su vestimenta no acabase empapada.

Era el mismo lugar en que Mirar y ella habían descansado y hablado sobre el futuro en cierta ocasión. Por aquel entonces Emerahl estaba entusiasmada con la idea de buscar a otros inmortales, y Mirar luchaba por aceptar la parte de sí que encarnaba Leiard. La parte que amaba a Auraya.

«Me alegra que en esa época él no supiera que su amor no era correspondido —pensó Emerahl—. Le habría resultado mucho más difícil asumir la personalidad que se había inventado. ¿Para qué aceptar a Leiard si esto implicaba acabar con el corazón roto?».

Ahora que las diferentes facetas de su identidad se habían fusionado, era más fuerte. Superaría la mala noticia de que Chaia había sido amante de Auraya. Al menos eso esperaba. Existía un pequeño riesgo de que su personalidad se volviese a fragmentar.

Probablemente Auraya no se lo había planteado. O tal vez sí. Tal vez esa era la razón por la que se resistía a contárselo a Mirar.

Emerahl suspiró. Había sido sincera con Auraya. En la misma situación quizá habría adoptado idéntica actitud respecto a Mirar. Habría desconfiado de cualquier sentimiento persistente hacia alguien que se había revelado como una persona distinta de la que ella creía. La mera posibilidad de ver a

ese hombre la haría recelar. ¿Qué más resultaría ser falso?

Si bien Leiard formaba parte de Mirar, nunca volvería a existir como el hombre que Auraya había conocido. ¿Qué había dicho ella? «No puedo renunciar a lo poco que queda de mi vida por una personalidad inventada, arrumbada en el interior de un hombre al que no conozco».

Bajo la actitud defensiva se ocultaba una herida abierta. Emerahl inspiró con brusquedad al comprender de qué se trataba.

«En realidad está llorando la pérdida de Leiard. Para ella, él está muerto. Y se siente engañada y defraudada por haberse enamorado de una quimera. ¿Por qué he tardado tanto en darme cuenta?».

Aquello se había convertido en un gran embrollo que no hacía ningún bien ni a Mirar ni a Auraya. Incluso sin todas esas dificultades, la probabilidad de que Auraya y Mirar fueran felices juntos no era muy alta. Auraya seguía siendo leal a los dioses (y, si bien Mirar no había pensado demasiado en ello, tenía que reconocer el derecho de esa mujer a adorar a los dioses si eso la hacía feliz). Mirar los odiaba, y el sentimiento era mutuo.

Cuanto antes se liberasen ambos de la fuente de su sufrimiento, mejor. Mirar sería el más perjudicado, pero no iba a ser la primera vez que superara un mal de amor. Auraya se sobrepondría más rápidamente a su duelo por Leiard si él no estaba cerca, recordándole lo que había perdido.

Emerahl exhaló un suspiro. «Esperaba que Auraya amase a Mirar para que los inmortales pudiéramos sentirnos un poco más seguros. —Soltó una risita—. Pero, desde luego, granjearme su enemistad no nos ayudará demasiado. Debería ser más comprensiva con ella».

Adoptó una posición más cómoda, cerró los ojos e intentó adormecerse. Aunque sintió el fuerte impulso de entregarse a un sueño profundo, se resistió.

:Mirar, llamó.

No obtuvo respuesta. En el lugar donde él estaba apenas había anochecido; probablemente él aún no se había ido a dormir. Emerahl dirigió sus pensamientos hacia otras mentes.

:Tamun. Surim.

:¿Sí, Emerahl?

A veces los Mellizos hablaban al unísono en las conexiones oníricas. Era

desconcertante. Poseían caracteres muy distintos. La impresión que daban al unirse de esa forma era la de una personalidad mucho más compleja que la de una persona corriente. Algo que excedía a lo humano. Algo inhumano.

En ocasiones como esa, ella entendía por qué habían sido tan venerados en su tiempo.

:¿Cómo os va?

:Bien, como siempre —respondió Tamun—. Surim se ha prendado de una chica del pantano otra vez, y yo estoy intentando soportarlo.

:Tamun me exige que busque comida y fibras para su tejido, pero no me deja divertirme un poco mientras tanto —se quejó Surim—. No es justo y además...

:¿Cómo le va a Auraya?, preguntó Tamun.

A Emerahl le pareció divertida la manera en que Tamun había cambiado súbitamente de tema.

:Solo ha dejado caer el escudo mental una o dos veces desde que descubrió cómo activarlo.

:Mirar dijo que aprende muy deprisa —comentó Tamun—. Tal vez sea por su juventud. Sus ideas no han tenido tiempo de volverse rígidas.

:Tal vez, convino Surim.

:Esta noche le ha pasado algo —les dijo Emerahl—. Mientras exploraba mentes superficialmente, ha visto algo que la ha inquietado.

:¿No te ha dicho de qué se trata?

:No. No creo que deba quedarme aquí mucho tiempo más.

:Pero aún no le has enseñado el secreto de la inmortalidad.

:Se lo ofreceré, pero estoy segura de que lo rechazará... Y si es tan lista como afirma Mirar, lo descubrirá por su cuenta.

:Tienes razón —dijo Tamun—, pero para eso Mirar te mandó allí. Puede que se sienta decepcionado.

:Tendrá que vivir con eso. No la obligaré a aprender si no quiere.

:Si se muestra dispuesta, ¿le enseñarás a cambiar su edad?

:Mirar dice que es un don innato y que no se le puede enseñar a nadie.

:Puede que Mirar esté equivocado acerca de los dones innatos. Se supone que la capacidad de sanar con magia también lo es y, no obstante, se la ha enseñado a otros.

:Pero nadie la utiliza tan bien como él. A diferencia de él, yo no habría sobrevivido a un aplastamiento.

:No lo sabes. Pero si un don innato es aquel que un inmortal puede utilizar mejor que otros, quizá Auraya sea capaz de cambiar su edad, pero no tan bien como tú. Tal vez tú puedas aprender a volar, aunque con menos destreza que ella.

:El don de volar no se puede practicar con poca destreza. Un error puede resultar traumático o mortal. Me costaría mucho reanudar la búsqueda del manuscrito si me quedara inmovilizada en Si, recuperándome de las fracturas.

:Es verdad. ¿Qué crees que hará Auraya cuando te vayas?

:Volver al Claro. Seguir con su vida como si no hubiera pasado nada.

:Que lo haga o no dependerá de los dioses —aseveró Surim, poniéndose serio de pronto—. No podrán matarla con facilidad, pero es posible que se aprovechen de la confianza que ella les tiene para tenderle una trampa.

:Cuando fracasen —continuó Tamun—, solo podrá acudir a nosotros en busca de ayuda.

:Será una aliada poderosa, añadió Surim.

:Para haber afirmado en más de una ocasión que no se puede predecir el futuro, desde luego que os gusta dar la impresión contraria, observó Emerahl.

:A mí no —repuso Tamun—. Pero cuando Surim se pone melodramático, siento que debo apoyarlo.

:A ti te gusta tanto como a mí —dijo Surim a su hermana—. Vamos, admítelo.

:Las exageraciones injustificadas y la teatralidad no me proporcionan placer alguno —declaró Tamun—. Pero sería...

:¿Estáis convencidos de que los dioses intentarán acabar con Auraya? —los interrumpió Emerahl—. ¿No abrigáis la menor duda?

:Siempre hay dudas —admitió Surim—. El futuro no se puede predecir, solo conjeturar. Los dioses tienen la costumbre de matar a los inmortales, pero siempre cabe la posibilidad de que traten con más miramientos a una persona que es seguidora suya.

:Sobre todo cuando esa seguidora se cuenta entre las amantes de Chaia,

señaló Emerahl.

:Ex amantes, la corrigió Tamun.

:Creo que ya va siendo hora de que Mirar lo sepa —les confió Emerahl —. De que sepa qué siente Auraya por él.

Los Mellizos se quedaron callados por unos instantes.

:Sí. Díselo. Está entre gente buena. Ellos lo apoyarán, dijo Tamun.

:Y hay una que está más que dispuesta a proporcionarle consuelo si él lo busca, añadió Surim.

«¿Consuelo? —pensó Emerahl, reprimiendo una sonrisa. Los Mellizos exploraban la mente de todo aquel que estuviese cerca de Emerahl y de Mirar, atentos a la posibilidad de que alguien quisiera hacerles daño—. Así que Mirar tiene una admiradora en la Casa de los Tejedores. Qué oportuno», reflexionó.

:Se lo revelaré esta noche, dijo.

:Con tacto, le aconsejó Tamun.

:Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

:Por alguien que lo conoce desde hace mucho tiempo. Cuando tratabas con él, estaba hecho de una pasta más dura. Ya no es la misma persona. No lo olvides.

:No lo olvidaré, le aseguró Emerahl.

:Bien. Buenas noches. Que tengas un buen viaje.

Cuando las mentes de los Mellizos se desvanecieron de la percepción de Emerahl, ella dirigió sus pensamientos hacia la mente de un viejo amigo.

:Mirar, llamó.

No hubo respuesta. Volvió en sí lo suficiente para abrir un ojo. El cielo estaba oscuro, pero aún se divisaba un brillo en el horizonte, donde el sol acababa de ponerse. Todavía era temprano.

«Duérmete, Mirar —pensó—. ¿No sabes lo irritante que es que no te respondan cuando tienes que comunicar una mala noticia?».

Aquella noche, el comedor de la Casa de los Tejedores de Sueños estaba atestado. Mirar se había prestado de buena gana a echar una mano en la cocina. Había escuchado el parloteo constante de los tejedores allí y también

durante la cena, disfrutando el ambiente relajado y despreocupado que reinaba en la casa e intentando aprender nuevas palabras del idioma local.

La habilidad de percibir emociones le era muy útil para entender a aquella gente, pero suponía una barrera tanto como una ventaja a la hora de aprender otros idiomas. A veces resultaba fácil adivinar lo que decían basándose en lo que percibía más que en lo que expresaban. Debía tomar nota mental de las palabras y averiguar su significado.

Otro factor positivo era que la noche anterior había llegado un compatriota de Ithania del Norte. El tejedor Moore se había trasladado a Dekkar para recolectar y comprar remedios.

—Los genrianos tienen la idea irracional de que un remedio da mejor resultado cuanto más distante y exótico sea su origen —le había explicado a Mirar—. Nos pagan por ellos mucho dinero con el que luego adquirimos remedios locales totalmente eficaces para los pacientes menos pudientes. Hay muchas plantas medicinales que solo se dan en la selva dekkana, aunque en mi viaje anterior encontré una mayor cantidad de ellas. Esta gente parece decidida a arrasar con toda la selva.

Imperaba un clima de expectación entre los tejedores. Mirar había supuesto que se celebraría un ritual o un festejo. Después de la cena, ayudó a recoger la mesa y a limpiar. Cuando todo estaba en orden, los tejedores de sueños siguieron a Tintel por un pasillo hasta un balcón. La tejedora le había mostrado aquel lugar a Mirar la mañana siguiente a su llegada. Era como un patio con suelo de madera, elevado sobre el terreno. Unas macetas y tapias bajas formaban un círculo grande en el centro, y los espacios acotados en su interior, triangulares y curvos, albergaban pequeños jardines que ofrecían una privacidad limitada.

El aroma de las flores impregnaba el ambiente húmedo, y el zumbido y los chirridos de los insectos eran tan constantes e intensos que Mirar tuvo la sensación de que el aire vibraba. No se había acostumbrado al calor: le producía somnolencia durante el día y le impedía dormir por la noche. El bochorno también afectaba a los tejedores locales, aunque no tanto como a él.

Los presentes se dispusieron en círculo. Al reconocer el inicio de una ceremonia de conexión, Mirar se planteó de nuevo la posibilidad de que su escudo mental le permitiese unirse a los demás sin revelar sus propios

pensamientos. No lo sabría hasta que lo probara, pero, si fracasaba, quizá descubrirían su identidad.

Los tejedores de sueños se tomaron de las manos y agacharon la cabeza. Una mezcla de frustración y melancolía invadió a Mirar. Excepto por la conexión a la que se había unido en Somrey, hacía mucho que no experimentaba la sensación de pertenencia que aquellas ceremonias le proporcionaban.

«Es una cruel ironía que yo, el hombre que inventó este ritual, que estableció los principios sobre los que se asienta el estilo de vida de esta gente, tema unirme a ellos —pensó—. Pero es mucho lo que puedo aprender ahora, así como de la gente de Ithania del Sur. Vale la pena correr el riesgo».

Notó que el hombre que sujetaba su mano derecha le daba un apretón. Luego la mano que le sujetaba la izquierda dio una sacudida. Con cuidado, manteniendo fuerte su escudo mental, proyectó sus sentidos hacia los integrantes del círculo. Al cabo de poco tiempo, empezó a oír voces y a atisbar retazos de recuerdos.

Vio las imágenes que le venían a la memoria a un tejedor que había examinado a un bebé enfermo. La criatura tenía los órganos inmaduros y deformes, y las habilidades de un tejedor corriente no habrían bastado para sanarla. Mirar descubrió, estupefacto, que el padre era un Servidor pentadriano. El tejedor le había dado la mala noticia al hombre, y el pentadriano, resignado, había dicho que si un tejedor no podía curar al niño, nadie podría...

... ese año habían subido los impuestos, probablemente para pagar la construcción del puente. Un Servidor de los Dioses había inspeccionado los registros de la Casa de los Tejedores y había quedado satisfecho. Solo habían tenido que pagarle un pequeño soborno. Además, estaba agradecido por el consejo que él y su mujer habían recibido para solucionar sus dificultades maritales. No alcanzaba a comprender lo habitual que era...

... el agua lamía los bordes de la plataforma sobre la que se alzaba la Casa de los Tejedores. El año anterior, la riada había amenazado con inundar el edificio. ¿Qué ocurriría ese año...?

... donde antaño se erguían grandes árboles, ahora solo había troncos chamuscados rodeados de sembrados. Los recuerdos del antiguo bosque y de

los nuevos campos se superponían. Era una pena, pero la población necesitaba comer. Lo malo era que no habían vuelto a encontrar una de esas plantas pequeñas de flores de color rosa. Ojalá aquel no fuera el único lugar donde...

«... es tan hermosa...». Mirar alcanzó a ver fugazmente el recuerdo de un cuerpo desnudo, antes de que el tejedor al que pertenecía se apresurase a apartarlo de su mente.

«Entonces ¿adónde habrá ido? ¿Al norte del golfo? No lo creo. ¿Habrá vuelto al oeste? ¿Y si ha viajado al sur? ¿Y si se encuentra por aquí, en algún lugar? Ahora mismo podría estar en este patio...».

«... No estoy segura de que sean fiables. Si ha regresado, ¿cómo es que ninguno de nosotros lo ha visto? No...».

Mirar reprimió el impulso de soltar una carcajada. Incluso durante una conexión mental, los tejedores seguían intercambiando rumores sobre su retorno. Luego se puso serio. Lo vigilaban. Debía andarse con cuidado.

¿O quizá no? ¿Tan malo sería dejar que lo reconocieran?

Mirar siguió escuchando y observando las evocaciones. Como siempre, las reminiscencias de una persona atraían la atención de los demás, que respondían con sugerencias y palabras de consuelo. En un momento determinado, un tejedor hurgó en los recuerdos de un festival celebrado hacía poco en la ciudad, y los demás observaron con interés. Nadie parecía reaccionar a los pensamientos de Mirar, que luego oyó a Tintel comentar que él no se había unido a la conexión. «Funciona», pensó, aliviado.

A continuación, Tintel dio por finalizada la conexión. Las mentes empezaron a retraerse a medida que los tejedores recuperaban la conciencia y reforzaban su sentido de la propia identidad. Mirar abrió los párpados y soltó las manos de quienes lo flanqueaban. Los demás tejedores hicieron lo propio. Notó que una de las mujeres lo miraba.

Dardel. Ella le sonrió y le guiñó sutilmente un ojo. Él respondió con una sonrisa. Algo tiró levemente de sus pensamientos. Intentó averiguar qué era, pero había desaparecido.

«Creo que alguien intenta establecer una conexión onírica conmigo».

Algunos tejedores habían decidido quedarse un rato a conversar en grupos pequeños. Otros habían empezado a despedirse. Mirar se escabulló, se

abrió paso hasta su habitación y cerró la puerta. En la calma relativa de la estancia, volvió a sentir el tirón en su mente.

Se tumbó en la cama y procedió a sumirse en un trance onírico. En cuanto alcanzó ese estado, permaneció a la deriva durante varios minutos. Justo cuando empezaba a preguntarse si se había equivocado, oyó una voz familiar en los confines de sus pensamientos.

:¿Mirar?

:Emerahl.

:¡Por fin! ¿Qué te mantiene despierto tan tarde?

El tono de Emerahl era ligeramente mordaz. Cuando él advirtió que estaba pensando en Dardel, sintió una punzada de culpa.

:Una ceremonia de conexión, le dijo.

:¿Una ceremonia de conexión? Pensé que te habías propuesto evitarlas.

:No he participado activamente. Solo he escuchado los pensamientos de los demás.

:¿Has aprendido algo útil?

:Tal vez. ¿Cómo está Auraya?

:Un buen amigo preguntaría primero por mí.

:Al parecer, no soy un buen amigo. ¿Cómo estás?

:Mejor. No tardaré en marcharme.

:¿Le has enseñado el secreto de la inmortalidad?

:Sí y no. Le he hablado de él, pero no se lo he enseñado. No puedo obligarla a aprender si no está dispuesta a hacerlo. Y no lo está.

:Me lo imagino, respondió él con una irritante decepción.

:Creo que lo averiguará por sí misma, si alguna vez cambia de parecer.

:Lo hará. Y no le supondrá un gran esfuerzo.

:No me cabe la menor duda, coincidió Emerahl.

:¿Has cambiado de opinión sobre ella?

:Nunca dije que no fuera lista.

:Pero ahora te cae mejor.

:¿Qué te hace pensar eso?

:Has dejado de llamarla «mojigata llena de autocompasión».

:¿De veras? A lo mejor es que estoy harta de repetirme. Debería buscar mejores insultos.

:Deberías.

:O tal vez es que ahora te ha tocado el turno. Tengo malas noticias para ti. Prometí a los Mellizos que te las transmitiría con delicadeza, pero no estoy muy segura de que sea capaz.

Mirar meditó por un momento. No sabía si ella pretendía gastarle una broma o si hablaba en serio.

:Ya estoy acostumbrado a tu brusquedad, Emerahl. ¿Qué noticia tan mala tienes para mí?

Ella guardó silencio por unos instantes. Cuando finalmente habló, lo hizo en voz baja.

:Auraya no te ama, Mirar. Amaba a Leiard. Aunque sabe que él forma parte de ti, no lo considera suficiente. Para ella eres un extraño y no confía en ti. No se lo reprocho. Yo sentiría lo mismo.

Él permaneció callado. No percibió falsedad alguna en Emerahl. Sus palabras no se prestaban a confusión. De pronto, se sintió hueco por dentro. Donde antes había habido algo maravilloso y brillante, ahora no quedaba más que un espacio vacío. Donde antes ardían las llamas, no había más que una voluta de humo...

«Pero ¿qué sensiblerías son estas? —pensó—. Sí, me han vuelto a romper el corazón, ¿y qué? ¿Acaso debo volver a probar suerte como poeta? No sé si el mundo sobreviviría a eso. Aunque sin duda sería una buena manera de atormentar a los dioses».

Sin embargo, el sarcasmo y las burlas de sí mismo no lo ayudaban a sentirse mejor. Tampoco lo habían ayudado en el pasado. Aquello era algo que tendría que sobrellevar durante un tiempo. Tarde o temprano acabaría por olvidar a Auraya.

«Aunque quizá me resulte un poco difícil si ella es inmortal. Si cada vez que la viera o tuviera noticia de ella se reavivaran las esperanzas truncadas y el dolor. Y si...».

:¿Mirar?

:Ah. Emerahl. Lo siento.

:¿Te encuentras bien?

:Claro que no. Pero tampoco estoy a punto de saltar por la ventana. ¿Crees que existe la posibilidad de que, en el futuro, si Auraya y yo pasamos

un tiempo conociéndonos mejor, ella llegue a...?

:Yo no contaría con ello. Hay algo más que debes saber. Ha tenido otro amante.

:Lo sé. Lo leí en su mente cuando le enseñaba a sanar.

:¿Descubriste de quién se trataba?

:No. —Mirar empezó a sentir que se hundía—. ¿Fue Juran? Me parecería comprensible. Podría aceptarlo.

:No fue Juran. Emerahl se quedó callada. A medida que el silencio se alargaba, Mirar se impacientaba. ¿Estaba haciendo ella una pausa dramática o de verdad le costaba decírselo?

:Fue Chaia.

El mundo dejó de tener sentido para Mirar. Le vino a la memoria el recuerdo de unos padres desesperados y una chica delgada y exangüe. Se percibían rastros de la belleza que en otro tiempo había adornado el rostro de la joven, pero había un brillo de locura en sus ojos. La habían atado a la cama porque cuando la dejaban suelta se restregaba y arañaba sin cesar, sobre todo en los pechos y la entrepierna.

En aquellos tiempos no estaba prohibida la sanación onírica. Él había conectado con la mente de la chica. Ya había imaginado que toparía con algo desagradable, pero lo que descubrió había multiplicado su odio hacia los dioses.

«Chaia».

El dios había escogido a esa chica como amante y se había valido de la magia para proporcionarle un placer exquisito. Mirar nunca consiguió descubrir qué había obtenido él a cambio. Cuando Chaia se había cansado de ella, la había dejado así, anhelando un deleite que jamás obtendría de forma natural con su propio cuerpo.

Para devolverle la cordura, él había bloqueado algunos de sus recuerdos. A partir de entonces, la joven comía a regañadientes y ya nunca recuperó el interés sexual. Se pasaba los días en un estado de aburrimiento constante. Se había vuelto incapaz de experimentar cualquier tipo de placer. Mirar casi había deseado haberla dejado morir.

:Es cosa del pasado —le aseguró Emerahl—. Auraya no parece haber sufrido ninguna de las secuelas habituales.

Mientras la instruía en la sanación mágica en Si, él no había detectado señales de demencia en Auraya. De hecho, no todas las víctimas de Chaia habían perdido el juicio..., solo la capacidad de disfrutar de la vida y el sexo.

«No es de extrañar que Auraya no sienta nada...».

:¿Mirar? ¿Estás bien?

:Claro que no —contestó con una pizca de aspereza—. *Lo siento, Emerahl. Hablaremos más tarde.*

Desconectó de la mente de su interlocutora, abrió los ojos y los clavó en la pared que tenía delante.

«Chaia. Habiendo tantos amantes entre los que elegir... Si es que se le dio la posibilidad de elegir en algún momento...».

Alguien llamó a la puerta.

Levantó despacio la vista. Cada noche oía los mismos golpecitos, lo bastante suaves para no despertarlo. Solo sonaban una vez, como si su único propósito fuera hacerle saber que ella seguía interesada.

«Dardel».

Lo mejor sería hacer caso omiso de sus insinuaciones. Pero ¿qué alternativa tenía, salvo permanecer despierto toda la noche, pensando? ¿De qué serviría?

Se levantó de la cama. Cuando su mano se posó en el pomo de la puerta, se detuvo por unos instantes, pero su conciencia permaneció en silencio. En cambio, notó que sus pensamientos se desviaban hacia donde él no quería que fueran.

«Chaia».

Abrió la puerta e invitó a pasar a su habitación a una Dardel sonriente, agradablemente sorprendida.

«Ha sido tan fácil...».

Auraya se movía libremente por el vacío. Durante la última hora había caminado en círculos a escasa distancia del límite con la zona de magia. Si bien mantener activado su escudo mental se había convertido en un hábito constante en el que ya no pensaba, no quería abandonar el vacío hasta que Jade confirmase que podía hacerlo sin peligro.

«Tan fácil. No puedo creer que fuera tan fácil. Y prácticamente no hace falta emplear la magia».

Después de que Jade saliera por la mañana, Auraya había hecho lo que le había sugerido la mujer mayor: dedicar unas horas a pensar en la sanación mágica y en la manera de ejercerla consigo misma. La curiosidad la había llevado a centrarse en su cuerpo y a experimentar con cautela. Al cabo de un rato, las palabras de Jade habían cobrado lógica.

Un razonamiento distinto había conseguido que diera el siguiente paso y aplicara el conocimiento. Si de todos modos los dioses la iban a condenar por la posibilidad de que se volviera inmortal, ¿por qué no dar ese paso?

Había sido sorprendentemente fácil.

Caer en la cuenta de que podía hacer uso del mismo don para curarse de cualquier herida la había ayudado a tomar esa decisión. Gracias a este don, Mirar había podido sobrevivir tras quedar aplastado por un edificio. Si ella quería defenderse de Huan, con permiso de Chaia, tal vez tendría que hacer

algo similar.

La idea de acabar perseguida por los dioses como Mirar la consternaba, pero se aferraba a la esperanza de continuar siendo una seguidora de Chaia.

«Me perdonará cuando se entere de que Huan me permitió aprender a sanar con magia para persuadir a los demás de que debían matarme».

—¿Estás haciendo un poco de ejercicio?

Auraya se volvió hacia Jade, que en ese preciso momento entraba en la cueva cargada con dos cubos. Se encogió de hombros y la siguió hasta las camas, curiosa por saber qué había encontrado esta vez. Jade colocó los recipientes en el suelo, junto a la piedra de cocinar.

—Te alegrará saber que puedes abandonar el vacío cuando quieras —anunció—. No he percibido tus emociones y hace días que no puedo explorar tu mente.

—Supuse que no tardarías en decírmelo —comentó Auraya. Los dos cubos estaban llenos de agua, pero en uno nadaban unas criaturas extrañas—. ¿Qué son?

—Gamillas. Son difíciles de pescar, pero deliciosos. He pensado que podríamos preparar una cena de despedida antes de que me vaya.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana.

Auraya se sentó en una de las camas. Ansiaba contarle a Jade que había alcanzado la inmortalidad. Nadie más excepto Mirar estaría dispuesto a darle la enhorabuena en lugar de horrorizarse. Y Jade había querido que ella descubriese el secreto.

Sin embargo, era precisamente eso lo que la hacía vacilar. ¿Y si Jade tenía algún motivo secreto y maligno para convencerla de que se hiciera inmortal?

«No sé hasta qué punto puedo confiar en esta mujer. Dice que me ha ayudado porque así se lo ha pedido Mirar, pero puede haber alguna otra razón que desconozca».

Era evidente que, al colaborar con una seguidora de los dioses para que aprendiera habilidades que estos reprobaban, Jade les estaba asestando un pequeño golpe. Pero si su intención era enemistar a los dioses con una seguidora, había contribuido solo un poco a agravar un conflicto existente.

Sin embargo, si ese era su verdadero propósito, era mejor saberlo que sospecharlo.

Y Auraya no veía otro modo de que la inmortalidad la perjudicara. Si lo había, más valía enterarse temprano que tarde.

—He meditado largamente sobre lo que me dijiste —declaró Auraya.

Jade alzó la mirada. Tenía las cejas enarcadas.

—¿Ah, sí? ¿Qué has descubierto?

—Tenías razón. Ha sido fácil.

—Así que fácil, ¿eh? —Jade meneó la cabeza—. Al primer intento. Nunca he conocido a nadie capaz de aprender tan deprisa. —Entornó los ojos—. ¿Estás segura?

Auraya sonrió, divertida ante las sospechas de la mujer.

—Bastante. Pero, claro..., ya sabía cómo sanar.

Jade asintió y apartó la mirada. Cogió el cubo y vertió agua clara en el hueco que había en la piedra de cocinar.

—¿Hay otras formas de usar el don?

—¿Como cuáles? —preguntó la mujer con expresión hosca.

—Se me ha ocurrido que tal vez se pueda utilizar para cambiar el aspecto de una persona.

Jade contempló a Auraya con aire meditabundo.

—¿Quieres cambiar tu apariencia?

—¿Yo? —Auraya soltó una risita—. Una cosa que he aprendido leyendo mentes es que la gente nunca está satisfecha con su aspecto. Me gustaría arreglar un par de cosas. Incluso he considerado la posibilidad de intentarlo, pero no tenía un espejo a mano y he pensado que debía preguntártelo antes de cometer algún error irreversible.

—Muy prudente.

—Luego he pensado: ¿me sentiría distinta si transformase mi aspecto? —continuó Auraya—. Si me sintiera distinta, ¿querría decir que me he convertido en otra persona? Y una vez que empezara, ¿tendría la tentación de modificar otras partes de mi cuerpo? ¿Podría convertirme incluso en una siyí? —Sacudió la cabeza—. Entonces se me han ocurrido otras posibilidades. ¿Puede una persona alterar su edad física o su sexo? ¿Puede hacerse más inteligente? En fin..., ¿es posible realizar cambios de este estilo?

—Puedes cambiar tu apariencia, pero en cuanto a lo demás..., no sé — respondió Jade, sonriendo—. Haces bien en dudar. El aspecto físico afecta a la identidad de una persona, y Mirar es un buen ejemplo de lo que puede pasar si manipulas tu identidad.

Auraya asintió.

—¿Puedo enseñarte algo en agradecimiento por lo que me has enseñado tú?

La mujer pareció gratamente sorprendida.

—Lo único que te pido es que no nos vendas a los dioses.

—Me parece lógico. ¿Con «nos» te refieres a Mirar y a ti?

Jade titubeó.

—Sí.

—¿Así que no te interesaría aprender a volar?

La mujer clavó en Auraya una mirada inescrutable.

—¿Me lo enseñarías?

—Sí, siento curiosidad por saber si otras personas pueden lograrlo.

Jade bajó la vista hacia las gamillas y después volvió a mirar a Auraya.

—Supongo que podría quedarme un día más.

Dardel abrió los párpados y se sintió desorientada por unos instantes. Los muebles de su habitación estaban dispuestos de manera distinta. Faltaban cosas. Luego vio a un hombre sentado en la silla junto a la ventana y recordó que estaba en la habitación del tejedor Wilar.

Este la observaba. Aunque la mirada de desasosiego no había desaparecido de sus ojos, frunció los labios en una mueca al advertir que estaba despierta.

—Tintel te andaba buscando —le informó.

Ella miró hacia la ventana. Por el ángulo de los rayos del sol, dedujo que era media mañana. Se desperezó, disfrutando del contacto de la sábana sobre su piel desnuda.

—Anoche temía que no fueras a dejarme dormir.

—No parecía importarte.

—En absoluto. —Se incorporó, se envolvió en la sábana y buscó su ropa.

Estaba en el suelo, junto a la cama—. De hecho —dijo de pronto—, nunca he conocido a un hombre con semejante vigor. Y me sorprende el mío. Debería estar agotada, pero no lo estoy. —Tras recoger sus prendas, hizo una pausa y posó la vista en él—. ¿Ha sido una aventura de una noche?

Él parecía divertido.

—Es algo pasajero, pero no sé hasta qué punto. Dependerá del tiempo que me quede aquí o de si nos aburrimos uno del otro.

A Dardel se le escapó una risita.

—No creo que me canse de ti. De hecho, me temo que a partir de ahora seré más exigente al elegir a mis amantes. Has elevado el listón de mis expectativas. —Le dedicó una mirada fingida de enfado—. Probablemente ningún otro hombre estará a la altura.

Todo rastro de diversión se borró del rostro de Wilar, el cual torció el gesto. Dardel deseó de inmediato no haber hecho este comentario. Sin duda había una razón para esa expresión de dolor, y obviamente ella se la había recordado. ¿Una examante, tal vez? Eso explicaría su titubeo al principio.

Ella dejó caer la sábana. Los ojos de Wilar se fijaron en sus pechos, y la mirada tensa desapareció.

—Por supuesto, si encuentro a alguien dispuesto a aprender, estoy segura de que podré enseñarle algunas de las cosas que me has mostrado —dijo mientras empezaba a vestirse.

«Eso le ha hecho sonreír. Bien».

Se sumergió en los recuerdos mientras se vestía. ¿Cómo un hombre podía llegar a ser tan buen amante? En ciertos momentos, había sido como si él le hubiese leído la mente. Sin duda conocía bien el cuerpo femenino. Mucho mejor que la mayoría de los tejedores, que de por sí debían de entender más que el varón medio, pues tenían que tratar las enfermedades de las mujeres. Quizá incluso sabía más que ella misma, lo cual sería desconcertante.

Evidentemente Wilar había conocido a muchas mujeres. No podía haber otra explicación. ¿Quién habría pensado que aquel tejedor reservado y parco podía tener semejante pasado?

Dardel lo observó. Estaba mirando por la ventana otra vez, con expresión distante. Ahora parecía viejo y triste. A veces se le veía un poco perdido, pero eso era comprensible. Estaba lejos de casa.

¿Había explicado qué lo había llevado hasta allí? Ella no lo recordaba. Sin duda había algo misterioso en él. Pero para Dardel, que había pasado toda su vida en aquella ciudad, todos los extranjeros eran interesantes y misteriosos.

«También me resulta extrañamente familiar. Como si se tratara de un amigo al que no veía desde la niñez. Hay algo en él...».

Mientras se ponía el chaleco de tejedora sobre la túnica, volvió a buscarlo con la mirada.

—¿Me paso otra vez esta noche? —le preguntó.

—Esperemos a ver cómo nos sentimos por la noche —dijo él, sonriendo—. Puede que prefieras recuperar el sueño.

—No lo creo. —Guiñándole un ojo, ella se dio la vuelta y caminó hasta la entrada. Cuando volvió la vista antes de cerrar la puerta, él tenía los ojos fijos en la ventana otra vez, sonriendo débilmente. Era una sonrisa extraña, reservada.

Canturreando mientras se dirigía a su habitación, Dardel pasó junto a Nirnel y Teiwen, una joven pareja de tejedores. Ambos repararon en su ropa desarreglada, y ella les dedicó una sonrisa petulante.

—Así que el nuevo tejedor se ha rendido al fin, ¿eh? —preguntó Nirnel.

—Has tardado más de lo habitual —señaló Teiwen—. Estás perdiendo facultades, Dardel.

—Tenéis razón —respondió ella—. He tardado más de lo habitual. De hecho, él no ha parado durante toda la noche.

La pareja puso cara de circunstancias. Dardel prosiguió su camino, riéndose para sus adentros. Wilar era tal como ella siempre había imaginado a Mirar. Culto, dotado de habilidades extraordinarias (sabía que Wilar las ponía en práctica, pues había oído las historias de Tintel), no demasiado joven, no demasiado viejo y un gran amante. Poseía todas las cualidades que la habían atraído de los tejedores desde el principio.

Se detuvo a medio camino de su habitación, cuando se le ocurrió una posibilidad.

«¿Y si él es Mirar? Los tejedores jóvenes han estado diciendo que Mirar podría haber venido al sur. ¿Y si es verdad y él se hace pasar por un viajero?».

La idea le aceleró el pulso. Incluso si no era cierto, ¿qué había de malo en fantasear un poco?

Las cenas formales de las Voces tenían un trasfondo de tensión que nunca decaía, aunque su huésped, el embajador y sobrino del emperador de Sennon, no parecía haberlo notado. Reivan cogió otro pedazo de raíz picante cristalizada y lo masticó despacio, sin perder detalle de la cháchara. Genza estaba relatando un divertido chisme local, con ocasionales inyecciones de humor seco por parte de Vilvan, su Acompañante.

Cuando los otros se rieron, Imenja se limitó a sonreír. El embajador no había advertido que ella y Nekaun no habían cruzado una sola palabra, o al menos no daba señales de ello. Imenja se unía esporádicamente a las conversaciones, pero Reivan sabía que su patrona participaba lo justo para aparentar que prestaba atención a lo que se decía. Se comportaba como una invitada cortés, pese a que debió representar el papel de anfitriona. O de matriarca. O, como mínimo, de una persona con algo que decir.

Nekaun se rio cuando concluyó la anécdota, y Reivan sintió un escalofrío al oír su voz. Rehusó con firmeza preguntarse por qué. Cogió su copa y apuró lo que quedaba del agua.

«Es tarde —pensó—. Y no parece que esto se vaya a acabar pronto. A veces estas cenas se prolongan más de la cuenta».

Neukan se levantó de golpe.

—Es tarde —declaró—, y nuestro invitado ha realizado un largo viaje. Debe de estar cansado, y nosotros —miró a Imenja y a las otras Voces— tenemos mucho que hacer mañana. Ha sido una velada estupenda.

«¿Es alivio lo que trasluce la cara de Imenja?», se preguntó Reivan. Apartó la silla y se puso en pie. Luego esperó su turno para dar las buenas noches al embajador. Una vez que el joven se hubo marchado, Reivan salió de la habitación detrás de Imenja.

—¿Me necesitáis para algo esta noche? —preguntó.

Imenja miró a Reivan y sonrió. Esta vez era una sonrisa cálida, sincera.

—No. Hay un pequeño asunto al que debo atender, pero no te necesito para eso. Ve a acostarte, Reivan. Pareces cansada.

—Buenas noches —dijo Reivan, haciendo la señal de la estrella.

—Buenas noches.

Reivan dio media vuelta y echó a andar hacia sus aposentos. No bien se tumbó en la cama, supo que el sueño no iba a llegarle de forma rápida ni fácil. Suspirando, repasó en su mente el trabajo de la jornada y las tareas que tenía previsto llevar a cabo al día siguiente.

Luego oyó que alguien la llamaba.

Se trataba de una voz masculina, apenas más alta que un susurro, procedente del balcón. Supo de inmediato a quién pertenecía.

«Más vale que lo ignore —pensó—. Así acabará marchándose».

Pero ella no quería que se marchara. Además, era la Voz Primera. No habría estado bien ignorar al líder de los pentadrianos y Servidor principal de los dioses.

Se levantó, caminó hasta el balcón y bajó la vista. Una figura apenas visible permanecía de pie en la oscuridad.

«Nekaun».

—Buenas noches, Reivan.

—Voz Primera.

—Ahora podemos ahorrarnos las formalidades.

—¿De veras?

—Sí, no hay nadie aquí más que nosotros dos. Preferiría que en privado me llamas Nekaun. ¿Lo harás por mí?

—Si es tu deseo...

—Lo es.

—Entonces así lo haré, Nekaun.

Él ladeó la cabeza.

—Eres tan hermosa, Reivan...

El corazón de la joven palpitó de manera extraordinaria. Ella se percató de que se había llevado la mano al pecho inconscientemente.

—¿Me encuentras atractivo, Reivan?

«Qué pregunta más estúpida —pensó—. Cualquier hombre tan apuesto sabe que todas las mujeres lo encuentran atractivo, tanto si puede leer la mente como si no. Y él tiene esa habilidad».

De modo que ¿para qué quería oírla decirlo?

—A veces oír decir algo así a la persona adecuada es... —él exhaló un suspiro— más real. De algún modo, tiene más valor.

A Reivan se le hizo un nudo en el corazón.

—Sí, Nekaun, te encuentro atractivo. Demasiado atractivo.

Él arqueó las cejas.

—¿Por qué «demasiado»?

—Es... es... embarazoso. Soy la Acompañante de Imenja.

—Por supuesto. Eso no quiere decir que no podamos ser... amigos.

—No. Pero no deja de ser embarazoso.

—No te avergüences. No hay nada malo en que estemos juntos. Como amigos. O incluso como algo más.

«Algo más». Notó que le faltaba el aliento.

—¿Reivan?

—¿Sí? —respondió con una vocecilla apagada.

—¿Me invitarás a pasar, si llamo a tu puerta?

Reivan respiró hondo varias veces.

—No te pediría que te marcharas.

Él desapareció. Reivan tenía el corazón desbocado y le costaba respirar. «¿Qué estoy haciendo? Acabo de invitarlo a pasar. Lo que acaba de decirme no es precisamente sutil. No soy estúpida. Sé que no es solo en mi habitación donde quiere que lo invite a entrar».

Oyó unos pasos. Reivan regresó al interior de su estancia y se detuvo. «Viene hacia mi puerta. Ahora.

»No es buena idea. ¿Qué hay de Imenja? No le hará ninguna gracia. Lo sé».

Tras permanecer unos segundos sin saber qué hacer, salió a toda prisa del dormitorio. La puerta principal de los aposentos estaba a unos pasos. Se quedó mirándola, con el corazón en un puño.

«Tengo que conseguir que se vaya. Le... le diré que he cambiado de opinión. Estoy segura de que lo entenderá. No puedo seguir adelante con esto.

»Sabrá que le estoy mintiendo».

Pese a que no eran inesperados, los golpes en la puerta la hicieron dar un respingo. Tragando en seco, hizo un esfuerzo por caminar hasta allí. Cogió el

pomo, inspiró profundamente y tiró de él.

Nekaun entró en el vestíbulo como un soplo de aire. Su olor ofuscaba los sentidos de Reivan. Él se le acercó y apoyó las cálidas manos en sus mejillas. Reivan lo miró a los ojos, incapaz de creer que ella fuera el objeto de esa intensa expresión de deseo.

—Me... —empezó a decir.

—¿Qué ocurre? —dijo él, frunciendo el ceño, preocupado.

—Nunca... nunca he hecho esto antes —dijo ella con voz débil.

Él sonrió.

—Entonces ya va siendo hora de que lo hagas —dijo él—. Y no se me ocurre mejor instructor que alguien que ha sido Servidor superior del Templo de Hrun.

Con estas palabras resonando en sus oídos, la joven no fue capaz de ordenar sus pensamientos para seguir protestando. En cambio, consiguió reírse cuando él la levantó, como en las estúpidas narraciones románticas que a algunas mujeres les gustaba leer, y la llevó en volandas hasta el dormitorio.

«Me arrepentiré de esto», pensó, mientras él se quitaba la túnica y ella se despojaba con pulso vacilante de su vestido de noche. Al cabo de unos minutos, cuando los labios y la lengua de Nekaun descendieron hasta sus pezones y su mano se posó en su vientre, ella empezó a cambiar de opinión.

«No, no me voy a arrepentir. Ni una pizca».

Emerahl contempló el rostro de Auraya mientras salían de detrás de la cascada a la luz del sol. La tensión desapareció del rostro de la ex Blanca, que se detuvo para inspirar profundamente el aire fresco, agradecida. Al advertir que Emerahl la observaba, sonrió.

—Es agradable volver a estar fuera —dijo. Trepó a una roca y se desperezó—. Siento como si llevara meses sin volar.

—O sea, ¿que te gusta?

—Sí —dijo Auraya, sonriente—. Me siento libre, sin ataduras de ningún tipo.

Cuando la mujer joven bajó al suelo de un salto, Emerahl se rio entre dientes.

—Es lo que siento cuando navego. Solo el velero y yo, sin nada de que preocuparse, salvo de las inclemencias del tiempo.

—Ah, sí. El tiempo. Conviene evitar volar cuando hay tormenta. No es solo por el frío y la lluvia, sino también por el riesgo de que te alcance un rayo o de que te estrelles contra una montaña oculta por las nubes.

—Parece tan peligroso como navegar en una tormenta —comentó Emerahl en tono irónico.

Auraya parecía pensativa. Inclino la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo quieres que empecemos las lecciones de vuelo?

—No tengo la menor idea. Esta vez eres tú la que enseña.

—Es cierto. —Tras mirar alrededor, Auraya echó a andar hacia un terreno llano y despejado río abajo—. Y no tengo la menor idea de cómo instruirte. Los otros Blancos no han logrado volar, pero no sé si porque son incapaces o porque yo no sirvo como instructora.

—Te sugeriría que me lo enseñaras poniéndome en la misma situación en la que tú aprendiste, aunque Mirar me dijo que descubriste el don tras caer de un peñasco.

Auraya escrutó el rostro de Emerahl, con el semblante serio.

—Podríamos hacer eso.

—Considerémoslo como un último recurso —dijo Emerahl, mirándola a los ojos.

—No sería tan peligroso como parece —continuó Auraya—. Pero necesitaríamos peñascos más altos que los de aquí. Hace falta un tiempo durante la caída para superar el susto inicial, para encontrar la respuesta, para aplicar magia a...

—En realidad será mejor que descartemos esa opción.

—Te atraparía en el aire si algo fallara. No correrías ningún peligro.

Emerahl decidió no responder a eso. No estaba muy segura de que confiara tanto en Auraya.

—¿Qué hiciste cuando intentaste enseñárselo a los Blancos? ¿Se precipitaron desde la Torre?

—No, trataron de elevarse sobre el suelo. —Auraya se detuvo cuando llegaron al terreno llano.

—Entonces eso es lo que haré. —Emerahl se volvió hacia ella—. Dime qué tengo que hacer.

—¿Sientes la magia en torno a ti?

—Claro. —Emerahl dejó que sus sentidos entraran en contacto con la energía que las rodeaba.

—¿Percibes el mundo alrededor? Es una sensación parecida.

—¿El mundo?

—Sí. Me resulta más fácil cuando estoy en movimiento. Entonces mi posición cambia en relación con él. Por eso la caída me resultó tan útil. El mundo pasaba ante mí o yo ante él, de modo que notaba el cambio en la posición.

Emerahl dio unos cuantos pasos mientras buscaba una percepción de su entorno distinta de lo que podía ver y oír. Caminaba en círculo en torno a Auraya.

—No siento nada.

—Es parecido a sentir la magia alrededor de ti.

Emerahl continuó dando vueltas en torno a Auraya, pero no consiguió percibir nada parecido a lo que ella le había descrito. Meneó la cabeza.

Auraya arrugó el entrecejo y miró en derredor.

—Tal vez no te estés moviendo lo bastante lejos o con suficiente rapidez. Si saltaras de una roca te moverías más deprisa. La caída es breve, así que tendrás que concentrarte.

—Lo intentaré.

Se acercaron al río. Emerahl trepó a una roca que le llegaba al hombro. Desde arriba parecía más alta que desde el suelo.

Auraya retrocedió unos pasos, dejando espacio suficiente para que Emerahl saltara.

—Concéntrate —le indicó.

Tras inspirar profundamente, Emerahl se lanzó desde la roca. Cayó mal y trastabilló. Auraya la sujetó de los hombros para evitar que perdiera el equilibrio.

—¿Has percibido algo?

Emerahl sacudió la cabeza.

—Estaba demasiado ocupada pensando en lo duro que estaría el suelo.

—Vuelve a intentarlo. Si lo haces varias veces, es posible que te olvides del suelo.

«Que me olvide de tener miedo, querrás decir», pensó Emerahl con ironía. Se encaramó a la roca y saltó de nuevo. Antes de que Auraya pudiera preguntarle nada, volvió a subir.

Después de veinte saltos, Emerahl había aprendido a aterrizar con la elegancia de una experta. Incluso podía concentrarse en «el mundo que la rodeaba» mientras caía. Pero seguía sin percibir nada.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó, más por el deseo de tomarse un respiro que por confianza en su disposición para seguir adelante.

A Auraya le brillaron los ojos.

—Debes cambiar tu posición en relación con el mundo. Por medio de la magia.

Emerahl se quedó mirando a Auraya, consciente de que su rostro expresaba una incomprensión absoluta, pero sin que esto le importara.

—Puede que saltar del precipicio sea la única solución. Puede que la mente necesite que el cuerpo se mueva rápidamente durante un espacio de tiempo para com...

—Seguiré intentándolo —le aseguró Emerahl.

Al cabo de un rato, dejó de intentarlo. Le dolían las rodillas y los tobillos. Su cuerpo le decía que habían transcurrido varias horas, pero el mundo que de algún modo ella se resistía a percibir continuaba dándole la impresión de que aún era temprano por la mañana.

«Esto no funciona —masculló para sí—. Tiene que haber otra manera».

—Tal vez si encontrásemos una cuesta escarpada podríamos cavar una zanja para que te deslizaras por ella —sugirió Auraya—. Eso sería lo más parecido a una caída.

«¿Una caída?». A Emerahl se le iluminó la mirada. Se volvió y contempló la cascada, que se alzaba a una altura considerable sobre la charca. De niña le encantaba zambullirse en el mar...

—Estará fría —le advirtió Auraya, adivinando sus intenciones.

—Si puedo aguantar la temperatura del mar en invierno, me las apañaré con ese charco de agua helada —le dijo Emerahl.

Cogió una cuerda de la cueva. El ascenso hasta la parte alta de la catarata no fue fácil. El moho que se había formado en las grietas a causa de la humedad hacía que las manos resbalaran al asirse a las piedras. Una vez arriba, Emerahl ató la cuerda a un árbol e hizo unos nudos en los que apoyar las manos y los pies.

Se acercó a la orilla del río y entró caminando en el agua. La corriente tiró de sus piernas, y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Al borde de la catarata, el agua se precipitaba con una fuerza constante, como intentando persuadirla de que no tenía otra salida que saltar desde allí.

«La primera vez solo prestaré atención a la zambullida para no romperme la crisma contra el fondo de la charca».

Cerró los ojos y se retrotrajo mentalmente a la época de su infancia,

cuando los monstruos imaginarios que habitaban los rincones oscuros de su casa eran más aterradores que arrojar desde un risco a las agitadas aguas del mar.

Abrió los ojos de nuevo, flexionó las rodillas, se inclinó hacia delante y se lanzó al aire impregnado de rocío.

La charca la recibió con una bofetada de frío estremecedor. Al sentir la gelidez del agua en su piel, Emerahl curvó instintivamente el cuerpo hacia delante y arriba para frenar la inmersión. Sus rodillas chocaron contra el lecho de la poza.

Poco después emergió y salió del agua, luchando contra el peso de las sandalias empapadas. Invocó magia y la utilizó para calentar el aire en torno a sí.

Auraya, sentada muy cerca sobre una roca, sonrió y arqueó una ceja.

—Ni siquiera lo he intentado —se le adelantó Emerahl—. Quería concentrarme primero en el salto.

Auraya alzó la vista hacia la cuerda que colgaba del peñasco. Abrió la boca y la volvió a cerrar, encogiéndose de hombros.

Una vez que entró en calor, Emerahl, estimulada por el salto, se quitó las sandalias de un puntapié y echó a andar hacia su improvisada escalera.

«Si tengo que saltar de peñascos para aprender —pensó—, más vale que me divierta mientras lo intento».

Danyin abrió la puerta y vaciló. El cabello y las vestimentas de los dos tejedores relucían cubiertos de gotitas de lluvia, y en torno a sus botas se empezaba a formar un charco. Raeli siguió la dirección de su mirada y esbozó una sonrisa.

Una brisa cálida acarició la piel de Danyin. El agua en la ropa de los tejedores empezaba a evaporarse. Al poco rato ambos estaban secos.

—Hemos venido a petición de Elareen la Blanca —le comunicó Raeli—. Este es el tejedor Kyn, sustituto del tejedor Fareeh.

—Bienvenidos —dijo Danyin—. Elareen la Blanca os espera.

Danyin invitó a pasar a los tejedores. Elar estaba de pie junto a la mesa, a unos pasos de lo que cariñosamente había apodado su «silla de espiar». Por

un momento, él la vio como supuso que la veían aquellos tejedores: como a una joven sanadora circuliana a la que conocían y con la que habían trabajado, transformada en una mujer imponente y poderosa, en virtud de unas túnicas blancas sin adornos, un peinado elegante y el favor de los dioses.

—Tejedora asesora Raeli, tejedor Kyn —dijo Danyin—, os presento a Elareen la Blanca.

Elar les dedicó una sonrisa.

—Gracias por venir. Os pido disculpas por recibirlos en un recinto tan modesto. Tomad asiento, si sois tan amables.

Mientras la pareja se acomodaba, Elar se sentó en su silla junto a la ventana. Como no había más asientos en la habitación, Danyin permaneció de pie.

Los tejedores parecían tranquilos y relajados. Danyin apenas había visto a Raeli, ni siquiera se había cruzado con ella en la Torre desde la dimisión de Auraya. El tejedor que la acompañaba era de mediana edad, rostro enjuto y barba corta. Le recordaba un poco a Leiard.

—¿En qué podemos ayudarlos, Elareen la Blanca? —preguntó Raeli.

—Confíaba en poder ayudarlos yo a vosotros —repuso Elar, sonriendo—. Hace unas semanas se me encomendó la tarea de atajar la violencia contra los tejedores y el hospital. —Danyin reparó en que la pareja no mostraba la menor señal de satisfacción ante esta noticia—. Por sugerencia de Danyin Lanza, mi consejero, he estudiado las razones por las que la gente podría querer haceros daño. Por eso he estado utilizando esta habitación. —Elar miró por la ventana—. Para observar los pensamientos de quienes pasan por el hospital.

Los dos tejedores enarcaron las cejas.

—¿Habéis descubierto algo útil? —preguntó Raeli.

—Sí. No hace falta que os diga que algunas personas de esta ciudad sienten un odio irracional hacia los tejedores de sueños. —La expresión de Elar se había tornado seria—. Esto viene de tiempo atrás y no explica los ataques recientes. Albergaba la sospecha de que algo ocurrido en los últimos meses había influido en la gente. —Hizo una pausa, escrutando el rostro de ambos—. Creo que la causa es la noticia de que Mirar está vivo.

—No es más que un rumor —afirmó Raeli con una mirada severa.

Elar movió la cabeza afirmativamente.

—Un rumor lo bastante creíble para que algunos hayan empezado a matar a tejedores.

—¿Quieres que desmintamos el rumor? —preguntó Kyn—. No nos creerán.

—Te equivocas —convino Elar—. Unos pocos solo creen en aquello que desean creer, pero la mayoría son simples seguidores que podemos devolver a la senda de la legalidad con la misma facilidad con que se apartaron de ella. Debemos encontrar a los líderes, y también convencer a sus adeptos. Para conseguirlo... —Elar hizo una pausa y dirigió la mirada hacia la ventana. Frunció el ceño y posó de nuevo la vista en los tejedores—. Para conseguirlo, debemos mitigar sus temores. Y, según he podido averiguar, temen lo que podría ocurrir si Mirar recuperara su influencia sobre los tejedores de sueños. Tienen miedo de que, bajo su liderazgo, los tejedores se convirtieran en un peligro.

Raeli frunció los labios mientras consideraba las palabras de Elar. Miró a Kyn, que tenía las cejas arqueadas.

—¿Quieres que convencemos a la gente de lo contrario? —preguntó él—. Tampoco se lo creerán.

Danyin esperaba que Elar mostrase su desacuerdo, pero esta permaneció callada. La buscó con la mirada y vio que tenía otra vez los ojos clavados en la ventana. Cuando se volvió, tenía una expresión distraída que desapareció enseguida.

—No —dijo, dirigiéndose a Kyn—. Quiero que declaréis que no tendréis trato con Mirar. Que los tejedores de sueños os las habéis arreglado sin él durante un siglo y que seguiréis así. —Se volvió hacia Raeli, que había abierto la boca para protestar—. ¿Habéis encontrado ya al discípulo desaparecido?

Raeli cerró la boca y meneó la cabeza.

—Creemos que está muerto.

Elar torció el gesto.

—Pobre Ranaan. —Suspiró—. Sé que mi propuesta os irrita, pero ¿qué es más importante: la vida de vuestra gente o vuestra lealtad hacia un hombre que os abandonó hace cien años y que ahora no está aquí para ayudaros a

combatir la violencia que su retorno ha...? Disculpadme un momento. — Abrió los ojos como platos, se levantó y se volvió enseguida para dirigirse hacia la ventana. Acto seguido, dio media vuelta, se alejó hacia la puerta y salió de la habitación.

Los dos tejedores miraron a Danyin de manera inquisitiva. Tras encogerse de hombros en señal de que no tenía la menor idea de lo que sucedía, salió a toda prisa tras ella.

Elar ya estaba al pie de la escalera. Cuando el consejero inició el descenso, ella se volvió y alzó la vista hacia él.

—Quédate arriba, Danyin.

Luego desapareció. Él regresó de mala gana a la habitación. Raeli se había acercado a la ventana a observar la calle.

—No veo nada extraordinario —comentó.

Cuando Danyin se situó a su lado, Raeli le lanzó una mirada fugaz y se apartó. Él dirigió la vista al exterior y se le cortó la respiración. Elar había salido a la calle. La gente se detenía a mirarla sorprendida, pero ella los ignoraba. Se encaminó hacia un vendedor de pan reclinado sobre su carrito. Cuando este se percató de que ella se acercaba, se enderezó y miró hacia ambos lados como si buscara una vía de escape. A continuación, se encaró con ella y entonces clavó los ojos en el suelo.

Lo que le dijo Elar, fuera lo que fuese, ocasionó que una mirada de terror se dibujara en el rostro del muchacho. Ella dio media vuelta y se alejó de él. El joven vaciló, paseando la vista alrededor otra vez. Elar miró hacia atrás y añadió algo más. El vendedor de pan se encorvó y la siguió, arrastrando los pies.

Cuando Danyin perdió de vista a ambos, se apartó de la ventana. «Ella debe de haber percibido algo importante en sus pensamientos. Algo muy importante. De lo contrario, no habría corrido el riesgo de revelar que ha estado espionando a la gente que pasa por delante del hospital».

El silencio en la habitación empezaba a resultar incómodo. Danyin optó por hacer preguntas de cortesía a los dos tejedores. ¿Cómo le habían ido las cosas a Raeli desde la guerra? ¿Dónde había nacido Kyn? El tejedor era de Dunway, como sugería su nombre, pero su madre era genriana. Era una mezcla poco común, y Danyin supuso que su conversión a tejedor de sueños

le había proporcionado una aceptación y un respeto de los que de otro modo nunca habría gozado en Dunway o Genria, dada su condición de mestizo.

Cuando oyó el sonido de una puerta que se cerraba, Danyin hizo una pausa para escuchar. Percibió voces distantes, pero no alcanzó a entender qué decían. Luego oyó unos pasos que se aproximaban.

La puerta se abrió, y Elar entró en la habitación.

—Perdonad la brusquedad de mi partida —dijo—. Acabo de encontrar a alguien a quien estaba buscando y no quería arriesgarme a que se marchara antes de poder hablar con él. —Se sentó y se alisó el cirque—. Bien..., en fin, os he pedido que vinierais para ponerlos al corriente de los resultados de mi investigación —declaró con semblante circunspecto—. Espero que aceptéis mi propuesta, pero si no, lo comprenderé. No es fácil, lo sé. Si decidís seguir mi consejo, podéis ponerlos en contacto con Mirar y explicarle que se trata de un arreglo necesario... y temporal.

Elar sonrió y fijó la vista en sus interlocutores con expectación. Los tejedores intercambiaron una mirada, y Raeli se dirigió a ella.

—Gracias por la información. Resulta tranquilizador saber que los Blancos se preocupan tanto por nuestro bienestar. Transmitiré vuestro consejo a la representante Arlij y le comunicaré su decisión.

Elar asintió y se puso en pie.

—Si necesitáis algo de nosotros, avisadme.

Los tejedores de sueños se levantaron de sus sillas, y Danyin los acompañó hasta la puerta. Cuando regresó, Elar aguardaba en lo alto de la escalera.

—¿Alguien a quien estabais buscando? —inquirió él.

—Sí —dijo ella con una sonrisa sombría. Cruzó los brazos y tamborileó con los dedos sobre la manga—. En un momento, nuestros huéspedes habrán abandonado el callejón —comentó mientras los veía alejarse y añadió—: Listo, ya se han ido. Vamos, Danyin. Volvamos a la Torre Blanca.

Él la siguió escaleras abajo, salieron al callejón y se dirigieron al destartalado platén en el que siempre viajaban. Elar alargó el brazo hacia la puerta, se detuvo y puso un dedo en los labios de Danyin antes de indicarle por señas que entrara.

El consejero advirtió que dentro había alguien. Dos personas. Subió lenta

y cautelosamente. Uno de los hombres era el cochero. El otro era el vendedor de pan. Estaba atado, amordazado y parecía aterrado.

La escena le resultó inquietante a Danyin. Intentó imaginar qué había pasado después de que Elar y el vendedor de pan desaparecieran de su vista. ¿Ella lo había obligado a subir al platén? ¿Lo había atado? «No, lo más probable es que lo hiciera el cochero».

Elar se montó detrás de él. Miró al prisionero con gesto adusto. Hizo una señal con la cabeza al conductor, que se apeó. El platén se balanceó cuando el hombre subió al pescante y estimuló a los aremes para que se pusieran en marcha.

—Este es Baguem. Le pagan para que vigile el hospital —le informó Elar a Danyin—. Sobre todo tiene que dar cuenta de los movimientos de los tejedores y seguirlos si puede.

«¿Para matarlos?», se preguntó Danyin, dirigiendo una mirada especulativa al joven. Aunque el tendero parecía completamente amedrentado, era posible que se debiera solo al hecho de que lo hubiera pillado una Blanca.

—No tiene instrucciones de agredirlos él mismo —prosiguió Elar—. Pero sabe que lo más probable es que su información dé pie a más asesinatos de tejedores. Puede identificar al que lo ha contratado y a otras personas implicadas. Creo que los otros Blancos también deberían ver lo que he percibido en su mente. —Se volvió hacia Danyin, con las pupilas dilatadas por la tensión—. Porque, si no iban disfrazados, los hombres que pagaron a Baguem son sacerdotes.

Kikarn, el ayudante de Reivan, no había mostrado señal alguna de que le desconcertara el comportamiento de la joven aquella mañana. Ella le había pedido que repasase todos los asuntos que debía atender hasta que diera con uno que requiriera su presencia fuera del Santuario durante todo el día. A Reivan le había sorprendido la manera en que él se había tomado este cambio en su rutina.

«Tal vez simplemente entiende que una persona tiene que alejarse de vez en cuando del Santuario para conservar la cordura», reflexionó.

Reivan había conseguido mantener la mente ocupada en la tarea elegida durante la mayor parte del día. Solo en contadas ocasiones se había permitido el lujo de pensar en la noche anterior, y entonces le había parecido un sueño más que un recuerdo. Aunque aquellos momentos de distracción le resultaban placenteros, los empañaba su temor a lo que Imenja pudiera pensar. O decir. O hacer.

«Como, por ejemplo, despedirme —pensó Reivan—. Enviarme en calidad de Servidora no cualificada a algún lugar remoto a pasar el resto de mis días traduciendo pergaminos. No, traducir pergaminos sería demasiado agradable. Lo más probable es que termine realizando algún trabajo desagradable y degradante o desempeñando alguna aburrida labor administrativa».

Evitar a Imenja durante todo el día había sido una actividad infantil e

inútil con la que solo había ganado unas horas más de ansiedad antes del inevitable encuentro. Cuando había finalizado su tarea, y las sombras habían empezado a caer sobre la ciudad, ella había regresado al Santuario arrastrando los pies.

Reinaba el silencio cuando llegó a la escalera que la conducía a sus aposentos. Se detuvo y contempló el patio a través de un pasaje abovedado. Todo estaba teñido de un azul crepuscular, excepto allí donde las farolas proyectaban luces de color naranja sobre el pavimento.

«¿Me visitará de nuevo Nekaun esta noche? —se preguntó. Sintió que se le aceleraba el pulso—. Eso espero, aunque... estoy cansada».

Se acercó a la puerta arqueada y se apoyó en una de las jambas. Era un lugar tranquilo. Notó que la tensión acumulada en su interior disminuía.

«Tal vez a Imenja no le importe —pensó—. Tal vez esto sirva para que ella y Nekaun resuelvan sus diferencias. Podría conseguir, sin proponérmelo, que la Voz Primera y la Segunda hicieran las paces».

Resopló con suavidad.

«¡No parece muy probable! ¿Qué sabré yo sobre resolver diferencias o ayudar a que los demás se reconcilien? Bastante me costó lograr que los Pensadores reparasen en mi existencia, y me echaron a puntapiés a las primeras de cambio. La manera en que me recibieron los Servidores cuando llegué aquí dejó patente que me consideraban una extraña. Si hasta el día de hoy no me las he arreglado para hacer amigos, ¿qué posibilidad hay de que se me dé bien tender puentes entre otras personas?».

—Tienes una amiga —dijo una voz familiar a su espalda.

Reivan se volvió e hizo una mueca de disculpa cuando vio a Imenja.

—Voz Segunda. Yo... Ah... Lo siento...

Tras posar dos dedos en los labios de su Acompañante, Imenja le hizo señas de que la siguiera y salió al patio. Miró hacia uno de los estanques. Unas ondas recorrieron la superficie del agua y de pronto surgió un surtidor cuyas gotas trazaban un arco en el aire. El borbotello resonaba por todo el patio. Imenja se sentó en uno de los bancos cercanos.

—Ya está. Una simple manera de garantizar la privacidad. Sin embargo, te sugiero que no alces la voz.

Reivan asintió. Imenja dio unas palmaditas en el banco.

—Siéntate. Como sabes, tenemos que hablar. —Reivan obedeció, e Imenja sonrió—. ¿Por qué te disculpas?

—Por... esconderme de vos.

—Ha sido una tontería por tu parte, pero veo que ya lo sabes. No tienes por qué sentirte culpable por acostarte con Nekaun, Reivan. No es nada de lo que debas avergonzarte.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—Vos y él...

Imenja arrugó la nariz.

—No estamos de acuerdo en muchas cosas últimamente. —Alzó los hombros—. Eso es algo entre nosotros, y nada debe impedirte disfrutar del placer cuando se te presente la ocasión. Por desgracia, no es algo que ocurra muy a menudo en la vida.

—Pero hay un «pero», ¿verdad? —dijo Reivan de pronto—. Lo percibo en vuestra voz.

Imenja se rio por lo bajo.

—Sí, lo hay. —Inspiró profundamente, y de su rostro desapareció cualquier signo de buen humor—. Es posible que Nekaun te tenga afecto. No quiero segar tus esperanzas. Pero quizá solo te esté utilizando.

—Bueno, no es que estemos pensando en casarnos o algo semejante. Sé que no es posible.

Imenja meneó la cabeza.

—Piensa en clave política, Reivan. No me has rehuido todo el día solo porque pensaras que me iba a oponer a que te divirtieras un poco.

—¿Creéis que me está utilizando para perjudicaros?

—No lo descarto. Y tú tampoco deberías.

Reivan clavó los ojos en el suelo. Si Nekaun creía que a Imenja le parecería mal que tuviera una aventura con su Acompañante, tal vez se había acostado con ella para disgustarla. Habría sido una jugada ruin y mezquina, sin otro propósito que el de enfurecer a alguien que, en teoría, figuraba entre sus principales aliados.

—No lo creo. No ganaría nada con ello.

—Nada excepto debilitarme un poco más —replicó Imenja con un

suspiro.

Al observarla, Reivan vio en la cara de la Voz Segunda una resignación que antes no había manifestado. Sintió una punzada de preocupación. ¿Qué había ocurrido para que su patrona desconfiara hasta tal punto de Nekaun? ¿Cómo era posible que una mujer tan poderosa pareciera tan derrotada?

Imenja se irguió y se volvió hacia Reivan.

—Si abriga malas intenciones, seré más dura de lo que imagina —aseveró ella—. Eres tú quien me preocupa, Reivan. ¿Tolerarías que te humillaran y manipularan? ¿Eres lo bastante fuerte para reponerte de un desengaño amoroso? Si los propósitos de Nekaun son perversos, podrías llegar a sufrir bastante.

Reivan la miró con fijeza.

—¿De verdad creéis que puede ser tan cruel?

Imenja exhaló un suspiro.

—¿Que si lo considero capaz de emplear tácticas viles e inmorales? Sí. Sé que lo haría. ¿Puede ser que te profese el más puro de los afectos? —Sonrió y se encogió de hombros—. Eres una mujer atractiva. No eres hermosa, pero sí muy perspicaz y tienes un buen sentido del humor que compensa con creces lo que te falta en belleza. Posees muchas cualidades cautivadoras. Así que... sí, puede que él te ame.

Al notar que sus labios se desplegaban en una sonrisa, Reivan intentó impedirlo, sin éxito.

—Jamás se me ocurriría privarte de la oportunidad de vivir el amor o el placer —le aseguró Imenja—. Pero si las cosas se tuercen, recuerda que tienes una amiga en mí. Si necesitas hablar con alguien, yo te escucharé. Si necesitas alejarte de él, te enviaré a donde quieras. Haré todo cuanto esté en mi mano para evitar que sufras, pero no te puedo salvar del dolor de un desencanto. Para superarlo, tienes que ser fuerte.

—Lo seré —prometió Reivan.

—Bien.

Imenja se puso en pie.

—Me esperan en una reunión, así que más vale que me dé prisa.

—¿Me necesitáis?

—No. Mañana hablaremos. Que duermas bien.

—Vos también —le deseó Reivan con una sonrisa.

Mientras la Voz Segunda se alejaba por el pasadizo abovedado, el surtidor del estanque perdió fuerza hasta desaparecer. Reivan respiró hondo, bostezó y echó a andar hacia sus aposentos sintiéndose mucho mejor que durante el resto del día.

El sol permanecía suspendido justo por encima de los árboles, como si se aprestara a hundirse entre ellos. Auraya levantó la vista hacia la cuerda. Después de tenderla entre la parte superior del peñasco y las ramas de los árboles de abajo, había improvisado un sillín deslizante con madera y otros trozos de soga. Era una copia grosera del sistema que había usado Mirar para deslizarse de una plataforma a otra en la boscosa aldea siyí donde ella lo había encontrado meses atrás. Presa de una rabia súbita, apretó los puños.

«¿Qué consiguió a cambio de ayudar a los siyís a combatir la peste? —pensó—. Que le enviaran a una ejecutora. Y ahora Huan quiere mandarme uno a mí». Inspiró profundamente y soltó el aire despacio mientras intentaba mitigar la cólera. Durante los últimos días había pensado a menudo en la conversación entre Huan y Saru. La recordó varias veces. Pasaba las noches en vela, recostada en la cama, debatiéndose entre la rabia por la actitud desconfiada y traicionera de los dioses, y el temor latente y desalentador a que uno de los Blancos (probablemente Rian) entrara en cualquier momento en la cueva y las matara a ella y a Jade.

—Toma.

Arrancada de sus cavilaciones, Auraya cogió la taza de maita que le tendía Jade. Bebió un sorbo y exhaló un suspiro de satisfacción por el calor que le proporcionaba el líquido.

Jade se sentó a su lado y levantó la vista hacia el aparejo. Aunque este la había transportado varias veces desde el precipicio hasta el suelo de forma rápida y segura, ella aún no conseguía percibir su posición respecto al mundo que la rodeaba. Por otro lado, no era un promontorio especialmente elevado.

—Podríamos buscar un peñasco más alto y tender una cuerda más larga... —empezó a sugerir Auraya.

Jade meneó la cabeza.

—No. Creo que es bastante evidente que carezco de tu habilidad para percibir el mundo. Y ya va siendo hora de que me marche.

—¿Te vas a rendir, sin más? ¿Después de un solo día?

La mujer se rio entre dientes.

—Sí, me rindo. Tal vez algún día tenga el infortunio de despeñarme. Si esto llega a suceder, recordaré tus instrucciones y volveré a intentarlo. Por ahora me alegra tener los pies en tierra firme.

Auraya sonrió.

—Aún podemos probar el salto desde el peñasco. Puede que funcione.

—Y puede que no.

—Te atraparía en el aire.

—No es que no confíe en ti...

Auraya juntó las cejas.

—Bueno, sí —reconoció Jade—. No confío en ti lo suficiente para hacer eso. Aun así, el sentido común me dice que saltar de un precipicio no es una buena idea. La lógica me indica que si debo moverme para aprender a percibir mi posición en el mundo, el movimiento horizontal debería ser tan eficaz como el vertical. Si fuera capaz de aprenderlo, ya habría adquirido esa percepción del mundo de la que hablas.

—Seguramente tienes razón. —Auraya suspiró—. O eso o yo soy una pésima instructora. O quizá Mirar esté en lo cierto. No deja de insistir en que es mi don innato.

Jade fijó la mirada en Auraya.

—¿Con qué frecuencia os comunicáis?

—Hemos hablado varias veces en conexiones oníricas.

—¿Hablas con él a menudo? Creía que no le tenías afecto.

—Nunca he dicho que no se lo tuviera —replicó Auraya, risueña.

Jade arrugó el entrecejo y apartó la vista. Todo estaba en calma, como si las criaturas del bosque tuvieran que esperar a que oscureciera para armarse del valor necesario y entonar sus cantos. Auraya escuchó con sus otros sentidos, prestando atención a aquello que solía ignorar salvo cuando estaba volando, la magia en torno a ella, la percepción de su lugar en el mundo. Sus sentidos se habían aguzado desde su llegada a la cueva.

Un susurro o una vibración débil llamó su atención. Se concentró en el

sonido y descubrió que procedía de una mente. Un siyí volaba hacia allí. Era Tyve.

«Les haré una breve visita antes de que anochezca», pensó él.

—Para lo que ha servido el sistema de deslizamiento con la soga, más vale que lo desmontemos —dijo Jade, aparentemente sin percatarse de la presencia del siyí.

«¡La cuerda! Puede que Tyve choque contra ella». Auraya dejó su taza a un lado y se levantó de un salto. Tras invocar magia, lanzó un fino rayo de calor al extremo que estaba sujeto a lo alto del peñasco. Las fibras empezaron a arder conforme el rayo las chamuscaba. La cuerda cayó al suelo, y una parte de ella se hundió en el río.

—Me alegra que me hayas hecho caso con tanto entusiasmo —dijo Jade con ironía.

—Tyve viene hacia aquí. Temía que no la viera.

—¿Tyve? ¿Cómo lo sabes?

—He visto su... —Auraya se estremeció al caer en la cuenta de lo que estaba a punto de decir. Se concentró en la mente de Tyve. Para su sorpresa, percibía los pensamientos del siyí con claridad. Posó los ojos en Jade.

—¡Puedo leer la mente otra vez!

La mujer la miró con atención y se volvió hacia el siyí que se acercaba volando.

—Percibo expectación y prisa. ¿Por qué ha venido?

—Solo para ver cómo estamos.

Auraya frunció el ceño. El ansia y la suspicacia se superponían al agotamiento y el deseo de Tyve de estar en casa. Aquella dualidad le pareció extraña.

:Ella ha salido por fin. Ahora sabremos qué ha estado tramando allí dentro y si esa mujer que sabe ocultar la mente es quien yo sospecho...

El pensamiento se interrumpió abruptamente y, de pronto, todo lo que Auraya alcanzaba a percibir en Tyve era cansancio. Algo más volaba hacia ellas. Algo sin forma que se aproximaba a velocidad de vértigo.

«Huan».

La diosa pasó de largo como una exhalación, seguida por otra deidad. Auraya se meció sobre los talones. El segundo dios era Saru. Estaban detrás

de ella, buscando...

:¿Dónde está? ¡No la veo!

—¿Qué sucede? —Oyó preguntar a Jade.

«Tengo que desactivar mi escudo mental para demostrar que soy digna de confianza —pensó Auraya—. Pero soy yo quien no se fía de ellos».

Huan proyectó sus sentidos hacia Tyve. El muchacho no se percató de que la diosa había conectado con su mente. Estaba concentrado en descender y encontrar un lugar en el que aterrizar.

:¡No la veo! ¡Su mente está oculta!

Acto seguido, los dioses salieron disparados a tal velocidad que Auraya no podía seguirlos con la vista.

«Ya está —pensó—. Ahora lo saben. Me pregunto si esto proporcionará a Huan la excusa que necesitaba para matarme».

—¿Qué pasa, Auraya? —susurró Jade.

Auraya sacudió la cabeza, tratando de pensar cómo explicar lo que acababa de ocurrir.

—Tyve no estaba solo. Huan se encontraba con él, observándonos a través de sus ojos.

—¿Huan? —Jade abrió los ojos como platos—. ¿Aquí? ¿Observándonos?

—Ya no —se apresuró a tranquilizarla Auraya—. Se han marchado. Ella y Saru, que la acompañaba, han ido a comunicar a los otros dioses que mi mente está oculta.

Jade la miró fijamente.

—Jamás en toda mi vida —murmuró— había conocido a nadie capaz de detectar la presencia de los dioses. ¿Saben ellos que puedes hacerlo?

—Sí, pero no así. Antes solo los percibía cuando se hallaban cerca.

—¿Y desde cuándo puedes oírlos y verlos a kilómetros de distancia?

—Desde que me enseñaste a explorar mentes de forma superficial.

Jade asintió.

—No dejes que se enteren. Por muy ex Blanca que seas, te matarán si descubren que puedes espiarlos. Ni siquiera se lo digas a Chaia.

Auraya abrió la boca para replicar que Chaia no le deseaba ningún mal, pero la cerró cuando Tyve se posó en el suelo. Jade le dedicó una mirada significativa antes de volverse para saludar al siyí.

Kalen tardó varios segundos en comprender que estaba despierto, y algunos más en recordar dónde estaba y por qué.

«La casa de los pentadrianos. No tengo frío. Ni hambre. Van a nombrarme Servidor».

Despertar ya no suponía enfrentarse a la incertidumbre angustiosa de un nuevo día. Todo había cambiado cuando había intentado robarle la cartera a un hombre y de algún modo había acabado entablando una discusión religiosa con su víctima al calor de unas copas. El hombre le había hecho una oferta tan buena que no había podido rechazarla: comida y techo a cambio de que él recibiera enseñanzas acerca de su gente.

Un estómago lleno y una cama caliente ya habrían valido por sí solos para aceptar unas cuantas clases aburridas, pero Kalen descubrió que contarse entre los seguidores secretos de la secta prohibida de los pentadrianos lo llenaba de gozo. Para él había sido una sorpresa empezar a instruirse al lado de personas de distinta extracción social que lo aceptaban como a un igual. Personas como Ranaan, el joven que dormía en el camastro de al lado y que antes había sido tejedor de sueños.

En aquel momento respiraba agitadamente, como si acabara de llevarse un susto.

—¿Una pesadilla? —preguntó Kalen.

Le llegó un débil gruñido de afirmación a modo de respuesta.

Kalen sabía que hablar ayudaba a sentirse mejor después de un mal sueño. «Me parece que pronto amanecerá. No volveré a dormirme, así que ¿por qué no aprovechar este rato para hablar?».

—¿Ranaan?

Oyó que el joven se daba la vuelta hacia él.

—¿Sí?

—¿De verdad fuiste un tejedor de sueños?

—Sí.

—¿Por qué te uniste a los pentadrianos?

Ranaan exhaló un suspiro.

—Después de que mataran a mi instructor, Amli me ayudó a esconderme. Él me salvó la vida y me proporcionó alojamiento hasta que pudiera volver a casa a salvo. —Hizo una pausa—. Pero nunca estaré a salvo. Los asesinos de Fareeh saben que puedo identificarlos. Me matarían.

—¿Por eso te convertiste en pentadriano?

—Ser tejedor de sueños es muy peligroso.

—¿Y ser pentadriano no?

—No tanto. Al menos no para mí. Me... me gusta lo que enseña Amli. Sus dioses no les obligan a matar tejedores.

—Eso no debería importarte ahora. Ya no perteneces a la secta de los tejedores.

—El hecho de que ya no sea parte de ellos no significa que no me importe lo que les ocurra. Amli dice que así es como actúan los pentadrianos. Los tejedores no merecen lo que les están haciendo los circulianos. —Se quedó callado por un momento—. ¿Y a ti qué te trae por aquí?

Kalen soltó una risita.

—Me dan de comer. Un lugar donde dormir y resguardarme del frío. No me importa escuchar todas esas clases aburridas si nos dejan participar en una orgía de vez en cuando.

Ranaan se echó a reír.

—Lamento romper tus ilusiones, Kalen, pero no organizan orgías.

—Claro que sí. Todo el mundo lo sabe.

—Es solo un infundio que se inventaron los circulianos. Los pentadrianos celebran ritos especiales para ayudar a las parejas de recién casados a

concebir, pero no son orgías.

—A lo mejor Amli te ha dicho eso para no ofenderte.

—Los tejedores lo saben desde hace años, Kalen. Recuerda que también hay tejedores en Ithania del Sur.

—Vaya. —Kalen maldijo para sí—. Es la segunda mala noticia que recibo hoy.

—Lo siento. —Ranaan se rio entre dientes—. ¿Cuál ha sido la primera?

—Que no pueden conferir dones a las personas que no los poseen.

—Nadie puede reforzar sus dones —convino Ranaan.

—Los circulianos nunca me ordenarían sacerdote y, en cambio, a los pentadrianos no les importa que carezca de habilidades.

—¿Crees que sus dioses son reales?

—A juzgar por las cosas que cuenta Amli, yo diría que sí.

—Sí, tienes razón. ¿Qué es ese ruido?

Ambos se quedaron callados, escuchando. Oyeron sonidos de pasos apresurados procedentes de arriba, de abajo y del otro lado de la pared que los separaba del callejón. Sonó un grito de alarma que se interrumpió súbitamente. A Kalen se le aceleró el pulso. Se levantó y se acercó a la ventana de puntillas. Estaba ocurriendo algo. Algo malo.

—¿Qué haces? —preguntó Ranaan, soñoliento.

«¡Se está quedando dormido otra vez! —Kalen meneó la cabeza—. Tal vez tenga habilidades, pero no tiene instinto de supervivencia». Al mirar por la ventana, el muchacho notó que algo se movía en la oscuridad. Los ruidos eran cada vez más fuertes.

—¿Qué está pasando? —Ranaan se incorporó, despabilándose del todo.

—No lo sé, pero no pienso quedarme esperando para averiguarlo —le dijo Kalen—. Hay gente fuera, en el callejón. A juzgar por los ruidos, también hay gente arriba. Debe de existir otra salida. Puede que Amli haya construido un pasadizo secreto en algún lugar. —Echó a andar hacia la puerta.

Resonó un grito amortiguado por las tablas del suelo.

—Es la voz de Amli —dijo Ranaan.

Se encendió un punto de luz que iluminó la habitación. Flotaba sobre la palma de la mano de Ranaan.

—¡Apaga eso! —susurró Kalen—. Nos po...

Se oyeron unas pisadas al otro lado de la puerta. Kalen masculló una palabrota y trepó al alféizar de la ventana. Unas manos lo cogieron de la pierna y tiraron de él.

—No seas estúpido —dijo Ranaan, poniéndose en pie—. Si te caes desde aquí, te matarás. O te romperás un brazo.

—Vale la pena correr el riesgo —alegó Kalen y miró por encima del hombro de Ranaan. La puerta estaba abierta, y dos sacerdotes circulianos avanzaban hacia ellos con grandes zancadas. Uno aferró a Ranaan del hombro. El otro asió por el brazo a Kalen, que se encorvó, resignado.

«¿De qué sirve tener instinto de supervivencia si tarda tanto en activarse?», pensó.

Los sacerdotes los obligaron a salir de la habitación y a descender la escalera. En la sala principal había varios conversos pentadrianos apiñados bajo la atenta vigilancia de los sacerdotes. Amli y su esposa se hallaban de pie, ante una sacerdotisa que no les quitaba la vista de encima.

—Habéis ordenado a vuestros hombres que se disfracen de sacerdotes y recluten a otras personas para que sigan a los tejedores de sueños —señaló la sacerdotisa. Hablaba con tal seguridad que sus palabras sonaban más como una afirmación que como una acusación—. Después habéis incitado a vuestra gente a asesinar a esos tejedores. Pretendíais desprestigiar a los circulianos para mejorar vuestra imagen, pero habéis conseguido justo lo contrario. —La mujer sacudió la cabeza—. Me habían dicho que los pentadrianos respetabais a los tejedores. ¿Era una mentira?

Ranaan dejó escapar un gruñido ahogado. Amli permaneció en silencio, con la vista fija en el suelo. La sacerdotisa clavó la mirada en él y movió la cabeza con desaprobación.

—Si te parecía tan repugnante, ¿por qué lo hiciste? —Se quedó callada por unos instantes—. Ah. Tu lealtad es admirable, pero te costará muy cara.

—Asumiré las consecuencias —respondió Amli.

—Entiendo. ¿Alguna vez te has preguntado si un líder de métodos tan rastreros e inmorales merecía tu lealtad?

—A quienes sirvo en realidad es a los dioses —declaró Amli en voz tan baja que Kalen no alcanzó a entender sus palabras.

La sacerdotisa cruzó los brazos.

—Si tus dioses fueran reales y dignos de tu lealtad, tal como piensas, ¿permitirían que semejante hombre liderase a tu gente? Creo que... ¡Ah! Allí está, mirando a través de tus ojos, desde la seguridad de su hogar. —Se acercó a Amli con un brillo en la mirada—. Eres un farsante y un cobarde, Voz Primera Nekaun. Esté donde esté la gente que has enviado al norte, daremos con ella. Y nos aseguraremos de que todo el mundo se entere de la maniobra que has orquestado aquí en Jarime. ¿Cómo reaccionará tu pueblo cuando sepa que has caído tan bajo?

La sacerdotisa parpadeó. Luego sonrió y retrocedió un paso. Volviéndose hacia otro sacerdote, señaló a los pentadrianos.

—Lleváoslos a todos al Templo.

Mientras los sacerdotes empezaban a sacar de la casa a los detenidos, la sacerdotisa paseó la mirada por la habitación. En el momento en que sus ojos se detuvieron en Ranaan, los abrió como platos. El corazón le dio un vuelco a Kalen cuando la mujer echó a andar hacia su nuevo amigo.

—Ranaan —dijo ella en voz baja—. ¿Por qué nunca volviste al hospital?

El joven no despegó la vista del suelo.

—Tenía miedo, sacerdotisa Elareen..., eh..., Elareen la Blanca.

Ella suavizó la expresión.

—Es comprensible. No podías saber que quienes te habían salvado eran los mismos que habían tramado el asesinato de tu maestro.

«¿Elareen la Blanca? —En cuanto Kalen comprendió que estaba en presencia de uno de los Elegidos de los dioses, un escalofrío de terror le bajó por la espalda—. Los Blancos son los enemigos de los pentadrianos. Por lo tanto, se supone que ella también es mi enemiga».

La mujer posó los ojos en Kalen, que sintió que el alma se le caía a los pies. «Solo me uní a ellos porque me ofrecían comida y techo —le dijo en su mente—. Y por la diversión —admitió—. Soy un estúpido. ¿En qué estaría pensando? Ni siquiera celebran orgías».

Elareen frunció los labios.

—¿Es cierto eso? —preguntó Ranaan con un hilillo de voz—. ¿Mataron ellos a Fareeh?

La Blanca se volvió hacia él. Su semblante reflejaba severidad pero

también comprensión.

—Sí. Si no me crees, te puedo presentar a alguien a quien sí creerás.

—Pero... ¿por qué habrían de hacer algo así? —insistió Ranaan.

—Para desprestigiar a los circulianos. Para conseguir más adeptos. — Elareen observó la habitación. Casi todos los conversos pentadrianos habían sido trasladados afuera, y los sacerdotes que quedaban dentro la miraban con expectación—. Dispondré de más información cuando haya tenido oportunidad de interrogarlos a todos. Me temo que tú y tu amigo tendréis que venir también, pero me aseguraré de que os traten bien.

—¿Nos... nos encerrarán por esto? —Quiso saber Ranaan.

—Quizá solo durante una noche —le respondió ella con una sonrisa—. Mañana sabremos quiénes cometieron los crímenes. Después te dejarán en libertad... y podrás volver tranquilamente con tu gente.

Ranaan pareció aliviado. Cuando la Blanca abandonó la habitación y los sacerdotes empezaron a conducirlos hacia la puerta, Kalen dio a Ranaan unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, amigo. Aunque la comida no sea tan buena, al menos tendremos una cama en la que pasar la noche.

El pan sin levadura que Jade amasaba cada mañana, a base de una raíz triturada y sazonada con especias, estaba sorprendentemente bueno. Ella le había enseñado a Auraya a hacerlo, y aquella mañana la ex Blanca se había ocupado de preparar la comida mientras Jade se aprestaba a marcharse. Como el pan que se cocía en la piedra estaba casi listo, se entretuvo en preparar unas bebidas calientes.

Jade guardaba sus cosas lenta y cuidadosamente, examinando varios tarros y bolsas de la pared del fondo y devolviéndolos a su sitio antes de decidir cuáles se llevaría. Había fabricado varias faltriqueras y botes de barro que había cocido con magia. Había llenado los botes de polvos, hojas secas, setas, raíces, resinas endurecidas, gomas pegajosas y aceites espesos. Auraya cayó en la cuenta de que conocía la utilidad de casi todas aquellas sustancias. Mientras preparaba sus remedios, Jade le había explicado para qué servía cada una, revelándole desinteresadamente una pequeña parte de los vastos

conocimientos de medicina que Auraya sospechaba que tenía.

El pan empezó a humear; la corteza se estaba tostando. Auraya lo retiró de la piedra y sirvió agua caliente en dos copas.

—El desayuno está listo —anunció.

Jade se irguió e inspiró profundamente.

—Ah... Me encanta el olor a maita por la mañana. —Se acercó a las camas y tomó la copa que le ofrecía Auraya. Bebió un sorbo y exhaló un suspiro de satisfacción.

—¿Piensas regresar aquí? —preguntó Auraya, partiendo el pan en dos mitades y pasándole una a Jade.

—Algún día. —Jade contempló las faltriqueras y los tarros—. No puedo dejar que todo esto se eche a perder. Si necesitas algo, no dudes en cogerlo. Sería una lástima que se estropeará.

—Gracias.

Jade dio un mordisco al pan, masticó, tragó y tomó un trago de la copa.

—¿Sigues dispuesta a volver al Claro?

Auraya asintió.

—Mi lugar está con los siyís.

—Entonces no olvides esto: si descubres que los dioses se oponen, siempre serás bienvenida entre nosotros, los inmortales.

—Lo tendré en cuenta.

—Más te vale. —Jade soltó una risita—. Eres consciente de que te estaremos observando de cerca para averiguar cómo reaccionan los dioses, ¿verdad? Llevan un siglo acusándonos a los inmortales de ser la encarnación del mal. Si te aceptan, estarán reconociendo que se equivocaban.

—Suponiendo que yo no sea la encarnación del mal —dijo Auraya con una sonrisa.

—Cierto —respondió Jade con una carcajada.

Dio media vuelta y se alejó de nuevo hacia la mochila que estaba preparando para el viaje. Tras dejar la copa a un lado, sujetando el pan entre los dientes, metió unas cuantas cosas más con movimientos rápidos y decididos. A continuación, recogió la mochila y se dirigió hacia las camas.

—Buena suerte, Auraya la Inmortal —le deseó.

Auraya se puso de pie.

—Gracias, Jade. Te has expuesto a un gran riesgo al venir aquí. Te estoy agradecida por ello.

—Recuerda que lo he hecho por Mirar. Es a él a quien debes agradecerse.

—Tal vez lo haga, la próxima vez que interrumpa mis sueños.

Jade enarcó las cejas.

—Conque sueños, ¿eh?

A Auraya se le escapó la risa.

—No por mucho tiempo. Anda, vete. Cuanto antes te marches, menos tardaré en volver con los siyís.

La mujer dio media vuelta y echó a andar hacia la salida de la cueva. Se detuvo y se volvió una vez más, antes de desaparecer en la oscuridad. Auraya se quedó contemplando la abertura de la caverna durante largo tiempo después de la partida de Jade.

«Es una mujer extraña —pensó—. Temperamental y cínica, pero a la vez fuerte y resuelta. Debe de ser la consecuencia de haber vivido tantos años. ¿Me volveré así? Supongo que en mi caso podría ser peor. Detrás de sus cambios de humor hay un optimismo que me tranquiliza. Todavía es capaz de reírse de las cosas. Ha pasado por tantas vicisitudes que es posible que sepa que las dificultades acaban resolviéndose con el tiempo».

Había accedido a darle a Jade tres días de ventaja antes de abandonar la cueva. Auraya no tenía idea de cuánta distancia podía recorrer una persona a pie en tres días. Con un poco de suerte, la suficiente para evitar que la descubriera el explorador siyí que los dioses enviaban en su busca.

«Si ha conseguido sobrevivir hasta hoy —se dijo Auraya—, estoy segura de que sabe cuidarse sola».

Cogió su mitad del pan y empezó a comer.

Tintel guiaba a Mirar de una plataforma a otra en silencio. Él notó que los planes y las preocupaciones absorbían la mente de la mujer y sintió pena por ella. Una Casa de los Tejedores en una ciudad era siempre un lugar muy concurrido y, cuantos más huéspedes tuviera, mayor era el trabajo de organización que requería. Él no la podía ayudar con eso, solo con el tipo de

urgencias médicas a las que se habían enfrentado esa noche.

Si hasta entonces ella no había llegado a la conclusión de que él poseía habilidades extraordinarias, ahora lo sabía. Habían visitado a una mujer que sangraba profusamente después de dar a luz, y Mirar solo había podido salvarla mediante la sanación mágica. Tintel había quedado impresionada, pero se había abstenido de hacer comentarios.

Ella había probado un método para cortar la hemorragia que él nunca había visto. Mirar había notado unos cuantos progresos en los conocimientos de los tejedores desde que había llegado. Los avances y descubrimientos se habían difundido entre los tejedores de todas partes a través de las conexiones mentales, pero sin duda las restricciones y la intolerancia habían impedido o entorpecido la transmisión de ese saber en el norte.

Cruzaron el puente que conducía a la Casa de los Tejedores. Él le abrió la puerta a Tintel, que se lo agradeció con una sonrisa.

—Ojalá los hombres de Dekkar tuviesen los modales de los del norte — comentó ella en tono irónico—. Gracias por tu ayuda, Wilar.

Él se encogió de hombros y la siguió al interior. El pasillo olía a comida, y su estómago emitió un gruñido.

—Te enviaré a alguien con un poco de comida —dijo él, suponiendo que Tintel iría directamente a su habitación para trabajar.

—Gracias. —Ella asintió—. Come algo tú también.

—Así lo haré —respondió él, sonriendo.

En la cocina aún quedaban unos cuantos criados y tejedores. Una mujer preparaba comida para su hija pequeña mientras otra se quejaba de los ronquidos de su marido. Había sopa y el pan pastoso local que había sobrado de la cena. Mirar pidió a la esposa quejumbrosa que llevase a Tintel una ración de ambos, se sirvió un plato y se dirigió al comedor.

Había varios tejedores jóvenes sentados a la mesa. Todos alzaron la vista cuando lo vieron entrar y la bajaron de inmediato. Se impuso un silencio incómodo, y Mirar percibió en ellos una mezcla de diversión contenida y curiosidad.

Depositó el plato sobre la mesa, se sentó y empezó a comer.

El silencio se prolongó, ahora teñido de vergüenza. Cuando uno de los tejedores se aclaró la garganta para hablar, los demás se sintieron aliviados.

—Disculpa que nos hayamos quedado callados, Wilar —dijo el tejedor—. Tu llegada nos ha hecho percatarnos de que estábamos chismorreando.

Mirar sonrió.

—Las personas cotillean. Está en su... —Buscó la palabra equivalente a «naturaleza», y uno de los tejedores se la facilitó—. ¿Me he perdido algo?

Sonrieron e intercambiaron miradas. Su pregunta había mitigado parte del bochorno que se respiraba en el ambiente, pero no la tensión.

—Según el rumor más reciente, tú eres Mirar —dijo el más joven de los tejedores en avveniano.

Los demás clavaron en él los ojos con desaprobación. El muchacho extendió las manos a los costados.

—Es mejor que lo sepa —añadió el joven—. ¿Y si alguien se lo toma en serio? Podría resultarle incómodo.

Mirar se rio y sacudió la cabeza.

—¿Mirar? ¿Yo? ¿Eso es porque soy extranjero?

Los demás asintieron.

—Mirar ha venido al sur. Debe de estar por aquí, en algún lugar.

—No lo sabemos con certeza —señaló el tejedor de mayor edad.

—No sabemos nada con seguridad.

Empezaron a discutirlo entre ellos, a Mirar le costaba entender sus palabras. De pronto, uno de los tejedores que había permanecido en silencio se volvió hacia él.

—¿De modo que no eres Mirar?

Mirar consideró la pregunta. Si lo negaba y en el futuro necesitaba revelar su identidad, lo tomarían por un mentiroso. Mentir nunca era bueno. Ofendía a la gente, incluso cuando sabían que la mentira estaba justificada.

Decidió responder con evasivas.

—Estoy aquí por otra persona... y no quiero..., eh..., estropearle la ilusión.

Los tejedores prorrumpieron en risotadas.

—¡Seguro que se refiere a Dardel! —exclamó uno de ellos, poniendo los ojos en blanco.

—Pero fue ella quien me insinuó que este hombre era Mirar —dijo otro.

—Eso lo explica todo.

Volvieron a reírse.

El tejedor que estaba junto a Mirar se inclinó hacia él.

—¡Menuda suerte la tuya! —murmuró.

—Deberíamos decirle a Dardel que está en lo cierto respecto a Wilar, pero hacer saber a los demás que es mentira —propuso el más joven—. ¿Cuánto tiempo crees que podemos mantenerla engañada?

—Tintel se lo diría.

—Tampoco se lo digas a Tintel.

—Se enteraría de todas maneras.

Mirar sonrió mientras los demás planeaban la broma que le gastarían a Dardel. No parecían estar realmente dispuestos a llevarla a cabo, lo que supuso un alivio para él.

«¿Qué harían si descubrieran que ella está en lo cierto?», se preguntó. Probablemente le darían la bienvenida entusiasmados. Más que entusiasmados. Ese era el problema. Hacía tanto tiempo que no se relacionaba con los tejedores que se había convertido en objeto de veneración para ellos.

«Resulta irónico. Durante un siglo los dioses han difundido el embuste de que los inmortales habíamos incitado al pueblo a rendirnos culto como a dioses, y ahora parece que, en mi ausencia, mi pueblo ha empezado a hacer justamente eso.

»Lo superarán —pensó—. No debo preocuparme por mi gente, sino por los pentadrianos. Lo que he visto hasta ahora es alentador. Ningún tejedor de aquí ha sido capaz de recordar más de un par de conflictos entre tejedores y pentadrianos en las últimas décadas, y la causa de estos incidentes había sido el dinero».

Sin embargo, la noticia de que un poderoso hechicero con influencia sobre los tejedores se había establecido en Dekkar podía hacer que los pentadrianos se sintieran amenazados. Debía saber cómo reaccionarían, y había un modo de averiguarlo.

Las conexiones oníricas no estaban prohibidas en Ithania del Sur. Aun así, debía asegurarse de que no lo detectaran. Difícilmente se granjearía el aprecio de los pentadrianos si descubrían que estaba escudriñando y manipulando sus sueños.

Se levantó, llevó su plato vacío a la cocina y subió a su habitación. Antes de que empezara a desvestirse oyó unos golpecitos familiares en la puerta. Sonrió.

«Dardel. Podría ignorarla —se dijo—, pero se llevaría una desilusión y no tengo prisa por ir a la caza de sueños».

Horas más tarde, mientras se sumergía en un estado onírico, Mirar dejó que su conciencia del peso y la calidez de Dardel se desvaneciera. Al proyectar sus sentidos, encontró otras mentes que soñaban. Tras entrar en contacto con sus identidades, sembró en sus pensamientos la idea de que él había regresado.

Sus respuestas fueron variadas, pero por lo general favorables. Algunos desconfiaban de cualquiera que tuviera poderes, pero ninguno se imaginaba a sí mismo tomando medidas para deshacerse de él. A la mayoría no parecía importarle lo que ocurriera, siempre y cuando sus vidas no se viesan afectadas de forma negativa. A algunos la idea les resultaba esperanzadora; apreciaban las habilidades de los tejedores y pensaban que el retorno de Mirar ayudaría a desarrollarlas aún más.

Su entusiasmo aumentó con el transcurso de las horas. La situación era propicia: podía dejar de ocultarse y dirigir de nuevo a su pueblo. Sin embargo, no bastaba con una noche dedicada a explorar mentes en estado onírico. Debía dedicarse a ello cada noche durante... ¿semanas?, ¿meses?

Entonces recordó a los Mellizos. Ellos exploraban mentes en todas partes, a diario. Era posible que ya supieran cómo reaccionarían los surithanianos a la noticia de que él se había instalado en su territorio.

En el pasado solo había conectado con ellos en escasas ocasiones. Como no conocía a los Mellizos en persona, mantenía con ellos una relación más formal que Emerahl. Solo los contactaba cuando tenía algo importante que discutir, y sospechaba que lo trataban de la misma manera que a los gobernantes, buscadores de sabiduría y académicos que otrora les habían pedido asesoramiento: con atento interés.

Si bien los consejos de los Mellizos le habían parecido lúcidos y sensatos, no confiaba en ellos tanto como Emerahl. El hecho de que fueran inmortales como él no implicaba que fuesen sus aliados incondicionales. Había algo extraño que le molestaba. Todos los gemelos a los que había conocido eran

idénticos. Estaba claro que Surim y Tamun no lo eran. Ni siquiera compartían el mismo sexo. Emerahl había restado importancia a este dato, señalando que la inmortalidad y la facultad de explorar mentes de forma superficial también eran cualidades excepcionales. Aun así, Mirar no descartaba la posibilidad de que la hubieran estado engañando.

:¿Tamun? ¿Surim?, los llamó.

:Mirar.

Era Tamun. Su respuesta había llegado con una rapidez alarmante, como si ella estuviera a su lado.

:¿Cómo estáis?, preguntó.

:Todo sigue igual. Hoy estoy explorando sola. Surim ha salido a cazar otra vez. Por su voz mental, Mirar siempre se la imaginaba como una anciana perspicaz, enjuta y nervuda, pese a que Emerahl le había asegurado que su aspecto era el de una mujer joven.

:Tengo una pregunta que haceros.

:Espera un momento. Voy a intentar llamar la atención de Surim.

:¿No estaba de caza?

:Me refería al tipo de caza en la que estabas enfrascado hace un rato. Siempre se queda dormido inmediatamente después... Ah, allí está.

:¿Otra vez vigilándome?, inquirió Surim en tono acusador.

:Claro que no. Mirar quiere preguntarnos algo, replicó Tamun.

:¡Mirar! —exclamó Surim—. ¿Cómo te va en Dekkar?

:Se está bien aquí —respondió Mirar—. Mejor de lo que esperaba.

:Sí, en algunos aspectos, los pentadrianos son un pueblo más tolerante que los circulianos del norte, convino Tamun.

:Estoy contemplando la posibilidad de revelar mi verdadera identidad..., para ocupar de nuevo la posición que me corresponde entre los tejedores de sueños. ¿Cómo creéis que reaccionarían los pentadrianos?

:Si estás esperando un desfile de bienvenida, te llevarás un chasco —comentó Surim—. Aunque tampoco creo que las Voces se planteen ejecutarte. Como mucho, querrán reunirse contigo para asegurarse de que no representas una amenaza para ellos.

:Mientras no desafíes su autoridad ni empieces a convertir pentadrianos, te dejarán en paz —aseveró Tamun—. Por desgracia, no tienes fama de

quedarte callado cuando discrepas del poder, Mirar. ¿Serías capaz de hacer la vista gorda y morderte la lengua si no te gustase la manera en que gobiernan a su pueblo?

:Lo he hecho durante los últimos cien años. He aprendido a ser cauto y paciente.

:Aprendiste a huir cuando estabas acostumbrado a luchar. No es lo mismo, observó Surim.

:Tienes razón —convino Mirar—. Intentaría buscar el equilibrio entre la huida y la lucha.

:¿Negociarías y harías concesiones? Surim parecía divertirse.

:Sí, si no me quedara otro remedio.

:Sería un riesgo para ti y para los tuyos, y difícilmente podrías volver atrás. ¿Qué obtendrías a cambio? ¿Qué obtendrían los tejedores de sueños?, quiso saber Tamun.

:Podrían servirse de mis conocimientos, y creo que mi regreso les infundiría esperanzas y valor, sobre todo a los del norte.

:Tal vez depositarían demasiadas esperanzas en ti y creerían que tu retorno reforzaría el poder de los tejedores en todas partes, le advirtió Tamun.

:Los tejedores nunca han buscado el poder y, por lo que he podido ver, siguen sin buscarlo.

:Estamos de acuerdo. Hay otra cuestión que debes considerar, dijo Surim.

:¿Cuál?

:Si bien creemos que los pentadrianos no se opondrán a que te establezcas en su territorio, no te puedes fiar de ellos. ¿Te ha informado tu gente de las agresiones en Jarime, y de la intervención de los pentadrianos?

:No. ¿Qué ha ocurrido?

:Algunos de los ataques y asesinatos de tejedores fueron organizados por un grupo de pentadrianos. Sabían que la población culparía a los circulianos y aprovecharon el desencanto de la gente para reclutar nuevos seguidores.

:Eso es preocupante.

:Sí, pero a los pentadrianos no los movía el odio hacia los tejedores, sino un pragmatismo despiadado. En Ithania del Sur, los pentadrianos no

necesitan atacar a los tejedores para conseguir adeptos, pero eso no significa que, llegado el caso, no intenten utilizar a tu gente de otra manera.

:Siempre existe ese riesgo.

:Y hay algo más que debes tener en cuenta, añadió Tamun.

:¿De qué se trata?

:Si te granjeas el aprecio de los pentadrianos, lo más probable es que también te ganes la enemistad de Auraya.

Mirar reflexionó sobre estas palabras.

:Ya me la he ganado —contestó—. Mientras sea devota de los dioses, me tendrá por un enemigo. Y aunque no fuera así, no puedo permitir que lo que Auraya opine de mí influya en mis decisiones relativas a los tejedores de sueños.

:No. Surim y yo no estamos de acuerdo con eso. Es posible que Auraya no comparta la aversión de los dioses hacia los inmortales, pero no tiene en mucha estima a los pentadrianos. En este tema, tu decisión puede ser determinante.

:Es algo que no depende de mí. Esta gente no merece su desprecio. No los rechazaré por temor a ofender a Auraya. —Hizo una pausa—. ¿Cómo está ella? Hace días que no tengo noticias de Emerahl.

:Emerahl ha estado esperando a que te pongas en contacto con ella.

:¿Acaso teme que la mande a paseo por las malas noticias que me dio la última vez que hablamos?

:Sí.

:Qué tontería. Sabe que yo no haría algo así.

:Es verdad, pero no nos resulta fácil desterrar los viejos temores y hábitos, a pesar de los años. Tal vez sería aconsejable...

:Auraya ha alcanzado la inmortalidad, interrumpió Surim.

El corazón le dio un vuelco a Mirar.

:¡Emerahl creía que no lo conseguiría!

:Algo la hizo cambiar de parecer. Además, descubrió dos dones inesperados. En primer lugar, ha recuperado su facultad de leer la mente.

:Pero... ningún inmortal lo ha logrado antes..., ¿no?

:No desde que tenemos uso de razón —confirmó Tamun—. La segunda habilidad que descubrió es la de percibir y oír a los dioses. Al parecer,

también puede verlos cuando explora mentes.

:Emerahl le aconsejó acertadamente que no se lo revelara a los dioses — explicó Surim—. No creo que se alegren de saber que alguien puede espiarlos.

:Según Auraya, los dioses ya sabían que ella era capaz de percibirlos cuando andaban cerca, prosiguió Tamun.

:Ese... —Mirar se estremeció—. Ese no es un don innato más.

:No —convino Tamun—. Al parecer, Auraya no es una inmortal común y corriente, tal vez por el hecho de haber sido una Blanca. De algún modo, quedó imbuida de los poderes que le otorgaron los dioses.

:Con la salvedad de que jamás le habrían dado el don de percibirlos y escucharlos cuando aún era Blanca. Eso es algo completamente nuevo.

:No. Podría ser un efecto colateral de conexiones anteriores con los dioses, aventuró Surim.

:Sea cual sea la razón, hará bien en guardárselo para sí. Dentro de unos días volverá al Claro y verá cómo reaccionan los dioses a la noticia de que su antigua favorita ha aprendido a ocultar su mente, entre otras habilidades que también descubrirán si ella lo permite. Te mantendremos informado.

Mirar sintió una punzada de ansiedad. Había intentado convencerse de que aquello carecía de importancia. Auraya estaba ilocalizable, y no le profesaba el menor aprecio de todos modos. Pero la parte de él que no podía evitar preocuparse no estaba dispuesta a escuchar a la parte más lógica y práctica.

:Gracias por las noticias —dijo—. Y por vuestro consejo.

:Haz buen uso de él, respondieron los Mellizos al unísono. A continuación, sus voces aunadas se extinguieron, y Mirar se sumió, como de costumbre, en un sueño atribulado.

—¡*Ohuaya!*

Cuando el pequeño borrón algodonoso cruzó la enramada a toda velocidad, Auraya se puso en cuclillas y extendió los brazos. Travesuras trepó hasta sus hombros y le restregó el carrillo bigotudo contra la oreja.

Tytee, la siyí que solía cuidar del viz, emergió de la habitación lateral de la que Travesuras había salido dando saltos.

—Bienvenida a casa, sacerdotisa Auraya —le dijo, sonriente.

Auraya percibió alivio en la mujer mientras rascaba a Travesuras, que soltaba gimoteos suaves.

—*Ohuaya güelto. Ohuaya güelto* —repetía sin cansarse.

—Gracias, Tytee. Cualquiera diría que he estado fuera varios meses —observó Auraya, sorprendida. No había visto al animalillo tan emocionado desde que lo habían raptado en su tienda antes de la batalla contra los pentadrianos—. ¿Le ha ocurrido algo?

—No. Estuvo bien hasta un día después de que te marcharas —le dijo Tytee—. De pronto, se angustió y empezó a repetir sin parar «*Ohuaya* no está». Luego se puso muy triste. Era como si estuviera de duelo por ti. Lo llevaba conmigo a todas partes, temiendo que languideciera como algunos ancianos cuando muere su pareja.

Auraya sujetó a Travesuras entre las manos y lo observó con atención.

—Me pregunto si...

Redujo un poco el grosor de su escudo mental. Inmediatamente oyó una voz familiar en su cabeza.

¡;Ohuaya güelto! Tras las palabras alegres se apreciaba un trasfondo cada vez más débil de tristeza y desconcierto.

La invadió un sentimiento de culpa. De algún modo, Travesuras había establecido una conexión con su mente. Cuando ella había entrado en el vacío, esa conexión se había roto. La única explicación que se le había ocurrido al viz era que su dueña había muerto.

—Pobre Travesuras —dijo, abrazándolo con fuerza. Al instante, la alegría de la bestezuela trocó en irritación y se retorció para liberarse. Acto seguido, trepó a su cesta y se acurrucó dentro.

—Travsras duerme.

Tytee se rio.

—Ojalá los demás fuéramos tan fáciles de satisfacer —comentó.

—Y de perdonar —añadió Auraya—. Gracias por ocuparte de él durante mi ausencia.

La mujer se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Siempre es divertido y mucho menos exigente que los niños a los que cuido. Debo...

—¿Sacerdotisa Auraya?

Ambas se volvieron y vieron a la portavoz Sirri en el vano de la puerta.

—Pasa —le indicó Auraya, haciéndole una seña. Cuando la portavoz entró, Tytee se excusó y se marchó.

—Bienvenida —dijo Sirri.

—Gracias. —Al notar que la líder de los siyís estaba tensa, Auraya se concentró en ella. Advirtió que la preocupación de Sirri por la prolongación de su ausencia había ido en aumento. También la había inquietado la presencia en Si de un pisatierra desconocido.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó Sirri.

—Muy bien —respondió Auraya—. Jade se ha ido a su casa. Aprendí muchas cosas con ella. Posee abundantes conocimientos sobre la sanación y los remedios. —Señaló la bolsa que había llevado consigo.

—¿Y a pesar de ello no podía tratar su propia enfermedad?

Auraya sacudió la cabeza.

—Mandó a buscarme porque no podía conseguir lo que necesitaba por su cuenta.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí.

Sirri inclinó la cabeza afirmativamente.

—Bien. —Sirri sonrió—. Ya te volvemos a tener toda para nosotros.

—¿Ha ocurrido algo mientras estaba fuera?

—Nada grave. Solo una pequeña disputa entre jefes de tribus —le dijo Sirri, suspirando—. Me temo que no puedo quedarme a explicártelo. Estaba en una reunión de líderes cuando me han comunicado tu regreso. He pedido un receso, pero no puedo hacerlos esperar. Tengo que volver para hacer entrar en razón a los dos hombres.

—¿Sobre qué es la disputa?

Sirri torció el gesto.

—Minas. La tribu de la montaña de Fuego sostiene que le corresponde todo aquello que se extraiga de los yacimientos que se extienden al otro lado de la cordillera que separa sus territorios.

—Ah. No será fácil de zanjar. Que te sea leve.

—Gracias —dijo Sirri en tono seco y echó a andar hacia la puerta.

—Ya me contarás cómo lo resolviste, si tienes tiempo.

—Así lo haré.

Sirri salió apartando la colgadura de la puerta y se alejó a toda prisa. Por fin sola, Auraya se sentó en una silla.

«Todo vuelve a la normalidad —reflexionó. Sacudió la cabeza—. No, solo lo parece en la superficie. Tengo la mente protegida, y mi cuerpo ya no envejece. Por lo que respecta a los dioses, nada es como antes..., o como debiera ser».

No había tenido noticias de las deidades desde la última visita de Huan y Saru. Después de que ambos desaparecieran en busca de los otros dioses, ella había supuesto que Yranna, Lore y Chaia se acercarían también a la cueva, aunque solo fuera para confirmar las acusaciones de Huan.

«Tal vez Huan no se lo contó a Chaia —pensó—. Hay tantas cosas que dependen de Chaia... Debo hablar con él. Necesito saber si aprueba lo que he hecho».

Consideró brevemente la posibilidad de llamarlo, pero eso no siempre había captado la atención del dios en el pasado. En lugar de ello, se propuso tratar de encontrarlo mediante la exploración mental.

Cerró los ojos, redujo el ritmo de su respiración y se dejó caer en un trance onírico. Al principio, exploró de manera superficial las mentes de los siyís de los alrededores, hombres y mujeres entretenidos en tareas domésticas, y de una pandilla de niños que jugaban. Proyectó sus sentidos más lejos, representándose las mentes del mundo como puntos luminosos, y buscó las presencias más grandes y brillantes.

Encontró una figura femenina desconocida y supuso que se trataba de Yranna, pues sabía que a Huan la habría reconocido al instante. La diosa no conversaba con nadie, y Auraya no alcanzaba a escuchar sus pensamientos. La confirmación de que en realidad no podía leer la mente de las divinidades la tranquilizó. Siguió explorando y topó con una presencia masculina. No era Chaia, de modo que continuó con la búsqueda.

«Lo estoy haciendo para encontrar a Chaia, no para espiar a nadie», se dijo.

Finalmente percibió un zumbido, como si alguien hablara desde un lugar próximo. Se acercó con los sentidos y la recorrió una sensación de triunfo al reconocer la voz de Chaia.

:... las medidas. ¿Qué crees que harán a continuación?

:Depende de si se han enterado de lo que ha pasado en Jarime. Sería una insensatez que intentaran hacer lo mismo.

La otra voz era de Lore.

:No son tan estúpidos.

:No, pero si les dan la orden, ¿qué alternativa tendrán?

:Ninguna —respondió Chaia—. Será interesante ver lo que pasa.

:Sí. En cualquier caso, he venido a decirte que tu favorita ha regresado al Claro.

:Ah.

:Huan nos exigirá que tomemos una decisión.

:Por supuesto. Ya sabes cómo le gusta complicar las cosas a esa zorra insulsa de Huan.

Auraya sintió una mezcla de sorpresa y regocijo. Dudaba que Chaia

hubiera hablado sobre Huan en esos términos de haber sabido que ella lo estaba escuchando.

:Algunas complicaciones resultan estimulantes, pero otras son peligrosas, le advirtió Lore.

:Auraya no es peligrosa. Al menos no lo será si Huan deja de manipularla, argumentó Chaia.

:¿Cómo sabrás que Auraya no representa una amenaza si no puedes leerle la mente?

:Dediqué el tiempo necesario para conocerla bien. No nos traicionará a menos que la obliquemos.

:No te traicionará a ti.

:No. Irónicamente eso se lo debo a Huan.

:Entonces ¿qué harás? —quiso saber Lore.

:No permitiré que esa zorra la mate.

:¿Incluso si obtienes una minoría en la votación?

:Sobre todo si no alcanzo los votos suficientes. Las cosas empiezan a ponerse interesantes. No olvides que hay otras formas de restablecer el equilibrio. Siempre he preferido el reclutamiento al exterminio.

:Cada vez estoy más de acuerdo contigo. Me pregunto si conseguiré persuadir a Yranna...

:Tienes más posibilidades que yo.

:Lo intentaré.

Cuando Lore desapareció, Auraya empezó a salir del trance. Había encontrado más respuestas de las que buscaba.

:Antes de que te escabullas, Auraya...

Se quedó petrificada.

:¿Chaia?

:Sí. Percibo tu presencia, aunque permanezcas callada. ¿Con qué frecuencia nos has espiado de esta manera?

:Solo dos veces. La primera fue por accidente. Esta vez te buscaba para hacerte una pregunta.

:Adelante, pregunta lo que quieras.

Chaia no parecía enfadado, solo divertido.

:Te... ¿Desde cuándo sabes que te escucho?

:Desde que has llegado.

:¿Y Lore?

:No tiene la menor idea. No sabe de qué eres capaz, así que no está pendiente de si alguien lo espía o no.

:Pero tú lo sabías, insistió ella.

:Sospechaba que, en las circunstancias adecuadas, acabarías desarrollando tus habilidades. ¿Qué te llevó a aprender a ocultar la mente?

:Lo que escuché..., eh..., sin querer... la primera vez.

:Ah. ¿Y te has vuelto inmortal?

Ella se quedó callada. Si no podía confiar ni en Chaia, más valía que renegara por completo de los dioses.

:Sí. Huan dijo que el mero hecho de saber que podía conseguirlo me costaría la vida.

:Me decepciona un poco que no lo consultaras antes conmigo.

:Lo habría hecho —aseguró ella con sinceridad— si hubieras estado localizable. ¿Me perdonas?

:¿Por haber alcanzado la inmortalidad o por no consultarme?

:Por ambas cosas.

:Ya veremos. No has perdido mi amor ni mi apoyo. Sé que no puedo impedir que desarrolles tus poderes, como tampoco un padre puede evitar que su hija crezca. Mantente leal a mí, y yo lo seré contigo.

Un gran alivio invadió a Auraya.

:Así lo haré.

:No creas que será fácil —le advirtió él—. Puede que a Huan le guste que el mundo sea sencillo y transparente, pero sus tretas y maquinaciones no lo son. Cuanto más poderosa te vuelvas, más se empeñará en destruirte, Auraya. Y más fácil te resultará frustrar sus planes. —Guardó silencio por un momento—. Nunca olvides que aunque es posible que ella no pueda hacerte daño fácilmente, puede hacérselo a tus seres queridos.

Auraya pensó en Mirar. Aunque no sentía por él lo que había sentido por Leiard, no quería que sufriese porque Huan creyera que ella lo amaba. Por fortuna, el tejedor de sueños estaba fuera del alcance de Huan, en Ithania del Sur.

¿A quién más podía hacer daño Huan? ¿A Travesuras? Eso sería un acto

cobarde y rastrero. ¿A Danyin? Auraya le tenía aprecio, pero ya no era su asesor. ¿A su padre? Hacía años que no lo veía...

:¿Cómo puedo protegerlos? No hay forma de impedir que Huan escrute sus mentes o los localice.

:No puedes —dijo Chaia—. Solo puedes intentar no darle argumentos para que ella no logre persuadir a los demás dioses de que obren contra ti. Yo... —Se detuvo de golpe—. Vete, Auraya. Y nunca intentes volver a comunicarte conmigo de esta manera. Del mismo modo que puedes oír nuestras conversaciones, nosotros podemos oírte a ti, y los demás no tardarían mucho en percatarse de que posees una nueva habilidad.

Chaia se alejó de golpe y quedó de inmediato fuera del alcance de Auraya. Ella retrajo sus sentidos hasta recuperar la normalidad. Abrió los ojos, paseó la vista por la enramada y sintió una punzada de desamparo.

«Así que este es el precio que tendré que pagar por aprender lo que las deidades no querían que aprendiese. En lugar de temer su castigo, tengo que procurar no enamorarme de alguien por temor a que Huan ataque a esa persona para hacerme daño».

Se puso en pie y empezó a andar de un lado a otro. «¡No es justo! —se dijo. Rio con amargura—. Vaya, heme aquí, lloriqueando como una niña».

Pero, en efecto, no era justo. Y si Huan estaba dispuesta a lastimar a gente inocente solo para hacer daño a Auraya, era tan despreciable como afirmaba Mirar. ¿Y si los otros dioses le daban su respaldo? Exhaló un sonoro suspiro de consternación. «Entonces estoy perdida. Ithania está perdida».

Un gimoteo la arrancó de su ensimismamiento. Cuando alzó la vista, se percató de que Travesuras la contemplaba, con los ojos abiertos como platos y los bigotes trémulos. Ella percibió miedo y preocupación en el viz. Su propia frustración y su rabia se extinguieron. Se acercó a él, le dio unas palmaditas y le murmuró palabras tranquilizadoras.

«Mentiras —no pudo evitar pensar—. Me temo que no hay motivos para estar tranquilos, Travesuras. Pero una cosa te puedo asegurar: no permitiré que nadie te haga daño».

Los chillidos de las aves resonaban por toda la ciudad, y el Servidor Teroan

maldijo en voz baja. Llegaría tarde otra vez. Aunque era posible que los adiestradores hubieran calculado mal la hora de liberar a los pájaros para sus ejercicios de vuelo, descartó esta posibilidad.

«Tan probable como que el sol salga a destiempo —se dijo—. El Servidor Devoto Cherinor tiene más relojes solares que nadie en Avven».

Corría el rumor de que el hombre responsable de la ciudad y de las aves había amaestrado a su pájaro favorito para que graznara a la hora en punto. Y que las actividades que su ayudante programaba para él ocupaban hasta el último minuto de su día. Y que Cherinor no dormía.

«Dudo de que sepa apreciar el placer de un baño prolongado y una conversación —pensó Teroan con amargura—. Y aunque supiera, sin duda lo planearía todo para no perder ni un instante de su tiempo».

El camino a los baños termales era cuesta arriba y, para cuando Teroan llegó a la entrada, estaba jadeando. Se detuvo para recuperar el aliento. La vista desde allí arriba era impresionante, y le pareció lamentable que los baños no tuvieran más ventanas. Probablemente para que no escapase el aire caliente, pensó.

Desde la entrada se dominaba la mayor parte de la ciudad. Las casas de Klaff estaban pintadas del color de los riscos. La carretera principal serpenteaba por la ciudad y atravesaba el valle antes de enderezarse y estrecharse hasta perderse en la lejanía. En algún lugar, en el otro extremo, estaban Glymma y el Santuario.

Teroan había maldecido su suerte al enterarse de que lo trasladarían allí. Las capitales de Mur y Dekkar eran meras aldeas en comparación con la de Avven y, al lado de ellas, Klaff parecía un villorrio. Las compañías de teatro a cuyas representaciones tanto le gustaba asistir nunca actuaban allí. Tenía que pedir que le llevaran desde Glymma el vino y cualquier exquisitez o lujo que se le antojara, a un precio elevado, y su mujer se quejaba constantemente del ruido de los pájaros. Su único consuelo eran los baños. Eran tan buenos como los del Santuario de Glymma, si no mejores.

En las colinas que rodeaban la ciudad abundaban las cuevas, algunas de las cuales albergaban manantiales. Aunque el agua no era tan pura como la del Santuario, la población local aseguraba que su coloración parda rojiza se debía a un mineral beneficioso para la salud. El mineral se filtraba del agua

potable y se vendía por toda Ithania del Sur como un barro rejuvenecedor que se untaba en la piel.

Una bandada de aves planeaba en lo alto, no muy lejos de allí, entre chillidos ensordecedores. Teroan hizo una mueca de dolor y se volvió hacia la puerta. A veces no podía evitar estar de acuerdo con su mujer: no era un sonido agradable.

Un criado le dio la bienvenida, realizando la señal de los dioses sobre el pecho, y lo guio por un pasillo que le resultaba conocido. La mayor parte de las puertas junto a las que pasaban estaban tapadas con cortinas, pero algunas estaban abiertas. A través de ellas Teroan vislumbró a unos esclavos semidesnudos que fregaban las paredes. Un olor intenso le hirió las fosas nasales y le hizo lagrimear. Se preguntó cómo los siervos soportaban aquello.

El criado se detuvo frente a una puerta y le hizo una seña para que pasara. Los esclavos habían limpiado recientemente aquella habitación. A Teroan le pareció una lástima, ya que los dibujos que formaba el moho verde le daban pie a imaginar que se bañaba en una laguna natural en medio de un bosque.

Sin embargo, el moho despedía un hedor desagradable. Ahora la habitación olía a mar. Soltó una risita mientras se acercaba al único otro ocupante de la estancia.

—¿Sales marinas otra vez, Dameen?

El hombre alzó los ojos y sonrió.

—Me trae recuerdos de casa.

Teroan se despojó de las capas de su túnica de Servidor y las tiró sobre un banco, junto a las prendas pulcramente plegadas de Dameen. Se metió en el agua tibia y se acomodó en una de las repisas. La turbiedad de color pardo rojizo del agua no ocultaba del todo la grasa acumulada en su cuerpo ni los muñones a la altura de las rodillas de su amigo. De algún modo, Dameen había conseguido mantener su aspecto musculoso y atractivo pese a estar lisiado. Teroan supuso que el hombre hacía ejercicio por costumbre, incapaz de abandonar su entrenamiento de guerrero.

Permanecieron un buen rato en silencio y se conformaron con relajarse el uno en compañía del otro.

—Anoche tuve un sueño extraño —dijo Dameen finalmente.

—¿Ah, sí?

—Soñé que el líder de los tejedores se instalaba en Ithania del Sur.

Teroan dirigió una mirada de sorpresa a su amigo.

—Yo también soñé lo mismo anoche. Supongo que los rumores sobre su regreso nos están afectando. ¿Qué soñaste?

—Me preguntaba qué haría si fuera una de las Voces... —Se interrumpió y arrugó el entrecejo—. O quizá otra persona me lo preguntaba... No lo recuerdo.

—Lo mismo ocurría en mi sueño. ¿Y qué decidiste?

—Que no haría nada, siempre que él no creara problemas.

Teroan asintió.

—Yo también. Creo que su retorno solo traería cosas positivas. Convertió a los tejedores en buenos sanadores; podría hacer que fueran aún mejores. También les debemos mucho por la ayuda que nos prestaron tras la batalla.

—Sí. —Dameen se miró los muñones y se encogió de hombros—. Pero he de admitir que no soy imparcial. Esta mañana le he dado más vueltas al asunto. Es posible que las Voces no sean de la misma opinión. Lo considerarían un poderoso hechicero capaz de volver a la gente contra ellas.

—¿Qué crees que harían?

—Kuar intentaría convertirlo en un aliado. —Frunció el ceño—. No conozco a Nekaun. No sé qué haría él.

Teroan sonrió. El guerrero no podía evitar revivir el pasado, pese a que se suponía que lo había dejado atrás. Sin embargo, aunque su cuerpo no estaba entero, su mente estaba más viva que nunca.

«Es una pena —se dijo Teroan—. No podía aceptar a nadie que ocupara el lugar de Kuar, así que ha terminado aquí, desperdiciando su potencial como asesor».

Y él se alegraba de ello, por razones egoístas. Si Dameen se marchaba de Klaff, ¿qué otra persona del lugar sería lo bastante interesante e inteligente para ofrecerle conversación? Desde luego, los criadores de pájaros no. Ni su esposa.

—¿No te parece extraño que tuviéramos el mismo sueño la misma noche? —preguntó Teroan.

Dameen entornó sus penetrantes ojos.

—¿Insinúas que los tejedores han manipulado nuestros sueños?

Teroan se encogió de hombros.

—Que dos personas sueñen lo mismo la misma noche puede ser una coincidencia. Pero si también le ha sucedido a una tercera persona, podría tratarse de algo más.

—¿Y si Mirar apareciera de verdad en Ithania del Sur?

Teroan asintió.

—Sí, eso también sería convincente.

Unas brasas de carbón eran todo lo que quedaba en el brasero. Frente al hogar, sobre unos almohadones desperdigados, dormía una mujer. Junto a ella había una copa vacía y una jarra. Danyin se detuvo para admirar la curva de su cadera y los suaves ángulos de su rostro antes de acercarse. Lleno de un cálido afecto hacia ella, se consideró afortunado por tener una esposa como Silava.

Había habido épocas en que había tenido la impresión de que una maldición pesaba sobre él, pero de eso hacía mucho tiempo y era mejor olvidarlo.

Ella se movió, probablemente al escuchar el sonido de sus sandalias. Abrió los ojos y parpadeó. Después le regaló una sonrisa.

—Danyin —dijo.

—Silava. No me esperabas, ¿verdad?

—Sí y no. Estaba celebrando a solas. Si hubieras aparecido y me hubieras acompañado, tanto mejor.

—¿Qué celebras?

—Celebremos —lo corrigió— el nacimiento de otro nieto. Una nieta.

Él la contempló, sorprendido.

—¿Se ha adelantado?

—Sí —respondió Silava con vacilación—. Quiero quedarme un tiempo con Tivela.

Él asintió.

—Sí, para ayudarla con el bebé. ¿Cuándo te irás?

Silava lo miró achicando los ojos.

—No pareces demasiado afligido o decepcionado ante la perspectiva de

mi ausencia.

—No —convino él con una risita—. Aunque algo me dice que eso iría contra todas las leyes de la naturaleza y los dioses.

Ella entornó aún más los párpados.

—Yo también tengo una noticia que darte —anunció él sin esperar a que respondiera—. Tal vez te interese oírla antes de arrancarme la piel.

—¿Ah, sí?

—Elareen irá a Dunway y quiere que yo vaya con ella.

—Ah. —Ella adoptó una expresión de abatimiento, luego sonrió y le dedicó una mirada triunfante mientras se ponía en pie de un salto—. ¿Lo ves? Así es como se muestra una decepción. Es muy sencillo y debería estar al alcance de las habilidades de un consejero. ¿Por qué Dunway?

—Hania no es el único país que los pentadrianos han intentado convertir a su religión. Han enviado a sus Servidores a todos los rincones de Ithania del Norte... excepto Si, por alguna razón. Tal vez porque Auraya está allí, aunque no alcanzo a entender por qué eso habría de disuadirlos.

—Sí que han enviado gente a Si —repuso Silava—. Por eso Auraya volvió allí.

Él se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! Lo había olvidado. Aquello ya me parece tan lejano en el tiempo...

Silava lo tomó del brazo y lo condujo hasta la puerta.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Supongo que sí —reconoció Danyin, arrugando el entrecejo.

—Y Elar no te cae tan bien, ¿verdad?

Él la miró con extrañeza.

—¿Por qué lo dices?

—No hablas de ella de la misma forma. ¿Te cae bien?

Él se encogió de hombros.

—Es simpática, pero... Sabía que había cosas que Auraya no podía decirme, pero era fácil olvidarlo. Con Elar lo tengo presente en todo momento.

—Tal vez guarde más secretos que Auraya.

—¿Más que Auraya? —Danyin soltó una carcajada—. ¡Espero que no!

—O al menos suponía que no serían tan escandalosos. No podía imaginar a Elar con un amante tejedor. Ni siquiera que se enrollara con alguien. Si bien el trabajo la apasionaba como a Auraya, de algún modo resultaba más fría y distante.

Pero tal vez eso era solo porque a él le estaba llevando más tiempo sentirse cómodo a su lado. Aunque Auraya nunca había traicionado su confianza, él se había llevado una decepción al descubrir que se había hecho amante de Leiard. Nunca se había perdonado a sí mismo el no haberse percatado de que algo iba mal. Ni siquiera había tenido oportunidad de desaconsejarle semejante insensatez. Ahora no podía evitar vigilar de cerca a Elar, listo para ofrecer un punto de vista prudente si alguna vez ella se enfrentaba a un dilema similar.

Cruzaron el umbral de la puerta y salieron al pasillo. Silava bostezó.

—O puede que Auraya sea uno de los secretos de Elar.

Danyin miró a su esposa.

—Entonces, ¿crees que hay algo más detrás de la renuncia de Auraya?

—Tal vez. —Ella se encogió de hombros—. Pero de todos modos no tendría por qué ser un motivo de preocupación para nadie. Ella se ha marchado, y Elar ha ocupado su lugar. Mmm..., aún no me has dicho por qué viajará Elar a Dunway.

—Los pentadrianos están tramando algo allí.

—Espero que no estén planeando matar a más tejedores de sueños.

Él sacudió la cabeza.

—No lo sabemos con certeza. Por eso iremos.

Las sorprendentes revelaciones sobre la conspiración de los pentadrianos se habían difundido rápidamente por la ciudad, y las protestas frente al hospital y los ataques a los tejedores habían cesado. Al mismo tiempo, decenas de personas habían sido llevadas a la fuerza al Templo, apaleadas, expulsadas de sus casas e incluso asesinadas, a veces bajo la mera sospecha de ser pentadrianas. Esto no había consternado tanto a Elar como Danyin habría esperado.

—A la gente le gusta tener un objeto contra el que descargar su odio —había dicho Elar—. Y los pentadrianos lo merecen mucho más que los tejedores.

—Pero algunas de las víctimas no son pentadrianos —había señalado él.

—Sí. Y las hemos compensado por ello. Después de comprobar su inocencia, claro está.

—Una vez que esta conspiración quede olvidada, la gente volverá a preocuparse por los tejedores —le había advertido él.

—Entonces tendremos que seguir recordándoles quiénes son nuestros verdaderos enemigos.

Silava le dio un apretón en el brazo, arrancándolo de sus cavilaciones.

—Lo que no entiendo es... ¿por qué envían a Elar y no a cualquier otro Blanco? ¿No es un poco bisoña para que le encarguen semejante tarea?

Danyin se encogió de hombros.

—Probablemente la consideran lo bastante capacitada. Y cuanto antes adquiriera experiencia en otras tierras, mejor.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Meses, quizá.

Silava exhaló un suspiro.

—Al menos no te vas a la guerra. A un país de guerreros, pero no a la guerra. —Bostezó de nuevo—. Estoy demasiado cansada para pensar en ello. Vayamos a dormir.

Mientras ascendían la escalera, él también dio un bostezo. Había sido un día lleno de noticias.

—Otro nieto —murmuró—. Hace que uno se sienta más viejo.

Silava enarcó las cejas, pero no dijo nada. A él le sorprendió su mutismo.

«¿No se mete conmigo? Debe de estar muy cansada».

Lo interpretó como una señal para morderse la lengua también y la siguió en silencio hasta el dormitorio. Pese al cansancio que se había apoderado de él, permaneció despierto; la cabeza le bullía con cosas de las que debía ocuparse antes de partir.

—Sí. Y el juego de fichas. Con eso bastará —murmuró de pronto Silava.

—¿Cómo?

—Ah. —La oyó volverse hacia él—. ¿Sigues despierto?

—Sí.

—Lo siento.

—¿En qué pensabas?

—En las maletas —le dijo ella—. Tengo dos juegos de maletas que hacer.

—No tienes que hacer las maletas para mí.

Ella se rio.

—¿Desde cuándo te las haces tú mismo? Duérmete. Y no te preocupes.
Yo me encargaré de todo.

Tintel tenía bolsas oscuras bajo los ojos. La mujer, que en aquel momento aparentaba más edad de la que tenía, contemplaba a Mirar con paciencia, pese a su fatiga.

—¿Qué deseas, Wilar?

Él retrocedió un paso.

—Estás cansada. Volveré mañana.

—No, pasa. —Ella le hizo una seña y se volvió hacia el interior, sin darle la oportunidad de marcharse.

—Entonces, seré breve —dijo él, entrando en la casa y cerrando la puerta tras de sí.

Ella se acomodó en una silla y le indicó con un gesto que se sentara en otra.

—No habrías venido si no tuvieras necesidad de discutir alguna cosa. ¿Han estado cotilleando otra vez los muchachos?

—No lo sé —respondió él, sonriente—. Probablemente.

—Si te molesta, les llamaré la atención.

—No serviría de nada —replicó él—. Te profesan gran respeto y admiración, tejedora Tintel, pero intentar atajar las habladurías es como intentar detener la marea. —Meneó la cabeza—. No. El único efecto negativo es que te costará creer lo que te tengo que decir.

Ella enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Qué noticias increíbles traes, pues?

Él la miró y caviló sobre lo que estaba a punto de hacer. Era peligroso. Mantenerse en el anonimato tenía sus ventajas. Para empezar, le ahorraba las inconveniencias de tratar de complacer a todo el mundo.

Sin embargo, ¿qué ventajas suponía eso para su gente? Gozaban de cierto poder en Dekkar, pero no en otros lugares. Tal vez se equivocaba al pensar que podía ayudarlos, aunque cuando vio la cara castigada y exhausta de Tintel sintió una punzada de ternura y supo que debía intentarlo.

—Tienen razón —declaró—. Soy Mirar.

Ella parpadeó sorprendida, abrió la boca para hablar, se interrumpió y frunció el ceño, pensativa.

—Resulta difícil de creer —dijo—. Y, sin embargo, no soy capaz de descartarlo por completo. —Frunció los labios—. Ni de aceptarlo del todo.

—Ya me lo imaginaba —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Necesito pruebas.

—Claro.

—Y algo más.

—Dime.

—Que me perdones por dudar de ti, si me demuestras que eres Mirar.

—Difícilmente podría negarme —dijo él, riendo.

Ella no sonrió.

—Si no eres Mirar...

—¿Me darás unos buenos azotes? —sugirió él en tono irónico.

—Esto no es cosa de broma.

—¿No? —Se puso súbitamente serio—. No, no lo es. He tomado cuantas precauciones he podido para no poner en peligro a mi gente o a mí mismo al revelar mi identidad hoy, pero es algo que no deja de entrañar riesgos.

—¿Y estás seguro de que quieres hacerlo?

—Por supuesto. —Se inclinó hacia delante y extendió la mano—. Establece una conexión conmigo.

Las facciones de la mujer se relajaron. Escrutó el rostro de Mirar por unos instantes y luego le tomó de la mano. Cuando él la vio cerrar los ojos, cerró los suyos y proyectó su mente.

Cuando sus sentidos empezaron a percibir con claridad los pensamientos

de Tintel, llevó reminiscencias a su mente para mostrárselas. Eran viejos recuerdos de la fundación de la secta de los tejedores, de descubrimientos curativos y de tejedores muertos hacía mucho, de civilizaciones desaparecidas tiempo atrás y de otras que aún existían.

No le reveló las acciones de los dioses, su propia «muerte» ni su vida como Leiard. Aquel debía ser un momento de júbilo, no de evocación del terror y el dolor. Tras retirarse de la mente de Tintel, abrió los ojos y le soltó la mano. Ella abrió los párpados, agitada. Lo miró fijamente y bajó la vista.

—No..., no sé qué decir. Ni qué hacer. ¿Cómo debo llamarte?

—Llámame Mirar —le dijo él con firmeza, incómodo ante aquel comportamiento casi servil—. Soy un tejedor de sueños, no un dios ni un rey, ni siquiera el primo tercero del sobrino de un príncipe. Jamás he dirigido a mi pueblo por la fuerza, sino basándome en la experiencia y el conocimiento..., aunque debo admitir que en más de una ocasión no he estado a la altura. Mírame.

Tintel obedeció. Él no había esperado que la revelación la abrumara hasta ese punto. Se inclinó hacia delante y volvió a tomarla de la mano.

—Eres la líder aquí, Tintel. Es así como organicé las cosas. En cada Casa de los Tejedores se elige a una persona para mantenerla y guiar a los que se hospedan en ella. Son la autoridad en ese lugar, y todos los tejedores que están de paso deben obedecerles o seguir su camino. Yo soy un tejedor que está de paso. Eso quiere decir que o me das órdenes o tendré que marcharme.

Ella curvó hacia arriba la comisura de los labios, divertida.

—Eso me va a costar un poco —comentó ella—. Y los demás..., los demás se sentirán sobrecogidos ante tu presencia. Te venerarán.

—Entonces tendremos que persuadirlos juntos. Mi seguridad..., nuestra seguridad... depende de que los pentadrianos tengan la certeza de que no represento un peligro para ellos. Si se me venera como a un dios, me considerarán una amenaza.

Ella sacudió la cabeza.

—Los pentadrianos no son circulianos, Wi... Mirar. No sienten animadversión hacia otras religiones.

—Eso es porque los dioses de las otras religiones no existen. La única religión que aborrecen es la de los circulianos, cuyos dioses son reales.

Ella frunció el ceño, y él notó que su ansiedad iba en aumento. Le dio un apretón leve en la mano.

—Nunca he querido ser objeto de veneración, ni quiero serlo ahora. Preferiría que los tejedores de aquí me viesen más como a un maestro que como a un dios. Creo que entre ambos podemos conseguirlo.

Ella posó los ojos en él y asintió.

—Lo intentaré.

—Lo sé. —Mirar desplegó una gran sonrisa—. Esto es como anunciar un compromiso, ¿no te parece? ¿A quién se lo decimos primero?

Tintel resopló suavemente.

—Si no quieres que te veneren, ¿por qué revelas tu identidad?

—Quiero volver a estar entre mi gente —respondió él con seriedad—. Sin fingir ser otra persona.

Ella movió la cabeza afirmativamente, retiró las manos y se puso en pie. Se volvió hacia la puerta, inspiró hondo y exhaló despacio.

—Entonces espérame aquí. Los reuniré a todos en la sala y enviaré a alguien a buscarte cuando estén listos.

—Gracias, Tintel —dijo él, sonriendo.

Ella se dirigió a la puerta y la abrió. Se detuvo para dirigirle una última mirada y meneó la cabeza con incredulidad. Luego, sin mediar palabra, abandonó la habitación.

Mirar sonrió para sí. Una vez que se repusieran del asombro y la fascinación, todo volvería a ser como en los viejos tiempos. Él podría viajar por Ithania del Sur como lo había hecho antes por el norte, conociendo a tejedores e intercambiando conocimientos.

Y quizá esta vez no lo echaría todo por tierra.

Tras apagar la lámpara de un soplo, Reivan se estiró en la cama y reflexionó sobre los sucesos del día. La noticia de que el Gran Cacique de Dekkar había muerto de forma inesperada había corrido como reguero de pólvora por el Santuario y alborotado a los Servidores, los embajadores y otras dignidades cual hojas en un torbellino. Había dejado a los habitantes del Santuario alicaídos y expectantes.

Una de las Voces menores viajaría a la mañana siguiente a la ciudad de Dekkar. Él o ella dirigiría los ritos del funeral y, una vez concluido el período oficial de duelo, organizaría las pruebas para elegir al nuevo Gran Cacique. Estas competiciones eran una vieja tradición. Cualquier hombre o mujer podía participar en ellas, pero, salvo en un par de ocasiones, siempre las había ganado un hombre de «sangre real». Los aspirantes debían demostrar su fuerza, buena forma física, inteligencia, conocimientos, habilidades organizativas y de liderazgo, y devoción a los dioses. Reivan suponía que el hecho de que los candidatos de sangre real gozaran de un acceso privilegiado a la instrucción y que las pruebas estuvieran concebidas a su medida explicaba que el resultado fuera tan predecible.

Un torrente de personajes importantes, así como de individuos que sencillamente creían serlo, había acudido al Santuario para solicitar que se les permitiera viajar al sur con la Voz o por lo menos que esta transmitiera sus mensajes de condolencia. Todo esto había mantenido ocupadas a Imenja y a Reivan hasta bien entrada la noche. Era demasiado tarde, se había dicho Reivan, para una visita nocturna de una tal Voz Primera. Además, seguramente estaba aún más ocupado que Imenja.

«Tal vez venga a verme mañana por la noche», pensó.

Quizá Nekaun había satisfecho su curiosidad y no tenía intención de volver. «Si aquello no significó nada para él, no vendrá a verme de nuevo». Y una segunda visita no implicaba que fuera a haber una tercera o una cuarta. No era una prueba de que él la amaba.

«¡Maldita sea! He vuelto a pensar en él. A este paso, no conseguiré pegar ojo».

Se dio la vuelta y descubrió que, a fuerza de girar una y otra vez, se había enredado con las sábanas. Cuando empezó a deshacer el embrollo, oyó unos golpecitos provenientes de la otra habitación.

Alguien llamaba a la puerta principal de sus aposentos.

De pronto, liberar su cuerpo le pareció más difícil que antes. Finalmente se deshizo de las sábanas, se puso a toda prisa la túnica de Servidora y salió a paso veloz de la habitación.

Al llegar a la puerta la asaltaron las dudas. No habían llamado una segunda vez. Si era Nekaun, habría leído en su mente que se dirigía a la

puerta. Y no se iría solo porque ella tardara en abrir.

Si no se tratara de Nekaun, ni de ninguna de las Voces, el visitante se habría dado por vencido y se habría marchado.

Suspirando, ella llevó la mano al pomo y tiró de la puerta.

Al otro lado estaba Nekaun, sonriéndole. A la joven el corazón le dio un vuelco.

—Buenas noches, Reivan —dijo él, cruzando el umbral—. Ha sido un día ajetreado, ¿no crees?

—Sí —respondió ella.

Él había pasado junto a ella y avanzado hasta el centro del vestíbulo. Se volvió para mirarla y le hizo una seña para que se acercara.

—Tengo una pregunta seria que hacerte —le dijo.

¡Una pregunta seria! Mientras él tomaba asiento, ella intentó sin éxito no hacer conjeturas sobre lo que le querría preguntar. ¿Algo sobre la relación entre ambos? ¿Sobre Imenja? Se sentó frente a él en una silla. Nekaun se frotó las manos, con la mirada distante.

—Los dioses me han visitado hoy —le informó.

La invadió una mezcla de desilusión y asombro. La visita no tenía que ver con su relación. Sin embargo, los dioses le habían hablado, y él había optado por contárselo.

—Me han dicho que los Pensadores buscan una reliquia llamada el Manuscrito de los Dioses. ¿Has oído hablar de él?

—No —dijo Reivan, arrugando el ceño—. Sé que en Hannaya hay un grupo de Pensadores que buscan y estudian objetos antiguos. Parece el tipo de objeto por el que se interesarían.

Nekaun asintió.

—A los dioses les preocupa la posibilidad de que estos Pensadores encuentren el pergamino, suponiendo que exista, se lo lleven del lugar en donde está custodiado y lo dañen.

Ella torció el gesto.

—Y pedir a los Pensadores que dejen de buscarlo únicamente los incitaría a intensificar la búsqueda.

—Así que solo veo una alternativa. Tendré que infiltrar a un espía entre ellos. —Fijó la vista en ella—. ¿Hay alguien de aquí a quien recomendarías?

Reivan apartó la mirada.

—En realidad no conozco a mucha gente. Es decir, no la suficiente para recomendarte a alguien.

—Entonces ¿qué tipo de persona me sugerirías que enviara?

Ella reflexionó en silencio. Ayudar a Nekaun a espiar al grupo al que había pertenecido en otro tiempo le parecía, en cierto modo, una traición. Luego la asaltó una duda y frunció el ceño.

—¿Por qué necesitan los dioses que envíes a un espía? ¿No pueden vigilar ellos mismos a los Pensadores?

Él se rio por lo bajo.

—Los dioses no pueden estar en todas partes al mismo tiempo, Reivan. Ni lo harían aunque pudieran. Esta es la clase de tarea que se suele encomendar a un mortal.

—Ah. —No tenía escapatoria. «Pero ¿qué lealtad les debo a los Pensadores, de todos modos?»; se preguntó, «nunca me aceptaron. Nunca fui realmente uno de ellos. Ahora mi lealtad está con los dioses. Y con Nekaun»—. Tu espía deberá ser inteligente —dijo—. Y carecer de habilidades o fingir que carece de ellas. Como los Pensadores no poseen ninguna, desconfían de quienes las tienen. También conviene que sea un hombre aferrado a sus ideas.

—¿Hombre? ¿Por qué no mujer?

—La mayoría de los Pensadores son hombres. Las mujeres suelen pasar desapercibidas.

—Pasar desapercibido es bueno para un espía.

—También las excluyen de las tareas importantes.

—Ah.

—¿Por qué no se lo has preguntado a tu Acompañante Turaan?

—Sí que se lo he preguntado —repuso él con una sonrisa—. Cuantas más opiniones, mejor. Me ha proporcionado una buena excusa para hacerte una visita.

El corazón de Reivan le dio un brinco en el pecho y comenzó a latirle a toda prisa. Clavó los ojos en Nekaun.

—No necesitas excusas, Nekaun.

A él se le ensanchó la sonrisa.

—¿Joven o viejo?

Ella arrugó el entrecejo y luego cayó en la cuenta de que él se refería al espía.

—No lo sé. Un hombre joven podría ganarse un lugar entre los Pensadores al estar dispuesto a hacer el trabajo aburrido. Un Pensador viejo debería tener algo valioso que ofrecer. Experiencia útil, por ejemplo. Algo que convenciese a los demás de la conveniencia de aceptarlo en el grupo.

—¿De qué nacionalidad?

—Seguramente da igual. Si ha de aportarles información útil, debe haber una buena razón por la que ellos no cuentan aún con esos datos. Son celosos de sus conocimientos y sospechan de las coincidencias felices. Algunos ven conspiraciones por todas partes.

—¿Y si este espía fuera del norte? ¿Despertaría aún más sospechas?

—No. La mayoría de los Pensadores no sienten el tipo de rechazo que el común de la gente tiene contra otras razas. El saber puede encontrarse en todos lados, independientemente de la geografía y la raza. En cambio, desprecian a los menos inteligentes. Suelen decir que «la sabiduría y el conocimiento están en todas partes, pero también la estupidez».

Nekaun se rio entre dientes.

—«Todos necesitan a alguien a quien odiar...» —citó.

«... y alguien a quien amar». Reivan completó la frase en silencio.

Él se puso en pie. Ella lo imitó lentamente. Cuando Nekaun se le acercó, deslizó la mano por su cintura y la atrajo hacia sí, ella notó que se le aceleraba el pulso... y experimentó una serie de sensaciones que había descubierto gracias a él durante su visita anterior.

—¿Te incomoda mi plan de espiar al grupo al que pertenecías?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

Él sonrió y la besó, y Reivan se olvidó por completo de los Pensadores.

Regresando de la enramada de los sacerdotes, Auraya vio a la portavoz Sirri sentada entre varios niños, riendo. La mujer siyí levantó la vista y le hizo una seña.

Al acercarse al grupo, Auraya tuvo que esquivar a algunos de los niños que de golpe salieron corriendo entre chillidos. proyectiles diminutos hendían el aire en una y otra dirección. A los pies de Sirri había un cesto lleno de bayas. La boca de la líder siyí estaba manchada de rojo oscuro, al igual que las caras de los niños.

Cuando Sirri reparó en la vestimenta de Auraya, se llevó la mano a la boca. Al seguir la dirección de su mirada, Auraya cayó en la cuenta de que su cirque blanco estaba salpicado de manchas rojas. Sirri se puso de pie bruscamente y se dirigió a los niños a voces.

—¡Ya está bien! —les dijo con firmeza. Los críos redujeron el ritmo hasta detenerse y se reunieron en grupo, con los ojos clavados en el suelo—. ¡No desperdiciéis las bayas! —les advirtió Sirri con voz más suave esta vez—. Coged un puñado cada uno y marchaos a casa.

Los niños obedecieron y, en cuanto se hallaron a veinte pasos de Sirri, echaron a correr. La líder siyí miró a Auraya y exhaló un suspiro.

—Lo siento.

Auraya se encogió de hombros y se sentó junto a la mujer.

—Tengo un cirque de repuesto.

—Pero esas manchas no saldrán nunca.

Examinando las salpicaduras, Auraya volvió a encogerse de hombros.

—Si la magia no ayuda, tendré que pedir una muda nueva..., y estoy segura de que las sacerdotisas de aquí tendrán algún cirque de reserva. ¿Qué tal tu reunión con los líderes de las tribus?

—No muy bien —dijo Sirri con mala cara—. ¿Quién iba a imaginar que el comercio con los pisatierra volvería tan codiciosos a algunos de nuestros convecinos?

Auraya no dijo nada. Las dificultades que los siyís habían padecido en el pasado los habían obligado a cuidar unos de otros o a perecer. Las tierras que les habían devuelto los torenios habían sido explotadas con técnicas que los siyís, por su menor número o su falta de conocimientos, no podían poner en práctica, y ahora discutían por una riqueza distribuida de manera precipitada y desigual. No eran los pisatierra los que los habían vuelto codiciosos.

—Me he estado preguntando si no deberíamos consultar a los dioses sobre este asunto —continuó Sirri—. Dejar la decisión en sus manos.

—Será mejor que lo resolváis vosotros mismos —señaló Auraya.

—¿Por qué lo dices? —Quiso saber Sirri, arqueando las cejas.

Auraya frunció el ceño, consciente de que no podía dar una respuesta que resultara aceptable para Sirri. «¿He llegado a desconfiar de los dioses hasta el punto de aconsejar a los demás que se mantengan alejados de ellos? Empiezo a pensar como una indómita».

—Los dioses esperarían que hubieras hecho todo lo que estaba en tu mano antes de acudir a ellos —contestó. Miró a Sirri—. Pero supongo que me estás diciendo que ya lo has hecho.

Sirri sonrió.

—Sí. Pero quizá tengas razón. Tal vez debamos esforzarnos más. Coge unas bayas. Están maduras.

Ambas tomaron un puñado y empezaron a comer. Auraya pensó en Jade. Aquellas frutas le habrían gustado. «Supongo que aún irá camino de la frontera de Si».

Le sorprendió comprobar que echaba de menos su compañía. Aunque autoritaria y temperamental, Jade era una fuente inacabable de conocimientos y anécdotas interesantes. Sonrió para sí. Pese a su edad incalculable, Auraya

había sido capaz de sorprenderla en más de una ocasión.

—Me pregunto si existe una manera de borrar el vacío. —Auraya recordaba haber dicho esto una noche en la cueva—. Quizá si se extrajera magia de otro lugar y se liberase aquí, se podría llenar.

Jade la había mirado, atónita.

—No se me había ocurrido —le respondió.

Cuando Sirri y Auraya acabaron su puñado de bayas, la siyí empezó a hablar de las tribus enfrentadas por las minas. Aunque Auraya había oído hablar del asunto durante todo el día anterior, dejó que la mujer se lo explicara de nuevo. Sabía que Sirri simplemente necesitaba desahogar su frustración.

:Auraya.

Dio un respingo al oír la voz en su mente y echó un vistazo a su anillo. Juran la estaba llamando a través de él. «Bueno, eso despeja mi duda respecto a si la protección de mi mente impide que el anillo funcione».

:¿Juran?, respondió.

:Sí. ¿Dónde estás?

:En el Claro.

:¿Está la portavoz Sirri contigo?

:Sí, está aquí.

:Tengo que pedirle algo. ¿Te importaría decírselo?

:Claro que no.

—Portavoz Sirri —la interrumpió Auraya—. Juran el Blanco me pide que te traslade una petición.

Sirri se quedó helada y boquiabierta. En cuanto se recobró de la sorpresa, se irguió, sonrió y asintió.

—Dile que te escucho... y transmítele mis respetos y mis mejores deseos.

:Dale las gracias de mi parte —dijo Juran—. Recientemente hemos descubierto una conspiración pentadriana en Jarime que ha tenido como resultado el asesinato de varios ciudadanos y la captación de otros para su secta mediante engaños.

Auraya se lo comunicó a Sirri.

:Hemos frustrado tramas similares en Toren y Genria, y estamos investigando informes procedentes de otros lugares. Su objetivo era subvertir

el orden en estas poblaciones y, al mismo tiempo, prometían posiciones de poder a circulianos que carecían de dones para que abjurasen de nuestros dioses y rindiesen culto a los suyos. ¿Habéis visto a pentadrianos o a desconocidos sospechosos en Si?

—Recientemente no —respondió Sirri—. La última vez que sucedió fue en primavera, cuando solicitamos la ayuda de Auraya. Desde entonces no hemos dejado de vigilar nuestras costas. Los únicos visitantes han sido elay.

:Espero que estés en lo cierto. Llevamos tiempo debatiendo cuál sería la acción más apropiada en respuesta a los ataques de los pentadrianos en nuestras ciudades. Si los ignoramos, podrían envalentonarse. Tal vez intentarían de nuevo ocupar vuestras tierras. Sin duda tratarán de subvertir a otros. Debemos hacerles saber que si nos atacan, pagarán un precio por ello. ¿Nos ayudarás?

—Por supuesto —respondió Sirri—. ¿Qué podemos hacer?

:La propia Huan nos ha sugerido que los atacemos en su territorio. La velocidad y la sorpresa serían esenciales, por lo que hemos pensado enseguida en tus guerreros siyís. Entonces el objetivo de la ofensiva nos ha parecido obvio: los criaderos de pájaros negros.

Los ojos de Sirri se desorbitaron.

—Sería un ataque peligroso y... audaz. Supongo que sabéis dónde están esos criaderos.

:En un pueblo aislado, lejos de las principales ciudades pentadrianas. Os enviaremos mapas e información sobre el lugar, la rutina diaria de los criadores..., todo lo que necesitarán tus guerreros.

Auraya notó que se le había acelerado el pulso. Juran estaba pidiendo a los siyís que corrieran un gran riesgo. Tendrían que adentrarse en tierras enemigas. Si fracasaban, nadie podría ayudarlos.

—Yo iré con ellos —aseveró.

Sirri arrugó el entrecejo.

—¿Juran...? Ah. Por supuesto. Hablabas por ti, Auraya. Gracias.

:Puedes ir con ellos si quieres —dijo Juran—. Pero los dioses te prohíben utilizar tus dones para ayudar a los siyís u hostigar al enemigo. Este debe ser un golpe asestado por los siyís, no por una Blanca, ni siquiera por una ex Blanca.

A Auraya se le escapó un jadeo de estupefacción.

:¿De verdad esperáis que los deje morir si los atacan?, preguntó ella en silencio.

:Así lo han ordenado los dioses. Esta ofensiva no es solo un intento de asestar un golpe al enemigo, sino también un acto simbólico. Si no te ves capaz de obedecer a los dioses, será mejor que no acompañes a los siyís.

:¿Podré curarlos si resultan heridos?

Juran guardó silencio por unos instantes.

:Supongo que eso no invalidaría el simbolismo del ataque.

:Imagino que el gesto simbólico sería aún mejor si todos los siyís murieran durante la operación —dijo Auraya, molesta—. Ya sabes..., un sacrificio noble y todo eso.

:Claro que no sería mejor. Lanzar la ofensiva y escapar sin bajas sería una prueba mucho más contundente de nuestra capacidad para el contraataque.

—¿Y bien? —preguntó Sirri.

Al caer en la cuenta de que no había estado repitiéndole las palabras de Juran desde que este le había dicho que tenía prohibido usar sus dones, Auraya hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento. Los dioses han decidido que puedo curar a los siyís, pero nada más. No estoy autorizada para enfrentarme a los pentadrianos.

—Bueno —dijo Sirri en tono sombrío—, eso es mejor que nada.

:¿Irán los siyís?, preguntó Juran.

—Como siempre, debo consultarlo con los portavoces de las tribus —respondió Sirri—. Aunque dudo que se nieguen a cumplir con un punto estipulado en nuestra alianza. ¿Cuándo tendrá lugar el ataque?

:Dentro de unos meses. Tenemos que haceros llegar los mapas y las instrucciones primero.

—Me pondré en contacto contigo tan pronto como tomemos una decisión —prometió Sirri.

:Gracias. Adiós, portavoz Sirri, Auraya.

Mientras la mente de Juran se desvanecía, Auraya sintió que la rabia crecía en su interior. Evidentemente los dioses querían que ella permaneciera en la retaguardia. Notó un roce y cuando bajó los ojos vio la pequeña mano

de Sirri apoyada en la suya.

—Estoy segura de que encontrarás la manera de eludir sus restricciones —le dijo la portavoz.

Auraya miró a Sirri a los ojos y asintió, aunque pudo percibir las dudas en la mente de la mujer. Habría deseado despejarlas.

«¿Por qué la ponen a prueba de esa manera los dioses?», se preguntaba Sirri.

«Porque algunos de ellos me odian —respondió Auraya para sus adentros, si bien sabía que la mujer no podía oírla. Luego reprimió una maldición—. Cuando Chaia insinuó que Huan podría intentar hacer daño a personas a las que quiero, no se me ocurrió pensar en los siyís».

¿Cómo era posible que la diosa se propusiera perjudicar a los seres que ella misma había creado?

La luz del sol se filtraba entre las ramas de los árboles. El morral de Emerahl estaba lleno y pesaba mucho, y ella se estaba planteando aligerarlo deshaciéndose de algunos remedios. Sin embargo, nunca antes había estado en Ithania del Sur y, por tanto, no estaba familiarizada con los ingredientes autóctonos. Si quería costearse el viaje, tendría que llevar su propia provisión.

La distancia entre el lugar donde estaba y su destino parecía insalvable. Tardaría un mes en dejar atrás las montañas y después tendría que atravesar las Llanuras Doradas hasta la siguiente cordillera. Una vez superado el desfiladero, debía cruzar el extremo septentrional del desierto de Sennon. En la costa compraría un pasaje en barco con rumbo a Hannaya, la capital muriana.

Según los Mellizos, allí estaba la base de operaciones de los Pensadores dedicados a la búsqueda del Manuscrito de los Dioses. Tenía dos posibilidades: intentar encontrar el pergamino por su cuenta o unirse a ellos. Ninguna de las dos opciones estaba exenta de dificultades.

Si decidía buscar el pergamino por sí sola, los Mellizos escrutarán las mentes de los Pensadores y le transmitirán cuanto averiguaran. No solo tenían que vigilar a los Pensadores. Observaban a las personas próximas a

Mirar, y todo ello sin dejar de explorar mentes en Ithania. Por si fuera poco, Emerahl no podía permanecer en un trance constante, conectada con los Mellizos. Solo se enteraría de lo que ellos hubieran descubierto cuando dispusiera de un momento para comunicarse con ellos, así que era posible que recibiese información importante hasta con un día de retraso.

Si se unía a los Pensadores, obtendría información sobre sus hallazgos al instante. El único problema era que tenían fama de ser muy reservados con sus conocimientos y despreciar a las mujeres. Los Mellizos dudaban que Emerahl pudiera ganarse su confianza. Tendría que demostrar que podía resultarles útil. Sabía descifrar la mayor parte de los pergaminos antiguos. Poseía amplios conocimientos de historia y hablaba lenguas muertas.

Tras doblar una curva de la escarpada ladera que estaba atravesando, se detuvo y soltó una maldición. El angosto camino en la montaña por el que había estado avanzando estaba obstruido unos pasos más adelante por un montón de rocas y piedras sueltas. Se había producido un desprendimiento de tierra.

«Tratar de atravesar ese obstáculo sería absurdo —se dijo—. Lo más probable es que empiece a desmoronarse otra vez. Tendré que desandar el camino y buscar otra ruta».

Maldijo a Auraya y a Mirar. «A estas alturas ya habría encontrado ese pergamino, si Mirar no hubiera insistido en que viniese hasta aquí para instruir a Auraya».

Pero ahora Mirar le debía un gran favor. Sonrió al recordarlo. «Y, después de todo, no ha sido tan malo tenerla como discípula. La chica es bastante agradable..., salvo por su lealtad a los dioses. Sería una pena que esa lealtad acarrease su perdición».

Tenía que admitir que los Mellizos estaban en lo cierto. Si Auraya se unía al resto de los inmortales, sería una poderosa aliada. Gracias a la facultad de percibir y escuchar a los dioses, así como la de leer la mente de los mortales, podría ayudarlos a sobrevivir.

«Tampoco está de más que alguien con semejantes poderes te deba un favor».

Recordó cómo había cambiado el carácter de Auraya en cuanto había salido de la cueva. Parecía encantada de estar en el bosque. «Se sentía como

en casa», pensó Emerahl.

¿Cómo era posible que una ex Blanca se sintiera a gusto en las montañas de Si, sin lujos, sin criados, sin nadie a quien dar órdenes?

De pronto, vio a Auraya desde una óptica distinta. «Le gusta la naturaleza virgen —pensó—, que no ha sido modificada por la mano del hombre. Le gusta relacionarse con la gente, y sin duda los siyís ocupan un lugar privilegiado en su corazón, pero creo que es más que eso lo que la seduce de las montañas. —Emerahl se rio para sí—. Sin embargo, tal vez no se sentiría tan a gusto si tuviera que escalar y descender peñascos, andar sobre barro y abrirse paso entre la broza».

¿Era Mirar consciente de ello? Siempre lo habían atraído las ciudades, el bullicio de la multitud. Le vino a la memoria una conversación que había mantenido con Auraya.

—Creía que no le tenías afecto.

Auraya había sonreído.

—Nunca dije que no se lo tuviera.

Emerahl exhaló un suspiro. Sabía que siempre había la posibilidad de que el afecto se convirtiera en amor. Había sido testigo de ello en varias ocasiones. Aunque no le parecía probable en este caso, siempre le quedaría la duda de si había arruinado esa oportunidad para Mirar al revelar la relación entre Chaia y Auraya. «Y ahora que he conocido a Auraya, ya no me opongo a la idea de que ella y Mirar vuelvan a estar juntos».

Pero lo pasado, pasado estaba. Mirar era fuerte. Sería mejor para él enfrentarse al breve y lacerante dolor de la verdad que al padecimiento prolongado de una falsa esperanza. Tras dar media vuelta, Emerahl retrocedió sobre sus pasos y empezó a buscar un camino más seguro.

SEGUNDA PARTE

El día anterior, cuando unas sombras onduladas habían aparecido en el horizonte, Auraya había supuesto que los siyís y ella se dirigían hacia unas colinas bajas. Ahora daba la impresión de que las líneas suaves de aquellos accidentes geográficos eran mucho más abruptas de lo que había pensado. Habituada a los escarpados picos de Si, no se percató de que aquellas eran las montañas de la parte occidental de Sennon hasta que sus verdaderas dimensiones se hicieron patentes.

Percibía la agitación de los siyís. Estaban ansiosos por dejar atrás el desierto y, al igual que el portador de agua, ella soportaba una carga considerable. Llevaba varios odres adicionales atados a la espalda y a Travesuras hecho un ovillo en el interior de su mochila, lo que le daba la sensación de ir cubierta con una manta tosca y pesada.

El desierto les había presentado más dificultades de las que habían imaginado. Al principio lo habían cruzado volando, pero una tormenta de arena los había obligado a retroceder hasta la costa. Puesto que los siyís no podían cargar con mucho peso, habían contado con hallar agua en el camino. Travesuras les había mostrado unas cuantas veces dónde debían cavar, y en una ocasión habían encontrado un pozo solitario, pero estos hallazgos no habían sido suficientes.

Temían descender a los asentamientos de los pisatierra. Debido a la política del emperador de Sennon de permitir la práctica de cualquier religión

en su territorio, podían topar con pentadrianos en los pueblos del desierto. En tal caso, a estos sin duda les llamaría la atención que un grupo de guerreros siyís volara en dirección al sur y darían cuenta de ello. Incluso si las aldeas no estuvieran habitadas por pentadrianos, existía la posibilidad de que un sennense corriente comunicara la noticia al pentadriano más cercano a cambio de una recompensa.

La mayor parte de los asentamientos estaba en la costa, de modo que los siyís permanecían tierra adentro. Habían confiado en encontrar algún que otro río, pero no habían dado más que con un reguero de agua turbia apenas potable. Probablemente fluía cristalina en otras épocas del año, pero en plena canícula había mermado hasta convertirse en un arroyo manso. Como Auraya nunca había estado en Sennon, no podía darles consejo. La única ayuda que podía prestarles era volar cada mañana hasta la fuente de agua más próxima para llenar de nuevo los odres.

Aunque las montañas que se alzaban ante ellos infundieron esperanzas a los siyís, Auraya no era tan optimista. Daban por sentado que en los montes habría agua, pero eso no siempre era verdad. Pese a que los picos estaban bastante erosionados, daba la impresión de que hacía siglos que no llovía allí. La escasa vegetación era de un amarillo desvaído. No se atisbaba el menor indicio de verde.

A pesar de que nadie había dado la orden, el grupo se dirigió hacia la elevación más próxima de aquella cordillera irregular y extensa. En la base encontraron el lecho seco de un río que serpenteaba hacia el océano, en el costado derecho. En la ladera de la montaña, la erosión había formado terrazas.

Auraya percibió el asombro de uno de los siyís. Explorando su mente, comprobó que este pensaba que las terrazas no eran naturales. Miró más atentamente y cayó en la cuenta de que el siyí estaba en lo cierto. También había caminos y pequeñas estructuras que podían ser los restos de edificios en ruinas. La desperdigada profusión de estos vestigios al otro lado de la ladera sugería que se trataba de una ciudad. Una ciudad fantasma.

Otros siyís divisaron la metrópoli antigua y se la señalaron a sus compañeros. Para deleite de Auraya, esta visión estimuló la curiosidad de los guerreros. Querían bajar y explorar el lugar. Ella comprobó que Sreil estaba

sopesando la posibilidad.

«La exploración no es el propósito de nuestro viaje —pensó él—. Sin embargo, si alguna vez hubo una ciudad en esta zona, también debió de haber agua. Tal vez solo contaban con el río, pero esas terrazas tienen aspecto de haber sido campos de cultivo y... ¿cómo habrían podido llevar agua hasta allí? Quizá en otra época hubo un manantial... En fin, tenemos las mismas posibilidades de encontrar agua aquí que en cualquier otro lugar...».

Cuando Sreil dio la orden de poner rumbo a la ciudad, los siyís se animaron. Si bien el desierto había puesto a prueba su condición física, apenas les había ofrecido nada en que ocupar sus mentes. Los juegos de silbidos con que se habían entretenido al principio del viaje habían perdido todo su interés en cuanto la sed había empezado a secarles la boca.

Auraya contempló a Teel, el sacerdote siyí. No llevaba puesto el cirque porque le habría dificultado el vuelo, pero en su lugar lucía alrededor del cuello una prenda más pequeña de color blanco. En opinión de Auraya, lo habían ordenado sacerdote de manera prematura. Carecía de experiencia y no manejaba la magia con la misma destreza que un iniciado. A pesar de todo, los dioses le habían asignado a él, y no a Auraya, la misión de presentarle un informe diario a Juran. Esto la irritaba un poco. No en vano era una ex Blanca y la protectora de los siyís. Pero él era un siyí y ella, una pisatierra; al parecer, eso pesaba más.

«Claro que no pesa más —pensó—. Para los dioses, es una forma más de mostrarme su desconfianza».

Examinó la magia alrededor y respiró aliviada al comprobar que ninguna de las deidades estaba presente. Aunque Teel no había recibido instrucciones específicas, ella sospechaba que la única razón por la que el joven había sido ordenado antes de tiempo era para que un sacerdote la vigilara durante la misión.

El día anterior, Auraya había oído a un siyí preguntarse en voz alta por qué los dioses no se habían asegurado de que hubiera agua potable para ellos. Otro había expresado su disgusto por el hecho de que los dioses no los hubieran guiado, al menos, hasta las fuentes. Un tercero había observado que probablemente habrían muerto allí de no ser por Auraya.

Teel los había oído por casualidad y les había dicho por lo bajo que las

deidades no eran sus criados. A Auraya el comentario le había arrancado una sonrisa, pero sospechaba que las divinidades no eran capaces de hacer ninguna de las dos cosas. Todas sus percepciones del mundo procedían de los seres humanos o los animales, de modo que, si ningún hombre o animal era consciente de la existencia de una fuente en los alrededores, tampoco lo eran los dioses.

Los guías sennenses, los únicos humanos que habrían podido orientar a los siyís, no sabían volar. Incluso si los Blancos hubieran confiado lo bastante en uno de ellos para enviarlo al encuentro de los siyís, no habría podido llegar a tiempo para ayudarlos. La distancia era enorme.

Uno de los siyís emitió el silbido que indicaba que había avistado huellas, y Auraya siguió la dirección de su mirada. Un rastro de arena removida conducía de la ciudad al río y después seguía el cauce seco hasta el mar. O tal vez la trayectoria había sido en sentido contrario. Quizá los viajeros ya habían encontrado alojamiento en la ciudad.

En cualquier caso, era una buena señal. Ningún viajero subiría hasta aquellas terrazas a menos que tuviera una buena razón, y sin duda el agua lo era.

Auraya aceleró hasta situarse al lado de Sreil.

—¿Quieres que compruebe si siguen allí?

Él asintió con un silbido. Ella se lanzó en picado, surcando el aire seco en dirección a las huellas. Notó que Travesuras despertaba agitado.

Las pisadas serpenteaban a lo largo del lecho del río a través de extrañas formaciones de piedra que resultaron ser torres enterradas y luego subían hasta el comienzo de un camino. Cada vez era más difícil seguir las huellas, ya que los senderos no siempre estaban cubiertos de arena. Ella voló alrededor lentamente, como si buscara algo.

En realidad estaba fingiendo. No percibía ninguna mente en la ciudad, pero no podía confesar esto a los siyís sin revelar a los dioses que había desarrollado el don de la telepatía, otorgado por ellos cuando era una Blanca.

Regresó volando hacia el grupo y silbó la señal de que no había peligro. Los siyís volaron en círculo en torno a la ciudad antes de bajar; era una costumbre que obedecía a la precaución más que a la desconfianza hacia ella. Una vez en el suelo, Sreil les ordenó que se dispersaran en parejas en busca

de agua. Auraya se quitó la mochila de la espalda y la abrió. Travesuras parpadeó, deslumbrado por el sol.

Ella no había querido llevarlo consigo en aquel viaje, pero no había sido capaz de obligarlo a quedarse en la enramada. Desde que había vuelto al Claro, él estaba siempre a su lado y se ponía nervioso cada vez que ella lo dejaba solo. Como el animalillo ya no podía percibir la mente de Auraya, estar cerca de ella era su única manera de saber que seguía con vida. Afortunadamente no se había quejado por tener que permanecer acurrucado dentro de la mochila y había demostrado ser tan útil como entretenido para los siyís.

Susurrándole algo al oído, su dueña le transmitió una imagen mental de agua. Él arrugó el hocico varias veces y, cuando ella lo dejó en el suelo, se alejó trotando. Auraya lo siguió.

Los rayos del sol caían implacables y se reflejaban en las piedras, que irradiaban calor desde todas las direcciones. Después de doblar varios recodos, ella cayó en la cuenta de que Teel había decidido ir detrás de ella y se resignó a la idea de que en adelante el sacerdote la seguiría allí adonde fuera.

—¿Qué antigüedad crees que tiene este lugar? —preguntó él al cabo de un rato.

—Ni idea —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Mira. —Se acercó a una piedra grande que formaba parte de una pared y señaló unos signos—. ¿Sabes leer esto?

—No.

—Entiendes muchos idiomas, ¿verdad?

—Sí. Pero eso no quiere decir que sepa leerlos.

—Más vale que copie los símbolos —dijo Teel—. Aunque los sacerdotes del Claro no sepan qué significan, es posible que conozcan a alguien que pueda descifrarlos.

Cuando él extrajo un trozo de pergamino de un morral, ella sonrió, pero su deleite se desvaneció rápidamente. En el fondo, Teel era un erudito, no un guerrero. A Auraya le costaría superar el sentimiento de culpa si él moría en el ataque, aunque no estaba completamente segura de que estuviera allí solo por ella.

Travesuras había desaparecido, sin importarle si el sacerdote lo seguía o no. En ese momento Auraya dobló una curva a toda prisa y se topó con una gran puerta arqueada que parecía haber sido tallada en la roca. Al entrar, el eco de sus pasos evidenció que el interior era muy espacioso.

—¿*Ohuaya*?

—Ya voy, Travesuras —respondió ella.

En cuanto se adentró en la penumbra, sus ojos empezaron a adaptarse. Un pasillo corto conducía a una sala enorme. Al fondo, se entreveía una figura imponente. Una estatua. Su tamaño le produjo escalofríos.

Invocó magia para encender una chispa de luz y la lanzó hacia arriba, en dirección al techo. La visión de la estatua iluminada la maravilló. Tenía un cuerpo masculino musculoso, pero la cara era un círculo plano con un ojo descomunal sin párpados. Travesuras la contemplaba desde abajo con expresión de asombro.

«Uno de los viejos dioses —pensó Auraya—. Muerto hace siglos».

Oyó un jadeo a su espalda y al volverse vio que Teel miraba fijamente la estatua, espantado. Sus facciones se crisparon en una mueca de indignación.

—Cosas como esta deberían ser destruidas —aseveró.

Ella posó la vista en él, inquieta. Hacía mucho que aquel dios había muerto. ¿Qué amenaza podía representar la estatua? Destruir algo tan extraordinario sería un acto tan despreciable como inútil.

—Tal vez —dijo ella de forma pausada— estas cosas deberían conservarse para recordarnos la Era de los Múltiples Dioses y el caos en el que vivíamos los mortales hasta que el Círculo nos salvó.

Teel la miró con extrañeza y meditó sobre sus palabras.

—Si los dioses quieren que esta figura permanezca en pie, tal vez podría utilizarse para aterrar a los espíritus rebeldes.

Auraya reprimió un suspiro. En todas las razas había fanáticos. Al parecer, las deidades habían encontrado uno entre los *siyís*.

El rumor de voces en los límites de su mente sonó más alto de pronto. Unos *siyís* habían encontrado agua, una laguna repleta en otro pasadizo como aquel. Auraya dejó que su luz se apagara y llamó a Travesuras. Una sombra diminuta saltó de la oscuridad a sus brazos y trepó a sus hombros. Ella pasó junto al sacerdote y salió al sol.

—¿Qué te parece si vamos a ver cómo les ha ido a los demás? —dijo sin volver la cabeza.

Tras levantarse de su silla, Danyin se dirigió a la angosta ventana y echó un vistazo a lo que en Dunway se consideraba la vida cosmopolita. Abajo, Servidores y comerciantes se daban prisa para terminar sus quehaceres antes del toque de queda, y los guerreros paseaban con la seguridad y la arrogancia de quien considera un derecho natural su posición de poder en la sociedad. Las casas de piedra en las que vivían los habitantes del lugar se alineaban ordenadamente entre elevados muros circulares. Tras el último se divisaban los meandros que formaba el río Dey en su descenso hacia el mar.

Chon era una fortaleza, pero, al ser la más grande de Dunway, también desempeñaba el papel de capital administrativa. Para llegar allí, Elar y Danyin habían navegado hasta la desembocadura del río Dey, desde donde habían sido transportados en barca. En Chon fueron recibidos con la típica formalidad dunwayana —breve y eficiente— y conducidos a los alojamientos que los Blancos siempre ocupaban durante sus visitas: un ala de la parte interior del recinto fortificado.

Las habitaciones eran pequeñas y las paredes, de piedra desnuda. Las estancias estaban provistas de muebles sencillos y pesados, pero también de alfombras y tapices coloridos y de buena factura, aunque de diseño algo rústico. La mayor parte de ellos representaban batallas famosas y a líderes y a guerreros dunwayanos, siempre bajo la atenta mirada del dios Lore.

I-Portak, el gobernador de Dunway, no era rey por linaje ni había sido elegido por un consejo. Danyin no había conocido a alguien que pudiera explicarle las complejidades del sistema de designación del mandatario dunwayano. Al parecer, cualquiera podía declararse gobernador, pero su permanencia en el poder dependía del consentimiento de importantes clanes guerreros. El aspirante podía ser desafiado por un guerrero resuelto a luchar por el cargo; sin embargo, si el guerrero vencía y los clanes no le concedían su beneplácito, no se le permitía conservar el puesto.

A pesar de ello, tras la muerte del último gobernante, el proceso de nombramiento de su predecesor no se había visto interrumpido por desafíos

ni enfrentamientos. El hijo de I-Orm había ocupado el lugar de su padre sin la menor oposición de su pueblo, según lo que había escuchado Danyin. Los dunwayanos no solían quejarse en voz alta. Puesto que la reacción más probable a la discrepancia era un desafío a muerte, solían guardarse sus opiniones a menos que estuvieran convencidos de ganar.

—Está oscureciendo —dijo Elar. Al volverse, Danyin la vio suspirar y dejar su huso a un lado de mala gana—. Ya ha transcurrido otro día y aún no hemos hecho ningún progreso. ¿Cuánto tiempo crees que tendremos que esperar para que me dejen hacer mi trabajo?

—Si sustraéis el respeto que profesan a los dioses y a los Blancos desde lo más hondo de su orgullo, sumáis sus ansias de que nos vayamos y añadís los restos de su resentimiento por el intento de los Blancos de librarse del hechicero Scalar hace más de una década, podréis calcular el momento en que nos ofrecerán a regañadientes su colaboración.

Elar se rio entre dientes.

—Me habías dicho que eran un pueblo sincero y eficiente.

—Comparados con otros pueblos de Ithania del Norte, lo son. Tenéis que dejar que sean los clanes quienes intenten encontrar a los culpables. Es una cuestión de honor. —Danyin se apartó de la ventana. La temperatura empezaba a bajar rápidamente. Los dunwayanos creían que los braseros y las persianas eran signos de debilidad, y que las enfermedades eran consecuencia de una vida inactiva, una alimentación deficiente, la carencia de sexo y la falta o el exceso de sueño.

«Mmm. Tal vez podríamos aprovecharnos de eso —pensó Danyin—. Decirles que Elar no quiere permanecer encerrada e inactiva mucho tiempo, por temor a caer enferma. Pero tal vez reaccionarían enviándola a ejercitarse en la lucha con un clan de guerreras. Dudo que eso le hiciera gracia».

—Bueno, al menos estoy haciendo algo —murmuró Elar, contemplando el cesto que tenía a su lado. Había hilado casi toda la lana, había trenzado las hebras y las había enrollado cuidadosamente en ovillos. Sus diestros movimientos de devanado e hilado le habían parecido hipnóticos a Danyin. No tenía la menor idea de lo que haría con ellos después.

Aunque tenían la mayor parte del día libre, por las noches visitaban a líderes de clanes locales o a dignatarios de otros países. Elar aprovechaba la

oportunidad para leer la mente de todo aquel con el que se encontraba, incluidos los criados.

—Son más esclavos que criados —le había dicho a Danyin—. Lo único que reciben a cambio de su trabajo es comida y un techo. No pueden casarse ni criar a una familia sin el consentimiento de su amo, y sus hijos trabajan desde que son capaces de hacerlo. Nadie me habló de esto durante mi formación como sacerdotisa.

Él había tenido que darle la razón en lo concerniente a la vida de los criados, pero también le había recordado que los dunwayanos vivían de aquella manera desde que el dios Lore los había adoptado como su pueblo.

—Además, el modo de vida de los criados es un tema que no suele atraer la atención de una clase de novicios jóvenes —había añadido él.

Elar había sacudido la cabeza.

—La injusticia siempre atrae la atención de los jóvenes —había replicado—. Pero a medida que envejecemos descubrimos lo difícil que es cambiar el mundo y aprendemos a hacer la vista gorda ante lo que no podemos arreglar, hasta que un día dejamos de ver la injusticia.

—No todos —había alegado él—. Algunos aún buscamos maneras para que las cosas mejoren.

Elar se levantó y se dirigió hacia la ventana.

—El hombre al que vamos a ver esta noche es conocido por la crueldad con que trata a sus criados.

Miró en silencio hacia el exterior con el entrecejo fruncido. Danyin supuso que estaba leyendo la mente de quienes se hallaban en la calle y guardó silencio por temor a distraerla.

Alguien llamó a la puerta.

—Gillen Brazal, embajador de Hania, ha venido a recoger a Elareen la Blanca y a Danyin Lanza, asesor de Elareen la Blanca, para llevarlos a casa de Gim, talmo de Rommel, ka-lem del clan Nimler —proclamó una voz atronadora.

Danyin sonrió y caminó hasta la entrada. Aunque anunciarse a gritos era una costumbre dunwayana, el hombre había hablado en haniano. Al abrir la puerta, se encontró con la amplia sonrisa de Gillen.

—Basta con que llames a la puerta —dijo Danyin—. No nos formaremos

una mala opinión de ti.

—Ah, pero entonces no sería tan divertido —respondió el embajador. Echó un vistazo por encima del hombro de Danyin—. Buenas noches, Elareen la Blanca.

—Buenas noches, Pa-Brazal —respondió ella—. Te estábamos esperando.

Él hizo una seña hacia el pasillo.

—Para mí será un honor llevaros a la residencia de nuestro anfitrión.

—Gracias.

Elar salió la primera. Danyin cerró la puerta y los siguió por el pasillo.

Poco después abandonaron el ala interior del recinto fortificado y salieron al aire fresco de la noche. Las distintas secciones de la ciudad estaban comunicadas entre sí por puertas bien custodiadas. Cada vez que llegaban a una de ellas, Gillen sacaba un amuleto que los guardias examinaban antes de ordenar a unos criados musculosos que abrieran la puerta. Después de pasar por tres controles, llegaron a una casa de piedra que se distinguía de las de los vecinos por un gran escudo grabado en la entrada y pintado con colores llamativos.

—La residencia de Gim, talmo de Rommel, ka-lem del clan Nimler —les informó Gillen. Llamó a la puerta y anunció a voz en cuello los nombres y el propósito de la visita.

La puerta se abrió con un chirrido. Un criado hizo una reverencia y los invitó a pasar con una seña. Elar entró, precediendo a Danyin y a Guillen.

Poco después llegaron a una amplia estancia con una enorme mesa de madera rodeada de hombres, mujeres y niños. De no ser por sus risas, las caras tatuadas habrían compuesto una escena macabra. Los dibujos acentuaban sus expresiones, de modo que un ceño fruncido parecía un gesto de rabia, y una sonrisa tenue semejaba una mueca de hilaridad.

Danyin reconoció a algunos de los presentes y supuso que la mayoría pertenecía al clan de Gim. El criado se acercó a toda prisa a hablar con un dunwayano obeso sentado a la cabecera de la mesa. Era Gim, un hombre orgulloso y arrogante incluso para lo que se estilaba en Dunway.

El talmo se puso en pie, deshaciéndose en aspavientos efusivos.

—Elareen la Blanca. Bienvenida a mi casa. Acompañame.

Hizo señas a las personas que estaban sentadas cerca de él. Al instante corrieron sus sillas a un lado para dejar sitio a los recién llegados. Elar se sentó con gran dignidad y aceptó una copa de fua, el licor regional. Danyin se hizo un hueco a su lado.

Tomó unos sorbos de su copa que esperaba bastaran para contentar a su anfitrión. Mientras escuchaba la conversación entre Elar y Gim, le venían a la memoria los detalles relativos al clan sobre los que se había documentado antes del viaje a Chon o que había averiguado tras su llegada. También prestaba atención a los otros comensales, consciente de que era un par de ojos adicionales para Elar.

A una señal de Gim, los criados empezaron a llevar fuentes de comida a la mesa. Gim cortó una pierna de un yervo asado con un cuchillo en forma de espada pequeña, y los invitados procedieron a servirse mientras charlaban. De pronto, estalló una riña entre dos chicos, uno de los cuales había cogido un guirri entero. Cuando los chiquillos comenzaron a propinarse empujones, uno de los hombres se puso de pie, los arrastró a ambos a la habitación contigua y ordenó a un criado que no los dejara salir hasta que hubieran resuelto sus diferencias a golpes. Al regresar a la mesa, se apropió del guirri que había ocasionado la disputa.

Danyin notó la presión del codo de Elar contra su brazo y cayó en la cuenta de que había perdido el hilo de su conversación con Gim.

—... que el estilo de vida de los pentadrianos atrae a muchos de tus conciudadanos —decía ella.

Gim enarcó las cejas.

—¿Qué tiene de atractivo su estilo de vida?

—Allí solo esclavizan a los criminales.

El líder del clan arrugó el entrecejo. Ella se encogió de hombros.

—Así es como lo ven.

—¿Insinúas que es posible que tengamos espías entre nuestros criados?

—Probablemente.

Él desplazó su mirada iracunda por los esclavos presentes en la sala.

—Los interrogaré a todos.

Ella agitó la mano como restando importancia al asunto.

—Eso perturbaría innecesariamente la paz de tu hogar. Cualquier espía

astuto sabe desviar la atención hacia otros cuando intuye que lo buscan, y podrías acabar ejecutando a gente inocente y útil. Lo mejor será tenderle una trampa.

Gim asintió de mala gana con un gruñido.

—¿Qué propones?

—Por razones obvias, no podemos discutir los detalles aquí —dijo ella, sonriendo—. Cualquiera que conozca bien tu hogar estaría en mejor posición que yo para sugerirte una trampa eficaz. Sin duda tendrás a unos cuantos criados de confianza.

El líder del clan torció el gesto, enfurruñado, y cambió de tema. Danyin notó que, con el transcurso de las horas, el estado de ánimo de Elar había mejorado. Parecía más animada de lo que solía estar en esa clase de cenas.

:Lo estoy —admitió la voz de Elar en su mente—. Jamás le daría a Gim la satisfacción de decírselo, pero su empeño en maltratar a los criados ha jugado a nuestro favor. Aquí abundan los simpatizantes pentadrianos, y más de uno ha decidido fugarse. Mañana sabremos quién los ayuda.

«Por fin hacemos progresos —pensó él—. No me extraña que se la vea más contenta».

Tras soltar un fuerte eructo, Gim pidió más fua.

:En efecto. Detesto reconocerlo, pero Gim me está pareciendo más divertido de lo que esperaba. Reúne en su persona todos los tópicos sobre el guerrero brutal dunwayano. Come con las manos, habla con la boca llena, hace bromas de mal gusto y bebe demasiado. ¿Qué será lo siguiente?

«Ahora probablemente hará entrar a las bailarinas o a alguna golfa para manosearla».

:No creo que sea capaz de caer tan bajo... Oh.

Danyin sonrió cuando dos hombres entraron en la habitación tocando una gaita y un tambor, seguidos de cuatro mujeres dunwayanas cubiertas de joyas.

«Al menos eso despeja una de mis dudas —pensó Danyin con ironía—. Los tatuajes les cubren todo el cuerpo».

Esta vez el codo de Elar le alcanzó en las costillas y con mucha más fuerza que antes.

La rosácea luz del amanecer teñía el cielo cuando Reivan despertó. Sintió una mezcla de alivio y decepción; alivio por no haber dormido otra vez hasta tarde, y decepción por no tener un motivo para ello.

Abandonó la cama, se dirigió a la palangana de agua y se aseó. La humedad en la piel le proporcionó una sensación placentera, pero no tardó en secarse. Pronto estaría sudando a causa del calor de otro día veraniego, pero al menos olería a sudor fresco. Le habría gustado poder decir lo mismo de los mercaderes y cortesanos con los que tenía que tratar.

Se puso la túnica, abandonó sus aposentos y se dirigió hacia su despacho, deteniéndose únicamente para pedir a un criado que le llevara algo de comer. Se cruzó con varios Servidores que inclinaron la cabeza cortésmente a su paso.

De pronto, se le aflojó la sandalia y a punto estuvo de hacerla trastabillar. Se detuvo y apoyó una mano en la pared mientras se inspeccionaba el calzado. Una de las correas se había desprendido de la suela.

—... por qué la ha escogido. No es hermosa, ni siquiera atractiva —dijo una voz.

Al percatarse de que la voz pertenecía a una de las Servidoras con las que se acababa de cruzar, se quedó inmóvil, escuchando.

—Se supone que es inteligente. Ex Pensadora, dicen. Tal vez se entretengan con juegos mentales mientras..., ya sabes.

—No quiero ni imaginarlo.

A Reivan se le escapó una sonrisa. De modo que las otras Servidoras se habían enterado de las visitas nocturnas de Nekaun a su habitación. ¿Estaban celosas aquellas dos?

—Por lo que he oído, es difícil mantener su interés. Él se aburre con mucha facilidad.

—Entonces hace bien en guardarlo en secreto. Será bastante humillante cuando él la deje. Si yo fuera ella, no me gustaría que se enterara todo el Santuario.

—Ya lo sabe todo el mundo.

A Reivan se le cayó el alma a los pies. Se quitó la sandalia rota y dio unos pasos. Ya no quería escuchar más. Pero caminar con una sola sandalia resultaba incómodo y engorroso. Se detuvo para quitarse la otra.

—... tenerlo durante poco tiempo que no tenerlo nunca —dijo una de las Servidoras.

—Yo también.

El comentario podría haberle levantado la moral, pero no fue así. Al contrario, ahora se sentía aún peor. «Lleva meses haciéndome visitas —pensó—. Si su único propósito fuera entretenerse, se habría aburrido después de unas cuantas noches. No soy precisamente una diosa del sexo».

Días. Semanas. Meses. Años. ¡Qué más daba! Él era inmortal, poderoso y guapo. Ella sabía que no podía contar con retener su atención toda la vida y, sin embargo, no podía imaginarse una vida distinta de la que llevaba. A veces le costaba entender cómo se las arreglaba antes para salir adelante.

«Nunca he sido tan feliz. Ni he estado tan inquieta. Debo de estar enamorada».

Con las sandalias colgando de una mano, continuó andando. Cuando apareció el siguiente criado, lo abordó, le entregó las sandalias y le indicó que hiciera los arreglos necesarios para que le enviaran un par nuevo. El criado hizo la señal de la estrella y se alejó a paso ligero.

Aunque intentó centrar los pensamientos en el trabajo que la esperaba, las palabras de las Servidoras no dejaban de asaltar su mente.

«Él se aburre con mucha facilidad».

Tal vez Nekaun empezaba a cansarse de ella. No había ido a verla aquella

noche, y el día anterior su visita había sido breve.

«Demasiado breve —pensó—. Parecía distraído, como si tuviera la mente en otro sitio y solo su cuerpo estuviera conmigo».

—Compañera Reivan.

Se detuvo y se volvió, sorprendida de ver a Imenja avanzar hacia ella.

—Segunda Voz —respondió, realizando la señal de la estrella.

Imenja sonrió.

—Ven conmigo. Quiero pedirte algo.

Pese a que se hallaban a escasa distancia del despacho de Reivan, Imenja se dirigió hacia una escalera y empezó a subir. Su Acompañante la siguió, consciente de que continuaba estando descalza.

Ascendieron a una de las torres de la parte baja del Santuario. La escalera conducía a una trampilla en el suelo de la habitación más alta. Una galería abierta ofrecía una vista de los alrededores.

Imenja se dirigió al lado que estaba orientado a la ciudad.

—Creo que aquí no nos oirá nadie —murmuró. Posó los ojos en Reivan—. Nekaun se ha ido a primera hora de la mañana.

—¿Se ha ido? —repitió Reivan—. ¿Adónde?

—No lo sé —respondió Imenja—. Nadie lo sabe. Esperaba que tú lo supieras.

Reivan sacudió la cabeza.

—No lo veo desde anteanoche.

La Voz Segunda sonrió y se volvió para contemplar la vista.

—Pues bien, se ha marchado y nos ha dejado extrañados a todos.

—¿También a las otras Voces?

Imenja asintió.

—Están tan perplejas como yo.

Reivan apartó la vista.

—Anteanoche estaba un poco distraído. —Al decirlo, notó que se ruborizaba—. No me contó que tenía planes para marcharse. —Se sintió un poco dolida. Él podría haberla avisado. ¿Acaso no sabía que podía confiar en ella?

Pero convenía que no le dijera a Imenja nada que no quisiera que las otras Voces leyeran en su mente.

La Voz Segunda suspiró.

—Supongo que nos enteraremos de lo que ocurre cuando él decida que nos lo puede revelar. —Se encogió de hombros y se apartó de los arcos—. Tengo que irme, pero te veré por la tarde.

—Sí. —Reivan consiguió esbozar una sonrisa—. Con un poco de suerte, no tendré muchos asuntos con los que importunarte.

Imenja arrugó la nariz.

—Creo que eso es lo que más me molesta. Mientras él está fuera corriendo alguna aventura, nosotras debemos permanecer aquí encerradas, ocupándonos del trabajo aburrido. —Empezó a descender la escalera.

Cuando la perdió de vista, Reivan se volvió para otear la ciudad.

«Así que se ha ido —pensó—. Podría haberme dejado un mensaje. Aunque fuera uno críptico. Cualquier cosa.

»Además, nadie sabe cuánto tardará en volver. —Sintió una punzada de anhelo y temor—. Me lo he buscado por tener a una Voz como amante —se dijo—. Siempre habrá secretos y misterios. Desapariciones inexplicables.

»Falta de concentración al hacer el amor».

Suspiró y volvió la espalda a la vista. Nada la haría sentirse mejor, excepto el regreso de Nekaun, así que más valía que se enfrascase en su trabajo.

El comerciante de especias Chem, también conocido como Servidor Chemalya, hizo el cálculo en su tablilla de barro y anotó el total. Se repanchigó en su silla y sonrió. El negocio iba viento en popa. Los dunwayanos se habían aficionado a las especias más picantes de su tierra como correspondía a unos guerreros belicosos y curtidos. Su versión condimentada del fua, el licor local, le había reportado más beneficios de lo que esperaba. La puerta de su tienda chirriaba de forma continua con el trasiego de criados de los clanes que acudían a comprar sus productos.

A los dunwayanos les había llevado un tiempo habituarse a las especias. Chemalya no había ocultado el hecho de que procedían de Ithania del Sur. Esto las había convertido automáticamente en productos pentadrianos y, por consiguiente, del enemigo. Se decía que los guerreros dunwayanos amaban a

Lore, su dios, más que a sus propios padres, cosa que no resultaba sorprendente considerando que, al parecer, la deidad se había encargado de que todos los aspectos de la vida en Dunway los favorecieran. Procuraban no vincularse con nada relacionado con el enemigo.

Al menos así había sido al principio. Luego el encanto de los artículos extranjeros envueltos en un halo de peligro había atraído a los primeros clientes. El picor de las especias había descolocado a aquellos primeros jóvenes, que no habían tardado en retar a sus amigos a probarlas. Cuando uno de ellos añadió especias a su copa de fua, descubrieron que ambos ingredientes combinaban a la perfección.

Así pues, Chemalya tomó la decisión de vender fua ya condimentado. El producto ganó popularidad tan rápidamente que el comerciante no daba abasto. Esto le llevó a encargar más mercancía y a subir los precios. Cuando dos criados habían pujado por el último tarro de la primera remesa, el perdedor había quedado tan abatido por su derrota que Chemalya le había ofrecido una copa de consolación. A cambio, el hombre lo había obsequiado con diversas anécdotas de los malos tratos que recibían los esclavos como él.

Tras escuchar pacientemente, Chem había caído en la cuenta de que su tarea secreta iba a resultar más fácil de lo previsto. Los futuros conversos pululaban en su propio establecimiento, y sus amos los habían preparado para abrazar la nueva fe mejor de lo que lo habría hecho cualquier pentadriano.

Chem había entregado al criado un pequeño tarro de especias que guardaba para su uso personal con la confianza de que eso lo salvara de la paliza que le esperaba. A partir de ese momento, había sido generoso con todos los sirvientes que acudían a comprar sus productos. Les había relatado la historia, llena de medias verdades, sobre la apertura de su tienda en Dunway: su madre había sido una criada dunwayana que había huido a Sennon (verdad) y se había casado con un comerciante muriano (falso, pues se había hecho prostituta) que había decidido emplear a su propio hijo como ayudante (chico de los recados). Tras hacerse cargo del negocio a la muerte del muriano (verdad, aunque por obra y gracia de los pentadrianos), Chemalya había viajado a Dunway empujado por la curiosidad de conocer la patria de su madre (falso; el odio que su madre sentía por los dunwayanos había matado su curiosidad años atrás).

Para su sorpresa, había disfrutado de su estancia en Dunway hasta la fecha. No todos los guerreros eran crueles y estúpidos. Algunos trataban a sus criados como si formaran parte de la familia. Poseían una tradición poética de sorprendente belleza, y su actitud abierta y franca hacia el deseo físico resultaba refrescante en comparación con la timidez y la mojigatería de los ithanianos del sur.

No se alegraría de partir como había creído al principio y, ahora que una Blanca había viajado hasta allí, se temía que el momento llegaría cualquier día. La idea lo llenaba de tristeza y resentimiento.

Clavó los ojos en la tablilla.

«Tal vez eso tenga más que ver con las ganancias que estoy obteniendo. En momentos como este debo recordarme a mí mismo que estoy aquí para servir a los dioses. La riqueza no garantiza que ellos me acojan en su seno cuando mi alma quede liberada de mi cuerpo».

La puerta se abrió con un chirrido. Chemalya alzó la vista y sonrió al ver entrar a uno de sus adeptos más recientes: Ton, un criado del clan Nimler. No faltaba mucho para la fecha prevista en que Chem lo ayudaría a escapar al sur.

El mercader escondió la tablilla bajo el mostrador. Ton se le acercó con vacilación, retorciéndose las manos.

—Ese plan del que me hablaste... —dijo con voz temblorosa—, ¿podríamos llevarlo a cabo hoy?

Sorprendido, Chemalya le escrutó el rostro. Ton siempre parecía un poco tenso y ansioso. ¿Su amo lo había tratado con especial dureza o tenía que ver con algo más serio?

—Podríamos —respondió—. ¿Qué ha pasado?

—La Blanca. Anoche vino a cenar. Aseguró que hay espías entre el personal doméstico y que Gim debía tenderles una trampa. —Se inclinó sobre el mostrador y aferró a Chemalya del brazo—. Si vuelvo, me descubrirá. Me matará. Tengo que poner tierra de por medio.

Chemalya le dio unas palmaditas en el hombro.

—Y lo harás. ¿A qué has venido hoy y qué más tienes que comprar?

—Fua con especias. Grano. Aceite. —El hombre soltó el brazo de Chemalya y extrajo de debajo de su camisa un saquito con monedas.

—Bien. Dime los nombres de las tiendas y mandaré a alguien a buscarte. Él te sacará de la ciudad.

—¿Adónde me llevará?

—No lo sé. Mis amigos y yo hemos tomado la precaución de no averiguar más de lo necesario, en caso de que nos lean la mente. Debes confiar en mí.

Ton asintió y se encogió de hombros.

—Es un riesgo que debo correr.

—Serás el último al que ayudemos durante un tiempo —le dijo Chemalya.

Esto pareció afectar mucho al hombre.

—Pero... ¿mi mujer y mis hijos? Dijiste que...

—Huirán más tarde. Te lo prometo. Cuando la Blanca se haya marchado, podremos ocuparnos de ello. —Hizo una pausa—. Es posible que necesite tu ayuda en ese momento.

—La tendrás —afirmó Ton, irguiéndose.

—Gracias. Ahora será mejor que me digas en qué establecimientos pensabas hacer la compra.

Cuando Ton se marchó, Chemalya llamó a uno de los chicos que estaban en la calle y le ofreció una moneda a cambio de que entregara un pedido de cinco barriles y medio de fua. Escribió el nombre de Ton y las tiendas a las que debía ir en un trozo de pergamino y se lo dio al muchacho.

A continuación, corrió el cerrojo de la puerta del local y se sentó detrás del mostrador. Cerró los ojos, apoyó una mano en el colgante en forma de estrella que tenía bajo la túnica y emitió una llamada.

:Dikan.

Al cabo de un momento, la Servidora Devota que había entrenado a Chemalya respondió:

:¿Chemalya? ¿De qué se trata?

Le repitió lo que le había comunicado Ton.

:¿Cierro la tienda y me largo?

:Pediré autorización.

Se produjo un largo silencio. El comerciante oyó unos golpes en la puerta de la tienda.

:No —llegó la respuesta de Dikan—. Sigue enviando conversos al sur.

:¿Y si la Blanca me descubre?

:No averiguará más de lo que tú sabes. —Dikan guardó un breve silencio—. Lo siento, Chemalya. Son órdenes de Nekaun. Debe de tener buenas razones para insistir en que te quedes allí.

Chemalya suspiró y reprimió una sensación de pánico creciente.

:Y yo obedeceré, respondió.

:Buena suerte.

Tras abrir los ojos, Chemalya paseó la mirada por la habitación. Cuando la Blanca lo descubriera —no era lo bastante estúpido para creer que no lo haría—, pasaría de comerciante rico a enemigo preso. Dudaba que los reclusos sobrevivieran durante mucho tiempo en las cárceles dunwayanas.

Por unos instantes se planteó la posibilidad de huir. Pero el precio de seguir con vida sería la traición a los dioses. Además, nada le garantizaba que la pérdida del alma fuera menos terrible que ser capturado por la Blanca.

Volvieron a llamar a la puerta. Exhalando, se puso de pie.

«Al menos he salvado unas cuantas pobres almas. —Sonrió—. Mamá se sentirá orgullosa».

Aunque los amplios porches de madera interconectados de Kave estaban atestados, reinaba un ambiente tranquilo. La gente permanecía sentada en las sillas de junco a la sombra, abanicándose. Los abanicos con combinaciones excéntricas de colores estaban de moda ese año. Mirar había visto algunos verdaderamente chillones en manos de mujeres vestidas con idéntica extravagancia.

Los hombres, las mujeres y los niños de aquel próspero barrio de la ciudad enmudecían al verlo pasar, y él percibía una intensa curiosidad. Si bien llevaba aún las mismas prendas gastadas de tejedor de sueños, siempre se las arreglaban para reconocerlo. Kave no era una ciudad grande. Sus habitantes estaban tan estrechamente comunicados entre sí como las casas, y los cotilleos circulaban con la misma velocidad que el tráfico. Unos pocos días después de que él revelara su verdadera identidad a Tintel y a los tejedores de Kave, la noticia se había propagado por toda la ciudad.

La comunicación entre los tejedores era aún más eficaz. La novedad se había difundido con mayor rapidez mediante conexiones oníricas y, a la noche siguiente, la representante Arlij se había puesto en contacto con él desde Sennon. Había querido saber por qué él no la había puesto sobre aviso de sus intenciones.

Mirar sonrió. «Me cae bien. No la intimido en absoluto. Es una lástima que los tejedores locales no sean conscientes de ello. Tardarían menos en superar su temor reverencial hacia mí».

Tintel era la excepción, aunque en ocasiones él tenía que llamarle la atención para que no lo tratara con condescendencia. Las únicas veces en que se lo permitía era en casos como ese, en que ella lo llamaba para que atendiera a pacientes heridos o a enfermos de gravedad.

Desde más adelante le llegó el murmullo de varias voces. Al doblar una esquina, vio una multitud en los porches que rodeaban una casa. De pronto, todos callaron y se volvieron para mirarlo. El criado que lo había ido a buscar y después lo había guiado por la ciudad cruzó a toda prisa un puente con tallas ornamentales y desapareció entre la muchedumbre.

Mirar lo siguió apretando el paso. La gente se hacía a un lado para dejarlo pasar. Tras cruzar el umbral de la puerta y entrar en una estancia escasamente amueblada, se detuvo para observar la escena. Un muchacho yacía inconsciente en el suelo. Sus padres estaban arrodillados a su lado, sollozando y aferrándose entre sí. Tintel se encontraba de pie junto a ellos. Levantó la vista hacia Mirar y le hizo una seña para que se acercara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él mientras se ponía de cuclillas junto al muchacho.

—Una caída —explicó Tintel—. Se ha roto la columna y tiene fracturados el cráneo y las costillas.

—Había apostado a que podría saltar la brecha —dijo la madre con la voz entrecortada—. No lo consiguió.

Mirar supuso que la brecha era el espacio entre esa casa y la del vecino. Otro juego estúpido entre críos. Apoyó una mano en la garganta del chico y proyectó su mente al interior del cuerpo maltrecho. El diagnóstico de Tintel era correcto, pero no incluía todas las lesiones. Algunos órganos habían quedado lacerados o magullados, y el muchacho sufría una hemorragia

interna. Tenía suerte de no estar muerto.

Tras invocar magia, Mirar puso manos a la obra.

Se internó entre los ligamentos que unían huesos y carne. El tiempo perdió toda importancia. Le complacía poder trabajar sin tener que simular lentitud y, en cambio, emplear más esfuerzo. Cuando el restablecimiento ya estaba cercano, empezó a captar destellos de recuerdos de la mente del chico. Ante él cobraba forma una historia familiar. El reto había sido una imitación de las muchas apuestas del padre, así como un intento de ganar dinero, espoleado por la reciente venta de los muebles del hogar para hacer frente a las deudas.

En ocasiones sanar por completo una lesión causada por la irresponsabilidad era más perjudicial que beneficioso. Había visto a personas que, convencidas de que se podían recuperar de cualquier lesión, se exponían una y otra vez al peligro hasta que volvían a hacerse daño o les sucedía algo peor.

En aquel caso, a los padres les irían tan bien como al muchacho unos meses de convalecencia. «¿Quién dice que los tejedores de sueños no juzgamos a los demás? —se preguntó Mirar, divertido—. Yo acabo de hacerlo».

Sin embargo, los tejedores corrientes no eran capaces de curar como él lo había hecho. No tenían que enfrentarse a las consecuencias de la sanación perfecta. Dejando al chico con magulladuras y dolor suficientes para que en el futuro se lo pensara dos veces antes de hacer una apuesta como aquella, Mirar retrajo sus sentidos.

Cuando se apartó, la madre pronunció el nombre de su hijo. El muchacho abrió los ojos y empezó a quejarse del dolor. Mirar recomendó descanso y ejercicios suaves. Aceptó los efusivos agradecimientos de los padres, pero cuando el hombre le ofreció dinero, Mirar clavó los ojos en él. El hombre se ruborizó y desvió la vista.

Ya había oscurecido cuando Tintel y él emprendieron el regreso a la Casa de los Tejedores. Los porches y puentes estaban iluminados por las farolas, que convertían a Kave en una resplandeciente ciudad suspendida. Tintel no dijo nada, y él percibió que a ella no le molestaba su silencio. Estaba contenta.

«¿Y yo? —Se planteó—. No tengo motivos para no estarlo. —De pronto, pensó en Auraya y sintió una punzada de tristeza—. No sirve de nada sufrir por lo que podría haber sido. Además, ya le he causado suficiente aflicción por el mero hecho de aparentar ser quien no era, a pesar de que no lo hice deliberadamente».

Ahora volvía a ser él mismo. Por completo. Cuando llegaron a la Casa de los Tejedores de Sueños, se adelantó para abrirle la puerta a Tintel, que esbozó una sonrisa torcida ante sus modales.

—Gracias. Por el olor, diría que hemos llegado justo a tiempo para cenar —comentó ella.

La estancia estaba llena de voces y del aroma que procedía de la cocina. El parloteo se atenuó cuando él entró, pero se intensificó de nuevo en cuanto tomó asiento junto a Tintel. No obstante, él percibió que los tejedores reprimían su agitación y nerviosismo. Una emoción especialmente intensa, una mezcla de temor y anhelo, atrajo su atención. Su mirada se encontró con la de Dardel. Él le sonrió y ella bajó rápidamente los ojos a su plato.

La mujer había dejado de hacerle visitas la noche en que se enteró de quién era. Estaba demasiado abrumada por la revelación de que su fantasía era verdad y ni siquiera podía dirigirle la palabra. Él había dudado en decirle que seguía siendo bienvenida, pues temía que ella se sintiera obligada a aceptar su invitación. Era una de las desventajas de revelar su identidad, un hecho que a Emerahl le parecía sumamente divertido.

La puerta de la casa se abrió, y entró un grupo de tejedores jóvenes. El silencio volvió a apoderarse de la sala mientras los presentes dirigían la atención a los recién llegados.

—Tengo noticias —anunció uno de los jóvenes—. Las pruebas para el nuevo Gran Cacique empezarán mañana.

Al instante, el estado de ánimo general pasó a ser de expectación. Mirar había oído hablar del ritual para elegir a un nuevo líder, un acontecimiento que tenía lugar solo una o dos veces en la vida. Al parecer, todos los dekkanianos estaban ansiosos por presenciarlo. Todos se volvieron para mirar a Tintel con interés.

«Bien —pensó Mirar—. Por fin acuden a ella en busca de liderazgo».

—Jamás se me pasaría por la cabeza impedir que alguien asistiera —dijo

Tintel con cara de exasperación—. Pero os agradecería que algunos os ofrecierais voluntarios para quedaros, por si se requiere de nuestros servicios.

Las cabezas se inclinaron afirmativamente, y uno o dos se declararon dispuestos a quedarse. La conversación se centró en los posibles contendientes. Mirar escuchó atentamente, intrigado por aquel proceso que convertía la elección de un mandatario en un espectáculo.

—¿Piensas ir? —le preguntó Tintel por lo bajo.

—Sí —contestó él, sonriente—, a menos que tengas en mente alguna tarea para mí.

—No —dijo ella—. No puedo dejar de pensar que será tu primera aparición pública. Me pregunto cómo reaccionará la Voz que estará presente en las pruebas.

—Dudo de que él o ella repare en mí —dijo Mirar, soltando una risita—. No tengo la menor intención de engalanarme para la ocasión ni de pavonearme.

Ella curvó la comisura de los labios en una media sonrisa.

—No, ya me imaginaba que no, pero he de reconocer que es un alivio oírtelo decir. Que revelaras tu presencia en Dekkar cuando había un vacío de poder dio motivos de preocupación a más de uno.

Mirar se puso serio. No había pensado en ello. «Siempre ocurre lo mismo. Crees que has considerado todas las posibles consecuencias de un acto, pero te olvidas de la más importante».

—No tienen nada que temer —le aseguró—. Según tengo entendido, los contendientes deberán dar siete vueltas a Kave. Corriendo. Estoy un poco viejo para...

El silencio se impuso de golpe en torno a la mesa. La gente se había vuelto hacia la puerta principal. Al seguir la dirección de la mirada de los otros tejedores, Mirar vio a un hombre con un uniforme extravagante al fondo de la sala.

El hombre se aclaró la garganta.

—¿Se encuentra aquí el hechicero llamado Mirar?

Todas las cabezas se volvieron hacia Mirar, que se puso en pie.

—Soy yo.

Enseguida el hombre rodeó la mesa y le dedicó una reverencia formal.

—Te traigo una invitación de la Voz Cuarta Genza, Santo Servidor de los Cinco, para que mañana presencias en su compañía las pruebas de elección del Gran Cacique. Tengo instrucciones de preguntarte si estás libre para asistir.

Mirar sintió que uno de los músculos de su estómago se contraía. «Un encuentro con una de las Voces. Tendría que haberlo imaginado». No pudo percibir más que nerviosismo y curiosidad por parte del mensajero.

—Será un honor asistir —dijo.

—Un Servidor pasará a buscarte una hora después del alba para escoltarte a la ceremonia. —El mensajero se inclinó de nuevo y salió de la habitación, dejándola en un silencio cargado de emoción y miedo.

Korikana (también conocido como Kori), el líder de la caravana, era un hombre menudo. Con una pierna más corta que la otra, cojeaba de forma pronunciada. Se sentía más cómodo a lomos de su arem que sobre sus propios pies y, por la forma en que trataba al animal, estaba claro que lo tenía por compañero, además de bestia de carga.

Durante el día, Kori recorría de un extremo a otro la recua de carros y platenes asegurándose de que pasajeros y mercancías no sufrieran ningún percance. Dos días antes se había situado a la vera del platén en el que viajaba Emerahl y había señalado una línea oscura en el horizonte.

—¡Hannaya! —había exclamado antes de alejarse a galope.

Ahora ella volvió a presenciar la misma escena. Solo que esta vez en lugar de la línea oscura se alzaba un elevado promontorio. O, para ser más precisos, una sección de la pared de roca.

Durante el último día, Emerahl solo había divisado el risco en un par de ocasiones, y ahora tampoco consiguió ver mucho más. El terreno por el que viajaban abundaba en árboles exóticos; los había de distintos tamaños, pero la diversidad de especies era más bien limitada. Los más grandes tenían uno o varios troncos; algunos rectos, otros de formas sinuosas. Sus cortezas podían ser suaves o ásperas, claras u oscuras. La particularidad de todos ellos residía en que carecían de ramas. En lo alto de cada tronco se extendía una copa de hojas grandes y fibrosas de diversos colores. Algunos producían una fruta

rara, popular entre los lugareños. Otros daban bayas sabrosas que se podían comer frescas o deshidratadas. Una variedad más pequeña producía unas semillas picantes. Emerahl veía el potencial curativo de las semillas y las bayas.

Otra variedad común de plantas autóctonas estaba recubierta de espinas. Crecían con formas bulbosas, desde las más pequeñas, similares a piedras, que disuadían al viajante de caminar descalzo o sentarse sin comprobar el terreno primero, hasta unas esferas enormes, el doble de grandes que un hombre y con espinas del tamaño de un brazo. Al parecer, casi todas las especies eran comestibles, y así lo había demostrado Kori en una ocasión, al partir con una espada una planta del tamaño de una cabeza y vaciar su contenido líquido y sorprendentemente dulce para que lo probaran los demás.

El platén viró, y Emerahl notó que el camino que habían seguido desde la costa había desembocado en una carretera más ancha por la que circulaban personas, animales y vehículos. Alzó la vista y tragó en seco.

«Así que esto es lo que tanto entusiasmo a Kori», pensó.

Ahora el risco era plenamente visible, y Emerahl se dio cuenta de que nunca había visto algo igual. En el peñasco había un piso tras otro de ventanas y balcones labrados en la piedra. Cerca del centro, enormes ventanales arqueados evidenciaban la presencia de salas amplias en el interior. Hacia los extremos, había ventanas más pequeñas que sin duda pertenecían a hogares más humildes. Unas columnas de humo se elevaban de unas chimeneas que parecían horizontales, y el agua de la cascada brotaba de las bocas de unos rostros tallados.

—¡El palacio! —le dijo Kori con grandes aspavientos cuando pasaron al lado de la edificación.

Era algo a la vez extraordinario y ridículo. En un lugar, la pared del acantilado se había derrumbado y revelaba las habitaciones abandonadas que había al otro lado. Emerahl se preguntó qué profundidad tendría la excavación en la roca y si se habían producido otros derrumbes dentro. Sabía que no iba a estar del todo cómoda en aquella ciudad con la sensación constante de que en cualquier momento se le podía venir encima el techo, o el suelo podía hundirse bajo sus pies.

Cuando la caravana se encontraba más cerca del risco, Emerahl comprobó

aliviada que la base del palacio estaba rodeada por numerosos edificios. Los ciudadanos de Hannaya no solo vivían en el peñasco; muchas casas ocupaban el terreno entre este y el río.

Ella observó con melancolía las barcas que navegaban por el río; había querido comprar un pasaje para viajar en una de ellas, pero el precio había sido prohibitivo. Kori ordenó que la caravana hiciera un alto en una zona de la ribera en la que se habían detenido otras muchas carretas y platenes. Emerahl le pagó el cuarto restante del precio del viaje y le preguntó dónde podía encontrar alojamiento. Él dibujó un símbolo en la arena, una estrella encerrada en un círculo, y le explicó cómo llegar. Cuando ella estuvo segura de haber memorizado las instrucciones, se despidió de él y echó a andar en la dirección indicada.

Encontró sin problemas la posada y descubrió divertida que era un albergue para viajeras administrado por Servidores pentadrianos. Le dieron una cama en una habitación compartida con tres mujeres de mediana edad que, al parecer, viajaban juntas. Ellas intentaron iniciar una conversación, pero Emerahl fingió no conocer el idioma local lo bastante bien para hablar con ellas. Lo que, en parte, era verdad. Aunque los Mellizos le habían enseñado muriano durante su larga travesía, a veces le costaba entenderlo por la rapidez con que lo hablaban en Hannaya.

Protegió su bolsa con un escudo mágico y se recostó en la cama. No tardó mucho en adormilarse; evitar entregarse al sueño por completo le resultó más difícil. Había estado viajando durante meses y ansiaba dormir a pierna suelta.

«Aún no es tiempo para eso —se dijo—. Pero no pienso ponerme a explorar mentes. Los Mellizos ya me dirán lo que necesito saber».

:Surim. Tamun.

:Emerahl, respondieron.

:Ya he llegado. Estoy en Hannaya. ¿Siguen aquí los Pensadores?

:Sí. Están en la biblioteca, en el interior del palacio —le informó Surim—. ¿Piensas ir allí ahora?

:No. Estoy cansada. Más vale que vaya con la mente despejada, si pretendo convencerlos de que me acepten. Espero que no descubran que el pergamino es una falsificación.

Con ayuda de los Mellizos, ella había localizado un viejo pergamino y

había fabricado con él un fragmento de manuscrito falso. Contenía el mismo texto dos veces: uno escrito en un idioma que los Pensadores intentaban descifrar y otro redactado en una lengua más reciente que ellos entendían. Sin embargo, no les proporcionaría las claves necesarias para desentrañar el idioma desconocido.

Cuando los Pensadores descubrieran que ella podía leer el manuscrito la incorporarían a su grupo para que interpretara las inscripciones en los objetos antiguos que habían estado estudiando. Al principio, se había preguntado por qué los Mellizos necesitaban que ella tradujera estos escritos.

:Solo podemos ver lo que hay en las mentes que exploramos —le habían explicado—. Si los Pensadores no lo entienden, nosotros tampoco lo entenderemos. Solo podemos identificar los signos cuando los estudian. Pero rara vez lo hacen, así que es un trabajo lento. Será mucho más fácil si nos lo lees tú.

:¿Por qué no les enviamos un pergamino falso con todas las claves para descifrar la escritura y dejamos que lo interpreten ellos solos? Así podremos leer en sus mentes dónde se oculta el Manuscrito de los Dioses y yo podré ir a buscarlo.

:Si los dioses están observando y descubren su paradero a través de los Pensadores, quizá envíen a alguien a destruirlo.

Era evidente que tanto los dioses circulianos como los pentadrianos harían cuanto estuviera en su mano por evitar que saliera a la luz un pergamino que contenía sus secretos.

:Has seguido nuestras instrucciones para que el pergamino parezca auténtico —dijo ahora Surim—. Sin examinarlo de cerca, no podemos decirte cuán convincente es, pero estamos seguros de que has hecho un buen trabajo. No obstante, sería prudente no dejarlo en sus manos.

:Tenemos otras noticias —anunció Tamun—. A uno de los Pensadores le han ofrecido una importante suma de dinero por el pergamino. Los otros no estarían dispuestos a venderlo, así que él sabe que tendría que traicionarlos. No está convencido de querer hacerlo.

:¿A cuál de ellos?

:A Raynora. Creo que te gustará. Es apuesto y taimado.

:No sé qué debería preocuparme más: que penséis que me gustará

porque es apuesto o porque es taimado. ¿Creéis que aceptará la oferta?

:Tal vez, si la mejoran. Lo vigilaremos de cerca.

:Bien. He estado demasiado ocupada para explorar mentes y dudo que eso cambie en los próximos días. Por ahora, los Pensadores y el pergamino pueden esperar hasta mañana —les dijo—. Necesito dormir una noche entera.

:Buenas noches, le desearon ambos al unísono. Luego sus mentes se desvanecieron.

A la izquierda se erguían las montañas del sudoeste de Sennon que los siyís habían sobrevolado el día anterior. Las partes más bajas de las laderas se hundían como raíces en una amplia y arenosa franja de tierra que separaba las montañas y el mar. Al otro lado del océano se divisaba la polvorienta sombra del continente austral. Una cortina de niebla oscurecía el horizonte e impedía distinguir si las formas lejanas eran colinas o montes.

En medio, una franja de tierra estrecha unía ambos continentes.

«El istmo de Grya —recordó Auraya—. Parece tan frágil... Tal vez en su día fue más amplio y la marea lo ha ido erosionando lentamente hasta convertirlo en esa estrecha pasarela de tierra».

En una ocasión, justo antes de la guerra, Danyin había sugerido que el istmo habría sido una posición defensiva eficaz para contener a los invasores pentadrianos, siempre y cuando los sennenses no se pusieran del lado del enemigo. Ahora Auraya no estaba convencida de ello. La falta de agua y comida en el desierto de Sennon habría dificultado la defensa de la posición. Por otra parte, transportar provisiones hasta el istmo habría requerido un esfuerzo descomunal.

Esto significaba que podía ser una mejor posición defensiva para los pentadrianos, siempre y cuando contaran con una línea de abastecimiento de alimentos y agua al otro lado del istmo. Ella sabía que Glymma, la ciudad principal, no se hallaba lejos de allí, de modo que debía de haber recursos suficientes para mantener una gran ciudad.

Sreil torció hacia el continente del sur, y el resto de los siyís lo siguieron. Volaban a gran altura, con la esperanza de que si alguien miraba al cielo los

confundiera con una bandada de pájaros. La polvareda que se levantaba más adelante también serviría para ocultarlos.

Sennon se fue quedando atrás, y Auraya vislumbró detalles del paisaje que se extendía más adelante. Un camino discurría por el istmo y se perdía en la niebla. Las formas más oscuras resultaron ser colinas lejanas. El sol resplandecía en los meandros de un río ancho y de apariencia viscosa.

Luego, poco a poco, empezaron a hacerse visibles las líneas y estructuras de una ciudad.

El camino describía una curva antes de convertirse en la avenida asfaltada más amplia que Auraya había visto en toda su vida. A ambos lados, unas vías más angostas formaban una cuadrícula ordenada. Las casas eran robustas estructuras de ladrillo con techumbre de tejas. Se extendían en todas las direcciones, desde los muelles en la costa hasta donde empezaban los campos verdes. Aquí y allá, jardines frondosos y estanques en los que se reflejaba el cielo atraían la mirada como joyas de un collar maravilloso.

La ciudad era tan grande como Jarime, tal vez más. Sin embargo, no adolecía del laberíntico desorden de la capital haniana. Las señales de una planificación inteligente llegaban hasta los límites de la ciudad y más allá. Acueductos de tamaño impresionante transportaban agua desde las montañas, y puentes de formas extrañas y hermosas cruzaban los canales del río.

En el centro de la metrópoli, donde terminaba la amplia avenida principal, una colina rompía la armonía urbanística. En ella había una complicada serie de estructuras: un revoltijo de tejados y patios. Auraya se preguntó por qué aquel lugar era tan caótico si el resto de la ciudad no lo era.

«Si esto es Glymma, ¿eso es el Templo de los pentadrianos?».

Puesto que no había otro edificio o conjunto de edificios comparable en majestuosidad, decidió que debía de serlo. Paseando la mirada por la ciudad, se preguntó cómo sería vivir allí. Para su sorpresa, de pronto pensó en Mirar. ¿Había estado en Glymma? Tal vez había pasado por allí camino del pueblo en el que se encontraba, según Jade. Un pueblo de Mur, al norte, si ella no le había mentado para protegerlo. De hecho, Mirar podía estar en Glymma en ese preciso momento.

Un silbido de Sreil interrumpió sus cavilaciones. Este había vuelto a cambiar el rumbo, alejándose de la ciudad.

Auraya percibió el cambio de ánimo en los siyís. Glymma los había impresionado más que a ella; la mayoría nunca había visto uno de los enclaves de los pisatierra. Una vez arrancados de su arrobamiento, empezaban a abandonarse al pesimismo. Si el enemigo era tan poderoso, ¿cómo le harían frente?

Ella deseó poder infundirles ánimo. Ninguno de los silbidos de los siyís servía para comunicarles su confianza en ellos, y sus palabras serían difíciles de oír a causa del viento. «Y no sé si el lugar que van a atacar está fortificado —pensó—. No puedo asegurarles que vencerán». A veces era mejor permanecer en silencio.

Los acueductos y campos se extendían mucho más allá de la ciudad. Los siyís empezaban a dar señales de agotamiento. Sreil los conducía hacia las colinas bajas, donde esperaba encontrar un lugar seguro en el que pernoctar. Estaba atardeciendo, y el paisaje se había teñido de un tono dorado.

Llegaron a las colinas cuando el sol empezaba a ponerse. Todos sintieron un gran alivio al descubrir que los valles secos y las crestas de las colinas estaban deshabitados. Sreil hizo una seña para que los siyís descendieran, y estos empezaron a planear en círculos hacia una hondonada.

Cuando tocaron tierra, aún quedaba una tenue claridad, que se extinguió al cabo de unos instantes, y los envolvió la más absoluta oscuridad. Auraya percibió inseguridad y un poco de miedo en los siyís que estaban cerca de ella.

—¿Enciendo una luz? —sugirió.

—Sí —respondió Sreil en voz baja—. Vale la pena correr el riesgo, creo. Las colinas la ocultarán.

Ella invocó magia y la canalizó hacia una pequeña chispa que apenas alumbró los rostros que había alrededor. Los siyís se arremolinaron ansiosos en torno a ella.

—¿*Tentimpié*? —dijo, esperanzada, una vocecilla en el hombro de Auraya.

Todos se rieron. Ella sonrió al ver que los siyís se habían relajado un poco y rascó la cabeza de Travesuras.

—Sí, creo que es hora de comer algo.

Los siyís empezaron a realizar los preparativos para pasar la noche.

Desempaquetaron los alimentos, y el peso del agua que soportaba Auraya se aligeró. Se asignaron turnos para montar guardia y despejaron el terreno. Aunque los siyís estaban acostumbrados a dormir en hamacas, en lugar de tumbarse en el duro suelo, estaban tan exhaustos que no tendrían problemas para descansar.

El silencio se apoderó poco a poco del campamento, y Auraya dio un respingo al percibir la proximidad de una presencia conocida. Por la forma en que se le erizó el vello de la nuca, supo que se trataba de Huan.

Huan se acercó al sacerdote Teel y habló en su mente. Primero preguntó cómo les había ido a los siyís; luego, como siempre, quiso saber qué había hecho Auraya. Teel le rindió cuentas precisas de cada uno de los movimientos de ella.

:No debe intervenir en esta batalla, aseveró Huan.

:¿Ni siquiera si estuviéramos perdiendo?, preguntó Teel.

:Ni siquiera en ese caso. Esta es una advertencia a los pentadrianos de que ningún ataque quedará sin respuesta. Debe ser transmitida por guerreros circulianos. Si Auraya interviniese, pensarían que ha sido cosa de ella.

:No obstante, ella también es circuliana.

:Pero no forma parte del tipo de represalia que hemos elegido. ¿Cómo aprenderán los pentadrianos a respetar a los circulianos comunes si estos no les hacen frente?

:Entiendo.

:Sí. Eres un buen ejemplo para tu gente, Teel. Eres leal y obediente.

Auraya notó que Teel se llenaba de orgullo.

:Haré lo que me pidas.

:Sé que lo harás, Teel. Tu corazón es sincero. Entre los sacerdotes siyís, eres el que más promete. Sé que no me fallarás.

Auraya puso cara de exasperación. El joven sacerdote ya estaba henchido de autocomplacencia. No necesitaba que Huan siguiera lisonjeándole el amor propio. La sucesión de halagos y declaraciones de lealtad le provocaron náuseas a Auraya.

«¿Y esta es una de las deidades a las que yo amaba sin reservas? —se preguntó—. Bastante duro fue descubrir que Huan me odia y me quiere

muerta, pero esto es repugnante. Lo está volviendo ciego de fanatismo. No me extrañaría que Teel, convencido de que ella protegerá a su ojito derecho, se lanzase a la batalla y acabara muerto».

Exhaló un suspiro y se dio la vuelta. «Ya no profeso el mismo amor a todos los dioses. Más vale que Chaia sea quien recoja mi alma cuando muera. Creo que, entre acabar en manos de Huan o desaparecer para siempre, elegiría lo segundo».

Aquella era una terrible blasfemia, lo sabía, pero por primera vez esto no ocasionó que un escalofrío le bajara por la espalda.

El cirque de Elar estaba meticulosamente plegado a su lado. Sobre su vestido blanco llevaba el mantón de viaje que tanto gustaba a las nativas. Lo lucía tal como dictaba la moda: sobre los hombros. También lo podía alzar para cubrirse la cabeza en caso de lluvia, o envolverse el torso con él a modo de abrigo, pero Danyin no la había visto hacer ninguna de esas cosas hasta el momento. Desde que habían abandonado Chon, solo habían tenido días secos de verano.

Sentado frente a Elar en el platén estaba Yem, el primogénito del líder del clan Dregger. Además de esbelto y musculoso como la mayoría de los guerreros, el joven era inteligente y un político muy astuto. Danyin también había notado que Yem era excesivamente compasivo con los criados y, por ello, no parecía ser la persona más adecuada para servirles de guía.

Los guerreros dunwayanos exigían lealtad a sus criados. Sin embargo, no había ninguna ley que impidiese que un sirviente abandonase el hogar de su amo; incluso podían intentar emplearse en otra casa, aunque esto era más difícil porque la mayoría de los clanes tenían suficientes criados, y pocos guerreros estaban dispuestos a aceptar a un sirviente que hubiera dado muestras de deslealtad al abandonar el servicio de otro compañero de armas.

Lo que los pentadrianos habían hecho al organizar la fuga de criados podía hacer estallar una rebelión general de los sirvientes contra los guerreros. Danyin había supuesto que I-Portak elegiría a alguien menos

empático con los criados como cicerone de Elar. Alguien más parecido a Gim, su último anfitrión.

El otro ocupante del platén cubierto era Gillen Brazal, el embajador haniano. Durante las largas horas que Elar y Danyin habían pasado aguardando en Chon, Gillen los había visitado al menos una vez al día y los había entretenido con historias o juegos de estrategia. Ahora en la carretera hacía lo mismo utilizando el pequeño tablero que Silava había empaquetado para Danyin. A veces parecía que las únicas conversaciones en el platén eran las que sostenían Danyin y Gillen sobre diversas tácticas.

Danyin sospechaba que Gillen se había ofrecido a acompañarlos porque se aburría en Chon. Elar había aceptado su ofrecimiento porque Gillen conocía mejor que ella las costumbres dunwayanas y los acontecimientos políticos más recientes. Elar pasaba la mayor parte del tiempo con la mirada perdida a lo lejos, escuchando la mente de los hombres a los que seguían. Yem apenas pronunciaba palabra; solo hablaba cuando alguien se dirigía a él. Danyin estaba convencido de que el silencio de Yem no tenía nada que ver con la arrogancia. Bien se sentía intimidado por Elar, bien era el tipo de hombre que prefería escuchar antes que hablar.

Yem y Gillen no sabían tanto como Danyin sobre la razón de aquel viaje. Durante la cena en casa de Gim, Elar había leído los pensamientos nerviosos de Ton, un criado que planeaba abandonar el servicio de su amo. Desde hacía un tiempo, el hombre había estado visitando a un comerciante de especias sennense. El tendero le había dicho que los criados dunwayanos eran poco más que esclavos y le había hablado de un lugar donde todos eran iguales y el trabajo se compartía. Un lugar al sur de Dunway.

Una visita al mercado había confirmado las sospechas de Elar. Uno de los vendedores de especias era un pentadriano de Sennon con orden de ayudar a huir de Chon a potenciales conversos dunwayanos. Por desgracia, el hombre no sabía adónde se dirigían los que huían, pero a través de él Elar pudo acceder a la mente de Ton, el sirviente desertor.

Tal como ella había supuesto, Ton había iniciado la travesía hacia el paraíso de los criados. Desde el primer día había estado bajo el cuidado de distintos hombres y mujeres, ninguno de los cuales conocía su destino. Era un sistema meticulosamente planificado, diseñado para dificultar el seguimiento

de los pentadrianos.

—Es difícil, pero no imposible —había dicho Elar. Todo lo que tenía que hacer era seguir al criado. Aunque la mayor parte del tiempo este no sabía dónde estaba, ella podía averiguar su localización a través de la gente que había cerca de él.

Danyin miró por la ventanilla y vio la parte superior de las copas de unos árboles muy altos. Avanzaban por un camino labrado en las laderas de las montañas, al sur de Chon. De haber mirado hacia abajo, lo que prefería no hacer, habría visto el borde de la senda y un precipicio demasiado escarpado como para sentirse cómodo.

Elar suspiró frustrada, y él se volvió hacia ella. Meneaba la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Lo han enviado solo, a pie. No tiene la menor idea de adónde va. —Miró a Yem—. Consultemos el mapa.

El joven sacó un cilindro de madera y lo destaponó. Del interior extrajo un rollo de piel fina cubierta de dibujos y líneas tatuados. Les había dicho que era piel humana. El guerrero que lo había fabricado había viajado durante años por Dunway para grabar cuidadosamente el mapa en la piel de su criado más devoto. Desde que había escuchado la historia, Danyin hacía cuanto podía para evitar tocarlo.

El mapa representaba un campo jalonado de pequeñas fortalezas borrosas. Los caminos eran engañosamente rectos y no reproducían ninguna de las curvas y los giros que el platén había estado siguiendo. Unas líneas en un rojo desteñido simbolizaban los límites de las tierras propiedad de los distintos clanes.

—Está aquí —dijo Elar, señalando unos símbolos que representaban las casas de los criados campesinos—. Las instrucciones que le han dado al desertor son seguir este camino hasta llegar a la altura de una roca enorme en forma de arem, donde debe girar a la izquierda. Luego debe buscar un árbol grande y atravesar unos campos.

Danyin comprendió al instante su frustración. Esas instrucciones no se podían seguir en un mapa. El hombre no tenía idea de dónde se encontraba o adónde se dirigía, y no lo acompañaba nadie que lo supiera.

«Estos pentadrianos son listos —pensó Danyin—. Pero no conseguirán

evadirnos. Solo es cuestión de tiempo».

—Tarde o temprano el criado fugitivo verá un punto de referencia que conozco —aseguró Yem a Elar.

—Y para entonces nos habremos quedado atrás —dijo Elar, preocupada.

—Podríamos ir hasta el lugar que acaba de abandonar —sugirió Gillen—. Y luego seguir las instrucciones. —Para evitar ser vistos por los pentadrianos y sus colaboradores, el platén recorría una ruta paralela a la del criado, por el este.

—No —dijo ella—. Es mejor esperar a correr el riesgo de que nos descubran.

Yem enrolló el mapa y lo metió en el cilindro. Cuando Elar volvió a poner la vista en la distancia, Gillen miró a Danyin arqueando las cejas. Sonriendo, este acercó de nuevo su juego de estrategia. El tablero, elaborado con esmero, era ideal para los viajes. Cada ficha tenía una clavija en la base que encajaba en unas ranuras. Pero el compartimento en el que se guardaban las fichas se había deformado y ya no se abría del todo.

—¿Una partidita?

Gillen inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pensé que nunca me lo preguntarías.

El pueblo de los criadores de pájaros estaba enclavado en lo alto de un valle circundado de laderas escarpadas y llenas de cuevas. Se llamaba Klaff. Auraya había leído el nombre en la mente de uno de sus pobladores, pero no se lo podía contar a los siyís sin arriesgarse a que los dioses adivinaran cómo lo había averiguado.

El momento más caluroso del día no tardaría en llegar, y los exploradores siyís que habían vigilado el pueblo el día anterior habían notado que la actividad se reducía considerablemente a esa hora. Los pobladores se retiraban al interior de sus casas o echaban una siesta en algún lugar bajo la sombra. Los pájaros estaban enjaulados. Habían pasado horas desde los ejercicios de vuelo matutinos y pasarían otras cuantas hasta los del atardecer.

Travesuras estaba acurrucado a la sombra de una roca, jadeando. La mochila de Auraya no era el lugar más agradable en el que estar con ese

calor. Ella vertió agua en una pequeña depresión en la roca, y él la bebió a lametones.

Los siyís aguardaban sobre el peñasco, a un lado del valle. Unos cuantos vigilaban el pueblo mientras Sreil se dirigía a los demás.

—Los pájaros están en unas jaulas con barras de metal —les dijo—. Así que les podemos disparar flechas y dardos sin tener que entrar en las pajareras ni sacarlos. Delante hay un espacio vacío, rodeado sobre todo de edificios, en el que descenderemos. Ayer no hubo ningún guardia, pero es posible que estuvieran dentro de las instalaciones. Si actuamos en silencio, quizá salgamos de allí sin que nadie se entere, aunque dudo que los pájaros se queden callados.

—Quiero seis guerreros que aterricen en una media circunferencia y se apresten a usar sus arcos. Deberán repeler cualquier ataque de los pisatierra. —Hizo una pausa y miró expectante hasta que se alzaron seis manos—. El resto descenderemos entre nuestros compañeros y la pared de roca que está detrás de las jaulas. Nos dirigiremos a las pajareras y mataremos a todas las aves. Si veis huevos, aplastadlos también.

Sreil se irguió y pasó revista a su fuerza de guerreros siyís.

—Debemos actuar con rapidez. No os entretengáis ni un minuto más de lo necesario. No somos guerreros pisatierra. Si encontramos resistencia, debemos largarnos. Nos volveremos a encontrar aquí.

Los siyís silbaron en señal de asentimiento. Auraya les deseó una buena cacería y logró arrancar unas cuantas sonrisas a unos rostros adustos. Luego Sreil flexionó los brazos, echó a correr ladera abajo y saltó al aire, seguido por el resto de los siyís.

Auraya los observó alejarse planeando y girar luego hacia el pueblo. Subió a lo alto del peñasco y buscó una roca en la que apoyarse sin que su silueta destacara contra el cielo. Tenía el pulso acelerado y cuando los siyís iniciaron el descenso el estómago se le hizo un nudo.

Recorrió el pueblo con la vista en busca de alguien que hubiera podido notar la presencia de los hombres alados. Las calles estaban vacías.

La roca irradiaba calor. Esperó que los pobladores de Klaff estuvieran durmiendo como troncos.

Ahora los siyís eran un enjambre de figuras distantes suspendido sobre el

pueblo. De golpe, se lanzaron en picado sobre un patio. Tres de los lados eran hileras de edificios; el cuarto era la pared de roca, punteada por agujeros oscuros, tal como la había descrito Sreil. Cuando tocaron tierra, Auraya contuvo la respiración, pero no vio a nadie corriendo en dirección a los siyís.

«... deben de seguir dormidos», oyó que decía Sreil para sus adentros con cierta arrogancia. Sintió el orgullo que él profesaba a sus guerreros cuando estos ocuparon sus puestos, tal como les había ordenado. De pronto él percibió un respingo de sorpresa y temor en los siyís.

Desde su atalaya, vio algo oscuro que salía despedido desde uno de los agujeros y caía sobre los siyís. Se incorporó de un salto al percibir el asombro y la confusión de los guerreros. Sus pensamientos eran un amasijo de terror y desaliento. No conseguía averiguar qué estaba pasando.

Cuando volvió a mirar abajo, notó que se había elevado en el aire sin proponérselo. Decidió volar hacia el pueblo. Al llegar a la altura del patio, comprendió finalmente lo que ocurría: los siyís luchaban por liberarse de una red pesada.

«¿Una red?».

Cuando cayó en la cuenta de que los pentadrianos habían estado esperando a los siyís, se estremeció.

«¿Cómo es posible? ¿Nos ha traicionado alguien? ¿Quién?».

Algunos siyís se retorcían presa del pánico, pero otros habían llevado cuchillos consigo y estaban cortando las gruesas cuerdas. A Auraya se le cayó el alma a los pies al ver a hombres y mujeres con túnicas negras saliendo a toda carrera de las casas y situándose en los bordes de la red para evitar que escaparan sus enemigos. Dos siyís consiguieron liberarse. Los fugitivos lanzaron dardos hacia las jaulas, saltaron a la pared y aprovecharon el impulso para trepar más alto. Tras arrojar al vacío y batir las alas con fuerza para tomar impulso, sobrevolaron los terrados de las casas y se alejaron.

Al mismo tiempo, otros siyís habían desistido de luchar, y Auraya sintió un acceso de orgullo cuando los vio disparar dardos envenenados a los pisatierra. Algunos de los Servidores se desplomaron lentamente sobre la red, pero su peso solo sirvió para sujetar con más firmeza a los siyís. Los demás no parecían verse afectados.

«Se están protegiendo con magia —advirtió Auraya con el corazón en un puño—. Los siyís no tienen la menor posibilidad de superar a los Servidores».

:¡Auraya!

El corazón le dio un vuelco al reconocer la voz de Juran.

:¿Sí?

:¿Qué ocurre? No consigo sacar nada en claro de lo que me muestra Teel.

:El ataque de los siyís ha sido un fracaso. Los pentadrianos los estaban esperando y los han capturado.

Auraya percibió una punzada de esperanza en alguien que estaba abajo luchando y notó que un siyí atrapado en la red la miraba a los ojos.

«Ayúdame», le dijo en su mente.

La embargaron la culpa, la frustración y la rabia. «No puedo», pensó, mirando al siyí inmovilizado. Apretó los puños. Los dioses le habían prohibido luchar. Y no había manera de ayudar a los siyís sin luchar.

:¿Qué quieres que haga?, le preguntó a Juran.

:¿Los pentadrianos no están matando a los siyís?

:No.

Él se quedó callado, probablemente meditando su respuesta. Pero a Auraya se le ocurrió algo. Si los pentadrianos hubieran estado esperando a los siyís con intención de matarlos, no habrían usado la red. Querían capturarlos.

«Y un cautivo siempre puede ser liberado. Tal vez no tenga que enfrentarme a los pentadrianos para rescatar a los siyís».

Leyendo las mentes de los habitantes de Klaff, percibió una mezcla de triunfo y sorpresa. El día anterior no había visto nada en sus pensamientos que sugiriera que esperaban un ataque o que planeaban una emboscada. Ahora comprendió que no sabían nada de la emboscada hasta hacía un rato, cuando fueron convocados a una reunión en ese mismo lugar. Al llegar se encontraron con que la Voz Primera Nekaun había atrapado a los siyís con una red.

¿La Voz Primera Nekaun? Auraya se sintió aún más desolada al ver que uno de los pentadrianos la observaba. Buscó en sus pensamientos, pero no percibió nada.

La invadieron recuerdos de Kuar, la anterior Voz Primera, cuando la había mantenido prisionera con magia. Dejó de pensar en eso. «Kuar está muerto —se dijo—. No obstante, la nueva Voz Primera podría ser tan poderosa como él».

Probablemente podía derribarla del cielo si en realidad se lo proponía.

Ella se retiró rápidamente, pero Nekaun no hizo nada por detenerla.

:Juran.

:¿Sí?

:El líder del enemigo está aquí. Debo marcharme. Pero permaneceré cerca. Aprovecharé la menor oportunidad para rescatar a los siyís, sin luchar.

:Sí. Hazlo. Discutiré la situación con los demás y te haré saber lo que decidamos.

Cuanto más se alejaba de la escena, más sentía la desesperación de los siyís. Se estaban quedando sin dardos, y el enemigo empezaba a capturarlos uno por uno, desarmándolos y atándoles las muñecas. Auraya llegó a la cresta de la montaña desde la que había estado observando todo y descendió.

Se sentía muy mal, como si los hubiera abandonado. «Pero aún no puedo hacer nada. Tengo que buscar la manera de liberarlos».

—*¿Ohuaya?*

Un Travesuras aliviado pero aún asustado se aferró a ella. Trepó a sus hombros y se sentó en silencio, temblando. Cuando ella le rascó la cabeza, advirtió que tenía las manos trémulas.

—*Están vivos —le dijo—. Al menos están vivos.*

Un sonido de batir de alas llamó su atención. Los dos siyís que habían escapado aterrizaron cerca de ella. Sus expresiones eran terribles.

—*¿Estás muertos? —preguntó uno.*

Ella negó con la cabeza y notó que se contagiaba del alivio de los dos hombres.

—*¿Los han hecho prisioneros? —inquirió el otro.*

—*Sí.*

—*¿Qué piensas hacer?*

Auraya exhaló un suspiro.

—*Lo que pueda sin desobedecer a los dioses. Dijeron que no debo luchar.*

No dijeron que no puedo colarme dentro de una prisión y liberar a alguien.

Se quedaron en silencio, mirando el poblado. La magia alrededor se agitó, y Auraya a punto estuvo de sisear en voz alta cuando dos fuertes presencias salieron como un rayo del pueblo y se encarnaron en dos siyís que estaban a su lado. En cuanto reconoció a Huan, sintió un hormigueo en la piel, pero se relajó un poco al comprobar que la otra deidad era Chaia.

:¿Qué hará ahora tu mascota hechicera?, preguntó Huan.

:Tomar una decisión —respondió Chaia—. Era lo que querías, ¿verdad?

:¿Como resultado de todo esto? No, lo que ha sucedido es una represalia por los asesinatos en Jarime y los intentos de convertir a los circulianos, dijo Huan.

:¿Por los asesinatos de tejedores de sueños? No sabía que les tenías tanto aprecio.

:No me disgustan tanto como a ti —replicó ella—. Además, los Blancos han decidido fomentar la tolerancia hacia los tejedores por ahora. Así que tiene sentido vengar sus muertes.

:Sin embargo, lo has organizado para que fracasaran los siyís. ¿Cómo puede servir eso de venganza?

:Eso no importa. Lo que interesa es que los pentadrianos ya saben que los Blancos están furiosos.

:Estás jugando con fuego, Huan. Para Juran, este ataque era un riesgo innecesario. No le sorprende que haya fracasado. Ahora se preguntará por qué diste la orden. Tendrá dudas sobre la conveniencia de seguir tus órdenes.

:Una pequeña prueba de su lealtad.

:¿De verdad? ¿Y por qué no consultaste a los demás antes de organizarlo?

:Lo hice. No tuve que consultártelo a ti porque los demás estaban de acuerdo.

:Lore no lo habría aprobado.

:Lo hizo. Olvidas su debilidad por los ejercicios militares.

:Entonces ¿por qué hiciste que capturaran a los siyís en lugar de que los mataran? Eso habría sido más eficaz para provocar una guerra.

:Así es más interesante.

:¿Interesante? A ti no te interesa la guerra —dijo Chaia—. Lo único que quieres es librarte de Auraya. Si el resultado de esta emboscada es que Auraya se vuelva contra nosotros, lo lamentarás.

:¿Es una amenaza? —dijo Huan, riéndose—. No me puedes hacer más daño del que yo te puedo hacer a ti.

Tras estas palabras salió disparada hacia el pueblo. Auraya suspiró aliviada.

:Allí es donde se equivoca —añadió Chaia, soltando una risita—. ¿Has oído todo, Auraya? Espero que sí.

Y luego él también se esfumó, dejándola estupefacta. Él sabía que ella podía escuchar las conversaciones de los dioses. ¿Había animado a Huan a discutir la emboscada con él?

«Tal vez solo para mostrarme que él no es responsable..., que lo es Huan».

Cuando cayó en la cuenta de lo que eso significaba, a Auraya se le hizo un nudo en el estómago. Huan había traicionado a los siyís. No solo había organizado esa misión para poner a prueba su lealtad, sino que también se había asegurado de que fracasara.

Luego recordó la advertencia de Chaia. Huan intentaría hacerle daño lastimando a las personas que amaba. Al parecer, Huan estaba dispuesta a perjudicar a sus criaturas.

Notó que una mano se posaba en su hombro.

—¿Cómo te podemos ayudar?

Auraya se volvió sorprendida hacia los siyís y después se esforzó por devolver la atención al dilema al que se enfrentaba. De inmediato comprendió que si Huan quería hacer daño a los siyís para lastimarla, lo mejor que podía hacer era alejarlos todo lo posible de ella.

—Volved a nuestro último campamento —les dijo—. Os daré alcance en breve. Voy a conseguir algo de comida y agua para vosotros. Dejad un poco en el campamento y en los lugares en los que nos detuvimos de camino hacia aquí, para los que consigan escapar.

—¿Quieres que volvamos a casa? —preguntó sin convicción uno de ellos.

—Sí —dijo, mirándolo a los ojos—. Fue una trampa. Os estaban esperando. Haré lo que pueda para rescatar a los otros. Vosotros deberéis

aseguraros de que sobrevivan la travesía a casa.

Los dos siyís asintieron. Sabían que tenía razón, pero eran reacios a dejar atrás a sus compañeros.

—Idos —les dijo Auraya—. Volved a casa al menos vosotros. Contad a la portavoz Sirri y a las familias de vuestros compañeros lo que pasó aquí.

Al oír sus palabras, los guerreros inclinaron la cabeza afirmativamente. Ella los vio alejarse volando y dirigió la atención hacia Klaff. Había unos cuantos pozos públicos y un pequeño mercado en el límite del pueblo. Incluso si Nekaun había estado leyendo las mentes de los siyís cuando ella les había transmitido sus intenciones, dudaba que él pudiera llegar al mercado a tiempo para atraparla.

Levantó a Travesuras de sus hombros y lo bajó al suelo.

—Quédate aquí —le ordenó.

El viz hizo un gesto de desaliento, pero se dirigió obedientemente a un lugar bajo la sombra y se acurrucó a esperar.

Satisfecha, ella saltó al aire y puso rumbo al pueblo.

Una tormenta y un viento implacable habían despertado varias veces a Mirar durante la noche, pero todo estaba en calma cuando se levantó por la mañana. Miró por la ventana. El cielo estaba cubierto de nubes, pero en algunos puntos se habían abierto claros. A pesar de la lluvia, seguía haciendo calor.

Aunque acababa de amanecer, de la cocina llegaba un olor a pan recién horneado, y Tintel ya estaba en la sala, cortando tajadas de fruta con sumo cuidado y comiendo. Levantó la vista hacia él e inclinó la cabeza a modo de saludo. Cuando Mirar se sentó para comer, rompió a llover otra vez.

—No es un día agradable para las pruebas —dijo Tintel, sentándose a la mesa junto a él—. Pensé que los dioses serían más previsores.

—Supongo que eso depende de lo que ellos entiendan por «pruebas».

—Sí, supongo que es así —dijo ella, soltando una risita—. ¿Deseas que te acompañe a la ceremonia?

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—No. Pero gracias por el ofrecimiento.

Ella asintió. Él percibió su ansiedad, aunque no supo si era por su seguridad o por la de todos los tejedores de sueños..., o por ambos. Si este encuentro con la Voz Cuarta Genza salía mal, ¿qué efecto tendría sobre las buenas relaciones entre los tejedores de Ithania del Sur y los pentadrianos?

«Sencillamente tendré que asegurarme de que no salga mal», se dijo Mirar.

Alguien llamó a la puerta. Tintel se puso en pie para ir a abrir y volvió con un hombre y un adolescente. Ambos lucían lazos azul y blanco cosidos a unos trajes de los mismos colores, pero ninguno de ellos parecía tan alegre como lo tonos de sus uniformes. El hombre mayor sujetaba al muchacho, que daba saltos en una pierna para no apoyarse en la otra.

Tintel llamó a uno de los tejedores que estaban en la cocina. Este salió, echó un vistazo a la colorida pareja y la condujo al exterior. Tintel volvió a su asiento.

—Hoy veremos un montón de huesos rotos y tobillos torcidos —dijo ella. Mirar la miró de forma interrogatoria.

—Las plataformas mojadas pueden ser muy resbalosas —le explicó—. Durante un evento público emocionante, la gente, y especialmente los jóvenes, suele correr de un lado a otro despreocupadamente. Ah, allí está tu escolta.

Al volverse, Mirar vio a una mujer de mediana edad, vestida con una túnica de Servidora, de pie en la puerta. La mujer tenía la cara enrojecida y sudorosa. Cuando Mirar se levantó, sus miradas se encontraron.

—¿Eres Mirar, fundador de los tejedores de sueños? —preguntó.

—Sí —dijo él.

Ella arqueó las cejas.

—Soy la Servidora Minga. Tengo el encargo de llevarte a ver a la Voz Cuarta Genza.

Mirar se volvió hacia Tintel.

—Buena suerte.

—Para ti también —respondió ella en voz baja—. Fíjate por dónde pisas ahí fuera.

Él sonrió, convencido de que no se refería a las plataformas mojadas, y se dirigió a saludar a la Servidora. La mujer era menuda pero de modos orgullosos. Estaba acostumbrada a ser respetada y obedecida, dedujo Mirar.

Él hizo una seña hacia la puerta.

—Detrás de ti.

Ella dedicó una inclinación de cabeza a Tintel antes de dar media vuelta. Mirar no pudo por menos que admirarse ante aquel pequeño gesto de respeto. Una sacerdotisa circuliana nunca habría hecho algo así.

«Podría llegar a encariñarme de verdad con este país».

En el exterior fueron recibidos por gordas gotas de lluvia que no tardaron en aguar el entusiasmo de Mirar. Invocando la magia, creó un escudo de protección para ambos, lo que arrancó una leve sonrisa de gratitud a su guía. Pese a la lluvia, no parecía haber enfriado mucho. La zona alta de Kave brillaba con la humedad y olía a madera mojada.

Caminaron lentamente y se abrieron paso de una plataforma a otra. Los dekkanianos holgazaneaban en sus amplios porches, abanicándose. Sonreían e inclinaban la cabeza al paso de Mirar, lo que él interpretó como una señal positiva. Si la gente de Dekkar estaba a gusto con su presencia, tal vez las Voces lo estarían también.

Sin embargo, unos minutos más tarde oyó el ruido de varias pisadas a su espalda y se le vino el alma a los pies al imaginar una multitud de simpatizantes siguiéndolo al salón de los Caciques. Eso solo daría a la Voz la impresión de que él ejercía una gran influencia sobre ellos, lo que difícilmente sería de su agrado.

Se detuvo, miró por encima del hombro y reprimió la risa. La muchedumbre era un grupo de niños curiosos, con los ojos muy abiertos. Estos le dedicaron una sonrisa.

—Hola —dijo él—. ¿Por qué me seguís?

—Nos caes bien —dijo uno de los niños.

—Curaste a Pinpin —le dijo una niña.

—Y a Mimi.

—Y a la madre de Doridori.

—¿Te diriges a la competición?

Él inclinó la cabeza afirmativamente.

—¡Nosotros también! —exclamaron los niños. Luego, como si fueran uno, echaron a correr aporreando las planchas de madera con los pies. Cuando se volvió, sonriente, Mirar vio que la Servidora lo observaba con curiosidad. Se encogió de hombros y continuaron su camino.

Mientras cruzaban un puente, un movimiento bajo la estructura atrajo la mirada de Mirar. Habían construido diminutos refugios temporales bajo las plataformas, a ambos lados de un arroyo. Le llegó un olor a basura y aguas residuales. Aquella era la zona en la que vivían los habitantes pobres de

Kave, que amontonaban lo que los más ricos desechaban. Los de arriba se quejaban del olor proveniente de abajo. Sin embargo, si los pobres no juntaran la basura lanzada desde arriba ni garantizaran el libre flujo de los arroyos, la ciudad entera olería mucho peor.

Tintel le había contado que en época de inundaciones los pobres desmontaban sus refugios y con ellos construían balsas que a su vez sujetaban a los árboles o las plataformas para evitar que la crecida las arrastrara al mar. El año anterior, los pentadrianos habían condenado a la esclavitud a tres jóvenes ricos que habían soltado varias balsas a modo de chanza. Algunas familias habían sido rescatadas por barcos y habían identificado a los culpables, pero la mayoría de las víctimas no habían sido encontradas.

Cuanto más se acercaban al salón de los Caciques, más abarrotados se veían los porches de Kave. La gente lucía prendas de colores chillones decoradas con lazos y flores. Las casas y plataformas habían sido engalanadas con arreglos florales. Los que no estaban protegidos de la lluvia goteaban lánguidos.

De pronto, dejó de llover, pero de los tejados siguió cayendo agua. A veces la muchedumbre estaba tan apretujada que la Servidora tenía que aclararse la garganta para pedir a la gente en un tono altivo que se apartara. Finalmente el salón de los Caciques quedó a la vista. Como el Santuario de Kave, estaba hecho de piedra. Era una pirámide achaparrada de tres pisos que se alzaba sobre el terreno enlodado. Los lados estaban formados por enormes ladrillos de piedra escalonados. En el centro de la estructura había una escalera que conducía al piso superior. El visitante debía trepar literalmente las paredes para llegar a la cima.

En el primer piso habían instalado un pabellón. En su interior había varios hombres y algunas mujeres sentados en sillas de bambú. Los Servidores refrescaban la estancia con grandes abanicos. Sus esfuerzos estaban especialmente dirigidos a una mujer de piel oscura vestida con una túnica negra y sentada en un canapé de bambú en el centro del entoldado.

La guía cruzó el puente seguida por Mirar. Luego se detuvo junto a uno de los postes esquineros del pabellón, y él aguardó a su lado. La mujer de piel oscura conversaba con uno de sus acompañantes. Cuando este terminó de

hablar, ella levantó la vista y sonrió a Mirar, luego se puso en pie y se le acercó para darle la bienvenida.

«Es alta —pensó él—. Y se mueve con la gracia de una persona atlética. Pero es más delgada que fibrosa y tiene un rostro hermoso».

—Soy Genza, Voz Cuarta de los Dioses —le dijo ella en dekkaniano—. ¿Tú eres Mirar, líder inmortal de los tejedores de sueños?

—Sí —respondió. La libre admisión de su identidad después de tantos años de vida furtiva le provocó una leve punzada de aprensión—. Aunque solo soy su fundador y maestro, no su líder —añadió.

Genza hizo un gesto con la cabeza, y la guía se alejó andando.

—Acompáñame, por favor —le dijo a él, señalando el canapé.

Él se sentó a su lado, consciente de que compartir su butaca constituía probablemente un gran honor. La Voz Cuarta lo presentó a los asistentes. La mayoría eran patriarcas y matriarcas de las familias más acomodadas de Kave. Mirar había conocido a algunos durante sus visitas de sanación. También estaban los Servidores Devotos nativos, los señores de la guerra y los embajadores de Avven y Mur.

—Y estos son nuestros candidatos.

Los presentes se volvieron hacia la parte frontal del pabellón. Delante de ellos, de pie, había cuatro hombres y una mujer con trajes coloridos. Todos se volvieron hacia Genza y trazaron una estrella en el aire. La Voz se incorporó y saludó a cada uno de ellos, deseándoles suerte.

El primero era un hombre de treinta y muchos años que empezaba a echar canas. Tenía un aspecto sano y atlético, y su mirada era intensa.

Le seguía un hombre más joven de espalda ancha y cuerpo musculoso. Sus ojos buscaban de manera constante a alguien situado detrás de Mirar, y el muchacho parecía esforzarse por reprimir una sonrisa.

Detrás de él había otro joven. Este era delgado y serio. No tenía la forma física de los otros dos, y su rostro estaba prematuramente poblado de arrugas que sugerían que dedicaba mucho tiempo a pensar... o a sus preocupaciones.

El cuarto candidato era una mujer en la treintena. Tenía la espalda erguida, y su expresión era puro desafío contenido. El último era un hombre que, según calculó Mirar, estaba en su cincuentena, con cuerpo nervudo y rostro bondadoso. Su ropa era de colores tan vivos como la de los demás,

pero, tras una inspección más atenta, de baja calidad.

Antes de que Genza hablara, los cinco concursantes se volvieron hacia la muchedumbre. Ella se situó delante de ellos, bajo la lluvia. Un silencio envolvió poco a poco a la ciudad.

—Hoy cada uno de estos hombres y esta mujer se someterá a duras pruebas físicas y mágicas —dijo con voz forzosamente alta—. Sus conocimientos, inteligencia y moral serán examinados; su reputación, escudriñada, y su popularidad, constatada. Deben superar todas estas pruebas, pero solo el que obtenga la puntuación más alta ganará. ¡Deseadles buena suerte!

La multitud rompió en vítores y ovaciones. Genza alzó los brazos, y volvió a imponerse el silencio.

—La primera prueba es la de la fuerza física, la resistencia y la agilidad. Deberán seguir un recorrido previamente establecido. —Hizo una pausa—. No interfiráis en la carrera de los candidatos —les advirtió—. Las trampas y los sabotajes serán castigados con la muerte.

Dejó caer los brazos y se volvió hacia los candidatos.

—¿Estáis listos?

Los cinco asintieron.

Una chispa de luz apareció sobre la cabeza de Genza.

La chispa resplandeció.

—¡Las pruebas para la elección del Gran Cacique han empezado! —gritó.

La ciudad prorrumpió en aclamaciones mientras los concursantes descendían la pirámide a toda velocidad. Genza volvió a su asiento. Un momento después, Mirar atisbó a un candidato corriendo bajo las casas. Vio unos postes de colores clavados en el suelo, lazos suspendidos y Servidores de negro erguidos junto a los maderos.

Genza se volvió hacia Mirar.

—Bien, Mirar de los tejedores de sueños. ¿Desde cuándo estás en Dekkar?

—Desde hace unos meses.

—Entonces ¿ocultaste tu presencia durante un tiempo?

—No tenía la certeza de que estaría seguro aquí. —Hizo una pausa, y luego arqueó una ceja—. ¿Lo estoy?

Ella sonrió.

—Eso depende de tus planes. Si decidieras gobernar Dekkar, nos aseguraríamos de que fuera el reinado más breve de un Cacique en la historia. Y ha habido algunos bastante breves.

—No ambiciono gobernar ningún país. Esa es una tarea más adecuada para alguien como tú.

—¿Y qué soy yo?

Él la miró, sorprendido por la pregunta.

—Favorita de los dioses. Inteligente. Hermosa. La gente busca líderes con esas cualidades.

Inclinándose hacia atrás, ella lo contempló con los párpados entornados.

—Eres encantador... y tampoco eres mal parecido. Tengo que admitir que esperaba a un hombre viejo.

—Soy un hombre viejo —dijo él, sonriendo.

Ella se rio. Luego se inclinó hacia delante y posó una mano en su rodilla.

—Te diré un secreto. Yo tampoco soy tan joven como parezco.

Él se sorprendió. La mirada de Genza era enigmática y su sonrisa, traviesa.

«Diría que está flirteando conmigo, si no fuera una...».

¿Una Voz? No había oído nada que diera a entender que las Voces eran célibes. Sabía que sus Servidores no lo eran, aunque siempre había sospechado que los rumores de orgías rituales eran exageraciones.

¿Estaba siendo sencillamente amable o le estaba ofreciendo algo más? Y si se le llegaba a insinuar, ¿qué haría? Ella era atractiva y parecía que tenía mucha experiencia..., pero había algo más que le hacía dudar.

Tal vez era su natural prudencia. Él no sabía qué consecuencias podía tener acostarse con una mujer en tan alta posición de poder. Luego recordó que, apenas unos meses atrás, los pentadrianos habían organizado el asesinato de tejedores de sueños en Jarime. Era posible que Genza tuviera algo que ver con ello, y la sola idea era más que suficiente para extinguir su interés.

Ella pareció percibirlo y volvió a reclinarsse en el canapé.

—¿Qué planes tienes para el futuro, tejedor de sueños Mirar? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Mi gente está dispersa por toda Ithania del Sur. Me gustaría viajar por el continente, aprender los idiomas y las costumbres de cada lugar, y enseñar habilidades de sanación como solía hacer en el pasado.

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Entonces deberías ir a Glymma. Ve al Santuario y preséntate a las otras Voces. —Su sonrisa se ensanchó. Bajó el mentón y observó a Mirar con detenimiento—. Y si no te tratan como mereces, lo haré yo. Veo el potencial para una provechosa alianza entre nosotros.

Él soltó una risita y la contempló con aire pensativo.

—Ah, qué bien eligieron tus dioses. ¿Por qué no estoy seguro de si me estás seduciendo política o físicamente?

Un brillo asomó a los ojos de Genza, y su rostro esbozó una amplia sonrisa.

—El éxito consiste en alcanzar la posición en la que más provecho puedas sacar de tus talentos.

Él asintió.

—Es verdad. Temo que en ocasiones he sido un mal ejemplo para los tejedores de sueños. Intento evitar todo aquello para lo que no tengo habilidades. Mis talentos son los de un sanador, maestro y guía, de modo que solo puedo hablar de los tejedores de forma muy limitada.

—Sin embargo, como maestro y guía, tus acciones podrían tener consecuencias sobre el futuro de la secta a la que perteneces. Por ejemplo, podrías alterar la amistad permanente entre los tejedores y los pentadrianos.

—Podría, pero no lo haré, por supuesto.

—Claro.

—Y en nombre de ellos podría buscar la confirmación reiterada de que los pentadrianos no tienen intención de hacernos más daño.

Ella entornó los párpados, y él dedujo que había captado su referencia a los asesinatos en Jarime.

—Entonces te garantizo que no tenemos nada contra los tejedores de sueños —le dijo ella.

«No tenéis nada contra nosotros —reflexionó él—. Pero no lo pensaréis dos veces la próxima vez que os interese manipular a la gente para alcanzar vuestros fines».

—¿Qué sabes de los candidatos? —le preguntó ella, cambiando el tema. Él se encogió de hombros.

—Muy poca cosa. Solo el cotilleo que he oído por casualidad a los tejedores. No comprendo del todo el mecanismo de la competición. ¿Para qué sirven las pruebas físicas? ¿Son necesarias? Un candidato puede estar en forma y, sin embargo, no ser el más adecuado para gobernar.

—No es más que una tradición —dijo Genza, restándole importancia—. Mejora las posibilidades de que un gobernante dure un tiempo. La prueba física no es excesivamente exigente, pero descarta a los débiles y a los que se inclinan por la pereza y los excesos.

—Podrían dejar a un lado la pereza y los excesos solo lo necesario para ganar.

—Sí —convino ella—. Y siempre existe la posibilidad de que la juventud de un candidato le permita desempeñarse bien ahora y arruinarse con excesos después. Ah, hablando de excesos...

En el pabellón empezaron a entrar Servidores con platos de comida y grandes jarras. Durante la siguiente hora, Genza animó a todos los presentes a comer y a beber. Por los agradecimientos constantes, Mirar supuso que ella había pagado el festín.

De vez en cuando la gente divisaba a un candidato y lo señalaba, y la conversación pasaba a las especulaciones y al aumento de las apuestas. Los dos jóvenes fueron los primeros en regresar al pabellón, donde se entregaron a la tarea de levantar bolas de piedra pesadas, de tamaños cada vez más grandes. Después llegó la mujer, que se las vio y deseó para alzar las bolas de mayor peso. El treintañero de mirada aguda fue el siguiente y no tuvo especial problema con esta prueba, mientras que el hombre mayor llegó último y sorprendió a todos con su fuerza.

Ahora varios hombres musculosos introdujeron en el pabellón un marco de madera del tamaño de una habitación. Estaba cubierto por una red muy fina. Delante de Genza colocaron un hermoso aparato de medición del tiempo hecho de tubos de cristal. Mirar oyó un gímoteo por encima de las conversaciones que tenían lugar a su alrededor. Aumentó en intensidad cuando llevaron cinco cestos grandes y los colocaron en el suelo, junto al marco.

La ciudad estaba agitada, y Mirar percibió que la excitación y la curiosidad de la gente iba en aumento. En los candidatos detectó ansiedad y algo de temor. El joven musculoso parecía el más asustado.

Genza inspeccionó el marco, caminando lentamente alrededor de él. Cuando terminó, se volvió hacia los concursantes.

—Esta es una prueba de vuestras habilidades mágicas. Como habéis adivinado, cada uno de estos cestos contiene tijones. Cien en cada uno, lo que, os puedo asegurar, no fue fácil organizar. Entraréis en la jaula, y se cerrará la red. Se liberarán los insectos. Deberéis protegeros y matar a todo el enjambre lo más rápido posible usando magia. —Ella sonrió—. Si alguno de vosotros duda de su habilidad para completar esta tarea, no participéis. Tenemos a un tejedor de sueños aquí, pero estoy segura de que preferiría no pasar la tarde extrayendo larvas de tijones de vuestros cuerpos.

Ninguno de los candidatos se movió, si bien un escalofrío sacudió al joven musculoso.

—Bien. ¿Quién quiere entrar primero?

Los concursantes se miraron, y luego el treintaño dio un paso adelante. La muchedumbre lo aclamó. Genza le dijo que cogiera un cesto mientras retiraban la red. Después el hombre entró, colocó la cesta en una esquina y retrocedió hasta el otro extremo de la jaula. El marco fue cuidadosamente cubierto con la red.

Genza esperó hasta que reinara el silencio y entonces hizo un pequeño gesto con la mano. La tapa del cesto saltó por los aires, y de su interior salió una nube negra.

El hombre de mirada intensa realizó un ataque mágico de inmediato, dirigiendo la atención de los tijones hacia él. Era difícil ver los insectos, pues se movían con gran rapidez. Mirar consiguió atisbar algunas colas segmentadas y varias antenas. El zumbido de las alas era ensordecedor, pero las punzadas que propinaba el treintaño con la magia eran silenciosas.

Mirar había oído hablar de aquellos insectos de la selva. El aguijonazo aturridor de un tijón era doloroso pero no mortal. Sin embargo, un animal podía quedar paralizado si era aguijoneado por varios bichos a la vez. En general, los tijones solo picaban para proteger sus nidos. Pero en noches de luna llena atacaban para poner sus huevos en la carne de animales vivos. Una

lámpara colgada encima del cesto de tijones producía el mismo efecto.

Era lo que hacía falta para esa prueba. Los insectos atacarían con suficiente ferocidad sin necesidad de ser inducidos a poner huevos, y no se estaba evaluando la capacidad de los candidatos para combatirlos, sino el tiempo que requerían para matarlos a todos.

El zumbido había disminuido. Cuando el primer concursante mató al último insecto, Genza echó un vistazo al aparato de medición del tiempo.

—Cinco medidas y media. Bien hecho.

Mirar se descubrió atrapado en la tensión del momento muy a su pesar, mientras cada uno de los demás concursantes se enfrentaba a la prueba en la jaula por turnos. El hombre de mirada aguda demostró ser el más rápido, si bien el más viejo no tardó mucho más. El joven de aspecto serio necesitó mucho más tiempo para acabar con los tijones, lo que hizo pensar a Mirar que probablemente no era lo bastante diestro para invocar magia en diferentes ataques.

Los tijones muertos repiquetearon en el suelo del marco mientras se lo llevaban. A continuación, se ofrecieron banquetas a los candidatos para que tomaran asiento, y agua y frutas para que comieran. Genza invitó al pabellón a un patriarca para que les hiciera preguntas. El anciano describió complicados escenarios financieros que requerían conocimientos de matemáticas y terminología comercial, y pronto quedó claro que el hombre mayor no estaba a la altura. Los demás patriarcas y matriarcas pusieron a prueba a los competidores con dilemas legales y morales.

Cuando terminaron los turnos de preguntas, Genza se volvió hacia Mirar.

—No te he pedido que prepararas una pregunta, tejedor de sueños, pero puedes hacer una si quieres.

Él asintió.

—Gracias. Será un honor. —Se volvió hacia los candidatos—. Esta es una pregunta para todos vosotros. No requiere cálculos matemáticos ni conocimientos legales. Solo me interesa saber qué pensáis hacer por la gente más necesitada si ganáis las pruebas.

La mujer sonrió, el hombre mayor se mostró entusiasmado y se irguió orgulloso, pero los otros tres candidatos arrugaron el entrecejo. Sin embargo, en el caso del hombre delgado y serio era un gesto de reflexión. Los otros dos

parecían enfurruñados.

—Preguntarles qué necesitan y quieren, y proporcionarles lo que sea po...
—empezó a decir la mujer.

—Construir más plataformas —dijo el hombre de mayor edad—. La ciudad se lo puede permitir. Cuando dejemos de vivir en los fondos, tendremos las mismas oportunidades que los demás, y Kave se verá beneficiada en términos generales.

Mirar dirigió la vista al hombre de mirada intensa. Este se volvió hacia Genza y se encogió de hombros.

—Nada. Siempre habrá gente más necesitada. No hay nada que podamos hacer para ayudarlos si antes no se ayudan a sí mismos.

El hombre mayor le dedicó una mirada fulminante. Abrió la boca, pero, cuando Genza se aclaró la garganta, se calmó y se encorvó hoscamente en su banqueta.

Mirar se volvió hacia los dos jóvenes. El musculoso hizo un gesto de desdén.

—Ofrecer ayuda solo a los que estén dispuestos a trabajar para ganársela.

—Sí —dijo el chico serio—. Aunque no podemos esperar que los más débiles o jóvenes trabajen. Se pueden dar ciertas ayudas sin pedir nada a cambio; otras deberían estar dirigidas a fomentar mejoras. Debemos aceptar que siempre habrá marginados sociales y gente que no se puede ayudar a sí misma, pero por el bien de la ciudad y la decencia debemos buscar la manera de mejorar su entorno.

—Una pregunta interesante para terminar —dijo Genza. Se puso en pie, y su voz reverberó en toda la ciudad—. Doy inicio a la prueba de la reputación.

Los candidatos se levantaron y se hicieron a un lado. Un grupo de Servidores retiró las banquetas. Mirar notó que la lluvia había cesado y que el día se había aclarado un poco.

—Se someterá a prueba la reputación de cada concursante —continuó diciendo Genza—. Cualquiera puede hablar a favor o en contra de ellos. Escucharemos y consideraremos vuestras palabras.

Durante las siguientes dos horas, la gente fue pasando al pabellón y relatando sus encuentros y desencuentros con uno o más candidatos. Algunos entraban solo para poder ver de cerca a Genza o explicar alguna falta sin

importancia, como la de haber recibido menos cambio del debido.

Mirar empezó a comprender que el hombre mayor era un líder popular entre la gente pobre, mientras que la mujer contaba con el favor de los ricos. Casi nadie tuvo nada realmente grave que contar sobre los competidores.

Los hombres más jóvenes demostraron tener menos seguidores y más detractores. El muchacho musculoso tenía una predisposición a emborracharse y a comportarse de forma estúpida. El crítico más incisivo del treintañero fue un mercader cojo y magullado que afirmó que habían enviado a un asesino para matarlo porque no querían que revelase el comercio ilegal en el que el candidato estaba involucrado.

Una campana marcó el final de la prueba. Algunos de los que no habían hablado aún se sintieron decepcionados o molestos, pero todos fueron invitados a abandonar el pabellón. Una vez más, Genza se dirigió a la muchedumbre.

—Doy inicio a la prueba de popularidad. Dejad vuestros lazos en las cestas. Esta noche se pesarán las canastas, se hará el recuento de los puntos de cada candidato y se anunciará la elección del Gran Cacique.

Mirar observó cómo los ciudadanos de Kave enfilaban por el puente. Luego seleccionaban los lazos de un enorme cesto y los colocaban en una de las cinco cestas más pequeñas señaladas con los colores de los candidatos. Junto a cada canasta había un Servidor vigilando atentamente.

Genza volvió a su asiento, luego dedicó una mueca de disculpa a Mirar.

—Me temo que este es el menos interesante de los rituales, pero al menos nos tenemos el uno al otro para hacernos compañía.

—Ha sido más entretenido de lo que esperaba —le dijo él—. Te agradezco la invitación.

Ella rio en voz baja.

—Me alegra. Pues bien. Uno de esos cinco será Gran Cacique de Dekkar al final del día —dijo ella—. ¿Quién crees que ganará?

—El que vosotros y los ciudadanos de Dekkar encontréis más apropiado —respondió él.

—Qué diplomático. ¿No te atreves a apostar por uno?

Mirar se encogió de hombros.

—No sé gran cosa acerca de ellos.

Ella arqueó las cejas.

—No te interesan en lo más mínimo, ¿verdad?

—No.

—Habría pensado que al menos te interesaría un poco saber quién será el próximo Gran Cacique. Será la persona con la que deberás tratar de aquí en adelante.

—Dudo que tenga alguna razón para hacerlo. Prefiero mantenerme alejado de la política.

Ella sonrió.

—¿Y si la política se acerca a ti?

—Haré lo posible por evitarla.

—¿Y yo? ¿Intentarás evitarme a mí también?

Mirar sintió un hormigueo de advertencia en la piel. Sonrió forzosamente.

—Si no me queda más remedio. Aunque confieso que no me hará feliz.

La sonrisa de la Voz se ensanchó.

—Entonces no lo hagas. Volveré a Glymma en unos días. Quiero que me acompañes. Te presentaré a las demás Voces.

Un escalofrío recorrió su espalda. Si bien no había sido una orden directa, tampoco había sido una invitación. La observó con gesto serio.

—Me honras con tu invitación. Tengo pensado visitar Glymma y me encantaría conocer a las otras Voces. Pero me habría gustado ver un poco más de Ithania del Sur primero. ¿Es necesario que vaya tan pronto?

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Tus viajes pueden esperar. Ahora mismo no debería haber nada más importante para ti que establecer una relación cordial con nosotros. —Su expresión se suavizó, e inclinó la cabeza—. Y creo que tu compañía me será muy grata durante el viaje de regreso.

Mirar suprimió un suspiro. No iba a poder negarse.

—¿Cuándo te marchas?

—En dos días.

Una ovación le dio la excusa para desviar la atención. El hombre musculoso estaba realizando acrobacias para entretener a los votantes. Genza resopló suavemente.

—Gracias a los dioses, la elección del Cacique no solo depende de la

popularidad del candidato —murmuró.

—¿Tienen las pruebas alguna influencia en la decisión?

Ella lo miró como si se hubiera ofendido.

—Claro que sí. Si no dejáramos que la gente piense que su participación es importante, probablemente no aceptarían nuestra decisión.

—Es lo que suponía —dijo él, asintiendo.

—¿Te parece mal?

—En absoluto. Sé que haréis una buena elección.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Si bien es probable que tú y las otras Voces estéis dispuestos a resolver cualquier problema que pudiera surgir en Kave, estoy seguro de que preferiríais no tener que hacer el largo viaje hasta aquí con demasiada frecuencia, sobre todo en verano.

Ella se rio entre dientes.

—Desde luego, no es la mejor temporada del año para venir a Kave. En cambio, no hay mejor época para visitar Glymma. ¿Vendrás conmigo?

Él reprimió un suspiro y consideró la propuesta. «No tengo ninguna razón de peso para negarme y arriesgarme a ofenderlos. Puesto que tarde o temprano tendré que conocer a las Voces, más vale que lo haga con ocasión de una invitación». Incluyó la cabeza afirmativamente.

—¡Magnífico! —exclamó ella—. Mandaré a preparar un camarote para ti en mi gabarra.

Se volvieron a oír ovaciones. Contemplando la ciudad, Mirar pensó en la batalla entre los circulianos y los pentadrianos. Recordó haber visto a una mujer con una túnica negra, una de las líderes de los pentadrianos, matando a mortales con magia. Entonces cayó en la cuenta de que Genza era la Voz que había criado a los pájaros negros que habían atacado violentamente a los siyís, clavando las garras en las alas y los ojos y derribando a los guerreros del cielo.

«¿Y qué? Es probable que Auraya haya matado a un número similar de pentadrianos», se recordó.

Pero, de algún modo, le resultaba más fácil imaginarse a Auraya con remordimientos que a Genza.

Desde el día anterior, Auraya había obtenido abundante información sobre Nekaun, la Voz Primera de los Dioses. Después de llevar a los dos siyís la comida que había robado, se había trasladado con Travesuras a un nuevo mirador. Desde allí contempló con los ojos y la mente las actividades en Klaff. Aunque no podía percibir la mente de la Voz Primera, podía observarlo a través de otros.

Había sido elegido por su gente, no por los dioses. Antes de su Elección, había estado a cargo del Templo dedicado a Hrun, una de las deidades pentadrianas. Se trataba de una diosa benigna, a cargo del amor y la familia, y Nekaun había sido responsable de organizar y dirigir los rituales del Templo.

Se rumoreaba que Imenja, la Voz Segunda, no estaba en buenos términos con Nekaun, al parecer porque la Acompañante Reivan, su asesora, era amante de este. Sus allegados esperaban que la situación mejorara cuando Nekaun, notoriamente veleidoso, cambiase de amante.

«Es bueno saber que nuestros enemigos disfrutaban de los escándalos y cotilleos tanto como nosotros», pensó.

Imenja y otras dos Voces estaban en Glymma. Irónicamente era Genza, la mujer a cargo de los pájaros de combate que habían atacado los siyís, la que más lejos se encontraba de la ciudad, pues asistía a una ceremonia en el sur del continente.

Auraya también había aprendido mucho sobre la religión pentadriana. Gracias a la información obtenida por los espías de los Blancos, sabía los nombres de las Voces y sus dioses, así como los de unos cuantos Servidores Devotos, pero ningún agente circuliano había podido proporcionar muchos detalles sobre las jerarquías y creencias. Todos los Servidores podían blandir magia, excepto, por muy extraño que pareciera, la Acompañante Reivan, que se había ganado el puesto en retribución por una hazaña de guerra.

Reivan había formado parte de un grupo de intelectuales conocidos como los Pensadores. En Jarime había círculos sociales de académicos y entusiastas, pero nada como aquella sociedad organizada de estudiosos.

Poco después del alba, el pueblo se empezó a desperezar. Con Travesuras acurrucado en su regazo, Auraya vio que los lugareños se levantaban y ocupaban de sus actividades diarias. Sin embargo, algunos pentadrianos estaban dedicados a tareas menos rutinarias: organizar y encargarse del

traslado a Glymma de los prisioneros siyís.

Auraya observó que se alquilaban platenes descubiertos en una zona del pueblo y se proporcionaba agua y pan a los siyís en otra. Espió a Nekaun a través de los ojos de sus Servidores. Buscaba constantemente algún fallo en sus planes que pudiera proporcionarles, a ella y a los siyís, la oportunidad de escapar.

Hasta entonces, los siyís habían permanecido a buen recaudo a escasa distancia de Nekaun, dentro de un edificio. Cualquier intento de liberarlos tendría que producirse antes de que llegasen a Glymma. Ella estaba convencida de que iba a ser mucho más difícil rescatarlos una vez que hubieran llegado a la ciudad.

Delante del edificio donde estaba ahora Nekaun había una hilera de platenes. La Voz Primera salió y caminó alrededor de los vehículos, como inspeccionándolos. Auraya se puso tensa cuando percibió el creciente temor de los siyís. Los estaban sacando de la habitación en la que habían permanecido confinados. Los pentadrianos los conducían fuera del edificio. Ella vio cómo, uno a uno, eran llevados al exterior, cargados en los platenes y encadenados a las barandillas de los vehículos.

«Si al menos Nekaun no estuviera aquí...», pensó.

Pero incluso si no hubiera estado, ¿cómo habría podido liberar a los siyís sin responder a los ataques de los Servidores? Le rechinaron los dientes. La voz de Chaia resonó en sus recuerdos.

:... Si el resultado de esta emboscada es que Auraya se vuelva contra nosotros...

Estaba decidida a defraudar a Huan. Si iba a fracasar en la prueba de lealtad, lo haría mediante algo mucho menos trivial que luchar cuando se le había ordenado que no lo hiciera.

«Pero ¿y si mueren los siyís como consecuencia de mi negativa a luchar?». A Auraya le dolía la mandíbula de tanto rechinar los dientes. Se la frotó y exhaló un suspiro. «Solo podré tomar una decisión cuando llegue el momento. Pero si mueren, se lo haré pagar a Huan. De uno u otro modo».

Auraya torció el gesto ante sus propios pensamientos. ¿Cómo había llegado al punto de desear vengarse de una deidad a la que antaño había venerado?

«Mirar lo encontraría divertido».

Ahora los platenes estaban atestados de siyís y pentadrianos. En el último vehículo solo viajaban Nekaun y un cochero. Se pusieron en marcha.

La gente se detenía a mirar mientras la procesión serpenteaba por el pueblo. La presencia de los siyís constituía una novedad para ellos. Y un suceso aterrador. Los siyís habían matado a muchos pentadrianos durante la guerra.

Cuando los platenes alcanzaron el límite del pueblo y enfilaron por la carretera que conducía a Glymma, Auraya empezó a incorporarse. Travesuras hizo un ruido soñoliento de protesta mientras ella lo acomodaba en la mochila.

—*Chila* mala —murmuró.

—Lo siento, Travesuras —le dijo ella.

Bajando de la roca en la que había permanecido sentada toda la noche, echó a volar hacia donde estaban los siyís y sus captores.

Una figura familiar permanecía de pie frente al fuego del Santuario con la cabeza inclinada hacia delante. Reivan se acercó despacio y se detuvo a varios pasos de distancia, procurando no interrumpir los pensamientos de Imenja. Oyó a la Voz Segunda murmurar una plegaria, luego la vio erguirse.

—Ah, Reivan. —Imenja se volvió y sonrió—. ¿Qué tenemos pendiente para hoy?

Reivan se le acercó y se detuvo a su lado. Las llamas se retorcían y crujían como tela fina al viento. Su movimiento constante era hipnótico, y se decía que las deidades podían robarle la cordura a quien se atreviera a contemplarlas durante demasiado tiempo. Reivan apartó la mirada.

—Karneya nos ha vuelto a suplicar que liberemos a su hijo de la esclavitud. Me pedisteis que os informara cuando lo hiciera.

Imenja torció el gesto.

—Siento lástima por él. Cuesta aceptar que tu propio hijo ha cometido un crimen terrible.

—En cualquier otro país, ese chico habría sido ejecutado.

—Sí —convino la Voz Segunda—. Y no podemos concederle lo que pide, pero le escribiré. ¿Qué más?

—Tiemel Timonel quiere ordenarse Servidor, pero cree que su padre se opondrá.

—Tiene razón. Este caso será difícil.

—Su padre no se lo puede impedir.

—Lo intentará. Incluso si eso supone secuestrarlo y enviarlo a Jarime.

—¿En tan poca estima nos tiene?

—No, más bien al contrario —repuso Imenja, riendo—. Pero Tiemel es su único hijo. ¿Quién se ocupará de los barcos cuando él sea demasiado viejo?

Reivan guardó silencio. Era preferible que vendiese el negocio a que obligara a su hijo a dedicar años a un trabajo que detestaba y desperdiciar sus habilidades mágicas.

Imenja se volvió de pronto y fijó los ojos en algún punto distante. Frunció el ceño, luego relajó las facciones y exhaló un suspiro.

—Estas cuestiones tendrán que esperar —dijo—. Nuestro caprichoso amigo acaba de volver.

Reivan sintió una punzada de expectación.

—¿Nekaun?

Imenja asintió y sonrió con un gesto de complicidad.

—Sí.

La sonrisa de la Voz Segunda se ensanchó cuando Reivan se ruborizó.

—Vamos, acompáñame.

Reivan siguió a Imenja hacia los edificios del Santuario. Al principio, los Servidores con los que se cruzaban andaban en silencio y se paraban para realizar la señal de la estrella al paso de Imenja. Luego la premura con que las adelantó un mensajero hizo que la Voz Segunda se detuviera y arrugara el entrecejo. Cerca de la entrada al Santuario se encontraron con varios Servidores que cuchicheaban en grupos pequeños.

—¿Qué ocurre? —preguntó Reivan.

—Han oído que Nekaun trae prisioneros consigo —comentó Imenja en un suspiro—. No son hombres comunes y corrientes.

Al percibir la frustración en la voz de Imenja, Reivan decidió guardarse las preguntas para más tarde. Tenía claro que su superiora no aprobaba la actitud reservada de Nekaun. Si la gente se enteraba de que las demás Voces ignoraban la razón de su desaparición, quizá concluiría que Nekaun no confiaba en ellos o no valoraba sus opiniones.

Llegaron a la sala y caminaron hasta el otro extremo. Shar y Vervel

aguardaban bajo uno de los arcos. Imenja se dirigió hacia ellos.

—Ahí viene —murmuró Shar.

Al seguir la dirección de sus miradas, Reivan advirtió que una multitud salía de una de las calles perpendiculares a la Andana. El gentío inundó la calle principal y se dividió en dos para abrir paso a una procesión de platenes descubiertos que avanzaban hacia el Santuario.

En los vehículos viajaban algunos Servidores, y varios niños encadenados por las muñecas a las barandillas.

Reivan oyó resuellos de estupefacción alrededor y experimentó el mismo sentimiento. ¿Por qué había hecho Nekaun prisioneros a todos esos niños? ¿Qué podían haber hecho para merecer ese trato?

—Son siyís —dijo Vervel en un tono bajo y cargado de desprecio.

—¿Siyís? —Reivan se fijó mejor. Los rostros de los prisioneros no eran de niños, sino de adultos. De pronto, la asaltaron recuerdos de la guerra. Había sido difícil determinar el tamaño de los hombres alados mientras surcaban el cielo. Sin embargo, ella había visto cuerpos muertos en el suelo. Incluso había examinado uno de ellos, tan fascinada como repelida por las deformaciones de sus extremidades y por la membrana que daba forma a sus alas. Algunos de sus colegas Pensadores habían querido llevarse unos cuantos cadáveres a casa para estudiarlos, pero las Voces lo habían prohibido.

El último platén solo tenía un pasajero, y a Reivan el corazón se le hinchó de alegría al ver a Nekaun sonriendo de oreja a oreja. Cuando el vehículo se detuvo, él se apeó de un salto y ascendió la escalera sin el menor esfuerzo. No miró a Reivan; estaba pendiente de sus compañeros, las Voces.

—¿Cómo habéis estado? —preguntó—. Espero que todo haya ido como la seda durante mi ausencia.

—Bastante bien —respondió Vervel con calma—. Veo que has estado ocupado.

—Sí. —Nekaun se volvió para mirar a los platenes. Los Servidores habían empezado a liberar las manos de los prisioneros. Los siyís además estaban atados unos a otros por los tobillos—. Los dioses me informaron de que unos guerreros siyís se disponían a atacar Klaff y me ordenaron hacerme cargo de ellos y de su hechicera.

—¿Hechicera? —repitió Shar.

Nekaun alzó la vista y paseó los ojos por el cielo.

—La ex Blanca.

Imenja inspiró profundamente y levantó la mirada.

—¿Auraya?

Él la miró y sonrió.

—Sí. Nos ha seguido hasta aquí, así que no me cabe la menor duda de que se encuentra cerca.

—¿Supone un peligro? —preguntó Vervel.

—No lo creo. Los siyís aseguran que los dioses le han prohibido a Auraya enfrentarse a nosotros. —Nekaun sonrió antes de bajar los ojos hacia los hombres alados—. Tengo que conducir a nuestros prisioneros a sus celdas. — Se apartó un paso. Reivan se sintió decepcionada. No la había mirado. Ni siquiera de forma fugaz.

—No hay celdas en el Santuario —señaló Imenja.

Nekaun se volvió y le dedicó una sonrisa.

—Claro que las hay. Sencillamente no se usan desde hace mucho tiempo. Cuando él empezó a alejarse, Imenja soltó un gruñido ahogado.

—Las cuevas —dijo con evidente indignación—. ¿En qué nos estamos convirtiendo?

—Son nuestro enemigo y nos han atacado —le recordó Shar.

—Los siyís deberían ser trasladados al complejo penitenciario —dijo ella—. Fuera del Santuario.

—Nekaun debe permanecer cerca para impedir que Auraya los rescate — señaló Shar, encogiéndose de hombros—. No podemos esperar que viva en la cárcel.

Imenja frunció el ceño y exhaló un suspiro. Reivan vaciló cuando su superiora dio media vuelta y echó a andar. La Voz Segunda se detuvo y miró hacia atrás. Sonrió con gran esfuerzo.

—Ven, Acompañante Reivan —dijo en voz queda—. Tenemos trabajo que hacer.

A Sreil le dolía todo el cuerpo. Tenía los brazos entumecidos tras permanecer tanto tiempo en la misma posición y las muñecas rojas y cubiertas de

ampollas a causa de las ataduras. Los vehículos que los habían trasladado a la ciudad habían dado tantos bandazos que Sreil había temido descoyuntarse. Tenía los músculos doloridos de tanto contrarrestar las sacudidas y un costado magullado por los golpes contra la barandilla.

Solo era el principio. Lo peor estaba por llegar. Se había convencido de ello en el momento en que había quedado atrapado en la red. Los pentadrianos no los habían matado, de modo que debían de tener algún otro plan inconfesable.

La noche anterior, atado en una habitación grande cubierta de hierba seca y en compañía de las bestias de tiro, había dormido muy mal. Había soñado con viejas historias de los albores de los siyís. Una época en que sus cuerpos se habían deformado y cambiado. Los mayores contaban estos relatos entre susurros a altas horas de la noche. Era importante recordar el sacrificio y el precio de la transformación, decían. El dolor. El sufrimiento de los fracasados, de los deformes.

Las viejas historias volvieron para atormentarlo, tal vez debido a la incómoda posición de los brazos. Una tea en un soporte de hierro era la única fuente de luz de la enorme habitación en la que se hallaban y hacía que las anchas columnas a las que estaban encadenados parecieran los árboles del Claro. A un lado, sobre un estrado, una enorme silla de piedra, deteriorada por los años, se alzaba sobre ellos. Tal vez alguno de los dioses pentadrianos visitaba ese lugar de vez en cuando. Sreil no pudo evitar pensar que tal vez los siyís habían sido abandonados allí como ofrendas sacrificiales.

Cuando conseguía ahuyentar de su mente estas reflexiones sombrías, sus pensamientos se desviaban hacia su madre y la aflicción que la embargaría al enterarse del descalabro que había sufrido. Esperaba que los dos siyís que habían escapado hubieran logrado llegar a casa. De lo contrario, su madre enviaría más siyís a averiguar qué había ocurrido. Estaba claro que él y sus guerreros habían sido traicionados, de modo que era probable que los siguientes cayeran también en una emboscada.

—Sreil.

Al oír la voz, dio un respingo y se volvió. El siyí encadenado al otro lado de la columna había torcido el cuerpo para hablarle.

—¿Tisil?

—He estado preguntándome quién nos traicionó —le dijo el guerrero. Sreil notó que otros siyís los habían oído y estaban observándolos.

—Yo también —dijo él.

—¿No crees... que tal vez fue... Auraya?

—No —respondió Sreil con firmeza.

—Pero no ha acudido en nuestra ayuda.

—No puede. Los dioses le prohibieron luchar, ¿recuerdas?

Tisil suspiró.

—¿Por qué habrían de prohibírsele? No tiene sentido. A lo mejor es mentira.

—Eso mismo pensó Teel. Pero si nos hubiera traicionado, habría viajado con los pentadrianos, en vez de seguirnos por el aire —argumentó Sreil—. El líder pentadriano no le quitaba ojo, como si temiera que ella fuera a atacarlo.

Otros siyís asintieron.

—Entonces ¿quién? —preguntó Tisil—. Desde luego, no fue un siyí.

—No —dijo Sreil, meneando la cabeza—. ¿Qué ganaría con eso?

—Lo hicieron los pisatierra —susurró alguien—. Algún espía que se enteró de nuestros planes a través de los Blancos.

—Eso es posible —concedió Sreil.

—O tal vez los elay —aventuró otro guerrero.

Las cabezas se volvieron hacia el que acababa de hablar. El hombre se encogió de hombros.

—He oído decir que la tribu de la Arena sospecha que los elay están comerciando con los pentadrianos.

—Nunca nos traicionarían —repuso Tisil—. De todos modos, ¿cómo se enteraron de nuestros planes?

—Según Huan, el hechicero pentadriano sabe leer la mente —intervino otra voz. Todos los ojos se volvieron hacia Teel—. Probablemente averiguó nuestras intenciones cuando sobrevolábamos la ciudad.

A Sreil se le cayó el alma a los pies. «Yo os conduje a la ciudad. Fue culpa mía. Pero ¿cómo iba a saber que su líder poseía esa habilidad? Nadie me lo dijo. Ni Auraya, ni Teel...».

—¿Permitirán los dioses que Auraya nos rescate, Teel? —preguntó alguien.

—No lo sé —admitió Teel—. Quizá solo si no supone luchar.

—¿Y si nuestra captura forma parte de una confabulación más grande?

—No lo sé —repitió el sacerdote—. Lo único que podemos hacer es permanecer fieles a ellos y rezar.

Y entonces empezó a orar. Mientras algunos de los siyís bostezaban, molestos, las palabras proporcionaron cierto alivio a Sreil. Resultaba reconfortante pensar que su situación no era más que un elemento que formaba parte de un plan a gran escala.

«No ha sido culpa mía», se dijo.

Cerró los ojos y se concentró en las palabras del joven sacerdote con la esperanza de mantener a raya los pensamientos sombríos.

Los muros de los pisos más bajos del palacio de Hannaya eran tan gruesos que las habitaciones parecían estar conectadas por pasadizos cortos. Habían excavado nichos en las paredes, y algunas habían sido recientemente recubiertas con piedra. Bustos de hombres y mujeres importantes observaban desde el interior de esas cavidades, y sus expresiones eran todas adustas.

Varios hombres y unas pocas mujeres iban y venían. A Emerahl no le costaba imaginar que anhelaban abandonar ese lugar opresivo, pero no percibió la menor señal de temor; solo el habitual trasfondo de irritación, determinación y ansiedad que había percibido en una decena de ciudades distintas.

Según los Mellizos, el palacio había sido el hogar de la familia real que en otro tiempo había reinado en Mur y que se había extinguido años atrás. El laberinto de estancias, amplias y rústicas, seguía estando ocupado por la misma cantidad de criados, cortesanos y artesanos, pero ahora el gobernante era un Servidor Devoto pentadriano conocido como el Guardián.

Dos de los Pensadores que buscaban el manuscrito provenían de familias ricas e influyentes que vivían en el palacio y proporcionaban alojamiento a los demás. Sin embargo, durante la mayor parte del día los cinco estudiosos se reunían en la biblioteca. Era allí adonde se dirigía Emerahl en aquel preciso momento.

El chico al que había pagado para que la guiase enfiló otro pasillo que se

internaba aún más en el peñasco. A Emerahl se le aceleró el pulso cuando el muchacho se detuvo delante de dos grandes puertas de madera tallada y extendió la mano. Ella le dio una moneda, y el chico desapareció a gran velocidad.

Emerahl respiró hondo y llamó a la puerta.

Por unos instantes no obtuvo respuesta. Se concentró en el espacio que había al otro lado de la puerta y captó las emociones de distintas personas. En su mayoría estaban distraídos y en silencio, pero uno parecía decidido y algo irritado.

De pronto, el picaporte giró, y la puerta se abrió hacia el interior. Los ojos de un anciano la contemplaban desde encima de una larga nariz.

—¿Sí?

—Quisiera ver a los Pensadores —dijo ella—. ¿Están aquí?

El anciano arqueó las cejas, pero no dijo nada. Retrocedió unos pasos y le hizo una seña para que pasara a la habitación.

Era enorme. El techo, como en la mayor parte de las estancias del palacio, era sorprendentemente bajo. Por contraste, el fondo estaba a una distancia considerable. Las paredes largas de los lados estaban cubiertas por estanterías repletas de pergaminos y objetos diversos. Unas estatuas y mesas sobre las que descansaban antigüedades curiosas dividían el espacio en tres secciones.

El anciano se acercó a una mesa cubierta de pergaminos junto a una estantería semivacía. Cogió un paño mojado de una tablilla de barro, lo puso a un lado y empuñó un instrumento para escribir. Cuando dirigió la atención hacia los pergaminos, Emerahl esbozó una sonrisa irónica. Saltaba a la vista que ella tendría que encontrar a los Pensadores por su cuenta.

Recorrió la biblioteca con paso lento, examinando los objetos expuestos. Dispersos por la habitación había varios hombres de edades distintas. Algunos leían, otros escribían y unos pocos conversaban en voz baja. Al final de la estancia, cinco de ellos hablaban de forma relajada arrellanados en unas butacas. Desde un brasero de madera de humo situado en medio se elevaba una nube de lo que probablemente era una especie de estimulante.

—Saludos, Pensadores —dijo ella. Todos se volvieron hacia Emerahl. Ella paseó la vista por los rostros y la posó en el hombre más corpulento—. ¿Eres Barmonia Mayoral?

—En efecto —respondió el aludido, arqueando ligeramente las cejas.

—Soy Emmea Esferista, hija de Karo Esferista, un noble matemático de Toren.

—Estás lejos de casa —observó el más joven.

—Sí. Mi padre y yo tenemos una afición especial a las antigüedades. — Levantó la caja que contenía el pergamino falso—. Hace poco compró esto, pero, como su salud no le permite viajar, me ha enviado aquí en busca de información. Mis averiguaciones me han llevado hasta vosotros. Creo que os interesará sobremanera.

El hombre corpulento soltó un resoplido de escepticismo.

—Lo dudo.

—No me refiero a la caja —dijo ella con sequedad—, sino a su contenido.

—Ya te había entendido —replicó él.

Ella volvió a mirarlo a los ojos.

—Se me advirtió que los Pensadores no tienen modales, ni respetan a las mujeres, ni cuidan su higiene personal. Pero esperaba encontrar mentes inteligentes y curiosas. —Esto arrancó una sonrisa al Pensador más joven, pero los demás permanecieron indiferentes.

—Somos lo bastante inteligentes para saber que ninguna mujer extranjera puede traer algo que sea de interés para nosotros.

Tras lanzar un vistazo al brasero, ella sonrió y asintió para sus adentros.

—Ya veo.

Giró sobre los talones y empezó a recorrer la biblioteca en el sentido contrario. Sobre una mesa había una losa grabada con jeroglíficos. Para su sorpresa, notó que pertenecía a un monumento de un templo en Jarime desmantelado mucho tiempo atrás..., o en Raos, como se llamaba la ciudad en aquella época. Probablemente ella había pasado innumerables veces por delante de la misma piedra cuando estaba colocada en su sitio. ¿Cómo había ido a parar a Mur?

Oyó unos pasos que se aproximaban. Mantuvo los ojos clavados en la losa, esperando que el hombre pasara de largo, pero no lo hizo. Se detuvo a su lado y, al alzar la mirada, ella comprobó que se trataba del más joven de los Pensadores.

Emerahl reprimió una sonrisa. Claro que lo era.

—Bar siempre ha sido así —comentó él—. No le gustan mucho las mujeres. Espero que no estés muy decepcionada.

—Él se lo pierde, no yo. Dime, ¿cómo llegó hasta aquí esta piedra?

—Siempre ha estado aquí —dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella soltó una risita.

—Esto sí que me resulta decepcionante. ¿Tan aturdidos estáis por vuestras hierbas humeantes que ni siquiera sois conscientes de los tesoros que tenéis aquí?

—Eso no es ningún tesoro.

—¿Una losa monumental de la antigua Raos no es un tesoro? ¿Tienes idea de lo valiosa que es? Los circulianos destruyeron tantas cosas de la Era de los Múltiples Dioses que nuestra historia está fragmentada. —Señaló un ideograma—. Gaomea, el sacerdote, es uno de los pocos nombres que aún se conocen. —Recorrió los símbolos con el dedo, traduciéndolos al muriano—. ¿Tenéis otras piedras como esta?

El hombre no apartaba los ojos de ella.

—No lo sé. Pero, si lo deseas, puedo preguntárselo al bibliotecario. Si hay algo aquí, él te lo mostrará si yo se lo pido.

—¿Tan radical es? —inquirió ella, volviéndose hacia él.

—¿Cómo?

—¿No se lo puedo pedir yo misma?

Él torció el gesto.

—No. Como ha dicho Bar, eres mujer y extranjera.

Ella exhaló un suspiro y puso cara de exasperación.

—Bueno, supongo que la situación no deja de ser mejor que en mi ciudad. La única manera de ver tesoros antiguos es comprárselos a un noble rico, y solo si este está dispuesto a vender.

Él la guio hacia el anciano que catalogaba los pergaminos.

—Todo esto pertenece a los pentadrianos —dijo él en un tono que traslucía que no le hacía demasiada gracia.

—Al menos no lo han destruido, como habrían hecho los circulianos. He tenido suerte al encontrar esto. —Emerahl dio unas palmaditas a la caja.

—Por cierto..., ¿qué hay allí dentro?

—Solo un fragmento de pergamino.

—¿Por qué lo has traído hasta aquí?

Ella se quedó callada por unos instantes y levantó la vista.

—Está en sorliano.

Él la contempló, incrédulo. Emerahl prosiguió como si hubiera tomado su silencio por desconcierto.

—Una antigua lengua sacerdotal de Mur. Pensaba que lo sabrías. —Sacudió la cabeza como si estuviera exasperada—. Esperaba que tuviera más sentido para un nativo, que sabría conocer las referencias geográficas y el significado de la expresión «ofrenda de aliento». —Guardó la caja dentro de una bolsa que le colgaba de la cintura—. ¿Podemos preguntar por esos tesoros? Creo que son lo único que justificaría el esfuerzo de este viaje.

La tensión y la emoción del hombre eran palpables. Con un control de sí mismo admirable, permaneció en silencio. A ella no le sorprendió: los Pensadores jóvenes no solían hacer nada sin antes consultarlo con sus superiores.

—Entonces tendré que asegurarme de que el viejo Rikron te lo enseñe todo.

En los últimos días, Auraya había puesto a prueba los límites de sus habilidades. No podía dormir y sostenerse suspendida en el aire al mismo tiempo, de modo que se había mantenido despierta mientras sobrevolaba Glymma. Después de un par de días sin conciliar el sueño, le estaba costando concentrarse, así que, a solicitud de Juran, la noche anterior se había retirado a las colinas a descansar.

También debía someter a prueba constantemente su disposición a obedecer a los dioses. Podía oír los pensamientos de los siyís. Sabía que estaban encadenados en algún lugar bajo el Santuario. Sabía que estaban asustados y que empezaban a perder las esperanzas. Pero no les habían hecho daño físico. Nadie en el Santuario —nadie cuya mente ella podía leer— sabía qué planes tenía Nekaun para los prisioneros. Algunos pensaban que planeaba pedir un rescate. Otros consideraban la posibilidad —que felizmente no se les había ocurrido a los siyís— de que los hombres alados serían entregados a un grupo conocido como los Pensadores, que los estudiarían y experimentarían con ellos.

Volviendo a su atalaya sobre el Santuario, Auraya empezó a explorar las mentes de los que estaban en la ciudad.

La primera mente que encontró fue la de una Servidora a la que habían encargado la tarea de alertar a las Voces si Auraya se acercaba al Templo. La mujer ya había visto a Auraya. Había informado telepáticamente a Nekaun a

través de su colgante en forma de estrella.

Auraya pasó por alto a la mujer y exploró los pensamientos de otros Servidores y del personal doméstico encargado de las tareas mundanas. Le llegaron fragmentos de oraciones, recetas, sumas y canciones. Los chismorreos, las instrucciones y las intrigas amenazaban con distraerla. Pero su necesidad de encontrar a los siyís consumía todo su tiempo.

«Allí. Siguen allí».

El hecho de estar físicamente encadenados al mismo lugar empezaba a pasarles factura. Auraya captó sentimientos de humillación y repulsión, además de miedo. Luego percibió que sus temores iban en aumento. Al concentrarse, vio que se estaban llevando a uno de los siyís. Se le formó un nudo en el estómago y notó que había perdido altura. Se elevó en el aire y aguardó, preocupada en extremo.

Vio a Nekaun a través de los ojos del siyí. La Voz dijo algo, pero el siyí estaba demasiado asustado para comprender sus palabras. Algo acerca de marcharse.

Luego le quitaron las cadenas de las muñecas. Iba a tener que llevar un mensaje. Ese era el precio de su libertad. El hombre que lo tenía sujeto lo soltó. El siyí avanzó tambaleándose hacia la puerta. Afuera había una pequeña caída. ¿Era una ventana entonces? Daba igual. El viento era propicio. Sus piernas seguían estando rígidas. Estiró los brazos. Debía calentar los músculos antes de intentar volar, pero no pensaba quedarse ni un minuto más de lo necesario.

Acercándose a la abertura, saltó al exterior y dejó que su corazón se llenase de alegría mientras el viento lo llevaba en volandas.

«Libre..., pero ¿y los demás? —Se elevó aún más, volando en círculos—. El hombre que nos ha raptado quiere hablar con Auraya. Tal vez a ella se le ocurra algo. Pero ¿dónde está?».

Auraya descendió rápidamente. El siyí la vio y fue a su encuentro. Voló en un círculo cerrado alrededor de ella.

—El líder me ha soltado —le dijo—. Me ha dado un mensaje para ti. Quiere verte. En la parte alta de los edificios.

Ella acusó recibo del mensaje con un silbido.

—¿Cómo están los otros?

Él describió lo que ella había visto en las mentes de los siyís: la sala, la insalubridad y el temor a que pronto perdieran la habilidad de volar.

—A Zyee y a Siti les di comida y agua para que las dejaran en los lugares en los que acampamos —le dijo ella—. ¿Tu odre está vacío?

—Sí.

—Llévate el mío.

Ella se acercó para que hicieran el intercambio. Cuando terminaron, él dio unas vueltas alrededor de Auraya, mirando hacia abajo con ansiedad.

—¿Puedo ayudar?

—No. Vete a casa.

Él se dio por enterado con un silbido.

—Entonces buena suerte. Ten cuidado. Podría ser una trampa.

—Lo sé.

El siyí se alejó volando, y ella lo siguió con la mirada. Estaba cansado y hambriento. ¿Cómo iba a volver a Si a través del desierto de Sennon sin comida, excepto lo poco que ella había robado en Klaff, y un solo odre de agua?

«Tendría que haber robado más y llevarlo a varios de nuestros campamentos en Sennon. —Frunció el ceño—. Tal vez debería hacerlo ahora, y darle alcance y...».

:¿Auraya?

Ella miró hacia la ciudad. Una mente la llamaba. Se concentró e identificó a la Servidora a la que habían encargado vigilarla. La mujer no sabía si su llamada llegaría a oídos de Auraya, pero Nekaun le había dicho que lo intentara.

Auraya buscó a la mujer. Encontró tres figuras de pie en la azotea del edificio más alto del Santuario: la mujer, Nekaun y otra persona llena de entusiasmo reprimido y autosuficiencia.

:¿Juran?, llamó Auraya.

:Auraya. ¿Qué ocurre?

Ella le informó de que Nekaun había soltado a un siyí para que le transmitiera el mensaje de que la quería ver.

:¿Crees que debo ir?, preguntó.

:Podría tratarse de una trampa, le advirtió Juran.

:Estoy dispuesta a correr el riesgo. Si no me reúno con él, Nekaun podría vengarse matando a los siyís.

:Entonces ve. Averigua qué quiere.

Ella alzó la vista y observó el pequeño punto en el cielo que era el siyí liberado.

:Si Nekaun pidiera un rescate por los siyís, ¿accederías?

:Dependería del precio.

Inspirando profundamente, invocó magia, se rodeó de una barrera y empezó a descender. Sintió un movimiento en su mochila y maldijo entre dientes. Si al menos se le hubiera ocurrido pedir al siyí que se llevara a Travesuras consigo... Pero el viz habría sido un peso adicional para él.

La observaban tres rostros inclinados hacia atrás. La mujer miró de pronto a Nekaun, hizo un gesto con las manos y se alejó andando. Luego levantó una trampilla en el tejado y desapareció en la oscuridad.

Auraya tocó suelo a varios pasos de los dos hombres.

Nekaun sonrió.

—Bienvenida a Glymma, Auraya —le dijo en haniano con un acento fuerte.

Mirando al hombre que estaba al lado de la Voz, Auraya leyó en su mente que era Turaan, el Acompañante de Nekaun, y estaba allí para ayudar con la traducción. Su superior no sabía hablar en ninguna de las lenguas del norte y dudaba que Auraya hubiera aprendido alguno de los idiomas del sur.

«No debo dejar que se enteren de que comprendo las lenguas del sur — pensó—. Nekaun podría llegar a la conclusión de que las he aprendido de algún modo, pero los dioses sabrán que no es verdad y averiguarán que puedo leer la mente».

—¿Bienvenida? —respondió en haniano—. Dudo que lo sea.

La sonrisa de Nekaun se ensanchó. Habló en su propio idioma, y Turaan repitió sus palabras en haniano.

—Sin duda no eres bien recibida por algunos, pero ellos no entienden las razones que te traen aquí.

—¿Y tú sí?

—Tal vez. Debo admitir que me muevo en el terreno de la especulación. A través de las mentes de los siyís descubrí que te han prohibido luchar. De

lo que deduzco que solo estás aquí para protegerlos. Tal vez no tengas intención de hacer daño a mi gente.

—Solo si no haces daño a la mía.

Él arqueó las cejas.

—Y, sin embargo, ellos han venido hasta aquí para hacer daño a mi gente.

Ella esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Eso no es verdad.

Él arrugó el entrecejo y luego se rio.

—Ah, es verdad. Han venido para atacar a los pájaros. Y si unas cuantas personas se hubieran interpuesto, ¿los siyís no les habrían hecho nada?

—Yo no les di las órdenes —dijo Auraya, cruzándose de brazos.

—Debe de ser difícil querer a un pueblo y ver cómo otros gobiernan a la gente tan mal.

—La mía no es una posición fácil.

Los ojos de Nekaun se perdieron en un punto lejano, como si lo que ella acababa de decir lo hubiera hecho pensar en otro tema. Después su mirada se dirigió de nuevo hacia Auraya.

—Te hago una oferta. Si te quedas en Glymma y me dejas enseñarte a mi pueblo y mi ciudad, liberaré a los siyís. Soltaré a uno por cada día que pases aquí.

Ella entornó los párpados.

—¿Lo único que tengo que hacer es quedarme?

—Y dejar que te muestre a mi gente.

—¿Por qué?

La expresión de Nekaun se volvió seria.

—Tu gente no comprende a la mía. Pensáis que somos crueles y depravados. Quiero demostrarte que no es verdad. —Torció el gesto—. No quiero hacer daño a los siyís ni esclavizarlos, tal como admiten nuestras leyes. Podría pedir un rescate por su libertad, pero no es eso lo que me interesa. Lo que ansío es la paz. Tú no eres una Blanca, pero dudo que un Blanco viniera aquí por muy humilde que fuera nuestra invitación. Sin embargo, eres su aliada. Puedes contarles lo que veas aquí. —La miró con expectación—. ¿Te quedarás?

Auraya lo contempló recelosa. Seguía careciendo de razones para descartar una trampa. En la mente de Turaan no encontró ninguna señal de ello, pero era posible que no se lo hubieran contado.

«Qué remedio. Tendré que asumir el riesgo. Por el bien de los siyís».

—Un siyí por día —repitió ella.

—Sí.

—Y quiero estar presente cuando los liberes.

—Por supuesto.

—¿Les darás comida y bebida para el viaje de vuelta a casa?

—Haré los arreglos necesarios.

—¿Y condiciones higiénicas para los que sigan aquí?

—Ya he ordenado que se encarguen de eso.

—¿Lo jurarás por tus dioses?

Él sonrió.

—Juro por Sheyr, Hrun, Alor, Ranah y Sraal que liberaré a un prisionero por cada día y noche que permanezcas aquí y que nadie te hará daño durante este tiempo.

Ella apartó la vista, como si se lo estuviera pensando.

:¿Juran?

:¿Sí?

Le describió las condiciones del acuerdo.

:Intentará reclutarte o convertirte.

:Supongo. Pero no lo conseguirá.

:No. No lo conseguirá. Este es un juego peligroso, Auraya, pero si estás dispuesta a jugarlo, tienes nuestra aprobación. Buena suerte.

Auraya se volvió hacia Nekaun y asintió.

—Me quedaré.

Después de informar a Emerahl y a los Mellizos acerca de la solicitud de Genza para que viajara con ella a Glymma, Mirar se dejó arrastrar por el sueño. Soñó con que Auraya intentaba decirle algo pero unos golpes en la puerta la interrumpían. Luego reparó en que tenía los ojos abiertos y estaba mirando el techo despierto.

«Algo me ha despertado». Se incorporó, arrugó el entrecejo y escuchó atento. Se volvió hacia la entrada...

... y lo invadió una mezcla de expectación e incertidumbre. Al otro lado de la puerta aguardaba una persona conocida cuya determinación empezaba a flaquear.

«Dardel. Por fin se ha armado de valor para venir».

Por unos instantes se debatió entre sentimientos contradictorios. El recuerdo de la presencia de Auraya en su sueño se dilataba en su mente. Sin embargo, era consciente de que aquella oportunidad para consolar a Dardel podía no volver a presentarse.

«Auraya no está aquí —se dijo—. No está enamorada de mí».

Se puso en pie, caminó hasta la puerta y la abrió. Dardel levantó la vista hacia él con los ojos muy abiertos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó él.

—He oído que te vas a marchar. He venido a... decirte adiós.

Aunque ella no lo miraba a los ojos, él pudo sentir sus conflictivas emociones. Ella esperaba algo más que una simple despedida.

—Me alegra que lo hayas hecho —le dijo él—. Dardel...

Ella alzó la vista. Él arqueó una ceja. Los labios de Dardel esbozaron una sonrisa.

—Espero que no te importe lo tarde que es. No podía conciliar el sueño.

—En absoluto. Estas noches calurosas no ayudan a dormir. ¿Quieres entrar a... hablar?

Ella pasó a la habitación. Mirar cerró la puerta y, al volverse, la encontró quitándose el chaleco.

—Con este calor dan ganas de quitarse toda la ropa.

Él se rio en voz baja.

—Creía que yo era el único.

Ella se acercó a él y tocó su chaleco.

—Déjame ayudarte.

Despojados de sus vestimentas de tejedores, pasaron a la cama. Ella olía a sudor fresco y a flores selváticas; la luz de la luna iluminó la curva de un hombro. Un pecho. La cintura. Una piel cálida bajo las palmas de las manos de Mirar, que recorrían el cuerpo de Dardel. Se acercaron aún más el uno a la

otra, tentando con los dedos, explorando con los labios, hasta que ya no pudieron aproximarse más. Él notó la presión de los talones de ella contra su espalda. Empezaron a balancearse rítmicamente con la respiración de ambos y el suave crujido de la cama como únicos sonidos, y él se dejó arrastrar con lentitud hacia ese momento en que el placer sustituye al pensamiento.

Cuando volvió el pensamiento, ella se separó de él. Mirar extendió un brazo para tocarla, pero ella le cogió la mano. Sorprendido, él la observó y la notó pensativa.

—Algo ha cambiado —dijo ella. Lo miró a los ojos—. Pensé que sería más excitante ahora que sé quién eres. Pero no lo es. Es... —Dardel arrugó el entrecejo y meneó la cabeza—. No sé...

Él apoyó la espalda en la pared.

—A veces una fantasía es más excitante que la realidad.

Ella asintió, luego frunció el ceño y volvió a negar con la cabeza.

—No es eso. —Lo miró y sonrió—. Bueno, lo es en parte. Pero hay algo en ti que siempre me ha inquietado. Me recuerdas a... ¿Has...? —Se detuvo y lo observó con aire pensativo—. Tengo la sensación de que hay algo que te distrae, incluso cuando estás más..., mmm..., atento. —Hizo una pausa—. Diría que es una mujer. Espero no estar siendo demasiado impertinente.

Era perspicaz, admitió él. También reconoció su estado de ánimo. A veces una conversación íntima remataba agradablemente los encuentros carnales, aunque las mujeres eran más aficionadas que los hombres. Él había aprendido hacía mucho a apreciarlas. Podían ser frívolas, divertidas, extravagantes o mostrar cierto nivel de inteligencia y sagacidad. A veces sencillamente necesitaban hablar de sus problemas. Y en determinadas ocasiones se excedían. En esos casos, había que armarse de paciencia.

Dardel no era una quejica. Él podría haber ignorado su sospecha, pero no hacía falta, siempre y cuando mantuviera en secreto la identidad de Auraya.

—Hay una mujer —le dijo.

Ella alzó la vista.

—Entonces ¿por qué no estás con ella? ¿Está en el norte? —Sus pupilas se dilataron—. ¿Los dioses circulianos te mantienen alejado de ella?

Él sonrió.

—No. Por desgracia, ella no siente por mí lo mismo que yo siento por

ella.

—Oh. —Dardel dejó caer los hombros y le dedicó una sonrisa empática —. Entonces es tonta.

Él soltó una risita.

—Cuántas veces he dicho eso mismo a las mujeres en la situación inversa. Ahora me tranquiliza comprobar que ayuda. Un poco.

Pero Dardel no parecía estar escuchando. De pronto, alzó los ojos y lo golpeó suavemente en el hombro.

—¡Y aun así te has acostado conmigo! ¡Cómo puedes hacer eso si amas a otra!

Él la cogió por la muñeca.

—¿De verdad esperas que permanezca célibe por una mujer que no está interesada en mí?

—No. Supongo que no —respondió ella, sonriendo.

—Se me ocurren unas cuantas maneras de que apoyes mi decisión de no seguir soltero.

Ella arqueó las cejas.

—Estoy segura de que no te faltan ideas. —Ella inclinó la cabeza, absorta —. Es reconfortante saber que eres lo bastante humano como para ser un tonto enamorado.

—¿Lo es? —Él torció el gesto—. Me alegra de que lo sea para alguien.

—Oh. —Ella sonrió y le dio unas palmadas en la mejilla—. Entonces supongo que tendré que asegurarme de que lo sea especialmente para ti.

Inclinándose hacia delante, empezó a acariciar su pecho. Mirar sonrió, cogió su mano y la atrajo hacia él.

A diferencia del Templo, el Santuario era una confusión de edificios interconectados en varios niveles. Auraya tuvo la sensación de estar descendiendo a un laberinto. Sin embargo, cada vez que se empezaba a sentir atrapada y desorientada, Nekaun la conducía a un pasillo abierto al exterior por uno de sus lados o a un patio. Ella reparó en que aquella forma de arquitectura permitía airear la estructura, haciendo más soportable el calor seco.

La mayor parte de sus pensamientos giraban en torno a la situación en la que ahora se encontraba. Los siyís estaban secuestrados. Tenían la suerte de estarlo, ya que habían ido a atacar Klaff —o a enfrentarse a las fuerzas pentadrianas, según el grado de consideración que la gente de ese pueblo tuviera por sus pájaros— y podrían haber sido asesinados a modo de represalia.

En lugar de ello, estaban siendo utilizados para chantajear a Auraya. El precio no parecía alto. Sencillamente tenía que permanecer allí un tiempo. Conocer al pueblo de Nekaun. Eso era todo.

«Tiene que haber algo más. En el mejor de los casos, intentará sonsacarme información sobre los Blancos. En el peor, me mantendrá cerca de él mientras averigua si puede matarme».

Hasta ahora, Nekaun la había paseado por el Santuario, deteniéndose aquí y allá para mostrarle algunas particularidades de la ornamentación o

explicarle el uso o la importancia de determinados elementos. Desempeñaba el papel de atento anfitrión. Ella sintió que si bien su cuerpo estaba a la altura de las circunstancias, su mente se estaba rezagando mucho, incapaz de aprehender por completo todo lo que había ocurrido en los últimos días ni las verdaderas consecuencias de permanecer en Glymma.

Nekaun dijo algo en tono grandilocuente.

—Y estas —tradujo Turaan— son tus habitaciones.

Un criado abrió de par en par una gran puerta batiente de dos hojas. Auraya prestó atención a su entorno y entró tras Nekaun. La primera habitación era del tamaño de una casa y estaba escasamente amueblada. Nekaun le hizo una seña en dirección a otra puerta. Auraya cruzó el umbral y se encontró con una amplia estancia en la que destacaba una cama de grandes dimensiones. Una arcada en uno de los lados conducía a un cuarto cubierto en su totalidad por azulejos con una piscina vacía en el centro, a ras del suelo.

—Los criados te traerán agua cuando desees bañarte —le dijo Nekaun a través de Turaan. Señaló unos vasos y unos potes de cerámica—. Una selección de perfumes y aceites.

«Así que debo vivir a todo lujo mientras los siyís permanecen encadenados en el sótano».

—Quiero hablar con los siyís —dijo de pronto—. Es una crueldad innecesaria ocultarles nuestro acuerdo.

Nekaun la contempló pensativo.

—Te llevaré con ellos —tradujo Turaan—. Pero solo si juras por tus dioses que no intentarás liberarlos. Me vería obligado a detenerte y podrían quedar heridos en el proceso. No quisiera hacerles daño.

—Lo comprendo —respondió ella—. Juro por el Círculo que no intentaré rescatar a los siyís a los que mantienes prisioneros durante la vigencia de nuestro acuerdo.

Él asintió.

—Sígueme.

Para alivio de ella, él no se detuvo a mostrarle otros rincones del Santuario, pero tampoco avanzó deprisa.

—Los siyís te ven como a su Blanca personal —dijo él—. Ellos creen que los consideras tu propio pueblo. ¿Es eso verdad?

—Hasta cierto punto. No soy una siyí. Y nunca lo seré.

—Pero tienes mucho en común con ellos. Puedes volar, por ejemplo.

—Sí.

—¿Dónde te sientes en casa? ¿En Si o en Hania?

—Si es mi hogar actual —dijo ella, arrugando el entrecejo—, pero siempre me sentiré vinculada a Hania.

Él sonrió.

—Entiendo. ¿Abandonaste a los Blancos para poder vivir entre los siyís?

—No pienso decirte por qué abandoné a los Blancos.

Él soltó una risita.

—Supuse que no lo harías. Pero no perdía nada por preguntártelo. Mucho se ha especulado sobre eso por aquí.

Habían descendido a un pasillo subterráneo. Las paredes estaban desnudas y el suelo, polvoriento; era evidente que apenas se utilizaba esa área. El suelo se hundía ligeramente en el centro, lo que hacía pensar en un deterioro a lo largo de los siglos, tal vez milenios. Intrigada, Auraya buscó otros signos que indicaran cuál había sido el propósito original de esa parte del Santuario.

Nekaun la condujo a través de una verja a un pasillo. Pasaron junto a unos cuantos nichos con lámparas en su interior. Cruzaron un segundo enrejado y finalmente llegaron a una gran verja de hierro abovedada flanqueada por dos Servidores que montaban guardia. Dentro había una estancia muy amplia llena de columnas y, en el fondo, una cripta, donde se alzaba un asiento enorme.

«Es un templo antiguo —pensó—. Y este es el trono de un dios. Un dios muerto, probablemente».

Luego un movimiento desvió su atención hacia la base de un pilar y se le cayó el alma a los pies.

Los siyís estaban encadenados a las columnas. Permanecían sentados o acuclillados en el suelo, y sus pensamientos eran de desánimo y temor. Junto a cada siyí habían colocado cuencos de madera para sus excrementos, y ella pudo oler el hedor que emanaba de estos.

—Me dijiste que tu gente les proporcionaría instalaciones sanitarias —dijo ella, volviéndose hacia Nekaun—. Esto no es saludable.

Nekaun arqueó una ceja.

—Son prisioneros. Supongo que no esperarás que los trate como a huéspedes de honor.

Ella pensó en las habitaciones que él le había enseñado.

—Desde luego que no, pero sí espero que estén lo bastante sanos para volver a casa cuando los liberen. De este modo acabarán enfermos. Se les debe permitir ejercitarse o los músculos de sus alas se volverán demasiado débiles para volar.

Nekaun miró a los siyís y asintió despacio.

—Entiendo. Una vez que verifique que esta habitación es segura, haré que les quiten las cadenas y destinen una zona a la recogida de excrementos. —Se dirigió a los Servidores. Uno de ellos extrajo una llave de debajo de su túnica y abrió la verja.

Al verla entrar, los rostros y los pensamientos de los siyís se llenaron de esperanza. Ella buscó a Sreil. Cuando lo encontró, caminó hasta donde estaba y se acuclilló a su lado.

—¿Alguno de vosotros está herido?

El joven sacudió la cabeza.

—Arañazos, esguinces, pero nada más.

Ella observó las caras esperanzadas.

—No estoy aquí para liberaros —les dijo—. Al menos no hoy. Pero he llegado a un arreglo con Nekaun, el líder de los pentadrianos. Cada día que permanezca aquí, él soltará a uno de vosotros.

—Somos más de treinta —dijo uno de los siyís—. Eso supone un mes largo. No podremos volar si permanecemos así una semana más.

—Ya se lo he explicado —añadió—. Ha accedido a soltar vuestras cadenas.

—¿Te fías de él? —preguntó Sreil.

Ella lo miró y exhaló un suspiro.

—No tengo más remedio. Me lo ha jurado por sus dioses. Si eso no lo compromete, nada lo hará.

—¿Qué quiere de ti? —preguntó el sacerdote.

—No lo sé —admitió ella—. Dice que quiere que me quede aquí a conocer a su gente.

—Intentaré corromperte, hacer que reniegues de los dioses —le advirtió Teel.

—Es probable —convino ella—. Mañana por la mañana comprobaremos si hace honor a su palabra. Insistiré en presenciar la primera liberación de uno de vosotros.

Entre las dudas y esperanzas de los siyís había una preocupación, así como un sentimiento de gratitud, por el riesgo que ella estaba corriendo. Si Nekaun no hubiera estado escuchando y observando, Auraya se habría acercado a cada uno de ellos para reconfortarlos, pero no quería que viera hasta qué punto los valoraba, no fuera a ser que aumentara sus exigencias. Se puso en pie y sonrió forzosamente.

—Sed fuertes y tened paciencia —les dijo—. Estaré pensando en vosotros en todo momento.

—Y nosotros en ti —le dijo Sreil.

Se volvió y caminó contra su propia voluntad hasta la verja. Una vez fuera, se encaró con Nekaun.

—Si alguno de ellos no fuera capaz de levantar el vuelo desde el Santuario, nuestro trato quedaría roto.

Él sonrió y asintió.

—Por supuesto. Me aseguraré de que estén más cómodos.

La biblioteca del palacio cerraba por la noche excepto para los «miembros», lo que solía proporcionar a los Pensadores la privacidad que requerían para discutir sus progresos en la búsqueda del Manuscrito de los Dioses.

«O la falta de progresos —pensó Raynora—. Me pregunto cuántas otras pistas han pasado por alto mis compañeros sencillamente porque no les gustó el sexo o la raza de la persona que se las proporcionó. ¿Los celos que sienten por quienes poseen habilidades mágicas también les ha llevado a ignorar información importante?».

Sintió una punzada de envidia y esbozó una sonrisa irónica. Todos los Pensadores, incluso él mismo, suspiraban por los poderes mágicos. La gente siempre quiere lo que no puede tener. Tomar conciencia de que no llegaría a ser un Servidor no había hecho más que aumentar la fascinación que ejercían

sobre él. Antaño había querido ser uno de ellos, pero, cuando uno de los Pensadores obtuvo esta categoría poco después de la guerra, su interés empezó a decaer. No podía aspirar a una posición tan prestigiosa como la de Acompañante, y la vida humilde de un Servidor común y corriente no le parecía tan interesante en la medida en que no requería el uso de magia.

«Mientras que ser un Pensador me granjea cierto respeto de los demás y no tengo que renunciar a mis posesiones, por pequeñas que sean».

Habiendo llegado a esa conclusión, el interés de Ray por el Manuscrito de los Dioses también había decaído. Esta búsqueda había formado parte de su arrobamiento por la religión, pero ahora que esa unión mística había desaparecido empezaba a cansarse de las desagradables personalidades de los principales investigadores. Barmonia era el motor del grupo, pero su arrogancia lo irritaba. El cinismo de Mikmer ya no le resultaba divertido, y había que armarse de paciencia si Kereon empezaba a despacharse con uno de sus temas favoritos. El único Pensador de edad parecida a la suya era Yazir, pero Ray sospechaba que sus padres dekkanianos habían hecho un pacto con los dioses: a cambio de darle una memoria portentosa para recordar datos, lo habían despojado de cualquier habilidad para comprender las normas sociales, las bromas y las sutilezas de la conversación.

«Entonces ¿por qué sigo aquí? Pues mira..., me han hecho una oferta demasiado buena para rechazarla».

—¿Por qué sonríes, Ray?

Cuando se volvió, advirtió que Mikmer lo observaba con recelo y lo invadió un sentimiento de culpa. Para compensarlo, Ray sonrió más ampliamente.

—Solo estaba calculando cuánto oro obtendré con la venta del manuscrito.

Los otros se volvieron hacia él.

—¡Nadie va a vender el manuscrito! —declaró Barmonia con un leve rubor en el rostro.

—Oh, supongo que tú no lo harías —convino Ray—. Pero estoy seguro de que pagarías una buena suma por comprármelo.

Yazir sonrió.

—Planea encontrarlo por su cuenta.

Barmonia arqueó una ceja.

—Piensas que lo puedes encontrar sin nuestra ayuda, ¿verdad?

—Tal vez —respondió Ray, apoltronándose en su asiento con fingida despreocupación—. Si consigo convencer a esa mujer de que me ayude después de la forma tan grosera en que la tratasteis el otro día.

—¡Esa mujer del norte! —gruñó Barmonia—. Ve con ella si quieres. Lo único que obtendrás es una infección.

—Porque todas las mujeres del norte tienen enfermedades venéreas, ¿verdad?

El hombre corpulento lo miró.

—Ninguna mujer decorosa viaja sola.

—En todo caso, ninguna mujer decorosa sin habilidades —dijo Mikmer en voz baja.

—¿Tiene habilidades? —preguntó Yazir, volviéndose hacia Mikmer—. ¿Cómo lo sabes?

El anciano se encogió ligeramente de hombros.

—Es una hipótesis.

—Pero no lo sabes con certeza —insistió Yazir.

Mikmer puso cara de exasperación. No era el hombre más paciente del mundo, sobre todo cuando se trataba de la mentalidad literal de Yazir.

—Claro que no. ¿Utilizó magia mientras estuvo aquí? No. ¿Es posible que yo saliera, me la encontrara, le pidiera que me demostrara sus habilidades y que ella accediera? No.

—Oh —dijo Yazir, con aire pensativo. Por suerte, nunca se sentía aludido por el sarcasmo de Mikmer. Lo aceptaba como la conducta habitual de un Pensador más viejo y experimentado.

—¿Crees que deberíamos utilizar a esta mujer? —preguntó Kereon a Ray.

Todos se volvieron hacia él. Kereon rara vez hablaba a menos que estuviera convencido de que tenía algo valioso que decir, pero, cuando lo hacía, podía dar la tabarra durante horas.

—Creo que sí —respondió Ray—. Leyó la tablilla como si se tratara de su propio idioma, y me dio a entender que sabe leer el sorliano antiguo.

—¿Y si aceptásemos su presencia y al final no pudiera descifrar las inscripciones? —preguntó Mikmer.

—No pasaría nada.

—A menos que obtenga de nosotros información sobre el manuscrito — advirtió Yazir.

—No se enterará de nada que no queramos que sepa. Solo tiene que intentar descifrar los huesos.

—Pero si lo consigue sabrá cuáles son nuestras intenciones —dijo Barmonia—. No podemos correr ese riesgo.

—¿Por qué no? ¿Qué podría hacer con esa información?

—Podría encontrar el manuscrito por su cuenta.

—No si la invitamos a unirse al grupo.

—¡Unirse al grupo! —exclamó Barmonia—. No vamos a trabajar con una extranjera descocada.

—Nos robaría el prestigio —convino Mikmer.

—No seas ridículo —dijo Kereon, arrancando una mirada sorprendida a Barmonia—. ¿Quién le creería? Nadie. —Se inclinó hacia delante, sobre todo hacia Barmonia—. Si comprobamos que nos puede ayudar, la invitaremos a bordo. Aceptará porque de otro modo no conseguiría ver nuestras antiguallas ni averiguar lo que sabemos. Cuando descubramos dónde está el manuscrito, la dejaremos fuera.

Un brillo de interés asomó a los ojos de Barmonia.

—No nos dirá lo que dicen los huesos a menos que accedamos a llevarla con nosotros.

—Si es lo bastante inteligente. Aun así, una vez que nos hagamos con el manuscrito no tendremos que darle nada. Desde luego, ningún crédito — propuso Kereon, sonriendo—. ¿De verdad creéis que alguien pensará que tuvo algo que ver con el hallazgo, además de cocinar para nosotros?

Barmonia se acomodó en su asiento y meneó la cabeza.

—No. Muy bien. Hacedla venir.

Kereon se volvió hacia Ray.

—Sospechará si se le acerca otro de nosotros.

Ray asintió.

—La encontraré. No os puedo garantizar que conseguiré persuadirla después de la forma en que la tratasteis el otro día, pero lo intentaré. —Miró a Barmonia entornando los párpados—. A ti te espera el desafío más grande.

—Aceptarla —dijo Yazir, asintiendo.

—No —replicó Ray—. Recordar lo que son los modales.

Mientras los otros torcían el gesto o ponían los ojos en blanco, Ray consideró qué iba a hacer para persuadir a Emmea. No se hacía ilusiones con la posibilidad de que los otros realizaran el menor esfuerzo por ser correctos. Si la mujer iba a pasar un período ayudándolos, necesitaría un amigo que simpatizara con ella.

«O más que un amigo —pensó—. Estoy seguro de que flirteó conmigo el otro día, aunque a buen seguro solo para obtener mi ayuda. Ya no es joven, pero es bastante atractiva para su edad. Además, dicen que las mujeres mayores pueden ser bastante “didácticas”...».

La noticia había llegado como un viento helado, abriéndose paso con ímpetu por pasillos y salas hasta los últimos rincones del Santuario. Desde entonces, tanto los Servidores como los criados vivían en un estado permanente de agitación y terror.

—¡Auraya está aquí! —susurraban—. Nekaun ha traído a una ex Blanca al Santuario. ¡La que puede volar! ¡La que mató a Kuar!

Kikarn se lo había contado a Reivan por la mañana, en el ínterin entre un comerciante que protestaba por las limitaciones impuestas a sus importaciones y el primo del nuevo Gran Cacique de Dekkar, que había ido a hacerles entrega de una generosa donación en nombre de su familia. Lo primero que pensó Reivan fue en Imenja. Su patrona había respetado a la anterior Voz Primera y había llorado su muerte. ¿Qué sentiría al ver a la asesina de Kuar caminando libremente por el Santuario?

Reivan había esperado que la convocaran, pero no recibió ninguna llamada mental a través del colgante hasta la noche. Mientras trabajaba, se preguntó si se cruzaría con Auraya camino de su encuentro con Imenja. La idea no le hizo ninguna gracia. Para cuando terminó sus tareas, emprendió la caminata hasta el Santuario Alto con cierto temor. Aunque el recorrido le pareció más largo de lo habitual, solo se topó por el camino con Servidores enfrascados en conversaciones jugosas que apenas alcanzó a oír.

Encontró a Imenja en un estado de ánimo sombrío.

—Así que ya te has enterado de nuestra invitada especial —dijo su superiora apenas la vio, levantándose para echar un vistazo a las luces de la urbe desde la ventana—. Supongo que a estas horas la noticia ya se ha extendido por la ciudad. Nekaun ha decidido hacer de anfitrión del enemigo.

—Ya no es una de los Blancos —le recordó Reivan.

—No. Pero sigue siendo una sacerdotisa circuliana.

Trasladándose al otro lado de la ventana, Reivan contempló de cerca el rostro de Imenja.

—¿Nekaun aspira a cambiar eso?

—No se me ocurre otra posibilidad.

Reivan arrugó el entrecejo.

—¿Cómo la convenció de...? Ah, los siyís.

—Sí. Le ha prometido soltar a uno cada día que ella permanezca aquí.

—¿Nada más?

—Supongo que habría podido amenazar con torturarlos o matarlos —masculló Imenja—. Pero incluso él tiene suficiente sentido común para comprender que eso no serviría para reclutarla.

—Quise decir..., ¿lo único que le pidió es que se quedara aquí?

Imenja esbozó una leve sonrisa.

—Sí. Dudo que hubiera aceptado unirse a nosotros a cambio de su liberación. No, tendrá que cortejarla, y ella lo sabe. Su mayor desafío. Una seducción digna de... —Se interrumpió e hizo una mueca de disculpa—. Lo siento. No he elegido las palabras más apropiadas.

Apartando la vista, Reivan intentó dejar de lado la incómoda sensación que la había atenazado. La noche anterior había esperado que Nekaun la visitara, ahora que había vuelto, pero su cama había permanecido vacía.

«Solo es una noche», se dijo.

«Él está ocupado planificando la seducción de Auraya», añadió una voz oscura en algún lugar de su mente.

—Hoy habrá una gran fiesta para ella. No estamos invitadas. No quiere rodearla de hechiceros poderosos para que no se sienta amenazada.

—Supongo que os la presentarán tarde o temprano.

Imenja asintió, luego entornó los párpados. Señaló con el índice a través de la ventana.

—Mira, allí está.

Reivan se volvió y miró en la dirección que había indicado Imenja. Un movimiento en el patio, unas plantas más abajo, atrajo su atención. Dos personas dieron unos pasos y se detuvieron bajo la luz de una farola: un hombre con una túnica negra, una mujer con el atuendo blanco de las sacerdotisas circulianas. Bajo la extraña prenda superior llevaba una túnica corta.

«Y pantalones —advirtió Reivan—. Qué extraño».

Los dos caminaron hasta la fuente. Era la fuente en la que Imi, la princesa elay, se había recuperado durante su estancia. Cuando Auraya alzó la vista para contemplar la estatua, Reivan pudo ver su rostro con claridad. Se le heló el corazón.

«Incluso desde aquí es hermosa y exótica». Se obligó con renuencia a interpretar la postura de Nekaun. Le vino a la mente la palabra «seducción». Era posible que su aparentemente desmedido interés por Auraya no fuera más que teatro, pero un teatro muy convincente.

«¿Muy convincente?».

Meneó la cabeza y devolvió sus pensamientos a cuestiones más prácticas.

—¿Qué pasará si consigue seducirla? ¿Volveremos a ir a la guerra?

Imenja hizo un ruido casi imperceptible.

—Espero que no.

—Es posible —dijo Reivan—. O puede que solo esté eliminando una ventaja que los Blancos tienen sobre nosotros.

—Y ganándola para nosotros. —Imenja parecía pensativa.

—Suponiendo que los Blancos tengan planes de invadirnos. —Hizo una pausa y miró a Imenja—. ¿Los tienen?

—Si no fuera por el ataque de los siyís, habría dicho que no. Tendría sentido eliminar a los pájaros si estuvieran pensando en declararnos la guerra. —Imenja se cruzó de brazos—. Los siyís creen que la acción de Nekaun fue un acto de represalia.

—¿Por qué?

—Una conspiración fallida. Que yo no organicé.

Reivan sonrió ante el tono precavido de la voz de Imenja. Evidentemente esa conspiración era uno más de los temas que su superiora no podía

compartir con ella. Volvió a mirar hacia el patio, abajo. De pronto, algo saltó al borde del estanque desde el bolso de la mujer.

Era algún tipo de animal, pequeño y ágil. Después de beber del estanque, correteó alrededor de la fuente y finalmente, tras un gesto de Auraya, volvió a meterse a regañadientes en su bolso.

Reivan recordó algo que un Servidor del monasterio en el que había crecido le había dicho una vez.

—Puedes saber mucho acerca de una persona por la manera en que trata a los animales, y por la forma en la que los animales la tratan.

Auraya y Nekaun se perdieron de vista. Reivan suspiró. Si Nekaun conseguía seducir a Auraya, ¿se quedaría en Glymma? En caso afirmativo, no sería bien recibida por la mayoría de los pentadrianos. Después de todo, ella había dado el golpe que había acabado con la vida de Kuar y había inclinado la balanza de la guerra del lado de los circulianos. No tendría amigos allí.

Imenja se apartó de golpe de la ventana.

—Cuando me la presenten, quiero que estés a mi lado para que me ayudes con la traducción.

Reivan siguió a su superiora hasta las sillas.

—Allí estaré. No tengo ningunas ganas de conocerla, pero estoy segura de que será interesante.

Imenja sonrió a medias.

—Sí, pero lo interesante no siempre es agradable.

Emerahl se acercó con paso lento a la puerta de la biblioteca y proyectó sus sentidos hacia lo que había al otro lado. Solo percibió un puñado de mentes. Algunas parecían irritadas y escépticas, otras estaban teñidas de curiosidad. Una de ellas, llena de expectación, le resultó un poco más familiar que las demás.

«Ray, supongo».

Él la había abordado en el mercado, aparentemente sin importarle que estuviera vendiendo remedios, y la había invitado a reunirse con los Pensadores en cuanto le fuera posible. Habían quedado para esa misma tarde, y ella había regresado a su habitación a dejar su morral de remedios y recoger el manuscrito falso.

Llevó la mano al picaporte, lo giró y notó que el pestillo se soltaba. La puerta se abrió hacia dentro con facilidad. Entró en la biblioteca y cerró tras de sí.

El bibliotecario la observó con recelo por encima de la misma pila de rollos que ella le había visto catalogar la vez anterior. Haciendo caso omiso de él, se dirigió al fondo de la habitación. Los mismos cinco hombres estaban sentados en los mismos sitios.

«Como si no me hubiera marchado —se dijo ella—. Salvo que esta vez no parecen ignorarme».

Ray se puso en pie y le sonrió.

—Salud. Gracias por volver. Por favor. —Señaló una silla que estaba libre—. Toma asiento.

Ella se sentó donde él le había indicado y observó los rostros de los Pensadores.

—Esta es Emmea Esferista, por si no habíais retenido el nombre —dijo Ray a sus compañeros. Acto seguido, procedió a presentarle a cada uno de ellos, empezando por el más corpulento—. Barmonia Mayoral, nuestro líder y experto en historia y en lenguas antiguas. Mikmer Licurgo, otro historiador. Kereon Copero, investigador y coleccionista de antigüedades. Y Yazir Áureo, dotado de una memoria infalible para los datos.

A continuación, se llevó la mano al pecho.

—Yo soy Raynora Vorán y he dedicado demasiado tiempo al estudio de los dioses muertos y sus seguidores.

Ella se esforzó por parecer impresionada.

—Con semejantes cualificaciones, me sorprendería que nadie de vosotros pudiera ayudarme con el pergamino. —Alzó la caja.

—Muéstranoslo entonces —dijo Barmonia, extendiendo las manos.

Cuando Emerahl le entregó la caja, notó que se le aceleraba el pulso. Si bien los Mellizos la habían guiado paso a paso en la fabricación del pergamino, no lo habían examinado en persona. Para Emerahl resultaba lo bastante convincente, pero aquellos hombres eran expertos.

Barmonia abrió la caja y levantó el documento con delicadeza. Cuando desenrolló una parte, un polvo fino cayó al suelo. Él enarcó las cejas y empezó a escrutar los jeroglíficos.

De pronto, se levantó y se dirigió hacia una mesa. Colocó dos objetos pesados encima de las esquinas del manuscrito y lo desplegó del todo con sumo cuidado. Los otros hombres se acercaron a observar, y Emerahl los siguió.

—Este significa «sacerdote» —dijo Barmonia, señalando un ideograma—. Y este, «favorito» o «especial». —Hizo una pausa.

—Dice «... la diosa ordenó a su sacerdote favorito que transcribiera sus palabras en un pergamino...» —le informó Emerahl.

Se produjo un silencio tenso, hasta que Barmonia soltó un suspiro.

—¿Sabes leer esto?

—Sí. No entiendo algunas cosas. ¿Qué quiere decir «ofrenda de aliento»?
Barmonia sonrió.

—Ofrecer tu último aliento a la diosa. Que no es más que otra manera de declararse adepto con la esperanza de que una deidad se lleve tu alma cuando mueras.

Emerahl asintió.

—Entiendo. Temía que quisiera decir estrangulación voluntaria o algo así.

—Cuando de historia se trata, no es raro que la imaginación del lego enturbie la verdad. Sobre todo si se trata de una mujer joven.

Emerahl le sostuvo la mirada. Las mejillas del hombre empezaron a encenderse. Ella notó una mano en el hombro.

—Estamos muy impresionados, Emmea —dijo Ray—. ¿Te importaría leernos todo el pergamino?

Ella devolvió la atención al manuscrito y se acercó a Barmonia. Se suponía que era un fragmento del registro llevado a cabo por los sacerdotes de la diosa Sorli, y la información era precisa, según los Mellizos. Cuando terminó de leer en voz alta, los hombres permanecieron unos segundos en silencio, meditando.

—Bien. ¿Qué más podemos pedirle que lea? —preguntó Ray.

Barmonia suspiró.

—Traed los huesos.

—¿Huesos? —repitió Emerahl.

En vez de responder, Ray sonrió. Ella advirtió que Kereon y Mikmer desaparecían por una puerta y volvían transportando cuidadosamente, entre ambos, una caja larga y pesada. La depositaron sobre la mesa, y Barmonia levantó la tapa.

Emerahl no tuvo que fingir sorpresa. Dentro había un esqueleto. Los Mellizos le habían adelantado que los Pensadores otorgaban importancia a «un montón de huesos viejos». Pero ignoraban de qué se trataba porque los Pensadores tampoco lo sabían.

«Deben de saber qué tienen de especial los huesos —pensó Emerahl—. Solo me han ocultado ese pequeño detalle para que lo descubra yo misma».

Los huesos estaban cubiertos de jeroglíficos. Cuando Ray cogió uno y se

lo dio, ella se percató de que los símbolos habían sido grabados en la superficie y pintados de negro. Los contempló fascinada.

—¿Dónde habéis encontrado esto?

—Enterrado en un templo antiguo —respondió Kereon al instante—. Este hombre debió de ser muy importante.

Ella echó un vistazo al contenido de la caja, leyó el resto de los jeroglíficos y asintió.

—Sí, fue el último sacerdote favorito de la diosa Sorli.

Además, los ideogramas confirmaban la existencia y ubicación del manuscrito..., pero ella no les iba a contar esto último.

—Lee —ordenó Barmonia en voz baja.

—Los jeroglíficos del cráneo dicen: «Soy el sacerdote favorito de la diosa Sorli». En el brazo derecho pone: «A mí se me han confiado los secretos de las deidades». No dice «deidad»; es la forma plural. En el izquierdo señala: «Busca la verdad en la cámara secreta cuando los dioses estén más...». Mmm, la traducción más exacta sería «ocupados». —Soltó una risita—. Es un acertijo. Me encantan los acertijos. En los huesos de las piernas se puede leer: «Sorli señalará el camino. Solo un mortal podrá entrar y llevarse los secretos». —Hizo una pausa.

«¿“Solo un mortal podrá entrar y llevarse los secretos”? —pensó—. ¿No un inmortal? ¿Adónde puede ir un mortal que no pueda un inmortal?».

—¿Eso es todo? —preguntó Barmonia.

—No, también hay ideogramas en las costillas. ¿Están en el orden correcto?

Los hombres intercambiaron miradas de desaliento. Ella sabía que ninguno de ellos era experto en anatomía.

—¿Qué es lo que dicen? Tal vez podamos definir el orden.

Emerahl les tradujo suficientes palabras para describir el lugar mencionado en el costillar, pero no su ubicación.

—Si las colocamos así —cambió la posición de algunas costillas—, dice «el corazón habla más». Supongo que eso significa que en la «cámara sagrada» hay más instrucciones.

Barmonia arrugó la frente, pero ella percibió su satisfacción.

—Entonces tendremos que llevarte allí —dijo él.

Ella lo miró con los párpados entornados, fingiendo consternación y suspicacia.

—¿Llevarme? ¿Adónde?

—A la famosa ciudad de Sorlina.

El cochero del platén y su ayudante se afanaban en levantar las tiendas de campaña y encender una hoguera. Los dunwayanos se sentían tan cómodos al raso como en sus fortalezas, e incluso los líderes de clanes más ricos y poderosos gustaban de dormir a cielo descubierto durante los viajes prolongados. Todas las carreteras contaban con zonas de acampada. Donde no existía un río, siempre había un pozo. Se podían encontrar parrillas de distintos tamaños y pilas de leños, y en algunas partes incluso había construcciones para ejercicios y prácticas de lucha.

Otra ventaja de acampar era que el viajero podía ocultar mejor su identidad que si se alojaba en una fortaleza. Elar había descubierto espías en los fuertes en los que se habían detenido para comprar comida. Si bien no la habían identificado, estaban al corriente de su llegada y partida de Chon, y tenían instrucciones de mantenerse ojo avizor en caso de que ella no hubiera regresado a Jarime, tal como afirmaba I-Portak.

Danyin y Elar estaban sentados sobre unas cajas de madera cerca de la hoguera, con unas mantas plegadas a modo de cojines. Gillen aún estaba dentro del platén; seguía durmiendo cuando llegaron, y Elar había decidido no despertarlo. Yem estaba juntando cacerolas y algunas provisiones.

La cocina era uno de los muchos talentos insospechados del guerrero, quien les explicó que uno de los platos más fáciles de guisar en una acampada se llamaba «coopa», y se elaboraba con varios ingredientes cocidos con agua y especias a los que se añadía pan seco para dar consistencia a la salsa. La noche anterior él se había internado en la espesura y había vuelto con un pájaro grande que tenía una flecha clavada en el pecho. Había conservado las plumas, las cuales había guardado en algún lugar del platén.

El guerrero llevó hasta la hoguera recién encendida una cacerola grande, unos tubérculos y un paquete. Danyin lo observó trocear los ingredientes y echarlos en la cacerola. De vez en cuando, se levantaba para recoger agua o

algunas hojas de las plantas de los alrededores. El olor del guiso era cada vez más apetitoso. Luego Yem desenvolvió el paquete.

Al principio, Danyin contuvo la respiración, aterrado. En la oscuridad, el contenido semejaba dedos hinchados. Pero cuando el guerrero empezó a separarlos, supuso que debía de tratarse de otra cosa. Eran una especie de embutido. Yem levantó los ojos hacia Danyin y sonrió.

—Son intestinos de shem —le explicó—. Lavados y rellenos de carne y hierbas. Estos llevan una especia muy rara, la que vende el espía de Chon.

Danyin inclinó la cabeza afirmativamente y observó con recelo que el guerrero depositaba los embutidos en la cacerola. La mezcla bullía a fuego lento. Un aroma intenso hizo que le rugieran las tripas.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó una voz ahogada. Los demás se volvieron hacia Gillen, que estaba apeándose del platén. Echó un vistazo a las tiendas, ahora completamente montadas, y arrugó la frente—. ¿Tanto? Podríais haberme despertado.

—Estaba claro que necesitabas dormir —le explicó Elar.

El hombre hizo una mueca.

—Sí. Jamás digáis a los dunwayanos, pues nunca más podré negociar un buen acuerdo con ellos, que no soy muy aficionado a dormir sobre superficies duras —declaró en voz baja, en haniano. Se acercó a la hoguera e inspiró profundamente—. Veo que nos espera una agradable sorpresa —comentó en dunwayano—. O, más bien, un tramo muy especial del viaje culinario que estamos emprendiendo.

Yem alzó la vista y sonrió.

—Sería una lástima que nuestros huéspedes se marcharan de Dunway sin otra experiencia que dormir sobre superficies duras y perseguir a criados fugitivos.

A Gillen se le encendieron las mejillas. Danyin se rio entre dientes mientras el embajador tomaba asiento con un suspiro.

—Han descubierto mi secreto. Ya no valgo nada —se lamentó. Yem, sonriente, continuó removiendo el guiso.

Danyin notó que Elar había fijado la mirada en algún punto distante. Tenía la frente tensa y los labios apretados. Fuera lo que fuese lo que estuviera escuchando, le causaba disgusto y preocupación.

El criado al que seguían se hallaba a media jornada de viaje hacia el este, cerca de la costa sudoeste de Dunway. No tenía la menor idea de si le faltaba poco para alcanzar su destino, y quienes lo habían ayudado a lo largo del camino no estaban mejor informados que él. Si llegaba a la costa, se vería obligado a torcer hacia el este o el oeste. De lo contrario, tendría que abandonar Dunway. A Elar le preocupaba menos esto último que la posibilidad de que hubiera una base pentadriana en Dunway.

Todos se habían acostumbrado ya a los silencios de la Blanca. Danyin volvió la atención hacia los dos hombres, y entonces hablaron de los lugares que habían conocido y de sus experiencias en la guerra. En cierto momento, Yem decidió que la coopa estaba lista y la sirvió en unos cuencos. Pese a que los ingredientes eran caros, incluso los criados recibieron una ración.

La especie de la carne le produjo a Danyin un picor agradable en la boca. Sin embargo, la carne en sí tenía un sabor demasiado intenso para su gusto. Y demasiado salado.

Después de comer, bebieron un poco de fua y charlaron un rato más. Elar se levantó y se unió al grupo. Finalmente los bostezos de Gillen le dieron pie a proponer que se retiraran a dormir.

Danyin se levantó, pero Elar le posó una mano en el brazo.

—Quédate un poco más. Necesito hablar contigo.

Él volvió a sentarse.

Ella sonrió y miró hacia el cielo.

—Fíjate en las estrellas. ¿Brillan más aquí que en Jarime?

—Alguien me dijo una vez que las lámparas y luces de Jarime hacen que los cuerpos celestes parezcan más tenues.

—Antes de este viaje, nunca había dormido al raso. Es agradable, aunque supongo que no lo sería tanto si lloviera o hiciera frío.

—No —convino él, recordando un par de noches incómodas de su juventud y durante la marcha hacia la batalla con los pentadrianos.

—Los siyís viven en tiendas, ¿verdad?

Danyin asintió.

—Más grandes y resistentes que estas, por supuesto. Las llaman «enramadas».

—Enramadas —repitió ella, echando un vistazo a las tiendas de Yem,

Gillen y los criados—. Bien —murmuró—. Ya se han dormido.

—No han tardado mucho —murmuró Danyin—. Al parecer, el terreno duro no le molesta tanto a Gillen como afirma.

Ella sonrió, pero enseguida adoptó una expresión seria.

—Tengo malas noticias para ti, Danyin. Auraya se ha unido a los pentadrianos.

Él parpadeó y la miró estupefacto.

—No —dijo de pronto—. Ella nunca lo haría. Al menos no voluntariamente.

—Pues lo ha hecho, aunque no sé en qué condiciones.

Danyin apartó la mirada. «Auraya y los pentadrianos. No es posible. Ella los abomina tanto como cualquier circuliano, por haberlos invadido y haber matado a tanta gente..., especialmente a tantos siyís».

Tenía que haber una razón.

—Los dioses deben de habérselo pedido —concluyó en voz alta—. Nunca renegaría de ellos.

Elar sonrió.

—Tu lealtad es tu punto fuerte y tu debilidad, Danyin Lanza. ¿Tienes la misma fe en mí?

—Por supuesto —dijo él, mirándola a los ojos.

—Pero la confianza que depositas en Auraya no está justificada. Ya ha desobedecido a los dioses en una ocasión.

Él desvió la vista.

—Sé que os referís a su renuncia. Admito que hay detalles que ignoro, que no podéis correr el riesgo de contármelos.

—¿Arriesgarme? No. No te los he contado porque no quería desencantarte —dijo ella con suavidad—. Era consciente de que le profesabas el mismo afecto que a tus hijas. Cualquier acto réprobo por su parte te dolería. —Suspiró y se irguió—. Pero ya es hora de que conozcas la verdad. Si es cierto que se ha aliado con los pentadrianos, tu lealtad es una debilidad de la que ella puede aprovecharse.

Danyin sintió una punzada de temor, pero sonrió ante lo irónico de la situación. Ahora que por fin iba a descubrir lo que había hecho Auraya, no quería saberlo. Sin embargo, estaba claro que Elar no se apiadaría de él.

—Estás al tanto de su relación amorosa con el tejedor de sueños Leiard —empezó a decir—. Lo que no sabes es que él no es quien decía ser.

Danyin frunció el ceño.

—¿No? Entonces ¿quién es?

—Mirar.

Él la contempló por unos instantes, esperando que se echara a reír y le dijera que era una broma, pero esto no sucedió. Ella le sostuvo la mirada con sombría determinación.

—Pero eso no es posible —dijo él finalmente—. ¡Juran lo habría reconocido!

Ella torció el gesto.

—De algún modo consiguió anular su verdadera identidad hasta tal punto que ni él ni los dioses eran conscientes de ello. Pero cuando la recuperó, las deidades lo identificaron. Juran dice que sus recuerdos de Mirar se habían evaporado y que Leiard no se le parecía en nada.

—Supongo que esto no hizo mucha gracia a los dioses.

—En absoluto. Enviaron a Auraya a matarlo.

Danyin respiró hondo y clavó los ojos en su interlocutora, paralizado.

—Y ella no pudo —adivinó.

—Así es.

—De modo que los Blancos la expulsaron.

—No. Ella renunció tras concluir acertadamente que la incapacidad para obedecer a los dioses es una debilidad que un Blanco no puede permitirse.

Él crispó el rostro.

—Era absurdo esperar que matara a alguien a quien amaba. ¿No podrían haber enviado a otra persona?

—No es el hombre al que amaba. Es Mirar. Y estaba en Si. Ningún otro Blanco habría podido llegar hasta allí tan deprisa como ella.

—Ah. —«Apuesto a que aquel día maldijo su habilidad de volar», pensó.

—Leiard no era más que una personalidad temporal que Mirar utilizaba para ocultarse. Ejecutar a Mirar no implicaba matar al examante de Auraya. Ella lo sabía.

Danyin suspiró.

—Estoy seguro de ello. Aun así, no me resultaría fácil matar al vivo

retrato de la persona a la que amé.

—Nadie ha dicho que sea fácil ser Blanca.

Él inclinó la cabeza afirmativamente. Elar tenía razón, pero al consejero le costaba aceptar sus juicios implacables. Sin duda estaba siendo demasiado dura con Auraya. Pero ¿cómo iba a empatizar con ella si no había tenido que enfrentarse a semejante dilema?

«Entonces, ¿cómo es posible que me compadezca de Auraya? ¿Acaso Elar está en lo cierto? ¿Le profeso una lealtad ciega?».

—De modo que regresó a Si... —Frunció el ceño al reparar en lo que aquello podía significar—. ¿Mirar se encontraba allí todavía?

—No. Huyó a Ithania del Sur, donde los pentadrianos lo acogieron.

Los pentadrianos. Y ahora Auraya estaba allí. A Danyin se le cayó el alma a los pies.

—¿Auraya y él se han hecho amantes? —preguntó con dificultad.

—No lo creo.

—¿De modo que la alianza de ella con los pentadrianos no tiene nada que ver con Mirar? —inquirió él, expectante.

Elar apartó la vista y arrugó el entrecejo.

—No lo sé. Pero hay algo más que deberías saber. Auraya se reunió hace unos meses con una mujer misteriosa. Creemos que era una indómita que le enseñó habilidades prohibidas. La de ocultar su mente a los dioses... y tal vez el secreto de la inmortalidad.

—¿Auraya es una indómita?!

—Posiblemente.

Él meneó la cabeza.

—Así que eso la convierte en enemiga de los dioses...

Elar lo miró y desvió la vista.

—No.

En vez de razonar su respuesta, se quedó callada, visiblemente incómoda. Tal vez solo porque no tenía una explicación.

Danyin reflexionó sobre toda la información que acababa de recibir. Los dioses no habían rechazado a Auraya. Según Elar, cabía la posibilidad de que fuera una indómita. Quizá su aceptación por parte de los dioses significaba que no lo era.

«O tal vez no les importa que haya hechiceros inmortales, siempre y cuando estos los veneren».

Elar se volvió hacia él.

—De modo que, como comprenderás en cuanto te recuperes del pasmo, si los pentadrianos cuentan con un indómito entre sus filas, son mucho más fuertes que nosotros. Si añades a eso los conocimientos que posee Auraya sobre los puntos fuertes y las debilidades de los circulianos, la perspectiva de que estallen conflictos futuros adquiere visos alarmantes.

—Sí —convino Danyin.

—Nos conoce muy bien. Pero tú la conoces mejor que nadie. Quiero que pienses en todas las formas en que podría usar sus conocimientos contra nosotros y en cómo podríamos utilizar los nuestros contra ella.

Él asintió.

—Muy bien. No me vendrá mal tener algo en que ocupar la mente durante este viaje.

Ella fijó los ojos en él, sorprendida.

—¿No te perturba la idea de tramar algo contra Auraya?

—Es otra ventaja de mi lealtad —contestó él, sonriente—. No me importa imaginarla actuando de ese modo porque estoy convencido de que no lo hará.

Elar sacudió la cabeza.

—Si eso es lo que hace falta, no volveré a destrozarte tus ilusiones. —Se puso de pie—. Buenas noches, Danyin Lanza.

—Buenas noches.

Un colchón suave quería decir una cama, y una cama quería decir que Auraya estaba en su habitación en la Torre..., pero eso no podía ser verdad.

Auraya abrió los ojos y soltó un gemido al recordarlo todo: el ataque fallido de los siyís a los pájaros pentadrianos, su acuerdo con Nekaun; su estadía en el Santuario, el hogar del enemigo. Se incorporó de golpe y pensó en el día que le esperaba y en lo que estaba a punto de suceder.

«Llevo aquí casi una noche y un día. Si Nekaun mantiene su palabra, soltará a un siyí.

»¿Y si no lo hace?».

Entonces se marcharía —si podía— y buscaría la manera de liberarlos.

Cuando se levantó de la cama, oyó un ruido débil y soñoliento de protesta. Miró hacia el suelo y vio a Travesuras parpadeando en su dirección. El viz se desperezó, agitando la punta de su cola.

—*Commmía* —dijo mientras bostezaba.

—Veré lo que puedo hacer —le aseguró ella.

El día anterior, los criados le habían llevado una montaña de ropa. Auraya había elegido una muda sencilla para usar por la noche y había lavado y secado el cirque, los pantalones y la túnica sin mangas con los que había llegado. Tras ponerse de nuevo su atuendo de sacerdotisa, se acercó a la ventana.

La vista de la ciudad, los tejados y los patios del Santuario era magnífica

desde allí. Las habitaciones que le habían dado estaban probablemente reservadas para huéspedes importantes. «Me pregunto quién se ha quedado aquí antes que yo. Las estancias son grandes, pero apenas están decoradas. Los muebles son escasos. Sin duda los reyes y personajes similares ocuparían apartamentos más grandes y lujosos».

Travesuras saltó al alféizar con las orejas en punta y el hocico alerta.

—Quédate aquí —le advirtió. El viz dejó caer las orejas decepcionado, pero, obediente, se acurrucó con la cola enroscada.

Alguien llamó a la puerta de la habitación contigua. Ella permaneció inmóvil, luego inspiró profundamente y exhaló el aire despacio. Se alejó de la ventana y se dirigió a la puerta de doble hoja de la estancia principal. Cuando la abrió, se encontró a Turaan, el Acompañante de Nekaun, y a un grupo de criados inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Buenos días, sacerdotisa Auraya —dijo Turaan—. Te traigo comida y agua.

Ella se hizo a un lado. Los criados entraron en fila en la habitación, cada uno de ellos con algo en las manos. Turaan les dio instrucciones. Varios dejaron su carga sobre la mesa y levantaron fundas tejidas para revelar platos elaborados y frutas y pan. Colocaron dos jarrones de cerámica enormes en el suelo, y un pequeño grupo de hombres los llenó de agua hasta que estuvieron a punto de desbordarse.

Varios criados se dirigieron al dormitorio. Auraya se acercó a la puerta y los vio tender la cama con experimentada eficiencia, recoger la ropa con la que había dormido y las prendas que no había usado y salir ordenadamente de la habitación. No tocaron su morral ni parecieron notar la presencia de Travesuras en el alféizar de la ventana.

Uno de ellos, una mujer joven, se volvió hacia Auraya cabizbaja. Señaló primero la habitación de azulejos y los jarrones de agua después.

Auraya meneó la cabeza, aunque no sin una punzada de lástima. Hacía mucho que no disfrutaba de un baño caliente, pero no habría podido relajarse sabiendo que pronto iba a tener que desempeñar el papel de huésped de Nekaun.

—Sacerdotisa Auraya.

Se volvió hacia Turaan.

—La Voz Primera me ha pedido que te diga que se reunirá contigo en breve. Por favor, come y refréscate. Lo acompañarás al tejado para presenciar la liberación de un siyí.

Ella asintió y observó a los criados retirarse en fila. Aunque eran reservados, sus mentes estaban llenas de curiosidad, resentimiento y miedo. Ella era el enemigo. Ella era peligrosa. ¿Por qué la trataba Nekaun como a un huésped?

Cuando cerraron la puerta tras de sí, se acercó a la mesa y examinó la comida. La noche anterior había considerado la posibilidad de que Nekaun intentara envenenarla. Todavía no había probado su don de sanación contra el veneno, pero cuando se preguntó qué haría en caso de enfrentarse a semejante amenaza, sintió que recuperaba la confianza en sí misma.

Cogió unas frutas y pan y se dirigió a la ventana a comer. Un ruido sordo devolvió su atención a la mesa. Travesuras estaba olfateando uno de los platos. Cuando el viz empezó a mordisquear uno de los trozos, ella dio un respingo. ¿Y si la comida estaba envenenada? Probablemente lo podría sanar, pero ¿y si no estaba cerca de él cuando ocurriera?

«Lo tendré que llevar conmigo a todos lados».

Terminó de comer y cogió su morral del dormitorio. Estaba muy liviano. En el interior solo había un odre vacío, algunas medicinas, una túnica de recambio y un par de pantalones.

Lo vació, sacudió la arena y el polvo, y lo dejó a un lado. Luego se sentó a esperar.

Poco después volvían a llamar a la puerta. Esta vez encontró a Nekaun en el vano, con Turaan detrás.

—Te saludo, hechicera Auraya.

—Sacerdotisa —lo corrigió.

—Sacerdotisa Auraya. Es hora de que cumpla con mi parte del acuerdo —declaró Nekaun, sonriendo.

—Un momento. —Auraya cogió el morral y llamó a Travesuras. El viz se acercó corriendo y saltó a sus brazos. Habitado a esta rutina, se lanzó directo al morral. Ella se lo colgó del hombro y se volvió hacia Nekaun.

—Estoy lista.

Él asintió y le hizo una seña para que lo siguiera en dirección al pasillo.

—¿Qué clase de criatura es esa?

—Es un viz —le dijo ella—. De Somrey.

—¿Una mascota?

—Sí.

—Sabe hablar.

—Aprenden las palabras que necesitan para expresar sus necesidades o preocupaciones, tales como «comida», «calor» o «peligro»..., lo que no los convierte precisamente en grandes conversadores.

Él se rio entre dientes.

—Supongo que no. ¿Has dormido bien?

—No.

—¿Te molestó el calor?

—En parte.

—Has elegido la época más calurosa del año para visitarnos —le recordó él.

Ella decidió no responder a eso. Él la condujo por un tramo de escalera.

—¿La comida ha sido de tu agrado?

—Sí.

—¿Alguna cosa especial que quisieras pedirnos?

Travesuras se movió dentro del morral. Se sentía un poco sofocado por el calor.

—Carne cruda para Travesuras —respondió—. Y que se retire toda la comida de mi habitación cuando yo salga. No quiero que el viz coma nada inadecuado.

«Le gustará la carne —pensó—. Y si lo envenenan sabré que el ataque iba dirigido a él para hacerme daño, no que comió algo destinado a mí».

—Así se hará —aseveró Nekaun—. Ya hemos llegado.

Él la precedió por una escalera angosta que conducía a un agujero en el techo. Salieron a la luz del sol, en el terrado de un edificio. Ella ya había visto bancos y macetas con plantas en las cubiertas del Santuario, lo que indicaba que las utilizaban como patios.

Junto a otra abertura en el techo había cuatro Servidores. Contemplaban expectantes a Nekaun. Él pronunció una palabra, y ellos miraron hacia abajo, a través del agujero.

A Auraya se le encogió el corazón cuando un siyí trepó al terrado. Hizo una mueca de dolor y parpadeó varias veces mientras sus ojos se adaptaban a la luz. Tenía las muñecas atadas con una cuerda, lo que debía de resultar incómodo, pues se clavaba en la membrana de sus alas. Movi6 la cabeza de un lado a otro intentando asimilar el lugar en el que se encontraba. Cuando vio a Auraya junto a Nekaun y Turaan, se qued6 inm6vil.

«Soy el primero —pens6 lleno de alegría. Luego se sintió culpable—. Los otros... No quiero dejarlos atr6s..., pero debo hacerlo. Si no lo hago, podría poner en peligro el acuerdo al que ha llegado Auraya».

Un Servidor cort6 sus ligaduras, y otro le extendió un odre con agua y un paquete con comida. El siyí los examin6 con recelo y luego los metió bajo el chaleco.

Dedic6 una mirada llena de gratitud a Auraya. Ella asintió a modo de respuesta.

«Vete», le dijo en su mente.

Cuando los Servidores se apartaron, el siyí les dio la espalda, se ech6 a correr, salt6 al vacío y se alej6 planeando.

Auraya soltó lentamente el aliento que había estado reteniendo. La figura alada traz6 una curva en el cielo, vol6 en círculo sobre la colina y se dirigió al sur. Ella lo sigui6 con la mirada hasta que se perdi6 de vista.

Nekaun se volvi6 hacia ella y le sonri6.

—Ahora te toca a ti cumplir con tu parte del trato, sacerdotisa Auraya, y tengo mucho que enseñarte.

La lluvia y el calor habían asaltado Kave en olas sucesivas durante varios días, de modo que una espesa humedad impregnaba el aire. La ropa lavada se resistía a secarse, y las prendas que la gente vestía se empapaban de inmediato en sudor. El hedor de las cloacas de debajo de la ciudad se había elevado hasta cubrirlo todo con un manto nauseabundo. Los insectos atacaban en enjambres y obligaban a la gente a quedarse en casa, por lo que Mirar y Tintel casi no vieron a nadie en el trayecto hacia el río.

Tintel se enjug6 la frente con un paño húmedo y exhal6 un suspiro.

—Me encanta esta época del año —dijo en tono seco.

—¿Cuánto suele durar? —preguntó él.

—Hasta cuatro semanas. Una vez se prolongó seis semanas. Los que se lo pueden permitir, se van de Kave en verano. Incluso si pueden aguantar el calor, prefieren evitar la fiebre estival.

Mirar pensó en el creciente número de enfermos que acudían al hospital. Los otros tejedores de sueños le habían dicho que se trataba de una cuestión estacional, y la Casa de los Tejedores no tardó en llenarse de camastros ocupados por personas enfermas. Sin embargo, la fiebre no solía ser mortal.

Delante de ellos, la hilera de casas se interrumpió abruptamente a unos metros de la margen del río. Angostas escaleras de madera descendían a un terreno cenagoso, donde un camino de tablas conducía hasta la orilla.

Mirar y Tintel se detuvieron. Vieron una barcaza amarrada a unos norayes rodeada de Servidores. Unos hombres en pantalones cortos con las espaldas cubiertas de sudor subían cajas y arcas a bordo.

—Tengo un regalo de despedida para ti —le dijo Tintel.

Mirar se volvió hacia ella.

—No hacía fal...

—Espera a que lo veas —le dijo ella con gravedad—. Te hará falta.

Del bolso que le colgaba del hombro, extrajo un jarrón de barro de cuello angosto. En la parte superior había un tapón de cera del que sobresalía una cuerda pequeña. Tirando de esta, Tintel liberó el tapón.

—Extiende las manos.

Mirar obedeció. Ella inclinó la botella y un aceite amarillento llenó la oquedad de una mano. Tenía un agradable olor a hierbas estimulantes.

—Frótatelo en las zonas expuestas de la piel —le ordenó, echando aceite en su propia mano—. Ayuda a repeler a los insectos y a combatir la fiebre estival.

—¿Son los insectos los que transmiten la enfermedad? —preguntó él, untándose el aceite en las manos y la cara.

—Tal vez. —Tintel se encogió de hombros—. Lo que está claro es que el aceite repele a los insectos, y ayuda a bajar la fiebre.

—Es sorprendentemente refrescante. Hace más llevadero el calor.

Tintel taponó la botella y la devolvió a su sitio, luego sacó una pequeña caja de madera. La abrió y le mostró su contenido: velas.

—Están perfumadas con los mismos extractos. Úsalas con moderación y te durarán todo el viaje hasta la esarpa. Cada verano vendemos el aceite y las velas para poder seguir fabricándolos. Somos los únicos que los producimos, si bien compartimos la receta con quien la quiera.

—Así que quien busque obtener ganancias no puede competir con vosotros. ¿Alguna vez habéis tenido escasez de aceite y velas?

—Sí —dijo ella, arrugando la frente—. ¿Piensas que deberíamos obtener ganancias?

—Si el aceite es indispensable para la gente, sí. Las ganancias podrían invertirse en el hospital o en los enfermos.

—No sabes qué alivio supone oírte decir eso. —Cerró la caja y la devolvió a su bolso; luego se lo entregó.

Él sonrió.

—¿Me estás poniendo a prueba, Tintel?

Ella soltó una risita.

—Quién sabe. Las intenciones y las interpretaciones pueden cambiar con el paso de los años. Algunos tejedores creen que en su día prohibiste la venta de remedios.

—No es recom...

—¿Tejedor de sueños Mirar?

La voz estaba cargada de poder y confianza en sí misma. Mirar se volvió hacia la mujer que acababa de pronunciar su nombre y la vio subiendo los últimos peldaños hasta llegar a la plataforma.

—Voz Cuarta Genza —respondió. Hizo un gesto en dirección a Tintel—. Esta es la tejedora Tintel, responsable de la Casa de los Tejedores de Sueños de Kave.

Genza inclinó ligeramente la cabeza.

—Debo disculparme por privaros de vuestro fundador y guía. Sé que en esta época del año sus poderes y conocimientos os serían de gran utilidad.

Tintel se encogió de hombros.

—Hemos estado tratando la fiebre cada verano durante años. Estoy segura de que nos las arreglaremos sin él.

Los ojos de Genza se iluminaron con un brillo jovial.

—Desde luego que lo habéis hecho. Kave está en deuda con vosotros. —

Se volvió hacia Mirar—. Ya casi estamos listos para zarpar.

Él asintió y se dirigió a Tintel.

—Gracias por darme alojamiento. Espero que el calor del verano termine pronto en Kave.

Tintel inclinó la cabeza afirmativamente.

—Confío en que todo salga bien en Glymma. Y en que puedas seguir explorando Ithania del Sur después. Me encantaría volver a verte en Kave, aunque quizá en una época del año más benigna.

—Me gustaría venir en la temporada de lluvia.

—Tal vez la próxima vez. —Ella hizo el viejo gesto de los tejedores de sueños: un toque en el corazón, la boca y la frente—. Adiós.

Sorprendido, él le devolvió el gesto y luego dio media vuelta. Genza dedujo entonces que Mirar estaba listo y lo condujo hacia la escalera.

Mientras la seguía hasta el camino de tablas, y después en dirección al barco, pensó en la noticia que los Mellizos le habían dado durante una conexión onírica la noche anterior.

«Auraya está en Glymma», le habían dicho. Cuando le habían descrito la misión de los siyís y su fracaso, él no había podido creer que los Blancos hicieran algo tan estúpido. No le había sorprendido que el ataque fracasara, aunque era preocupante que se hubiera puesto sobre aviso a los pentadrianos. ¿Había un espía entre los siyís? No podía haber ninguno entre las personas de confianza de los Blancos, pues habrían leído el engaño en la mente del infiltrado.

Tampoco le había sorprendido averiguar que Auraya había aceptado la oferta de Nekaun y que había convenido en quedarse en Glymma a cambio de la liberación de los siyís. «Me pregunto cómo interpretarán los Blancos su pacto con el enemigo. O, más bien, su disposición a ser chantajeada y permanecer allí hasta la puesta en libertad de todos los siyís».

Quedaban veintiocho prisioneros. Aquel día habrían soltado a uno. Por la descripción de Tintel del viaje por el río hasta la escarpa, más de tres cuartos de los siyís estarían libres antes de que él hubiera recorrido un tercio del camino a Glymma. En aquella época del año, el río fluía con tanta lentitud que las barcazas debían ser impulsadas con pértigas o a remo.

«Así que Tamun y Surim no tienen de qué preocuparse». A los Mellizos

les había inquietado la idea de que Nekaun planeara usar a Auraya contra Mirar, o viceversa.

:Todos piensan que Auraya y tú sois enemigos mortales. Algunos creen que Nekaun ofrecerá matarte a cambio del apoyo de Auraya. O que ofrecerá matar a Auraya a cambio de tu apoyo.

:Auraya no se aliará con los enemigos de los Blancos, les había respondido Mirar, aunque no estaba completamente convencido de su afirmación. En el pasado había hecho grandes sacrificios para salvar a los siyís.

:Menos mal que no saben lo que realmente ha habido entre vosotros, ¿eh? —había dicho Surim—. Solo tendrían que decidir a quién aprisionar y a quién chantajear.

:No les serviría de nada chantajear a Auraya, les había recordado Mirar.

:Ah, pero sin lugar a dudas les serviría contigo.

Surim tenía razón, pero había dos cosas que tranquilizaban a Mirar: nunca iba a llegar a Glymma a tiempo, y hacía falta muchísima magia para aprisionar a alguien como Auraya. Las Voces necesitarían emplearse a fondo por turnos. Lo que las haría mucho más vulnerables si los atacaran los Blancos.

Genza y él habían llegado al barco. Ella lo condujo a bordo y le enseñó el camarote que habían preparado para él. Era pequeño, pero limpio.

Soltaron las amarras, y la tripulación utilizó pértigas para alejarse del muelle. De casco poco profundo, la barcaza dio tumbos en el agua. Genza se dirigió a la proa y dijo algo a los marineros, que recogieron las varas.

Luego Mirar dio un paso atrás involuntario cuando el navío se puso en marcha. El estómago se le hizo un nudo a la vez que se le aligeraba el corazón.

«Al parecer, tengo posibilidades de llegar a Glymma a tiempo para ver a Auraya».

Auraya había recorrido pasillos con suelos de mosaicos de complejos diseños, entrado en estancias con alfombras de vivos colores y paseado por patios refrescados por elegantes fuentes y plantas exóticas. Le habían servido comidas elaboradas en platos de cerámica y copas de cristal de la más alta calidad, con cubiertos bañados en oro. Había oído música extraña y hermosa, y admirado esculturas y piezas de arte, la más divertida de las cuales había sido un mapa de toda Ithania hecho de pequeños mosaicos de cristal en el que los elay eran representados como doncellas de cabellos dorados y cola de pez, y los siyís como seres humanos con alas de plumas que brotaban de sus espaldas.

Nekaun estaba haciendo todo lo posible por impresionarla.

Aunque ella no sabía si iba en serio, su anfitrión no ocultaba su intención de ganarla para su causa. La idea de que él pretendiera que ella renegara de los dioses circulianos y se aliara con los pentadrianos era tan ridícula que al principio la había descartado. Pero no tardó en plantearse que quizá él creía que ella había abandonado a los Blancos, incluso que se había alejado de sus dioses, debido a un conflicto. Podía cambiar de bando si buscaba venganza o si la ideología de sus antiguos enemigos le resultaba más atractiva.

Él se daría por vencido si Auraya se mostraba incorruptible. Sin embargo, cuanto antes sintiese que la había convencido, más pronto dejaría de intentarlo. Aún quedaban veintisiete siyís cautivos en el Santuario, así que

tenía que guardar las formas veintiocho días más.

«Debo fingir estar impresionada, pero no interesada en exceso. Reacia, pero no refractaria. Debo hacerle creer que tengo momentos de debilidad para que no ceje en su empeño de convertirme a su causa».

Nekaun la estaba guiando por un amplio pasillo que, en apariencia, conectaba el Santuario Bajo con el Santuario Alto.

—¿Es verdad que los Blancos viven en habitaciones tan pequeñas y sencillas como las de sus sacerdotes? —preguntó él, y tradujo al haniano el siempre presente Acompañante Turaan.

—Sencillas, sí —respondió ella—. Pequeñas, no.

Tenía que estar alerta permanentemente para no revelar su habilidad de leer la mente. Cuanto antes aprendiera el idioma local, mejor. Alguien se lo había recomendado. Escuchó una voz familiar en sus recuerdos.

«Nunca se sabe en qué le puede beneficiar a uno el conocimiento del idioma local. Puede incluso salvarle la vida».

Se lo había dicho Danyin. Sintió una punzada de tristeza. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había visto y echaba de menos su robusta presencia.

—Vivías en la Torre de los Blancos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Todos los sacerdotes del Templo viven en la Torre?

Ella le lanzó una mirada desconfiada.

—Solo accedí a quedarme aquí, no a darte información sobre tu enemigo.

—Lo siento —dijo él con una amplia sonrisa—. No era mi intención aprovecharme, es simple curiosidad. Mira. —Señaló una abertura angosta en la pared—. Este es un lugar muy valioso para nosotros. El salón de las Estrellas.

Ella percibió un entusiasmo nervioso en Turaan y a través de sus pensamientos descubrió que aquel era el lugar principal de veneración de los pentadrianos. Una especie de altar. Cuando Nekaun cruzó el umbral, Auraya vaciló. ¿Cuán peligroso podía ser el altar de las deidades enemigas? ¿Podían hacerle algo allí que no podían hacerle fuera?

«Nekaun me juró por esos dioses que nadie me haría daño —se recordó—. Y accedí a quedarme para que me enseñaran el lugar. Si uno de nosotros

va a romper su palabra, no seré la primera en hacerlo».

Inspiró profundamente y pasó por la abertura a un recinto muy grande. Las paredes, el techo y el suelo eran negros. Las esquinas formaban ángulos extraños. Reparó en que eran cinco en total; la estancia era un pentágono. Nekaun se hallaba de pie en el centro, entre líneas plateadas grabadas en el suelo. Un escalofrío recorrió su espalda cuando cayó en la cuenta de que formaban una estrella gigante.

Levantó la vista hacia él.

—¿Me vas a presentar a tus dioses? —preguntó, complacida al oír el tono sereno de su voz.

Habitualmente encantadora, la sonrisa de Nekaun estaba teñida de ironía.

—No. Son los dioses quienes deciden cuándo aparecen, no yo. No hablan con nosotros a menudo y rara vez nos dan órdenes. Valoramos la libertad de la que disponemos para autogobernarnos, y ellos confían en que lo hagamos bien.

—Si nunca se aparecen, algunas personas de tu pueblo tendrán dudas sobre su existencia.

Él soltó una risita.

—En ningún momento he dicho que nunca se aparecen. Tú no crees que existan, ¿verdad?

—Sé que al menos uno de ellos existe —le dijo ella—, lo vi durante la guerra.

Él parpadeó sorprendido.

—¿Viste a una de nuestras deidades?

—Sheyr, creo.

—Solo se apareció esa vez —dijo él, entornando los párpados—. ¿Estabas allí?

—Sí, cuando tu gente emergió de las minas. Fue así como supimos volver desde el paso para daros encuentro.

Él meneó la cabeza.

—¿Qué hacías allí?

«Deprimirme por Leiard —pensó con sarcasmo—. Pero no se lo puedo decir».

—Exploraba —le dijo—. Estaba a punto de marcharme, pero Chaia me

detuvo. —Sonrió—. A veces es mejor tener dioses dispuestos a aparecerse ante ti y darte órdenes.

Nekaun arqueó las cejas con aire meditabundo.

—¿Crees que mis dioses son reales? —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—No los he visto, pero es probable que existan.

—¿Tus dioses son supervivientes de la Guerra de los Dioses?

—No lo sé —respondió él con franqueza—. Nunca han dicho lo contrario.

Ella meneó la cabeza.

—O tus dioses son nuevos, o los míos no sabían que los tuyos se habían salvado.

Él tensó los labios y reflexionó sobre sus palabras.

—¿Nunca te perturba la idea de que tus dioses afirmen haber matado a tantas otras deidades y estén orgullosos de ello?

—No —respondió ella, arrugando el entrecejo—. Los viejos dioses eran crueles y maltrataban a los mortales.

—¿Y tus dioses no?

Auraya pensó de golpe en las historias de Emerahl sobre las seducciones de Chaia y en los relatos sobre las deformidades inducidas por Huan, historias que los siyís transmitían de generación en generación.

—Al parecer tienes dudas —murmuró él.

«Creo que acabo de ofrecerle uno de esos momentos de debilidad que tenía planeado —se dijo ella—. Salvo que no lo había planeado ni estaba fingiendo».

—Es posible que cometieran errores —concedió—. Pero no es de extrañar que unos seres tan longevos tomaran decisiones erróneas de vez en cuando. Por lo que sé, los dioses muertos hicieron cosas mucho peores. Más importante que los fallos del pasado es que, desde que se formó, el Círculo ha traído la paz, el orden y la prosperidad a Ithania del Norte. En los últimos cien años, siete países se han aliado, y no habíamos tenido ninguna guerra... hasta que tu pueblo nos invadió, claro.

La expresión de Nekaun era inescrutable. Salió del interior de la estrella, dio unos pasos hasta donde estaba Auraya y le hizo una seña en dirección a la

abertura.

—¿Seguimos? Me gustaría enseñarte el Santuario Bajo, donde nos reunimos y tratamos con la gente. Si estás comprometida con la paz, el orden y la prosperidad, creo que lo encontrarás interesante.

Ella sonrió y con elegancia dejó que él la condujera fuera del recinto.

El cielo estaba jalonado de nubes entre naranja claro y rosa, pero un muro negro ocultaba la cada vez más débil fuente de luz. La escarpa que se asomaba sobre la extensión de tierra seca acortaba los días bloqueando el sol por la tarde.

«No me gustaría vivir aquí —pensó Emerahl—. Hay algo ominoso en ese peñasco, como si fuera a aplastarnos en cualquier momento».

La velocidad con la que los Pensadores habían conseguido organizar una caravana de platenes con que viajar a Sorlina había sido impresionante. Dos días después de que les leyera las inscripciones en los huesos, Emerahl había pagado su alojamiento y transferido sus pertenencias a uno de los varios platenes cubiertos que salían de la ciudad. Barmonia le había dicho que él iba a ponerse al frente de la expedición; había viajado tantas veces a la ciudad en ruinas que ya había perdido la cuenta. Emerahl habría interpretado la forma jovial en que se dirigió a ella como señal de que la empezaba a tratar respetuosamente, de no haber percibido su desdén cada vez que ella se encontraba cerca.

«Déjale fingir amabilidad —se dijo—. De lo contrario, el viaje será muy desagradable. No puedo decirle que sé que él y sus colegas piensan abandonarme en un barco cuando hayan encontrado el manuscrito».

El suelo tembló levemente, pero lo bastante fuerte como para hacer vibrar las cuerdas de las tiendas de campaña. Emerahl miró a los hombres sentados alrededor del fuego. La mayoría permaneció en su sitio, con caras de alerta y preocupación, pero empezaron a tranquilizarse en cuanto dejó de temblar.

—Temblores —murmuró Yazir antes de servirse otro tazón del grano excesivamente picante que los criados habían preparado para ellos.

Ray miró a Emerahl y le sonrió.

—Ocurre a menudo —le aseguró—. El Gran Pensador Marmel creía que

la escarpa era una placa del mundo deslizándose sobre otra placa..., sobre la placa en la que estamos sentados. A veces la tierra se sacude con tanta fuerza que ni siquiera te puedes poner en pie. En ocasiones se derrumban algunas casas.

Emerahl echó un vistazo al repecho y frunció el ceño.

—Me sorprende que Hannaya siga en pie.

—Oh, algunos edificios se vienen abajo de vez en cuando, pero la ciudad es lo bastante fuerte como para resistir la mayor parte de los temblores. Dicen que fue esculpida en la roca por hechiceros.

—¿Hasta dónde se extiende la escarpa?

—Hasta la costa sudoeste. En algunos puntos es más alta; en otros, más baja. Nos dirigimos a una de las escasas grietas en que se dividió. —Unió las manos con las palmas hacia abajo e imitó la rotura de la placa superior y la separación con respecto a la inferior—. La tierra de en medio es asimismo una cuesta larga y escarpada. Durante miles de años fue una de las pocas vías de comunicación terrestre entre Avven y Mur, de modo que la gente que controlaba y cobraba un peaje al tráfico de mercancías entre ambos lados se enriqueció sobremanera. Luego tuvo lugar la Guerra de los Dioses, y en menos de un año el poder pasó de los seguidores de deidades muertas a los seguidores de los Cinco.

—¿Un año? ¿Cómo lo sabes?

—Si estudias detenidamente los relatos de la época, puedes establecer cierto orden. Por supuesto, algunos afirmaron que sus deidades seguían vivas pese a que no lo estaban. Otros señalaron que los dioses del enemigo habían muerto cuando no era así. Pero la mayoría murió dentro de un breve espacio de tiempo.

Emerahl sacudió la cabeza asombrada. Hasta entonces no sabía cómo o cuándo se habían producido las muertes. Las consecuencias se habían hecho sentir lentamente.

—Los mortales debieron de haber tardado un tiempo en comprender lo que había pasado.

—Algunos nunca lo hicieron. Es difícil probar la muerte de seres invisibles. No hay cadáveres. No hay testigos. Solo silencio.

—Sin embargo, la desaparición de los dioses tuvo un efecto dramático

sobre el mundo.

—Sí. Los sacerdotes perdieron sus poderes. Las deidades ya no controlaban ni daban consejo a sus seguidores. Algunas personas se aprovecharon de la debilidad y la incertidumbre de sus enemigos. Pero aquello no duró mucho. Los Cinco se unieron para poner orden en el caos.

—¿De modo que los dioses pentadrianos existían antes de la guerra?

—Creo que sí. Sheyr era el dios de la prosperidad; Hrun, la diosa del amor; Alor, el dios de la guerra; Ranah, la diosa del fuego, y Sraal, el dios de la riqueza. En algunos lugares aún se los venera como tales.

Emerahl consideró la lista de nombres y títulos. Las deidades circulianas también afirmaban haber tenido sus propias especializaciones. Chaia había sido el dios de los reyes y Huan, la diosa de la fertilidad.

«Fertilidad y amor. No hay gran diferencia. Ambos lados también tienen su dios de la guerra. Supongo que son las cuestiones sobre las que más reza la gente. Dame una amante, protege a mi amante, dame hijos, hazme rico, no dejes que muera...».

En cuanto al resto de las divinidades, los pentadrianos parecían llevar la ventaja, pensó Emerahl. Un dios de la riqueza ha de ser más útil que Saru, el antiguo dios del juego. O incluso que un dios de los reyes. Pero el continente del sur podría haberse beneficiado de una diosa de las mujeres, si el desprecio por este sexo era tan acusado en la población general como entre los Pensadores.

Barmonia se puso en pie y bostezó en voz alta.

—Mañana nos pondremos en marcha temprano —advirtió a los demás—. No os acostéis tarde.

Cuando echó a andar hacia las tiendas, los otros hombres se pusieron en pie como niños reacios pero obedientes.

—¿Me harías el honor de escoltarte hasta tu tienda? —preguntó Ray.

Ella rio en voz baja.

—Soy yo la que se sentiría honrada —respondió ella con idéntica formalidad.

Kereon los miró por encima del hombro con exasperación, pero no dijo nada. Yazir los observó y confirmó sus sospechas sobre las verdaderas intenciones de Ray a juzgar por el brillo de avidez en sus ojos y los celos de

adolescente que ella percibió en él.

Notó expectación en Raynora. No le sorprendió. Los hombres eran oportunistas y a menudo suponían que las mujeres que llevaban cualquier tipo de vida distinto al de una esposa solícita lo hacían para poder escoger a sus amantes.

No era que Emerahl fuera distinta.

La tienda no estaba lejos, pero para llegar hasta ella había que esquivar unas cuentas cuerdas. Ray se mantuvo cerca, a punto para ayudar si ella tropezaba, y Emerahl se dio cuenta de que él se sintió decepcionado cuando llegaron sin incidentes. Ella se volvió hacia él.

—Eres muy hermosa —le dijo Ray suavemente.

Emerahl estuvo a punto de echarse a reír. La miraba como si estuviera impresionado, pero ella pudo percibir que solo sentía deseo.

No obstante, era encantador y bien parecido. Llevárselo a la cama podía tener sus ventajas. Él también era el primer hombre que mostraba interés por ella desde Mirar...

«... y aquello no terminó en nada».

Sintió una punzada de culpa. Estaba siendo injusta con él. Él había estado bajo el control de Leiard.

De pronto, recordó a Leiard en la cueva de Si, mirándola a través de los ojos de Mirar.

«... te uniste al prostíbulo por necesidad... También me pregunto si no estarás buscando de forma inconsciente el mismo tipo de certidumbre que busca Mirar; la certeza de que eres un ser físico y no una diosa...».

Se apartó un paso de Ray. La idea de acostarse con él ya no le resultaba atractiva. Los otros Pensadores podían tomarlo como prueba de que sus prejuicios sobre las mujeres extranjeras eran correctos. Aunque tampoco la iban a respetar de repente por no irse a la cama con él.

—Buenas noches, Ray —dijo ella—. Estoy cansada. Nos veremos por la mañana.

Ella entró en la tienda y cerró firmemente las puertas. Al principio él se mostró sorprendido y decepcionado, pero luego se llenó de entusiasmo y determinación. Después de unos instantes, cuando lo oyó alejarse, ella exhaló un suspiro de alivio. Invocó magia y levantó una barrera frente a la entrada.

«Tendré que rechazarlo unas cuantas veces hasta que se dé por vencido —se dijo. Miró el banco angosto cubierto por un colchón fino que servía de cama y se encogió de hombros—. Bueno, es mejor que el fondo de un bote. Además, no quiero dormirme tan pronto».

Se recostó, cerró los ojos e intentó relajarse. Sus pensamientos empezaron a flotar lentamente a la deriva. Al cabo de poco rato, había perdido por completo la noción del tiempo.

:Emerahl.

La voz dual de los Mellizos sonó como un suspiro en su mente.

:Surim. Tamun.

:Hiciste bien en rechazar a tu admirador, le dijo Tamun.

:¿Sí? ¿Por qué?

:Surim lo habría encontrado demasiado interesante.

Una oleada de alivio recorrió a Emerahl. No había considerado la posibilidad de que los Mellizos pudieran observar sus bufonadas de alcoba a través de los ojos de Raynora. La idea le pareció perturbadora.

:No me habrías observado, ¿verdad, Surim?

:Lo habría tenido que hacer, por si te pasaba algo. Lo habría hecho exclusivamente para protegerte.

:Ya veo. Y si me hubiera pasado algo, ¿qué habrías hecho para protegerme?

Él no respondió.

:Hemos descubierto quién le ha ofrecido el dinero por el manuscrito a Raynora —dijo Tamun—. Han sido las Voces. Ellas o sus dioses deben de haberse enterado de que los Pensadores están buscando el manuscrito y no les ha hecho ninguna gracia.

:Lo que refuerza nuestra sospecha de que el documento contiene algo peligroso para los dioses, añadió Surim.

:Podría sobornar a Ray para que me lo dé a mí, sugirió Emerahl.

:No. Te arriesgarías a revelar que conoces el objetivo de esta misión. Sus dioses podrían estar observando.

:Si están observando, es probable que ya haya levantado sospechas, porque no podrán leerme la mente.

:Es verdad. Lo más seguro es que toleren tu participación solo porque

puedes ayudar a Ray a encontrar antes el manuscrito.

:¿Cómo puedo detenerlo?

:Fácil. Róballo tú misma.

:¿Robar el manuscrito a los Pensadores, la gente más inteligente de Ithania del Sur, en las narices de sus dioses? —Emerahl pareció regocijarse con la idea—. Eso sí que va a ser divertido.

Jadeando y empapado en sudor, Ton alcanzó la cima de la colina y se detuvo para recuperar el aliento. Al levantar los ojos se olvidó del agotamiento y contempló asombrado el paisaje que se abría ante él: colinas sinuosas que descendían hasta terminar abruptamente en una gran superficie que reflejaba la luz de un sol bajo y se extendía hasta encontrarse con el cielo.

«Así que esto es el mar», pensó.

El agua relucía como una tela cara o una enorme plancha de oro ondulante. No tardó en comprender que el extraño olor que impregnaba el aire era de sal.

«Debo de estar cerca del refugio..., a menos que se encuentre al otro lado del mar». Recorrió las colinas con la mirada. Le temblaba todo el cuerpo a causa de la expectación y el agotamiento. Se sentía como si llevara caminando una eternidad. La vida que había dejado atrás parecía un sueño. Un mal sueño.

Cerca de la costa, divisó las diminutas figuras de muchas, muchas casas. Entre ellas discurría un hilo fino: un río. Vislumbró columnas de humo que ascendían en el aire oscuro. ¿Era ese el refugio del que le había hablado Chemalya?

«Solo hay una forma de averiguarlo. —Se obligó a seguir adelante—. Al menos a partir de aquí todo es cuesta abajo».

Conforme pasaban las horas, mantuvo ocupada la mente pensando en su

esposa Gli y sus dos hijos. A ellos les encantaría ese lugar. Tendría que aprender a navegar para rescatarlos. Tal vez se harían pescadores. O campesinos. Sería trabajo duro, pero sin duda preferible a ser tratados como esclavos. Sin embargo, Ton no había sufrido tanto como Gli en su juventud. Ambos odiaban a Gim y a su clan. Todos esos discursos sobre el honor y el orgullo... Nunca había conocido a un guerrero con una sola idea decente en la cabeza. Cuanto antes sacara a su familia de Chon, mejor.

Su estado de ánimo empezó a decaer al anochecer. Se sentó a la vera del camino a esperar a que saliera la luna. Cuando dispuso de un poco de luz para seguir, reanudó la marcha. Justo cuando empezaba a preguntarse si había tomado el camino equivocado, avistó luces en la distancia. El estómago le dio un vuelco, y se le avivó el hambre que lo había atosigado durante días.

Pero cuando ya se hallaba cerca de la primera casa, se apoderó de él una fuerte renuencia a llamar la atención o a molestar a los lugareños. Redujo el paso y continuó avanzando, pesadamente. Aunque los primeros edificios eran casas aisladas, el espacio entre ellos se fue estrechando hasta lindar pared con pared. Un hombre salió de una puerta, más adelante. Se dirigió hacia Ton, arrugando la frente y dedicándole una mirada poco amistosa. Pero, al cabo de unos segundos, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—Recién llegado, ¿eh? Deben de estar esperándote. Hay una taberna muy grande unos cuantos metros más abajo, a la derecha.

Ton farfulló unas palabras de agradecimiento y caminó deprisa. La taberna no era un sitio fácil de pasar por alto. A través de la puerta y las ventanas se entreveían muchas personas. Un hombre alto y desgarrado sentado en un banco se puso de pie, sonriente.

—Soy Warwel. ¿Y tú? —preguntó.

—Ton.

—Ah. Bienvenido a Dram. Pasa. Debes de estar cansado. Y hambriento.

—Mucho —admitió Ton.

El hombre le posó una mano en el hombro y lo condujo al interior. Los ojos de Ton tardaron unos instantes en adaptarse a la intensa luz de las lámparas, pero él advirtió que las conversaciones se interrumpían. Al pasear la vista alrededor, vio que la estancia estaba llena de hombres y mujeres. Algunos lo miraban con sonrisas acogedoras, otros con curiosidad y unos

pocos con recelo.

—Este es Ton —anunció Warwel en voz alta—. Recién llegado... ¿De dónde? —Miró a Ton.

—De Chon —respondió Ton con una voz apenas audible.

—De Chon —repitió Warwel—. Ton de Chon. Ha venido de muy lejos.

Varias voces le dieron la bienvenida. Warwel hizo una seña a una mujer.

—Kit, ¿le traes algo de comer?

La amabilidad de la petición y la vestimenta digna de la mujer le alegraron el corazón a Ton. Debía de ser una criada, pues de lo contrario Warwel no le habría pedido que fuera en busca de comida. Sin embargo, no la había tratado como a una esclava.

«Tal vez sea cierto lo que dijo el vendedor de especias. Claro que es cierto. No habría dejado a mi familia ni recorrido un camino tan largo si no lo hubiera creído».

Aun así, experimentó un gran alivio al descubrir que no lo habían engañado.

Warwel guio a Ton hasta un banco situado junto a una mesa amplia ocupada por varias personas. Bebían, pero ninguno parecía estar borracho.

—Chem me habló de ti —dijo Warwel.

Ton parpadeó, confundido.

—¿De veras? Creía que no sabía dónde estabas.

Warwel se dio unos golpecitos en la frente con el dedo.

—Hablamos mentalmente. No me hace falta decirle dónde estoy.

—Ah. —Magia. Ton observó las caras de los presentes. Se parecían mucho a Chem. O, mejor dicho, Chem se parecía a ellos.

En el momento en que cobró conciencia de la verdad, le colocaron delante un enorme cuenco de sopa y un plato con abundante pan.

«Son todos pentadrianos —pensó. Bajó la vista hacia la sopa, y su estómago emitió un gruñido—. El enemigo. —Había un utensilio extraño en el cuenco. Lo cogió—. Si me uno a ellos, traicionaré a mi país. —Era un cucharón pequeño, con un trozo de carne dentro. Lo observó con incredulidad—. ¡Carne! Pero los guerreros me matarán y matarán a mi familia si se enteran». La carne se hundió en el potaje cuando soltó el cucharón. Levantó la vista hacia Warwel.

—Mi familia... —empezó a decir. Luego buscó las palabras adecuadas para explicarse.

—Haremos cuanto sea posible para traerlos —le aseguró Warwel—. Aunque debo ser sincero contigo: será más difícil ahora que los clanes están buscando espías.

Ton asintió.

—¿Chem está...?

—¿Vivo? Sí, por ahora parece haber pasado inadvertido.

Entonces había esperanza. Ton cogió el cucharón y se lo llevó a la boca. La sopa estaba caliente y picaba. Olía a la tienda de Chem. La carne era suave y tan deliciosa como siempre la había imaginado. ¿Por qué si no la acaparaban los guerreros? Comió ininterrumpidamente hasta dar cuenta de la sopa y el pan, luego se volvió hacia Warwel.

—¿Qué debo hacer para convertirme?

El hombre parpadeó sorprendido y soltó una carcajada.

—No hace falta que te conviertas, Ton. Pero si quieres, te enseñaremos todo sobre los Cinco. —Vaciló—. ¿Renegarías tan fácilmente del Círculo?

Ton se encogió de hombros.

—¿Qué ha hecho Lore por mí o por mi familia? Solo le importan los guerreros.

—¿Y los otros dioses?

—Tampoco han hecho nunca nada por mí. —Ton bostezó. El agotamiento, el calor de la habitación y la comida le estaban dando sueño. Gli siempre lo había acusado de tomar decisiones precipitadas cuando estaba cansado. Frunció el ceño—. Supongo que debería esperar a que llegue Gli, pero, mientras tanto, no está de más que me instruya sobre vuestros dioses.

Warwel sonrió de oreja a oreja.

—Entonces te instruiremos. Pero, por ahora, creo que lo que más necesitas es un buen descanso. Sígueme. Prepararé una cama para ti.

El siyí liberado era ahora una mota en el brumoso cielo de la mañana. Con el rabillo del ojo, Auraya vio a Nekaun descruzar los brazos y supo que el juego estaba a punto de volver a empezar.

—He pensado que hoy podríamos explorar la ciudad —dijo él jovialmente—. Me gustaría que conocieras a mi pueblo.

«Su pueblo —repitió ella para sus adentros—. Como si él fuera el único gobernante de este continente. Me pregunto qué opinan de eso las otras Voces».

—Eso será interesante —respondió—. Estoy segura de que ya lo he visto todo y he conocido a todos en el Santuario..., excepto a las otras Voces, por supuesto.

—Están ansiosas por conocerte —señaló él.

—Lo dudo —dijo ella con una sonrisa levemente irónica.

Él soltó una risita.

—Debes recordar que, a diferencia de mí, ellos se enfrentaron a ti en un campo de batalla. Es posible que se sientan bastante intimidados.

«¿Intimidados? —Ella arrugó el entrecejo—. Más bien debe de estar preocupado de que me ataquen y rompan su promesa de que nadie me hará daño».

Nekaun señaló la escalera.

—¿Nos ponemos en marcha?

Ella lo siguió al interior del edificio y después a través del Santuario. Turaan los acompañaba en silencio. Los Servidores se detenían para observarla antes de apretar el paso y alejarse. Auraya leía en sus mentes una mezcla ahora familiar de curiosidad y rechazo. Los pentadrianos solo la conocían de la batalla. Ella era el enemigo que había matado a su anterior líder. Sin embargo, aceptaban la postura de Nekaun y concluían que si él la trataba con amabilidad, ellos debían hacer lo mismo.

Mostraban un gran respeto hacia Nekaun, pero no tanto como hacia las otras Voces. Ella captó también varios pensamientos de personas que lo comparaban con su predecesor y concluyó que, si bien Nekaun era querido y respetado, Kuar había sido adorado.

«Nekaun quiere alcanzar la misma adoración —aventuró—. ¿Qué piensa hacer para ganársela? —Se estremeció—. ¿Lanzará otro ataque contra Ithania del Norte?». Sin embargo, el hecho de que ella estuviera allí fomentaba la comprensión entre circulianos y pentadrianos. Tal vez pensaba que evitar una guerra aumentaría su prestigio a los ojos de sus conciudadanos.

Habían llegado al enorme vestíbulo del Santuario. Estaba tan lleno de Servidores y civiles como cuando él se lo había enseñado por vez primera. La gente se detuvo a mirar cómo Nekaun la guiaba hasta el pórtico del edificio. Él salió y empezó a descender los escalones.

Abajo, a la orilla de la calzada, había varios hombres musculosos con el torso desnudo y un Servidor junto a una litera. Auraya se concentró y captó pensamientos de aburrimiento, resentimiento y resignación. Aquellos eran los primeros esclavos que veía. Nekaun le había hablado de la tradición de esclavizar a los delincuentes. Era una idea novedosa —quizá más clemente que la ejecución—, aunque útil únicamente para los Servidores, ya que el sistema solo podía funcionar si los amos de los esclavos contaban con las suficientes habilidades para sofocar una rebelión.

Nekaun la invitó a subir al palanquín, donde ella se sentó frente a él y a su Acompañante. El Servidor bramó unas órdenes, y los esclavos se inclinaron para recoger la litera. A Auraya la sensación de ser levantada de aquel modo le resultó desconcertante. Aunque lo peor que podían hacer aquellos hombres era dejar caer el palanquín, ella no pudo evitar sentirse incómoda.

Tras la orden de Nekaun, echaron a andar y enfilaron la amplia calle principal de la ciudad. Su anfitrión empezó a hablar, y Turaan tradujo sus palabras. Habló de las casas que habían sido derribadas hacía tiempo para construir aquella avenida y de otros cambios realizados un siglo atrás. Auraya apenas escuchaba. Estaba absorta en los pensamientos de la gente de la calle.

Cuando reparaban en la litera, se detenían a mirar. Lo primero que captaba su interés era Nekaun, ya que ver de cerca a la Voz Primera era todo un acontecimiento para ellos. Ella leía en su mente la intención de alardear ante amigos y familiares.

Pero el revuelo no duró mucho. El interés de aquellas personas se trocaba en sorpresa e indignación cuando reparaban en la presencia de Auraya. Quienes la reconocían por haberla visto en la guerra ponían en antecedentes a los que no. Habían circulado rumores de que ella estaba en el Santuario. A pocos les hacía gracia la noticia, pero ahora parecían enfurecidos por su osadía de exhibirse abiertamente ante los familiares de aquellos a los que ella y sus aliados habían asesinado.

«Les da igual que la idea se le haya ocurrido a Nekaun», pensó con

amargura.

Conforme aumentaba la cólera de la gente, Auraya notó que le hormigueaba la piel en señal de advertencia. Invocó un poco de magia y se rodeó de una barrera ligera e invisible. Nekaun había empezado a titubear. Entre sus cejas apareció una pequeña arruga, pero siguió hablando. Auraya se esforzó por parecer despreocupada, esperando que si seguían avanzando la muchedumbre no tuviera oportunidad de arracimarse para enfrentarse a ellos.

«No es que me den miedo —se dijo—. Pero sería un bochorno para Nekaun, y eso nunca es bueno para un hombre en su posición».

La multitud había empezado a seguir la litera. A Auraya se le aceleró el pulso. Los esclavos advirtieron que la turba crecía y empezaron a mirar alrededor con expresiones nerviosas. Turaan estaba pálido, pero seguía traduciendo tenazmente. Nekaun ordenó a los portadores que llevaran la litera por una calle secundaria.

Apenas habían recorrido un trecho del camino cuando empezó a salir gente de las callejuelas laterales. Se formó una muchedumbre ruidosa en torno al palanquín, y los portadores se vieron obligados a detenerse.

—¡Asesina! —gritó alguien.

—Vete. ¡No eres bienvenida aquí!

Aunque la gente vociferaba en su propia lengua, Auraya sabía que podía fingir que entendía lo que decían por el tono. Observó a la multitud. Un hombre la miró a los ojos, gruñó y le escupió. El salivazo chocó contra la barrera de Auraya y resbaló al suelo.

Ella notó que el corazón le latía a toda prisa. Aunque no temía a aquella gente, no podía evitar reaccionar a su comportamiento amenazador. Nekaun ordenó a los esclavos que bajaran la litera. Cuando esta tocó el suelo, él se puso en pie. La multitud reculó unos pasos y guardó silencio.

—Ciudadanos de Glymma, no me avergoncéis —les imploró—. Entiendo vuestra rabia. Tenéis delante a una hechicera que en el pasado fue nuestra enemiga y no veis ninguna razón para ganaros su estima. Pero hay una razón. Una razón muy buena. Ella no os conoce ni os entiende. De lo contrario, os amaría como os amo yo. Al igual que yo, no soportaría ver que os hicieran daño a vosotros o a vuestras familias. Sé que sois honrados y leales. Dejad que ella también lo reconozca, en lugar de este odio inútil.

La gente no estaba convencida del todo, pero las palabras de la Voz Primera habían conseguido reducirlos a una obediencia inquieta y recelosa. Se dispersaron, farfullando. Nekaun se sentó e hizo una seña al Servidor que controlaba a los esclavos. La litera se volvió a elevar, y la multitud se apartó para dejarla pasar.

Aunque Nekaun parecía relajado, se sujetó con cierta rigidez cuando el palanquín se puso en movimiento. No miró a Auraya. Estaba claro que no había sabido prever la reacción de su pueblo.

Ella aún tenía el corazón desbocado, pero no sentía más que tristeza. «Me odian —pensó—. Me odian, y no es difícil entender por qué. Soy la encarnación de su enemigo. A Nekaun le costará mucho convencerlos de que se alíen con Ithania del Norte en el futuro. De hecho, quizá sea imposible».

—Volveremos al Santuario y pasaremos a un platén cubierto —le dijo él—. No es por tu seguridad —le aseguró—. No corres peligro, pero será más cómodo y perderemos menos tiempo. Lamento que hayas tenido que presenciar esto.

—¿De veras? ¿No lo has hecho para mostrarme el efecto de mis supuestos crímenes?

—No, no me lo esperaba —respondió él—. A veces olvido que la gente suele ser menos indulgente que yo.

—¿No estuviste en la guerra entonces?

—Sí estuve. —Él se volvió para mirarla a los ojos. De su expresión había desaparecido toda señal de debilidad.

—Entonces no te costará entenderlos —dijo Auraya—. No es fácil perdonar al responsable de la muerte de familiares y amigos, y no les queda otro remedio que creer que la invasión de Ithania del Norte estuvo justificada. De lo contrario, perderían la fe en sus dioses y líderes. De modo que culpan al pueblo al que invadieron.

—Tu gente ya no es inocente de ese crimen —le recordó él—. Es divertido oírte reprendernos cuando tú misma has acompañado a nuestros invasores.

—¿Te refieres al ataque de los siyís a los pájaros? —Ella negó con la cabeza—. No fue una invasión, sino un acto estúpido en venganza por la ofensiva de tu pueblo en Jarime. —«Inducido por Huan», añadió para sí.

—Es interesante que pienses eso —comentó él.

—¿Qué otra cosa podría haber sido? Vuestras defensas deben de ser realmente débiles si treinta y pico siyís suponen una amenaza para toda Ithania del Sur.

—Treinta y tres siyís y una hechicera —la corrigió Nekaun—. Ah, pero tus dioses te habían prohibido unirte a la batalla, ¿verdad? Qué curioso.

Ella se encogió de hombros.

Él sonrió.

—Sospecho que tus dioses tenían otros motivos para enviarte aquí. El problema es que no se me ocurre cuáles. Salvo tal vez que seas una espía.

—Entonces ¿por qué me estás enseñando tu ciudad?

—Porque sé que aquí no descubrirás grandes secretos ni puntos vulnerables. No estamos planeando invadir Ithania del Norte otra vez. Mi voluntad de forjar la paz entre nuestros pueblos es sincera.

Ella lo miró a los ojos.

—Pero ya he descubierto un punto vulnerable. No entiendes de verdad a tu gente. Por más que leas sus pensamientos, te niegas a aceptar que ahora mismo hay demasiado odio entre los habitantes de nuestras ciudades como para forjar una paz. Los dos bandos se resistirán a cualquier intento de establecer una alianza con quienes mataron a sus seres queridos. Están sedientos de venganza y, si se les presenta la oportunidad, la aprovecharán con creces. Esto puede seguir así año tras año, siglo tras siglo. ¿Por qué? Porque tus dioses instaron a tu pueblo a invadir al mío.

Él se quedó mirándola, luego esbozó una sonrisa.

—Ah, pero ¿alguna vez te has preguntado por qué lo hicieron? —inquirió él—. Porque los tuyos no toleran a los devotos de ninguna deidad excepto las del Círculo. ¿Acaso los pueblos del mundo no merecen la libertad de adorar a quienes les plazca?

El palanquín estaba llegando a la escalera del Santuario. Auraya posó los ojos en Nekaun.

—Tal vez la merecen, pero si tus dioses creyeron que al invadir Ithania del Norte liberarían a los mortales de la intolerancia circuliana, cometieron un gran error. Lo único que consiguieron fue que muriese mucha gente, tanto circulianos como pentadrianos, y asegurarse de que muchos más murieran en

el futuro.

La litera se detuvo. Nekaun no dio ninguna orden, pues estaba absorto pensando en las palabras de Auraya.

—A eso solo puedo darte dos respuestas. En primer lugar, que la decisión no fue de nuestros dioses, que dejan muchos asuntos en nuestras manos. En segundo lugar, que nunca encontraremos la paz si no nos empeñamos en ello. —Sonrió—. A diferencia de ti, dispongo de todo el tiempo del mundo.

Desde que había anunciado la llegada del criado desertor a su destino y había ordenado a Yem, a Gillen y a Danyin que volvieran al platén, algo en un lugar lejano había atraído la atención de Elar. Los hombres hablaban ahora en voz baja para evitar distraerla. Cuando Gillen ganaba una partida de fichas, sus cómicas carcajadas ahogadas y gestos de júbilo mal disimulado hacían que a Danyin le doliera menos la pérdida de dinero.

El hecho de que rara vez perdiera ante Gillen también ayudaba, claro. Por otra parte, Yem jugaba con una habilidad sorprendente. Por fortuna, su desprecio por los juegos de azar y las apuestas era tan grande como el entusiasmo de Gillen. Perder ante él solo le había costado un poco de orgullo.

Gillen, que había guardado el juego, permanecía sentado con los ojos cerrados. Al cabo de unos instantes,ladeó la cabeza y se le abrió la boca. Un ronquido suave invadió el interior del platén.

Yem no pareció notarlo. Estaba sentado con la comodidad relajada de un hombre joven, los ojos entrecerrados y la mirada perdida en la distancia. Entraba en esa especie de trance cada vez que decaía la conversación, y a Danyin no le habría sorprendido descubrir que se trataba de una técnica que se enseñaba a todos los guerreros. En cuanto sonaba un ruido fuerte o alguien hablaba, Yem abría los ojos y volvía a estar alerta de inmediato.

«No me vendría mal dominar esa técnica», pensó Danyin.

Se volvió hacia Elar y le sorprendió descubrir que lo estaba observando. Ella le sonrió.

—¿Habéis averiguado muchas cosas? —le preguntó él.

La Blanca inclinó la cabeza afirmativamente y echó un vistazo a Yem, que ahora la miraba expectante.

—Os lo contaré —dijo ella—. Luego deberemos dormir como podamos. Viajaremos por la noche para reducir las posibilidades de que los aldeanos se enteren de que nos dirigimos hacia Dram. El paso de un platén de noche puede despertar cierta curiosidad, pero si avanzamos durante el día no hay duda de que repararán en nuestra presencia.

—Los aremes no aguantarán —les advirtió Yem.

—Pues adquiriremos otros.

Yem frunció el entrecejo, pero no abrió la boca. Danyin había visto al guerrero ayudar a los criados a atender a los animales e incluso lo había oído murmurar palabras tranquilizadoras al oído de uno de ellos cuando el ulular del viento en el bosque lo había asustado. Aunque los guerreros dunwayanos que poseían rainas eran pocos, adoraban a estas bestias. Danyin nunca había visto a un guerrero mostrar el menor aprecio por los lentos y prácticos aremes.

Miró a Gillen, que seguía roncando. Le dio un empujoncito en el pie con la punta de la sandalia. Hicieron falta varios golpecitos para despertarlo.

—¿Qué? ¿Nos detenemos ahora? —preguntó Gillen, parpadeando.

—No. Elareen la Blanca nos va a contar qué ha descubierto —respondió Danyin.

Gillen se frotó los ojos.

—Ah.

—Tómate un momento para despabilarte del todo —le dijo Elar con delicadeza.

El embajador se dio unas palmadas en las mejillas.

—Estoy bien. Adelante.

Elar sonrió y se encogió de hombros.

—La historia que he podido reconstruir a partir de lo que he leído en las mentes de los aldeanos es la siguiente: hace casi un año, un barco pentadriano se fue a pique cerca de las costas de un pueblo llamado Dram. Los habitantes del lugar rescataron a todos los naufragos que pudieron y les brindaron alojamiento en sus casas. Los supervivientes los retribuyeron trabajando en los campos o en tareas domésticas. Cuando expresaron su deseo de quedarse, los aldeanos los ayudaron a construir casas y a encontrar empleo, con la autorización del clan al que pertenecen esas tierras.

»Lo que no saben es que el barco fue hundido deliberadamente y que quienes iban a bordo no eran campesinos que habían tenido que abandonar sus tierras infértiles, como les habían asegurado. Eran sacerdotes pentadrianos, enviados junto con sus familias para ganarse la amistad de los dunwayanos y convertirlos. —Elar arrugó el entrecejo—. Hasta la fecha han conseguido convertir a la mitad del pueblo. El resto de la población acepta la conversión de sus paisanos, aunque algunos muestran recelo por diversas razones sin importancia. —Miró a Yem—. Una vez instalados, los pentadrianos procedieron a organizar la fuga a Dram de criados descontentos. No sé por qué el clan local ha dejado que los pentadrianos se queden, pero pienso averiguarlo. Los lugareños creen que el aumento de la producción debido a la mano de obra adicional lleva a sus líderes a hacer la vista gorda.

Yem se encogió de hombros.

—Los del clan Correl no se dejan ver mucho por Chon. Pagan sus tributos y emiten sus votos, pero por lo demás se mantienen bastante apartados.

—Me gustaría visitarlos —dijo ella.

—Mañana pasaremos cerca de su fortaleza —le informó él.

Elar reflexionó por unos instantes.

—Bien. Necesitaremos la ayuda de este clan para reunir a esos pentadrianos.

—Si vas a la fortaleza, te arriesgas a que los pentadrianos se enteren de tu llegada —señaló Gillen—. ¿Y si hay espías allí?

—Lo sabré y me ocuparé de ellos —aseveró ella con firmeza.

Yem se revolvió en su asiento.

—¿Qué piensas hacer con los pentadrianos?

Elar juntó las cejas.

—Eso deben decidirlo I-Portak y Juran.

—¿Junto con el destino de los aldeanos?

—Sí.

Yem volvió a arrugar la frente, pero no dijo nada. Gillen hizo una mueca y exhaló un suspiro.

—Los aldeanos cayeron víctimas de un engaño —señaló Danyin—. No son culpables más que de haber tendido la mano a quienes ellos creían que

necesitaban ayuda. Dudo que se los castigue por eso.

—A los clanes eso les dará igual —afirmó Gillen—. Querrán imponerles un castigo ejemplarizante, que disuada a otros criados que estén pensando en abandonar a sus amos u ocultar al enemigo.

—Se les dará una oportunidad para que se expliquen —le aseguró Yem a Danyin.

«¿Les servirá de algo?», se preguntó Danyin. La justicia dunwayana solía ser implacable y despiadada.

—Han renegado de los dioses —dijo Elar con gravedad—. No son completamente inocentes, Danyin.

Él la contempló, inquieto. Elar entornó los párpados, y él notó que un escalofrío le bajaba por la espalda. «¿Por qué tengo la sensación de que ella busca señales de deslealtad? —Ahuyentó ese pensamiento—. Mi papel consiste en asesorar. Se supone que tengo que hacer preguntas incómodas».

—¿Y qué hay de los aldeanos que no han renegado de los dioses ni saben nada acerca del engaño?

—Deberían haber informado de la presencia del enemigo, ¿no? —contestó ella—. Nadie está libre de culpa en este caso, Danyin.

—La decisión del clan de no interferir podría haberse interpretado como una señal de consentimiento —alegó Danyin—. No se habrían atrevido a decir nada que perjudicara a sus amos.

—Eso no lo sabes, Danyin —repuso ella, sonriente—, pero lo averiguaremos más pronto que tarde. Buscaré pensamientos de ese tipo entre los aldeanos, si eso te ayuda a descargar la conciencia. Sin embargo, dudo que los clanes se muestren tan compasivos como tú. —Miró a Yem, que se encogió de hombros con aire resignado—. Ahora intentemos dormir todo lo que podamos. Mañana será un día ajetreado.

El salón en el que las Voces ofrecían cenas formales a los invitados resonó con los pasos de Reivan e Imenja. En un extremo de la larga mesa había cinco cubiertos. Solo cinco comensales en esa enorme habitación. Parecía ridículo, pero era parte de los esfuerzos de Nekaun por impresionar a Auraya.

Reivan e Imenja ya casi habían llegado a la mesa cuando se abrió una puerta cercana. Entró una mujer, y por un momento lo único que vio Reivan fue el atuendo blanco de una sacerdotisa circuliana. Se estremeció.

Luego vio a Nekaun unos pasos detrás de la mujer y a Turaan siguiendo de cerca a su superior. El negro de la túnica de Nekaun contrastaba con las vestimentas blancas de Auraya. Una declaración de principios igual de enérgica. El miedo cedió el paso a una agitación nerviosa.

Con Imenja y Nekaun presentes, Reivan podía sentirse segura. Auraya no podía soñar con superar a ambos en fuerza mágica..., aunque le costaba imaginarse a las dos Voces cooperando entre sí.

«Lo harán si no tienen más remedio», pensó. Inspiró profundamente y confió en que el miedo no se hubiera reflejado en su rostro. Por supuesto, eso no habría servido de mucho si Auraya aún podía leer la mente. Miró a Imenja.

:¿Puede?

:No lo sabemos con certeza.

—Sacerdotisa Auraya, la Voz Segunda, Imenja —la presentó Nekaun.

Turaan tradujo las palabras al haniano—. Imenja, la sacerdotisa Auraya, ex Blanca —concluyó Nekaun.

—Bienvenida a Glymma y al Santuario —dijo Imenja en avveniano—. Es mucho mejor tenerte delante en una cena que en una batalla. —Auraya permaneció inexpresiva hasta que Turaan tradujo las palabras, lo que sugirió a Reivan que la ex Blanca no podía leer la mente.

Auraya apenas sonrió.

—Desde luego que lo es. Para mí también.

Imenja se volvió levemente hacia Reivan como si se negara a quitar los ojos de Auraya ni siquiera por unos instantes.

—Esta es mi Acompañante Reivan.

Las miradas de ambas se encontraron.

—Es un honor conocerte, Acompañante Reivan. Nekaun me ha hablado mucho de ti, incluida la hazaña del rescate del ejército pentadriano de las minas.

A Reivan se le encendieron las mejillas.

—Para mí también es un honor conocerte.

«¿Qué le ha contado sobre mí? Oh, no seas ridícula, Reivan. No va a conversar sobre temas del corazón con una ex Blanca».

La ex Blanca parecía divertida, sin duda por el bochorno de Reivan. Esta se sintió aliviada cuando la mujer se volvió nuevamente hacia Imenja, que dijo algo acerca de que Reivan entendía el sennense y que tal vez lo mejor fuera que todos hablaran en ese idioma, pero Reivan apenas la oyó porque Nekaun la había mirado a los ojos. Él sonrió, haciendo que a ella se le acelerase el pulso; después apartó la mirada e hizo una seña hacia la mesa.

—Sentaos, por favor —les invitó él—. Hablemos cómodamente.

Imenja y Reivan se situaron en lados opuestos de la mesa, mientras que Nekaun ocupó su lugar habitual en la cabecera. A Auraya le tocó sentarse frente a Turaan. El hombre le dedicó una mirada altanera antes de volverse hacia los demás.

—Sin duda el puesto de Acompañante es una idea interesante —dijo Auraya—. Yo tuve un asesor, pero a nuestros asesores no se les exige que sean sacerdotes.

—¿En qué sentido? —preguntó Imenja.

—Un asesor solo tiene que ser inteligente y culto, y disponer de buenas conexiones. Un sacerdote debe tener habilidades. Si restringiéramos el nombramiento de nuestros asesores a los sacerdotes, nos estaríamos privando de los servicios de gente valiosa.

—Es verdad —convino Imenja—. De hecho, por esa misma razón ya no exigimos que todos nuestros Servidores tengan habilidades.

«Por favor no le digas que yo no tengo —pensó Reivan—. Eso es algo que preferiría no revelar a una ex Blanca».

—La mayoría de nuestros Servidores tienen habilidades —añadió Nekaun—. Los pocos que no las tienen poseen talentos extraordinarios que compensan con creces su falta de destreza mágica.

—¿Tenéis un grupo similar al de los Pensadores? —preguntó Imenja.

Auraya negó con la cabeza.

—Tenemos hombres y mujeres ricos y cultivados que se involucran en actividades académicas por el entretenimiento, la superación personal o el comercio, pero, que yo sepa, no se han constituido en colectivo. ¿Qué han descubierto o inventado vuestros Pensadores últimamente?

Nekaun empezó a describir varias construcciones que los Pensadores habían diseñado. En ese momento los criados llevaron el primer plato, y la conversación derivó hacia otros temas, ralentizada por la constante necesidad de traducción. Turaan bebió bastante agua, pero su voz se fue volviendo ronca a medida que se alargaba la velada. Reivan apenas tuvo necesidad de hablar. En lugar de ello, se concentró en observar y asimilar todo lo posible sobre Auraya.

Una vez que los comensales terminaron de cenar y los criados hubieron retirado el último plato, Imenja se inclinó hacia delante.

—¿Cuáles son tus impresiones hasta ahora sobre el Santuario y Glymma?

Auraya sonrió.

—El Santuario es hermoso como un palacio. Sin duda Glymma ha sido planificada y dispuesta con premeditación y sentido común. Me han impresionado especialmente vuestros acueductos y vuestras calles despejadas.

—¿Y los habitantes?

—Ni mejores ni peores que los de las ciudades del norte.

—¿Mejores no? —preguntó Imenja con una sonrisa.

—No.

—Hubiera pensado que nuestra gente era un punto a nuestro favor.

—¿Cuál?

—No maltratamos ni despreciamos a los tejedores de sueños ni a los que siguen a dioses muertos.

Auraya asintió.

—Eso es verdad. Pero mi pueblo no invade a otros pueblos. Creo que ese es un punto a nuestro favor que pesa mucho más que el vuestro. —Se detuvo para sostener la mirada de Imenja, luego se encogió de hombros y se volvió hacia Nekaun—. Y la actitud general hacia los tejedores de sueños está mejorando bastante gracias a los esfuerzos de los Blancos.

Imenja arqueó las cejas.

—¿Esfuerzos? ¿No acaban de echar a Mirar de Ithania del Norte?

Auraya entornó los párpados.

—Esa no era su intención —comentó ella con un toque de ironía en la voz.

—¿No? ¿Así que es libre de volver cuando quiera?

—Lo dudo. Puede que el Círculo esté dispuesto a fomentar la tolerancia hacia los tejedores de sueños, pero no han cambiado de idea acerca de Mirar.

—¿Por qué lo desprecian tanto? —preguntó Nekaun.

Auraya tensó los labios mientras consideraba su respuesta.

—El conflicto entre los dioses y Mirar se remonta a varios siglos atrás. No lo sé exactamente.

—Debe de haber algo más que el hecho de que los tejedores de sueños no veneren a los dioses —aventuró Imenja.

Auraya asintió.

—Creo que él se ganó estúpidamente su enemistad. Dudo que vuelva a cometer el mismo error.

«¿O sí? —se preguntó Reivan—. Las Voces necesitan saber si Mirar es un peligro. Si lo es para los dioses circulianos hasta el punto de que lo han intentado matar, ¿lo es también para nosotros? Sobrevivió a un ataque del más poderoso de los Blancos, así que debe de poseer unas habilidades sorprendentes. ¡Y Genza lo va a traer aquí!».

Los ojos de Auraya se posaron brevemente en Reivan, luego se apartaron.

—¿Te interesa saber dónde está? —preguntó Nekaun.

—No tengo ningún interés en Mirar —aseguró Auraya—. Si está en Ithania del Sur, es todo vuestro.

—¿Lo es? —Nekaun soltó una risita—. Qué generoso de tu parte. —Se reclinó en su asiento y observó a todos los presentes—. Ya es tarde. Mañana tengo que enseñar otra parte de la ciudad a Auraya y luego cenaremos con la Voz Tercera Vervel. Acompañaré a Auraya a sus habitaciones.

Reivan apenas lo oyó. Estaba segura de que algo raro acababa de ocurrir, pero no sabía qué, y ahora Nekaun parecía ansioso por marcharse. Cuando los demás se pusieron en pie y apartaron sus sillas, ella hizo lo propio. Se despidieron amablemente y se separaron. Nekaun, Auraya y Turaan salieron por la puerta por la que habían llegado.

Mientras seguía a Imenja hacia el vestíbulo, Reivan repasó mentalmente la conversación sobre Mirar. «Se volvió para mirarme, pero yo no había dicho nada. Eso quiere decir que...».

—Probablemente te leyó la mente —conjeturó Imenja—. Creo que por fin la hemos descubierto. Sin embargo, no queremos que lo sepa. Si esto sucediera, perderemos una pequeña ventaja.

—¿Así que no volveré a verla?

—No hasta que le revelemos que lo sabemos. —Imenja le sonrió en tono de disculpa. Salieron del vestíbulo y enfilaron un pasillo—. ¿Qué piensas de ella?

Reivan lo meditó.

—No creo que las posibilidades de que se alíe con nosotros sean altas.

—¿Ni siquiera si Nekaun le ofreciera entregarle a Mirar o matarlo?

—No —respondió Reivan—. Si es leal a sus dioses, no renegará de ellos sea lo que sea que le ofrezca Nekaun.

—Eso depende de qué complacería más a sus dioses. ¿La sacrificarían a cambio de la cabeza de Mirar? Ya no es una Blanca, de modo que es posible que no les importe su muerte.

—Es una poderosa hechicera. No querrán perderla. Y menos aún que se pase a nuestro bando.

Imenja inclinó la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo. Pero no podemos descartar la posibilidad de que finja unirse a nosotros para asegurarse de que Mirar muera.

—Ese sería un juego peligroso. ¿Se arriesgaría a que la descubrieran y la mataran a cambio de la cabeza de Mirar?

—Depende de lo mucho que sus dioses lo quieran ver muerto.

—Y de si lo quiere Nekaun —añadió Reivan—. Mirar es un hechicero poderoso e inmortal. Si se alía con nosotros, dará igual si Auraya se nos une o permanece fiel a los circulianos.

—Ese sería el mejor arreglo para nosotros, creo —convino Imenja—. A Genza le gusta y cree que a nosotros también nos resultará agradable.

—Sin embargo, hay un problema importante.

—¿Cuál?

—Los tejedores de sueños no matan. No nos sería de mucha utilidad para contrarrestar los poderes de Auraya.

—Es verdad.

—Tener a ambos de nuestro lado sería aún mejor. —Reivan soltó una risita—. Aunque eso sería problemático, si anduvieran todo el día a la greña.

Imenja esbozó una sonrisa perversa.

—Sí. Aunque podría ser divertido.

Levantando la lona de la cubierta del platén, Danyin vio el portal de una estructura impresionante. La fortaleza del clan Correl envolvía la cresta de una colina con gracia casi sinuosa. Lo único que se alcanzaba a ver de ella eran los altos muros, unas paredes que se alzaban desde la tierra como una masa rocosa natural. Daban la impresión de haber estado allí durante milenios y, pese a las sutiles huellas de reparaciones aquí y allá, o tal vez justamente por ello, de que fueran a durar una eternidad.

Dentro vivía aislado el pequeño clan Correl. Yem les había explicado que el declive de la familia se debía, sobre todo, al reducido número de nacimientos de hijos varones. El líder actual era un anciano cuyo único retoño había muerto en un accidente de adiestramiento. Había designado como heredero al hijo de una de sus nietas.

Pero en la familia había suficientes sobrinos y primos para formar una

pequeña unidad de guerreros.

Yem se había adelantado al grupo para anunciar su llegada. Danyin no pudo evitar preocuparse por la seguridad del joven. Si los guerreros también habían sido convertidos por los pentadrianos, quién sabía lo que podía pasar.

Danyin dejó caer la lona y miró a Elar. Esta le sonrió.

—No te preocupes, Danyin. Yem está seguro. Ya ha dispuesto todo.

El platén redujo la marcha al llegar a la colina. Los aremes estaban exhaustos. El golpeteo de sus cascos resonó de pronto en los muros cercanos, y el vehículo alcanzó un terreno llano. Se detuvo, y Elar se cubrió la cabeza con la capucha de su manto. Danyin se apeó después de ella, y Gillen saltó del platén detrás de ambos.

Habían llegado a un patio entre dos muros de la fortaleza. Estaba desierto, excepto por dos guerreros de pie junto a una segunda puerta y un par de guardas a los que Elar echó una ojeada. Uno de los guerreros era Yem; el otro, un hombre canoso de espalda ancha.

—Saludos, Elareen de los Blancos. Bienvenida a mi casa —dijo en voz baja el guerrero más viejo.

Elar sonrió.

—Saludos, Gret, talmo de Correl. Danyin Lanza, mi asesor, y Gillen Brazal, embajador de Hania.

—Bienvenidos. Pasad para que podamos conversar más cómodamente —los invitó.

Elar había pedido a Yem que hiciera los arreglos necesarios para celebrar esa reunión con el menor número de testigos posible. No vieron a nadie mientras cruzaban la segunda puerta, enfilaban por un pasillo estrecho y entraban en una sala. La mirada de Elar se distrajo levemente, y Danyin supuso que estaba comprobando que nadie estuviera observándolos furtivamente.

Gret los guio por una escalera y ascendieron a un corredor. Él se detuvo junto a una puerta y los hizo pasar a una estancia cavernosa decorada con grandes tapices.

Elar tomó asiento donde le indicó Gret. El viejo guerrero se dirigió a una mesa y escancié fua en cinco copas que luego ofreció a sus invitados.

—Ese tapiz es impresionante —murmuró Gillen. Estaba echando una

ojeada al más grande. Representaba una vista de colinas con campos separados por muros bajos y aldeas pequeñas apenas visibles en las crestas. El océano era una extensión iridiscente al fondo, y sobre el paisaje pendían grandes nubes.

«No es más que un tejido con hilos teñidos —pensó Danyin—. ¿Cómo han conseguido hacer que el mar resplandezca y las nubes parezcan tan reales solo con puntadas?».

—Lo hizo mi difunta esposa —les explicó Gret—. Tenía un talento especial. Es la vista desde el tejado de la fortaleza.

—Vaya si tenía talento —comentó Gillen—. Es un tema poco habitual en un tapiz dunwayano.

—Poco habitual en una tela tan grande —convino Gret—. Las mujeres suelen hacer piezas más pequeñas y las cuelgan en sus dormitorios. Por eso no habías visto tapices así antes. —Sonrió—. Tia era más ambiciosa. Me gustan sus tejidos y por eso hice que los trasladaran aquí tras su muerte.

Gret se sentó frente a Elar. Gillen y Danyin tomaron asiento a ambos lados de la Blanca. Volviendo a mirar el tapiz, Danyin se preguntó si una de las aldeas representadas en él era la población en la que se habían instalado los pentadrianos.

—Yem me ha dicho que habéis venido por un asunto urgente —dijo Gret—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Necesito la ayuda de tus guerreros —empezó a decir Elar. Cuando le habló de los pentadrianos que se habían instalado en Dram, la expresión del viejo se llenó de consternación.

—¿Estás segura de ello? ¿De que sus intenciones son malignas?

—Lo he leído en sus mentes —respondió Elar.

—Se me ha dicho que son trabajadores incansables y que no hacen alarde de sus costumbres.

—¿No los has investigado?

Él negó con la cabeza.

—Confío en el líder de Dram. Me habría informado de cualquier problema. Los pentadrianos pagan el diezmo. Algunos incluso se han casado con lugareños.

—¿Permites matrimonios entre pentadrianos y circulianos?

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Elar lo miró con expresión de incredulidad.

—Dime, ¿se casan por el rito pentadriano o circuliano?

—No lo he preguntado.

—¿Los pentadrianos de estas parejas se convierten en circulianos, o viceversa?

Él extendió las manos.

—¿Qué serán sus hijos? ¿Pentadrianos o circulianos?

—No lo sé. —Gret frunció el ceño—. No me gusta meterme en su vida privada.

—Una política admirablemente generosa, si los recién llegados fueran de Sennon o Hania. Pero esta gente es nuestro enemigo. Siguen a dioses que nos destruirían si pudieran. No podemos confiar en ellos..., como ha quedado demostrado. —Se inclinó hacia Gret—. I-Portak está de acuerdo conmigo. Los pentadrianos y la gente de Dram deben ser trasladados a Chon para ser juzgados.

Gret estaba boquiabierto y tenía las mejillas encendidas.

—¿A Chon? ¿Es eso necesario? Podríamos juzgarlos aquí.

Elar negó con la cabeza.

—No se puede ocultar algo de esta magnitud, Gret. La gente se enterará.

—Pero ¿debemos dar a los pentadrianos la satisfacción de que el mundo se entere de su éxito, por breve que haya sido?

—La gente debe enterarse de lo que han hecho para prevenir semejantes engaños en el futuro. Y debe saber que los que albergan a pentadrianos en sus casas recibirán un castigo rápido y adecuado.

—Pero ¿es necesario trasladar al norte a todos los aldeanos? ¿Qué hay de los viejos, las mujeres y los niños? Es una larga travesía y una experiencia dura para los inocentes.

Elar hizo una mueca.

—Deberán ir todos. O los pentadrianos acosarán a otros inocentes en el futuro. ¿Me ayudarás?

Gret dejó caer los hombros.

—Por supuesto.

Cuando Elar empezó a hablar del número de hombres y de la estrategia necesaria para enfrentarse a los aldeanos, Danyin pensó en el anciano. Sin duda su orgullo sufriría si otros se enteraban de que había sido engañado por el enemigo. También sufriría su renta. Un pueblo despojado de sus trabajadores quería decir que no habría nadie para atender la cosecha, el ganado y los barcos de pesca. Danyin se preguntó qué parte de la desolación de Gret se debía a la pérdida de su honor y su renta, y qué parte correspondía a la travesía y al escarmiento que estaba a punto de sufrir su pueblo.

Sin embargo, Danyin también sentía empatía por las protestas de Gret. Y una inquietante perturbación. ¿Estaba Elar tan decidida a usar a la aldea como ejemplo que le daba igual castigar a todos, conversos o no, viejos o jóvenes, adultos o niños, con idéntica dureza?

«Supongo que pronto lo averiguaremos».

Cuando empezó a despuntar el alba en la selva, Mirar se enjugó la frente y trató de ignorar el sudor que empezaba a correr por su espalda. Pronto saldría Genza de su camarote para volver a impulsar la barcaza río arriba, y el movimiento llevaría el alivio de la brisa.

Mirar pudo imaginarse lo incómodo que debía de ser una travesía por el río a través de Dekkar sin una Voz a bordo. Cada noche, cuando Genza se retiraba para comer algo y dormir, la brisa se extinguía. En el río casi no soplaba viento, y el calor era implacable.

Mirar se había sentido sofocado en su camarote, de modo que cada noche se deslizaba fuera para dormir en la cubierta con la tripulación. La selva nunca estaba en silencio. El zumbido de los insectos y el canto de los pájaros constituían un ruido constante en segundo plano. A veces resonaban otros reclamos entre los árboles. Algunos atraían la atención más que otros. En una ocasión, un retumbo profundo cerca de la orilla hizo que la conversación de la cena se interrumpiera abruptamente. Un tripulante le había explicado a Mirar que había sido el reclamo del legendario urro, un enorme carnívoro de pelaje negro con grandes colmillos puntiagudos. A continuación, se habían contado historias de urros que de noche habían nadado hasta las embarcaciones y se habían llevado a pasajeros o a marineros.

Lo que explicaba por qué mantenían varias lámparas encendidas por la noche y por qué navegaban por el centro del río, lejos de los árboles

colgantes, y ataban campanas al casco de la barcaza.

El tripulante era un hombre nervudo de mediana edad llamado Kevain. Cada noche, el hombre invitaba a Mirar a dormir a su lado en la atestada cubierta, bajo su mosquitera, a cambio de un poco del aceite de Tintel. Kevain sacaba un pequeño odre de un licor de alta graduación e intercambiaban historias hasta que la bebida los aletargaba lo bastante como para dormir.

Un sonido cercano hizo que Mirar se volviese hacia Kevain. El hombre se estaba poniendo en pie. Después enrolló con destreza la mosquitera y la guardó. Le sonrió a Mirar.

—Hoy llegamos a Abajo —dijo. Abajo era el nombre del pueblo al que se dirigían—. ¿Te dan miedo las alturas? —preguntó, señalando la escarpa que se cernía sobre ellos.

Mirar negó con la cabeza.

—Bien, bien. —El hombre cerró el puño y lo agitó en el aire, un gesto que Mirar interpretaba como aprobación de coraje—. Es duro para los que tienen miedo. Si te sientes mal, no mires hacia abajo.

—Lo tendré en cuenta —respondió Mirar.

Kevain sonrió de oreja a oreja.

—Después del ascenso, tendrás viento para dar y tomar. Qué suerte. Ah, la Voz Cuarta está despierta, más vale que me ponga a trabajar.

El marinero se unió a toda prisa a la tripulación y dejó a Mirar a solas cuando se fue a saludar a Genza. Después de comer un desayuno frugal, la Voz ocupó su puesto en la proa.

Mirar buscó un lugar donde sentarse sin molestar y observó que dejaban atrás la selva y se acercaban al peñasco. Una hora después, la embarcación empezó a reducir la velocidad. Delante de ellos había aparecido un pequeño muelle. Genza dejó las maniobras de atraque en manos de los remeros, que armaron la barcaza al muelle y la amarraron con gran pericia.

A continuación, los criados bajaron el cargamento. Mirar recogió su morral del camarote, se despidió de Kevain y aguardó a escasa distancia de Genza hasta que esta le hizo una seña para que se le uniera. Descendieron juntos al desembarcadero y echaron a andar seguidos de Servidores y criados.

Al final del muelle, una calle igual de estrecha se extendía entre unas

casas de madera adosadas. Las paredes estaban revestidas de pinturas de colores alegres que revelaban distintos signos de deterioro. La calle estaba cubierta de arena, lo que a Mirar le pareció extraño. Hasta ese momento, no había visto arena en la selva. Sobre las puertas colgaban carteles con dibujos que ilustraban el negocio al que se dedicaban en el interior. La variedad era escasa; los lugareños vendían comida y vino, ofrecían servicios de transporte, y alquilaban camas y mujeres.

Estas últimas permanecían apoyadas en los portales con sonrisas poco convincentes y prendas reveladoras de colores vivos. Parecían enfermas e infelices, y se metían dentro al ver a Genza y a los Servidores. Mirar se compadecía de ellas y decidió volver allí un día para averiguar si podía ayudarlas. Genza siguió avanzando sin mirar a las mujeres.

Al final de la calle había un edificio grande. Detrás estaba la escarpa. Genza se detuvo a observar una caja de madera que empezaba a ascender desde el techo del edificio. Mirar notó las gruesas cuerdas que sostenían la cabina. Alzó la vista. El terraplén se alzaba amenazador sobre el pueblo. Un objeto diminuto se movía hacia la roca negra: otro elevador.

—La carga ya está de camino —anunció Genza—. Cogemos el próximo ascensor que baje.

Mirar vio a una pequeña muchedumbre frente al edificio. Cuando la gente comprendió por qué se había retrasado su ascenso, el fastidio general se convirtió en envidioso respeto.

Genza guio a Mirar hacia el interior del edificio. Una enorme rueda de hierro ocupaba la mayor parte del recinto. Unas cuerdas tan gruesas como el brazo de Mirar se extendían hacia el exterior a través de una abertura en el techo.

—Los elevadores deben cargar pesos similares —dijo Genza, extendiendo los brazos y luego alzando uno mientras bajaba el otro, e invirtiendo el orden—. El peso de la carga que baja suele ser menor que el de la que sube, ya que Dekkar tiene más productos que vender que la parte occidental de Avven. Los operadores colocan sacos de arena para equilibrar el cargamento.

Mirar asintió. Eso explicaba por qué las calles del pueblo estaban cubiertas de arena. No tenía sentido devolverla.

Cuando el elevador de bajada entró lentamente por el techo, Genza condujo a Mirar por una escalera hasta una plataforma. Al ver a Genza, el hombre que esperaba allí hizo respetuosamente la señal de la estrella.

El elevador se detuvo a la altura de la plataforma. La parte superior de la cabina estaba descubierta, y Mirar vio a varias personas dentro. Percibió miedo y alivio, pero también euforia y aburrimiento. Reconoció el olor de una raíz que usaban los dekkanianos por su efecto calmante. Varios de los pasajeros estaban masticando.

Estos abrieron unos ojos como platos al ver a Genza e hicieron la señal de la estrella. El operador abrió la puerta corredera situada en la parte inferior del elevador. Después de que los pasajeros salieran de la cabina y descendieran de la plataforma por otra escalera, el hombre sacó unos cuantos sacos de arena. Se hizo a un lado y bajó la mirada cuando entró Genza. Mientras Mirar la seguía, captó la ojeada rápida y curiosa del hombre.

Sonó una campana. El elevador se puso en movimiento de una sacudida. Cuando pasó por la abertura del techo, Mirar vio un mar de árboles.

La selva se extendía delante de ellos, solo interrumpida por un río que trazaba curvas y serpenteaba varias veces hasta perderse a lo lejos. La vista mejoró conforme se elevaban. Mirar pudo entrever el océano a distancia. «Esto es lo que ve Auraya cuando vuela —pensó. De golpe, sintió envidia—. Emerahl no consiguió aprender a volar, pero eso no quiere decir que yo no pueda. Me pregunto si alguna vez tendré la oportunidad de pedirle que me enseñe. Y si ella accedería a hacerlo. Yo le enseñé a curar. Tiene una deuda conmigo...».

—¿Qué piensas de este pequeño artilugio? —le preguntó Genza.

Mirar se volvió hacia ella.

—Impresionante. ¿Ha habido muchos accidentes?

—Unos cuantos. —Genza se encogió de hombros—. En su mayor parte debidos a la estupidez de los pasajeros. La cuerda se cambia cada año y se revisa cuidadosamente. —Miró hacia fuera y exhaló un leve suspiro—. Nunca me canso de esto, por mucho que lo haya visto.

Mirar volvió a contemplar el paisaje. Realmente era espectacular. Antes de lo que esperaba, la cabina redujo la velocidad y se detuvo con unas sacudidas. Se había situado a ras de una plataforma construida a un lado del

peñasco y protegida por una barandilla. Mirar salió del elevador y siguió a Genza por otro pueblo pequeño.

Aquel lugar era tan extenso como Abajo era recogido. Una calle ancha descendía entre unas casas de barro ampliamente espaciadas. Todo —incluso la ropa de los aldeanos— parecía del mismo color arena pálido, aunque eso podía ser un efecto del fulgor. El aire era más cálido y seco, y el sonido incesante de los insectos y pájaros había sido reemplazado por el gemido constante del viento.

—Esto es Arriba —dijo Genza—. Lo sé, no son nombres muy imaginativos.

Las cajas y los cofres de la barcaza estaban siendo cargados en un tarne, mientras que dos platenes aguardaban cerca para llevar a la comitiva. Genza comprobó que todo estuviera organizado como quería y deseó un buen viaje a los Servidores. Mirar la miró inquisitivamente. Ella sonrió.

—A partir de aquí iremos solos. Será mucho más rápido.

—¿Cómo?

La sonrisa de Genza se ensanchó.

—En un bote vela. Sígueme.

Atravesaron parte del pueblo. En el límite, Mirar vio un desierto llano y monótono que se extendía hasta el horizonte. Genza lo guio hasta uno de los edificios de piedra de dos plantas y sin ventanas, en el que entraron. El interior era oscuro en comparación con la radiante luz del exterior. Cuando sus ojos se adaptaron, notó que sobre su cabeza no había techo y que el edificio estaba vacío. A un lado había varias puertas grandes de madera. Una de ellas estaba abierta y dejaba entrar suficiente luz para revelar los extraños aparatos de dentro.

Botes. Extraños botes estrechos con velas demasiado grandes. Mirar paseó la mirada por las distintas embarcaciones. Todas tenían cascos de madera planos y estrechos, y velas de colores tenues atadas estrechamente a mástiles elegantes. Genza se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa.

—Te gustará. —Le dio la espalda cuando un aldeano de mediana edad avanzó hacia ella. El hombre los condujo al exterior.

—Esos dos marineros os esperan —dijo, señalando dos figuras a la distancia de pie junto a dos de los botes extraños.

—Yo no necesitaré un marinero —repuso ella—, pero mi acompañante sí. ¿Son favorables los vientos?

El hombre asintió.

—Si mantienen su fuerza, es posible que os lleven hasta Glymma.

Ella le dio las gracias y echó a andar hacia las dos figuras distantes. Mirar la siguió.

—¿Nos podrán llevar hasta Glymma?

—Si el viento mantiene su ímpetu —dijo ella—, llegaremos dentro de cuatro días.

«¿Cuatro días? —Mirar sacudió la cabeza—. Ahora sé por qué no se ha tomado la molestia de navegar alrededor de la costa. Un barco jamás llegaría a Dekkar y volvería tan rápido».

Las figuras eran dos jóvenes. Cuando Genza se acercó, le sonrieron e hicieron la señal de la estrella. Ella examinó los navíos y eligió uno. El marinero lo soltó a regañadientes. Mirar supuso que los botes eran propiedad de los marineros y se preguntó cómo recuperaría el joven su embarcación.

Sopló una ráfaga de viento. El otro muchacho se esforzaba por mantener quieta su barca. Cuando la corriente de aire cesó, Genza señaló la proa del casco.

—Siéntate allí, mirando hacia delante —le explicó—. No te muevas. Hace falta equilibrio tanto como sentido del viento y magia para manejar estos botes.

Mirar siguió sus indicaciones y colocó su morral entre las rodillas. En cuanto miró hacia atrás, vio que el marinero que lo acompañaría se había envuelto la cara con una bufanda y estaba sentado en la popa. Genza se situó también en la parte posterior de su bote vela y en el momento en que sopló otra ráfaga de viento la vela se hinchó y la embarcación salió disparada hacia delante.

Cuando su barca se ladeó, Mirar se cogió de la borda. El joven dijo algo con voz apagada. Mirando sobre su hombro, vio al hombre señalar el fondo del casco. Mirar bajó los ojos y vio asideros para las manos. También había dos cavidades en las que apoyar los talones. Una vez que Mirar aseguró los pies, el marinero soltó un grito, y el bote se puso en movimiento.

No salió despedido como el de Genza, sino que fue cogiendo impulso

poco a poco. Mirar alzó la vista y comprobó que el joven estaba desplegando lentamente la vela.

Conforme ganaban velocidad, la embarcación se fue alejando del pueblo. Mirar notó el golpe de una ráfaga de viento en un costado. Oyó otro grito desde atrás y luego el chasquido de la tela cuando la vela se desplegó por completo. El bote giró abruptamente y por fin surcó la arena a gran velocidad.

Era emocionante. Mirar se descubrió gritando de alborozo con el marinero. Se dirigían deprisa hacia un horizonte invariable. El joven no tardó en calmarse, pero el barco siguió avanzando como un rayo. De vez en cuando, los vientos de costado soplaban arena contra la cara de Mirar. El aire era seco, y el sol caía a plomo sobre ellos de forma implacable.

Transcurrieron las horas. Finalmente llegaron a una extensión de dunas bajas. El viento empezó a golpearlos de nuevo. Mirar pudo sentir cada uno de los movimientos del marinero luchando contra la brisa y experimentó un creciente respeto por la destreza del joven.

Luego se acordó de Genza y la buscó en la extensión de arena que tenían enfrente. No había señales de ella. Pero su bote llevaba un solo pasajero, por lo que debía desplazarse más rápido. Probablemente no la volvería a ver durante horas, al menos no antes de que se detuvieran a pasar la noche.

Un golpe de arena y un grito de júbilo lo sacaron de su error. Genza los pasó a toda velocidad, riendo. Mirar no pudo evitar reír por lo bajo cuando ella se encaramó en las crestas de las dunas y se deslizó sobre ellas, mostrando una pericia ganada durante muchos más años de los que un mortal podía dedicar a ese arte.

«Si Genza es un ejemplo, estas Voces son mucho más propensas a la diversión que los Blancos», pensó.

Luego se puso serio. Era tan fácil admirar a Genza en ese lugar y en ese momento... Pero se trataba de la misma mujer que había criado y entrenado pájaros para matar a mortales, que había librado una guerra y gobernaba, junto a las otras Voces, a todo un continente.

«Recordaré esta faceta de ella —se dijo— y no me dejaré cautivar. Es una cuestión de sentido común y precaución».

Aunque Barmonia fingía indiferencia, las ruinas de Sorlina nunca dejaban de impresionarlo.

Entre los escombros que se habían generado tras el derrumbe de uno de los tramos de la escarpa habían levantado una ciudad. La separación de las placas había formado un punto de acceso natural aunque igualmente escarpado de las tierras altas de Avven a las tierras bajas de Mur y, si bien no era una sorpresa que en el pasado una ciudad aprovechara los beneficios de la orografía, era extraño que ahora no prosperase allí ninguna localidad.

La mujer extranjera había pasado la mañana contemplando los vestigios de la ciudad, allí arriba, asombrada. En un momento dado, mientras cruzaban un río, le había dicho algo a Raynora acerca de la insuficiencia de agua para sostener una urbe. Mikmer la había puesto en su lugar señalando que estaban en la temporada seca, de modo que era normal que escaseara el agua.

Ella había dedicado a Mikmer una mirada divertida, casi compasiva, pero no había dicho nada. Por supuesto, si una ciudad no podía autoabastecerse a lo largo del año estaba condenada a desaparecer, pero Barmonia no lo manifestó para no poner en un aprieto a Mikmer.

El viejo camino zigzagueaba por la cuesta hasta lo alto. En el pasado había estado uniformemente pavimentado, pero el terreno se había desplazado, y la superficie estaba agrietada por completo. Por esta razón habían dejado los vehículos atrás y ahora montaban en los aremes que habían tirado de ellos y sobre los que distribuyeron las tiendas de campaña y provisiones.

La vía serpenteaba entre paredes bajas de piedra, los restos de casas antiguas. «O no tan antiguas —se corrigió Barmonia—. La ciudad desapareció hace unos siglos. No como la vieja Jeryma, en el norte, o Karn, en el sur».

Pero cuanto más jóvenes eran las ruinas, menor era la probabilidad de que hubieran sido expoliadas. En el pasado, Barmonia había abierto tumbas llenas de tesoros y se había llevado muchas estatuas y tallas tanto para la biblioteca de Hannaya como para venderlas a los coleccionistas. No eran tan excepcionales como las piezas verdaderamente antiguas de otras ruinas, pero se podían vender a precios decentes. Las estatuas solían tener restos de pintura, lo que no gustaba a los compradores, y él había encontrado un

método para eliminarlos sin dañar la piedra.

Barmonia sonrió. Si las direcciones escritas en los huesos del sacerdote eran correctas, no solo iba a descubrir una nueva tumba sino toda una nueva sección del Templo de Sorli.

En ese preciso momento pasaban junto a las casas más grandes, cerca de la parte alta de la ciudad. Barmonia podía oír a Raynora hablando con la mujer.

—... allí. Letrinas públicas. Sí, exacto. Orinaban frente a sus vecinos, y las usaban tanto los hombres como las mujeres. ¿Imaginas el hedor? Oh, excavamos una buena parte en el interior. No encontramos carbón ni tintes, pero sí una buena cantidad de la paja que se utiliza en las letrinas de las casas. Muchas monedas también...

El camino giró, y se adentraron en la zona más alta de la ciudad, donde se habían levantado edificios públicos. Muchas paredes seguían en pie, ya que sus muros eran más gruesos y robustos. Ray nombró los edificios y describió sus usos.

Luego el camino volvió a girar, y ascendieron hasta una plaza pública muy amplia. Como siempre, la visión era a la vez impresionante y perturbadora. Había sido pavimentada con enormes losas de piedra que, debido a los desplazamientos del terreno, se habían levantado e inclinado. Pocas permanecían en su lugar, por lo que el espacio entero era un revoltijo. Algunas de las losas incluso estaban en posición vertical, mientras que otras formaban unos ángulos tan extraños que daban la impresión de estar a punto de caerse.

Ray dejó de hablar cuando Barmonia se apeó y empezó a cruzar la plaza tirando de las riendas de su bestia de carga. Ese lugar siempre había estado rodeado de una atmósfera inquietante. El viento producía ruidos extraños. Atravesarlo exigía concentración; no se podía hacer rápidamente. Cargados hasta los topes, los aremes no podían con el terreno escarpado.

Cuando Barmonia alcanzó el otro extremo de la plaza, exhaló un suspiro de alivio. Se sentó sobre una columna derribada y esperó a que llegaran los demás. La mujer dirigió la mirada hacia la estructura que estaba detrás de él.

—El Templo de Sorli —susurró Raynora, inclinándose hacia ella.

Los demás alzaron la vista, y Barmonia observó cómo volvían a bajarla.

—La cúpula ya no está —dijo Yazir, recalcando lo obvio.

—Sí. —Barmonia se puso en pie y se volvió para mirar los restos del edificio—. Lo más probable es que se viniera abajo con alguno de los últimos temblores. Esperemos que no esté bloqueando nada o tendremos que buscar la ayuda de los lugareños de la zona.

Barmonia entregó las riendas del arem a un criado, se volvió y se internó en el Templo.

La amplia sala, por lo general mal iluminada, ahora estaba llena de luz y escombros. La claridad revelaba en todo su esplendor las pinturas en las paredes, así como los daños causados por la lluvia. El derrumbe había cubierto el suelo de fragmentos que iban del tamaño de un canto rodado a enormes losas de piedra. Barmonia se dirigió al altar y se detuvo para alzar la vista. La cabeza de la gigantesca diosa de piedra se había roto. Él miró alrededor y alcanzó a ver un ojo detrás de una pieza grande de la antigua cúpula.

Había otra pieza entre la pared posterior y el pedestal sobre el que descansaba la figura sentada. Barmonia tuvo que trepar por la abertura en forma de cuña para llegar a la puerta que conducía a la cámara interior. Las magníficas puertas talladas habían sido retiradas siglos atrás para convertirse en parte de la mansión de un coleccionista de Glymma.

«Mejor eso que pudrirse aquí —pensó él—. Lo más probable es que los aldeanos las hubieran cortado en trozos para hacer leña».

La cámara estaba techada y a oscuras, de modo que mandó a Ray a buscar antorchas. Barmonia se mostró encantado cuando Ray volvió con solo cinco antorchas y las repartió entre los Pensadores, dejando sin luz a la mujer.

«Tal vez no esté tan fascinado por ella como aparenta».

La cámara interior era una habitación pequeña con un altar de piedra vacío, situado en el centro. Barmonia no sabía qué había pasado con la estatua y habría pagado una suma importante para averiguarlo, pero la había visto en bocetos. Se sintió satisfecho al comprobar que la mujer fruncía el ceño.

—Los huesos decían «Sorli señalará el camino» —dijo ella—. Pero Sorli ya no está aquí.

—Evidentemente no —respondió Mikmer en tono seco.

—Hay una ilustración de ella en la biblioteca —explicó Yazir con voz grave—. La recuerdo.

Barmonia sonrió. Esa era la razón por la que aguantaba al extraño muchacho. Posiblemente fuera un bicho raro, pero su memoria era impresionante.

—Descríbenosla —le ordenó Barmonia.

El joven contempló la piedra y luego se dirigió hacia donde estaba Raynora.

—Ayúdame a subir —le pidió Yazir.

Ray lo ayudó. El muchacho caminó hasta el centro del altar y se detuvo para pensar.

—Sostiene una copa en una mano y señala el suelo con la otra —dijo, imitando la postura.

—¿De modo que la entrada al Templo secreto está debajo de esta piedra? —preguntó Ray, mirando el enorme bloque con desconfianza.

—Probablemente. —Barmonia se situó detrás de la piedra y restregó el suelo con su zapato—. Aquí hay arañazos. Los Pensadores siempre hemos creído que se hicieron cuando trajeron el altar por primera vez, pero quizá la han movido más de lo que pensábamos.

—¿Cómo? —preguntó Yazir, saltando abajo para examinar los rasguños.

—Con magia —respondió Barmonia—. Las habilidades son siempre un requisito para ser sacerdote.

—¿Y cómo la vamos a mover entonces?

—Con nuestra destreza. —Barmonia se volvió hacia la entrada—. Razón por la que he traído los equipos necesarios.

—No hacía falta —aseguró la mujer con voz queda.

Barmonia se volvió para mirarla. Sin duda quería alardear de cuales fueran las habilidades que tenía, pero él no lo iba a permitir.

—Esto se debe mover lentamente y con cuidado o...

—Oh, ahórrame el sermón —lo interrumpió ella—. Evidentemente no sabes nada de magia si crees que es menos sutil que las palancas y las cuerdas.

El tono arrogante de la mujer lo irritó, y soltó una maldición mientras ella le daba la espalda para volverse hacia el altar.

—Ni se te... —Barmonia dio un paso hacia delante y extendió el brazo para cogerla por el hombro, pero su mano chocó con una especie de barrera invisible. Los demás retrocedieron con curiosidad e inquietud en el rostro.

—Yo lo levantaré —le dijo la mujer a Ray—. Tú echa un vistazo debajo y dime qué ves.

Un escalofrío recorrió la espalda de Barmonia cuando el altar se empezó a levantar lentamente. Su estómago se contrajo. La magia siempre producía ese efecto en él. Una mujer no debía ser capaz de alzar un bloque de piedra tan grande; no era natural.

Ray se agachó y examinó la abertura entre la piedra y el suelo. Con mucho cuidado, deslizó las manos debajo del altar, confiando en que ella no la dejaría caer.

—Debajo hay un agujero cuadrado. Es como si se pudiera levantar y deslizar el altar sin romper nada.

La mujer asintió y el altar empezó a moverse hacia atrás, hasta revelar una escalera que descendía a la oscuridad. La piedra volvió al suelo sin producir ningún sonido.

«La zorra tiene control —concedió Barmonia. Luego le vino otro pensamiento—: Si es tan poderosa, ¿cómo nos vamos a librar de ella?».

Iban a tener que engañarla, lo que no debía de ser difícil. Estaba sola en un país que no conocía y donde la gente hablaba un idioma que, según ella misma había admitido, había aprendido hacía poco. Tal vez iban a tener que escabullirse en lugar de desembarazarse de ella. Fuera lo que fuese, él no iba a permitir que una hechicera extranjera compartiese con ellos el reconocimiento por encontrar la tumba.

«Podemos sacar partido de esto. Si contamos a la gente sobre su habilidad para mover piedras como una especie de bestia de trabajo dotada de magia, solo la recordarán por ello».

Barmonia dio un paso hacia delante. Mostrándose respetuosa, ella se apartó y dejó que él guiara a los demás escaleras abajo. Al menos sabía cuál era su lugar. Ella era la bestia de trabajo con poderes mágicos. Él era el líder de la expedición.

Las paredes estaban talladas con escenas religiosas, pero también estaban cubiertas por demasiado polvo como para descifrarlas. Ya encontrarían

tiempo para hacerlo más adelante. Después de los primeros cien escalones, él desistió de seguir contándolos. El descenso parecía alargarse eternamente, de modo que se sorprendió cuando por fin llegó al fondo. Se detuvo.

Un pasillo angosto, apenas más ancho que su espalda, continuaba hacia la oscuridad. Enfiló por él moviéndose con cuidado. Al principio el suelo estaba despejado, pero pronto empezaron a aparecer escombros. En un punto determinado, Barmonia tropezó con una grieta del tamaño de su mano que cortaba el pasadizo. Poco después vio una luz débil más adelante. Recorrió unos pasos y llegó al final del pasillo.

—¡Alto! —exclamó, temiendo que los demás chocaran con él y lo empujaran al precipicio.

—¿Qué pasa? —preguntó Mikmer, un par de metros detrás.

—Una fractura —respondió Barmonia—. Una fractura enorme. Debe de haber doscientos pasos hasta el otro lado.

—¿El pasillo continúa al otro lado?

—No lo sé. No se ve casi nada.

—Dejad que tome la delantera. Encenderé una luz —sugirió la mujer.

Barmonia estuvo tentado de rechazar la oferta por rencor, pero no se le ocurrió otra manera de averiguar el tamaño de la grieta.

—Pasa adelante entonces.

A su espalda, los hombres se hicieron a un lado para que ella pasara. Se encendió una chispa de luz que flotó por encima del hombro de Barmonia y avanzó hacia el vacío. La pared opuesta se iluminó: allí no había ningún pasadizo.

—No —dijo Barmonia—. El pasillo termina aquí.

Cuando la intensidad de la luz aumentó, miró hacia abajo. A escasa distancia de ellos, la grieta estaba rellena de un montón de rocas. Miró hacia arriba y se le heló la sangre.

En lo alto, un enorme bloque se había desprendido y ahora se apoyaba de forma precaria sobre la pared opuesta. Un día, un temblor suficientemente fuerte lo liberaría y se desmoronaría con todo su peso sobre los cascotes de abajo.

Respiró hondo y soltó el aire despacio. Volvió a bajar los ojos y examinó el fondo de la fractura. Algunos trozos eran más grandes que una casa.

—Es inútil —murmuró—. Si alguna vez hubo algo allí, ya no está.

Se volvió y pasó al lado de la mujer. Los demás lo observaron, interpretando la decepción en su rostro.

Barmonia echó a andar en la dirección contraria para encabezar el camino de vuelta.

—Hay asideros en la roca.

Al darse la vuelta, vio a Yazir en cuclillas junto al borde.

Retrocedió unos pasos, echó un vistazo desde la orilla y comprobó que el muchacho estaba en lo cierto. Había ranuras talladas en la pared que se internaba en la grieta. Al mirar con más atención, Barmonia cayó en la cuenta de que el extremo del pasadizo había sido tallado con un borde decorativo. El precipicio no era entonces producto del azar.

Barmonia se inclinó aún más y comprobó que los asideros para las manos continuaban hasta el fondo de los cascotes, bien abajo.

—Si hay algo allí, estará enterrado —se corrigió.

—Pero se puede desenterrar —dijo la mujer.

—Tardaríamos meses.

—No necesariamente.

Barmonia se volvió hacia ella.

—O tal vez sí —dijo la mujer, encogiéndose de hombros—. Tú decides.

—Dejadme ver —terció Kereon.

La mujer y Yazir retrocedieron en el pasillo para permitir que Mikmer y Kereon echaran un vistazo a la brecha. Mikmer regresó a su lugar y dejó paso a Raynora.

—No me gusta el aspecto del trozo de pared que tenemos encima — señaló Mikmer—. Sea lo que sea que hagamos, más vale que lo hagamos rápido.

Kereon inclinó la cabeza afirmativamente.

—Estoy de acuerdo —dijo Raynora desde el extremo del pasillo, sin dejar de mirar hacia arriba.

Barmonia consiguió borrar la expresión de enfurruñamiento de su cara. Habría que pagar a los jornaleros locales. Y vigilarlos, lo que quería decir que alguien debía permanecer allí dentro con ellos. Podían cometer torpezas. Un ruido fuerte podía bastar para hacer que se viniera abajo la pared. Luego

habría más escombros y cuerpos en descomposición que apartar.

Se volvió hacia la mujer.

—Entonces más vale que te pongas en marcha.

—Lo haré —aseguró ella, sosteniéndole la mirada—. Mañana. Me hará falta mucha concentración y no me vendrá mal dormir una noche entera.

—Mañana entonces —dijo él con gesto de resignación.

Los otros parecieron aliviados, contentos de dejar el trabajo a otra persona. No obstante, a Barmonia no le hacía gracia la idea de dejar que ella emprendiera la búsqueda sin que hubiera alguien a su lado. Podía robar algo. Necesitaba vigilarla. Consideró la ayuda de sus colegas Pensadores.

«Raynora, no. Es demasiado débil cuando se trata de mujeres. Mikmer y Kereon insistirán en hacer turnos. Solo queda Yazir. Sí, me vale».

El joven era un bicho raro útil, pero un bicho raro al fin y al cabo. Si se hundía el techo, el mundo no lo echaría de menos.

Barmonia dio la vuelta y guio a los demás al exterior.

Auraya se había instalado en una rutina por las tardes. Primero Nekaun la acompañaba a sus aposentos. Él llamaba su atención sobre un regalo nuevo, y ella hacía las interjecciones correspondientes de gratitud y admiración. Luego él se marchaba, y ella hacía una pausa para mirar alrededor y suspirar aliviada.

Las mesas y estanterías de la estancia estaban ahora llenas de objetos. Estatuillas de piedra de bailarinas, diminutas figuras de guerreros en vidrio soplado y animales tallados en madera compartían espacio con barcos de juguete flotando en cuencos de cerámica. A un lado había un banco tapizado con una tela con estampados de granjeros y acueductos. El día en que Nekaun había visitado el río en el que se cosechaba el junco, le había enviado sillas hechas de ese material. Al volver de una caminata por uno de los jardines exuberantes de la ciudad, se había encontrado con una jaula en cuyo interior había dos pájaros de colores vivos.

Ella podía quedárselo todo, o al menos eso le había dicho Nekaun. Lo que no quería decir nada, porque no podía volar de regreso a Si cargando sillas de junco y estatuillas de piedra, y tampoco tenía intención de volver en un barco

pentadriano.

Después buscaba a Travesuras, que siempre se escondía cuando Nekaun andaba cerca. Aquella noche no tardó más de un par de minutos en encontrarlo. Una familiar nariz puntiaguda emergió de detrás de uno de los jarrones de cerámica llenos de agua que le llevaban cada día. Ella se acuclilló al lado.

—Allí estabas, Travesuras. —Él se incorporó con cierto esfuerzo y dejó que ella le rascara la cabeza. El calor le producía somnolencia y abatimiento. Se pasaba el día tumbado sobre el suelo de piedra y se levantaba solo para comer y beber. Los criados parecían estar fascinados con él; le llevaban regularmente pescado y le habían enseñado las palabras en avveniano para «comida» y «agua».

«A Danyin le sorprendería ver a Travesuras ahora. Y no le haría gracia saber que el viz no está dando problemas a los pentadrianos».

Tranquilizándose tras comprobar que Travesuras estaba sano y salvo, Auraya se sentó en una de las sillas de junco para su siguiente tarea nocturna. Cerró los ojos y se concentró en el anillo que tenía en el dedo.

:Juran.

:Auraya. ¿Cómo estás?

:Estoy harta de este juego. Y asqueada de ver a Nekaun. Salvo por eso, estoy bien.

:¿Y los siyís?

:Veintiuno liberados, doce aún cautivos. ¿Qué ha dicho Teel?

:Aunque se encuentran bien de ánimo, cada vez les resulta más difícil mantener la aptitud física para volar en los reducidos límites de su encierro.

:¿Alguno de ellos ya ha llegado a Si?

:No lo sé. Pero ninguno ha llegado aún al Claro. —Juran hizo una pausa—. Supongo que las Voces no han revelado ninguna información útil sobre ellas mismas, ¿verdad?

:Nada nuevo.

:¿Cuándo esperan que llegue Mirar?

A Auraya el corazón le dio un brinco.

:Cualquier día de estos.

:Hemos hablado mucho sobre este tema. Al principio se nos ocurrió que

lo mejor era que lo ignoraras. Pero si las Voces intentaran reclutarlo, deberás hacer lo que puedas por detenerlas. O por persuadir a Mirar.

:¿Cómo sugieres que lo haga? Auraya no pudo evitar imprimir a su voz cierto tono de resentimiento.

Juran guardó silencio durante unos instantes.

:No estoy sugiriendo que lo seduzcas.

:No, pero la última vez que nos reunimos me enviasteis a matarlo. Es poco probable que confíe en mí ahora.

:Puede que sí. Después de todo, no lo mataste.

Ninguno mencionó lo obvio, es decir, que Mirar no sería un problema si ella lo hubiera matado.

:No sabré qué hacer hasta que lo tenga delante —le dijo a Juran—. Mientras tanto, mi prioridad es liberar a los siyís.

:Sí. Por supuesto. Volveremos a hablar mañana por la noche.

Auraya se puso en pie, se dirigió al dormitorio y se recostó. Cerró los ojos e intentó relajarse, pero su mente no dejaba de fluctuar entre el sufrimiento de los siyís y la inminente llegada de Mirar. Clavó los ojos en el techo.

Se había comunicado con los sacerdotes del Claro y les había pedido que transmitieran a Sirri las malas noticias. Luego se había puesto en contacto otra vez para hablarles del trato al que había llegado con Nekaun y pedirles que los siyís llevaran comida y agua al desierto de Sennon para sus compañeros liberados. En unas cuantas ocasiones había explorado mentes en busca de los siyís que volaban a casa. Los pocos a los que había encontrado estaban cansados, sedientos y angustiados. No podía hacer nada para ayudarlos.

Lo último de lo que quería preocuparse era del encuentro con Mirar. Pero las Voces estarían vigilándolos de cerca. Esperaban que ella tratara a Mirar como a un enemigo o al menos como a alguien de quien desconfiaba y a quien consideraba peligroso. Esperaban que, a cambio, él la tratara de igual manera. El problema es que la relación entre ambos no era tan sencilla. Auraya no tenía la menor idea de cómo reaccionaría en presencia de él.

«Tendré que fingir que lo odio —pensó—. Y él tendrá que hacer lo mismo conmigo. Eso será un desafío aún más grande para él, si todavía cree que me ama».

Si las Voces descubrían que ella o Mirar se profesaban mutuamente algún tipo de afecto, se aprovecharían de ello. Nekaun ya había mostrado su disposición a usar el chantaje.

«No me extrañaría que me ofrezca matar a Mirar a cambio de algún favor. Aunque lo más probable es que ofrezca matarme a mí para cerrar algún trato con él.

»Espero que Mirar se haya dado cuenta de lo poco oportuna que es su visita.

»Espero que reconozca el peligro al que nos está exponiendo a ambos.

»Espero que sepa que tiene que fingir que me odia.

»Espero que no esté dispuesto a aceptar la oferta de Nekaun de matarme.

»Espero... ¡Bah! ¿Por qué no me conecto con él y se lo pregunto?».

Auraya cerró los ojos y empezó a respirar lentamente. Pese a que intentó dejarse llevar, su mente se negó a entrar en otro estado que no fuera el de una ansiosa semiconciencia.

Un ruido seco y una vibración la devolvieron a la plena conciencia. Alzó la cabeza y sonrió al ver que Travesuras había saltado a la cama y se estaba enroscando cerca. Aunque para él era más agradable dormir junto a los jarrones de agua, prefería estar cerca cuando ella se iba a dormir.

De algún modo, su presencia le facilitó la relajación. Perdió la noción del tiempo. Sus pensamientos se fragmentaron y luego volvieron a juntarse, de modo que estaba despierta pero consciente de que no lo estaba del todo. Había llegado la hora de llamar a Mirar.

Él respondió de inmediato.

:¡Auraya!

El tono de sorpresa y alegría en su voz le indicaron que podía descartar la posibilidad de que él estuviera dispuesto a dejar que Nekaun la matara. Lo único que debía preocuparle era que el encaprichamiento de Mirar por ella no los metiera en problemas.

No obstante, era bonito comprobar que alguien se alegraba de escucharla.

:Mirar, he oído que estás de camino a Glymma.

:Sí. Me temo que no puedo hacer nada al respecto. La Voz Cuarta Genza me dejó claro que su invitación era más una orden que una sugerencia.

:¿Cómo descubrieron quién eres y dónde estás?

:¿Esperabas que ocultara mi identidad en Ithania del Sur?, preguntó a manera de respuesta.

Ella se planteó sus palabras. Los pentadrianos toleraban a los tejedores de sueños. ¿Por qué habría de ocultarse? La única razón que se le ocurrió era evitar a las Voces. Tal vez no lo quería hacer. Tal vez durante todo este tiempo tenía intención de aliarse con ellos.

«He estado pensando que Mirar ha elegido el peor momento para venir a Glymma, pero en realidad su visita no tiene nada de inesperado. La que ha elegido un mal momento para estar aquí soy yo».

:Supongo que no —respondió ella—. Pero el hecho de que ambos coincidamos aquí va a ser muy incómodo. Las Voces esperarán que nos comportemos como enemigos jurados.

:¿Y no lo somos?

:No tengo ninguna intención de matarte.

:¿Incluso si te lo ordenan los dioses?

:Conocen los límites de mi obediencia. Sin embargo, lo consideraría si me das razones.

:Entonces más vale que te deje claro que no tengo la menor intención de matarte ni de aceptar ninguna oferta de las Voces para que lo hagan por mí, declaró él.

:Eso es un alivio. ¿Qué tal se te da el teatro?

:Creo que las puedo convencer de que te desprecio. Es eso lo que tienes en mente, ¿verdad?

:No podemos fingir que somos íntimos amigos. Nekaun ya me ha chantajeado. No creo que dude en hacerlo otra vez. Si propone a uno de nosotros o a ambos que matemos al otro, al menos podremos ganar tiempo mientras tomamos una decisión. Si llega a la conclusión de que puede manipular a uno de nosotros amenazando al otro, lo hará sin vacilar.

:Y fingiendo que nos odiamos, ganamos tiempo para los suyos.

:Sí —respondió Auraya, llena de gratitud y afecto—. Gracias por tenerlo en cuenta. Esta situación no os pondrá en peligro a ti o a los tejedores del sur, ¿verdad?

:No. Cuando te hayas ido, podré decir que estaba obligado por la promesa de los tejedores de sueños de no hacer nunca daño a otros..., ni

siquiera a mi enemigo.

:Una promesa que te hace menos valioso como aliado.

:Pero que con suerte despeja sus temores de que puedo ser una amenaza para ellos. Estoy seguro de que las Voces y yo podemos llegar a un acuerdo.

:Me alegra que hayamos resuelto esto. ¿Cuándo llegarás?

:Mañana. O pasado. Depende del viento.

:¿Del viento?

:Te lo explicaré cuando llegue.

:Solo asegúrate de hacerlo en un tono áspero, acusador.

A Auraya la idea le pareció divertida.

:Te lo explicaré en una conexión onírica —le dijo él—. Deberíamos conectar cada noche para asegurarnos de que cada uno sepa lo que el otro ha dicho o hecho..., y lo que las Voces han dicho o hecho. Me pregunto cuál de los dos recibirá la mejor oferta para unirnos a ellos. Deberíamos contar los tantos.

:Esto no es un juego, Mirar.

:No, claro que no. Pero podríamos divertirnos un poco a su costa, mientras no haga ningún daño.

La idea era tentadora, pero...

:Preferiría no correr ningún riesgo. No cuando la vida de los siyís está en juego.

:Tienes razón. Bueno, será mejor que duerma un poco. Mañana me espera un largo viaje.

Ella le deseó buenas noches y luego, cuando empezó a dormirse, notó que se sentía mucho mejor. Como si se hubiera quitado un peso de encima. El hecho de que Mirar se hubiera puesto de acuerdo con ella en cómo debían actuar suponía más que un alivio.

«Ya no estaré sola aquí —pensó medio dormida—. Tendré un... ¿aliado? No, quizá solo un amigo».

La conversación en el balcón cesó de pronto cuando se oyeron unas pisadas en el pasillo. Un Servidor apareció en una de las puertas arqueadas e hizo la señal de la estrella.

—La Voz Primera Nekaun os pide disculpas. No podrá asistir a la reunión —anunció el hombre.

Las Voces y sus Acompañantes intercambiaron miradas.

—Gracias, Servidor Ranrin —dijo Imenja.

El hombre inclinó la cabeza y se marchó a toda prisa. Reivan se sintió decepcionada una vez más. Hacía semanas que no veía a Nekaun, desde la llegada de Auraya. Supuso que por las tardes, después de despedirse de su invitada, se ponía al día en sus obligaciones de Voz Primera. Estaba demasiado ocupado para visitarla. Eso era algo que ella podía aceptar..., pero cuanto más tiempo pasaba, más crecían sus celos y sospechas.

Aquella noche ella se había hecho ilusiones de encontrarse con él, de escuchar su voz, de verlo sonreír como solía hacer, como si ella fuera su secreto especial...

Cuando el eco de las pisadas del Servidor se extinguió, las tres Voces se volvieron en sus asientos para mirarse. Vervel torció el gesto como si acabara de pasar un mal trago.

—¿Empezamos? —preguntó.

—No veo ningún impedimento —dijo Imenja a Shar.

La Voz rubia asintió.

—Yo tampoco. ¿Por dónde empezamos?

—Por nuestro país, como siempre —decidió Imenja.

Discutieron distintos temas relacionados con Glymma y luego pasaron a hablar de los problemas locales de Avven, Mur y Dekkar.

—La idea del nuevo Gran Cacique no es en absoluto desdeñable —opinó Imenja.

—¿Ah, no? —inquirió Vervel, arqueando las cejas.

—En otras ciudades, los ciudadanos más humildes tienen la posibilidad de mejorar su posición social. Pueden pasar de mendigos a criados, por ejemplo. Pero las limitaciones físicas de los pobres que viven en los bajos fondos de Kave les impiden ascender.

—¿Y qué propone el Gran Cacique? —preguntó Shar.

—Su idea es crear un nivel intermedio que funcione como un peldaño en una escalera. Una escalera que lleve a la autosuperación.

—Una idea imaginativa —comentó Vervel—. Dudo que sea práctica.

—Pero vale la pena probarla. —Imenja se encogió de hombros—. En una zona reducida al principio, tal vez.

Vervel posó la vista en ella con expresión desdeñosa.

—Tal vez.

Las dos Voces se miraron. Imenja sonrió.

—Ponte en contacto con Genza y pregúntale qué piensa. Ha estado en Kave recientemente.

Vervel resopló de forma casi imperceptible y apartó la vista.

—¿Para qué desperdiciar su tiempo?

Imenja frunció el entrecejo.

—Porque por lo menos deberíamos intentar servir a los dioses —respondió con firmeza.

Se impuso un silencio incómodo pero, por fortuna, breve. Reivan bajó los ojos hacia su vaso de agua. Aquello había sido lo más cerca que las Voces habían estado de reconocer los cambios introducidos por Nekaun. Ella sabía lo que Vervel pretendía preguntar. «¿Para qué desperdiciar el tiempo de Genza cuando Nekaun puede desatender la opinión de las demás Voces a la hora de tomar la decisión final?».

Reivan inspiró profundamente, pero contuvo el deseo de exhalar. Sin duda era innecesario que Nekaun tratara a las otras Voces de aquella manera. Ella así lo creía, pero una parte de su ser confiaba en que el líder debía de tener una buena razón, aunque no fuera muy evidente en aquel momento. Los dioses lo habían elegido. Era inteligente y astuto.

¿Cómo era posible que ella pudiera ver sus defectos y, sin embargo, no creyera en lo que veía, ni se sintiera alarmada por ello?

—Genza dice que deberíamos secundar la idea. —Vervel tenía la mirada fija en un punto lejano. Imenja asintió.

—Ahora deberíamos ocuparnos de asuntos del exterior —dijo Imenja—. ¿Ha mostrado Sennon alguna inclinación a rechazar a los Blancos y a unirse a nosotros de nuevo?

Shar sacudió la cabeza.

—No. El emperador se niega a recibir a nuestros mensajeros y devuelve nuestros regalos.

Imenja torció el gesto.

—No creo que eso vaya a cambiar. —Las demás Voces asintieron. Ella suspiró—. Han ejecutado a nuestra gente en Jarime.

Reivan se quedó de piedra. No sabía qué había fallado en la misión que los Servidores habían emprendido en Jarime, pero sintió una punzada de compasión hacia las víctimas.

—¿Alguien ha visto últimamente a la nueva Blanca en Dunway? —preguntó Imenja.

—No desde que desapareció —respondió Vervel.

—¿Se lo hemos advertido a los nuestros?

—No —dijo Vervel, apartando la vista—. Él piensa que podrían entrar en pánico y llamar la atención. —Reivan supuso que se refería a Nekaun.

Imenja abrió mucho los ojos.

—Entiendo. Bien, he recibido noticias extrañas de Genria y de Toren. Al parecer, las dos tierras movilizaron de golpe a sus ejércitos, los obligaron a acampar a las afueras de sus principales ciudades y después, sin mediar explicación, los volvieron a desmovilizar.

—Los dos reyes no se llevan bien y ambas naciones se han enfrentado en guerras en el pasado —señaló Shar.

—Pero desde la batalla se llevan de maravilla. —Imenja meneó la cabeza—. No hemos recibido informes de ningún conflicto entre los dos países. De hecho, ambos ejércitos tenían previsto unirse con algún fin, si bien ninguno de ellos conocía las razones.

—Tal vez competían por demostrar cuál de los dos ejércitos era más eficiente —aventuró Bavalla, el Acompañante de Shar.

Imenja sonrió y extendió las manos a los costados.

—Quién sabe. A veces los torenios y genrianos me parecen los pueblos más extraños del norte.

Vervel se aclaró la garganta.

—Tengo una noticia menos agradable. Se ha ordenado a nuestra gente que abandone Somrey.

—¿Por qué? —Quiso saber Imenja, frunciendo el ceño.

—Una decisión del Consejo de Sabios. Se rumorea que, por primera vez en la historia, los tejedores de sueños y el Consejo de Sabios han votado lo mismo.

—De todas las tierras del norte, excepto Sennon, Somrey ha sido siempre la más tolerante con los distintos cultos y religiones —aseveró Imenja—. Nuestra gente estudió sus leyes. No había una sola que pudiera utilizarse para expulsarnos una vez que fuéramos aceptados.

—El Consejo ha creado una nueva ley acorde con su propósito —explicó Vervel.

Imenja arqueó las cejas.

—Oh, nuestra gente debería examinar esta ley por si existe alguna manera de burlarla.

—Ya les he encomendado la tarea.

—Bien. Ahora hablemos de Genza. —Las tres Voces adoptaron una cara inexpresiva por unos instantes, antes de sonreír y mirarse de nuevo—. Todo va bien —informó Imenja a los Acompañantes—. ¿Alguna otra noticia extraña o desafortunada del norte? ¿O tal vez una buena noticia?

Los demás negaron con la cabeza.

—Muy bien. Quisiera discutir las siguientes dos cuestiones en presencia de Nekaun, pero también prefiero tratarlas sin él que no tratarlas en absoluto. En primer lugar, el hecho de que Auraya se encuentre aquí. En segundo, la

inminente visita del tejedor de sueños Mirar. Al parecer, el objetivo de Nekaun consiste en reclutar a Auraya —continuó Imenja—. No debemos hacer nada que pueda poner ese plan en peligro.

—¿Estás segura de que esa es su intención? —preguntó Shar.

Imenja posó los ojos en él.

—¿Ha dicho o insinuado algo distinto?

Shar meneó la cabeza.

—Pero tenemos que considerar otras posibilidades. Tal vez solo esté retrasando la partida de Auraya para impedir que ayude a los Blancos o para que esté aquí cuando llegue Mirar.

—Quizá Genria y Toren han desmovilizado a sus ejércitos porque la permanencia de Auraya aquí ha alterado algún plan de mayor envergadura —aventuró Vervel.

—¿Como invadir Ithania del Sur? —preguntó Imenja.

—Ningún otro país de Ithania del Norte se está preparando para la guerra, hasta donde sabemos.

—Hasta donde sabemos —repitió Shar, sonriendo—. Es difícil determinarlo, pues han decidido implantar un reclutamiento y una instrucción militar regulares, pero no han conseguido establecer una rutina.

—Si el propósito de Nekaun es impedir que ella ayude a los Blancos, ¿por qué no la mata sin más? —preguntó ella.

—Puede que no esté seguro de que planeen invadirnos —respondió despacio Vervel—. Si ellos no tienen previsto atacarnos, y él mata a Auraya, esa podría ser la ofensa que desencadene una guerra.

—Pero desde luego no la dejará marchar —observó Shar—. La matará cuando se haya ido el último siyí. —Se volvió hacia Imenja con expresión inquisitiva.

La Voz Segunda se quedó callada. Reivan se volvió hacia ella y vio que tenía el ceño fruncido y una expresión ausente.

—¿Qué ocurre? —murmuró Reivan.

Imenja la miró y acto seguido se volvió hacia las otras Voces y sus Acompañantes.

—Tengo una sospecha. No la he expuesto antes porque no tenía sentido manifestarla después de la muerte de Kuar. Es difícil argumentar contra lo

que parecía una verdad incontestable. Y, si lo hubiera hecho, algunos habrían pensado que intentaba culpar a Kuar. Eso habría sido mezquino. —Hizo una pausa, y su mirada se perdió en algún recuerdo distante—. Durante la batalla con los circulianos, tuvimos que invocar magia hasta el límite de nuestras habilidades. En momentos así resulta tentador asumir riesgos, y yo confié estúpidamente en que los Servidores me cubrirían la espalda. Un siyí me alcanzó con uno de sus dardos venenosos.

Todos asintieron. Reivan recordaba el momento como si hubiera sido ayer.

—Tuve que utilizar magia para extraer el veneno —prosiguió Imenja—. Eso me costó mucha energía. Y en ese momento, Auraya lanzó un azote a Kuar.

«Y lo mató», pensó Reivan. El recuerdo la estremeció. Había visto el cuerpo. Tenía los huesos hechos añicos.

Imenja sacudió la cabeza.

—Mi poder había disminuido solo un poco. No lo suficiente para que las fuerzas de Kuar flaquearan.

—¿Sospechas que los Blancos eran más fuertes? —preguntó Vervel, arrugando el entrecejo.

—Sí. Eso creo —dijo Imenja—. Pero lo verdaderamente significativo es que fue Auraya quien acabó con Kuar. No hubo pérdida de energía en el ataque de los otros. Ella debió de ser la que poseía una reserva adicional.

Los demás se miraron.

—¿Significa eso que ella es más poderosa que una Voz Primera? —inquirió Shar.

—Es posible.

—De modo que tal vez Nekaun no sea capaz de matar a Auraya.

—No sin ayuda.

—Y él no lo sabe.

Imenja se encogió de hombros. Vervel suspiró con cara de exasperación.

—He intentado decírselo.

—¿Y cómo encaja Mirar en todo esto? —preguntó Shar.

Imenja esbozó una sonrisa torcida.

—Depende de hasta qué punto Auraya lo quiere ver muerto. Dudo que se

una a nosotros a cambio de su cabeza, pero quizá se quedaría más tiempo a nuestro lado si esto garantizara su muerte.

—¿No crees que Nekaun intentará reclutar a Mirar? —preguntó Shar.

—Creo que Mirar sabe que su futuro en Ithania del Sur depende de que llegue a un acuerdo con nosotros, pero dudo que nos sea útil en una guerra, ya que los tejedores de sueños tienen prohibido matar. No contrarrestará la ventaja que los circulianos tienen sobre nosotros por contar con Auraya de su lado.

—A menos que matemos a Auraya —señaló Shar.

—Así es —convino Imenja con una sonrisa irónica.

—¿Deberíamos mantener separados a Auraya y a Mirar? —Quiso saber Vervel.

Imenja meditó la respuesta.

—No a menos que así lo decida Nekaun. Me gustaría observarlos cuando se reencuentren por primera vez.

Vervel soltó una risita.

—Creo que a todos nos gustaría. Va a ser muy interesante.

—Entonces veremos qué podemos hacer. —Imenja se enderezó en su silla—. ¿Algún otro asunto que discutir?

Cuando una de las Voces empezó a hablar sobre una disputa entre mercaderes en la ciudad, Reivan se desentendió de la conversación.

«Me pregunto si Auraya sabe que Nekaun no tiene la menor intención de dejar que se marche. Me pregunto si sabe que ella es más fuerte que Nekaun y confía en que él trate de matarla sin la ayuda de las otras Voces». El pulso se le aceleró cuando se le ocurrió una idea.

«¡Auraya lo matará! Él no escucha a Imenja, así que no tiene la menor idea del peligro que corre. ¡Tengo que advertirle!».

Su corazón tardó un buen rato en recuperar el ritmo normal y en permitir que ella volviese a escuchar la conversación. Deseaba que las Voces terminaran cuanto antes, si bien sabía que no podía salir corriendo a prevenir a Nekaun. No mientras Auraya, que podía leerle la mente, estuviera con él.

«Va a ser un día muy largo».

A Emerahl le había llevado varias horas trasladar los cascotes y la tierra a los lados de la brecha. Podría haber trabajado más deprisa, pero no había querido arriesgarse a que la vibración producida por el movimiento de grandes montones de escombros ocasionara el desprendimiento del trozo de pared que colgaba precariamente sobre ella. Si bien la barrera de la que se mantenía rodeada en todo momento debía de ser lo bastante fuerte para protegerla, no le hacía ninguna gracia la idea de quedar sepultada viva.

También le preocupaba romper aquello que lograra desenterrar. Por medio de la magia, primero había retirado la tierra y el polvo, luego había levantado los cascotes y las piedras que había dejado al descubierto hasta que había tenido que detenerse a quitar más tierra.

Había abierto un canal desde el punto en el que se encontraban los asideros hasta la pared del otro extremo. Los templos solían tener diseños simétricos, de modo que si había algo enterrado allí probablemente estaba alineado con los asideros y el pasadizo de encima.

Emerahl no dejaba de pensar en el texto de los huesos. Si solo un mortal podía llevarse el manuscrito, debía de haber algo que se lo impidiese a un inmortal. Fuera lo que fuese, debía de ser poderoso. Y peligroso.

Un rato antes había hecho una pausa para descansar. Había intensificado la luz con el fin de examinar el bloque de pared que pendía sobre ella y había descubierto otra cosa. Había vislumbrado lo que se hallaba detrás de una de las esquinas del bloque. Lo que quedaba del techo estaba cubierto de grietas. A diferencia de las del pasillo, que se extendían en la misma dirección que la brecha, aquellas resquebrajaduras formaban marcas concéntricas. En el centro de una de ellas había un pequeño cráter.

Emerahl estaba convencida de que eran impactos de alguna especie de ataque mágico. Sin embargo, no había ninguno en las paredes. Quienquiera que lo hubiera hecho, había lanzado el azote expresamente contra el techo, quizá para causar el derrumbe que había llenado el fondo de la grieta.

Cuando retiró más tierra, apareció una superficie de piedra lisa. Emerahl quitó más escombros y descubrió lo que parecía ser un techo abovedado.

—¡Lo has encontrado! —exclamó Yazir.

—Eso parece —convino Emerahl.

—Se lo comunicaré a los demás.

Ella abrió la boca para decirle que esperara, pero cambió de idea. No le iría mal que los Pensadores observaran cómo ella dejaba aquello al descubierto y supieran cuánto se había esmerado. Aunque, desde luego, Barmonia jamás lo reconocería.

Conforme retiraba los escombros, la cúpula asomaba cada vez más. Al cabo de unos instantes, oyó pisadas en el pasadizo. Al volverse, vio a los cinco Pensadores descender por la pared donde estaban los asideros.

Barmonia se acercó trabajosamente, echó un vistazo a la cúpula y refunfuñó.

—Seguramente Yazir se ha precipitado un poco —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Él la miró con las cejas arqueadas y dio media vuelta.

—Continúa —ordenó.

Ella puso los ojos en blanco. Se volvió hacia el agujero que había hecho y reanudó su tarea. La cúpula era grande, así que se centró en quitar los escombros de uno de los lados. Apareció un borde. Retiró más tierra y desenterró una pared. Finalmente apareció la parte alta de un arco. Los restos de una puerta de madera colgaban aún de un gozne, y los escombros se habían colado en el vano.

—¡Alto! —bramó Barmonia.

Emerahl se detuvo. Él bajó hasta la abertura y acercó su antorcha. Las paredes del interior de la estancia a la que daba acceso la puerta se iluminaron. Barmonia volvió a subir.

—Continúa.

Reprimiendo un suspiro, ella procedió a limpiar la entrada. Una vez que quedó despejada, Barmonia volvió a bramarle que se detuviera. Pasó por su lado y dirigió la vista al interior, antes de girar de nuevo sobre los talones.

—Despejaremos el resto a mano.

Se adentró en la habitación, y los demás Pensadores lo siguieron. Ray se detuvo junto a ella y echó un vistazo a los montones de escombros que se alzaban a ambos lados.

—Agradecemos tus ímprobos esfuerzos, Emmea —murmuró.

Ella sonrió. «¿Quiénes? ¿Tú y tu benefactor secreto?».

Él levantó la vista.

—Es inquietante. La grieta y las resquebrajaduras del pasadizo siguen la misma dirección que la escarpa. No puedo evitar pensar que la ciudad se está hundiendo poco a poco.

Emerahl lo miró sorprendida, consciente de que seguramente tenía razón. «Si está en lo cierto, es un lugar absurdo para esconder un tesoro. Pero, para ser justos, lo más probable es que el sacerdote de Sorli no se imaginara que algo así podía ocurrir».

Ray entró en la estancia. Emerahl empezó a seguirlo y de pronto se detuvo al ver que los Pensadores quitaban tierra y cascotes de encima de una caja de piedra grande con las manos desnudas. Barmonia sonreía de oreja a oreja, y Emerahl percibió expectación y entusiasmo en él. Dio unos pasos hacia delante...

... y se paró en seco. La asaltó una sensación familiar. Experimentó un hormigueo en la piel y tardó unos segundos en averiguar por qué.

«¡La habitación es un vacío!».

Un vacío. Justo allí, habiendo tantos lugares en el mundo. ¿Era en parte por eso por lo que los inmortales no podían coger el manuscrito? Sin magia, no le sería posible protegerse ni sanarse. Sin embargo, tampoco podría hacerlo un mortal.

Yazir se había detenido para observarla. Ella se obligó a sí misma a pasar por encima de una fisura, atenta por si había alguna trampa en las paredes, el techo o el suelo. Pensar en el bloque que pendía encima de ellos de pronto le resultó aún más desasosegante.

Emerahl bajó la vista hacia la caja. Tenía la forma de un féretro. Barmonia se inclinó y sopló el polvo de la superficie, revelando unos jeroglíficos.

—¿Qué dicen los pictogramas, Emmea? —preguntó Ray.

Ella se acercó y deslizó los dedos sobre los signos.

—Dice: «Puede morir incluso aquella que no tiene carne».

—Una tumba para una diosa —dijo Kereon.

—Bueno, al menos esta vez no estaremos perturbando el descanso de un cadáver —murmuró Barmonia. Apoyó las manos en el borde de la caja y

empujó. Nada sucedió. Ray lo ayudó, y entre ambos consiguieron que la tapa se corriera lentamente hacia un lado con un chirrido seco.

Los hombres emitieron al unísono un grito ahogado de asombro y codicia.

Metales preciosos y gemas lanzaban destellos a la luz de la antorcha. La caja estaba repleta de cadenas, vasijas, brazaletes y armas, pero lo que más llamaba la atención era un objeto de oro en el centro.

«Un manuscrito de oro —pensó Emerahl—. Supongo que uno de piel ya se habría deteriorado».

Estaba abierto, curvado de un modo artístico que no habría resultado posible con un pergamino. Las varillas en ambos extremos eran unas barras retorcidas adornadas con cenefas, figuras y líneas, así como con incrustaciones de piedras preciosas. Las runas también estaban decoradas, algunas hasta tal punto que quedaban deformadas.

—Es hermoso —comentó Kereon.

«No, no lo es —pensó Emerahl—. Es chillón y recargado».

—¿Qué dice, Emmea? —preguntó Yazir.

Ignorando la fealdad del objeto, Emerahl se centró en la escritura. A punto estuvo de soltar un gruñido.

—Rima. Es poesía. Poesía muy mala.

—Pero ¿qué dice?

Emerahl hizo una pausa para leer.

—Es una crónica. Cuenta cómo la diosa se apenó por la muerte de otros dioses y... Esto es interesante. Dice que ayudó a matarlos. Y que se sintió tremendamente culpable. —Continuó leyendo en silencio—. Transmitió a su sacerdote todos los secretos de los dioses. Aquí añade que le ordenó que los transcribiera en un medio indestructible. Luego... ¡Vaya!

—¿Qué? —preguntó Barmonia con impaciencia.

Emerahl levantó los ojos hacia él y sonrió.

—Luego se suicidó. Aquí. En este preciso lugar. Me pregunto si los dioses se convierten en fantasmas.

Yazir miró nervioso en derredor, y los demás sonrieron.

—¿Y los secretos? —preguntó Ray.

—El pergamino no los describe —contestó ella, frunciendo el ceño al

reparar en que era verdad.

«Los Mellizos se van a llevar una decepción —pensó con amargura—. Y he tenido que aguantar a los Pensadores para esto. Al menos no tendrá importancia si Ray destruye el manuscrito. No vale más que el oro que se obtendría de su fundición».

—Saquemos todo esto —dijo Barmonia. Todos se quedaron en silencio cuando se inclinó para coger el manuscrito. Refunfuñó al levantarlo—. Es pesado —comentó—. ¿Yazir?

El joven abrió unos ojos como platos y extendió los brazos para coger el pergamino.

—¿Sí?

—Esto no, idiota —gruñó Barmonia—. Vuelve arriba y tráenos algo donde meter el tesoro. Sacos. Sacos vacíos.

Obedientemente Yazir se dirigió a toda prisa al exterior de la habitación, seguido por Emerahl. Cuando salió, ella suspiró aliviada al percibir la magia que la rodeaba. No le había sucedido nada malo. Fuera cual fuese la trampa tendida para los inmortales, tal vez se había deteriorado con el tiempo.

—¿Emmea? —la llamó Ray.

Cuando se volvió, ella lo vio examinar los restos de la puerta de madera, aún medio enterrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Él señaló la puerta.

—¿Qué dice?

Emerahl entró de nuevo a regañadientes, se fijó en la superficie y advirtió que habían grabado grandes jeroglíficos. Se le heló la sangre.

—Dice: «Cuidado, inmortales» —murmuró—. Y hay algo más.

Él limpió la superficie, revelando el resto del mensaje.

—«Cuidado, inmortales. Dentro no hay magia. Pasad y conoceréis vuestra verdadera edad».

Una sonrisa se empezó a dibujar en su rostro. No había magia. Un vacío. Quien había grabado aquello creía que los inmortales no podían existir dentro de los vacíos. Con toda seguridad había imaginado que, sin magia con la que preservarse, los inmortales revertirían a su verdadera edad.

«Sería un espectáculo impresionante, aunque macabro. —Emerahl desvió

la mirada para que Ray no la viera sonreír—. Me alegra comprobar que los dioses y sus sacerdotes no siempre lo saben todo».

No obstante, ansiaba salir de ese lugar y volver al sol. Y alejarse de aquellos hombres egoístas y arrogantes. Esa noche dictaría a los Mellizos todo lo que recordara del poema. Al día siguiente..., felicitaría a los Pensadores e iniciaría el largo viaje de regreso a tierras más conocidas.

Danyin observó la cubierta del platén y lentamente cayó en la cuenta de que estaba despierto. Los dos hombres sentados frente a él se hallaban conscientes, pero su atención se encontraba en otro lado. Gillen parecía más alerta de lo que había estado en todo el viaje, frotándose las manos con entusiasmo y expectativa, mientras que Yem se veía más apagado de lo normal. El guerrero se había mostrado preocupado en todo momento desde que habían abandonado el fuerte, y Danyin sospechaba que estaba atrapado entre la simpatía por los criados que habían huido de la opresión de los clanes y la indignación por el hecho de que los pentadrianos los habían engañado.

Danyin miró a Elar. Tenía los ojos cerrados y respiraba con lentitud.

«No me queda más que confiar en ella y en la sabiduría de los dioses. Si no hiciera falta castigar duramente la asociación con los pentadrianos, no estaríamos tendiendo una emboscada a un pueblo con la ayuda de los guerreros locales».

El platén redujo la marcha. De pronto, Elar abrió la cubierta del vehículo.

—Hemos llegado.

A Danyin se le cayó el alma a los pies, pero guardó silencio. Oyó el ruido de puertas que se cerraban de golpe y gritos distantes. Voces furiosas y asustadas rodearon el platén mientras se detenía.

Elar se alisó el cirque y miró a Yem, a Gillen y a Danyin.

—Quedaos cerca —indicó. Acto seguido, abrió la lona y se apeó.

Danyin la siguió, y luego Yem y Gillen hicieron lo propio. Hombres y mujeres deambulaban alrededor del platén. Cuando vieron a Elar, abrieron unos ojos como platos y guardaron silencio. Unos cuantos rostros revelaban consternación y alarma. Otros mostraban asombro y curiosidad.

Unos metros calle arriba, Danyin vio a los guerreros acorralando a la gente. Hombres, mujeres y niños salían de las casas, algunos con su ropa de dormir. De otra dirección llegaba un grupo grande de aldeanos. Por el sudor en sus frentes Danyin supuso que habían sido sacados de las casas y granjas más alejadas del centro del pueblo.

Mientras la aglomeración aumentaba, Danyin observó con atención a la muchedumbre. A la luz de las antorchas destacaban los rasgos físicos que los señalaban como dunwayanos o surithanianos. El color de piel de los pentadrianos iba del blanco al moreno, y tenían constituciones igual de variadas, de modo que era más fácil identificarlos simplemente como aquellos que no tenían aspecto dunwayano. Calculó que un cuarto de la multitud eran pentadrianos.

Un grupo de guerreros dunwayanos con rostros casi negros por la profusión de tatuajes rodearon a los aldeanos. Gret, el líder canoso del clan, dio un paso adelante e hizo la señal del círculo.

—Hemos traído a los ocupantes de todas las casas y granjas del pueblo —informó—. Puede que algunos hayan escapado.

Elar inclinó la cabeza afirmativamente.

—¿Quién es el líder de esta comunidad? —preguntó ella con una voz que se impuso al ruido del gentío.

Se produjo una discusión. Danyin entreoyó lo suficiente para comprender que un anciano del pueblo era el que representaba a los aldeanos en las reuniones con el clan local. El hombre dio unos pasos adelante.

—¿Quién es el líder de la comunidad pentadriana? —le preguntó Elar a él.

El anciano vaciló, pero Elar ya se había alejado de él.

—Servidor Warwel, da un paso adelante.

Se produjo un silencio. La gente intercambió miradas nerviosas. Los ojos de Elar recorrieron la muchedumbre y se detuvieron.

—Da un paso adelante, Servidor Warwel —dijo Elar en tono de

advertencia—, o te sacaremos a rastras. Como prefieras.

Un hombre avanzó hacia ella. Era alto y andaba con dignidad. Su expresión era sombría y resignada. Se detuvo a unos pasos de Elar y la miró en silencio.

—Gente de Dram, habéis sido engañados. Este hombre y los de su barco fueron enviados aquí por Nekaun, el líder de los pentadrianos —afirmó Elar, volviéndose hacia el anciano del pueblo—. Su embarcación no se hundió accidentalmente. Fue hundida a propósito para poder despertar compasión en los dunwayanos. Su cometido era instalarse aquí y hacer cuantos más amigos mejor a fin de convertirlos a su religión.

Observó la multitud.

—Y vaya si lo han conseguido. Con demasiada facilidad. Veo a muchos aquí que se han corrompido bajo su influencia. También a muchos que han sido tentados a abandonar el servicio a sus clanes con promesas de libertad. Clanes cuyos guerreros lucharon por ellos hace apenas dos años. Que lucharon contra los que invadieron nuestras tierras para esclavizarnos. —Se oyó un murmullo de protesta, pero Elar alzó la voz—. Puede que esta vez utilice métodos más suaves, pero que no os quepa duda de que su intención es la misma: otra invasión. Han venido aquí para separaros del Círculo de los Dioses. Y para ello han abusado de vuestra generosidad y se han aprovechado de vuestras debilidades.

Se detuvo para contemplar al gentío en silencio durante unos instantes.

—Es una lástima que hayáis dejado que todo esto llegue a donde ha llegado. Veo a algunos aquí que no se han dejado corromper, pero que callan por miedo o por avaricia. Veo a muy pocos que no han podido protestar o actuar porque carecían de poder y hablaré en su defensa. En cuanto al resto, será I-Portak quien decida qué hacer con vosotros, pentadrianos y dunwayanos por igual.

Volviéndose hacia Gret, Elar asintió.

—Los dejo en tus manos.

El líder del clan vociferó sus órdenes, y los guerreros empezaron a enfilear a la gente por el camino. Danyin notó que el viejo guerrero seguía las indicaciones de Elar con disgusto. Cada vez que un niño lloroso era arreado delante de ellos, Gret miraba enfáticamente a Elar. Pero ella lo ignoraba con

expresión severa.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó alguien.

—A Chon —respondió un guerrero.

—Deja que volvamos a casa a recoger ropa de abrigo —suplicó una mujer a un guerrero—. Así nos congelaremos.

—Mis remedios —se lamentó un anciano—. No resistiré sin mis remedios.

—¿Qué comeremos?

—Mi madre está enferma. No llegará a Chon.

Gret se volvió hacia uno de sus compañeros.

—Haz que alguien lleve a la mujer y al anciano a sus casas.

Al instante, varias voces se alzaron implorando el mismo trato.

—No —dijo Elar—. Si perdonas a unos cuantos, el resto exigirá lo mismo. Mantén a los prisioneros aquí y envía a varios guerreros a las casas en busca de mantas, comida y ropa para todos.

Gret arqueó las cejas, luego hizo una seña con la cabeza a su compañero.

—Hazlo.

Danyin se estremeció. Sin duda un retraso en ese momento sería mejor que un montón de muertes en el camino...

Elar se volvió hacia Danyin.

—Averigua qué necesita el anciano y tráelo —murmuró.

—Sí, Elareen de los Blancos —respondió él.

Danyin se alejó de prisa en busca del anciano. Mezclándose entre el gentío, se volvió para contemplar a Elar. La Blanca mantenía la cabeza en alto y observaba con soberbia a sus prisioneros. El estómago se le hizo un nudo.

«Solo lo está haciendo para intimidarlos, para que obedezcan», se dijo.

«Pero lo recordarán. Contarán a otros qué fría e insensible es Elareen la Blanca. Qué cruel y rígida es la justicia de la Blanca».

Meneó la cabeza. «Tiene que hacerlo. No puede ignorar la ley dunwayana. Y si no tuviera piedad, no me habría mandado a buscar los remedios del anciano».

Entonces ¿por qué tenía la sensación de no estar presenciando una representación? ¿Por qué sospechaba que Elareen no había intentado

convencer a los dunwayanos de que trataran a los aldeanos con cierta compasión sencillamente porque no le interesaba?

¿Por qué ella lo perturbaba a veces?

Suspirando, se volvió, encontró al anciano y lo llevó a un lado para interrogarlo.

El Santuario no era tan impresionante como el Templo en Jarime. No había ninguna Torre Blanca o Cúpula alzándose amenazadora, solo una amplia escalera que conducía a un edificio de una sola planta con una fachada de arcadas, además de un batiburrillo de edificaciones construidas en la falda de la colina, justo detrás.

«Quizá ese es el propósito —pensó Mirar—. No quieren intimidar a los visitantes, quieren que se sientan bienvenidos».

Los vientos no los habían llevado tan lejos como Genza había esperado, así que habían tenido que recorrer el resto del camino en un platén. La litera en la que Genza y él se habían trasladado desde el puerto del transbordador se detuvo, y los portadores la apoyaron en el suelo. Genza se levantó, y Mirar la imitó. Ella sonrió.

—Bienvenido al Santuario, Mirar de los tejedores de sueños.

—Gracias.

Haciéndole un gesto para que la siguiera, ella empezó a ascender la escalera. Pasaron bajo uno de los arcos a una sala amplia y ventilada llena de Servidores con túnicas negras y gente corriente.

—Aquí es donde recibimos a todos los visitantes del Santuario —le explicó Genza—. Los Servidores escuchan a todos, desde el mendigo hasta el rico y poderoso, y los dirigen a quien mejor pueda atender sus necesidades.

Mirar notó que algunos de los presentes hablaban con audacia y confianza a los Servidores. Otros vacilaban, esperando a que alguien se acercara a ellos o manteniendo la cabeza gacha mientras hablaban. Mirar percibió angustia y vio a un Servidor dando unas palmadas en la espalda a una mujer que lloraba.

—¿Creéis que podréis encontrar a mi hija? —Oyó preguntar a la mujer.

—Lo podemos intentar —respondió el Servidor—. ¿Estás segura de que se la llevó su padre?

—Sí. No... yo...

Una risa desvió su atención hacia un hombre con vestimentas caras que cruzaba la estancia en compañía de un Servidor.

—... mis regalos también para los elay. Después de todo, hundieron los barcos que estaban...

«¿Elay hundiendo barcos?». Contuvo las ganas de seguir al hombre con la mirada.

—Este es el patio principal —indicó Genza—. Desde aquí, los pasillos se extienden a todas las zonas del Santuario.

El patio estaba bordeado por unas verandas. Ella señaló la fuente y le explicó que ayudaba a enfriar el aire, así como a atenuar el ruido de las conversaciones privadas. Mientras se internaban aún más en el Santuario, él notó que los Servidores se detenían para mirarla y trazaban una señal sobre el pecho si por casualidad ella miraba en su dirección. Percibió en ellos admiración y respeto. Incluso adoración.

También se percató de que lo observaban con curiosidad y se preguntó cuánto sabían sobre él. ¿Sentían curiosidad porque no veían tejedores de sueños a menudo en el Santuario? ¿Se preguntaban si él era el legendario e inmortal fundador de esa secta? ¿O ya sabían quién era porque habían oído que Genza lo iba a llevar allí?

Genza lo guio por varios corredores y patios, siempre en ascenso. De vez en cuando vislumbraba la ciudad desde una ventana o balcón, y cada vez la vista era más impresionante. Mientras avanzaban por el Santuario, Mirar se empezó a poner ansioso.

«Estoy en una situación de total desventaja —pensó—. Es posible que las Voces sean más poderosas que yo. Tal vez no de manera individual, pero sí en conjunto. Y están rodeadas de cientos, si no miles, de hechiceros mortales dispuestos a seguir sus órdenes.

»Eso es algo con lo que contaba. Lo que no esperaba era que este lugar fuese un laberinto. Sin Genza estaría completamente perdido».

Sin embargo, no tenía la sensación de estar en peligro. Los ruidos de la ciudad llegaban atenuados, no percibía emociones amenazantes en los Servidores con los que se cruzaba, y el diseño expansivo del Santuario, con su miríada de patios y corredores al aire libre, sugería un lugar para la

contemplación y la serenidad. No obstante, también era un espacio de poderío político y mágico, por lo que no estaba dispuesto a prescindir de la sutil barrera mágica de la que se había rodeado.

En ese momento Genza abandonó un pasillo y pasó a un balcón amplio y alargado ocupado por varios hombres y mujeres sentados en sillas de esparto. Todos se volvieron hacia él con ojos llenos de interés.

—Os presento a Mirar, líder de los tejedores de sueños —les dijo Genza. Luego se dirigió a él—. Tejedor de sueños Mirar, esta es la Voz Segunda Imenja.

La mujer a la que señaló con un gesto era alta y esbelta. Era difícil calcular su edad.

«Ella fue la Voz que titubeó durante la guerra, lo que permitió que Auraya matara a Kuar», pensó.

Imenja sonrió con cortesía.

—Me alegra conocerte finalmente. Genza nos ha hablado muy bien de ti.

Mirar inclinó la cabeza.

—Para mí también es un placer conocerte, Voz Segunda.

—Esta es la Voz Tercera Vervel —continuó Genza, señalando a un hombre de complexión robusta.

«Lo recuerdo de la guerra, pero no sé nada sobre él. Tendré que poner remedio a eso».

—Esta es la Voz Quinta Shar.

El hombre rubio, delgado y bien parecido sonrió, y Mirar respondió con una inclinación de cabeza.

«Es el que cría a los voranes. Los tejedores del sur dicen que puede ser muy cruel».

A continuación, Genza le presentó a los demás. Eran los Acompañantes y su función consistía en asistir y asesorar a las Voces. Los Mellizos y Auraya ya le habían hablado sobre ellos.

—Siéntate con nosotros, tejedor de sueños Mirar —lo invitó la Voz Segunda Imenja, señalando una silla vacía.

Mirar se sentó y aceptó el vaso de agua que le ofrecía uno de los Acompañantes.

—Fíjate por dónde, hemos estado hablando de la guerra —le informó

Imenja.

—¿Alguna guerra en especial? —preguntó él.

Ella meneó la cabeza.

—De todas en general. De la guerra como tema de conversación. Los tejedores de sueños no luchan en las batallas, ¿verdad?

—No. Reconocemos la necesidad de que una persona o un país se defiendan, pero nuestra promesa de no hacer daño a nadie nos impide participar en la guerra.

—De modo que no apruebas que invadiéramos Ithania del Norte, pero aprobarías que nos defendiéramos si fuéramos invadidos, ¿es así? —Quiso saber Imenja.

Él asintió.

—Sin embargo, tu gente no ayuda en la defensa de su país.

—Lo hacemos sanando a los heridos.

—Sanáis a los heridos de ambos bandos.

—Sí. Mi gente hace honor a su promesa de curar a los necesitados tanto como profesa lealtad a su patria, pues saben que los tejedores de sueños de cualquier lugar harían lo mismo.

—Entiendo.

—Sin duda esto causa conflictos entre los tejedores y los ciudadanos del país —aventuró la Acompañante de la mujer—. ¿La gente no les guarda rencor por ayudar al enemigo?

—Claro que sí —respondió Mirar con una sonrisa—. Tan a menudo como el agradecimiento que nos profesan algunos del bando enemigo por sanar a los suyos.

—Los Blancos y los circulianos les han causado mucho daño —dijo Vervel—. ¿Los tejedores se enfrentarían a ellos?

—No —contestó Mirar, sacudiendo la cabeza.

—¿Ni siquiera para liberarse de la opresión? ¿Ni siquiera por la libertad para vivir según vuestras propias normas?

—Ni siquiera si creyésemos que esa liberación es posible. Podríamos matar a todos los Blancos, pero los dioses no tardarían en encontrarles sustitutos.

—¿Así que crees que los dioses circulianos son reales? —preguntó

Imenja.

Mirar sonrió apesadumbrado.

—Tengo la certeza de que así es. Y mis fuentes me aseguran que los vuestros también lo son.

Las Voces intercambiaron miradas significativas.

—Si venciéramos a los Blancos... —dijo Vervel—. Si todos los circulianos se convirtieran a nuestra religión, los dioses circulianos no encontrarían a nadie dispuesto a ocupar el lugar de los Blancos.

—¡Ah, ojalá fuera posible! —exclamó Mirar, exhalando un suspiro—. Por desgracia, eso requeriría que todos los circulianos renegaran de sus dioses y abrazaran vuestra fe.

—Es posible que lo hagan, con el tiempo —aventuró Shar—. Por supuesto, habría seguidores del Círculo reuniéndose en secreto, rebeldes y partidarios de la resistencia. Tendríamos que perseguirlos y...

—El caso es que, si nosotros tuviéramos el control, tu gente sería libre para vivir como le plazca —interrumpió Vervel—. Sin duda la oportunidad merecería romper algunas reglas, ¿no lo crees?

Mirar negó con la cabeza.

—El problema es que no es una norma menor, sino nuestra ley y nuestro principio primordiales.

—Pero han intentado matarte —le recordó Genza.

Mirar la miró a los ojos.

—Y vuestra gente mató a tejedores de sueños en Jarime para poder culpar a los sacerdotes.

Genza entornó ligeramente los ojos, luego se volvió hacia Imenja.

—Supongo que tenemos suerte de que tu gente permanezca neutral —dijo Imenja con voz queda—. Te puedo asegurar que la mayoría de nosotros no apoyó esa pequeña conspiración sórdida. —Mirar notó que la Acompañante de la mujer miraba a su patrona con desconfianza y horror—. No pensamos repetir ese error. Sin embargo, estoy segura de que los Blancos volverían a intentar asesinarte, si pudieran.

Mirar soltó una risa sombría.

—Lo sé. Ya lo han hecho.

Los ojos de Imenja brillaron con interés.

—¿Recientemente? ¿Por eso viniste a Ithania del Sur?

—Sí. Y ahora descubro que la mujer que enviaron para ejecutarme está aquí mismo, acogida con honores.

Él observó qué caras delataban sorpresa y qué caras no. Imenja sonreía.

—¿Sabías que Auraya estaba aquí? —preguntó Genza—. ¿Y aun así viniste?

Mirar se encogió de hombros.

—Claro que lo sé. La ciudad está llena de chismorreos... y tejedores de sueños.

Imenja soltó una risita.

—Y Nekaun no se ha esforzado mucho por guardar el secreto. —Miró al invitado y se puso seria—. No corres ningún peligro. No permitiremos que te haga daño. Y, al parecer, no tenemos que temer que tú le hagas daño a ella. —Lo observó atentamente, quizá en busca de señales que delataran una posible intención de saltarse su norma contra la violencia—. En una semana se habrá marchado.

Mirar inclinó la cabeza afirmativamente.

—No hace falta que vosotros dos os encontréis. Tal vez prefieras evitarla —siguió diciendo ella. Él percibió decepción en los Acompañantes y reprimió una sonrisa. Sin duda tenían curiosidad por ver qué pasaría si Auraya y él se encontraban.

«Al igual que yo —pensó—. Saber que está tan cerca y no coincidir con ella ni una vez... No habría nada de malo en que nos viéramos».

—Me da igual —dijo—. De hecho, para mí sería un placer que me viera vivo y tratado con amabilidad por sus enemigos.

Imenja volvió a reírse.

—Eso también tiene arreglo.

«El tejedor de sueños Mirar es un hombre apuesto —pensó Reivan mientras observaba a Imenja y a él caminar hacia el fuego del Santuario—. Aunque no es mi tipo. Parece un norteño, y hay otra cosa...».

Le recordaba al Pensador del que ella se había encaprichado de joven. Se trataba de un Pensador que había aparecido un día en una reunión y había seducido a todo el mundo, para desaparecer unos meses después. Durante los siguientes años había reaparecido y se había marchado muchas veces sin anunciarse. Cada vez que visitaba Glymma, se buscaba una chica bonita distinta y luego se deshacía de ella. Reivan se había puesto celosa al principio, luego se había compadecido de las mujeres a las que tantas promesas había hecho y a las que había dejado con el corazón destrozado, a veces incluso con un regalo en el útero.

Mirar radiaba una confianza en sí mismo que atraía a la gente, y era eso lo que le recordaba al Pensador. Tenía la misma agitación en la mirada, como si siempre estuviera planeando su próximo destino. Sin embargo, mientras que el Pensador se había largado cada vez que había tenido que escapar de algo, ella imaginaba a Mirar sencillamente moviéndose de un lado a otro, observando lo que fuera que encontrara y siguiendo su camino.

«No tiene prisas —pensó de pronto—. Esa es la diferencia. ¿Y por qué habría de tenerlas, si es inmortal?».

Eso era lo que más fascinación producía en ella. Las Voces eran

inmortales por designio de los dioses. De algún modo, Mirar lo había conseguido sin ayuda. Ansiaba preguntarle cómo, aunque dudaba que entendiera la respuesta.

Imenja y él habían estado unos minutos de pie ante el fuego del Santuario. En ese momento se volvieron y caminaron hacia Reivan.

—¿... se ha apagado?

—Unas cuantas veces. No lo hemos ocultado. La gente puede ser supersticiosa con estas cosas. Si no les dijéramos que ocurre de vez en cuando, podrían pensar que el mundo se acabaría si se extinguiera la llama, o algo igual de ridículo. Aun sabiéndolo intentan buscar algún significado oculto a las pocas ocasiones en que se ha apagado.

Mirar soltó una risita.

—Supongo que sí. —Miró hacia arriba—. ¿Es ese un siyí?

Siguiendo la dirección de su mirada, Reivan vio una figura alada trazando círculos en el aire.

—Sí —dijo Imenja—. Uno del grupo al que tenemos prisionero. Atacaron uno de nuestros pueblos. Nekaun los está soltando, uno por uno, a cambio de que Auraya permanezca aquí.

Mirar asintió.

—Algo he oído. Es prudente soltarlos por separado. Así no pueden formar una bandada para volver a atacar.

—Sí.

—Debéis de estar tratándolos bien —añadió él—. De lo contrario, no podrían volar. ¿Les dais provisiones para que sean capaces de llegar a casa?

—No pueden cargar lo necesario para hacer todo el camino hasta Si, por desgracia, pero lo que les damos debería bastar para que lleguen a Sennon.

Imenja lo acompañó a la escalera que conducía del fuego del Santuario a los recintos inferiores. Siguiéndolos, Reivan oyó voces provenientes de algún punto más adelante en el pasillo. Mirar e Imenja giraron en una esquina y se detuvieron. Cuando los alcanzó, Reivan reconoció las voces y se estremeció. Se fijó en Mirar. Una sonrisa se dibujaba en su rostro. Sus ojos brillaban... tal vez llenos de temor, tal vez divertidos.

Reivan dirigió la mirada hacia el objeto de su atención. Auraya lo observaba con los párpados entornados. Ella permanecía quieta, como

congelada. Nekaun miró a los ojos a Imenja, luego se volvió hacia Auraya y abrió la boca para hablar..., pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

—Mirar —dijo Auraya en tono de desprecio—. Veo que ya has llegado.

—Así es —respondió él, volviéndose hacia Imenja—. Y me han dado una cálida acogida.

—No esperaría menos de nuestros anfitriones.

La mirada de Auraya era intensa, pero Mirar no parpadeó.

—No sabía qué esperar después del hosco recibimiento que me dispensasteis en el norte —dijo Mirar en tono airado—. Pero luego pensé: «Tiene que ser mejor en el sur, porque nada puede ser peor».

Auraya sonrió.

—Todavía no te conocen.

La sonrisa de Mirar se desdibujó ligeramente, y apareció una pequeña arruga en su frente.

—¿Cómo les va a los siyís?

—Bien —respondió Auraya secamente.

—¿Los Blancos los tienen por aliados útiles?

—Por supuesto.

—He oído por allí que su última misión fue un fracaso.

—Me temo que eso ya no es noticia.

—Sí —convino Mirar—. Supongo que debo agradecer a los Blancos la oportunidad de volver a verte... en mejores circunstancias. —Mirar se volvió hacia Imenja—. Espero que tengamos oportunidad de conversar un poco más antes de que te vayas. ¿Tal vez durante la cena?

—Lo podemos arreglar —respondió Imenja suavemente.

—Tal vez una cena tranquila, privada —dijo Auraya con un brillo en los ojos—. Los dos solos. Podríamos retomar la conversación donde la dejamos.

—Estoy seguro de que mis nuevos amigos querrán unirse —respondió Mirar—. Sobre todo teniendo en cuenta que te marcharás pronto. Ellos tienen la prioridad sobre ti. Tu tiempo aquí es finito, el mío no.

Nekaun soltó una risita.

—El tejedor de sueños Mirar tiene razón. Aún tenemos mucho que enseñarte, y cada vez falta menos para que te vayas, Auraya. —Miró a la Voz Segunda—. Podríamos vernos todos esta noche para cenar.

—Haré los arreglos necesarios —respondió Imenja.

—Hoy pienso llevarte a ver otro sitio fuera de la ciudad. —Nekaun tocó ligeramente el hombro de Auraya, y ella apartó los ojos de la expresión petulante del tejedor de sueños para mirar a la Voz Primera—. Nos tomará la mitad del día llegar hasta allí, así que más vale que nos pongamos en marcha lo antes posible.

Auraya salió de la estancia con los párpados entornados. Cuando Imenja se volvió hacia Mirar, él le dedicó una amplia sonrisa. Ella hizo una seña en dirección a un pasillo que conducía a otro punto.

—¿Te gustaría ver el salón de las Estrellas, donde celebramos nuestras reuniones?

Él asintió.

—Debe de ser un lugar fascinante.

Cuando echaron a andar sin prisa, Reivan analizó la conversación entre Mirar y Auraya.

«“No sabía qué esperar después del hosco recibimiento que me dispensasteis en el norte”.

»“Todavía no te conocen”.

»Auraya ha ganado esa discusión —pensó Reivan—. La ex Blanca ha insinuado que Mirar hace enemigos a dondequiera que va. Puede que sea verdad».

Mirar se había mofado veladamente del fracaso de la misión de los siyís organizada por los Blancos, pero Auraya no se había dado por aludida. Luego Mirar la había provocado, insinuando que ella no le podía hacer daño allí.

«“Los dos solos. Podríamos retomar la conversación donde la dejamos”».

Reivan había captado la risita que había brotado en su interior. «Auraya también ha ganado esta discusión —pensó—. Prácticamente ha señalado que la seguridad de Mirar depende de nosotros y que ella está dispuesta a matarlo si las Voces le dan la oportunidad. Pero él ha tenido la última palabra, creo. ¿Qué fue lo que dijo?

»“Estoy seguro de que mis nuevos amigos querrán unirse. Tu tiempo aquí es finito, el mío no”».

Reivan arrugó el entrecejo. ¿Había adivinado Mirar que las Voces no tenían la intención de dejar marchar a Auraya? ¿O sencillamente estaba

señalando que las Voces tenían más razones para protegerlo a él que a ella, ya que él era inmortal y, por tanto, podía ser un aliado más útil a largo plazo?

«Es lo bastante astuto para adivinar los planes de las Voces —decidió Reivan—. Lo habría hecho cualquiera que analizara cuidadosamente la situación».

Pero ¿lo había hecho Auraya?

Travesuras saltó al colchón. Pasó unos minutos dando vueltas, estudiando la mejor posición para dormir en función de méritos que solo él entendía. Cuando encontró un lugar adecuado, se enroscó y exhaló un suspiro.

Con los ojos clavados en el techo, Auraya meditó sobre la información que esa tarde había pasado a Juran. O, más bien, sobre las novedades que no le había comentado.

:Mirar está aquí —le había dicho—. Topamos el uno con el otro en uno de esos encuentros fortuitos que evidentemente no fue fortuito.

:¿Qué ocurrió?

:Nada. Él me dio a entender que las Voces lo protegerían y que la misión de los siyís estaba condenada.

:Me temo que está en lo cierto en ambos casos.

No le había hablado a Juran acerca del acuerdo entre Mirar y ella para fingir que eran enemigos. Juran habría descubierto que ella no consideraba a Mirar como un adversario, y eso no lo habría complacido. No quería darle razones adicionales para desconfiar de ella.

Ahora le quedaba la última tarea de la jornada. Desde la primera vez que había establecido una conexión onírica con Mirar, se habían comunicado de la misma manera. Esa noche tenían mucho que discutir. Cerró los ojos y entró en el estado mental que necesitaba.

:Auraya.

Ella tardó unos instantes en darse cuenta de que se había quedado dormida de inmediato.

:¿Mirar?

:¡Por fin! ¿A qué hora te acuestas?

A ella le divirtió su impaciencia.

:A la hora que me da la gana.

:Ah. De eso se trata, ¿verdad? Te has vuelto bastante arrogante desde que las Voces empezaron a tratarte como a una invitada de honor.

:Solo cuando conviene. ¿Lo hemos hecho bien hoy?

:No ha estado mal para empezar.

:¡Ja! Te he ganado en las respuestas rápidas.

:Pero yo he tenido la última palabra.

:Es verdad, convino ella.

:¿Dónde has estado esta noche? Estaba deseando continuar charlando contigo en la cena.

:¿No te lo ha explicado Imenja? Nos alejamos tanto de la ciudad que no conseguimos llegar a tiempo.

:¿Es eso verdad?

:Sí. Por supuesto, es posible que Nekaun y yo pasáramos más tiempo del necesario inspeccionando los talleres de vidrio soplado.

:Bueno, supongo que las Voces esperan que me eludas.

:Y si nos vemos con frecuencia, temo quedarme sin respuestas rápidas.

:¿Tienes una colección?

:Un puñado. Todas esperando el momento adecuado.

:Quién habría dicho que tenías semejante talento para la mala leche.

:Gracias. ¿Te han hecho las Voces alguna oferta ya?

:No. El día que llegué me hicieron preguntas sobre la ley de los tejedores contra la violencia. Quizá mis respuestas los desanimaron.

:Hmmm. Recuerda: si no te ofrecen matarme, es posible que me ofrezcan a mí acabar con tu vida.

:Entonces lo ocultan muy bien. Hemos estado hablando bastante sobre los tejedores de sueños y mi lugar entre ellos. Si soy un líder o un guía. Imenja me ha dicho que tanto si quiero ser su líder como si no, me veneran. El problema de estar muerto por un tiempo es que la gente se hace una imagen exagerada de ti. Le he asegurado que jamás les he permitido venerarme en el pasado y que no lo haré ahora. Me ha dicho que me cree.

Mirar se había puesto serio, y Auraya tenía la inquietante sensación de estar hablando con Leiard. La apartó de su mente.

:Supongo que ha leído la mente a los tejedores de sueños para saber qué

piensan de ti.

:Sí. Oh, hubo algo que dijo... Creo que saben que puedes leer la mente.

A Auraya se le heló la sangre. ¿Era peligroso que las Voces supieran que podía leer la mente? Jade le había manifestado su preocupación por que los dioses descubrieran que había recuperado esa habilidad, pero se había referido a las deidades circulianas.

Sin embargo, era posible que los dioses circulianos leyeran de vez en cuando las mentes de los pentadrianos. A menos que...

:¿Crees que solo lo saben las Voces? ¿O lo saben otros?

:No estoy seguro. Si quieres, puedo escrutar algunos sueños esta noche para ver si averiguo algo.

:Sí. Yo también haré un poco de exploración mental. Puede que aún haya alguien despierto.

:Cuando lo hagas, busca pensamientos sobre los elay. Cuando llegué, oí de casualidad un comentario que sugería que están hundiendo barcos.

:¿Hundiendo barcos? Es una posibilidad alarmante.

:Sí. Bien, ambos tenemos mucho que hacer, y la noche no se va a hacer más larga.

:No. Buenas noches.

:Buenas noches.

:¿Mirar?

:¿Sí?

Ella se quedó callada, preocupada de pronto por la posibilidad de que él malinterpretara sus palabras. Después de unos instantes decidió que no tenía por qué.

:Gracias por tu ayuda.

:No me agradezcas aún. No hasta que hayan soltado al último siyí y tú hayas conseguido escapar de este lugar. Cuando se haya ido el último siyí, prepárate para la traición —le advirtió—. No creo que las Voces tengan intención de dejarte marchar.

Cuando él rompió la conexión, ella flotó en un estado de somnolencia inquieta. «Si yo estuviera en la piel de Nekaun, tampoco dejaría que me marchara. Tendré que darle una buena razón para que deje que me vaya». Ahora estaba demasiado cansada para pensar en ello y aún tenía que explorar

mentes. Se concentró y proyectó sus sentidos hacia el mundo.

Moviéndose de una mente a la otra, exploró los pensamientos de los Servidores y criados que seguían despiertos en el Santuario. Cuando encontró la mente de la Acompañante de una Voz, se entusiasmó. La mujer, Reivan, estaba intranquila y desvelada, y sus pensamientos giraban en torno a la Voz Primera Nekaun.

«Ha pasado ya tanto tiempo —pensó Reivan—. Podría haber encontrado aunque sea un momento para visitarme. ¿Cómo lo voy a poner sobre aviso de las sospechas de Imenja? No puedo acercarme a él por si Auraya me lee la mente».

A Auraya se le cayó el alma al suelo. Eso confirmaba lo que Mirar le había dicho. Habían detectado su habilidad de leer la mente.

«Pero... ¿por qué habría de hacerme caso si no toma en cuenta ni la opinión de Imenja? No, solo puedo esperar que no subestime a Auraya. Volverá a mí después de matarla», se dijo Reivan.

Auraya estaba conmocionada. De algún modo, era más escalofriante descubrir las intenciones de Nekaun expresadas de forma tan clara en la mente de una mujer. Pero también percibió dudas. Las otras Voces creían que Nekaun la mataría, pero no lo sabían con certeza. Él estaba actuando con hermetismo. No los hacía partícipes de sus planes. Luego Auraya vio el mayor temor de Reivan acechando constantemente desde los límites de su mente. Las otras Voces creían que Auraya era más poderosa que Nekaun. Reivan temía que él intentara matar a Auraya solo. Temía que fracasara.

«Interesante —pensó Auraya—. Me pregunto si están en lo cierto. Y es raro que Nekaun se mantenga apartado de las otras Voces. Es una debilidad que podría explotar».

La Acompañante empezaba a quedarse dormida. Si sabía algo acerca de los elay, era poco probable que les dedicara algún pensamiento a corto plazo. Su mente estaba casi absorbida por completo por Nekaun. Auraya prosiguió buscando otras mentes.

No pensaba abandonar a los siyís que quedaban. Pero cuando el último se marchara, estaría lista para defenderse de Nekaun.

:¿Has hecho una copia del manuscrito?, preguntó Tamun a Emerahl en cuanto establecieron la conexión onírica.

:Lo estoy intentando —respondió Emerahl—. La única razón por la que Barmonia me deja verlo es porque puedo traducirle el texto. No me deja transcribirlo. Ni siquiera me deja tomar notas. He tenido que memorizar lo que he podido y anotarlo en secreto.

:¿En qué medio lo estás transcribiendo?, quiso saber Tamun.

:Lo estoy grabando a fuego en la parte interior de mi odre de agua. Nunca lo encontrarán allí.

:¿En qué idioma?

:En hanniano. De ese modo, si lo encuentran, no sabrán qué dice.

:¡Tienes que usar los jeroglíficos originales! ¡El menor error de traducción puede alterar el significado de una frase!

:No cometeré errores de traducción, terció Surim.

:Gracias, dijo Emerahl, complacida por esta defensa de sus habilidades lingüísticas.

:Es posible que los cometa sin darse cuenta —argumentó Tamun—. No podemos correr ningún riesgo. En la antigua lengua de los sacerdotes, algunas palabras poseían dos significados.

Si Emerahl no hubiera estado en trance, habría suspirado. Tamun se había tomado mal la noticia de que el manuscrito no servía de nada. Se negaba a

creerlo. Sostenía que el poema debía de ser una clave.

:Muy bien. Buscaré la manera de copiar los jeroglíficos. Y después ¿qué? Solo es una crónica. No hay ninguna indicación sobre dónde encontrar los secretos de los dioses.

:¿No? —El alborozo de Tamun vibró en la mente de Emerahl—. En lo que has recitado hay algunas pistas evidentes.

:¿Evidentes?

:Los secretos se consignaron en un medio indestructible. ¿Qué es indestructible?

:Nada.

:El oro —dijo Surim—. O al menos eso me explicó una vez un orfebre. Se puede fundir y alear con otros metales, pero por sí mismo no se oxida ni deteriora.

:Si los secretos están grabados en oro, y el oro se puede fundir, entonces los enigmas se pueden destruir, señaló Tamun.

:Así pues tiene que ser algo tan duro y sólido que no se pueda romper.

:¿Diamantes?, sugirió Emerahl. Recordó el tesoro que habían encontrado en el féretro. Había un montón de piedras preciosas entre las joyas y las baratijas.

:Un diamante se puede cortar con otro diamante —aseveró Tamun—. Eso lo hace tan frágil como el oro.

:¿Qué más hay allí?, preguntó Surim.

Los Mellizos guardaron silencio, meditabundos. La mente de Emerahl no hacía sino volver a las joyas y las baratijas. Si los secretos estaban inscritos en un diamante, esconderlo entre el tesoro habría sido una idea astuta.

Sin embargo, no cabían muchos secretos en una piedra preciosa. Algunas de las gemas eran increíblemente grandes, pero no había espacio para grabar más que unas cuantas palabras.

:Sería más fácil si sencillamente lo robaras y nos lo trajeras.

:¡No pienso robar esa caja llena de oro! Incluso si no fuera un trasto grande, horrible y demasiado pesado. Sabemos que los Servidores pentadrianos lo quieren. Cuando llegara a la costa, tal vez tendría a la mitad de los Servidores de Ithania del Sur pisándome los talones. Y quizá no encontraría un barco para...

:Emerahl. Despierta. Ha ocurrido algo. El traidor ha...

De pronto, Emerahl oyó una voz. La voz de Barmonia. Estaba gritando. Emergió del sueño al instante y recuperó un estado de conciencia plena.

—¡... maldito ladrón, hijo de una ramera! ¡Te sacaré las entrañas con mis propias manos y se las daré...!

Emerahl se levantó, se envolvió en una manta y salió a toda prisa de su tienda. Los gritos procedían del lugar donde estaban los aremes y los criados. Las palabras de Barmonia retumbaban en la serenidad de la noche. Kereon y Yazir se hallaban de pie junto a la hoguera, el primero refunfuñando y el segundo mirando con los ojos abiertos como platos. El mayor de ellos vio a Emerahl y le hizo una seña en dirección a la tienda de Barmonia.

La colgadura de la entrada estaba abierta, y se entreveía un estropicio en el interior. En el suelo había un objeto hecho añicos: el manuscrito.

—Destrozado —dijo él.

Emerahl maldijo para sus adentros. Barmonia había protegido con tanto celo el manuscrito, insistiendo en estar presente cuando alguien lo estudiaba, que ella había dado por sentado que estaría a salvo.

«¡Soy una estúpida! —pensó—. Los Mellizos se pondrán furiosos».

Los gritos cesaron, y de la penumbra surgieron dos figuras. Mikmer y Barmonia discutían.

—... cruzado con él en la oscuridad. Podemos ir en su busca cuando salga el sol —decía Mikmer.

—Ocultará sus huellas en cuanto se percate de que le seguimos el rastro. Voy a encontrar a ese traidor criado por una meretriz...

Barmonia se quedó paralizado al ver a Emerahl y cerró la boca. Ella intentó disimular la gracia que le hacía la escena.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Yazir con voz débil y asustada.

—Ray ha destrozado el pergamino —refunfuñó Barmonia—. Los criados dicen que ha cogido un arem y se ha largado.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

«Hace unos minutos —dedujo Emerahl—. Sin duda Ray lo ha decidido mientras hablaba con los Mellizos sobre el pergamino. Si lo hubiera planeado con antelación, ellos lo sabrían».

—¿Llevaba algo consigo? —preguntó Kereon.

—Una mochila y una alforja grande —respondió Mikmer. Frunció el ceño cuando Barmonia corrió a su tienda—. ¿Por qué?

De la tienda del líder llegó un rugido. Barmonia salió con la cara enrojecida de rabia.

—Se ha llevado el tesoro.

Un leve escalofrío recorrió a Emerahl. «Si tengo razón y los secretos están en un diamante oculto en el tesoro...».

No le sorprendió que Ray hubiera robado las joyas. Iba a necesitar dinero, ya que los Pensadores dejarían de considerarlo uno de los suyos en cuanto se difundiese la noticia de su traición. Lo que no tenía sentido era que hubiera destruido el manuscrito, cuando se suponía que debía hurtarlo.

¿Había llegado a la conclusión de que el secreto estaba guardado en el tesoro?

El pergamino no iba a ir a ninguna parte. Si era posible restaurarlo, los Pensadores lo harían. Ella no necesitaba quedarse a aguardar a que esto ocurriera.

«Lo que importa es recuperar el tesoro».

—No podemos esperar hasta el amanecer —gruñó Barmonia.

—Deberíamos separarnos, llevarnos un par de criados cada uno y salir en distintas direcciones —propuso Kereon.

Mikmer exhaló un suspiro y asintió.

—Yo iré por el norte. Alguien debería quedarse aquí a custodiar lo que queda del manuscrito.

Barmonia estaba pensativo.

—No tiene sentido enviar a Yazir. Y más vale que me quede. —Se dirigió a Kereon y a Mikmer—. Traedlo aquí. Yo me encargaré de él.

Los dos hombres asintieron y se alejaron a toda prisa. Emerahl los oyó gritar órdenes a los criados.

—Yo también puedo ir —se ofreció ella.

Barmonia le dedicó una mirada dura, desconfiada.

—No. Podría ser peligroso.

Ella sonrió débilmente.

—Lo dudo.

—No. Te necesito aquí.

—Ya he traducido el manuscrito —protestó—. ¿Qué más quieres que haga?

—Quédate donde te pueda ver —respondió él—. Para serte sincero, no me fío de ti.

Ella se encogió de hombros.

—Muy bien. Volveré a la cama entonces.

—Quédate cerca de la hoguera —le ordenó él.

Emerahl vaciló. Tuvo la tentación de marcharse; él no podría retenerla. Pero cabía la posibilidad de que aún quedara algo importante relacionado con el manuscrito. Quizá convenía que siguiera llevándose bien con él.

De entre las sombras salió un criado. Les comunicó que habían visto una luz avanzar por el camino que conducía a las tierras bajas.

«Una luz, ¿eh? Dudo que Ray sea lo bastante estúpido para llevar un farol encendido, teniendo en cuenta que cuando salga la luna habrá una claridad más que suficiente. Lo más probable es que haya atado una lámpara a un arem y le haya dado una buena palmada para que se alejara en dirección a las tierras bajas. Él habrá tomado la dirección contraria, hacia Glymma y su recompensa».

Un poco de exploración mental lo confirmaría.

Con un falso suspiro de exasperación, Emerahl se acercó a la hoguera consumida, se tumbó en una de las esteras y se tapó con la manta.

Yazir y Barmonia regresaron a sus tiendas. Ella oyó a Barmonia murmurar algo sobre el manuscrito y la posibilidad de salvarlo. Pronto estaría demasiado distraído para verla escabullirse.

Entonces ella recogería sus cosas, montaría en un arem y se pondría en marcha tras el traidor y los objetos robados.

Auraya se dejaba llevar en el trance onírico, sola. Bajo el Santuario, dos siyís aguardaban su liberación. En menos de dos días, ella huiría de Glymma y de Nekaun.

En algún lugar, en una habitación más cercana, el cuerpo de Mirar descansaba mientras su mente exploraba los pensamientos de otros. Notó con

alegría que la recorría una oleada de afecto y anhelo. Al principio, bajo la personalidad de Leiard, había sido su mentor, y más tarde su amante. En Si se había convertido de nuevo en un maestro, después en un enemigo. Ahora era un aliado oportuno. Una mano tendida. Un amigo.

«Me gusta —pensó—, y no porque me recuerde a Leiard. Como no puedo verlo, mis ojos no me hacen creer que hablo con él. A veces percibo algo de Leiard en su manera de expresarse en las conexiones oníricas, pero en general soy consciente de que hablo con otra persona.

»Mirar. El enemigo de los dioses —pensó Auraya con ironía—. También lo es Jade, pero eso no me impidió apreciarla una vez que la conocí. ¿Debo odiar a todos los que ellos odian para que me consideren leal?

»No pueden forzarme a sentir amor por alguien. ¿Sucede lo mismo con el odio?».

Era una pregunta interesante, pero aún le quedaba mucho por hacer. Había estado explorando mentes cada noche desde que Mirar lo había sugerido. Poco a poco, ambos habían reunido suficiente información para confirmar que los pentadrianos habían enviado Servidores a todos los países de Ithania del Norte con el cometido de instalarse allí y convertir a los habitantes de la zona. Los Blancos habían conseguido descubrir y frustrar la mayoría de los intentos, incluido el más sonado, en Dunway.

Proyectó sus sentidos, buscando la mente más cercana, pero de pronto se detuvo, sorprendida.

No muy lejos de allí, la magia en el aire vibró con unas voces alteradas.

:... pasa cuando no consultas a los demás.

:Lo consulté.

:Hablamos de ejercicios y maniobras, no de la movilización de todo un ejército.

:Movilizar con rapidez un ejército requiere práctica.

La voz defensiva pertenecía a Huan, mientras que el acusador era Saru.

:También alimenta las expectativas y...

«He topado con otra conversación de los dioses —comprendió Auraya—. Chaia me advirtió que podían descubrirme. Debería dejar de escuchar y...».

:¿De verdad crees que se tragará una excusa tan pobre? —inquirió la voz de un hombre mayor. Lore. Auraya vaciló, asombrada al comprobar que,

aparte de Chaia, otros dioses plantaban cara a Huan—. *Los circulianos se empiezan a preguntar si sabemos lo que hacemos.*

:Algo de lo que no se me puede culpar —alegó Huan—. Yo no di la orden de desmovilizarlos.

:¿Qué pretendías que hicieran sino terminar los ejercicios y volver a casa?

Chaia era quien había formulado la pregunta. A Auraya se le alegró el corazón al oír su voz.

:¿Realizar más ejercicios, tal vez? —sugirió Huan—. Es una lástima que ordenaras su desmovilización. Les habría venido bien un poco de entrenamiento.

:Un entrenamiento que sabías que los pentadrianos descubrirían — señaló Lore—. No puedes fingir que ignoras las consecuencias.

:Habrían matado a Auraya —afirmó una voz queda femenina. Solo podía tratarse de Yranna—. Y se habría restablecido el equilibrio.

:No, se habría inclinado en favor de los pentadrianos —repuso Lore—. Tienen a Mirar.

:Que no luchará, les recordó Saru.

Huan hizo caso omiso del comentario.

:Nunca hemos estado en mejor situación para librarnos de él también, declaró ella.

:Si lo único que te preocupa es el equilibrio, podemos ordenar a Auraya que se mantenga alejada de cualquier batalla.

:¿Y obedecería si los circulianos fueran perdiendo?

Aunque los dioses se enzarzaron en una discusión sobre si se podía confiar en ella o no, Auraya empezó a dar vueltas en la cabeza a la afirmación de Huan de que la situación era óptima para librarse de Mirar. ¿Cómo podía serlo, si él se hallaba en el centro de poder de los pentadrianos? Tal vez había un asesino al servicio de los Blancos allí. En tal caso, ¿cómo había conseguido pasar desapercibido para las Voces? ¿O no sabían para quién trabajaba?

:Auraya no es la razón por la que los circulianos irán a la guerra, bramó de pronto Huan.

«¿A la guerra?». De súbito, Auraya lamentó haberse distraído. ¿De

verdad iban a atacar a los pentadrianos o simplemente hablaban de posibilidades?

:No irán a la guerra —replicó Lore—. Un par de conspiraciones para convertir a los circulianos no es motivo suficiente para invadir otro continente.

Auraya se sintió aliviada.

:Los Blancos solo irían a la guerra si se lo ordenáramos, convino Saru.

:¿Y bien?, inquirió Yranna con voz serena.

:No está bien interferir —dijo Lore con firmeza—. La decisión la deben tomar ellos mismos.

:No veo por qué no podemos influir en ella —arguyó Saru—. La última vez la iniciativa fue de un mortal. ¿Por qué no puede ser nuestra esta vez?

:Solo lo consentiré si no involucramos a Auraya, dijo Chaia.

:Estúpido —espetó Huan con desprecio—. Si por ti fuera, volveríamos a los viejos tiempos, cuando el mundo estaba lleno de dioses y ninguno de nosotros podía hacer nada sin que los demás lo espieran.

«Espiar...». Al recordar la advertencia de Chaia de que no los espicara, Auraya procedió a desconectarse de mala gana de la discusión de los dioses, que volvía a acalorarse.

:... se lo voy a decir...

:Una vez que...

:Yo no...

Mientras las voces se extinguían, recuperó la conciencia y abrió los ojos. Repasó mentalmente algunos fragmentos de la conversación. Había mucho sobre lo que cavilar. Enumeró para sus adentros los puntos clave.

«Los dioses quieren ir a la guerra. Sencillamente no se ponen de acuerdo sobre el momento oportuno y los actores.

»Para ser seres que no han tenido reparo en romper sus propias reglas con tal de matar a Mirar, están sorprendentemente preocupados por que la guerra sea una contienda justa entre iguales.

»Chaia me sigue defendiendo. De hecho, al parecer ha aceptado apoyar la contienda a cambio de que me dejen fuera de ella.

»Mirar no está tan seguro en Glymma como él cree».

Si se lo advertía, ¿se estaría aliando con el enemigo de los dioses?

¿Tenía eso importancia?

Lu no se había sentido tan cansada desde... que había dado a luz a Ti. Como en aquella ocasión, no podía dormir pese a su agotamiento. Si en aquel entonces había pasado la noche en vela debido a la preocupación por Ti, que había nacido débil y enfermizo, ahora estaba inquieta por toda su familia.

Se volvió hacia Dor, su esposo, que contemplaba el cielo nocturno con el ceño fruncido. Tenía el pómulo hinchado y ennegrecido. Había recibido un golpe de uno de los guerreros, harto de los intentos de Dor por convencerlo de que los dejara marchar.

«Es como intentar convencer a las estrellas de que bajen. “Guerreros y criados por igual, todos seguimos a ciegas nuestras reglas y tradiciones”. Es lo que habían dicho los pentadrianos. —Arrugó el entrecejo—. Según ellos, podrían introducir reformas en Dunway, pero nada cambiará mientras los clanes no lo quieran. Prefieren que todo siga igual».

—Todo por su culpa —dijo alguien cerca. Otra voz murmuró una respuesta en tono defensivo.

Los aldeanos y recién llegados habían mantenido disputas en voz baja desde que los guerreros les habían ordenado que se acostaran a dormir. Ella había escuchado los argumentos y las acusaciones, los temores y anhelos. Al mismo tiempo se habían oído sollozos débiles procedentes de todas las direcciones, y el viejo Ger había empezado a toser otra vez.

—¿... a quién creemos? ¿A ella o a ellos? —dijo una voz que Lu atribuyó a Mez, el herrero.

—Ella conoce la verdad. Tiene poderes. Sabe leer la mente —respondió alguien. Era Pol, un granjero.

—Podría estar mintiendo.

—¿Por qué habría de mentir?

—Porque no le interesa que los extranjeros intervengan y mejoren la situación de los pobres. Ha llegado a un acuerdo con I-Portak para que él y sus guerreros conserven el control.

—Los dioses la eligieron —dijo Pol—. Aún soy devoto del Círculo.

—Esto nunca habría pasado si contáramos con un sacerdote propio —se

lamentó Roi, la mujer del panadero.

Nadie habló por unos instantes. Ger dejó de toser.

—Da igual —añadió él con voz ronca—. No le importamos a nadie. Ni a los recién llegados, ni a los guerreros, ni a los Blancos. Si les importásemos a los recién llegados, se habrían marchado a casa en lugar de ocasionarnos problemas.

—Intentábamos mejorar las cosas —interrumpió otra persona. Lu reconoció la voz de Noenei. Lu siempre había admirado la dignidad y serenidad de esta mujer. Pero ahora que se dirigían a Chon para ser juzgados, dichas cualidades perdían todo su valor.

—No deberíais haber traído a los criados —le recriminó Roi—. Eso atrajo su atención.

—Solo... solo queríamos ayudarlos.

—Pues no lo habéis conseguido. Fíjate en qué situación nos habéis puesto. Vamos a morir porque no supisteis dejarlo cuando debíais.

Se impuso otro silencio.

—¿Por qué no renegasteis de vuestros dioses para rendir culto a los nuestros? —preguntó con rabia alguien desde lejos—. Ni uno de vosotros se hizo circuliano, pero muchos de nosotros nos hicimos pentadrianos. Creo que si de verdad hubieseis querido ser dunwayanos, os habríais convertido.

La respuesta llegó de otro forastero, situado demasiado lejos para que Lu entendiera sus palabras.

—Vuestros dioses no os están ayudando ahora, ¿verdad? —dijo una mujer con acritud—. Tampoco nos están ayudando a nosotros. ¡Ojalá no hubieseis venido nunca!

Otros se mostraron de acuerdo. La tos de Ger se tornó más ruidosa. Se lanzaron más acusaciones. De pronto, había una multitud hablando a gritos. El aire estaba cargado de rabia y miedo contenidos. Alguien se puso en pie de un salto, y Lu se encogió al advertir que propinaba una patada brutal a una persona a quien ella no alcanzó a ver. Sonó un alarido de dolor seguido de varias exclamaciones de protesta, y la gente empezó a levantarse, unos para golpear a los forasteros, otros para apartarse.

Lu cogió a Ti y se volvió hacia Dor, pero este había desaparecido. Miró en torno a sí con el corazón en un puño.

—¡BASTA!

La intensidad de una luz la cegó. Ti empezó a lloriquear.

—¡NADA DE PELEAS!

La voz era de la Blanca. Poco a poco, Lu empezó a recuperar la visión. Pestañeando, sujetó a Ti contra el pecho mientras buscaba a su esposo. Unos guerreros marchaban campo a través vociferando órdenes.

—¡Pentadrianos a la derecha, circulianos a la izquierda! —gritó uno de ellos.

«Nos están separando —advirtió Lu—. ¿Dónde está...?».

Dor emergió de la muchedumbre con el rostro tenso a causa de la rabia contenida. Ella corrió hacia él y notó que su expresión se suavizaba. Suspiró aliviada cuando él la abrazó. Luego reparó en la sangre en sus nudillos. Lo miró de forma inquisitiva.

Él esbozó una sonrisa forzada.

—Un golpe de suerte —dijo—. Después ya no me he podido acercar. Nadie podía. En su mayoría son hechiceros.

—¿Hechiceros? —repitió ella.

—Sí —respondió él con resignación—. Creo que la Blanca tiene razón. La gente común puede poseer unas cuantas habilidades, pero ninguna comparable a las que he visto. Nos han engañado, Lu.

Lu bajó la vista hacia Ti, que lloraba a lágrima viva con la carita inclinada hacia atrás, y luego la dirigió hacia los forasteros —mejor dicho, pentadrianos— que en ese momento se instalaban en el otro extremo del campo. Experimentó un sentimiento nuevo para ella.

Odio.

Le desataron las muñecas. Le dieron un odre de agua y un paquete con comida. Sreil se volvió para mirar a Auraya. Su desazón por ella, y por el sacerdote que había quedado solo abajo, era tan intensa que a Auraya le dolió en el alma. Ella le sostuvo la mirada y percibió cómo sus pensamientos se desplazaban hacia los que habían sido liberados antes que él. Sreil inclinó la cabeza, se volvió y saltó al vacío.

Con gran alivio lo observó alejarse volando. Aún iba a tener que sobrevivir la larga travesía a casa, pero las posibilidades de volver a mirar a la cara a la portavoz Sirri sin un profundo sentimiento de culpa y dolor habían mejorado. No sabía cómo hacerlo, si el hijo de Sirri no conseguía llegar a su destino.

«Solo queda un siyí —pensó, consciente de la presencia del hombre que estaba a su lado—. Si Nekaun tiene pensado hacerme algo, lo hará pronto».

—¿Qué me vas a enseñar hoy? —preguntó ella, volviéndose hacia la Voz. Él se encogió de hombros.

—Nada. Te he enseñado todo lo que hay cerca de la ciudad. He pensado que hoy podríamos relajarnos y conversar.

Auraya forzó una sonrisa. Le resultaba imposible relajarse a su lado. Bajaron al interior del edificio y enfilaron por un pasillo. Ella ya se había familiarizado con algunas partes del Santuario. Casi nunca perdía su sentido de la orientación. Cuando ascendieron unas cuantas plantas, su curiosidad

empezó a crecer.

Al llegar al final de un corredor, Nekaun la condujo por un par de puertas de dos hojas hasta una zona grande y ventilada. Unos criados aguardaban dentro.

—Estas son mis habitaciones privadas —señaló él. Luego habló en avveniano a los criados, que se marcharon deprisa. Nekaun abrió un par de puertas de madera que daban a un balcón—. Salgamos —dijo—. Es un lugar agradable para sentarse a hablar, sobre todo en un día como este, en que la brisa fresca alivia el calor del verano. He pedido comida y bebida.

Auraya lo siguió al exterior. En el balcón había unas sillas de junco trenzado. Sobre la mesa, una jarra de vidrio soplado junto a dos copas de elaborada artesanía. Nekaun sirvió agua en las copas y extendió una a su huésped.

Auraya se sentó y bebió con cautela. Nekaun se acomodó en una silla frente a ella.

Turaan se situó a cierta distancia de ambos. El Acompañante no hablaba mucho últimamente, y a menudo ella se olvidaba de que estaba allí con ellos. Si bien al principio Nekaun se expresaba más que nada en su idioma, dejando que Turaan lo tradujera, ahora hablaba en haniano. Sin embargo, el Acompañante permanecía cerca para que Nekaun le preguntara por las palabras que aún desconocía.

Auraya siempre esperaba a que le hablaran en haniano, pese a saber que ya habían descubierto que podía leer la mente. Mientras las Voces fingieran no saberlo, ella haría exactamente lo mismo.

—Entonces ¿qué piensas de mi hogar ahora que lo conoces? —le preguntó Nekaun.

—El Santuario es agradable —respondió ella.

Él sonrió.

—¿Y la ciudad?

—Próspera. Ordenada. Ojalá Jarime hubiera sido planeada con tanta previsión.

—Uno no planifica, salvo que sea necesario. Hania no es tan seca como Avven. ¿Y qué opinas de mi gente? ¿Qué impresión tienes ahora?

—Sigo pensando lo mismo. La gente es bastante parecida en todas partes.

Aman y odian. Siguen tradiciones buenas y malas. Trabajan, comen, duermen, crían hijos y lloran a sus muertos.

Nekaun arqueó las cejas.

—Sin embargo, no les tienes el mismo aprecio que a los siyís.

—Los siyís no me odian. Tu gente, sí.

—Mmm. —Inclinó la cabeza afirmativamente—. Pero no lo supiste hasta que llegaste aquí.

—No, pero me lo podía imaginar. Me habría engañado de haber creído que me iban a recibir con los brazos abiertos. Tu pueblo tiene suficientes razones para odiarme.

A Nekaun le brillaron los ojos.

—Podrías cambiarlo —murmuró—. Si te quedaras aquí. Tienes la oportunidad de ganarte su estima.

—¿Y ganarme el odio de mi gente? —preguntó ella.

—Ah, ¿eso piensas? Si consiguieses establecer una paz duradera entre nuestros pueblos, todos te querrían. Es posible que no sea fácil, pero si triunfas...

Auraya desvió la vista hacia la ciudad que se extendía varios metros más abajo. La visión de Nekaun era poderosa y tentadora. Como Blanca, había sido conocida por su habilidad para unir a la gente. Sus sugerencias ingenuas habían permitido liberar a su pueblo de los dunwayanos que lo habían secuestrado. Sus conocimientos profundos sobre los tejedores de sueños le habían permitido establecer una alianza con los somreyanos y estimular la tolerancia y la cooperación entre los sanadores y los circulianos. Su empatía y amor por los siyís habían llevado la unión entre los hombres alados y los circulianos. Conseguir la paz entre estos últimos y los pentadrianos parecía el siguiente paso lógico.

Pero ella ya no era una Blanca. Y, lo que era aún más importante, ya no contaba con la plena confianza de los Blancos. Un negociador necesitaba que las partes confiaran en él.

Luego estaban los dioses. Jamás conseguiría implantar la paz entre circulianos y pentadrianos con Huan trabajando en su contra. Jamás lo conseguiría a menos que los dioses quisieran la paz. Todos ellos.

«No habrá paz mientras el Círculo no decida aceptar a los dioses

pentadrianos».

Cuando reparó en ello, se le heló la sangre. La paz no estaba en sus manos, ni en las de ningún mortal o inmortal. Los mortales permanecerían indefensos mientras los dioses siguieran enfrentándose entre sí.

Y mientras los utilizaran como herramientas y armas. «¿Por qué nos tienen que involucrar? —pensó al tiempo que se le alteraba la sangre—. ¿Por qué no pueden resolver sus diferencias y dejarnos tranquilos? Pierden acólitos en las guerras. Sin duda les iría mejor si hicieran las paces».

De lo que había oído decir a Huan, dudaba que la diosa pudiera superar su odio mezquino para sentarse a negociar con los dioses pentadrianos. Y de las conversaciones de los Cinco se deducía que su propia alianza no era tan sólida como querían que creyeran los mortales.

Nekaun se acomodó en su asiento, llamando su atención. Ella sintió una inesperada simpatía. Él no podía ver que su ambición era desmesurada.

—Ojalá fuera posible —le dijo ella—. Pero yo no puedo ser la pacificadora. A menos que así lo quieran todos los dioses.

—Mis dioses podrían apoyarte. ¿Y los tuyos?

Ella torció el gesto.

—No lo sé.

Él miró hacia la habitación. Unos criados habían entrado con platos de comida. Los llevaron al balcón y los colocaron sobre mesas bajas. Nekaun cogió un puñado de nueces y empezó a masticarlas mientras aguardaba a que los sirvientes se marcharan.

—¿Hay algo que te pueda ofrecer para convencerte de que te quedes? —preguntó cuando finalmente salieron.

Auraya vaciló. Tan pronto le dijera que no había nada que la retuviera allí, él no tendría ninguna razón para mantener su promesa de dejar libre al siyí. Ninguna razón excepto la promesa que le había hecho.

—Aunque sea un poco más —dijo él—. ¿Unos meses?

Ella meneó la cabeza.

—Si consigues establecer la paz que buscas, me plantearía volver a visitar Glymma.

Él sonrió.

—Hay algo que puedo ofrecerte, aunque es demasiado pequeño a cambio

de cualquier cosa excepto de un retraso de tu partida.

La mente de Turaan cobró vida de pronto a la espera de un nombre. Auraya consiguió reprimir una sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Mirar. —Nekaun agitó una mano—. Su muerte se puede arreglar. Incluso se pueden hacer los arreglos para que lo mates tú misma, si prefieres.

Auraya se permitió una risita breve.

—Discúlpame, pero por un momento me he preguntado si estabas interesado en convertirte a la religión circuliana.

Él parecía desconcertado.

—¿Por qué?

—Es algo que complacería enormemente a mis dioses.

—Ya veo. Y tu permanencia aquí no.

Ella se encogió de hombros.

—Mientras no indiquen lo contrario, es lo que tengo que asumir.

Él asintió.

—Entonces solo puedo esperar que indiquen lo contrario. —Nekaun cogió otro puñado de nueces y comió en silencio. Auraya aprovechó la oportunidad para probar con cautela la fruta deshidratada.

En la habitación se cerró una puerta. Nekaun alzó la vista y arrugó el entrecejo. Un Servidor salió, ansioso, al balcón. Dijo algo atropelladamente. Al leer su mente, Auraya se quedó helada.

Nekaun se volvió hacia ella.

—Me temo que el último siyí ha caído enfermo. Es poco probable que pueda volar mañana al amanecer.

Ella se puso en pie.

—Llévame a donde está él.

Él asintió y se incorporó.

—Por supuesto. Vamos.

La mañana confirmó lo que la noche había presagiado: Avven era casi un desierto. El alba había teñido el erosionado paisaje de hermosos tonos, pero, una vez en lo alto, el sol había arramblado con el color. El aire era seco y

estaba cargado de polvo. La vegetación se aglomeraba en torno a la fuente de agua o se extendía rala por el terreno rocoso, raquíta y pertinaz.

El único camino para salir de Sorlina se internaba en un barranco profundo siguiendo el estrecho río que una vez había abastecido de agua a la ciudad. Emerahl había cabalgado toda la noche a trote sostenido. Por la mañana, la garganta y el río habían quedado atrás, y el camino serpenteaba entre extraordinarias formaciones rocosas.

Percibía triunfo y júbilo más adelante. A veces se alejaba de su objetivo, a veces tenía la sensación de estar cada vez más cerca. Ray presionaba a su arem, pero luego se detenía para descansar cuando el animal ya no daba más de sí. No era lo bastante estúpido para matarlo. Sus perseguidores le darían caza con facilidad. Además, recorrer a pie esas tierras cálidas y secas sería penoso y posiblemente mortal.

Emerahl había cogido su odre de agua al escabullirse del campamento de los Pensadores, pero solo le duraría un día en ese calor. Esperaba encontrar fuentes de agua a lo largo del recorrido. Si los aremes eran comunes en esa ruta, debía de haber un pozo para ellos. Pero ella no sabía con certeza si los viajeros aún utilizaban ese camino. No había visto a ninguno cruzando la ciudad en dirección a las tierras bajas, y la ciudad misma solo podía atraer al visitante ocasional.

«Ray no habría seguido esta senda de no estar seguro de poder llegar a Glymma —se dijo—. Es un traidor codicioso, pero no es ningún imbécil».

La larga travesía nocturna había agotado a Ray, y sus emociones ya no eran tan perceptibles como antes. Sin embargo, las huellas de su arem en el camino polvoriento eran más fáciles de seguir. Estaba cansada, y ahuyentar el sueño era más difícil si además la acompañaba la fatiga del arem. Quería contar a los Mellizos lo que había pasado, pero dudaba que pudiera despertarse después de una conexión onírica.

«Me pregunto si puedo echar una cabezada mientras cabalgo. Podría intentarlo. Sabré que he fracasado al caer al suelo... No, debo mantenerme despierta en caso de que los rastros...».

Detuvo al animal. Delante de ella, la superficie del terreno era lisa. Ni el menor rastro.

Se volvió sobre la montura y miró hacia atrás. No muy lejos de allí avistó

unas pisadas que abandonaban el camino. Dio media vuelta y echó a galopar en esa dirección. Las huellas conducían a un afloramiento rocoso.

Buscó con la mente y se sintió levemente aliviada. La debilidad de la señal que captó sugería que la fuente estaba durmiendo. Emerahl sonrió.

Se apeó con dolor. Reprimió un quejido, se masajeó las piernas y el trasero, y se estiró con cuidado. Llenó un cuenco de agua y lo encajó entre unas rocas para el arem.

Abandonó el sendero y caminó lentamente hacia la masa rocosa intentando reducir al mínimo el ruido producido por sus pisadas en el suelo pedregoso. El afloramiento era del tamaño de una casa. Emerahl le dio la vuelta hasta llegar a la parte en la que se proyectaba la sombra, se detuvo y sonrió.

Ray yacía dormido sobre una manta. Su arem estaba en pie con la cabeza inclinada y la rienda atada a la cintura del hombre. Sobre el lomo del animal había una silla de montar y unas alforjas.

«Una medida de precaución —pensó ella—. En caso de tener que huir deprisa. Pobrecillo. Ese tesoro debe de ser pesado».

Invocó magia, se rodeó de un escudo protector y echó a andar hacia ellos. El animal retrocedió unos pasos, y la rienda tiró de la cintura del hombre. Ray se levantó torciendo el gesto y se frotó los ojos. Emerahl sonrió. «No es agradable que te despierten cuando estás cansado».

—Saludos, Raynora —dijo ella, plantándose a unos pasos de él.

Él parpadeó, cruzó las piernas y exhaló un suspiro. Estaba visiblemente consternado. Ella también percibió frustración. Él era consciente de que ella era una hechicera y de que, por tanto, no iba a poder hacer nada por detenerla.

—Emmea. Me lo tendría que haber imaginado. Barmonia estaba tan ansioso por deshacerse de ti. ¿Estás aquí para matarme o para arrastrarme de vuelta al campamento?

—Ninguna de las dos cosas. No me ha enviado Bar —replicó—. Me ha ordenado que me quede y ha mandado a Mikmer y Kereon en tu busca. Por supuesto, han caído en tu trampa. Han salido a toda prisa en dirección a tu arem señuelo.

Él esbozó una sonrisa tensa.

—Pero tú no.

—Claro que no. —Emerahl se encogió de hombros—. Sé adónde te diriges y para qué. Todo este tiempo he estado al tanto de tu misión.

—¿Cómo? No sabía si la aceptaría hasta ayer por la noche.

Ella se limitó a sonreír.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Por qué no se lo dijiste a los otros?

—¿Crees que me habrían creído?

Ray negó con la cabeza.

—No. Si estabas al tanto de mi misión, ¿por qué no impediste que destrozara el manuscrito? —Abrió unos ojos como platos—. Querías que lo destruyeran, igual que los Servidores.

Ella soltó una risita.

—No. El manuscrito me da igual. Es horrible, realmente. No vale el oro del que está hecho. Jamás habría conseguido sacarlo del país. No, quiero aquello a lo que apunta. —Volvió la cabeza hacia las alforjas.

Él siguió la dirección de su mirada, y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Ah.

—Sí. Exótico. Antiguo. Relativamente hermoso. —Se acercó al arem y le acarició el hocico—. Y ahora no tengo que compartirlo.

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿Te espera una recompensa? —Se desplazó hacia las alforjas y abrió la que parecía más abultada y pesada. En su interior, oro, plata y piedras preciosas formaban una maraña de cadenas y bagatelas. Introdujo la mano y revolvió los objetos buscando con exiguo entusiasmo algo extraordinario, aunque sin saber qué. Algo que contuviera un...

¡Diamante! La gema era impresionantemente grande y estaba engastada en una extraña montura de plata. La extrajo y la examinó. El engaste estaba cubierto de jeroglíficos. Al mirar la piedra, el corazón le dio un vuelco cuando vio marcas diminutas en ella.

«¡Esto es lo que buscaba! —pensó—. ¡Lo sé!».

Soltó la cadena de la que colgaba el diamante y se la llevó al cuello. Ray permanecía sentado con la cabeza sepultada entre las manos. Cuando ella se acercó para cerrar la alforja, algo verde llamó su atención: una enorme esmeralda en una gruesa cadena de oro. La separó del resto. Luego cerró el

talego, lo levantó y se lo colgó del hombro.

—Ray.

Él alzó la vista.

—Atrápala.

Le lanzó la esmeralda. Esta cayó con precisión en sus manos.

—¿Para qué es esto? —preguntó él.

—Un recuerdo.

Él exhaló un suspiro. El cansancio y la resignación mitigaban su cólera. Después de dormir una noche y de haber tenido tiempo para pensar, esa rabia podía impulsarlo a seguirla, pensó Emerahl. A menos que le diera alguna razón para no hacerlo. Echó a andar hacia el sendero y entonces se volvió como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿Te pidieron los pentadrianos que destruyeras el manuscrito o los secretos que contiene?

Ray se encogió de hombros.

—Oh, Ray —dijo ella sonriendo—. Has sido el único que me ha tratado bien. Ojalá no fueras tú... Me sabría mal que, después de todo, no recibieras tu recompensa. ¿Sabes que Barmonia envió una copia del manuscrito a Hannaya?

Los ojos de Ray se abrieron como platos, y ella percibió en él una oleada de ansiedad.

—Buena suerte —le deseó. Se volvió, pasó la pesada alforja al otro hombro y se dirigió a su arem.

«Más vale que no me haya equivocado con este diamante —pensó—. Pero apostarí a que estoy en lo cierto respecto al manuscrito. Es muy probable que haya enviado una copia a la ciudad. Barmonia no es ningún estúpido. Más de una copia, seguramente».

Eso esperaba, ya que era posible que el manuscrito contuviera pistas más importantes. Los Mellizos se pondrían furiosos si Ray conseguía destruir todas las copias y el presentimiento de Emerahl sobre el diamante fuera errado.

Cuando Nekaun y ella abandonaron el balcón, Auraya buscó la mente del sacerdote siyí. Le tomó un tiempo encontrarlo y, cuando lo hizo, descubrió por qué. Teel estaba semiinconsciente y aquejado de un dolor intenso.

Si bien Nekaun caminaba deprisa, ella deseaba que lo hiciera más rápido. Incluso que corriera. Sin embargo, al mismo tiempo no podía evitar recordar que Teel era el único siyí que no le había caído bien. Su santurronería y su fanatismo alentados por Huan habían hecho mella en sus nervios durante la travesía hasta allí. Pero no hasta el punto de desearle dolor y sufrimiento al joven.

Llegaron a la parte vieja del Santuario y enfilaron por el camino que conducía a la sala donde se encontraba el último cautivo. Los Servidores que vigilaban la última verja la abrieron apenas los vieron aparecer. En el interior aguardaban otros dos Servidores, un hombre y una mujer, atentos a un siyí recostado junto al enorme trono. En sus pensamientos ella percibió desconcierto y preocupación. No sabían qué era lo que afligía al hombre alado. Cuando vieron entrar a Nekaun y a Auraya, se apartaron. Ella invocó magia, se cubrió con una barrera y se acercó al siyí. Se acuclilló a su lado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Nekaun.

Los Servidores respondieron a la vez, luego la mujer se quedó callada. Auraya apoyó la mano en el pecho del siyí.

—Esta mañana parecía estar bien —explicó el Servidor—. Es extraño.

Hay un...

Nekaun alzó una mano para hacer callar al hombre.

—Auraya querrá hacer su propio diagnóstico —dijo él. Luego se dirigió a ella—: Continúa.

Ella cerró los ojos y serenó la mente tal como Mirar le había enseñado. No era fácil, pero la aflicción del cuerpo bajo su mano la absorbió. Lo que vio la asustó.

—Se está muriendo —dijo.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Nekaun.

Ella empezó a influir en el funcionamiento del cuerpo, dando energía al corazón del siyí, animando a sus pulmones a trabajar con más fuerza. Dondequiera que miraba, los órganos estaban fallando. Entonces detectó la causa. Algo que se originaba en el estómago.

«Lo han envenenado».

Auraya invocó más magia... y se sorprendió y horrorizó al ver que sus esfuerzos por sanar al siyí no daban resultados. Proyectó sus sentidos, intentó atraer todo el poder necesario, pero no obtuvo respuesta. De golpe, su conciencia abandonó al sacerdote y voló hacia fuera. Reconoció el vacío alrededor.

«Un vacío. Estoy en un vacío. Uno muy grande. Debí detectarlo antes, pero solo pensaba en Teel. Habrá que trasladarlo. Me pregunto si Nekaun sabe...».

Se le heló la sangre. Por supuesto que Nekaun lo sabía. ¿Cómo podía ignorarlo? Estaba dentro del Santuario, el hogar de las Voces.

«Una trampa. He caído como un niño inocente en ella».

De pronto, notó que él se estaba inclinando sobre ella. Auraya se desplazó un poco, se puso de pie y se volvió hacia él.

—Lo han envenenado —declaró ella.

Nekaun sonrió. No era la sonrisa encantadora a la que ella ya se había habituado, sino una sonrisa amenazadora, de superioridad. Se le aceleró el pulso.

Nekaun dio un paso hacia ella.

—Entonces no creo que podamos soltar a tu amigo siyí mañana.

Ella retrocedió. «Tal vez no sepa nada del vacío. Tal vez esté

malinterpretando su sonrisa...».

—¿Diste tú la orden? —preguntó ella.

—Sí. ¿Cómo si no te iba a traer hasta aquí? —Él miró por encima del hombro de ella. A Auraya se le hizo un nudo en el estómago cuando comprobó que los dos Servidores estaban de pie a su espalda. En sus mentes leyó las órdenes de la Voz Primera.

:Apresadla. No puede defenderse. Como habéis notado, no hay magia aquí.

Ellos no tenían idea de los planes de Nekaun, pero siguieron sus indicaciones. Unas manos la cogieron de los brazos. Ella intentó zafarse, pero los Servidores eran fuertes. Ambos eran Servidores guerreros, de los que se enorgullecían de su forma física tanto como de sus habilidades mágicas.

—Soltadme —les exigió Auraya.

Su orden les pareció divertida. No tenían la menor intención de obedecer.

Nekaun sonreía abiertamente, disfrutando del momento. El corazón de Auraya dio un vuelco cuando él se le acercó. «¿Es así como voy a morir? — se preguntó de pronto—. ¿Se llevará mi alma Chaia?». Buscó señales de proximidad de los dioses, pero no encontró nada. Nekaun se volvió hacia los Servidores.

—Detrás del trono encontraréis cadenas.

«¿Cadenas? —El corazón se le hinchó de esperanza—. ¡No tiene pensado matarme! A menos que quiera matarme poco a poco. ¿Cómo? ¿De hambre? ¿Un veneno de efecto lento? ¿O algo peor?».

La idea le asustó. Miró a Nekaun con intención de decirle algo para persuadirlo: una amenaza con la que asustarlo o una oferta difícil de rechazar. Pero su mente se negaba a pensar, y ella no conseguía articular ni una palabra. El corazón le aporreaba, y tensó los brazos como reacción instintiva ante la presión de las manos que la sujetaban. Invocó magia en vano. Un Servidor acercó las cadenas y las sujetó firmemente con pernos a los reposabrazos de la enorme silla.

—Sentadla en el trono —les ordenó Nekaun—. Ponedle unas manillas.

La Servidora extendió el brazo izquierdo de Auraya, luego el derecho, mientras el Servidor le colocaba las anillas de hierro en las muñecas. Cuando terminaron, Nekaun les hizo una seña para que se marcharan. Se acercó y

cogió la mano de Auraya. Ella protestó cuando él le arrancó el anillo de sacerdotisa.

«De todas formas, no funciona en los vacíos», recordó.

Él retrocedió unos pasos para mirarla.

—Ha sido muy fácil —dijo él, meneando la cabeza—. ¿Quién iba a imaginar que una Blanca, una ex Blanca, mejor dicho, resultaría tan fácil de atrapar?

Auraya apretó los dientes. ¿Acaso esperaba que ella le rogara e implorara? ¿Que le hiciera una oferta a cambio de su libertad?

«Pues vaya con la paz, las alianzas y las promesas solemnes».

—Juraste por tus dioses que no se me haría daño mientras permaneciera aquí —dijo ella en el idioma local para que la entendieran los Servidores—. ¿Cómo es posible que tú, la Voz Primera, rompas una promesa hecha en el nombre de ellos?

La sonrisa de Nekaun se esfumó, pero sus ojos seguían brillando.

—Lo puedo hacer —le dijo en tono grave—. Pero solo por orden de mis dioses. Me han dicho que haga esto. Del mismo modo que me ordenaron averiguar si podía convencerte para que te quedaras, y así como me advirtieron del inminente ataque de los siyís. —Se encogió de hombros—. Y también te mataré si ellos me lo piden. Ya te puedes poner a rezar para que no lo hagan. —Luego volvió a sonreír—. Por fin podré dedicarme de nuevo a un trabajo más interesante.

Nekaun dio media vuelta y salió de la habitación seguido por los Servidores y Turaan.

La procesión que se dirigía a Chon era un espectáculo triste. Delante, a pie, se desplazaban los pentadrianos, flanqueados por guerreros. Elar, Danyin, Yem y Gret iban después, en el platén cubierto. Los aldeanos caminaban detrás, rodeados de más guerreros. En una de las granjas habían conseguido un arem y un carro para llevar a los ancianos y a los niños.

Los pasajeros del platén cubierto apenas habían hablado. Gillen había intentado iniciar una conversación unas horas después de empezar la travesía, pero los demás prácticamente lo habían ignorado. Ofendido, se había sumido

en un resignado silencio.

Danyin miró a Yem. El joven guerrero mantenía una actitud digna y callada, tal como le correspondía al estar presente el líder de un clan. Gret parecía decidido a mostrarse malhumorado ante la humillación que suponía exhibir por todo Dunway la prueba de que una de sus aldeas había acogido a los pentadrianos. Elar se mostraba tan distante como lo había estado de camino al pueblo. Tenía su atención puesta en otro lugar. Su expresión variaba sutilmente de vez en cuando. Fruncía el ceño, suspiraba o sonreía sin razón aparente. Él sabía que estaba vigilando a los pentadrianos por si intentaban huir o atacar a los guerreros. Si bien los guerreros no estaban faltos de habilidades, ninguno de ellos era un hechicero poderoso y, por tanto, necesitarían su ayuda en caso de que los prisioneros se rebelaran.

Las colgaduras de las puertas del platén habían sido plegadas. Danyin habría apreciado el paisaje de no ser porque le remordía la conciencia al ver a los aldeanos que los seguían. Por si fuera poco, en ese momento oyó un débil golpeteo y reparó en que estaba lloviendo. ¿Cuánto tiempo tardarían en caer enfermos los empapados lugareños?

—Los guerreros de Scalar han llegado al pueblo más cercano —dijo Elar de repente—. Iremos a su encuentro allí y nos detendremos para descansar y aprovisionarnos.

Todos la miraron y asintieron. Gret frunció el entrecejo, dio media vuelta y observó la lluvia con desprecio.

Pasaron junto a una casa, y junto a otra varios minutos después. El platén descendió lentamente a un valle por un camino que discurría al borde de un río de aguas rápidas. De pronto, se vieron rodeados de casas, todas apiñadas en un recodo del río. En el camino y en los portales había personas observándolos.

Elar se volvió hacia Gret.

—¿Te importaría saludar a los scalarenses de nuestra parte?

La expresión de Gret se relajó un poco. Ella le estaba dando la oportunidad de aparentar que llevaba el control del grupo. Inclino la cabeza afirmativamente y se apeó del platén en movimiento. Danyin lo oyó ladrar órdenes.

El platén se detuvo poco después, y Elar descendió seguida de Danyin,

que echó un vistazo alrededor. Los pentadrianos habían sido conducidos a lo que al parecer era un patio de distribución del ganado. Gret y varios hechiceros dunwayanos vigilaban de cerca. Los aldeanos arrestados fueron amontonados bajo la amplia galería de un almacén. Un subordinado de Gret corrió hacia Elar en compañía de un hombre de espalda ancha y cabello cano.

—Este es Sin, el portavoz de los habitantes de esta aldea —dijo el guerrero—. Dice que tiene suficiente comida y sugiere que cojamos una parte para el viaje.

El hombre hizo la señal del círculo. Elar inclinó la cabeza.

—Eso haremos. Gracias.

Cuando los dos hombres se alejaron, Elar se dirigió hacia los scalarenses. Los guerreros hechiceros tenían un aspecto formidable con los uniformes azules y los tatuajes en la cara. Gret les presentó al líder, Wek.

Tras el intercambio de saludos, Elar se volvió para señalar con la cabeza al grupo de pentadrianos.

—Hay unos cuantos con dones poderosos —le advirtió—. Hasta ahora no nos han dado problemas.

Wek asintió.

—Tenemos órdenes de ejecutarlos de inmediato. —La miró a los ojos—. ¿Puedes confirmar que todos los hombres y las mujeres de ese grupo son pentadrianos?

—Lo son —dijo ella—. Todos, menos tres mujeres y un hombre, son de Ithania del Sur. Los cuatro dunwayanos se consideran pentadrianos plenamente convertidos.

Wek arrugó la nariz.

—¿Y los aldeanos?

—Algunos son culpables de ayudar a los pentadrianos; a otros se los acusa de negligencia, pues no denunciaron la presencia del enemigo. Unos cuantos, demasiado jóvenes o viejos para actuar por su cuenta, pueden ser perdonados.

Wek inclinó la cabeza afirmativamente. Cuando desistió de hacer más preguntas, a Danyin se le hizo un nudo en el estómago. Miró intensamente a Elar, pero ella no se dio por aludida. En lugar de ello, se volvió hacia Gret.

—Debo hablar contigo en privado.

Empezó a alejarse, se detuvo y se volvió para mirar a Danyin.

—Tú también, Danyin. —Por un instante, él tuvo la impresión de que Elar iba a sonreír, pero su expresión se volvió seria otra vez mientras se ponían fuera del alcance de los oídos de los demás—. Tengo que partir de inmediato hacia Chon —le dijo a Gret—. Danyin, tú vendrás conmigo, pero no los demás. Tengo que viajar ligera para llegar cuanto antes. —Hizo una pausa—. Os tengo que dar a ambos la mala noticia de que vamos a ir a la guerra. Los dioses han convocado a los Blancos en el altar. Han decidido hacer lo que deberíamos haber hecho desde el principio..., librar al mundo de esos hechiceros pentadrianos.

«Así que eso era lo que la había tenido entretenida en el platén —pensó Danyin de pronto—. ¡Estaba hablando con los dioses mediante una conexión con Juran o con algún otro Blanco!».

Gret arqueó las cejas sorprendido, y en sus ojos apareció un brillo de expectación. Danyin conjeturó que el hombre podía beneficiarse de aquel giro de los acontecimientos. Puede que hubiera amparado a pentadrianos sin saberlo, pero ahora se le presentaba la oportunidad de restablecer su honor. Y no tendría que pasar por la vergüenza de acompañar a los aldeanos a Chon.

—Iré contigo, Elareen la Blanca —se ofreció Gret—. ¿Cuándo partiremos?

Ella sonrió secamente.

—En cuanto encontremos un platén y aremes descansados.

—Entonces permíteme que te los consiga.

El hombre se alejó con paso airoso y la espalda erguida.

—Guerreros —murmuró Danyin.

Elar se rio por lo bajo.

—Sí, no pierden ocasión para presumir de sus habilidades.

Él la miró de reojo.

—¿Una guerra entonces? Y esta vez nosotros somos los invasores.

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—La paciencia de los dioses ante los intentos de subvertir a los circulianos se ha agotado. Hemos encontrado Servidores pentadrianos en todas las tierras excepto en Si. En Somrey han convertido a muchos. En Toren hemos descubierto un grupo secreto que reclutaba a los pobres y los

sintecho a cambio de enseñarles a usar magia para robar a los ricos. En Genria se hacían pasar por sanadores especializados en tratamientos de fertilidad. Y en Sennon... Bueno, siempre han estado en Sennon, junto con todos los chiflados que veneran a dioses muertos o inventan deidades nuevas. —Torció el gesto—. Ahora hay allí un nuevo grupo que rinde culto al Constructor, quien aparentemente creó a las deidades. Es extraño que los dioses no lo sepan.

Danyin sonrió.

—En efecto.

Ella exhaló un suspiro.

—Pero a las divinidades no les preocupan el llamado Hombre Sabio ni sus ideas. De quienes tenemos que ocuparnos es de los pentadrianos. No podemos matar a sus dioses, pero si acabamos con las Voces es posible que los debilitemos lo suficiente para que dejen de ser una amenaza durante un tiempo.

Él asintió, pero no pudo evitar pensar en lo igualadas que habían estado las fuerzas durante la última guerra. Hasta que Auraya mató al líder del enemigo, los circulianos habían estado perdiendo.

Elar sonrió.

—Sí, tenemos en cuenta, Danyin. Pero esta vez tenemos una ventaja.

—¿Auraya?

Ella arrugó el entrecejo.

—No. No podemos depender de su ayuda, pero los dioses nos han asegurado que no nos estorbará. No, nuestra ventaja no es un individuo, sino una nación. Esta vez tenemos a Sennon de nuestro lado.

—Siempre y cuando el emperador no cambie de idea en el último momento.

—No lo hará —le aseguró ella—. No esta vez. Vamos a llevar la guerra a Ithania del Sur, y él sabe que eso significa que se librará en su territorio, en el istmo.

Danyin se volvió hacia los aldeanos arrestados.

—¿Y qué pasará con esta gente? ¿Cómo sabrá I-Portak quién es inocente si no estaréis allí para leer sus mentes?

Elar se encogió de hombros.

—Su sistema de justicia ha funcionado bastante bien sin mi ayuda en el pasado. Estoy segura de que también lo hará ahora.

—¿De verdad lo creéis? —preguntó él.

Elar lo miró y exhaló un suspiro.

—No tengo otra alternativa. ¿Qué más puedo hacer?

—Redactar una lista —sugirió él—. Anotar qué aldeanos son culpables de qué crímenes.

Ella consideró el consejo y asintió.

—Sí, eso es algo que puedo hacer.

—Y supongo que no os puedo convencer de que dispenséis a los niños y a los enfermos de esta marcha.

Elar negó con la cabeza.

—¿Quién se haría cargo de ellos?

—Alguien lo haría, estoy seguro.

—Incluso si así fuera, ¿te gustaría ser el que arranca a un niño del lado de sus padres?

Él no pudo responder a eso. «Si supiera que me queda poco tiempo de vida, me gustaría compartir lo poco que me queda con mi hijo», pensó.

Ella exhaló un suspiro. De golpe, pareció cansada.

—Tengo que admitir que es un alivio partir finalmente.

Danyin se compadeció.

—No es fácil ver cómo las autoridades infligen un castigo tan severo.

Ella lo miró extrañada.

—Hablaba de partir a la guerra. Los dioses cambiaban frecuentemente de idea. Primero nos dijeron que nos prepararíamos para la guerra, luego que desmovilizáramos a los ejércitos y después que los volviéramos a movilizar. Creo que fue por culpa de Auraya. Su decisión de permanecer en Glymma frustró los planes de los dioses. Probablemente ya se ha marchado y podemos actuar con libertad.

Danyin asintió.

—¿De modo que se nos unirá pronto?

—No lo sé. —Elar se encogió de hombros y se volvió hacia Gret, que avanzaba hacia ellos en un platén tirado por dos aremes descansados.

Los pasos retumbaron como martillazos en la cabeza de Teel. Abrió los ojos. Vio acercarse a unos hombres vestidos con túnicas negras. Unas manos lo sujetaron con fuerza y le produjeron un dolor agudo. Se le nubló la mente.

Algo fresco tocó sus labios. Al recuperar de nuevo la conciencia, tragó el agua que le vertían en la boca. Tenía un sabor amargo. Le vino a la memoria una voz que había oído antes. Una voz conocida.

—Lo han envenenado.

Escupió el líquido, pero las manos represivas lo volvieron a sujetar. Unos dedos crueles le apretaron la mandíbula. El brebaje repugnante se deslizó de nuevo por su garganta, y esta vez él se rindió. Cuanto antes muriera, antes acabaría el dolor. Iría a donde la diosa Huan. Él era su favorito. Ella lo acogería.

Durante un rato, se sumió en la oscuridad. El dolor remitió. No tenía fuerzas y estaba aterido, pero se sentía mejor. Abrió los ojos y contempló el elevado techo de la sala. Recordó cómo sus compañeros siyís desentumecían las alas en el reducido recinto.

«Ya no están —pensó—. Me he quedado solo».

:No, Teel, no estás solo.

Al oír estas palabras en su mente, se sobresaltó. No era Huan. Era una voz masculina.

:Soy Chaia.

«¡Chaia!».

:Sí. Mira a tu derecha, Teel.

Obedeció. El enorme trono se alzaba sobre él. Recordó que lo habían arrastrado hasta allí después de que la enfermedad —el veneno— se cebara en él. También recordó que lo habían levantado entre varios y luego lo habían dejado de nuevo en el suelo.

Un movimiento captó su atención, y por unos instantes no dio crédito a sus ojos. Una mujer estaba sentada en el trono. Encadenada.

«¡Auraya!».

:Sí. La han traicionado.

Teel soltó un quejido.

:Jamás saldré de aquí, ¿verdad?

:Es poco probable. No te puedo liberar. No hay nadie aquí que obedezca mis órdenes.

:¿Por qué Auraya no usa su magia para romper las cadenas?

:Está en un lugar en el que no hay magia.

Auraya tenía la mirada perdida en algún lugar remoto. Parecía aturdida. Inesperadamente Teel sintió lástima por ella. Estaba tan acostumbrada a ser poderosa e invulnerable... Era una situación difícil de aceptar. Y humillante.

:No puedo contactar con ella —le dijo Chaia—. Así que debes hacerlo tú. ¿Le transmitirás mis palabras?

:Por supuesto.

:Dile lo siguiente...

Tras escuchar con atención, Teel inspiró y llamó a Auraya con todas sus fuerzas. Aunque la voz le salió más débil de lo que esperaba, Auraya enfocó la mirada y la volvió hacia él.

—¡Teel! —exclamó ella en tono de preocupación—. ¿Cómo te encuentras? Los Servidores te han administrado algo. Confiaba en que fuera un antídoto contra el veneno.

El siyí supo de inmediato a quién había oído hablar de veneno.

—Ah. Creía que me estaban dando... —Hizo una pausa, súbitamente sin aliento—. Más veneno. —Le costaba hablar. Era como si cada palabra lo despojara de energía.

Ella esbozó una sonrisa.

—No, pero era una suposición lógica. Yo habría pensado lo mismo.

Él se habría encogido de hombros de haber podido moverse.

—No importa. Chaia... me... ha dado... un mensaje... para ti.

—¿Chaia? —Auraya abrió mucho los ojos, a los que asomó un brillo de esperanza.

—Sí. Ha dicho que... intentará... seguir hablando... contigo... a través de... mí. Si el... enemigo... me lleva... a otro sitio..., encontrará a... otra... persona. —Cada vez le costaba más hablar—. Sabrás que... se trata... de él... por el... santo y seña... «sombra».

Se interrumpió. La cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos y notó que algo lo arrastraba lejos de allí.

—¡Teel!

Él abrió los ojos con esfuerzo y le sonrió.

—Mantente despierto, Teel —le suplicó ella—. Háblame.

El siyí abrió la boca, pero no logró pronunciar ni una palabra. Un ruido ensordecedor le retumbó en los oídos. La habitación se iluminó y se tornó borrosa al mismo tiempo. Era una luz fría. Él no sentía las manos ni las piernas. Le costaba respirar.

Aquello era demasiado. Se rindió, y el resplandor se apoderó de él, borrando los últimos pensamientos de su mente.

Reivan exhaló un suspiro mientras se tumbaba en la cama. La canícula era implacable. Le costaba recordar cómo habían sido los veranos anteriores, pero le resultaba muy fácil imaginar que aquel no tendría fin.

Había transcurrido más de un mes desde la última visita de Nekaun. Ella había empezado a repetirse en su fuero interno que él ya no la visitaría más. Se había hastiado de ella. Había satisfecho su curiosidad. Ahora se enfrentaba a desafíos más interesantes.

«Como Auraya».

Pero Nekaun había dejado de seducir a Auraya. Con visible satisfacción, Imenja le había contado que Nekaun había encerrado a la ex Blanca.

Reivan no sabía cómo lo había conseguido. O por qué Nekaun no la había matado. Cuando se lo había preguntado a Imenja, esta se había apresurado a

cambiar de tema.

La noticia había arrancado sonrisas a muchos Servidores, y el alivio general era patente en los cotilleos que se oían en los baños termales y en los pasillos. A Reivan le había sorprendido su propia reacción de alegría ante la noticia. «¡Debería preocuparme por la desventaja que supone no contar con Auraya, pero en lo único que pienso es en que Nekaun ya no le dedicará todo su tiempo!».

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron su monólogo interior. Suspiró. Para entonces la noticia debía de haberse difundido más allá del Santuario. Muchas de las personas con las que trataba en nombre de Imenja se acercarían a ella en busca de confirmación.

Abrió la puerta y se quedó paralizada por la incredulidad.

—Buenas noches, Reivan.

«Estoy soñando —pensó—. Probablemente sueño que me he levantado de la cama y me despertaré dentro de unos instantes».

Pero no despertó. Nekaun estaba realmente delante de ella. Reivan no sabía qué hacer. O decir.

La Voz Primera le sonrió.

—¿No me vas a invitar a entrar?

Enmudecida, ella retrocedió unos pasos. Al pasar a su lado, Reivan percibió su olor y sintió un profundo deseo.

Él se volvió para mirarla.

—Hace mucho que no conversamos.

Ella asintió y cerró la puerta.

Después se acercó a la mesa, sirvió agua en dos vasos y le tendió uno a él.

Como solía hacer antes.

Él bebió, dejó a un lado el vaso vacío, se acercó a ella y retiró de su mano el que ella sostenía.

Como solía hacer antes.

—¿Te has enterado de la noticia? —preguntó—. Auraya está recluida, indefensa, bajo el Santuario.

«Auraya». Reivan arrugó el entrecejo cuando el nombre la sacó de su turbación.

—Sí.

Él suspiró.

—No sé por qué los dioses me hacen pasar por todo esto. ¿Me ponen a prueba a mí o a ella? No lo sé. Y ahora mismo me da igual.

—Entonces ¿no estabas disfrutando de su compañía? —preguntó ella de pronto.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Absolutamente aburrida. —Entornó los ojos—. ¿Estabas celosa?

Ella apartó la mirada. Sabía que habría sido inútil negarlo.

Nekaun rio con suavidad y la aferró por los hombros.

—Oh, Reivan. Tontita. ¿Cómo iba a sentirme atraído por una mujer tan amargada y desconfiada? Preferiría seducir a un arem.

Su olor y su calidez la abrumaban. «¡Ha vuelto!», pensó.

«¿Por cuánto tiempo?», preguntó una voz oscura.

«Cállate», le espetó.

—Te he echado de menos —le aseguró él.

El corazón le dio un vuelco.

—Yo también te he echado de menos.

Nekaun se le acercó más. Ella supo lo que ocurriría a continuación y se le aceleró el pulso cuando él se inclinó para besarla.

De pronto, la Voz Primera se quedó inmóvil. Su mirada se volvió feroz, intensa. Reivan se libró de su abrazo rígido, un poco asustada por su expresión. Nekaun frunció el ceño, exhaló lentamente y clavó en ella unos ojos centelleantes de furia.

—Lo siento, Reivan. No puedo quedarme. —Tensó la mandíbula—. Los dioses me acaban de ordenar que prepare nuestro ejército. Los circulianos planean atacarnos.

Ella lo miró con fijeza. La conmoción casi se había impuesto a la decepción. Tras acariciarle suavemente la mejilla, Nekaun se marchó.

La Voz Segunda Imenja había mantenido ocupado a Mirar todo el día, llevándolo a ver artesanos a las afueras de la ciudad. Habían comido pescado fresco y charlado sobre la sanación y la magia. Durante todo el día, él había sido consciente de que solo quedaba un siyí por liberar. Había supuesto que

Imenja le ofrecería matar a Auraya en cualquier momento, pero ella no había mencionado el tema.

Mientras volvía al Santuario después del anochecer, él había percibido un zumbido de entusiasmo y satisfacción alrededor. En cuanto llegó a sus habitaciones, se recostó y entró en un trance onírico con la intención de explorar las mentes cercanas y descubrir qué tenía tan agitados a los Servidores. Pero antes de que pudiera proyectar sus sentidos, alguien lo llamó.

:;Mirar!

:¿Surim? ¿Tamun?

:Sí —dijo Surim—. *Tengo noticias. Malas noticias.*

:¿Qué ocurre?

:*Las Voces han hecho prisionera a Auraya bajo el Santuario*, le informó Tamun.

Mirar se despertó sobresaltado. Vio el techo, cerró los ojos de nuevo y se esforzó por reducir el ritmo cardíaco y la frecuencia de la respiración. Tardó una eternidad en volver a sumirse en un trance onírico.

:¿Surim?

:Mirar. ¿Te has despertado?

:Sí.

:*Lo siento. Tendría que haberte comunicado la noticia con más tacto*, dijo Tamun.

:*No te disculpes. Solo dime cómo y por qué.*

:*Parece ser que hay un vacío bajo el Santuario. Debía de ser un secreto, conocido solo por las Voces.*

:*Un vacío. Ella será completamente vulnerable allí.*

:*Tan vulnerable como cualquier mortal.*

:¿*Por qué no lo percibió? No habría entrado de haberlo sabido.*

:*No lo sé. Una distracción, quizá.*

:¿*Por qué la han aprisionado en vez de matarla?* —Mirar hizo una pausa—. *No se han enterado de que ella y yo fuimos amantes, ¿verdad?*

:*Hasta donde saben los mortales del Santuario, no*, lo tranquilizó Surim.

:*Ya te enterarás si intentan utilizarla contra ti*, señaló Tamun.

:*Lo más probable es que te lleven allí abajo y te dejen matarla a cambio*

de algo, le advirtió Surim.

:¿Y qué harán si me niego?

:Yo en tu lugar no lo haría. Fingiría que quiero pensármelo.

:Tampoco puedes estar seguro de que tú seas la única razón por la que la han encerrado —objetó Tamun—. Los circulianos han movilizado su ejército. Van a invadir Ithania del Sur. Mantener a Auraya fuera de combate es una decisión inteligente.

:Sería más inteligente matarla —discrepó Mirar, apesadumbrado—. Si los pentadrianos saben que les van a declarar la guerra, intentarán reclutarme a mí y a mis tejedores de sueños.

:¿Qué harás en ese caso?

Mirar no respondió. ¿Lo obligarían los pentadrianos a elegir entre infringir la ley de su pueblo y sacrificar a Auraya?

«Lo intentarán», pensó.

:Salvaré a Auraya, aseguró a los Mellizos.

:Eso sería una enorme insensatez —dijo Tamun—. Te ganarías la enemistad de los pentadrianos. Todos los tejedores de sueños sufrirían las consecuencias.

:Solo si se enteran de que lo he hecho yo.

Tras emerger de la conexión onírica, Mirar clavó los ojos en el techo. Acto seguido, proyectó sus sentidos para explorar las mentes de quienes lo rodeaban.

Sin duda la noticia de la reclusión de Auraya se había propagado por el Santuario. Buscó y encontró las mentes de dos Servidores guerreros que montaban guardia en una cámara subterránea. A través de sus ojos vio una figura solitaria con los brazos encadenados a una silla enorme. El corazón se le encogió, tan horrorizado por la escena como su mente.

En un vacío, ella no tenía acceso a la magia. Estaba más indefensa que una mendiga desprovista de dones. Peor aún, pues no estaba acostumbrada a la adversidad física ni a la humillación.

Tras inclinarse hacia atrás, se sumió en otro trance onírico y buscó la mente de la ex Blanca.

:¿Auraya?

Ella no respondió. Después de varios intentos, volvió a las mentes de los

guardias. La figura encadenada se movió, y él concluyó que estaba despierta.

«Yo no podría dormir en esa posición —pensó. Continuó observándola por medio de los ojos de los guardias, con una sensación creciente de impotencia—. La liberaré —decidió—. Encontraré la manera. Y cuando lo haga, las Voces ni siquiera sabrán que yo he tenido algo que ver».

Era más fácil trazar un plan inteligente entre dos. Tras retirarse de la visión de Auraya y entrar de nuevo en otro trance, buscó la mente de una vieja amistad.

TERCERA PARTE

Pese a haber pasado una semana descansando en las lindes del bosque de Si con provisiones suficientes suministradas por una tribu local, Tyziss aún tenía que combatir un profundo agotamiento para poder volar. Necesitaba recuperar las fuerzas, pero su ansia por llegar al Claro y reunirse con su familia era más intensa. Aunque seguramente se habían enterado de su liberación, sabía que no dejarían de preocuparse hasta que estuviera en casa.

Sreil volaba delante de él, a escasa distancia. Su líder no había dormido más de una noche en el mismo lugar desde que lo habían soltado. Se había negado a reposar más tiempo porque no quería ser quien retrasara el retorno de los guerreros al Claro.

«Debe de estar exhausto», pensó Tyziss. Solo un tercio de los siyís liberados habían conseguido llegar a la frontera de Si. La comida y el agua que los pentadrianos les habían proporcionado no bastaban para todo el viaje, pero en cualquier caso no habrían podido cargar con más peso.

Tyziss había decidido volver a casa por una ruta diferente, a lo largo de la costa de Sennon. Había descendido a distintas aldeas a pedir agua y alimentos, convencido de que no había razones para temer que los pentadrianos de Sennon denunciaran la presencia de siyís en su territorio.

Solo los guerreros que habían deducido lo mismo habían sobrevivido a la travesía. Sin embargo, era una ruta más larga. Tyziss había tardado cuatro semanas en alcanzar Si, y Sreil había llegado una semana después.

Cuando el primer siyí había alcanzado los límites de Si, la tribu local había volado al desierto para llevar agua a los demás fugitivos que pronto pasarían por allí, pero la mayoría de los siyís que habían muerto probablemente habían perecido de sed a los pocos días de haber llegado a Sennon. Tal vez algunos habían perdido el conocimiento y caído del cielo, mientras que otros se habían sentido demasiado débiles para alzar el vuelo tras pasar la noche en algún terreno o quizá habían perdido el sentido de la orientación. Antes de arribar a Si, Tyziss había seguido un rastro de huellas apenas visibles con la esperanza de que pertenecieran a un pisatierra dispuesto a ayudarlo. En lugar de ello, había encontrado un siyí en la arena. Al descender, había descubierto que su compañero estaba muerto. Había necesitado tanta energía para echar a volar de nuevo que a punto había estado de perder el conocimiento. Más adelante, a escasa distancia, había divisado un pozo.

«Pobre Tilyl. No sabía lo cerca que estaba de casa».

Apartó el recuerdo de su mente e intentó pensar en su hogar, pero no pudo evitar que su pensamiento vagara hacia rincones más oscuros. La sed no había sido la única causa de muerte entre los siyís. Cuando, un día después de llegar, Sreil les había ordenado que partieran en dirección al Claro, alguien había preguntado por el sacerdote.

—Teel está muerto, y Auraya ha sido hecha prisionera —les había respondido Sreil, apesadumbrado—. Ella me ha hablado en sueños y me lo ha contado.

«Al menos ha conseguido liberarnos a todos excepto a uno», se dijo Tyziss. No alcanzaba a imaginar cómo habían podido apresarla. Auraya era una hechicera poderosa. Sin embargo, también lo eran los líderes pentadrianos. Además, eran cinco.

Los siyís sobrevolaron la cresta de una montaña y ante ellos apareció una enorme cicatriz de piedra en una ladera. El Claro. A Tyziss lo invadió una emoción tan intensa que lo dejó débil y mareado. Un temblor se apoderó de los músculos de sus brazos. Inspiró profundamente y se obligó a mantener el control.

«No voy a rendirme ahora que estoy tan cerca de casa».

Les dio la impresión de que tardaban una eternidad en alcanzar la

extensión de roca desnuda. Varios siyís volaron a su encuentro entre silbidos de saludo. Cuando descubrió a su esposa, Tyziss se echó a temblar de nuevo. Vio lágrimas en los ojos de ella. El viento secó rápidamente las suyas.

Por fin empezaron a descender describiendo círculos en el aire. En el momento en que sus pies se posaron en la tierra, exhaló un suspiro de alivio. Yissi lo abrazó con fuerza. Por fin estaba de vuelta en casa.

—¿Las niñas? —preguntó.

Yissi sonrió.

—Están muy bien. Las he dejado con mi hermana. —De pronto, arrugó el entrecejo—. Oh, Ty. ¿Te marcharás de inmediato? Estás muy delgado y pareces agotado.

—¿Marcharme? —preguntó él.

Entonces oyó la voz cada vez más alta de Sreil.

—¿Cuándo se fueron? —Quiso saber el joven.

—Durante la última noche negra —respondió un anciano al que Tyziss reconoció como el portavoz Ryliss.

Sreil se volvió hacia sus compañeros recién llegados.

—Debemos unirnos a ellos.

—No —dijo Ryliss con firmeza—. Tú y tus guerreros estáis extenuados. No tenéis fuerzas para darles alcance.

—Bastará con una noche de sueño —aseveró Sreil.

—No, Sreil. Os lo prohíbo. Ya se han marchado demasiados y nos han dejado en una posición vulnerable. Necesitamos que se queden algunos guerreros, por si nos atacan. —El portavoz los miró y sacudió la cabeza con tristeza—. Aunque esperábamos que regresarais muchos más.

—Somos demasiado pocos para rechazar a un ejército invasor —replicó Sreil—. En cambio, podemos ayudar a los circulianos a luchar contra los pentadrianos. No serviría de...

—¿Tan ansioso estás por volver a arrastrar a tus hombres hasta el otro lado del desierto? —preguntó Ryliss.

Sreil se quedó mirándolo y negó con la cabeza.

—No van a luchar en la verde Hania, Sreil —le explicó Ryliss—. Están llevando la guerra a territorio pentadriano, en el continente del sur, más allá de Sennon. No los alcanzarías a tiempo. Lo más probable es que no los

alcances nunca. Quedaos aquí, donde hacéis falta.

Sreil encorvó los hombros. Asintió, y los siyís que lo rodeaban suspiraron aliviados. Tyziss se volvió hacia Yissi.

—¿Los circulianos van a invadir Ithania del Sur?

Ella asintió.

Él se irguió y sacudió la cabeza.

—¿Otra guerra apenas unos años después de la última? —Frunció el ceño cuando lo asaltó una sospecha—: ¿Dónde están mis padres?

—Se han ido —intervino ella—. No fueron los únicos demasiado viejos o jóvenes en alistarse. Sin embargo, nuestro ejército ha quedado reducido a la mitad desde la última guerra. —Lo asió por la cintura—. Si no hubiera estado tan segura de que volverías, yo misma me habría alistado.

Él le escrutó el rostro. La seriedad de su expresión lo conmovió.

—¿Tú? ¿Una guerrera? —preguntó con incredulidad fingida.

Ella le propinó un golpecito en las costillas.

—Menudo esposo tengo. Te digo que nunca perdí la esperanza y que habría vengado tu muerte ¿y lo único que se te ocurre es reírte de mí?

Él asintió.

—Sí. Déjame reír. Últimamente no he tenido muchos motivos para ello. ¿Dónde están nuestras hijas?

Ella sonrió y se alejaron juntos.

La luz de la chispa mágica de Emerahl reveló una habitación vacía. Ella cruzó a gachas la puerta pequeña y cuando miró en torno a sí experimentó alivio, pues comprobó que todo seguía como lo había dejado. Su alojamiento era una cúpula hecha de mimbre trenzado sujeto a estacas clavadas en la ribera. Junto al río todo estaba hecho de mimbre, desde los botes hasta los muebles y las casas, incluidos aquellos pequeños domos de alquiler.

Aunque las paredes daban la ilusión de privacidad, el tejido estaba lleno de agujeros por los que cualquiera podía escudriñar. Hasta entonces, Emerahl no había pillado a nadie espiándola. Semejante acto era considerado un delito por los lugareños, pero esto no habría disuadido en absoluto a quien sospechara que ella ocultaba un tesoro que valía una fortuna.

Abrió el cesto de mimbre en el que había metido el pescado fresco al vapor y los brotes de junco que acababa de comprar. Comió sin apartar la vista del trozo de estera bajo el que había enterrado el zurrón con el tesoro.

Estaba resultando ser más una molestia que un beneficio. En las últimas dos semanas no había encontrado un pueblo lo bastante grande u opulento donde vender al menos parte de su contenido. Incluso la pieza más pequeña valía una fortuna. Cualquier comprador potencial habría sospechado que ella lo había robado e incluso, si esto le hubiera dado igual, habría pensado que ella tenía más joyas y habría intentado quitárselas. Emerahl sabía que podía frustrar un atraco, pero no quería llamar la atención sobre su presencia.

Según los Mellizos, Raynora había sido sorprendido entrando a hurtadillas en la tienda de Barmonia unos días después de su encuentro con Emerahl. Barmonia había enviado un mensaje a los Pensadores de Glymma instándolos a buscar a una mujer con la descripción de Emerahl que llevaba antigüedades robadas.

Esto había complicado la venta de las joyas en Glymma. Los Mellizos estaban buscando a un posible comprador en la ciudad. Aunque ella podía apartar las baratijas y vender las piedras preciosas y los collares de oro por separado, la idea de empeñar los objetos a algún delincuente que no conocía su verdadero valor no le hacía la menor gracia. Eran algo más que piedras preciosas y oro; pertenecían a una época en la que había habido más dioses que países en Ithania.

Lo más seguro habría sido vender el tesoro en el continente del norte, pero esto habría supuesto arrastrar el pesado zurrón consigo. Tenía la tentación de ocultarlo en algún sitio, si bien aún no había encontrado un escondrijo lo bastante seguro. Mientras tanto, se le estaba acabando el dinero, y aquella aldea no ofrecía muchas oportunidades para una sanadora. Allí los tejedores de sueños eran tan comunes como los herreros y los comerciantes de telas. Unos días antes, se había visto obligada a vender su arem, y el dinero obtenido debía durarle hasta que llegara a Glymma.

Si conseguía vender parte de las piedras preciosas, compraría un pasaje en barco hasta Karienne. Si no, tendría que cruzar el istmo a pie o intentar trabajar a cambio de que la dejaran viajar a bordo de una de las pequeñas embarcaciones que se dirigían a Diamyane, el pueblo situado en el extremo

sennense del istmo. En cualquier caso, pasaría por las Cuevas Rojas, donde vivían los Mellizos.

«Los Mellizos». Sonrió. Estos se habían alarmado al enterarse del riesgo que ella había corrido al insinuar a los Pensadores que los secretos de los dioses estaban ocultos en el tesoro que Ray había robado. Ahora ellos estaban ansiosos por ver el diamante. Tal vez conseguirían desentrañar el secreto.

Tras decidir que ya no había más carne que roer en la raspa del pescado, Emerahl se limpió las manos. Extrajo el collar de los pliegues de su ropa y examinó atentamente el colgante. El diamante estaba engastado en la intersección de dos láminas de plata. Cada una tenía grabados varios ideogramas. El primero o segundo de cada grupo estaba boca abajo:

Una luz / ɹɪɹɹɹ
Dos luces / ɹɹɹɹ ɹɹɹ
Tres luces / ɹɹɹɹɹɹ ɹɹɹ
Cuatro luces / ɹɹɹɹɹɹɹ ɹɹɹ

Estudió el diamante con detenimiento. Las láminas enmarcaban las cuatro facetas más grandes. Cuando lo levantó a la altura de la chispa, la luz proyectó en la pared no solo los ideogramas, sino también unos signos muy extraños. Si estos últimos pertenecían a algún idioma, este era tan antiguo o críptico que Emerahl se veía incapaz de reconocerlo. El problema era que los Mellizos tampoco podrían.

Cuando el colgante giró en el extremo del collar, los ideogramas proyectados se movieron, unos hacia la izquierda, otros hacia la derecha. Los de la derecha estaban borrosos, y Emerahl reconoció en ellos la versión invertida de los símbolos de la izquierda. Una línea oscura atravesó la pared cuando una tira de plata pasó por delante de la luz. Luego ella vio danzar trazos e ideogramas.

De pronto, reconoció un jeroglífico. Un jeroglífico sorliano completo que representaba la palabra «luz». Se volvió para examinar el diamante. La faceta iluminada por la chispa era una de las que estaban sujetas por las láminas. Tenía las inscripciones:

«una luz / əɪnənɪ y dos luces / əvɛɪl ʌn»

Hizo girar el diamante entre los dedos, manteniendo esta cara frente a sí. Si se fijaba en el primer ideograma que estaba cabeza arriba y el segundo que estaba boca abajo, se leía:

Una luz / una llave.

Emerahl sonrió. Al aplicar la misma regla, descubrió que el resto decía:

Dos luces / dos verdades.

Tres luces / tres secretos.

Cuatro luces / muerte.

Sujetó la cadena de forma que el dije quedara colgando. Al acercarse la chispa, vio que las sombras proyectadas en la pared aumentaban de tamaño. Buscó el ideograma que representaba la palabra «luz» y se emocionó al comprobar que lo que ella había tomado por signos extraños en realidad eran cifras.

Pero la emoción no tardó en desvanecerse. No conseguía verlos bien. Las cifras grabadas en la cara posterior del diamante se superpusieron a los otros ideogramas y los oscurecieron. Acercar la chispa no hizo más que empeorar este efecto.

«Si pudiera librarme de los números... —Parpadeó y de pronto sonrió—. Claro que puedo. Basta con que sitúe la luz detrás de ellos».

Pero eso implicaba introducir la chispa en el diamante, y no sabía si lo podía hacer sin dañarlo.

Dejó caer el colgante sobre su regazo y sopesó el riesgo. Tal vez lo mejor era esperar hasta estar con los Mellizos. O al menos preguntarles si era posible introducir una luz en un diamante sin alterarlo. Quizá lo habían intentado antes.

Se volvió hacia la estera donde ocultaba el tesoro.

«Tal vez lo pueda probar antes en otra piedra».

Primero comprobó si había mentes cerca. No había ninguna entre su cúpula y la más próxima, a varios pasos de distancia. Destapó el tesoro rápida y cuidadosamente, asegurándose de que no cayera tierra húmeda sobre la estera, lo que habría llamado la atención sobre el escondite. Rebuscó entre las joyas y las baratijas, y se alegró de encontrar un diamante engastado en un anillo de oro grueso enredado entre las cadenas, en la superficie del montón.

Lo liberó, se arrellanó y contempló la piedra. No tenía ninguna marca. En las últimas semanas había comprobado con detenimiento todas las piezas del tesoro y no había encontrado nada que contuviera ideogramas u otras señales de importancia.

Acercó la luz y la hizo lo más pequeña y fría posible. La movió lentamente hacia la superficie del diamante. No encontró la menor resistencia cuando, empujándola con la mente, la insertó en la piedra.

El efecto en la habitación era muy bonito. Las caras del mineral proyectaban motivos sobre las paredes. Estos oscilaban. El más ligero movimiento de su mano magnificaba las imágenes de modo que, por mucho que intentara mantenerla estable, la habitación entera parecía temblar.

Sacó la luz del interior del diamante, devolvió el anillo a su lugar y cogió el colgante. Inspiró profundamente, lo sujetó con la mayor firmeza posible e introdujo la luz en su interior.

Los jeroglíficos y las diversas líneas bailaron sobre las paredes, pero luego se estabilizaron. Miró alrededor y la invadió el desánimo. Los ideogramas y las cifras se superponían como antes, formando un revoltijo de símbolos irreconocibles. Pero cuando se volvió para observar la pared opuesta, tuvo un pequeño acceso de alivio y triunfo. Una sección estaba clara. El jeroglífico que había reconocido aparecía rodeado de líneas y números.

Pero ahora era el tejido curvo y oscuro de la pared de la cúpula lo que le impedía entender lo que veía. Necesitaba una pared uniforme. O alguna otra superficie lisa.

Buscó alrededor y vio que la manta con la que había envuelto su morral era relativamente lisa en algunos lugares. Emerahl extrajo la luz del diamante, dejó el colgante a un lado y colgó la manta del techo ayudándose de ganchos y cordeles de pesca.

Volvió a coger el diamante y a introducir cuidadosamente la chispa. Giró la piedra de forma que la cara en la que podía leerse «una luz / una llave» quedara justo frente a la manta y entonces vio una figura geométrica.

Un octógono señalado por líneas ininterrumpidas. Dentro de él estaba el ideograma que representaba la palabra «luz». Varias líneas de puntos atravesaban la figura, cada una de ellas marcada por un número. El diagrama entero se sacudió a causa de un leve temblor en la mano de Emerahl.

No sabía lo que quería decir. La palabra «luz» dentro del octógono sin duda representaba una luz dentro del diamante. Pero ¿qué significaban los números y las líneas irradiadas?

«Nunca he sido buena para los números y las ecuaciones. Esta es una tarea para los Mellizos», decidió. Observó el diagrama hasta que estuvo segura de haberlo memorizado y sacó la luz del diamante. Se colgó la cadena del cuello y volvió a ocultar el tesoro. Luego se cercioró de que la cúpula estuviera bien protegida por una barrera mágica y se echó a dormir.

:Al principio pensé que era poco probable que esa niña elay que habían rescatado fuera una princesa —le dijo Mirar a Auraya—. Una princesa habría estado demasiado protegida para caer en manos de piratas. Pero todas las personas cuyos pensamientos he explorado creen que es verdad.

:Igual que todas las mentes que he encontrado.

:Y ayer Nekaun me habló del tratado con los elay. Parecía muy orgulloso del pacto, aunque él no tuvo nada que ver en eso. Fue una conquista de la Voz Segunda Imenja y su Acompañante.

:No me imagino al rey de los elay haciendo un trato con los pisatierra si no es por algo tan importante como que le devuelvan a su hija. Es una verdadera hazaña.

:Y una sorpresa. No veo el interés de este tratado para los pentadrianos. Los elay no son un pueblo poderoso ni numeroso. Puede que reduzcan el número de asaltos de los piratas, pero eso no supondrá ningún beneficio importante para el comercio, ya que pocos mercaderes pentadrianos se molestan en viajar a Toren o a Genria.

:Pero si pueden hundir barcos, podrían ser un valioso aliado en tiempos

de guerra. Es preciso que los Blancos lo sepan. —Auraya hizo una pausa—. ¿Les enviarás un mensaje por mí?

A Mirar se le cayó el alma a los pies.

:Dudo que me crean.

:No tienen que saber de quién es el aviso. Tendría que ser una advertencia anónima.

:No creo que eso sea prudente. ¿Qué les harán a los elay? Si se enteran de que los hombres del mar se han unido a los pentadrianos, es posible que los ataquen antes de la batalla para mantenerlos al margen. Puede que lo mejor sea no mencionar el tema. Dudo que los elay inclinen la balanza de la guerra y, si ganan los Blancos, al menos habrá una posibilidad de hacer la paz después.

:Los Blancos no los atacarán —le aseguró Auraya—. Pero es importante que sepan que sus barcos corren peligro.

Mirar empezaba a desear no haber sacado el tema. No estaba bien discrepar de Auraya cuando ella llevaba semanas encadenada en una prisión subterránea mientras él seguía siendo un huésped de honor. Y aún no había encontrado la manera de liberarla sin quedar al descubierto y, por consiguiente, sin arruinar el buen entendimiento entre los tejedores de sueños y los pentadrianos. Pero, por otra parte, no podía dejar que la culpa y la lástima lo empujaran a hacer algo con lo que no estaba de acuerdo.

:¿Has conseguido explorar mentes del ejército circuliano?, preguntó él, cambiando de asunto.

:Aún no. Me temo que toparé con los mismos problemas que tengo para espiar los consejos de guerra pentadrianos. Algunos dioses estarán allí, y tendré que mantenerme a una distancia prudente para que no me detecten.

Mirar se puso ansioso. Solo podía suponer que, a diferencia de Auraya, si al explorar mentes no podía percibir a los dioses, ellos tampoco lo podían percibir a él. De todos modos, no podía espiarlos porque, por desgracia, durante los consejos de guerra los Servidores Devotos lo tenían ocupado mostrándole el Santuario o Glymma.

:Tendrás que explorar las mentes de los Acompañantes después del consejo para ver qué recuerdan —le dijo él—. Lo mismo con los asesores de los Blancos.

:Sí —convino ella—. Aunque la Acompañante Reivan suele pensar casi exclusivamente en Nekaun.

:Está completamente obsesionada —se mostró de acuerdo Mirar—. Sin embargo, no creo que en el fondo le guste. Por lo menos no le gusta a su superiora... ¡Míranos! ¡Cotilleando como viejas!

:Puede ser un cotilleo útil, si sacamos provecho de la situación.

:Es verdad. El problema es que no se me ocurre cómo.

:Ya se te ocurrirá algo. O a mí. Ahora mismo no hay mucho más que hacer.

A Mirar se le encogió el corazón.

:¿Seguro que estás bien?

:Sí, lo estoy. Soy capaz de soportar un poco de incomodidad física.

Él no le dio a entender que la situación de ella era mucho peor que eso. Aunque Auraya no le decía nada, Mirar estaba convencido de que ella vivía en un terror constante. Nekaun podía decidir que había llegado la hora de matarla en cualquier momento. Y él no entendía del todo por qué el líder pentadriano no la había matado ya.

Un sonido atrajo su atención y notó que algo lo empezaba a sacar del trance onírico.

:Tengo que irme, Auraya —dijo él—. Me conectaré contigo esta noche.

:Más te vale —dijo ella—. Si no...

Pero no oyó el resto. Alguien golpeaba con fuerza a la puerta de sus habitaciones. Mirar se incorporó, miró alrededor y exhaló un suspiro.

«Me preocupaba no llegar a un entendimiento con las Voces, que no me quisieran en sus tierras. Ahora que descubro que me dan la bienvenida, no estoy muy contento. Si Auraya no se encontrara aquí, estaría encantado. Pero, puesto que ella es su prisionera, no dejo de pensar en ellos como nuestro enemigo».

Era una situación extraña y complicada, y no daba la impresión de que fuera a mejorar con la inminente invasión de los circulianos.

El chirrido de la verja al abrirse puso a Auraya en alerta. El estómago se le tensó cuando alguien entró en la habitación, y el alma se le cayó a los pies al ver que se trataba de Nekaun.

Como siempre, las preguntas se agolparon en su mente. ¿Acudía a soltarla? ¿A matarla? ¿A interrogarla, a torturarla, a pedirle que hiciera algo terrible a cambio de su libertad?

Inspiró profundamente, dejó las preguntas y el temor que estas provocaban en el fondo de su mente, y se irguió.

Él se detuvo y la contempló en silencio, con una leve sonrisa.

«No, parece que hará lo mismo que la última vez», pensó Auraya como respuesta a los interrogantes.

Casi echó de menos la soledad de los primeros días, cuando la habían dejado aislada y desatendida y la única indicación de que recordaban su presencia eran los Servidores montando guardia en la verja.

Encadenada como estaba, no había podido tumbarse a dormir. En lugar de ello, había tenido que ponerse en una posición medio hincada de rodillas, medio colgando. Sus brazos pronto perderían la sensibilidad, y sus hombros y rodillas empezarían a doler. El frío de la cripta no ayudaba, pero aquella era la menor de sus preocupaciones.

Después de varios días, los ciclos de su cuerpo habían empezado a ponerla en situaciones desagradables. Primero la había acuciado la sed, luego

el hambre. Ninguna era fácil de soportar, pero las consecuencias eran menos humillantes que la necesidad de aliviarse. No podía quitarse la ropa ni alejarse de donde estaba. Al final había estirado el cuerpo todo lo que había podido para al menos dejar a un lado su propia orina y sus excrementos.

¿Quién iba a pensar que los procesos fisiológicos que tienen lugar cada día de forma casi inconsciente podían producir semejante ansiedad? Se había consolado diciéndose que si no le llevaban comida ni bebida, aquellos problemas no durarían mucho tiempo.

Cuando Nekaun había vuelto al cabo de tres días, ella estaba demasiado débil para ponerse en pie. Él no había dicho nada; se había limitado a contemplarla y a mirar la porquería que había a su lado, arrugando la nariz en señal de aversión. Luego su expresión se había vuelto pensativa, y un brillo había asomado a sus ojos. Se había acercado a los Servidores y les había hablado.

Ella había estado a punto de protestar a gritos tras oír sus órdenes. Mordiéndose la lengua, se había dicho que hubiera sido más humillante suplicar e implorar que soportar lo que él le tenía reservado. De todos modos, sus súplicas no lo habrían detenido.

Habían hecho entrar a unos criados. Estos le habían desgarrado la ropa y habían arrojado cubos de agua fría sobre ella y el suelo. Le habían llevado agua para que bebiera y una especie de gachas aguadas. Como no se podía alimentar por sí misma, había tenido que dejar que le acercaran a la boca el agua y las gachas.

Nekaun había sonreído. El brillo en sus ojos se había intensificado cuando la habían desnudado, pero había desaparecido cuando la habían alimentado. Estaba claro que él había disfrutado con su humillación. Ella había tenido la tentación de escupirle las gachas, pero el hambre le había impedido desperdiciarlas.

Aquel día, Auraya había descubierto que quería vivir. Aún no sabía hasta qué punto, pero había averiguado qué habría estado dispuesta a hacer para conseguirlo. ¿En qué momento cambiaría de idea y preferiría morir?

Si Nekaun tenía curiosidad por conocer esos mismos límites, no tenía prisa por descubrirlos. Hasta entonces se había conformado con vejarla.

—Te saludo, Auraya —había dicho—. ¿Estás cómoda?

Ella lo había ignorado. Preguntaba algo parecido cada vez que la veía.

—¿Disfrutas de tu estadía? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Al ver que algo se movía detrás de él, fijó la atención en los criados que entraban deprisa en la habitación. Adelantaron a Nekaun con vacilación. Los dos primeros llevaban cubos de agua. Auraya rechinó los dientes cuando sintió el frío del baldazo diario. Lanzaron el agua del segundo cubo al suelo y utilizaron una escoba para limpiar las heces de la tarima.

Un tercer criado hizo que bebiera agua. Ella sorbió toda la cantidad que le ofrecieron a sabiendas de que no le llevarían más hasta el día siguiente. El último criado alzó el tazón con las gachas habituales.

—¡Alto! —dijo Nekaun.

A Auraya se le cayó el alma a los pies cuando el criado bajó el cuenco. Mientras Nekaun se le acercaba, ella confió en que su expresión no la delataría, convencida de que el menor signo de aprensión solo lo alentaría a encontrar nuevas formas de atormentarla.

Nekaun cogió el tazón de manos del criado y lo llevó hasta la boca de Auraya.

Ella hizo una pausa momentánea. Si se negaba a comer de sus manos, él le dejaría pasar hambre hasta que recapacitara. Lo mejor era fingir que no tenía importancia.

Él la observó sonriendo mientras ella comía. Auraya no lo miró a los ojos; en lugar de ello, se concentró en una pequeña cicatriz que Nekaun tenía en la nariz. No la había notado antes. Se preguntó qué le había pasado.

El cuenco se inclinó aún más, obligándola a tragar para evitar que las gachas se derramaran. Cuando quedó vacío, Nekaun retrocedió. Extendió el tazón hacia un lado, y el criado se apresuró a cogerlo.

—Idos —ordenó a los esclavos. Estos se empezaron a alejar, aliviados. Uno de ellos se preguntó por qué temían tanto a la Voz Primera precisamente allí y no en otros lugares del Santuario. Concluyó que era de esa manera porque no sabían qué esperar de él en aquella situación. La hechicera era una enemiga. Nekaun podía ordenar que le hicieran algo horrible, y el criado no quería verse en la tesitura de obedecerle.

Si Nekaun oyó los pensamientos del criado, no dio la menor señal. Contemplaba a Auraya. Ella fijó los ojos en la pared detrás de él. Aunque no

percibía sus pensamientos, a veces tenía la impresión de saber lo que él tenía en mente. Como en ese preciso momento, en que recorrió su torso con la mirada. Bien fingía estar interesado en su desnudez para intimidarla, bien se sentía atraído por ella.

Dio un paso hacia delante, luego otro. A ella se le aceleró el pulso. Redujo el ritmo de la respiración, tratando de mantener la calma. Él se detuvo a un paso de distancia, arrugando la nariz.

—De verdad, Auraya —dijo él, meneando la cabeza—. Deberías cuidarte un poco más. Apesta.

Giró sobre los talones y se marchó.

Ella lo observó alejarse. Los Servidores que montaban guardia cerraron la verja tras él. El sonido de sus pisadas se fue atenuando hasta desaparecer.

Auraya suspiró aliviada.

«Solo intenta intimidarme», se dijo.

Apoyó la espalda en el respaldo del trono, cerró los ojos y proyectó los sentidos hacia el mundo. Era así como pasaba la mayor parte del tiempo despierta. Varias veces al día comprobaba cómo estaba Travesuras. Una de las criadas lo había adoptado como mascota. Él permanecía con ella porque Auraya lo alentaba a hacerlo a través de las conexiones oníricas y porque estaba habituado a que lo dejaran a cargo de una cuidadora.

En las noches se conectaba con Mirar. El resto del tiempo exploraba mentes. Vivir encadenada en un recinto frío y vacío no era exactamente estimulante para la mente. Al menos no en el buen sentido. Explorar el mundo la mantenía ocupada.

El hecho de que cada día que pasaba perfeccionaba su habilidad de percibir mentes constituía para ella un secreto motivo de orgullo. Cada vez que proyectaba sus sentidos, podía leer mentes a mayor distancia. Así había oído los rumores de guerra un día después de que la hicieran prisionera. Eso podía explicar por qué Nekaun había roto su palabra. Si los circulianos estaban a punto de invadirlos, no se arriesgaría a que sus intentos de seducirla fracasaran. Y sabía que si la liberaba, ella probablemente volvería con los Blancos para luchar a su lado.

«¿Lo habría hecho? —se preguntó—. Tal vez. No me habría gustado participar en la guerra, pero si los dioses me lo hubieran ordenado habría

luchado por ellos».

Lo que no tenía sentido era que Nekaun no la hubiera matado aún. ¿Para qué la tenía prisionera? ¿Planeaba otro canje con ella a modo de pago? ¿Creía Nekaun que podía convencer a los Blancos de que volvieran a casa a cambio de liberarla?

Auraya sonrió con acritud. «Sin duda Huan jamás aceptaría algo así».

Pero podía ser que Chaia lo aceptara. Pensó en su mensaje, enviado a través del siyí moribundo. Ninguno de los criados que se ocupaban de ella le había dicho una sola palabra, menos aún la palabra clave. Dudaba que Chaia le enviara un mensaje a través de Nekaun. Salvo ellos, nadie más bajaba al sótano.

A excepción de los dioses. Saru, Yranna y Lore habían rondado el trono brevemente. De su conversación, Auraya había deducido que habían ido a confirmar su apresamiento, pero no había obtenido mucha más información.

¿Tenía Chaia planes para liberarla? ¿O estaba demasiado absorto en los preparativos para la guerra? No tenía mucho ascendiente allí, en una tierra donde nadie lo veneraba ni obedecía.

«Tal vez espera que me liberen cuando los circulianos se alcen con la victoria. Pero en ese caso Nekaun me haría matar. Daría órdenes a los guardias para que me mataran».

Abrió un ojo y miró a los Servidores que custodiaban la verja.

«A menos que alguien los detenga».

Pensó en la pista que habían dado los dioses al sugerir que se podían librar de Mirar a pesar de que él contaba con la protección de las Voces. Si allí había un asesino, tal vez este podría ayudarla.

Pero no lo haría a menos que se lo ordenaran los Blancos, y ella no había conseguido ponerlos al corriente de su situación. Incluso si Nekaun no se lo hubiera llevado, no habría podido usar el anillo de sacerdotisa. El vacío lo habría impedido. De modo que, en lugar de ello, Auraya había intentado varias veces ponerse en contacto con Juran mediante una conexión onírica. No había tenido éxito. Había llamado a Mairae, incluso a Dyara, pero no le habían respondido.

Aquella mañana, Mirar le había dado una idea.

:Tendrás que explorar las mentes de los Acompañantes... Y hacer lo

mismo con los asesores de los Blancos.

No podía establecer una conexión en sueños con los Blancos, pero quizá conseguiría comunicarse con Danyin.

Se acomodó en el trono, redujo el ritmo de su respiración y se sumió en un trance onírico. Acto seguido, pronunció el nombre de Danyin.

Al principio no hubo respuesta, pero después de varios intentos oyó una voz conocida aunque confusa.

:¿Auraya?

:Sí, Danyin. Soy yo.

:Auraya... Estoy soñando.

:Lo estás y no lo estás. Es así como se comunican los tejedores de sueños.

:¿Una conexión onírica?

:Sí.

Él se detuvo, y ella percibió preocupación y culpa.

:No debería estar hablando con vos.

Un escalofrío bajó por la espalda de Auraya.

:¿Por qué? ¿Creen los Blancos que he cambiado de bando?

:Tienen que... considerar la posibilidad. Hace semanas que no saben nada de vos.

:No puedo comunicarme con ellos. Me han tendido una trampa. Nekaun me tiene prisionera en un... Se interrumpió al caer en la cuenta de que Danyin no sabía qué era un vacío. ¿Sabían los Blancos qué eran los vacíos? Ella no lo había sabido hasta conocer a Jade.

:¿Auraya?, preguntó Danyin en tono de preocupación.

:Nekaun me ha quitado el anillo de sacerdotisa. He intentado establecer una conexión onírica con Juran y los demás, pero no lo consigo. Tal vez porque nunca están durmiendo cuando lo intento, tal vez porque no pueden... o algo me lo impide. Necesito que le digas a Juran que me han hecho prisionera.

Danyin no respondió.

:¿Danyin?

:Sí. No estoy... cerca de Juran. Se lo diré a Elar, y ella les transmitirá vuestro mensaje.

Auraya notó que él estaba cansado.

:No sabes si me puedes creer, ¿verdad?

:No —admitió él—. Los Blancos me sugirieron que tuviera cuidado.

Sus palabras la hirieron, después la irritaron.

:Entonces díselo con cuidado. Es cosa de ellos decidir si me creen o no.

:Quiero creerlos. Os creo. —Parecía torturado—. Os creeré mientras nada me pruebe lo contrario, pero debo comportarme como si no os creyera mientras no haya algo que demuestre vuestra lealtad a los Blancos.

Y a él esa situación no le estaba haciendo mucha gracia. «Ah, Danyin —pensó—. Te echo de menos».

:Lo entiendo. Gracias, Danyin.

Auraya cortó la conexión, se despertó del todo, recorrió la cripta con los ojos y exhaló un suspiro.

«Bueno... Chaia me advirtió de que Huan utilizaría a mis seres queridos contra mí».

La amplia habitación de azulejos resonaba con las conversaciones de Voces, Acompañantes, Servidores y Pensadores. De pie junto a Imenja, Reivan miró al suelo. El mapa de mosaicos brillaba ligeramente y reflejaba la luz de las lámparas llevadas para complementar la escasa luminosidad de la sala. En el suelo había figurillas de barro que representaban a los pentadrianos y circulianos. Parecían juguetes abandonados por un niño. Un niño rico, ya que las figuras eran sumamente elaboradas. Reivan notó que entre los circulianos había siyís. A diferencia de los hombres alados representados con plumas en el mosaico, las figurillas los recreaban con exactitud, hasta el extremo de que incluso los huesos eran visibles entre las membranas de las alas.

—Ya viene Nekaun —murmuró una voz desde la entrada.

Todos callaron y se volvieron, expectantes. Cuando la Voz Primera entró en la habitación, muchas manos trazaron el símbolo de la estrella en el aire. En su rostro había una expresión extraña, pero desapareció en el momento del saludo. Miró a distintas personas a los ojos, asintiendo.

—Disculpad la tardanza —dijo—. Me ha retenido otro asunto. —Se acercó al borde del mapa y dirigió la vista hacia las figuras de los circulianos—. ¿Es en esa zona donde está el enemigo?

—Según nuestros espías —respondió el Servidor Devoto Meroen. El hombre estaba apenas en la treintena, pero durante la guerra anterior ya había demostrado ser un estratega inteligente.

Nekaun rodeó el mapa seguido por varios pares de ojos. Reivan oyó el resoplido apenas audible de Imenja y adivinó lo que su patrona estaba pensando: la Voz Primera no necesitaba dar vueltas alrededor del mapa; sencillamente le gustaba ser el centro de atención.

—¿Ha respondido a mi mensaje el emperador de Sennon? —preguntó Nekaun, dirigiéndose a Vervel.

La Voz Tercera meneó la cabeza.

—No.

«Nekaun debe de estar al corriente —pensó Reivan—, pero probablemente lo ha preguntado para que se enteren los demás». La Voz Primera inclinó la cabeza afirmativamente y observó la habitación.

—¿Se le ocurre a alguien alguna manera de hacerle cambiar de opinión?

Al comprobar que nadie respondía, Nekaun arrugó el entrecejo y devolvió la vista a las figurillas blancas.

—¿Con cuántas tropas cuentan los circulianos?

Varias personas empezaron a hablar. Meroen dijo que hasta el momento se habían desplegado miles, y los demás debatieron cuántas almas más podrían unírseles. Los dunwayanos aún no habían sido movilizados. Luego estaba la duda de si los sennenses combatirían o se mantendrían al margen excepto para permitir el paso del ejército circuliano.

—Esta vez hay menos siyís —añadió.

—¿A qué velocidad avanza el ejército circuliano? —Quiso saber Nekaun—. ¿Cuándo llegarán al istmo?

—A buen paso; si no topan con ninguna tormenta de arena, tardarán un ciclo de luna —dijo Shar—. Están atravesando el desierto, así que tienen que llevar víveres consigo. El pueblo de Diamyane no puede sustentarlos, de modo que lo más seguro es que estén transportando provisiones desde el norte.

—Así que atacaremos sus caravanas de suministro.

—O sus barcos.

Nekaun sonrió.

—Puede que nuestros amigos elay nos sean útiles después de todo. —Se volvió hacia Imenja—. ¿Han respondido a nuestra solicitud?

—Dudo que la hayan recibido aún —respondió ella.

Nekaun miró alrededor.

—¿Cuáles son nuestros puntos fuertes y débiles?

—Casi no tenemos puntos débiles —afirmó Vervel—. El istmo es una barrera eficaz. El ejército circuliano no podrá cruzarlo en masa. Tenemos provisiones de sobra y combatimos en terreno propio. No nos costará mucho reunir un ejército de proporciones similares. Nuestras flotas no tienen nada que envidiarles, y nuestras tropas están mejor entrenadas.

El Servidor Devoto Meroen meneó la cabeza.

—¿Por qué nos atacan si no tienen ninguna ventaja evidente?

—Puede que confiaran en la ayuda de Auraya —dijo Shar.

Nekaun sonrió.

—Tal vez. Pero no la tendrán.

—¿Se volverán en cuanto descubran que la hemos capturado? —preguntó Genza.

Se oyeron varias respuestas.

—Lo más probable es que ya lo sepan.

—Si no lo saben, debemos asegurarnos de que se enteren.

—Enviémosles su cadáver.

Nekaun seguía sonriendo, pero de modo distraído. Era la misma expresión extraña con la que había llegado. Por alguna razón, a Reivan le produjo un escalofrío. Había algo desagradable en su sonrisa.

—El paso frenará el avance de los circulianos —dijo Meroen, alzando la voz para que lo oyeran todos—. Pero recordad: el istmo también es una barrera para nosotros. Existe el riesgo de que el conflicto se prolongue. No habrá nadie para recoger las cosechas, los comerciantes no podrán atracar, y las Voces no podrán abandonar el istmo por temor a que los Blancos aprovechen su ausencia.

La habitación se sumió en el silencio. Nekaun se volvió hacia Meroen con el ceño fruncido y luego miró a los demás.

—Entonces ¿qué debemos hacer para evitar que la situación se empantane?

Se reanudó la conversación.

—Podríamos ocultar nuestro ejército tras las montañas de Sennon — sugirió un Pensador—. Así, cuando lleguen a Diamyane, los atacaríamos desde todas las direcciones, empujándolos al mar.

—Nos verían los exploradores siyís.

—Y perderíamos nuestra ventaja principal —dijo Nekaun en voz baja—. El istmo. No. Dejemos que se concentren en Diamyane. Cortaremos sus líneas de suministro. Que se mueran de hambre un poco antes de que los aplastemos.

Volvió a sonreír, y durante un momento sus ojos se perdieron en algún punto distante. Reivan se estremeció y apartó la mirada. Cuando se volvió, notó que él la estaba observando. Nekaun solo estaba anticipando la victoria. Resultaba inquietante ver la sed de sangre en los ojos del hombre con el que había compartido la cama. Tendría que haberlo hecho más excitante, poderoso, peligroso.

Pero no era así.

Cuando él se volvió, su expresión había cambiado, y ella experimentó una sensación de indiferencia.

A menos que lo hubiera imaginado —y sabía que no era el caso—, la de él había sido una expresión de desprecio escasamente disimulado.

El avance del ejército dunwayano era un espectáculo impresionante.

Los guerreros marchaban en filas de diez a lo largo del camino. Cada clan iba precedido por un hombre vestido solo con una falda corta de piel y armado con una lanza de colores vivos en la mano. Los miembros de la tribu se turnaban para ocupar esa posición y revelaban los tatuajes de su clan al despojarse de sus vestimentas. No se turnaban para reducir la exposición de cada individuo a las inclemencias del tiempo, sino porque, de lo contrario, todos los miembros del clan se pelearían por el honor de ir a la cabeza.

Cada hombre cargaba el equivalente de la mitad o más de su peso corporal en armas. Incluso los hechiceros las llevaban; el hecho de poseer más habilidades de las normales no era excusa para que un guerrero desatendiera sus responsabilidades. Dos platenes de guerra tirados por rainas criados y entrenados para la batalla iban detrás de las tropas; así los guerreros no sufrían la humillación de marchar sobre el estiércol de los animales, salvo por los excrementos dejados por las bestias que tiraban del platén de su líder. A la caballería la seguían tarnes de suministros tirados por aremes. Finalmente, como una especie de retaguardia, estaban los criados de los clanes.

Danyin disfrutaba de una vista privilegiada de la columna de feroces guerreros. El platén en el que viajaban no tenía cubierta. Tanto Elar como I-Portak iban sentados de cara al frente, mientras que Danyin y los asesores

dunwayanos viajaban de espaldas al cochero.

No les hacía falta volverse para saber que el ejército los seguía; el aporreo rítmico de las botas era un ruido de fondo constante. Cada vez que Danyin miraba más allá de Elar y el gobernador I-Portak, se dejaba hipnotizar por el movimiento perfectamente sincronizado de cabezas y hombros.

Observar cómo montaban el campamento era aún más fascinante. Cada guerrero sabía perfectamente cuál era su tarea, y no hacía falta que les dieran órdenes. Era evidente que tenían experiencia y estaban bien entrenados. Si algunos combatientes dunwayanos sentían temor por la contienda en la que participarían, no lo demostraban.

«Me pregunto qué hacen con los fracasados. Los chavales que no desarrollan un físico recio. Los hombres que se lesionan, que padecen enfermedades o melancolía. ¿Los ocultan o los expulsan de la tribu para que se conviertan en criados?».

Danyin recordó el día en que habían abandonado Chon. Apiñadas en los bordillos, las mujeres habían lanzado unas hierbas de olor acre a las aceras a modo de alfombra para la marcha de los guerreros. Algunas de ellas parecían apenadas; otras, aliviadas.

«Espero que mis cartas lleguen a casa. —Reprimió un suspiro—. Ojalá hubiera podido ver a Silava y a las niñas. Y a mi padre, aunque estoy seguro de que me sobrevivirá, incluso si salgo vivo de la guerra».

Desde que se había enterado de la suerte que habían corrido los lugareños, había soñado cada noche con su familia. Había sido duro presenciar las ejecuciones de los pentadrianos, aunque lo que más le iba a costar olvidar eran las reacciones de los aldeanos. Algunos habían dado vítores, otros habían llorado, pero la mayoría se había apretujado en silencio, con los rostros lívidos de horror. No les habían faltado razones para tener miedo: la justicia dunwayana era dura. Más tarde, en Chon, los lugareños que más hospitalarios se habían mostrado con los pentadrianos habían sido ejecutados. Los que sencillamente se habían abstenido de denunciar los hechos habían sido enviados a trabajar a las minas. Pero, para alivio de Danyin, I-Portak había sido más indulgente con quienes en la lista de Elar aparecían como impotentes para oponerse a la presencia de los pentadrianos. Ellos, los viejos y los niños, habían sido enviados de vuelta a su pueblo.

Danyin imaginó que ahora la aldea era un lugar triste, semidesierto.

En los sueños sobre su propia familia sostenía conversaciones ridículas con su mujer y sus hijas. En ocasiones no eran conscientes de que él estaba allí, por mucho que él reclamara su atención. El recuerdo de esos sueños le trajo una mezcla familiar de miedo y resignación. Y de tristeza. Si no volvía...

«No pienses en ello —se dijo—. Si piensas en ello, harás que ocurra».

En algún punto entre aquel momento y la salida de Chon, la idea de que no iba a sobrevivir aquella guerra se había apoderado de él. «¿Dónde está toda la confianza en mí de la que hice gala durante la primera guerra? —Hizo una mueca—. No fue confianza en mí mismo, sino ignorancia».

O quizá Auraya le había dado esperanzas. Viéndola volar... era difícil imaginar que algo pudiera vencerla.

Se estremeció. La noche anterior, durante un sueño, ella le había dicho que las Voces la tenían prisionera en Glymma. No la había visto, solo había oído su voz, pero el sueño había sido tan real que estaba convencido de que ella realmente le había hablado. Al día siguiente, él le había contado el sueño a Elar y le había preguntado si era posible que Auraya se hubiera comunicado con él. Elar le había dicho que sí, pero que ni los Blancos ni los dioses le habían trasladado semejante noticia.

Después del sueño, Danyin había permanecido despierto en la cama, pensando en Auraya. Le preocupaba lo que podía pasarle si realmente estaba cautiva. Si las Voces eran lo bastante poderosas como para tenerla recluida, también lo eran para hacerle daño, incluso para matarla.

«Pero si en verdad son tan poderosas, ¿por qué no la han asesinado ya?».

Ahora le preocupaba que, tal como Elar le había advertido, Auraya estuviera intentando engañarlos. Consideró las razones por las que ella podría hacerle creer que estaba cautiva. «Para que los Blancos y yo pensemos que aún está de nuestro lado cuando en realidad no lo está. ¿Por qué habría de hacerlo? —Exhaló un suspiro—. Para arrastrarnos a una guerra que no podemos ganar».

A veces tenía el convencimiento de que en realidad había sido un sueño y de que no tenía nada que temer.

:Si no fue un sueño, Auraya está recluida —dijo la voz de Elar en su

mente—. *Pero, aunque haya sido un sueño, tenemos muchos motivos de preocupación. Hace semanas que no sabemos nada de Auraya.*

Sobresaltado por la voz en su cabeza, Danyin alzó la vista hacia Elar.

:Cuidado —añadió ella—. Una de las ventajas de las conversaciones mentales es que los demás no son conscientes de ellas. Pero puedes arruinarlas si saltas así cada vez que te hablo.

Él apartó la vista.

:¿Tenéis idea de dónde puede estar?, preguntó él.

:No. Y los dioses tampoco.

:¿Qué pasará si se ha aliado con el enemigo?

:Los dioses están convencidos de que pueden impedir que se enfrente a nosotros.

:Impedir... No habrán hecho que la apresen, ¿verdad?

Su deleite fue como un tintineo.

:Tal vez. Sería una jugada redonda, ¿verdad? Convencer al enemigo, sin alertar a sus dioses, de que haga prisionero a alguien que estaba dispuesto a unírsele.

Tenía razón. Era una idea estúpida.

:Si está cautiva, no se ha vuelto contra nosotros.

:No necesariamente. Puede haber abjurado de los dioses y aun así no estar dispuesta a unirse a los pentadrianos. Y puede que no esté prisionera.

:Quizá ni siquiera esté en Ithania del Sur —añadió él, más que nada para sí—. Podría estar en cualquier lugar.

:Entonces ¿por qué no se pone en contacto con nosotros? ¿O con los dioses?, preguntó ella.

Él no podía responder a eso. Se volvió hacia Elar y notó que sus labios esbozaban una sonrisa piadosa. Luego su expresión se tornó seria. Tendió la mirada hacia la distancia, y se le relajó el rostro.

—Juran me informa de que ha dejado atrás el último pueblo antes del paso. Les daremos alcance esta misma semana.

I-Portak se volvió hacia ella.

—O antes, si el buen tiempo persiste.

Ella sonrió.

—La resistencia física de tus guerreros nunca deja de impresionarme, I-

Portak. Procura que reserven fuerzas para la travesía del desierto.

Él encogió ligeramente los hombros.

—Lo hago. Estamos familiarizados con las condiciones del desierto. No se lo digáis al emperador sennense, pero desde hace siglos enviamos pequeños grupos de guerreros a entrenarse en el desierto.

Ella se rio en silencio.

—Estoy segura de que el emperador sennense lo sabe.

Danyin reprimió una sonrisa cuando I-Portak la miró con un desaliento apenas disimulado.

—¿Queréis decir que todo el secretismo que hemos mantenido no ha servido de nada? —dijo finalmente.

—Solo la práctica conduce a la perfección —dijo ella, citando un dicho dunwayano.

Él soltó una risita y se volvió.

—Y la perfección solo existe en el reino de los dioses. —Se encogió de hombros—. Mientras el emperador haga como que no sabe nada, fingiremos que no sabemos que lo sabe.

Lejos de los límites de la ciudad había un campo de adiestramiento para Servidores guerreros. Auraya exploró superficialmente las mentes de los que se entrenaban y entrevió combates físicos y mágicos. Cuando encontró lo que estaba buscando, sonrió. Dos Servidores Devotos comían juntos y charlaban acerca del número de combatientes, los puntos fuertes y las debilidades del ejército pentadriano.

Un intenso sonido metálico interrumpió la conversación. Durante unos instantes ella se preguntó por qué el hombre y la mujer que la vigilaban no habían reaccionado. Luego se le cayó el alma a los pies al percatarse de que el ruido se había producido cerca de ella.

Su percepción volvió de golpe a la cripta. Abrió los ojos, inspiró profundamente y espiró. Los cuatro criados de siempre avanzaban hacia ella. Nekaun los seguía a corta distancia.

Con ellos llegó un olor a flores. Aunque en principio no había razones para preocuparse, se le aceleró el pulso. Miró a los criados y notó que todos

cargaban cubos y llevaban bolsas sobre los hombros. Evidentemente tenían previsto hacer algo más que lavarla y alimentarla.

Resistió la tentación de mirar a Nekaun.

El primer criado le lanzó el contenido de su cubo. Ella se preparó para el impacto del agua fría en la piel y a punto estuvo de resollar cuando sintió el golpe de algo caliente. Antes de que se recuperara de la sorpresa, el segundo criado echó más agua sobre su cabeza. Esta también era caliente.

Tras dejar a un lado los cubos vacíos, los criados extrajeron unos objetos de sus bolsas. Abrieron jarros de cerámica y sacaron puñados de algo que semejaba una arenilla húmeda.

Auraya se encogió mientras el primero extendía la sustancia en su brazo y la empezaba a frotar sobre su piel. Era arena. Entonces recordó que así se limpiaban los lugareños. Los ricos utilizaban una arena fina y rara procedente de un lugar remoto. Los dos criados le restregaron los brazos, el cuello y el cuero cabelludo; después, para vergüenza suya, empezaron a frotar las zonas inferiores de su cuerpo. Su toque era eficiente y sus rostros, inexpresivos, pero ella rechinó los dientes y trató de ocultar su incomodidad.

Durante todo el tiempo intuyó que Nekaun la observaba.

Cuando los criados terminaron de frotarla por todas partes, los otros dos se acercaron con sus cubos y quitaron cuidadosamente la arena de su piel. El agua de enjuagar contenía el perfume que había olido antes. Era más tibia, pero no fría.

Cuando se apartaron de ella, le hormigueaba toda la piel. Le habría resultado placentero sentirse limpia si Nekaun no hubiera estado allí.

«Aún no me ha hecho ninguna de sus preguntas estúpidas —advirtió. Los criados limpiaron la tarima y salieron de la habitación. No habían llevado comida—. Tal vez porque no tiene sentido. ¿Por qué tomarse la molestia de alimentarme si me van a matar? Pero ¿por qué me han lavado? ¿Acaso él prefiere matar a gente limpia?».

Semejante disparate estuvo a punto de arrancarle una risita. Pero su sentido del humor desapareció en cuanto él se le acercó. Su piel estaba demasiado sensible. Su cuerpo, demasiado expuesto. Resistió la tentación de enroscarse tanto como se lo permitieran las cadenas.

—Así está mejor —dijo él en tono bajo—. No me malinterpretes. Me

gusta un poco de sudor y suciedad. Pero no la inmundicia.

Se detuvo a un paso de distancia. «Solo intenta intimidarme —pensó ella—. Y está en el vacío. También es vulnerable».

Ahora que no tenía más remedio que volverse hacia él, lo observó con una expresión indiferente.

Él la miró a los ojos.

«No es la misma mirada —se dijo ella—. Normalmente sonrío y dice algo sarcástico y ridículo para dejar claro que él tiene el control».

Cuando la Voz Primera habló, lo hizo en avveniano. Los dos Servidores que montaban guardia en la verja hicieron una pausa y se alejaron.

Ella se estremeció. ¿Por qué pedir a los guardias que se marcharan? ¿Quizá tenía pensado hacer algo de lo que no quería que se enterase ni su propia gente?

—Bien —dijo él—. Un poco de privacidad.

Auraya se resistió a la urgencia de contraerse en cuanto él extendió una mano hacia ella, luego intentó no reaccionar cuando le tocó la garganta. La mano de Nekaun rodeó su cuello, cálida y firme.

—Un cuello tan fino. Podría estrangularte ahora mismo —murmuró él—. Pero matar no me proporciona ningún placer. —Fijó la mirada en sus pechos—. ¿Te conté alguna vez que antes de convertirme en Voz Primera fui Servidor superior del Templo de Hrun?

Su mano descendió hasta sus pechos. A ella se le secó la boca. «Intimidación —se repitió—. No reacciones. Sé fría. No le des nada. Perderá interés y se marchará».

—Mmm. Estás muy tensa. —Su aliento era repugnantemente cálido. Intentó no inspirarlo—. Yo también. Mira.

Presionó su cuerpo contra el de ella, empujándola hacia el trono. Ahogada por el contacto de su ropa, asqueada por su aliento, tembló horrorizada al sentir la rigidez de su erección bajo la túnica.

«Va en serio.

»No. Mantén la calma. No se atrevería. Solo está intentando intimidarte».

La mano de él se apartó de su pecho. El alivio de Auraya apenas duró unos segundos. Nekaun aferró los nudillos al vientre de ella mientras se abría la túnica. Respiraba deprisa. Contra su voluntad, ella levantó la vista. Él

sonrió.

—Sí. Así es. ¿Dónde están ahora tus dioses, Auraya? No te pueden ayudar.

Su mente daba vueltas en círculos cada vez más frenéticos. Entonces vio, con terrible claridad, que se proponía hacer lo que decía. «Esto va a ser repulsivo, humillante y doloroso, pero lo puedo soportar. Tendré que soportarlo...». Pero ella había entrevisto las heridas y cicatrices de mujeres que habían sido utilizadas por hombres. «Él también era un maltratador. Sabe que me dejará con algo más que su... Oh, dioses». No tenía ninguna forma mágica de evitar un embarazo. «No creo que quiera engendrar un niño —razonó—. Pero está en el vacío. Su magia tampoco funcionará aquí. ¡Dioses, no! —Cuando se vio encadenada y embarazada de su hijo en aquel lugar, reprimió un grito—. Prisionera por fuera y por dentro. Pero si está en el vacío, él también es vulnerable. Puedo hacerle daño. Puedo matarlo. —Apretó la quijada—. Le morderé el cuello. Le...».

—Nekaun.

La voz era sobrenatural. Reverberó y susurró por la habitación como el viento. Nekaun se dio la vuelta. Auraya miró por encima de su hombro y vio a un ser de luz. Se le secó la garganta. No era la primera vez que veía a ese dios.

—¡Sheyr! —dijo Nekaun, jadeando.

—Ven aquí.

Nekaun bajó de la tarima y se postró en el suelo, a los pies de la figura brillante.

—No hagas daño a Auraya —dijo el dios—. Llegará la hora de la venganza, pero no de esta manera. Lo que deseas hacer nos puede poner en desventaja.

—Pero... —dijo él en una voz apenas audible.

El ser se irguió.

—¿Te atreves a cuestionar mis órdenes? —retumbó.

—¡No, Sheyr! —Nekaun sacudió la cabeza y todo su cuerpo tembló con el movimiento.

—No debes correr riesgos innecesarios por un instante de gratificación. —El dios levantó la cabeza y miró a Auraya—. Debería bastarte con saber

que ella está sola y sin amigos, con su sombra como única compañía. — Volvió a mirar a Nekaun—. ¿Entiendes?

—Sí.

—Entonces vete.

Nekaun se puso en pie y salió corriendo. La figura brillante observó a Auraya.

Le guiñó el ojo y desapareció.

Tras la imagen del dios se escondía un Servidor. El hombre parpadeó y miró alrededor, luego se alejó de ella. Ella entró en su mente y descubrió que él había cedido su voluntad al dios. De otro modo, Sheyr no habría podido verla o hablar con una voz real.

«Me ha salvado». Meneó la cabeza. ¿Cómo podía sentir tanta gratitud hacia uno de los dioses pentadrianos cuando estas mismas deidades habían ordenado a Nekaun que rompiera su juramento y la mantuviera prisionera allí? «... con su sombra como única compañía».

De pronto, captó el significado de sus últimas palabras. «¡Sombra!». Empezó a reír por lo bajo, sin importarle el tono histérico de su voz.

«¡Ha sido Chaia! ¡Y Nekaun ha caído en la trampa!».

En cuanto tuvo oportunidad, Reivan saltó fuera de la cama. Sus piernas temblaban y no sabía qué hacer. Al ver su túnica en el suelo, decidió que vestida estaría más cómoda. Pero esa muda estaba rota. Entonces se acercó a un baúl y cogió un recambio.

—¿Qué pasa?

Ella se volvió hacia Nekaun. Recostado desnudo en la cama era tan hermoso que producía dolor. Se quedó sin aliento, pero se obligó a erguirse. A enfrentarse a él.

—Ha sido desagradable —le dijo.

Él arqueó las cejas.

—¿De veras? ¿No te ha gustado?

—No.

—Generalmente te gusta. ¿Ya no soy bienvenido aquí?

—No si va a ser así. Casi... casi me asfixias.

—A algunas mujeres les gusta. Dicen que el miedo es un poderoso afrodisíaco.

Ella le dio la espalda y se envolvió en la túnica.

—No para mí.

—No te enfades. ¿Cómo lo íbamos a averiguar si no lo probábamos?

Su irritación empezó a ceder.

—Me lo tendrías que haber preguntado primero.

—Entonces habrías estado prevenida. La sorpresa es parte del placer.

—Pues no ha sido nada placentero. Y el resto tampoco ha sido muy divertido que digamos. Ha sido como si... —Ella hizo un mohín. Su interior estaba magullado.

—¿Como si qué?

Reivan arrugó el entrecejo. Había algo extraño en la voz de Nekaun. Su tono era fatuo. Como si disfrutara haciéndola sentir incómoda.

Se volvió hacia él y le sostuvo la mirada.

—Era como si me hubieras estado dando golpes con tu... Desde luego, con tu experiencia en el arte del amor, deberías saber que eso no es agradable para una mujer.

Él se rio.

—No eres una diosa del amor, precisamente. Tienes mucho que aprender. Creo que con el tiempo le pillarás el gusto a un poco de juego brusco.

—No lo creo.

Él sonrió.

—Oh, estoy seguro de que en el fondo te ha gustado.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—No hablas en serio, ¿verdad? Ha estado bien al principio, pero luego... ¿qué parte de «para, me haces daño» no entendías?

Él se rio.

—No hablabas en serio.

—Sabes que sí. —Ella meneó la cabeza—. Creo que has disfrutado haciéndome daño. Tenías la misma mirada de la que haces gala desde que encadenaste a Auraya. No me hubiera extrañado que pronunciaras su nombre.

A él se le borró la sonrisa de la cara. Luego entornó los párpados. Se acercó al borde de la cama y se puso en pie. Ella observó que se vestía con movimientos rápidos y furiosos.

Su irritación cedió el paso al aturdimiento.

—¿Te marchas?

—Sí. Si mis esfuerzos no son apreciados —dijo—. Iré a donde los aprecien.

Lastimada, las lágrimas asomaron a sus ojos. «Basta —se dijo—. Deja de hacer la tonta. Ha intentado hacerte daño, así que no le des el placer de

comprobar que lo ha conseguido».

Él salió del dormitorio. El portazo resonó en las habitaciones. El silencio posterior tronó en los oídos de Reivan. Las palabras de su amante volvían una y otra vez a su mente. «No eres una diosa del amor, precisamente».

«No soy lo bastante buena para él. Por eso ha sido tan brusco. Se ha impacientado».

Se sentó en el borde de la cama con la intención de acurrucarse y entregarse a la tristeza. Luego vio las manchas de sangre. Su sangre. Unas gotas apenas, pero lo suficiente para acordarse del cuerpo de él aporreando el suyo, su mirada maniática, la mano alrededor de su cuello y la manera en que se había reído cuando ella había protestado. Volvió a enrabiarse. Se puso en pie y caminó con decisión hacia el baño.

«Me voy a quitar de la piel hasta el último rastro de él —se dijo—. Puede acostarse con todas las mujeres de Glymma. Por mí, puede acostarse con Auraya. Si lo que necesita para obtener placer es violencia, mejor que la busque en otro sitio. Ya he tenido bastante».

De no ser por el pensamiento recurrente de que Auraya estaba sufriendo en una prisión bajo el Santuario, Mirar habría considerado que el día había sido especialmente satisfactorio y placentero.

Se había reunido con más de cien tejedores de sueños de Glymma para hablar de su papel de sanadores después de la guerra en ciernes. Algunos tejedores habían acudido a la ciudad desde distintos puntos del continente, y Arlij le había pedido que supervisara los arreglos del alojamiento, la alimentación y los viajes. Aunque la mayor parte de ese trabajo correspondía a los líderes de la Casa de los Tejedores de Sueños, necesitaban a alguien que tomara decisiones cuando se produjeran discrepancias y que mediara ante las Voces y los Servidores.

Los tejedores habían celebrado una gran ceremonia de conexión mental de la que él había sacado mucha información. Había descubierto su escudo mental apenas lo necesario para confirmar su identidad. Había querido hablarles de su «muerte» y supervivencia, pero Auraya tenía demasiado protagonismo en la historia, y él no podía arriesgarse a que las Voces leyeran

sus mentes y descubrieran que él no la odiaba, tal como ellos creían.

Durante la ceremonia se había enterado de que muchos tejedores sospechaban que él no era Mirar y que las Voces habían reclutado a un tejedor de sueños dispuesto a hacerse pasar por su líder a fin de influir en Ithania del Norte. Arlij les había asegurado que eso no era verdad, pero aun así algunos se habían quedado estupefactos al descubrir, a través de la conexión mental, que él era su fundador legendario e inmortal.

Mirar volvió tarde al Santuario, tras cenar con el líder de la Casa de los Tejedores de Sueños de Glymma. Poco después recibió una invitación para reunirse con la Voz Segunda Imenja. Un Servidor lo acompañó hasta un balcón sobre un patio en el que una fuente brillaba a la luz de varias lámparas. Sentada en una silla de mimbre, Imenja se puso en pie para darle la bienvenida.

—Tejedor de sueños Mirar —dijo ella—, ¿qué tal la reunión con tu gente?

—Muy bien —le dijo él—. Aún no me acostumbro a ver a los tejedores viviendo sin el miedo constante a la persecución. Me alegra comprobar que pueden vivir en armonía con una religión de poder dominante.

Ella sonrió.

—¿Como en los viejos tiempos?

Él meneó la cabeza.

—Sí y no. En el pasado había tantos dioses que pocos ejercían un dominio total como el que tienen tus deidades. Un solo dios podía predominar en naciones pequeñas como Dunway, pero nunca en todo un continente. Y nunca en combinación con otras divinidades.

—Me gustaría oír más sobre esos tiempos. ¿Cómo se refieren a esa época los circulianos?

—La Era de los Múltiples Dioses.

—Sí, y ahora vivimos en la Era de los Cinco. ¿O debería ser la Era de los Diez?

Mirar se encogió de hombros.

—Al menos cuando me refiera al pasado no hablaré de las atrocidades de tus dioses.

Ella soltó una risita.

—No. ¿Debo entender entonces que los circulianos no son conscientes de lo que hicieron sus dioses en el pasado?

—No. Solo lo saben los tejedores de sueños. Nos transmitimos las experiencias e historias de generación en generación a través de las conexiones mentales.

—Quizá esa puede ser la razón por la que tu pueblo es perseguido allí y bienvenido aquí. Nuestros dioses no tienen nada que temer de las historias que los tejedores de sueños puedan contar.

Mirar se volvió hacia ella impresionado. Sus palabras tenían lógica, aunque estaba convencido de que tarde o temprano él habría llegado a la misma conclusión.

Imenja dirigió la mirada hacia el patio.

—Debo advertirte que, cuanto más cerca esté la guerra, más nos urgirá que te comprometas a ayudarnos de alguna manera.

Cuando se volvió, él la miró fijamente.

—Los tejedores de sueños no combatimos.

—No, pero puede haber otras maneras de ayudarnos.

—Curamos a los heridos. ¿Qué más podemos ofrecer?

Ella se acomodó en su asiento.

—Si alguien atacara a un paciente al que estuvieras curando, ¿qué harías? ¿Dejarías que le hicieran daño o lo protegerías?

—Lo protegería —respondió él.

—Si alguien atacara a un amigo... o a un extraño, ¿qué harías? ¿Dejarías que le hicieran daño o lo protegerías?

Mirar frunció el ceño, adivinando adónde se proponía llegar la Voz.

—Lo protegería.

Ella sonrió y volvió a dirigir la vista al patio.

—Es posible que Nekaun se contente con un acuerdo satisfactorio para ambas partes. —Ella borró la sonrisa de su cara y exhaló un suspiro—. No te puedo prometer que él no te castigará, o que no castigará a tu pueblo, si no le ofreces algo. Ese algo no tiene que involucrar a tu gente. Lo importante para él es que se sepa que te tenemos a ti, el legendario Mirar, de nuestro lado.

Mirar meneó la cabeza.

—Eso pondría en peligro a los tejedores del norte.

Ella lo miró con expresión triste.

—Lo sé. No me gustaría estar en tu piel. —Se puso en pie y sonrió—. Pero si te unes a nosotros, existe una buena posibilidad de que ganemos. Ese resultado sería mejor para los tejedores de sueños que la victoria de los circulianos.

Él inclinó la cabeza afirmativamente.

—Puede que sea así.

—Medita sobre mi propuesta —le urgió ella—. Ya es tarde; incluso las Voces necesitamos dormir de vez en cuando.

—Y los inmortales —dijo él, incorporándose—. Buenas noches, Segunda Voz Imenja.

—Buenas noches.

El Servidor que lo había acompañado a la reunión apareció y lo condujo de vuelta a sus habitaciones. Mirar pasó un rato de pie junto a la ventana, pensando en lo que Imenja le había sugerido.

«Una solución intermedia. Que no involucre a mi pueblo, solo a mí. Yo protegería a los pentadrianos con magia. Eso dejaría las manos libres a las Voces para dedicar más magia al combate. Con Auraya encerrada bajo el Santuario, sin duda los pentadrianos vencerían esta vez».

¿Cómo se lo tomaría su pueblo? ¿Perderían el respeto que le tenían por posicionarse a favor de uno de los bandos? Era posible, pero, de todos modos, los tejedores del sur se sentirían traicionados si se enteraban de que él había podido impedir que los circulianos conquistaran el continente del sur y los sometieran al trato habitual.

Exhaló un suspiro y se tumbó en la cama. En cuanto alcanzó un trance onírico, buscó la mente de Auraya, pero solo recibió una respuesta apática e inconexa, de modo que decidió dejarla dormir. Pronunció otro nombre.

:Emerahl.

:Mirar —respondió ella en tono vacilante—. Acabo de hablar con los Mellizos. ¿Cómo van las cosas en Glymma?

:Bien para mí; igual para Auraya.

:Pobre mujer. ¿Has encontrado la manera de liberarla?

:No. Está demasiado vigilada, como yo, pero espero que eso cambie cuando la guerra empiece a distraer a todos. A la menor muestra de interés

por ella, Nekaun empieza a preguntar si quiero estar presente cuando la mate. Cuando le pregunto a qué espera, simplemente me responde «a que lo decidan los dioses». Esta noche Imenja me ha hecho una propuesta. —Le contó lo que la Segunda Voz había sugerido—. ¿Qué crees que debo hacer?

:No involucrarte. Pero puesto que ya estás involucrado, no tomar partido. Pero puesto que lo más probable es que las Voces no te dejen alternativa, hacer lo que te sugiere Imenja. Pero no inmediatamente. Si cedes ahora, empezarán a exigirte más. Espera hasta el último minuto. Y, si puedes, haz que la suerte de Auraya forme parte del trato, aunque solo sea para retrasar su ejecución.

Como siempre, Emerahl era una fuente de buenos consejos.

:Parece un buen plan. ¿Has hecho progresos en la búsqueda del Manuscrito de los Dioses?

:Aún no hemos conseguido descifrar los símbolos. No he tenido mucho tiempo para trabajar en ello. Los Mellizos quieren que me vaya de Ithania del Sur, por si los Pensadores me localizan. Pasaré por Glymma. —Hizo una pausa—. ¿Hay alguna manera de que nos veamos sin correr riesgos? Me gustaría que echaras un vistazo al diamante.

:Me encantaría verlo, pero creo que sería muy peligroso. Aunque entro y salgo del Santuario con plena libertad, no sé de ningún lugar en el que podamos vernos sin correr riesgos. Además, estoy seguro de que me siguen cada vez que salgo.

:No creo que los Mellizos sean partidarios de que nos veamos. No solo nos arriesgaríamos a que las Voces nos descubran y destruyan el diamante, sino que también podrían extorsionarme para que me una a ellos. Y eso es lo último que nos falta.

:Es verdad —convino Mirar—. A las deidades circulianas les encantaría. Según Auraya, han estado merodeando bastante por el Santuario.

:¿Los dioses pentadrianos no los echan?

:Ella no ha percibido su presencia.

:Qué raro. Tal vez teman al Círculo.

:Quizá son de naturaleza tan distinta que Auraya no los puede percibir, sugirió Mirar.

:Tal vez sepan que puede escuchar a los dioses y la están evitando.

Supongo que nunca lo sabremos.

:No a menos que decidan contárnoslo.

:No creo que eso entre en sus planes. ¿Alguna otra novedad?

:No.

:Buena suerte entonces. Me pondré en contacto contigo en cuanto llegue a Ithania del Norte.

:Buena suerte.

La mente de Emerahl abandonó sus sentidos. Combatiendo un molesto cansancio, Mirar se embarcó en la última tarea de esa noche: explorar los pensamientos de la gente de su entorno.

Habían pasado tres días, y Nekaun no había vuelto. Los criados continuaron con su rutina de lanzarle cubos de agua helada y alimentarla con gachas. El agua la hacía tiritar, y casi habría preferido que la dejaran sucia. Bastante tenía con el frío que sentía durante todo el día. El baño diario parecía consumir todas sus fuerzas.

Anhelaba comida de verdad y a veces soñaba con ella. Cuando exploraba las mentes de gente que comía en ese preciso momento, su cuerpo se retorció de hambre. Ansiaba tumbarse. Le dolían los brazos. En ocasiones tenía tirones en las piernas pese a sus esfuerzos por flexionarlas y estirarlas. La mayor parte del tiempo estaba tan cansada que se desplomaba contra el trono.

Explorar mentes por el mundo la distraía del frío, el hambre y el dolor. A través de otras personas veía salir y ocultarse el sol, sentía amor y felicidad. Había empezado a evitar las mentes de gente que sufría. Los pensamientos de los que se preparaban para la guerra ya no le parecían importantes.

«¿De qué sirve saber qué planean? No puedo hacer nada por detenerlos. Ni siquiera puedo ponerme en contacto con los Blancos para contarles lo que he averiguado. Danyin no confía en mí. Chaia...».

Chaia la había salvado. Pero ella no había podido evitar hacerse preguntas. Si Chaia podía suplantar a otro dios, ¿los demás dioses también podían hacerse pasar por otras divinidades? ¿Podían las deidades pentadrianas suplantar a las circulianas? Esa debía de ser la razón por la que

él había escogido «sombra» como palabra clave.

Pero la visita de Chaia le recordaba lo que Nekaun había estado a punto de hacerle, de modo que procuraba pensar en otra cosa.

Aunque no siempre funcionaba. Por lo general había algo que le recordaba las agobiantes túnicas negras y los tocamientos no deseados. Cuando pensaba en ellos, el vello se le erizaba y el pulso se le aceleraba.

No soportaba la idea de que el incidente la hubiera afectado tanto. «Este agotamiento me está debilitando —se dijo—. Si tuviera más fuerzas, me afectaría menos. —Hizo un gesto de disgusto—. Si Chaia no lo hubiera interrumpido, ahora estaría en una situación aún peor».

:Auraya.

Por unos instantes pensó que la voz era un recuerdo, pero cuando volvió a oír su nombre abrió los ojos y se encontró con una figura brillante. Sheyr, el dios pentadriano, le sonrió.

:Sal de las sombras, Auraya, dijo.

:Chaia, dedujo ella.

:Sí.

Recordando al Servidor que había aparecido la última vez que él se había esfumado, miró más atentamente.

:¿Quién es...?

:Otro mortal leal —respondió Chaia—. Este hombre no recordará esta conversación. Me ha cedido su voluntad.

:Se la ha cedido a Sheyr.

Él se encogió de hombros.

:Algunos mortales son fáciles de engañar.

Ella se volvió hacia los guardias. Ambos observaban atentamente con expresión de asombro. Debían de haber abierto la verja para que entrara el hombre poseído por el dios.

:¿Y los dioses pentadrianos?, preguntó ella.

La sonrisa de Chaia se ensanchó.

:Me he asegurado de que estén ocupados con otras cuestiones.

:A estas alturas deben de saber que engañaste a Nekaun. ¿Ordenarán a Nekaun que vuelva? «¿Él regresará para terminar lo que había empezado?».

El dios meneó la cabeza.

:Si lo hicieran, revelarían que pueden ser suplantados.

Ella suspiró aliviada, luego arrugó el entrecejo.

:¿Estás aquí para liberarme?

:No puedo. Si este mortal entra en el vacío, ya no lo puedo poseer.

:Pero podrías decirle a este mortal que me libere.

Él volvió a menear la cabeza.

:No puedo interferir y no te puedo explicar por qué. —En su rostro se dibujó una sonrisa tortuosa—. Ya sabes que los dioses tenemos promesas que cumplir.

De pronto, Auraya creyó comprender.

:Huan quiere que permanezca aquí.

:No exactamente.

Auraya lo miró con los párpados entornados.

:Ah, entiendo. Me quiere muerta. ¿Es un compromiso?

:Dejarte aquí lo es, por el momento.

:De modo que todos me queréis al margen.

:Sí.

:Me sorprende que no deseéis mi ayuda en la guerra.

Él frunció el ceño.

:¿Cómo te has enterado de la guerra?

Un escalofrío recorrió su espalda. «Aún no sabe que puedo leer la mente».

:Creo que me lo dijo Nekaun. ¿No os interesaba que lo supiera?, contraatacó.

:He venido a decirte... —Él apartó la vista. Pareció pensativo. Luego dio un paso hacia delante y sonrió—. Aún te quiero, Auraya. Haré lo que pueda por liberarte. Luego..., a cambio, necesito que me prometas que te mantendrás alejada de los conflictos del mundo..., incluso de los que afecten a los siyís. Mantente fuera o Huan encontrará una excusa para matarte. Yo... —Volvió a apartar la mirada y arrugó el entrecejo—. Debo marcharme.

Antes de que Chaia desapareciera, Auraya captó la presencia de otro dios. La figura de Sheyr se desvaneció. En su lugar había un Servidor poco mayor que un niño. El joven paseó los ojos por la habitación y se volvió hacia Auraya. Luego bajó la mirada, ruborizado.

Una voz lo llamó desde la entrada. El joven dio media vuelta y, al ver a los guardias, fue a su encuentro. Uno de ellos le dio unas palmaditas. Permaneció unos instantes con ellos muy agitado, hablándoles sobre su experiencia. Luego se marchó deprisa.

Auraya exhaló un suspiro y se apoyó en la tarima del trono. «Es posible que Chaia me quiera —pensó, cansada—. Pero no lo suficiente para desafiar a Huan y liberarme». ¿Hasta qué punto los acontecimientos recientes habían sido organizados por los dioses? ¿Habían dado la orden de que la hicieran prisionera para mantenerla al margen?

Pensó en la reacción de Nekaun a las órdenes de Chaia/Sheyr: «Pero...».

Pero ¿qué? ¿Había recibido la orden de violarla? ¿Lo había ordenado un dios?

Se estremeció. Era imposible saberlo, y volvía a sentirse intranquila. Cerró los ojos y proyectó sus sentidos hacia el exterior. Necesitaba distraerse.

De pie en la popa del barco, Emerahl observó cómo la ciudad de Glymma se encogía hasta quedar reducida a una línea de luces en el horizonte. Se sentía aliviada y decepcionada. Los últimos días habían estado cargados de tediosos retrasos. Después de bajar por el río hasta la ciudad en una embarcación de junco, y de vender un brazalete a un coleccionista que los Mellizos le habían recomendado, había descubierto que los muelles de Glymma estaban llenos de Servidores ansiosos por saber quiénes entraban y salían de la metrópoli. Le había hecho falta sobornar a unas cuantas personas y amenazar veladamente a otras cuantas para encontrar un capitán que estuviera dispuesto a cruzar el golfo de Fuego hasta Diamyane.

Ahora que se marchaba, sintió lástima por no haber podido explorar la ciudad. Mirando las luces a la distancia, también tuvo un arranque de culpa. En algún lugar bajo el Santuario estaba Auraya, atrapada en un vacío.

«Si pudiera liberarla, Mirar no tendría que arriesgar la vida. Meneó la cabeza. Pero si él no puede, dudo que yo pueda rescatarla».

Había llegado a respetar a Auraya durante las semanas que había pasado enseñando a la ex Blanca. Incluso había llegado a apreciarla un poco. «Espero que los pentadrianos no la estén tratando muy mal. —Resopló ante

la idea. Claro que la estaban tratando mal. Ella había matado a su antiguo líder—. La harán sufrir de todas las formas en que se pueda hacer sufrir a una mujer. Después de todo, esto es una guerra».

Meneó la cabeza, exhaló un suspiro y se volvió. «Eso no me impide desear que no pierda nada del optimismo y el espíritu que tenía. O querer ayudarla... mientras no corra el riesgo de acabar como ella o muerta».

Las dos farolas de la embarcación proyectaban las sombras de los mástiles sobre la cubierta. Su cuerpo también se proyectaba, y la unión de las sombras formaba una silueta cómicamente alargada. La visión la hizo sonreír. Dos días seguidos observando las imágenes arrojadas por el diamante iluminado la habían vuelto sumamente consciente de las siluetas. Al menos el diamante solo requería una fuente de luz para funcionar...

Contuvo la respiración. «¿O no?».

¿Qué pasaría si usara dos, o tres, o más? De pronto, los ideogramas grabados en los lados del colgante adquirieron un nuevo significado. Y el diagrama...

«Una luz / una llave».

El diagrama era visible gracias a la luz, y esta era la clave.

«Dos luces / dos verdades».

¡Era tan simple! Dos luces podían hacer que las sombras se superpusieran creando formas distintas. Incluso jeroglíficos, tal vez.

Empezó a darle vueltas a la idea. La embarcación era un navío mercante sencillo. Su amplio casco se utilizaba para transportar carga, no pasajeros. Toda la tripulación estaba en la cubierta. No dormían porque la travesía se podía realizar en una noche o un día. Dudaba que bajaran a las bodegas excepto para comprobar la carga o coger comida y agua fresca.

Había una manera de llegar hasta allí y asegurarse de que nadie la molestara. Se acercó al capitán y esperó a que se volviera para mirarla.

—Necesito un poco de privacidad —le dijo, sonriendo—. ¿Puedo bajar a la bodega?

Él asintió.

—Me aseguraré de que nadie se acerque. Allí abajo hay un urinario.

—Gracias.

Él señaló la escotilla. Algunos marineros la saludaron con la cabeza al

pasar. Al devolverles el saludo, ella percibió que la curiosidad había sustituido a la ansiedad por su presencia ahora que habían abandonado Glymma. Al capitán le había contado que su esposo había viajado a Glymma unos meses antes con la esperanza de encontrar un socio. La había dejado atrás para regresar a Sennon y arreglar unos asuntos. La guerra le había impedido volver a buscarla, de modo que se había visto obligada a huir por su cuenta.

Al llegar a la escotilla, bajó por una escalera a la oscuridad. Encendió una chispa de luz y buscó el urinario. Si no lo usaba, el capitán podía sospechar que había estado robando o fisgando en la bodega. Lo encontró a escasa distancia de donde habían colocado el baúl que ella había comprado para transportar el tesoro.

Extrajo un trozo de cuerda de su morral y lo ató a dos ganchos utilizados para asegurar mercancías, situados a ambos lados del casco. Finalmente plegó su mantón sobre el cordel. Si alguien bajaba, asumiría que lo había colgado para tener privacidad.

Comprobó que el orinal estaba limpio y le dio la vuelta. Luego se sentó encima y sacó el colgante de debajo de su ropa.

No era fácil sujetar con firmeza un diamante en un barco que se balanceaba. Optó por usar magia para mantenerlo suspendido en el aire. Encendió una chispa, la metió en el diamante y lo giró de forma que la cara en la que se leía «una luz / una llave» se proyectara sobre el mantón.

Al examinar el diamante, la embargó la emoción. Una línea punteada cruzaba una cara del octógono; la siguiente la atravesaban dos líneas; la tercera, tres, y la cuarta cara, cuatro líneas. Semejante disposición estaba relacionada con los focos de luz. No iba a estar segura hasta intentarlo.

Volteó el colgante de forma que la faceta de «dos luces / dos verdades» quedara frente al mantón e introdujo otra luz. Reubicó las dos chispas en el centro del diamante. Las dos luces se empezaron a distanciar, y vio cómo las formas se cruzaban sobre la tela. De pronto, reconoció los jeroglíficos. Detuvo el movimiento de las chispas y las volvió a acercar un poco una a la otra.

—¡Lo tengo!

El mantón estaba cubierto por jeroglíficos sorlianos. Emerahl soltó un

grito triunfal apagado y empezó a leer.

La primera vez que había estado en el pantano, a Surim le había parecido un lugar desagradable y maloliente. Después de un par de miles de años viviendo de forma lujosa, el entorno salvaje, cenagoso y constantemente húmedo le había resultado un paraje salido de sus peores pesadillas.

Pero conforme había aprendido a vivir allí, había llegado a apreciar su belleza. «Tanta vida —pensó mientras guiaba la barca por el agua—. Toda esta variedad de plantas, animales e insectos en un lugar único». Los lugareños lo apreciaban hasta cierto punto. Adaptaban sus vidas al pantano tanto como adaptaban el pantano a sus vidas. Los forasteros no lo entendían..., ni siquiera se esforzaban por entenderlo. Cortaban los árboles, dragaban los ríos más profundos y anchos, e intentaban drenar el terreno anegado.

La ciénaga era hermosa de día, pero escalofriante de noche. Sin una luz para iluminar el camino, Surim se habría perdido en la oscuridad más absoluta. Esquivó una telaraña que se extendía sobre el pantano y saludó a la enorme araña que aguardaba en el centro.

—Fíjate dónde tejes tus redes o acabarás en mi mesa —le dijo al insecto. Luego se volvió hacia la roca que se alzaba más adelante. Mientras avanzaba hacia la orilla del peñasco, prestó atención a los sonidos del pantano. Cada gorjeo, zumbido y graznido le traían a la mente a sus dueños. Un moscoirris pasó zumbando junto a su oído. El lejano graznido de un saltapantanos recibió respuesta desde un punto cercano.

Surim giró en un recodo del río y dirigió la embarcación hacia unos agujeros oscuros en la base de la enorme roca. Mientras avanzaba hacia el interior, las sombras parecieron retroceder ante su luz.

—¡Huid, sombras! —susurró—. ¡Huid tan rápido como podáis!

La barca se adentró en una caverna. Otra luz y una figura lo condujeron hacia el fondo. Tamun aguardaba cruzada de brazos.

—Llegas tarde.

—¿Ah, sí? —dijo él, sonriendo—. No sabía que tenía que llegar a una hora en particular.

Ella lo miró con los párpados entornados.

—Sabes a qué me refiero. Suelen volver antes de anoecer.

—Es verdad —admitió—. Ha sido una noche inusual. O la habitual noche inusual. —Guió el bote hasta el saliente y se incorporó—. ¿Cuántas veces ha de repetirse para que se convierta en una habitual noche inusual?

Ella hizo un gesto de hastío.

—Muchas menos que el número de veces que has dicho cosas tan estúpidas. Date prisa. Emerahl ha descifrado los secretos. —Tamun se volvió y caminó por el saliente hasta las cuevas.

Surim estaba visiblemente emocionado. Salió de la barca de un salto, la ató lo más rápido que pudo y siguió a Tamun a paso ligero.

Los dioses no estaban dispuestos a hablar de sus propias limitaciones, ni con mortales ni con inmortales. Cuando Tamun y él vieron indicios de que podía existir un pergamino con los secretos de una deidad muerta en algún lugar de Ithania del Sur, la revelación había sido dolorosamente tentadora. Él había considerado la posibilidad de abandonar la cueva para buscar el manuscrito por su cuenta. Casi habría valido la pena correr el riesgo de ser descubierto por los dioses. Casi. Lo que lo había retenido no había sido la idea de que los dioses pudieran verlo y mandar a matarlo, sino el hecho de dejar sola a Tamun durante tanto tiempo. Por primera vez en dos milenios. A él le gustaba pensar que podía sobrevivir sin ella. De los dos, él era el que más había cambiado en el último siglo. No quería arriesgarse a que ella no sobreviviera sin él.

«Nuestra fuerza es nuestra debilidad. Nuestra debilidad es nuestra fuerza. Ya fue bastante difícil aceptar que separaran nuestros cuerpos. La muerte es inimaginable».

Luego había aparecido Emerahl, que afortunadamente había aceptado el reto de encontrar el Manuscrito de los Dioses. Tamun pensaba que había corrido un riesgo demasiado grande al abandonar a los Pensadores y apostar por el tesoro. A Surim no parecía haberle preocupado. Para empezar, solo una persona dispuesta a correr riesgos habría emprendido la búsqueda. Y Emerahl no se había equivocado.

Siguió a Tamun hasta su cueva favorita. Ambos se recostaron en el nido de almohadones que Tamun había fabricado. Él la oyó inspirar

profundamente y soltar el aire despacio. Cerró los ojos y se sumió sin esfuerzo en un trance onírico, entrelazando su mente con la de Tamun.

:¿Emerahl?, la llamaron juntos.

:Tamun. Surim. Por fin.

:Te saludo, Surim, dijo otra voz.

Surim se sorprendió ligeramente.

:¿Gaviota?

:Sí. Soy yo.

:Pensé que el Gaviota querría saber lo que Emerahl tiene que decirnos —explicó Tamun—. Y el Gaviota estuvo de acuerdo en que ya era hora de que Mirar supiera de su existencia.

:Y yo aún estoy recuperándome de la sorpresa, añadió Mirar.

:Ahorraos las cortesías para más tarde —dijo Emerahl—. He descubierto cómo leer los ideogramas del colgante.

Cuando ella empezó a describir su hallazgo, Surim se emocionó.

:Es muy simple —dijo finalmente Emerahl—. No puedo creer que no lo viera al principio.

:La mayor parte de los acertijos son fáciles una vez que conoces la respuesta —le dijo Surim—. ¿Qué dicen los jeroglíficos?

:Empezaré por el lado del diamante en el que pone «dos luces / dos verdades». En los jeroglíficos se lee: «Todos los dioses nacieron mortales. Aprendieron a hacerse inmortales primero. Aprendieron a hacerse dioses después». Hay un espacio y luego dice: «Todos los dioses aman/odian/necesitan como los mortales. Todos los dioses necesitan a los mortales para ver/conectar/cambiar el mundo».

Los cinco inmortales permanecieron en silencio. A medida que este se prolongaba, Surim se preguntó si seguían conectados.

:Eso explica unas cuantas cosas, dijo, cuando no pudo soportarlo más.

:Desde luego, convino el Gaviota.

:De modo que los dioses fueron personas inmortales —intervino Mirar—. ¿Quiere eso decir que podríamos convertirnos en dioses? Eso explicaría por qué nos temen tanto.

:Temen que descubramos cómo transformarnos en deidades, arguyó Surim.

:Otra cosa es que queramos serlo —especuló el Gaviota en voz baja—. Según las inscripciones, los dioses sienten emociones humanas, pero necesitan a los mortales para cambiar el mundo.

:Para sentir deseo, pero no para satisfacerlo —añadió Mirar—. No me extraña que las deidades carezcan de sentido del humor.

:¿Explica el colgante cómo convertirse en dios, Emerahl?, preguntó Tamun.

:No, respondió ella.

:¿Has descifrado las otras caras del diamante?

:Sí.

:Cuéntanos qué dicen.

:Tres luces nos dan tres secretos —les dijo Emerahl—, a saber: «Ningún dios puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Ningún dios puede existir donde no hay magia. Ningún dios recoge y preserva las almas de los mortales muertos».

El silencio que siguió a la lectura de la lista se prolongó más que el anterior. Esta vez Surim estaba demasiado inmerso en las implicaciones como para sentirse incómodo.

«¡Los dioses no se llevan las almas!». La mentira que habían mantenido durante miles y miles de años era tan enorme que Surim estaba aturdido. «Necesitan a los mortales para afectar al mundo —pensó—. De modo que necesitan que los mortales creen que les hacen falta los dioses».

:Será una noticia tranquilizadora para tus tejedores de sueños, Mirar, dijo Emerahl.

:¿Tranquilizadora? No estoy convencido. Saben que al convertirse en tejedores renuncian a que sus almas perduren tras la muerte. Pero ¿qué pensarían si supieran que no se trata de un sacrificio especial?

:De todos modos, creo que la mayor parte de tu gente no cree en las almas, dijo Tamun.

:¿Y los otros dos secretos?, inquirió el Gaviota.

:Sabíamos que los dioses no pueden existir en los vacíos y sospechábamos que no podían estar en dos lugares a la vez —dijo Surim—. ¿Qué dice el último lado del diamante, Emerahl?

:Pensé que nunca me lo preguntarías —comentó ella en tono enreído—.

El cuarto, si lo recordáis, hace referencia a la muerte. Escuchad: «Todos los dioses tienen idénticos poderes. Ninguno puede afectar a otro, salvo si se halla en la posición adecuada». Hay un espacio y luego añade: «Si seis rodean a uno, este queda inmovilizado. Si seis rodean a uno y le quitan la magia, este es capturado o muere».

:¿Si seis rodean a uno?, repitió Surim.

:Uno encima, uno debajo, uno en cada uno de los cuatro lados —dijo Mirar—. La víctima en el centro. Si los seis le quitan toda la magia, el dios que está en el centro no puede existir.

:¡Los vacíos! —exclamó el Gaviota—. ¡Apostaría a que fue así como se crearon los vacíos!

:Por supuesto —dijo Emerahl—. Mmm. Me pregunto cómo me sentiré la próxima vez que esté en uno de ellos, sabiendo que un dios murió allí.

:Depende de la deidad —murmuró Mirar—. Si supiera dónde murieron algunos dioses en particular, no me importaría ir allí y hacer una pequeña fiesta.

Algo no encajaba. Surim se repitió los secretos unas cuantas veces hasta que cayó en la cuenta. «Si seis dioses tienen que rodear a otro para matarlo...».

:Solo hay cinco deidades —señaló—. ¿Dónde está la sexta?

:Sorli era la sexta. Se suicidó —le recordó Emerahl—. Acuérdate de la historia del manuscrito. Se culpó por lo que habían hecho y se quitó la vida.

:¿Cómo? —preguntó Mirar—. Ah, claro... Los vacíos. Debió de entrar en uno.

:Se hundió en el olvido —convino el Gaviota—. Su sentimiento de culpa debió de haber sido muy grande.

:¿Harías lo mismo? —preguntó Emerahl—. ¿Alguno de vosotros?

:Depende de la deidad otra vez —dijo Mirar—. No sentiría el menor asomo de culpa si pudiera librarme de la panda que tenemos ahora.

:Pero eres un tejedor de sueños. Vosotros no matáis, señaló Surim.

:No mato a seres humanos. Creo que podría hacer una excepción con los dioses, incluso si alguna vez fueron mortales.

:¿Por qué lo preguntas, Emerahl?, quiso saber Tamun.

:Quisiera saber —dijo Emerahl con una voz mental tensa por la agitación

— *si los inmortales podemos crear vacíos.*

Surim se estremeció.

:Podríamos intentar averiguarlo, sugirió Tamun.

:Tal vez entre nosotros, añadió Mirar.

:Si fuéramos seis —concluyó el Gaviota—. Pero solo somos cinco.

:Auraya podría..., empezó a decir Mirar.

:No lo hará —señaló Emerahl—. Aún cree que está al servicio de ellos.

:Podría haber cambiado de opinión últimamente, dijo él.

:No podemos asumir ese riesgo —intervino Tamun con firmeza—. Si se entera de que podemos matarlos, quizá los pondría sobre aviso. A diferencia de ellos, no podemos trasladarnos al otro extremo del mundo en un instante si fallamos.

:Deberíamos contarle el resto: todo lo que hemos averiguado, excepto cómo murieron los dioses —propuso Emerahl—. Debería conocer la verdadera naturaleza de los dioses a los que sirve.

Los demás expresaron su acuerdo entre murmullos.

:Entonces ¿qué hacemos con ella? —preguntó Mirar—. ¿Esperar a que otro inmortal consiga sus poderes? Podrían pasar otros mil años.

:Si no nos queda más remedio —respondió Tamun—. O hasta que los dioses le hayan hecho tanto daño y la hayan humillado tanto que lleguemos al convencimiento de que los odia igual que nosotros.

:Lo que ocurra primero —convino el Gaviota—. Aunque si la situación actual de Auraya acaba mal, no tendremos más remedio que esperar a que aparezca otro inmortal.

:No si lo puedo evitar, dijo Mirar.

:Escucha, Mirar —empezó a decir Tamun—. No corras riesgos innecesarios. La espera será muy larga si tenemos que aguardar a que dos inmortales consi...

:Me tengo que marchar, dijo Mirar de golpe.

Cuando la presencia de Mirar se desvaneció de la conexión, Surim exhaló un suspiro.

:Ojalá dejaras de alentarle de esa manera, hermana.

Los dolores en sus hombros se habían convertido en un martirio, y sus manos habían perdido hacía tiempo toda sensibilidad. Auraya abrió los ojos y enderezó a duras penas las piernas. Sus rodillas crujieron, y sus muslos empezaron a temblar.

«Esto no es bueno —pensó—. Estoy cada vez más débil. Debo ejercitarme». Flexionó los músculos y trasladó el peso de una pierna a la otra. Cuando sus manos empezaron a recuperar el tacto, sintió como si mil agujas le perforaran la piel. «Lo que daría por una cama...».

De pronto, el dolor se multiplicó por diez cuando algo le rozó el brazo. Auraya jadeó y levantó la vista, luego volvió a resollar sorprendida al ver dos ojos mirándola de cerca.

—¡Travesuras!

El viz estaba en el respaldo del trono, inclinándose sobre ella. Se dejó caer, y ella hizo un gesto de dolor cuando se posó sobre su hombro desnudo.

—¿Qué haces aquí? —susurró ella—. Te dije que te quedaras con la amable criada.

—*Ohuaya* —dijo él, haciéndole cosquillas en la oreja con sus bigotes—. *Hombe malo. Pesigue.*

Irradiaba temor y agitación. Auraya se concentró en los pensamientos del animalillo y captó varios recuerdos. Un hombre al que Travesuras reconocía, porque había pasado mucho tiempo con Auraya. Unos gritos. Unas descargas

de magia esquivadas por el viz, que huía.

—Nekaun —musitó Auraya—. Intentó matarte. —Envió al viz un sentimiento de cariño y orgullo—. Eres muy listo, Travesuras.

Él le dio un golpecito en la oreja.

—Rasca.

—No puedo —le dijo ella y tiró de las cadenas para demostrárselo—. Auraya está encadenada.

—*Suelta Ohuaya* —dijo él con decisión. Subió por su brazo y olfateó las manillas. Ella abrigó una esperanza y se volvió hacia los guardias. Parecían absortos en una conversación. Travesuras agitó los bigotes y de pronto bajó las orejas. Ella percibió su confusión y súbitamente cayó en la cuenta.

—No hay magia —le explicó—. Aquí no hay magia. Por eso no puedes abrir las manillas.

El viz no comprendió. Saltó al respaldo del trono y se agazapó en un extremo. Tenía los pelos de punta, y ella notó que estaba profundamente inquieto.

Como no podía decirle nada para tranquilizarlo, prefirió no hablar. Exhaló un suspiro, cerró los ojos y proyectó sus sentidos hacia el mundo.

Tenía por costumbre explorar los pensamientos de los dos Servidores que montaban guardia. Estaban en medio de una discusión sobre las dos ocasiones en que Sheyr había poseído a mortales y entrado en la cripta. No se les había pasado por la cabeza la posibilidad de que la deidad pudiera no haber sido quien se suponía que era. No sabían que uno de los hombres había enloquecido y el otro despertaba gritando varias veces por la noche. Ella lo sabía porque había escrutado sus mentes.

Abandonó a los dos centinelas y exploró los pensamientos de otros Servidores. Sus mentes estaban ocupadas con sus tareas diarias, agravios sin importancia, cotilleos, amigos y familiares, y la guerra. Buscó en ellos algo que fuera inusual. El nombre de Nekaun atrajo su atención varias veces. Unas cuantas mujeres, Servidoras y criadas, se sentían incómodas con las visitas de la Voz Primera a sus dormitorios. Auraya se abstuvo de indagar en estos recuerdos, luego topó con la criada que había estado cuidando de Travesuras. Se animó al descubrir que la mujer estaba alterada, tanto por el intento de Nekaun de matar al viz como por el hecho de que el animalillo no había

vuelto.

Auraya abandonó el Santuario y revoloteó por las mentes de los ciudadanos de Glymma. Sus pensamientos giraban en torno a las preocupaciones habituales: trabajo, familia, amor, hambre, comida, ambición, dolor y placer. También la guerra estaba presente en todos.

El día anterior había conseguido rebasar los límites de la ciudad y escudriñar mentes en las aldeas ribereñas. Ahora extendió sus sentidos en una dirección distinta. El número de personas era menor, lo que apenas la sorprendió, ya que todos parecían estar rodeados por la arena del desierto. La mayoría estaba pendiente de utilizar sus habilidades mágicas y físicas para mover cierto tipo de vehículo. Miró más de cerca y poco a poco cayó en la cuenta de que eran veleros impulsados por el viento que se deslizaban por las arenas del desierto.

«Parece divertido», pensó.

: ¡Auraya!

Al oír su nombre, se sumió automáticamente en un trance onírico.

: ¿Mirar?

: ¿Cómo estás?

: *Cansada. Dolorida. Nekaun intentó matar a Travesuras. Ahora el viz está aquí conmigo.*

: *El muy bastardo. Es una lástima que esta gente esté gobernada por semejante hombre. Los demás parecen mucho más decentes.*

: *¿Incluso Shar, el que utilizó a su vorán para matar gente inocente en Toren?*

: *Bueno..., casi no he tenido oportunidad de hablar con él. En cualquier caso, tengo algo que decirte. Los demás inmortales han decidido que lo debes saber.*

: ¿Los demás inmortales?

: *Sí. Emerahl y unos cuantos más que consiguieron evitar que los mataran los Blancos.*

: ¿Emerahl?

: *La mujer que te enseñó a ocultar la mente.*

: ¡Oh! ¡Jade!

: *Sí. Jade. Emerahl. La Arpía. —Hizo una pausa—. Están muy*

preocupados por ti y han estado ayudándome a buscar la manera de liberarte.

:¿De verdad? ¿A pesar de que soy una Blanca?

:Ya no eres una Blanca, Auraya.

:Oh, es verdad. Pero aun así. Soy una aliada de los dioses y todo eso.

:¿Seguro que estás bien?

:Sí. Solo estoy cansada. ¿Qué quieren transmitirme esos indómitos?

:Solo te puedo decir lo que consideran que se te puede confiar, le advirtió él.

Ella se esforzó por entender.

:¿Así que hay cosas que no están dispuestos a contarme porque no confían en mí?

:Sí.

:¿Y tú estás de acuerdo?

:Digamos que en realidad sé qué secretos puedes soportar y cuáles no.

Ella consideró sus palabras y se sintió agradecida por su actitud. «Me quiere contar algo, pero no me quiere poner en una situación difícil».

:Entonces ¿cuáles son los secretos que me puedes confiar?

:Hay una historia detrás. No puedo nombrar a todas las personas involucradas, pero, puesto que ya conoces a Emerahl, puedo describirte su parte en la historia sin desvelar ningún enigma.

Le explicó brevemente los rumores acerca de un pergamino que contenía los secretos de los dioses y le dijo que Emerahl lo había encontrado.

:¿Esa es la misión que tuvo que retrasar para instruirme?

:Sí. Ese manuscrito fue obra del último sacerdote de Sorli... —A continuación, le relató la historia del diamante—. Había seis dioses al final de la guerra —le dijo—. Sorli se quitó la vida después de preservar los secretos de los dioses para que otros los encontraran.

:¿Y los habéis encontrado?

:Sí, los halló Emerahl. Y los descifró. Esto es lo que los demás me han autorizado a decirte: todos los dioses nacieron mortales, se hicieron inmortales como nosotros y luego se transformaron en dioses.

:¿Antes fueron indómitos?

:Sí. Y antes fueron mortales comunes y corrientes, dotados y con poderes.

Pero hay más. Esto no te va a gustar. No creo que le pueda gustar a nadie. Desde luego, a los dioses no les haría ninguna gracia que lo supieran los demás. Podría...

:Venga, Mirar. Dilo.

:Los dioses solo pueden estar en un lugar al mismo tiempo y ningún dios puede existir donde no hay magia.

:Eso ya lo sé.

:Pero apostaría a que no sabes esto: los dioses no se llevan las almas de los muertos. Es una mentira que han venido utilizando durante milenios para asegurarse la obediencia de los mortales.

La curiosidad de Auraya se tornó en incredulidad.

:Eso no puede ser verdad. No lo creo.

:No quieres creerlo. Son las palabras de la propia Sorli, la sexta deidad, la que ayudó al Círculo a matar a todos los otros dioses. ¿Cuáles son sus palabras exactas? «Ningún dios recoge ni preserva las almas de los mortales muertos».

:Mentía. Probablemente estaba loca. Después de todo, se quitó la vida. Es posible que ni siquiera haya existido y que esto no sea más que una venganza de alguien, hace muchos siglos, contra los dioses.

:No lo crees porque no quieres creerlo. Y apenas te puedo culpar de ello. Yo...

:No, eres tú el que se lo cree porque quiere. Encaja a la perfección con tu visión del mundo, Mirar. Todo esto ¿no te parece sospechoso? Si quisiera engañarte, lo haría precisamente de esta manera: decirte lo que quieres oír de modo que no cuestiones lo que hay detrás. —Se le ocurrió algo desagradable y guardó silencio—. ¿Qué hay detrás?

:Eso es algo que no te puedo contar.

:Entonces... ten cuidado. Si es un truco, eso que no puedes contar podría ser la trampa.

Él se tomó un tiempo antes de responder.

:Lo tendré en cuenta. Hay otra cosa que, creo, te puedo decir.

:¿Qué?

:Cada vacío es el resultado del asesinato de un dios.

A Auraya la invadió una mezcla de alarma y entusiasmo.

:¿Explica el pergamino cómo se mataron los dioses unos a otros?

Él guardó silencio.

:¿Hay algún dios al que quieres matar?, preguntó Mirar finalmente.

:Tal vez.

:¿A quién? ¡Ah! A los pentadrianos, por supuesto. ¿Te han hecho algo?

:Me han encerrado en un vacío.

:Un deseo de venganza razonable, aunque algo personal, concedió él.

:Y conminaron a su pueblo a invadir Ithania del Norte, añadió ella.

:Sí, eso no fue muy considerado de su parte.

:Supongo que me vas a decir que los dioses circulianos han hecho cosas peores.

:Podría. Pero no lo voy a hacer. ¿De modo que no abrigas ningún sentimiento de venganza contra ellos?

:Solo un poco. Me parece justo que si Huan me quiere ver muerta yo le desee lo mismo.

:Es bastante razo... Espera. ¿Huan te quiere ver muerta?

:¿Por qué te sorprendes? Me advertiste de que las deidades intentarían matarme.

:Pero no lo han intentado.

:Chaia no deja de acudir a mi rescate. Bueno, en la medida de lo posible teniendo en cuenta que hay «reglas» que se lo impiden. Dice que no me puede liberar.

:¿En serio? Hubiera pensado que ninguno de los dioses circulianos podía entrar en el Santuario sin llamar la atención de las deidades pentadrianas.

:Yo también. —Ella le contó brevemente que Chaia se había hecho pasar por Sheyr en dos ocasiones, aunque sin mencionar por qué—. Él dice que Sheyr no alertará a los pentadrianos sobre lo ocurrido, ya que de hacerlo estaría admitiendo que los dioses circulianos los pueden suplantar.

:Y entonces la próxima vez que aparezca nadie sabrá si es él o no. Debe de resultar muy frustrante para él. Los otros... Ah. Tengo que marcharme, Auraya.

:Hagas lo que hagas, no pongas en peligro tu vida ni la de los tejedores de sueños por mí.

La mente de Mirar se había deslizado fuera de su percepción, y ella no oyó ninguna respuesta.

Suspiró e intentó relajarse, pero no pudo evitar volver a pensar en Mirar.

«Tiene mucha más seguridad en sí mismo que Leiard —pensó—. Aunque Leiard era así cuando estaba en el bosque. Solo se mostraba temeroso en Jarime y cuando había Blancos cerca. Excepto... que no temía nada mientras fuimos amantes. Era más como...».

La revelación fue como una sacudida de energía. Cuando Leiard había sido su amante, se había parecido más a Mirar. Mirar había estado con ella todo el tiempo que había pasado con Leiard, aunque en forma más vaga, medio olvidada.

Quizá era su estado debilitado y vulnerable el que estaba amplificando sus sentimientos, pero de pronto la invadió el anhelo de estar con él..., seguido de un temor igual de intenso.

«Debo tener cuidado —se dijo con desesperación—. Creo que podría enamorarme de cualquiera que me saque de este lugar, y nunca sabré si es real».

Durante los últimos días, el ejército dunwayano se había abierto paso entre las Montañas Huecas, a la derecha, y el mar, a la izquierda. El camino era una sucesión de curvas moderadas, el tiempo era apacible y el mar aportaba al aire un punto de frescor. El bosque de Dunway dio paso a un terreno rocoso cubierto de briznas de hierba y de arbustos, y árboles mecidos por el viento.

La escasez de la vegetación permitía vislumbrar con frecuencia fragmentos de arena blanca y aguas azules. Cada vez que veía una extensión de playa aparentemente idílica, Danyin se llevaba una decepción teñida de melancolía. Apenas podía detenerse para disfrutar de la belleza del paisaje; formaba parte de un ejército, y dicho ejército marchaba inexorablemente al encuentro de otro.

Los comerciantes que llevaban mercancías a Dunway utilizaban en ocasiones ese camino, pero la mayor parte del año el tiempo favorecía la navegación. De vez en cuando, I-Portak echaba un vistazo al horizonte en busca de sus propios barcos. Después de varios siglos de paz en Ithania del

Norte, solo los dunwayanos mantenían una armada y entrenaban a sus combatientes en el arte de la guerra marítima. Según los espías, los pentadrianos contaban con una pequeña flota y destreza suficiente para manejarla. Durante la guerra anterior, Danyin había preguntado a Lanren Rapsoda, el asesor de guerra de los Blancos, por qué los pentadrianos no habían navegado hasta Jarime en lugar de cruzar las montañas. El hombre le había explicado que el largo camino alrededor de las costas occidentales del continente habría sido lento debido a los vientos, que soplaban en contra, y que el lado oriental estaba protegido por la armada dunwayana. La flota de Dunway habría estado encantada de usar al enemigo para poner en práctica sus habilidades.

Sin embargo, nada impedía a los dunwayanos navegar hacia el sur. Sobre todo ahora que Sennon se había aliado con los circulianos. La armada dunwayana debía encontrarse con el resto del ejército en Karienne, la capital de Sennon, y defender a los navíos que proporcionaban suministros a las tropas que se dirigían al istmo de Grya, al sur.

«Pero primero debemos llegar a Karienne —pensó Danyin—. Al otro extremo del desierto de Sennon. Y confiar en que Sennon nos suministre suficiente agua para evitar que un ejército entero muera de sed».

El terreno era cada vez más seco. Tras hacer memoria, Danyin reparó en que había pasado al menos un día entero desde la última vez que había visto un árbol más alto que un hombre. Las matas de hierba eran más bajas y ralas. El suelo era tan árido y polvoriento que podría haber pasado por arena. Miró por encima de Elar y de I-Portak, y vio a los portadores de agua recorriendo de un extremo a otro la columna de tropas e inclinando sus grandes recipientes de piel para llenar los cuencos de los guerreros sedientos. Durante las siguientes semanas aumentaría la demanda de sus servicios.

I-Portak se acomodó en su asiento. Danyin se volvió hacia Elar y notó que su expresión era resuelta. Ambos miraban por encima de su hombro. El platén se inclinó, y Danyin reparó en que acababan de remontar una cresta y descendían abruptamente.

—Empieza el desierto —murmuró I-Portak.

Al igual que los demás asesores, Danyin se volvió. Un paisaje tenue y plano se extendía frente a ellos. Solo las ondas de las dunas perturbaban la

superficie. A partir de allí, el camino continuaba recto, cual lanza dunwayana, hasta perderse de vista. En el horizonte, jirones de arena o polvo ascendían hacia el cielo en espiral. Una tormenta de viento, tal vez. Danyin había oído hablar de tormentas del desierto tan violentas que desollaban a los viajeros o los enterraban vivos.

—Ese es el ejército —oyó decir a Elar—. Avanzan a buen paso.

Danyin se tranquilizó; no era una tormenta, sino los circulianos.

—Les daremos alcance esta noche —añadió I-Portak—. O antes, si hace falta.

Al volverse, a Danyin le alivió comprobar que Elar meneaba la cabeza.

—Esta noche será suficiente. No nos exijamos más de lo necesario antes de tiempo. —Sus hombros se alzaron y cayeron, delatando un suspiro. Danyin reprimió una sonrisa.

Estaba resultando un recorrido aburrido. Si bien Elar había pasado buena parte del viaje a Dram atenta a la mente del criado fugitivo, había «emergido» con la frecuencia necesaria para dar conversación... o para observar a Danyin y a Gillen entretenerse con el juego de fichas. Incluso Yem había sido una compañía más grata que I-Portak y sus asesores.

Elar se volvió hacia Danyin, y él notó que en el rostro de la Blanca se dibujaba una leve sonrisa. Esta se inclinó hacia delante.

—¿Has traído el tablero de fichas, Danyin?

Él asintió.

—¿Jugamos una partida para llenar el tiempo?

Sorprendido, sacó su bolso de debajo del asiento y luego extrajo el tablero de juego. Abrió como pudo el compartimento y empezó a colocar las fichas en las ranuras. I-Portak lo observaba con gran interés.

No sin cierto bochorno, Danyin descubrió que no podía llegar hasta la última ficha. Como siempre, el compartimento no se abría del todo. La pieza estaba en algún lugar en la parte posterior, pero no podía inclinar la caja o sacudirla sin desalojar las fichas que ya había colocado. Metió el dedo hasta el fondo y notó que la pieza estaba atrapada en el intersticio entre la estructura externa y el interior de la caja.

Danyin exhaló un suspiro, colocó las fichas sobre su regazo e intentó sacar la que había quedado enganchada. Cuando cerró el compartimento y lo

sacudió, oyó que algo repiqueteaba con fuerza.

«No —pensó de pronto—. Hay dos objetos dentro».

Volvió a abrir la caja y vio que la pieza del juego se había desplazado a la parte frontal. La sacó y volvió a meter la mano.

Aún había algo dentro. Algo un poco ancho para permitir que se abriera el cajón. Algo delicado.

Danyin llevó el objeto hasta el fondo de la caja y lentamente la giró. La pieza se deslizó fuera, y el cajón se abrió por completo. En la palma de su mano había un anillo blanco.

Elar se inclinó hacia delante y lo cogió.

—Es un anillo de sacerdote.

—Sí —dijo él—. Pero ¿cómo ha llegado a mi juego de fichas?

Ella se encogió de hombros y arrugó el entrecejo.

—A menos que... —Entornó los ojos y lo miró con desconfianza—. ¿Qué pasó con el anillo de conexión de Auraya?

Danyin cayó en la cuenta y se avergonzó de golpe. Notó que se le acaloraban las mejillas.

—Yo..., eh..., pues...

—No lo devolviste, ¿verdad?

Él extendió las manos.

—Nadie me lo pidió. Lo dejé a un lado y me olvidé por completo.

—¿Lo pusiste allí dentro? —Elar señaló el juego.

—No. —Danyin miró la caja y frunció el ceño—. Debe de haberlo hecho otra persona. Tal vez alguien que quería que lo encontrara.

Ella volvió a contemplar el anillo.

—¿Alguien que quería que te pusieras en contacto con Auraya?

—No puedo hacer otra cosa con él.

Para su sorpresa, Elar se lo devolvió.

—Póntelo.

—¿Ahora?

—Sí. Quiero saber si funciona.

Para hablar con Auraya... Lo invadió una mezcla de entusiasmo y vacilación. Levantó la vista hacia Elar.

—¿Qué pasará si...? —Se interrumpió y procuró no mirar a I-Portak.

—También llevas mi anillo —señaló Elar—. Podré escuchar todo lo que te diga.

Danyin inspiró profundamente y deslizó el anillo en su dedo. No ocurrió nada. Elar arrugó el entrecejo.

—Llámala —sugirió.

Él se imaginó a Auraya.

:¡Auraya!

Se produjo un silencio. Llamó una y otra vez, preguntándose si ella estaba ignorándolo, si estaba dormida o... —Y se empezó a alarmar ante la idea—muerta.

—Danyin.

Él levantó los ojos. Elar lo observaba con una expresión inescrutable.

—Dámelo.

Él se quitó el anillo y lo depositó sobre la mano extendida de Elar. La Blanca sonrió y deslizó la sortija bajo su cirque.

—Más vale que lo guarde por ahora —dijo.

—¿Creéis que...?

:No sé qué pensar —le dijo Elar—. Prefiero no especular hasta que Juran examine el anillo.

A continuación, Elar se inclinó hacia delante y lanzó una mirada significativa al tablero de juego.

—De aquello ha pasado mucho tiempo, pero solía jugar a un sencillo juego de fichas.

Él esbozó una sonrisa forzada, luego levantó el tablero y empezó a colocar las piezas de nuevo.

Diamyane seguía siendo ese lugar seco y desagradable que Emerahl recordaba de su visita anterior, camino a las Cuevas Rojas. El pánico se había instalado en la región desde que llegara la noticia del avance del ejército circuliano. El día anterior, los pentadrianos se habían hecho con el control de todos los barcos de la zona para impedir que cayeran en manos del enemigo. Ahora la gente huía de la ciudad por cualquier medio..., sobre todo a pie y con sus pertenencias a cuestas.

Su lugar como suministradora de remedios estaba siendo ocupado por los tejedores de sueños. Aquel día tuvo la impresión de que una de cada tres o cuatro personas era un tejedor. «No me extraña que los llamen “heraldos de guerra” —pensó Emerahl—. Se dice que los tejedores y las aves carroñeras aparecen siempre que estaba a punto de estallar una guerra. Los primeros curan a los heridos, los segundos se hacen cargo de los muertos».

En el pasado, ella siempre se había mantenido alejada de los campos de batalla, hasta la guerra anterior entre circulianos y pentadrianos. Los campos de combate no eran lugares recomendables. Ahora sentía una extraña reticencia a marchar. ¿Era la curiosidad por presenciar la batalla lo que la animaba a quedarse?

«No —decidió—. Es más que eso. Es la inquietante idea de que a los inmortales se nos puede presentar la oportunidad de utilizar la información del diamante. Por muy improbable que sea, si no estamos aquí para

aprovecharla, tendremos que esperar mucho hasta que se presente la próxima oportunidad».

Estaba claro que los dioses acudirían al lugar en el que se enfrentarían los Blancos y las Voces. Los Diez. En un solo lugar. Era algo que no ocurría a menudo. De hecho, era probable que solo se produjera en el curso de una contienda.

«Necesitamos seis inmortales. Todo apunta a Auraya. Si estuviera libre, ¿nos ayudaría a matarlos?»

»No. —Negó con la cabeza—. Pero si Mirar cree que existe la posibilidad de matarlos, tal vez deberíamos estar presentes, por si acaso estuviera en lo cierto».

Se volvió para mirar su habitación. El mobiliario era viejo y apenas había comodidades, pero tenía vista a la calle principal, la que conducía al pueblo. Sus ocupantes se habían marchado a toda prisa, dejando la mayor parte de sus pertenencias. No se sentía demasiado culpable por hacer uso de ellas, ya que cada noche tenía que echar a los saqueadores. Con los mercados cerrados, no le quedaba más remedio que empezar a dar cuenta de la pequeña despensa. «Supongo que podría comprar alimentos a los tejedores de sueños, pero ellos necesitarán lo poco que tienen, y lo que hay aquí se estropeará si nadie lo come».

Echó un vistazo por la ventana y vio pasar a una pareja de tejedores. Volvió a plantearse la cuestión de cómo matar a los dioses.

«Seis atacantes —pensó—. Uno arriba. Uno abajo. Uno en cada lado. ¿Cómo podemos hacerlo?».

A diferencia de los dioses, los inmortales estaban sujetos a las leyes de la gravedad. Podían situarse en los cuatro costados, pero para poder actuar debían estar necesariamente cerca del suelo. Las posiciones de arriba y abajo seguían planteando un problema.

«Excepto para Auraya —se recordó—. Ella puede volar. Por supuesto, el lugar de arriba es para ella, si decide ocuparlo. ¿Y el de abajo?».

Como seres incorpóreos, los dioses podían traspasar objetos sólidos. Era evidente que los inmortales no. Quienquiera que ocupara la posición de abajo iba a tener que confiar en encontrar una cueva o un túnel a mano en el lugar adecuado.

«¿Y cuál es el lugar adecuado? —Emerahl frunció los labios—. Lo más probable es que los Blancos y las Voces se den cita antes de la batalla para intercambiar las amenazas y bravatas habituales. —Sonrió cuando se le ocurrió el lugar en el que presumiblemente tendría lugar el encuentro—. En el istmo».

Tras recordar su última visita a Diamyane, pensó en el túnel por el que había pasado con la familia que se había desplazado al norte para oír predicar al Hombre Sabio de Karienne. Estaba controlado por ladrones, pero eso tenía remedio.

«Puede que hayan huido, junto con los lugareños. Aunque lo más probable es que estén saqueando casas, actividad que ahora mismo debe de ser más lucrativa». Su sonrisa se ensanchó al recordarlos escapando de su magia cuando había derretido la verja que utilizaban para asaltar a los viajeros que pasaban por el túnel.

El único problema con aquel pasadizo era que atravesaba el istmo, no se extendía a lo largo de él. Y estaba situado cerca de la costa de Diamyane. Eso quería decir que ella y los demás inmortales tenían que confiar en que la reunión tuviera lugar justo encima del túnel, lo que era poco probable. Lo más seguro era que se produjera en el centro del istmo.

Luego recordó lo que le había dicho el padre de la familia. Según él, en el pasado había habido varios pasos subterráneos que atravesaban la estrecha franja de tierra que unía los dos territorios, pero habían sido rellenados de tierra. Tal vez se pudieran abrir algunos.

«Pero ¿cuáles? Bah, no hago más que soñar despierta —pensó con acritud—. Y probablemente nada cambiará. —Se puso en pie, se dirigió a la cama y se tumbó—. Ya va siendo hora de que averigüe qué está tramando Mirar».

Cerró los ojos, redujo el ritmo de su respiración y se adormeció. Cuando alcanzó el estado necesario, pronunció el nombre de Mirar. No hubo respuesta, de modo que proyectó sus sentidos para explorar de forma superficial las mentes de los alrededores. La mayor parte de la gente estaba, como era de esperar, sumida en pensamientos relativos a la inminente contienda. Se proyectó hacia los muelles y encontró unos cuantos espías pentadrianos. Luego siguió a los escasos comerciantes, viajeros y pentadrianos con autorización para estar en el istmo. Buscó en esa zona y no

encontró pensamientos de hombres o mujeres bajo el puente.

: ¡Emerahl!

Emerahl abandonó la exploración.

: Mirar. ¿Cómo va todo en Glymma?

: Igual. ¿Dónde estás?

: En Diamyane.

: ¿Cuándo te irás?

: No... No lo sé —admitió ella—. Empiezo a pensar que todos deberíamos estar aquí, por si acaso. Si no se presenta la oportunidad de matar a los dioses, no perdemos nada. Pero si se presenta y no estamos aquí...

: No nos lo perdonaremos, concluyó él.

: Sí.

Ella le contó sus ideas sobre la forma de situarse alrededor de los dioses y el túnel.

: Vale la pena investigarlo. Pero reconoces que si atacamos durante el encuentro de los Blancos y las Voces, los que no estemos bajo tierra estaremos a la vista de todos, ¿verdad?

: Sí. Y si aceptas proteger a los pentadrianos, estarás allí de todos modos. En cuanto al resto de nosotros, tendremos que confiar en que los dioses estén atentos a la reunión. Podría disfrazarme de... Tengo una idea. ¿Te importaría si me hiciera pasar por tejedora de sueños?

Ella percibió su entusiasmo.

: ¿Por qué me lo preguntas? No me lo consultaste la última vez.

: No sabía que estabas cerca para preguntártelo, respondió ella.

: Es verdad. Será un placer tenerte entre los míos. Si encuentro una excusa para que los tejedores de sueños acompañen a los pentadrianos hasta el istmo, podrías ir con ellos.

: Entonces Surim y Tamun tendrán que acercarse desde los lados. En botes.

: Sí. Solo tengo que liberar a Auraya.

Ella percibió una pizca de desesperación.

: ¿Aún no se te ha ocurrido nada?

: He explorado las mentes de varios Servidores, pero lo único que he averiguado es que sería imposible colarse dentro y escapar sin más. Por el

momento solo se me ha ocurrido insistir en que me dejen ver a Auraya para comunicarle personalmente la derrota de los Blancos. Eso la mantendría viva hasta después de la batalla. Entonces volvería a Glymma a hurtadillas mientras los pentadrianos celebran su victoria y la liberaría.

:Un plan audaz. Auraya te odiará por ayudar a matar a los Blancos.

:También se culpará de ello. No obstante, puestos a elegir entre la vida de Auraya y la de los Blancos, no me cabe ninguna duda. Y tengo la sensación de que ya empieza a culpar a las deidades circulianas de su situación. Al parecer, odia a Huan, de la que dice que organizó la captura de los siyís y está decidida a matarla. Chaia ha admitido que la podría liberar si los demás dioses estuvieran de acuerdo.

:De modo que mataría a Huan, pero no a los otros. No sé cómo podríamos organizarlo.

:Además, para que tu plan funcione tendríamos que liberarla antes de la batalla.

:Sí. Mmm. Se me acaba de ocurrir algo. No solo necesitamos a Auraya para completar el sexteto de inmortales; ella es la única que puede percibir si los dioses realmente están donde necesitamos que estén.

:Te estás tomando esto bastante en serio, ¿eh?

:Solo intento averiguar cómo hacer que funcione, en caso de que se presente la oportunidad.

:Entonces primero deberías poner a prueba la teoría. Quiero asegurarme de que puedo absorber suficiente energía para crear un vacío antes de ponerme al lado de los Blancos y las Voces e intentar matar a sus dioses.

:Sí, no estaría mal averiguar si funciona. Uno de nosotros tiene que tratar de crear un vacío. Uno de los Mellizos tal vez, ya que el uso de tanta magia atraería más atención de la que tú y yo necesitamos.

:Sí. Entonces habla con ellos. Yo hablaré con Arlij, a ver si hay alguna manera de liberar a Auraya antes de la batalla.

Emerahl sintió una punzada de preocupación.

:Ten cuidado.

:Siempre tengo cuidado. Después de todo este tiempo, le he cogido mucho cariño a esto de estar vivo.

Cuando su presencia se desvaneció, Emerahl dirigió sus pensamientos

hacia los Mellizos.

:Surim. Tamun.

Respondieron con la prontitud habitual.

:Saludos, Emerahl.

:Tengo algunas ideas y sugerencias para vosotros.

:¿Sí?

:¿Cuánto tardaríais en llegar a Diamyane junto con el Gaviota?

:Mira, Emerahl —dijo Tamun en tono severo—. Ya hemos discutido esto y conviniste con nosotros en que Auraya jamás se volvería contra los dioses.

:Es verdad. Pero si existe la menor posibilidad de que lo haga, creo que deberíais estar en el istmo. Escuchad...

Desde que la habían bañado en agua fría, Auraya no había dejado de tiritar. Ansiaba una manta o, al menos, un poco de magia con la que calentar el aire alrededor. Travesuras se había enroscado en su cuello. Tenía mal aliento, y ella no quiso imaginar qué clase de alimaña había cazado y comido para despedir semejante pestilencia. Estaba agradecida por el ligero calor que le daba, pero era demasiado pequeño para que se notara. Le dolían el pecho y los hombros...

«Piensa en otra cosa», se dijo.

Pensar le resultaba difícil. Estaba agotada, y su mente parecía más embotada cada día. Pero le sobraba el tiempo. De vez en cuando se mantenía ocupada reflexionando sobre los secretos que Mirar le había confiado. Aparentemente esos secretos habían sido transmitidos por una diosa que se había quitado la vida. ¿Cómo podía suicidarse una deidad? Arrugó el entrecejo, convencida de que la respuesta era importante. Podía constituir una pista sobre cómo se habían matado los dioses unos a otros.

«Cada vacío es el resultado del asesinato de un dios».

Esa era otra pista. Un vacío era un espacio sin magia. Los dioses eran seres de magia, razón por la cual no podían internarse en un vacío. ¿Qué pasaba si lo intentaban? ¿Morían? En caso afirmativo, eso podía explicar el suicidio de la diosa.

¿Podían las deidades obligar a entrar en un vacío a otros dioses? Tal vez.

Pero Mirar le había dicho que los vacíos eran el resultado del asesinato de un dios. Eso quería decir que estos espacios se creaban deliberadamente. Tal vez a fin de matar.

«De modo que ¿cómo se crea un vacío? ¿Cómo puede producir un dios ausencia de magia? Bueno, eso es evidente: drenando toda la magia de un lugar».

Auraya parpadeó. ¿Realmente era tan sencillo? ¿Absorbía un dios toda la magia del lugar en el que se encontraba otro para matarlo? ¿Qué impedía que el otro dios hiciera lo mismo? ¿Por qué sencillamente no se esquivaban?

Meneó la cabeza. Todas esas preguntas la agobiaban. Dejó que sus pensamientos vagaran sin rumbo durante un rato. Estaba demasiado cansada para explorar mentes. Sus sentidos estaban embotados, y no tenía fuerzas para concentrarse.

Un tiempo después oyó unas pisadas, pero no se molestó en abrir los ojos para averiguar quién era. Solo se incorporó cuando Travesuras se desenroscó de su cuello y sintió un golpe de aire frío en la nuca.

—Auraya.

En el borde de la tarima había una figura brillante. Sheyr.

—¿Chaia? —dijo ella, sorprendida.

—Sí. He venido a ofrecerte una escapatoria, Auraya.

—¿Finalmente se han puesto de acuerdo los demás dioses? —El esfuerzo para hablar le provocó ganas de toser. Se resistió—. ¿Qué has hecho para convencer a Huan?

Él sonrió.

—No lo he hecho. No están al tanto y no aprobarían lo que estoy a punto de ofrecerte.

Ella se irguió y abrigó una esperanza. ¿Estaba dispuesto a enfrentarse a los demás por ella? Luego tuvo un acceso de tos. Cuando terminó, se sintió mareada. Le quemaban los pulmones.

—¿Cuál es la oferta? —susurró ella.

—No te puedo soltar —dijo él—. Los demás no me lo permiten. Pero no han dicho nada acerca de enseñarte. Te puedo enseñar algo que te permitiría liberarte.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Él sonrió.

—Sigue. Te escucho.

—Desde hace algún tiempo tengo claro que tus habilidades superan con creces las de cualquier hechicero. Eres inmortal, pero eres más poderosa que los inmortales. Puedes oír nuestras conversaciones. No me llevaría mucho tiempo instruirte para que te unas a nosotros.

—¿Unirme...? ¿A vosotros?

—Sí. Para que seas una diosa tú también.

«Debe de estar burlándose de mí —pensó—. Pero ¿por qué? Sería una broma ridícula. Tal vez sea Sheyr. Ha venido a atormentarme».

En algún lugar en el fondo de su cerebro oyó la voz nítida de Mirar. «Todos los dioses nacieron mortales, se hicieron inmortales como nosotros y luego se transformaron en dioses».

Una emoción tan intensa como dolorosa se apoderó de ella. «¡Podría ser una diosa!».

Pero la voz de Mirar persistía en sus recuerdos. «Los dioses solo pueden estar en un lugar al mismo tiempo y ningún dios puede existir donde no hay magia».

«Bueno, tiene que haber un precio —pensó—. Y este debe de ser mejor que estar muerta».

«Los dioses no se llevan las almas de los muertos».

Arrugó el entrecejo y negó con la cabeza. El movimiento la mareó. Inspiró profundamente para estabilizarse, pero acabó tosiendo nuevamente. Cuando recuperó el aliento, alzó la vista.

—¿Por qué?

Él sonrió.

—No quiero perderte, Auraya. Estás enferma. Tu cuerpo se morirá si no tienes oportunidad de curarlo. Si fueras una diosa, nunca más volverías a enfermarse. Podríamos estar juntos eternamente.

—Pero si muriera estaríamos juntos de todas formas. Tendrás mi alma.

A Chaia se le borró la sonrisa de la cara.

—No sería lo mismo, Auraya. Los muertos no pueden tocar a los vivos. Quiero que rijas el mundo a mi lado.

—¿Y al lado de Huan?

—No, si no quieres.

—Si fuéramos enemigos, no sería bueno para los mortales.

—¿Dejarías que te impidiera desarrollar todo tu potencial?

Ella apartó la vista.

—No.

Él extendió una mano.

—¿Te unirás a mí, Auraya?

Ella se derrumbó sobre las cadenas. «No sé si quiero convertirme en una diosa, quedar separada del mundo físico, aprehenderlo únicamente a través de las mentes de los mortales. Y los otros inmortales serían invisibles para mí. ¿Me consideraría Mirar su enemiga?». Las posibles consecuencias se amontonaban una sobre otra, abrumando su agotado cerebro.

—No lo sé —dijo—. Estoy demasiado cansada para pensar. Necesito un tiempo.

Chaia inclinó la cabeza afirmativamente.

—Muy bien. Te diré lo que tienes que hacer. Estás enferma, y temo que cuando vuelva sea demasiado tarde.

Auraya asintió. Cerró los ojos y se concentró con todas sus fuerzas en escuchar a Chaia describir lo que debía hacer para convertirse en una deidad.

Mirar había reconstruido la ruta hasta la caverna subterránea a partir de los recuerdos y pensamientos de los Servidores y criados que vigilaban o atendían a Auraya. Había tres verjas, cada una de ellas protegida por dos Servidores con poderes mágicos.

Cuando estuvo cerca de la primera verja, los dos Servidores que montaban guardia se pusieron alerta. Mirar les sonrió.

—¿Así que es aquí donde mantienen prisionera a la famosa Auraya? —preguntó con aparente desinterés.

Los dos hombres se miraron, luego uno se volvió hacia Mirar y asintió.

—¿Puedo entrar? —preguntó Mirar.

—Solo en compañía de una Voz —dijo el otro centinela.

Mirar miró más allá de la verja y se encogió de hombros.

—Tal vez en otra ocasión. —Dio media vuelta y desanduvo sus pasos.

No había esperado nada distinto. Las Voces debían de tener una razón para mantenerla con vida, de modo que no querrían que él la matara. Aún.

Las Voces se enterarían de su visita a las verjas. Eso también formaba parte de su plan. Quería que supieran que pensaba en Auraya y que ella era una pieza clave en cualquier trato que él hiciese con ellos.

Al girar en una esquina, se detuvo y parpadeó sorprendido. Nekaun avanzaba hacia él.

«Desde luego, las noticias se propagan con rapidez en el Santuario. Debe

de tener gente vigilando todos los pasillos que llevan a la parte subterránea».

—Voz Primera Nekaun —dijo Mirar—. Qué coincidencia. Justo me estaba preguntando con quién debo hablar para que me lleve a ver a Auraya.

Nekaun arqueó las cejas.

—¿Quieres hablar con ella?

Mirar hizo una mueca.

—No. Solo quiero verla. Nuestras conversaciones eran divertidas cuando estaba libre, pero me temo que ahora no sería entretenido batirme en duelos verbales con ella.

Nekaun pasó a su lado y se volvió hacia él.

—Entonces ven. Disfrutemos al menos de la vista.

Los dos guardias no parecieron sorprendidos cuando aparecieron Nekaun y Mirar; abrieron la verja de inmediato. Más allá, las paredes eran de piedra sin revoque. Todas las superficies estaban cubiertas de polvo.

—Tengo la sensación de que este lugar no se utiliza desde hace mucho.

Nekaun sonrió.

—No. Es la antigua ermita.

—¿Ermita?

—Esta colina es un lugar sagrado desde hace milenios. El Santuario fue erigido sobre las ruinas de un antiguo lugar de adoración: la ermita de Iedda.

—¿Iedda? ¿Uno de los dioses muertos? —preguntó Mirar, sorprendido—. Hubiera pensado que tus divinidades habrían elegido otro lugar, uno que no tuviese conexión con los viejos dioses.

—¿Por qué? La maldad de las viejas deidades murió con ellas.

Mirar alzó la vista hacia el techo y asintió.

—Supongo que construir sobre la ermita es como sustituir las viejas costumbres. Si aún existiera, incluso en ruinas, los recuerdos durarían más tiempo.

—Aún existe —le aseguró Nekaun—. Sígueme.

Cruzaron otra verja. El pasillo descendió otro trecho, luego giró abruptamente. Dos Servidores montaban guardia ante la tercera verja. Dentro, al fondo, había una cripta. Lo primero que atrajo la atención de Mirar fue un trono enorme, desproporcionado.

Luego vio la figura encadenada al trono. Desnuda, cubierta de mugre y

más delgada de lo que él la recordaba, Auraya estaba desplomada en la tarima. Mirar notó que su frente estaba empapada en sudor y que respiraba a duras penas.

No parecía estar despierta.

—¿Qué es lo que la retiene allí? —preguntó a regañadientes.

—Está en un vacío. ¿Sabes lo que es un vacío?

Mirar inclinó la cabeza afirmativamente.

—Me los he encontrado en el pasado. —No podía apartar los ojos de Auraya, pese a que sabía que Nekaun lo observaba atentamente.

—Te da lástima —dijo el líder pentadriano.

Mirar exhaló un suspiro y asintió.

—Me dan lástima todos aquellos a los que los dioses, es decir, los dioses circulianos, utilizan y manipulan. No puedo evitar preguntarme cómo habría sido su vida si los sacerdotes del Círculo no le hubieran enseñado a odiar. Tengo la mala costumbre de compadecerme de mis enemigos.

—¿Crees que podrías deshacer el daño?

—No —dijo Mirar, negando con la cabeza—. Ella jamás lo permitiría. Me mataría a la primera oportunidad.

Nekaun dejó escapar un ruido de satisfacción.

—No tendrá esa oportunidad. Pero, por supuesto, si los Blancos ganaran la guerra no sería Auraya a quien tendrías que temer.

Mirar se volvió hacia Nekaun y lo miró fijamente.

—No puedo luchar a vuestro lado —dijo con franqueza a la Voz Primera—. Ni lo puede hacer mi pueblo. Romperíamos una ley milenaria. —Bajó la mirada—. Pero puedo usar mis poderes a modo de defensa. Os puedo proteger a ti, a las otras Voces o a vuestro ejército. Solo os pediría un pequeño favor a cambio.

Nekaun entornó los párpados.

—¿Qué favor?

Mirar se volvió hacia Auraya.

—Quiero ser el que le dé la noticia de la derrota de los Blancos.

Nekaun esbozó una leve sonrisa.

—Ah.

Al ver que Nekaun no decía nada más, Mirar se volvió hacia él.

—¿Aceptas mi oferta y las condiciones? —Mirar hizo una pausa y arrugó el entrecejo—. Supongo que querrás consultarlo con los demás.

La Voz Primera echó un vistazo a Auraya y meneó la cabeza.

—No hace falta. Hemos discutido todas las opciones y posibilidades. Esta es aceptable.

Extendió la mano con la palma hacia arriba y los dedos separados. Mirar se tomó un instante y luego lo imitó. Se estrecharon la mano.

—Es un trato.

Mirar asintió.

—Es un trato.

Nekaun apartó la mano, dio media vuelta y empezó a caminar corredor arriba. Mirar miró una vez más a Auraya y lo siguió.

—También debería añadir que, en mi experta opinión, tu prisionera parece aquejada de fiebre —dijo en voz baja—. Y no me gusta cómo suena su respiración. Preferiría que esté con vida y lo bastante lúcida para entender la noticia de que su mundo se ha acabado, cuando llegue el momento.

Nekaun lo miró e inclinó la cabeza afirmativamente.

—Sería una lástima que se perdiera el fin de la historia. Haré que la examinen mis curanderos.

Mirar asintió.

—Si necesitas consejo de los tejedores de sueños, estoy seguro de que mis hombres estarán encantados de ayudar.

—Gracias. Lo tendré en cuenta, si mis Servidores topan con dificultades.

Había algo acerca del ofrecimiento de Chaia que no tenía sentido, pero Auraya no conseguía reunir la fuerza necesaria para meditarlo.

«Qué más da. ¿Por qué me tomo la molestia, de todos modos? Puede que no me guste la idea de no tener cuerpo, de tener que percibir el mundo a través de los mortales, pero eso debe de ser mejor que estar muerta».

Especialmente si Mirar llevaba razón y los dioses habían estado mintiendo acerca del destino de las almas de los muertos. Pero Chaia no lo había negado, ¿o sí? Había dicho algo acerca de que las almas de los muertos no podían interactuar con el mundo de los vivos. Un dios sí podía. De

modo que ¿no era eso mejor?

Pensó en ello durante un rato, pero su mente se extraviaba. Luego, de pronto, un golpe frío la despertó. Agua. Empezó a temblar otra vez. Un criado acercó un tazón de gachas a su boca. Ella sorbió un poco y luego empezó a toser sin parar...

Sintió una bofetada. Notó que se había desmayado. Intentó incorporarse. «Debo comer. Abrir los ojos...».

Era la primera vez que veía el rostro que tenía delante. Un hombre con el ceño fruncido. Había otros. «¿Qué hacen aquí?». Luego vio a Nekaun a unos pasos de la tarima y de pronto se puso más alerta de lo que había estado en días.

En las mentes de los Servidores presentes leyó que habían recibido la orden de curarla. Averiguó el diagnóstico de su estado: sus pulmones estaban infectados, y su cuerpo estaba deshidratado y débil por falta de alimento. También percibió que no les hacía ninguna gracia curarla; habrían preferido dejarla morir.

Los mejunjes que frotaron en su pecho y sus brazos desprendían un olor dolorosamente familiar. Al menos estaban utilizando los remedios adecuados. Sacaron un camisón grande. Uno de los Servidores se acercó a Nekaun, que dejó caer un objeto pequeño en la mano del hombre. El Servidor volvió y se acercó al brazo izquierdo de Auraya, a quien le dio un vuelco el corazón cuando oyó que se soltaba la manilla: Nekaun le había dado la llave al hombre. Ella la contempló y no pudo pensar en otra cosa; era aquel pequeño objeto el que la mantenía presa. Algo tan sencillo. Cualquiera podía usarlo. No hacía falta magia...

Luego el brazo cayó a un costado, y un intenso dolor le desgarró el hombro. Se olvidó de todo lo demás.

Los Servidores le masajearon el brazo y el hombro hasta que el dolor empezó a remitir. Dejaron caer el camisón sobre su cabeza, introdujeron el brazo en la manga y volvieron a engrilletarlo. Luego le soltaron el brazo derecho y le colocaron ese lado de la prenda. La tela era áspera y no le calentaba las manos ni los pies, pero aún podía aliviarse sin mancharse la ropa.

El Servidor devolvió la llave a Nekaun y ayudó a los otros a darle más

agua y a alimentarla con pan. Cuando terminaron, ella apoyó la espalda en el trono, exhausta pero sin hambre ni sed por primera vez en varias semanas. Con los ojos entrecerrados, observó marcharse a Nekaun y a los Servidores.

«Dejadme salir del vacío —les dijo en su mente—. Lo único que necesito para curarme es magia. —Cerró los ojos—. O convertirme en una diosa».

Luego arrugó el entrecejo. «¿Cómo puedo convertirme en diosa si estoy en un vacío? Los dioses son seres de magia. No pueden existir en un vacío. Tan pronto me convierta en una deidad dejaré de existir».

Meneó la cabeza. Chaia debería intentar liberarla primero. Pero no era eso lo que le había dicho. Le había dicho que ella lo podía hacer por sí misma, en su ausencia.

De pronto, sintió una oleada de frío, más gélida que el agua que la había aterido poco antes.

«A menos que sea una trampa».

¿Estaba Chaia intentando librarse de ella?

«Pero me ama».

No había manera de convertirse en diosa y seguir con vida.

Un suave gorjeo atrajo su atención hacia el lugar en el que se encontraba. Travesuras tenía clavados los ojos en la entrada.

—*Hombe* malo —dijo con voz queda.

—Sí —convino ella—. Ya se ha marchado.

Lentamente empezó a contemplar distintas posibilidades. Si de verdad tenía la capacidad de convertirse en una diosa, Chaia podía querer evitarlo incitándola a realizar la transformación en el único lugar donde esto la mataría.

Si él la quería ver muerta, algo le había hecho cambiar de opinión sobre ella. Huan afirmaba que ella era peligrosa. ¿Había ocurrido algo que lo había convencido de ello?

De pronto, recordó que Mirar le había dicho que los otros indómitos tenían secretos importantes. Unos secretos que no le podía confiar. Pensó en su pregunta: «¿Hay algún dios al que quieres matar?». Ella había pensado que él había estado frivolisando, pero ¿y si no había sido así? ¿Y si los indómitos realmente podían matar a un dios?

«Entonces él es la amenaza, no yo. Chaia debería saber que yo jamás...

Pero, claro, lo haría si tuviera que elegir entre mi vida y la de Huan...».

Auraya torció el gesto. Evidentemente él no pensaba igual. O no se fiaba de que ella no intentara matar al resto de las deidades. Ya no podía leer su mente y, según él mismo había admitido, ella había acumulado más poderes que los de un inmortal.

Estaba claro que él no se fiaba de ella. Había intentado matarla. Permaneció largo rato con la mirada perdida, sintiéndose sola y traicionada. Estaba demasiado cansada para tener rabia, demasiado agotada para inventarse excusas. Solo le quedaban energías para aceptar lo inaceptable. Inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco, dejando escapar el último jirón de su lealtad hacia los dioses.

:Danyin.

La voz era somnolienta y triste. Al cabo de unos instantes, Danyin cayó en la cuenta de que ya no estaba dormido, ni despierto del todo.

:Daaanyiiin.

La voz le resultaba familiar. Al reconocerla, se sorprendió levemente.

:¿Auraya?

:Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

:Dormido.

:No del todo. Estamos conectando en sueños otra vez.

:¿Lo estamos? —Danyin se alarmó y despejó la mente—. ¿Dónde estáis?

:Sigo encadenada. Me siento mejor. Estuve enferma. Creo que estuve a punto de morir. Evidentemente eso no formaba parte de los planes de Nekaun. Ha mandado que me traigan ropa y algo de comida.

¿Ropa? Danyin se horrorizó al comprender lo que eso significaba.

:¿A que no tenías previsto volver a luchar en una guerra tan pronto?, dijo ella.

El comentario de Auraya le inspiró cierta desconfianza. ¿Cómo sabía lo de la guerra? ¿Se lo habían contado las Voces? Claro, debía de ser eso.

:No, dijo él con tiento.

:He estado observando al ejército —le dijo ella—. Observándoos cruzar el desierto. Observando a los pentadrianos prepararse para ir a vuestro

encuentro. Ojalá tuviera algo que decirte.

:¿Decirme...?

:Algún secreto sobre los pentadrianos. Algo vital para ayudarlos a ganar la guerra. Pero los espías y asesores de los Blancos ya lo saben todo.

:¿Cómo os habéis...?

:Explorando mentes, Danyin. No tengo mucho más que hacer, excepto hablar con Travesuras, y ya sabes lo buen conversador que es. Ojalá pudiera conversar contigo más a menudo. Todos sabemos que las Voces me matarán antes del encuentro con los Blancos. Durante lo que me queda de vida sería agradable hablar con alguien que no me exija constantemente que le rasque ni me derrame encima trocitos de lo que sea que haya conseguido cazar y comer.

Danyin tuvo una sensación de ahogo. ¿Cómo podía hablar con tanta naturalidad de su muerte? ¿Tal vez porque se lo estaba inventando todo?

«No —pensó—. Hay algo más. Le está restando importancia, pero en realidad está desesperada. —Sintió lástima por ella—. Está sola y sabe que está condenada. ¿Cómo es posible que la extraordinaria mujer a la que conocí acabe de esta manera? Supongo que la única alternativa es morir en alguna batalla mágica espectacular».

:¿Danyin?

:Estoy aquí.

:Si necesitas pruebas de que esto no es un sueño, te diré algo. Un mensajero del emperador de Sennon está a punto de llegar al campamento.

Y luego su presencia se desvaneció. Danyin abrió los ojos, se sentó y miró alrededor. Cogió su manta para protegerse del gélido aire nocturno del desierto, se levantó y abandonó su tienda de campaña.

La idea de que Auraya los observaba era a la vez inquietante y tranquilizadora. Tenía que averiguar si era verdad, y la mejor manera de saberlo era dirigirse a la tienda de los Blancos y comprobar si llegaba un mensajero del emperador sennense.

Bajo la luz de la luna, las tiendas del campamento circuliano parecían un gran ejército fantasma. Se extendían en todas las direcciones, iluminadas por lámparas desde el interior o por hogueras desde el exterior. Las tropas no eran más numerosas que las que se habían enfrentado y vencido a los

pentadrianos unos años atrás —de hecho, eran más reducidas—, pero desde el lugar en el que se hallaban las filas parecían interminables.

La franja de desierto en la que el ejército se había apostado para pasar la noche era relativamente rasa. Como no había accidentes destacables como ríos o colinas, las tiendas de campaña, carros de suministros y platenes habían sido dispuestos siguiendo una pauta circular: una rueda en la que los Blancos y los líderes aliados ocupaban el centro, y los ejércitos de cada pueblo estaban separados por radios. Danyin no sabía si esa distribución tenía alguna ventaja táctica. Tal vez la utilización tan ostensible del símbolo de los dioses tranquilizaba a la mayoría.

Cuando llegó a la tienda del consejo militar, pidió al guardia que solicitara permiso para dejarlo pasar.

«¿Necesitamos tranquilizarnos? —se preguntó Danyin—. Ganamos la última vez. Pero tener a los dioses de tu lado no te garantiza la victoria. Los pentadrianos son una prueba de ello. Esta vez nos conocen mejor. No cometerán los mismos errores».

—He aquí nuestro siempre suspicaz Danyin —dijo una voz familiar desde el interior.

La puerta de la tienda se abrió, y Elar le hizo una seña para que entrara. Vio que Juran y Dyara estaban de pie junto a una mesa cubierta por un mapa que Danyin reconoció de la guerra anterior. Mairae y Rian no estaban presentes.

El líder circuliano miró a los ojos a Danyin e inclinó la cabeza. Danyin hizo la señal del círculo.

—Bien, Danyin. ¿Por qué no puedes dejar de preocuparte? —preguntó Elar.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió él—. Consideradme vuestra fuente de dudas personal.

Elar arqueó las cejas y se volvió hacia Juran, que la miró esbozando una leve sonrisa.

—¿He dicho algo inadecuado? —preguntó Danyin.

Elar se rio.

—No. Juran me estaba diciendo algo similar hace unos momentos. Dice que eres mi conciencia y sentido común.

—¿En serio? —Danyin se volvió hacia Juran. Se preguntó si eso quería decir que el Blanco la consideraba carente de juicio y sentido común.

Juran soltó una risita.

—No confías ciegamente en que las cosas salgan tal como auguran los dioses —dijo él—. Elar no concibe otra cosa que la victoria.

—¿Por qué habrían de enviarnos a Ithania del Sur si no pueden garantizarnos la victoria? —preguntó ella.

—Siempre existe el riesgo de que las cosas se tuerzan —respondió Juran—. Aunque sea minúsculo.

—¿Para qué traemos un ejército si lo único que se necesita es el poder de los dioses canalizado a través de los Blancos? —Quiso saber Danyin.

Elar meneó la cabeza.

—Todos sabemos que el ejército solo es necesario para ocupar las tierras conquistadas. La verdadera batalla es mágica. La magia es el feudo de los dioses, por lo que la victoria está garantizada.

—A menos que los dioses pentadrianos sean más poderosos —señaló Juran.

—Si fuera así, el Círculo no nos mandaría a la guerra.

Juran sonrió y agitó la mano.

—Dejemos ese tema. Danyin ha venido por otros asuntos. —Danyin notó que el corazón le empezó a palpar en cuanto Juran se volvió con gesto serio hacia él—. Veo que has vuelto a hablar con Auraya.

Danyin inclinó la cabeza afirmativamente y contó lo que pudo recordar. Cuando terminó, los Blancos intercambiaron miradas en silencio, comunicándose a su singular modo.

—Está viva. Ha estado enferma, pero ya está mejor —resumió Dyara—. ¿Nos puede ver realmente?

Juran se encogió de hombros.

—Solo podemos esperar a ver si aparece el mensajero. —Se volvió hacia Danyin—. Elar me ha dicho que has encontrado entre tus pertenencias el anillo de conexión que Auraya hizo para ti. ¿Sabes qué hacía allí?

Danyin se ruborizó.

—No lo sé con certeza... pero sospecho que mi mujer lo colocó allí.

—¿Por qué lo ocultaría?

—Oh, no creo que su intención fuera ocultarlo —se apresuró a explicar Danyin—. Cuando hace mi equipaje suele colocar cosas en lugares extraños a fin de ahorrar espacio. Probablemente esperaba que encontrara el anillo al abrir el juego y no se planteó la posibilidad de que se quedara enganchado.

Juran asintió.

—¿Por qué lo pondría en tu equipaje?

—Por precaución, supongo. A lo largo de los años he encontrado un montón de cosas innecesarias en mi equipaje. Cuando se lo pregunto, suele responder que las incluyó «por si acaso».

—¿Por si acaso qué? —inquirió Juran en tono pensativo. Lo dijo como si se estuviese haciendo la pregunta en voz alta, sin esperar respuesta. Danyin se encogió de hombros. El líder circuliano sacó algo de debajo de su túnica. Un anillo blanco. Danyin supuso que se trataba de la sortija en cuestión.

Juran se lo tendió.

—Póntelo.

—Pero... —Elar miró a Juran a los ojos. Él le devolvió la mirada con una expresión inescrutable. La Blanca se mordió el labio y observó que Danyin cogía el anillo.

Las pequeñas señales de preocupación en el rostro de Elar empañaron cualquier deseo de comunicarse con Auraya que Danyin pudiera tener. Él consideró la posibilidad de preguntar si la utilización del anillo entrañaba algún peligro. Pero, si ese era el caso, ¿qué más daba? De cualquier modo, Juran se lo había ordenado, y él no se iba a negar a obedecer.

—¿Qué debo decirle? —preguntó.

Elar se encogió de hombros.

—Dile que nos tranquiliza saber que está con vida.

Él afirmó con un gesto de la cabeza. Inspiró profundamente, se puso el anillo en el dedo y cerró los ojos.

:¿Auraya?

No hubo respuesta. Volvió a llamarla varias veces, luego miró a los Blancos sin saber qué hacer.

—Quizá ya no funciona.

—Quítate el anillo, Danyin —dijo Elar.

Juran extendió la mano. Danyin se quitó la sortija y se la dio. Los tres

Blancos parecían preocupados.

—Eso no es todo, ¿verdad? —preguntó él con vacilación.

Juran se volvió hacia Danyin con expresión meditativa.

—Puede que el anillo no nos permita hablar con Auraya, pero no ha perdido la otra cualidad. Mientras lo tenías puesto, no he podido leer tu mente. Elar sí, porque llevas puesto su anillo de conexión, así que tuve que observar a través de la mente de ella.

—¿Es el mismo anillo entonces?

—Sí, sin duda. Estábamos al corriente del fallo, pero por aquel entonces no tuvimos tiempo de hacer otro, ya que Auraya tenía que salir rápidamente hacia Si.

Juran examinó la sortija, luego se volvió hacia Elar.

—Podríamos sacarle partido. Mientras Danyin utilice este aro, su mente estará oculta a todos excepto a nosotros.

—Y a Auraya —señaló ella.

Juran apretó los labios.

—Ojalá tuviera la certeza de que podemos confiar en ella. —Sujetó el anillo con fuerza y entonces dejó caer la mano a un costado.

Un guardia entró en la tienda de campaña e hizo la señal del círculo.

—Un mensajero del emperador sennense solicita audiencia con los Blancos.

Juran se volvió hacia Danyin, pero su sonrisa era forzada.

—Gracias por ponernos sobre aviso, Danyin. Más vale que recuperes un poco de sueño.

Cuando Danyin empezó a dirigirse a la puerta de la tienda de campaña, Elar le tocó suavemente el brazo.

—Al menos está viva —dijo ella en voz baja.

Él exhaló un suspiro.

—Sí, pero ¿hasta cuándo?

—Eso está en manos de los dioses —sentenció ella.

Danyin asintió, salió a la noche del desierto y echó a andar hacia su tienda.

El Gaviota sintió la fuerza de la ola que crecía a su espalda. Cuando esta lo alcanzó, trepó a la cresta y se dejó impulsar. La pared de roca del acantilado estaba cada vez más cerca. En el último minuto viró para reducir el impacto y se aferró a grietas y protuberancias que conocía bien. Mientras la ola retrocedía, él comenzó a escalar.

Lo había hecho tantas veces que sabía de memoria dónde estaba el siguiente asidero. Cuando llegó a la cueva, se aupó hasta entrar en ella y, una vez en el interior, se puso de pie.

Se volvió hacia el exterior y contempló las olas negras que se estrellaban contra el barranco. No vio ninguna señal del naufragio. Incluso si el día hubiera estado despejado, no lo habría divisado desde esa distancia. Serenó su mente y proyectó sus sentidos.

Silencio.

El Gaviota sacudió la cabeza y exhaló un suspiro. Probablemente se habían ahogado todos. Lo irónico era que él mismo había planeado hundir el barco pirata, pero a su debido tiempo, una vez que se hubiera relacionado con la tripulación y hubiera distinguido a los malhadados de los malvados.

No había tenido tiempo para reaccionar. De no haber estado dormido, probablemente habría advertido la presencia de los elay y alertado a los miembros de la tripulación a los que valía la pena salvar. Pero necesitaba dormir tanto como cualquier mortal.

Sin embargo, no dedicó ni un minuto de resentimiento a los elay. Sus ataques a los barcos piratas estaban justificados después de todo lo que habían sufrido. Se preguntaba adónde los llevaría esa autoconfianza y ese gusto por matar recién adquiridos, pero no iba a hacer nada por cambiarlos. Si bien él y los elay eran famosos por su relación con el mar, no había ninguna otra conexión entre ellos. Durante milenios, él había sido una figura legendaria del folclore de los pisatierra, a los que los elay odiaban. Y los elay eran una raza joven creada por una deidad que odiaba a los inmortales.

«Huan», pensó con acritud. Arrugó el entrecejo al recordar los extraños cuerpos desfigurados, muertos o moribundos que se había encontrado hacía tiempo. Seguían apareciéndosele, más de un siglo después. No había

encontrado respuesta al misterio hasta que vio a los primeros ancestros de los elay, hacia finales de aquel siglo. Las figuras deformes habían sido producto de los experimentos y errores de los hechiceros que habían intentado consumir la gran ambición de Huan, consistente en crear un pueblo adaptado a la vida en el mar. Ella y sus adeptos no habían sufrido lo que los animales y seres humanos. «Al menos después los elay eligieron su destino, pero estoy seguro de que jamás se imaginaron que serían lanzados al mar o abandonados a su suerte para morir, si el proyecto fracasaba».

Con el tiempo, Huan había conseguido lo que se había propuesto. De la visión de una deidad y la disposición de los mortales a plegarse a sus designios, habían surgido dos pueblos milagrosos: los elay y los siyís. De la crueldad había brotado la belleza. Aquella era también la naturaleza del océano. A veces las criaturas más hermosas eran las más mortíferas. Las ventellas tenían colores vivos, pero eran tan venenosas que el pinchazo de una sola de sus púas podía provocar la muerte en unos instantes. El doi era una criatura inteligente y juguetona, leal y cariñosa. Los marinos creían que un doi navegando en la ola de proa de su barco era portador de buena suerte. Pero el Gaviota había visto a los doi tratar a los de su propia especie con una crueldad solo comparable a la de los humanos.

Se encogió de hombros. Los dioses habían sido mortales alguna vez. Los movían las mismas emociones y necesidades. Por lo tanto no era de sorprender que pudieran ser tan crueles como los humanos. El problema era que, si bien algunos humanos tenían inclinación a hacer el mal, todos los dioses habían sido en algún momento crueles con la humanidad.

«No, no todos —se corrigió—. Los viejos dioses no fueron todos malos. ¿Es una casualidad que los que quedan sean crueles? Eran los que estaban dispuestos a matar al resto».

Su mente empezó a dar vueltas en círculos antiguos y familiares. No le molestaba, pero había quedado en ponerse en contacto con los Mellizos aquella misma noche. Se dirigió a la parte trasera de la cueva y se recostó sobre unas mantas viejas. Cerró los ojos y proyectó sus sentidos.

:*Gaviota* —respondió Tamun—. *Te has retrasado.*

:*No le hagas caso* —dijo Surim—. *Está irritable.*

:*¿Ah, sí? ¿Por qué?*

:Los acontecimientos se suceden demasiado rápido. Le asusta.

:¡No me asusta!, protestó Tamun.

:En lo más mínimo, replicó Surim en tono irónico.

:¿Qué acontecimientos se suceden tan rápido?, quiso saber el Gaviota.

:Emerahl quiere que vayamos a Diamyane —le explicó Surim—. Contigo.

:¿Quiere intentar matar a los dioses?

:Solo si se presenta la oportunidad. Dice, con razón, que sería una lástima que se presentara la oportunidad y no estuviéramos allí para aprovecharla.

:Es verdad.

:¿Estás dispuesto a viajar hasta Diamyane, aparecer en medio de un campo de batalla, con todo el riesgo que eso entraña, solo en caso de que Auraya consiga escapar de algún modo y decida ayudarnos a matar a sus adorados dioses?

El Gaviota se lo pensó. No le costó reconocer las ventajas de estar en el lugar donde se enfrentarían los Blancos y las Voces. Sin duda los dioses estarían allí. Tal vez podrían matar a varios de golpe.

Sin embargo, también era consciente de que las probabilidades de que todo saliera como estuviera previsto eran escasas.

Pero si al menos existía la posibilidad...

:Sí —dijo—. Si permanezco escondido bajo el agua, es poco probable que me vean.

Tamun soltó una maldición.

:Lo siento, hermana —dijo Surim—. Emerahl gana esta vez. Más vale que empecemos a prepararnos para partir.

:Y a mí me espera un largo viaje, añadió el Gaviota.

:¿Conseguirás llegar a tiempo?

:Sí, siempre y cuando me ponga en marcha esta noche.

:Entonces que tengas un buen viaje. Volveremos a hablar mañana por la noche, se despidió Surim.

El Gaviota abrió los ojos y clavó la mirada en la bóveda de la cueva. Luego se levantó y se dirigió a la entrada. Volvió a cerrar los ojos y proyectó sus sentidos en busca de un patrón de pensamientos conocido.

No tardó en encontrarlo. Con lentitud y serenidad masculinas, la mente despertó ante su familiar presencia. Él le hizo una sola pregunta; la respuesta fue positiva.

Satisfecho, el Gaviota aguardó.

Un tiempo después, sintió la misma anticipación mental de llegada. Al mirar hacia abajo, vio la cabeza del robal, grande como un barco de pesca, emerger del agua, girarse y volver a zambullirse. Un ojo emitió un destello bajo la luz de las estrellas.

:Gracias —le dijo—. Navegaremos juntos hacia el sur, donde las aguas son cálidas y abundantes en peces.

:Sí —respondió el robal—. Comida.

El Gaviota extendió los brazos, saltó desde el acantilado y se sumergió en el mar.

Cada vez que las Voces se reunían sin que Nekaun estuviera presente, Reivan se sentía incómoda. Sin embargo, últimamente tampoco se sentía cómoda cuando él estaba cerca.

Si bien las otras Voces no conspiraban contra él, tendían a expresar sus opiniones con más libertad en su ausencia. El hecho de que a menudo discutieran maneras de reducir el impacto de los errores de Nekaun o de que estuvieran a punto de quejarse de sus métodos no servía de nada.

Aquel día hablaban sobre el huésped de honor que quedaba, el tejedor de sueños Mirar. Si bien ya lo había visto varias veces, a Reivan le costaba creer que ese hombre tuviera más de mil años de edad. Y no era por el hecho de que aparentara tener como mucho treinta años. También Imenja era mucho más vieja de lo que parecía; sin embargo, su lenguaje corporal evidenciaba la seguridad y la sabiduría de una mujer mayor. Mirar carecía del aura de poder que Reivan habría esperado. Resultaba demasiado humilde para ser un hechicero legendario y el fundador de un culto tan antiguo como el de los tejedores de sueños.

Las Voces estaban entretenidas con asuntos más importantes.

—Entonces ¿puede leer la mente o no? —preguntó Shar.

—No puede —respondió Genza.

—Pero tu prueba indica lo contrario. Él reaccionó.

—Percibió una amenaza, pero no su naturaleza —explicó Genza—. Si hubiera sabido de qué se trataba, jamás habría entrado en el dormitorio. Eso indica que tiene la habilidad de percibir el estado anímico de la gente a su alrededor, no de leer sus mentes.

—Si hubiera pasado mil años o más observando a las personas, yo también sería capaz de percibir los estados de ánimo —dijo Vervel—. ¿Es una habilidad mágica o pura capacidad de observación?

—El asesino estaba escondido —le recordó Genza—. No es cuestión de observación.

—Hay una última prueba a la que me gustaría someterlo —dijo Imenja. Los otros se volvieron hacia ella—. Una prueba que sin duda delataría su habilidad.

—¿De qué se trata?

—Dejad que nuestros Acompañantes conozcan la verdadera naturaleza de la relación entre Mirar y Auraya.

Las otras tres Voces se miraron.

—Si puede leer la mente, se enterará de que lo sabemos —señaló Vervel.

—Sí. Pero también concluirá que eso solo puede beneficiarle. Que tenemos algo que ofrecer a cambio de su ayuda en la batalla. Mientras piense que estamos dispuestos a hacerle la oferta, contaremos con su apoyo.

—Pero podríamos perderlo si Auraya muere —dijo Genza.

—Es lo más probable —convino Imenja. Las Voces intercambiaron largas miradas, luego ella asintió. Mientras hablaba, sus ojos se movían de un Acompañante al siguiente.

—Los dioses nos han dicho que Mirar y Auraya fueron amantes en el pasado. Creemos que lo que se propone es rescatarla, no matarla.

«¿Amantes? —Reivan se irguió, sorprendida—. ¡No es posible!».

—Pero ¡si ella venera a los dioses que lo quieren matar! —protestó Karikal, el Acompañante de Vervel.

Reivan se quedó pensativa.

—Mirar dijo que Auraya trató de matarlo. ¿Nos mintió?

—Probablemente —respondió Shar.

—¿Quiere decir eso que es un espía de los Blancos? —preguntó Vivan, el

Acompañante de Genza.

—No es eso lo que nos han dicho los dioses —contestó Imenja, extendiendo las manos—. Solo nos han advertido de que intentará rescatarla.

—Por eso nos ha pedido que dejemos que sea él quien le transmita la noticia de la derrota de los Blancos. Así se asegura de que ella viva un poco más —dijo Genza.

—Al sugerirle que se la entregaremos, garantizamos su ayuda durante la batalla —añadió Shar.

Genza arrugó el entrecejo.

—En realidad no vamos a entregarle a Auraya a cambio de su ayuda, ¿verdad?

Imenja exhaló un suspiro.

—Si queremos mantenernos en buenos términos con Mirar, debemos considerar esa posibilidad. No me gusta la idea, pero, una vez que los Blancos hayan desaparecido, Auraya dejará de representar una amenaza para nosotros. Nekaun no está de acuerdo, su plan es mantenerla con vida mientras Mirar nos sea útil.

Vervel soltó una risita.

—Siento lástima por Mirar. Parece ser un buen hombre.

—Si es un buen hombre, no querrá poner en peligro a su pueblo con sus actos —añadió Shar en tono amenazante.

Vervel torció el gesto.

—Si aún ama a Auraya, por increíble que eso parezca, le espera una decisión difícil. Puede que tenga que elegir entre su amante y su pueblo. Ahora me da más lástima aún.

Shar resopló.

—No puedo sentir pena por alguien que tiene tan mal gusto para las mujeres —murmuró.

Imenja esbozó una sonrisa, luego se puso seria.

—No creo que debamos obligarlo a hacer semejante elección. Los tejedores de sueños nos son de enorme utilidad y no constituyen una amenaza para nosotros. No deberíamos poner en peligro nuestra buena relación con ellos por una aversión personal hacia Auraya o por venganza. Si actuáramos así, no seríamos mejores que los circulianos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Vervel—. Esa debe de ser la razón por la que los dioses la mantienen con vida.

—Por ahora. Si Auraya se convierte en una molestia, siempre nos podremos librar de ella después. En cualquier caso, no es más que una mortal —dijo Shar.

—¿Y qué hay de Nekaun? —preguntó Genza—. Todos sabemos lo mucho que desea matarla.

Imenja hizo una pausa, luego alzó la cabeza y miró a todos los presentes.

—Si nos ponemos de acuerdo, podremos persuadirlo.

La habitación se sumió en el silencio. A Reivan se le aceleró el pulso. Imenja estaba sugiriendo que se unieran contra Nekaun. Hasta ese momento, los demás jamás habían estado dispuestos a enfrentarse a la Voz Primera.

—Al menos lo intentaré —dijo Vervel.

—Y yo —añadió Genza.

Shar se encogió de hombros.

—Él no desafiaría a los dioses. Pero, si lo intenta, tendrás mi apoyo.

Se impuso el silencio. Imenja inclinó la cabeza.

—Gracias. —Inspiró profundamente y se puso de pie—. Ahora Reivan y yo averiguaremos si Mirar puede leer la mente. En cualquier caso, debería ser capaz de impedir que Mirar rescate a Auraya y eche a perder nuestros planes.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó Genza.

Imenja sonrió.

—Sencillamente le haré saber que si nos ayuda a ganar la guerra, le entregaremos a Auraya después para que haga con ella lo que quiera.

Shar se rio por lo bajo.

—Creerá que hemos caído en su juego. A menos que pueda leer la mente, por supuesto.

—Supongo que pronto lo averiguaremos.

Cuando despertó, Auraya recordó dónde estaba y soltó un gemido. El problema de recuperar algo de fuerzas era que podía sentir y pensar con más energía. Más que nada sentía aburrimiento y frustración. Había retomado la exploración de pensamientos, pero parecía que el único tema en la mente de los que estaban fuera de la cripta era la guerra.

«Guerra, guerra, guerra —pensó—. No puedo culparlos por estar tan obsesionados, pero ojalá pudieran pensar en otra cosa o al menos superarlo. Esta espera es insoportable».

Sin embargo, cada instante transcurrido acercaba el momento de su muerte. ¿Tantas ganas tenía de morir?

«Sin duda será más cómodo que esto —pensó con acritud—. Y quizá entonces Travesuras me deje y encuentre el camino a un lugar seguro». De pronto, se angustió. El viz no había aparecido desde la última visita de Nekaun, cuando los Servidores le habían dado el primer tratamiento con sus remedios. Proyectó su mente y lo llamó.

:¿Travesuras?

Una mente familiar tocó la suya, y se tranquilizó. Dondequiera que se encontrara, no estaba asustado ni herido.

:¿Qué haces, Travesuras?

:Cazando, le dijo él.

Ella sonrió. Él se había vuelto un experto en arrastrar pájaros y criaturas

pequeñas hasta la cripta. A veces se los ofrecía, pero incluso si hubiera estado dispuesta a comerlos le habría resultado imposible sin las manos. Podría haber comido las criaturas más pequeñas enteras, pero de solo pensarlo se le revolvía el estómago.

Satisfecha tras comprobar que el viz estaba bien, cerró los ojos y proyectó su mente al exterior. Primero exploró los pensamientos de quienes estaban en el Santuario, en busca de alguna señal de Mirar. Vio cómo se propagaban las noticias entre los criados más madrugadores. Mirar había aceptado unirse a las Voces en la batalla. Les había prometido ayudar en la defensa, pero, puesto que los tejedores de sueños aborrecían la violencia, no iba a combatir al enemigo.

«Qué listo eres, Mirar», pensó.

:¿Auraya?

Sorprendida, Auraya se sumió en una conexión onírica.

:¿Mirar? ¿Has oído mis pensamientos?

:No. ¿En qué estabas pensando?

:En ti.

:¿De verdad? Espero que no fuera nada malo.

:Acabo de enterarme del último cotilleo. El legendario Mirar ha aceptado ayudar a las Voces, pero solo para defenderlas.

:Ah, sí. Un acuerdo mutuo. Lo... siento. Si pudiera defenderlos sin hacer daño a tus antiguos compañeros, lo haría.

Ella guardó silencio al comprender lo que él quería decir. Si ayudaba a las Voces, los Blancos probablemente serían derrotados. Morirían Juran, Dyara, Mairae y Rian. Y Elareen, la nueva Blanca.

«No lo puedo culpar por hacer esta elección —pensó ella—. Tiene que mantenerse en buenos términos con las Voces por el bien de su pueblo. Y si los Blancos vencieran, los tejedores de sueños de Ithania del Sur recibirían el mismo trato que los del norte. Si bien esta situación ha empezado a mejorar, harán falta muchos años para que la gente respete a los tejedores como lo hacen los pentadrianos. Y aun así es posible que ese momento no llegue nunca».

Y, sin embargo, no quería que murieran los Blancos. Ni que Ithania del Norte fuera conquistada por los pentadrianos. La idea de que el norte

estuviera bajo el control de Nekaun le provocó náuseas.

:Hoy nos marcharemos de Glymma —le dijo Mirar—. Llegaremos al istmo en menos de un día. Anoche la Voz Segunda Imenja me prometió que te entregarían a mí a cambio de mi ayuda, después de la batalla. No sé cuánto durará esta guerra. El paso reducirá el número de tropas que se podrán enfrentar al mismo tiempo. La flota pentadriana y los barcos de guerra dunwayanos no tendrán ese problema, por supuesto, de modo que tal vez la batalla se decida en el mar. Luego están los Blancos y las Voces. ¿Lucharán al mismo tiempo en los barcos o en el istmo? ¿O esperarán a hacerlo más tarde?

:Si las Voces cuentan con la ventaja mágica, obligarán a los Blancos a enfrentarse desde el principio —dijo Auraya—. Así perderán menos tropas.

:Es verdad.

:Si la guerra termina pronto gracias a tu ayuda, al menos salvarás la vida de muchos mortales.

:Ojalá. —Mirar vaciló—. He mandado un mensaje a mi gente sugiriéndoles de forma sutil que usen su magia en defensa del bando que prefieran, pentadrianos o circulianos.

:¿Cómo reaccionarán las Voces? ¿Sospecharán que se lo has ordenado tú!

:Les diré que, si bien no puedo dar órdenes a mi pueblo, tampoco puedo impedir que sigan mi ejemplo. ¿Cómo voy a prohibirles que hagan lo que yo mismo hago? Y la ventaja seguirá siendo de las Voces, porque los tejedores de sueños somos más numerosos en Ithania del Sur.

:A veces te pasas de listo, le dijo ella.

:¿Eso crees? Deberías decírselo a Eme... Espera. Alguien llama a mi puerta. Debo irme.

:Buena suerte.

:Para ti también.

Cuando Mirar desapareció, Auraya bajó los ojos al suelo con el corazón en un puño.

«Espero que sepa lo que hace. Si muere... —Tragó en seco—. Creo que lo lamentaría. Y no solo porque con él moriría lo último de Leiard. O porque yo moriría también. Creo que me apenaría saber que Mirar el Indómito ha

dejado de existir».

La amplia avenida frente al Santuario era ideal para reunir un ejército. Miles de tropas ocupaban la calzada: a un lado, Servidores ataviados con túnicas negras en filas prietas y disciplinadas; al otro, soldados con uniformes negros y armaduras brillantes en ordenada formación. Al pie de las escaleras, aguardaban literas profusamente decoradas para las Voces y sus Acompañantes. Los tarnos cargados de suministros esperaban en fila detrás.

Era un espectáculo impresionante. De no haber visto a ejércitos enteros perecer ante un puñado de hechiceros, Mirar habría pensado que los pentadrianos tenían asegurada la victoria.

«Si no fuera por un puñado de hechiceros instigados por sus dioses, ¿estaría aquí esta gente?», se preguntó. Pero era imposible responder a eso. Los dioses existían desde siempre, de modo que ¿quién podía saber cómo se comportarían los mortales sin ellos? Él había visto librar guerras por razones tan endebles como la venganza por un insulto o la simple ambición. Los mortales no necesitaban a los dioses para matarse unos a otros. Eran suficientemente capaces de encontrar excusas por su cuenta.

La Voz Primera Nekaun dio unos pasos hacia delante para dirigirse a la multitud. Mirar dejó de prestar atención después de unas cuantas frases. Ya las había oído antes.

—¿En qué piensas? —le dijo por lo bajo una Voz detrás de su hombro.

Mirar se volvió hacia Imenja.

—En la inutilidad de las guerras —respondió.

La Voz Segunda sonrió. Ella le parecía simpática, pero había vivido lo bastante para perfeccionar su habilidad de hacer que los demás se sintieran cómodos a su lado hasta el punto de que ya no lo notaran.

—¿Te parece inútil esta guerra? —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Incluso si matáis a los Blancos y derrotáis a los circulianos, el Círculo seguirá existiendo.

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Es verdad. Lo que ocurra después de esta confrontación será tan

importante como la guerra misma. Confiamos en que, con el tiempo, los pueblos del norte descubran que nuestras costumbres son mejores y más afables, y abracen a los Cinco. Siempre habrá quienes sigan venerando al Círculo, pero el poder de las deidades circulianas sobre Ithania del Norte se verá seriamente mermado.

—De modo que no es completamente inútil, en tu opinión —dijo él.

Ella sonrió.

—No. Pero por supuesto entiendo que desees que también pudiéramos matar a las deidades del Círculo. El mundo sería mucho más seguro para ti. —Imenja hizo una pausa—. ¿Qué te hace sonreír?

Mirar soltó una risita.

—La idea de que matéis a las deidades circulianas por mí. —«Y que si los inmortales dejáramos que las Voces y los Blancos “descubrierais” cómo hacerlo, solo tendríamos que sentarnos a observar cómo resolvéis los problemas del mundo por nosotros».

Esta idea constituía un buen plan si no se presentaba la oportunidad de rescatar a Auraya o si esta se negaba a ayudar. Él no había encontrado la manera de liberarla excepto abriéndose paso hasta la prisión sin más, lo que sin duda arruinaría las buenas relaciones entre las Voces y él, y tal vez entre las Voces y su gente. Lo mejor que les podía pasar a los tejedores de sueños era que Imenja cumpliera su palabra.

Sin embargo, si las Voces ganaban la batalla, lo más probable era que no quedara ningún Blanco para atacar a los dioses pentadrianos. Aun así, las Voces podían matar a las deidades circulianas, y puede que eso fuera todo lo que necesitaban los indómitos. Por el momento, los dioses pentadrianos no parecían demasiado malos.

Nekaun dejó de hablar, y la muchedumbre prorrumpió en exclamaciones de alegría. Con un gesto efusivo, Nekaun hizo una señal para que Imenja y las demás Voces bajaran con él a las literas. La sonrisa de Imenja se ensanchó ligeramente, y Mirar tuvo la certeza de que esta vez era un gesto forzado.

Mientras las Voces descendían, Nekaun las siguió a unos pasos de distancia, entre los Acompañantes y asesores. Cuando estaban a punto de llegar a los vehículos, Genza se volvió hacia él con los párpados entornados y expresión pensativa.

—¿Te importaría si el tejedor de sueños viajara conmigo, Voz Primera? —preguntó ella—. Sabes lo mucho que me aburren los viajes largos.

Nekaun la miró y arqueó las cejas.

—No va a ser un viaje largo —dijo él. Luego se volvió hacia Mirar y sonrió cortésmente—. Tejedor de sueños Mirar, ¿me honrarías con tu compañía durante la partida?

—El honor será mío —respondió Mirar con suavidad.

Genza se encogió de hombros.

—Tal vez más tarde, cuando la charla sobre violencia y estrategia empiece a aburrirlo.

Tomaron asiento, y unos fornidos esclavos ataviados con trajes de gala levantaron los palanquines. El ejército podía ver con claridad a sus líderes. «Y a mí», pensó Mirar con acritud. La noche anterior había explorado los sueños de los tejedores. Las reacciones al acuerdo al que había llegado con las Voces eran variadas. Algunos estaban contentos, otros no. Salvo unos cuantos, todos creían que se había visto obligado a cerrar el trato, bien a causa de las circunstancias, bien bajo una amenaza más directa.

—No te sientas... obligado con Genza —le dijo Nekaun mientras la litera se ponía en movimiento.

—No lo haré —respondió Mirar, sonriendo. Genza había dejado de flirtear con él en cuanto habían llegado al Santuario; era posible que Nekaun no lo supiera.

—Creí que debía advertirte. Puede llegar a ser muy tozuda. Cuanto más te resistas, más interesante te encontrará.

—Conozco a esa clase de mujeres —le aseguró Mirar secamente.

Nekaun soltó una risita.

—Estoy seguro. Como supondrás, se libraría de ti en cuanto satisficiera su curiosidad. Solo quiere averiguar si mereces la reputación de la que gozas, como probablemente les pasa a muchas mujeres.

—No me debo a mi reputación —respondió Mirar.

—No, es verdad. Lo cual me parece digno de encomio. —En los ojos de Nekaun apareció un brillo de satisfacción—. Sabes cuándo ser flexible y cuándo no.

Mirar reprimió un gesto de desagrado ante la referencia a su trato con las

Voces. En lugar de ello, sonrió solapadamente.

—Pensé que eran solo las mujeres las que difundían esos rumores sobre mí.

Mientras la litera avanzaba entre las columnas de Servidores y soldados, la risa de Nekaun retumbó por toda la avenida.

Tamun se volvió hacia la proa del barco y sonrió. Su hermano permanecía de pie con la espalda recta y el cabello meciéndose al viento. La embarcación avanzaba a buen paso impulsada por la magia y gobernada por su voluntad. El agua salpicaba a ambos lados de la proa, y el casco se sacudía cada vez que embestía una ola.

Ella contempló los músculos de los brazos de Surim, resultado de muchas horas de remo y manipulación de la pértiga en el pantano. Se había vuelto más masculino desde que se habían instalado allí. La otra mitad Tamun se había convertido en un hermano sumamente apuesto. ¿Cómo es que no lo había notado antes?

Quizá estaba tan acostumbrada a verlo que nunca se le había ocurrido retroceder unos pasos para contemplarlo. Pero los cambios no solo eran físicos. Y los cambios se habían producido de forma tan lenta que ella había dispuesto de tiempo suficiente para acostumbrarse. También se había hecho más aventurero.

«Supongo que antes no podía —pensó. Habían estado conectados no solo física sino mentalmente. Se palpó la cicatriz de su costado. Como siempre, el recuerdo de su separación le provocó dolor y tristeza. Pero también había supuesto un alivio—. Más para él que para mí —admitió—. Puede que seamos gemelos, pero somos distintos en muchos sentidos. Yo permanezco en la cueva, enfadada con él por dejarme sola, temerosa de que si alguien me ve los dioses se enteren. Él explora el pantano y se mezcla con los lugareños convencido de que el cambio impide que los dioses lo reconozcan».

Y ahora ella estaba lejos de las Cuevas Rojas, lejos del pantano, surcando el agua a toda velocidad en dirección al lugar en el que miles de mortales, y quizá unos cuantos inmortales, la verían. Y en el que, a buen seguro, se reunirían los dioses. Se estremeció. Aquello era una locura. Pero, qué duda

cabía, también era sumamente razonable. Si querían matar a los dioses, se tenían que acercar a ellos.

Que en los próximos días se presentara la oportunidad era más que dudoso. Cuanto más pensaba en ello, más aturdida se sentía. Cerró los ojos y proyectó sus sentidos en busca de otras mentes.

Lo primero que encontró fueron unos pescadores. Volvían tarde de la faena matutina. Luego topó con la tripulación de un mercante que transportaba provisiones a Diamyane. La embarcación llevaba a bordo a varios combatientes sennenses y a un sacerdote circuliano, y navegaba escoltada por embarcaciones de guerra dunwayanas. Era una medida de precaución por si los pentadrianos intentaban cortar sus líneas de suministro.

Tras proyectarse más lejos, se dejó atraer por el zumbido de un montón de mentes. El ejército circuliano marchaba a lo largo de la costa. Sabían que se hallaban a una jornada de Diamyane. Los sacerdotes y soldados más experimentados anticipaban la batalla con temor y determinación.

Se alejó algo más y llegó a su destino. Diamyane estaba poblada por buscavidas, tejedores de sueños y tropas sennenses enviadas con antelación para preparar la llegada del ejército. En sus pensamientos buscó las mentes de los tejedores de sueños y luego a Emerahl. O a la mujer por la que Emerahl se hacía pasar.

«Allí está».

Tamun sonrió ante lo que vio en la mente de la mujer que contemplaba a la forastera pelirroja. Arlij, líder oficial de los tejedores de sueños, no sabía qué pensar de Emmea. Mirar le había dicho que incluyera a Emmea en todos los planes y las discusiones. La mujer era simpática, si bien algo impaciente por momentos.

Arlij le estaba relatando a Emerahl cómo había reaccionado Juran el Blanco cuando le había contado que, según Mirar, los tejedores de sueños podían usar sus habilidades para apoyar al bando que quisieran.

—Se puso lívido —dijo Arlij.

Emerahl soltó una risita.

—¿Qué dijo?

—Aceptó nuestra oferta de ayuda. Supongo que hubiera preferido rechazarla. Debe de sospechar que han sido traicionados, pero, como los

circulianos son más débiles ahora que Mirar se ha unido a los pentadrianos, tiene que correr el riesgo.

—No tenéis la tentación de volveros contra los circulianos, ¿no?

—No, claro que no. —A Arlij le sorprendió la pregunta—. Juran también se mostró de acuerdo con mi sugerencia de que algunos de nosotros acompañemos a los Blancos a su encuentro con las Voces, teniendo en cuenta que Mirar estará allí, con el enemigo.

—Me gustaría formar parte de ese grupo —dijo Emerahl—. Mirar me ha enviado a acompañarte porque soy fuerte y puedo ayudar a nivelar la balanza de poder que se ha visto obligado a inclinar.

Arlij consideró sus palabras y asintió.

—Eres bienvenida.

Cuando la conversación pasó a temas prácticos, y puesto que, de todos modos, no iba a poder realizar una conexión onírica con Emerahl hasta que esta se fuera a dormir, Tamun se proyectó más al sur, hacia otra aglomeración de mentes. El ejército pentadriano avanzaba hacia el istmo. Se hallaban a medio día del inicio del paso de tierra, pero no tenían intención de cruzarlo. Le tomó un buen rato encontrar a Mirar, ya que solo había una mente asequible cerca de él. El nombre de la mujer era Reivan, y su papel era el de Acompañante de la Voz Segunda Imenja.

Reivan guardaba a Mirar un receloso respeto. Le gustaban sus ideales y su rechazo de la violencia, pero no los consideraba prácticos. El hecho de saber que estaba en presencia de un hombre de más de mil años de edad la tenía asombrada. El líder pentadriano provocaba en ella emociones contradictorias: los restos persistentes de una obsesión amorosa, preocupación, rabia y un odio que crecía de forma lenta pero constante.

:¿Tamun? ¿Surim?

Tamun reconoció la voz mental del Gaviota. Abandonó a regañadientes a la Acompañante y se concentró en su amigo inmortal.

:Saludos, Gaviota. ¿Dónde estás?

:Acercándome al golfo de la Tristeza. Debería llegar al paso esta noche.

:¿Conoces los túneles que describió Emerahl?

:Sí. Los usé a menudo cuando estaban abiertos.

:Solo tenemos que cruzar los dedos para que haya uno debajo del lugar

donde se den cita las Voces y los Blancos.

:Se me ha ocurrido una solución a ese problema. Si derribara una pequeña sección del istmo, se verían obligados a situarse a ambos lados para estar cara a cara.

:Ah. —Al considerar sus palabras, la asaltó una duda—. Pero se preguntarán quién la derrumbó y por qué. Podría infundir sospechas en los dioses.

:Quizá —concedió él—. Pero podría hacer que pareciera un accidente natural.

:Aun así, seguiría siendo demasiada coincidencia.

:Entonces solo se me ocurre una alternativa.

:¿Cuál?

:Tendré que cavar un túnel por en medio del istmo, debajo de la carretera.

:Eso llevará tiempo.

:Aproximadamente un día. Empezaré por el centro, donde es más probable que se encuentren los Blancos y las Voces. Solo hay un inconveniente.

:¿Cuál?

:El istmo se podría derrumbar de todos modos. Con suerte, dentro de unos años, no mientras esté cavando.

:Ten mucho cuidado, Gaviota. Si por alguna extraña razón se derrumba estando tú bajo tierra, te encontraremos. Te sacaremos de allí.

:No me vendría mal que Mirar me enseñara cómo se sobrevive a una sepultura —dijo con ironía—. Tengo que dejarte. El robal se olvida de que me lleva encima si no se lo recuerdo de vez en cuando. No llegaré esta noche si decide sumergirse.

Quando su mente la abandonó, Tamun inspiró profundamente varias veces. Lo que estaban haciendo era peligroso en más de un sentido. Y lo más probable era que ni siquiera funcionara. Pero ella estaba dispuesta a intentarlo una y otra vez si eso significaba liberarse de los dioses.

Valía la pena correr algunos riesgos.

Hacía un rato que el sol se había ocultado tras el horizonte, después de haber descendido sin pausa, como impulsado por la certeza de que la batalla del día siguiente comenzaría en el momento oportuno. Un brillo cubría el cielo occidental, cuyos colores eran extraños en algunas zonas. Mientras caminaba, Reivan se preguntó si en algún lugar habría algún Pensador que supiera por qué a esas horas el cielo adoptaba colores tan improbables como el verde y el rojo púrpura.

Luego alcanzó a Imenja y se detuvo. La Voz Segunda contemplaba el istmo, que estaba bañado en la luz inquietante del cielo encendido. Esa estrecha franja de tierra se extendía hacia una sombra apenas visible.

«Sennon. Ithania del Norte».

—Aún no han llegado —le dijo Imenja.

—¿Cruzaremos para tomar Diamyane? —preguntó Reivan. La posibilidad había sido objeto de discusión en varias reuniones.

—No. Nuestra ventaja consiste en permanecer aquí. Los circulianos solo pueden cruzar en cantidades reducidas, por lo que podremos dar cuenta de ellos fácilmente.

—¿Y si el ejército llega precedido por los Blancos?

—Entonces las Voces nos enfrentaremos a ellos.

—Lo que haría innecesarios a los soldados —dijo Reivan.

—Sí —aseveró Imenja, esbozando una mueca—. Pero eso no es malo. La

guerra no es precisamente benigna para los mortales sin habilidades.

Reivan se estremeció. Ella era una mortal sin habilidades. Imenja se volvió y posó una mano sobre su hombro.

—No te preocupes. Estarás protegida.

—Lo sé. —Reivan asintió y luego exhaló un suspiro—. Pero también seré innecesaria.

El resplandeciente cielo se había ido apagando, y la cara de Imenja estaba en la sombra. Reivan no veía su expresión.

—No para mí —dijo Imenja, apretando el hombro de su Acompañante. Luego se volvió—. Ya han levantado la tienda. Vayamos con los demás.

Volvieron a pie al campamento. Lo que antes había sido una extensión de tierra seca y polvorienta ahora estaba cubierto de figuras puntiagudas con hogueras crepitando como estrellas anaranjadas dispersas. Reivan había observado consternada cómo montaban las tiendas. El diseño de cinco lados era una complicación innecesaria que estaba dando problemas a algunos criados. Además, la lona negra absorbería la luz del sol. A veces se preguntaba si los pentadrianos no se tomaban demasiado en serio sus símbolos.

Cuando saliera el sol, las tropas no estarían acurrucadas en sus tiendas de campaña caldeadas, sino derramando sangre u observando cómo los hechiceros lanzaban letales azotes de magia en todas las direcciones, esperando no estar en el lugar equivocado cuando erraran su objetivo. Reivan pensó en lo que le había dicho Imenja. Un único enfrentamiento entre las Voces y los Blancos sonaba demasiado bien para ser cierto. Pero los Servidores y sacerdotes no se mantendrían al margen de la batalla. Sumarían su propia magia a la de sus respectivos bandos. Una vez que las Voces derrotaran a los Blancos o, no lo quisieran los dioses, los Blancos derrotaran a las Voces, no tendría sentido que los Servidores y sacerdotes continuaran el enfrentamiento. Sin embargo, era posible que siguieran luchando aunque solo fuera por lealtad a sus respectivos dioses.

«Y entonces ¿qué? —se preguntó Reivan—. Una vez que venza un bando, ¿qué ocurrirá con los ejércitos?».

Dudaba que las Voces dejaran volver a casa a los circulianos, tal como habían hecho los Blancos tras la última batalla. También sabía que aquella

sería una guerra en la que las Voces y los Blancos no dejarían con vida a sus adversarios.

Imenja se detuvo y exhaló un suspiro. Reivan alzó la vista y vio que se acercaban a una tienda de campaña grande. Esta no estaba hecha de cinco lados como el resto, sino que tenía forma de estrella. La entrada era una abertura en uno de los vértices. Siguió a Imenja hasta el interior y vio que se trataba de una habitación de cinco paredes. En cada una había una puerta de lona que probablemente conducía a las habitaciones de las Voces.

El suelo estaba cubierto por una enorme alfombra, encima de la cual habían dispuesto varias sillas de mimbre. Sobre mesas pequeñas y bajas había cuencos con nueces o frutos secos y jarras de agua. Un Servidor hizo la señal de la estrella cuando Imenja se volvió hacia él. Este bajó la vista y le señaló una de las puertas de lona.

Imenja echó a un lado la colgadura y la sujetó para que pasara Reivan. Una alfombra cubría el suelo, y había un par de arcones junto a una cama grande.

—¿Dónde dormiré? —preguntó Reivan.

—Debe de haber una tienda para ti cerca de aquí.

Reivan inclinó la cabeza afirmativamente.

—¿Encontráis todo a vuestro gusto?

Al volverse, vieron a Nekaun de pie en el umbral, sonriendo. A Reivan se le puso la carne de gallina.

—Casi ni me entero de que ya no estamos en el Santuario —dijo Imenja en tono seco.

La sonrisa de Nekaun se ensanchó.

—Te enterarás mañana. —Miró sobre su hombro—. Ha llegado la comida. Venid a comer.

Nekaun se alejó. Reivan se volvió hacia Imenja y la encontró sonriendo.

—Me alegra ver que ya no te tiene a su merced —murmuró—. Aunque habría preferido que te ahorraras tanto dolor.

Reivan parpadeó sorprendida y luego, al caer en la cuenta de que Imenja tenía razón, asintió. Ya no sentía esa turbación ni esa debilidad cuando veía a Nekaun. Ya no ansiaba su atención. Desde que...

Se estremeció al recordar su último encuentro. Él le había enseñado un

lado cruel y maligno que, por suerte, ella nunca iba a olvidar. Ahora, cuando lo veía, sentía repulsión.

Imenja pasó a su lado y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Venga, vamos a comer.

Reivan salió del dormitorio tras su patrona y comprobó que las otras Voces y sus Acompañantes ya habían llegado. Los criados portaban platos de comida humeante que llenaban el recinto de deliciosos olores. Se sentó junto a Imenja y empezó a comer. Entraron unos Servidores Devotos e incluso unos cuantos Pensadores. Nekaun dio un breve discurso en el que les dijo que mientras ellos se daban un banquete el enemigo realizaba una larga y agotadora marcha, solo para ser vencido al día siguiente.

La conversación giró en torno a la guerra. Un Servidor Devoto informó de que habían hundido varios barcos de carga circulianos. Durante la cháchara, Reivan oyó a los Pensadores discutir acerca de una gigantesca criatura marina que había sido avistada en el golfo de la Tristeza. Querían matarla para estudiarla.

—Si lo hacéis, os retiraremos nuestro apoyo —retumbó una voz grave con un acento marcado.

Todos se volvieron hacia la entrada. A Reivan el corazón le dio un vuelco cuando reconoció al recién llegado. Miró alrededor y vio el efecto que producía la imponente figura del rey sobre los que jamás habían visto a un elay.

Aunque el rey Ais hubiera sido un pisatierra, su estatura, la anchura de su pecho y las joyas de oro que llevaba lo habrían convertido en una figura intimidatoria. Su piel azul negruzca y lampiña, sus ojos de doble párpado y las membranas interdigitales de sus manos y pies producían una impresión que para algunos podía ser fascinante y para otros repulsiva. El rey entró en la habitación mirando a los Pensadores con los ojos entrecerrados.

—El robal es una criatura marina antigua y benigna. Aunque podríamos obtener de él suficiente comida para alimentar a muchísimas familias, los elay no lo cazamos. Matar a uno para saciar la curiosidad sería... —El rey de los elay meneó la cabeza—. Sería un desperdicio cruel.

—Nadie va a matar a la criatura —le aseguró Nekaun. Se levantó de su asiento y se acercó a saludar al rey—. Bienvenido a Avven y al campamento

militar pentadriano, rey Ais. Espero que hayáis tenido un viaje sin incidentes.

Mientras los dos líderes se enfrascaban en un intercambio de cumplidos formales, Reivan volvió a mirar alrededor. Los presentes escuchaban y miraban fascinados al rey de los elay. Nekaun dio media vuelta y frunció el ceño, y los que los observaban apartaron la mirada de inmediato y empezaron a hablar entre ellos.

—El rey Ais ha aprendido bien el avveniano —observó Imenja. Reivan asintió. La Voz Segunda recorrió la habitación con los ojos y se detuvo en Vervel—. ¿Dónde está Mirar? —preguntó en voz baja.

Vervel se encogió de hombros.

—Se ha retirado a su tienda de campaña.

—¿El viaje lo ha agotado? —preguntó Shar, sonriendo—. ¿O ha sido Genza? Ha pasado mucho tiempo con ella.

Genza miró a la Voz Quinta con una ceja arqueada y expresión desdeñosa.

—En una litera. A la vista del ejército.

—¡Qué suerte ha tenido!

—¿Puede agotarse un inmortal? —preguntó Vervel con gesto meditativo. Nadie respondió.

—Tal vez ha vuelto disimuladamente al Santuario —dijo Genza. Cuando Nekaun dejó al rey y se incorporó de nuevo a la mesa, ella se volvió hacia él—. ¿Auraya está bien vigilada?

La Voz Primera sonrió con maldad.

—Sí. No te preocupes. También Mirar está vigilado. Y los guardianes de Auraya tienen orden de matarla si alguien intenta interferir. —Imenja le dedicó una mirada intensa. Él se volvió hacia ella con una sonrisa aún más amplia—. Tengo la tentación de darles la orden de todos modos y de hacer traer aquí su cadáver para entregárselo a los Blancos. Puede que eso les haga detenerse.

Las otras Voces intercambiaron miradas, pero no dijeron nada.

—Pero no lo harás —le dijo Imenja en voz queda—. Porque ella es la razón por la que él nos está ayudando.

Nekaun se encogió de hombros.

—Mirar no se arriesgaría a arruinar las buenas relaciones que tenemos

con su pueblo.

—Nosotros tampoco deberíamos correr ese riesgo.

La Voz Primera resopló con gesto desdeñoso.

—No necesitamos a los tejedores de sueños.

La habitación se sumió en el silencio. Todos escuchaban y observaban a las dos Voces. Reivan notó que se le había acelerado el pulso. Era la primera vez que Imenja lo desafiaba públicamente.

La Voz Segunda frunció los labios con expresión meditativa.

—Tal vez deberíamos consultar a nuestra gente antes de tomar una decisión de semejante alcance. No me gustaría causar una división innecesaria entre ellos o negarles el acceso a las superiores habilidades de curación de los tejedores de sueños. Tal vez podríamos someterlo a votación.

Ella miró a las demás Voces. Estas asintieron y se volvieron expectantes hacia Nekaun.

Nekaun frunció el ceño, y por un instante Reivan creyó que iba a gruñir. Pero de pronto sonrió y extendió las manos.

—Por supuesto que lo haremos. Después de la guerra. Por ahora, centrémonos en el tema que nos ocupa. Dejadme que os presente a Ais, el rey de los elay.

Mientras las Voces lo seguían, Reivan permaneció donde estaba. Observó a Nekaun. Algo la incomodaba.

Luego cayó en la cuenta. Después de la guerra no tendría sentido consultar a la gente acerca de los tejedores de sueños. Nekaun habría matado ya a Auraya, o Mirar habría intentado rescatarla y obligado a Nekaun a cumplir con su amenaza.

La Voz Segunda la miró desde el otro lado de la habitación e inclinó la cabeza afirmativamente. No había duda de que su patrona había leído su mente o había llegado a la misma conclusión por su cuenta. Nekaun estaba al corriente de la promesa que Imenja le había hecho a Mirar de entregarle a Auraya después de la guerra. ¿Estaba Nekaun tomando el pelo a las demás Voces con sus amenazas de matar a Auraya? ¿O la mataría para escalear a las Voces por el intento de interferir en sus planes?

Reivan se estremeció. A esas alturas, no era capaz de decidir cuál de las dos opciones era la más probable.

Las interminables jornadas de viaje en platén no habían contribuido a mejorar la forma física de Danyin. El sudor bajaba por su rostro y le empapaba la túnica. Los anillos se clavaron en sus dedos cuando cogió los remos. Le dolía la espalda y solo ansiaba tumbarse y perder el conocimiento.

—Tómate tu tiempo —le había dicho Elar, dándole unas palmaditas en el hombro—. Tómate toda la noche si hace falta. Pero asegúrate de estar despejado al amanecer.

Luego ella había impulsado la embarcación tan lejos como había podido. Por el titilar de las luces a ambos lados, él había calculado que había llegado a la mitad del golfo. Cuando el bote se había detenido, él había cogido los remos para empezar a bogar.

Cada cien paladas aproximadamente hacía una pausa para recuperar el aliento. Cuando volvió a contar cien paladas —ya había perdido la cuenta de cuántos cientos llevaba—, se volvió para mirar atrás. Para su alivio, había conseguido mantener el rumbo. Las luces del campamento pentadriano estaban a su izquierda. Por la derecha se extendía la oscuridad. Detrás de él apenas vislumbraba una línea fina y pálida: la playa.

Y, mientras miraba, se encendió y apagó una diminuta luz azul.

«¡La señal, por fin!». Se volvió y empezó a remar otra vez, espoleado por un dudoso entusiasmo. En parte, estaba orgulloso de haber sido elegido para realizar una tarea más adecuada para un hombre más joven y aventurero.

—¿Por qué yo? —le había preguntado a Elar.

—Conoces a Auraya lo bastante bien para resistirte si se pone en contacto contigo a través del anillo e intenta hacerte cambiar de opinión. También eres lo bastante listo para evitar los actos heroicos.

—¿Como tratar de rescatarla?

Ella había sonreído.

—Sí. Incluso ocultando tu mente, jamás conseguirías colarte en el Santuario y superar a los guardianes.

Por supuesto, había considerado la posibilidad. De haber tenido la oportunidad de liberar a Auraya, lo habría hecho. No solo por afecto y lealtad, sino también por el bien de los circulianos. Necesitaban su fuerza para volver a inclinar la balanza a su favor.

Pero los Blancos no habían mandado a Danyin a liberar a Auraya. Lo habían enviado a entrevistarse con la otra causa del desequilibrio de poderes.

La quilla del barco rozó la arena del fondo. Danyin metió los remos y se preparó para ponerse de pie, pero estuvo a punto de caer cuando algo empezó a tirar del bote en dirección a la costa. Se sujetó a la borda y se volvió, esperando ver a alguien tirando de la proa.

Pero no había nada. Tenía que dirigirse hacia una sombra con forma de hombre que ya había divisado en la distancia. El barco se detuvo unos metros más adelante. Danyin se puso en pie y se apeó por uno de los lados. El agua estaba casi helada. Miró hacia abajo y arrugó el entrecejo, pero no ante la visión de sus pantalones y botas empapados.

«Más vale que me vaya en buenos términos. No creo que pueda arrastrar el barco hasta aguas profundas».

Levantó la vista hacia la figura, inspiró profundamente y echó a andar hacia ella chapoteando. Que lo hubieran traicionado y aquel fuera un Servidor era la peor de las posibilidades, pero no la única fuente de inquietud. Incluso si era el hombre con el que debía entrevistarse, y a pesar de que había trabajado antes con él, había muchas razones para desconfiar de él y temerle.

Danyin se detuvo a unos pasos de distancia y miró el rostro oculto en la oscuridad.

—Bienvenido a Ithania del Sur, Danyin Lanza —dijo Mirar en tono seco.

A Danyin se le heló la sangre. La voz era demasiado familiar, pero el tono era completamente nuevo para él. «Leiard siempre mantenía una actitud digna y reservada. Hablaba en voz baja, casi como disculpándose».

Aunque había hablado en voz queda, el tono era el de una persona llena de seguridad en sí misma. Pero no de arrogancia, pensó. Su manera de hablar rezumaba longevidad y experiencia. Aquella era la voz de Mirar el Inmortal.

«O tal vez solo oigo lo que quiero», se dijo con ironía.

—Gracias, Mirar —respondió—. Aunque debo preguntarme si estás autorizado a darme la bienvenida en nombre de los pentadrianos.

—Mientras no se enteren, no tienen de qué preocuparse —aseguró Mirar.

«¿Lo dice con desprecio?», se preguntó Danyin.

—Pero cuanto menos tarde en volver, menor será la posibilidad de que noten mi ausencia y se pregunten dónde estoy. —Mirar hizo una pausa—.

¿Qué has venido a decirme?

Danyin se irguió.

—Los Blancos me han enviado a hacerte una oferta. Estoy conectado con ellos, así que si tienes alguna pregunta o petición...

—Quieren que no intervenga en la batalla —lo interrumpió Mirar—. No lo puedo aceptar.

Danyin tragó en seco.

—¿Ni siquiera a cambio de la libertad para tu gente?

Mirar permaneció un instante en silencio.

—De modo que... ¿es una oferta o una amenaza?

—No es una amenaza —se apresuró a responder Danyin—. Están dispuestos a permitir que tu gente ponga en práctica todas sus habilidades, incluidas las conexiones mentales, si desistes de ayudar a los pentadrianos.

—Y a cambio de abandonar a los pentadrianos, mi pueblo sufrirá en estas tierras. ¿Qué bando tiene más posibilidades de ganar la guerra si acepto la oferta de los Blancos, Danyin Lanza?

—No lo sé.

—¿Y qué bando vencería si permanezco con los pentadrianos?

—El tuyo —dijo Danyin, exhalando un suspiro.

:Pregúntale si Auraya le perdonaría las muertes de sus amigos y su pueblo. —La voz de Elar sonó como un suspiro en la mente de Danyin. Se resistió a tocar el anillo de la Blanca.

—¿Qué pensará Auraya de ti si ayudas a matar a su gente, a sus amigos y a su familia? —preguntó con serenidad.

—Oh, dará saltos de alegría —respondió Mirar en tono sarcástico—. Pero al menos existe una pequeña posibilidad de que ella no muera. Si los Blancos ganan la guerra, morirá.

—¿Es esa la razón por la que estás haciendo esto? —susurró de pronto Danyin. «¿Por qué estoy susurrando? ¿Acaso pienso que los Blancos no me oirán?».

Mirar no contestó. Su silencio podía dar a entender que ocultaba algo. «¿Que aún siente amor por Auraya? —Danyin consideró las respuestas de Mirar. No había revelado absolutamente nada—. Tal vez no quiere admitir que sus razones son todo menos nobles, que lo está haciendo por venganza».

—¿Hay algo que los Blancos te puedan ofrecer? —inquirió Danyin.

Le sorprendió oír suspirar a Mirar.

—No. Pero ten la seguridad de que no pondré en peligro la postura de los tejedores de sueños sobre la violencia. Es una lástima que tu gente no haya sido igual de coherente. Hace apenas unos años se escandalizaron ante el afán de los pentadrianos de invadir otra tierra. Ahora se disponen a marchar sobre el sur. Di a los Blancos que si mi apoyo pone en desventaja a los circulianos, tal vez deberían abandonar sus planes. Sería lo mejor para todos.

Danyin se indignó. ¿Cómo se atrevía ese hechicero pagano a pensar que podía cambiar el curso de una guerra como si fuera un dios? Pero luego tuvo una idea que calmó su cólera.

—De modo que, si los Blancos abandonan la invasión, ¿retirarías tu apoyo a los pentadrianos?

Mirar hizo una pausa.

—Lo consideraría. —Se dio la vuelta de golpe—. Se acerca una patrulla. Debes marcharte.

Danyin se alarmó.

—¿A qué distancia están?

—Tienes tiempo suficiente para huir si te vas ahora. Empujaré tu bote todo lo que pueda.

Danyin inclinó la cabeza en señal de gratitud, luego se le ocurrió que en aquella oscuridad probablemente era tan difícil verlo a él como a Mirar.

—Gracias —dijo.

Dio media vuelta, corrió hacia la embarcación y subió a bordo. Al oír chapoteos, se volvió y comprobó que Mirar lo seguía.

—Haré por Auraya todo lo que esté en mi mano —dijo Mirar en voz baja—. Pero te lo advierto: si vuelve, descubrirás que no es la misma mujer que conocías. Los dioses la han traicionado y utilizado como una ficha en un juego de venganzas mezquinas entre ellos. Uno no pasa por eso sin acumular amargura.

Danyin se estremeció. Definitivamente la voz de Mirar transmitía longevidad y experiencia. Se agarró a la borda mientras el barco se separaba de la arena con unas sacudidas y se alejaba rápidamente de la costa. Cuando hubo avanzado lo suficiente, la embarcación se dio la vuelta, y Danyin quedó

de cara a la orilla, apenas capaz de divisar la figura que permanecía en la playa. Luego abruptamente el bote salió despedido hacia delante. Fue ganando velocidad hasta que empezó a salpicar agua por ambos costados. Danyin, con el pulso acelerado, se agarró con más fuerza a la borda. Empezó a preocuparle que se estrellara contra algo, pero estaba demasiado aterrado para mirar alrededor.

El alivio se apoderó de él cuando finalmente el barco empezó a reducir la marcha. Para su tranquilidad, las luces de la costa pentadriana estaban lejos. Se volvió e inspiró. Las luces de Diamyane estaban inesperadamente cerca.

«Mirar me ha enviado mucho más lejos que Elar. —Frunció el ceño—. ¿Quiere eso decir que es más fuerte?».

Durante unos instantes permaneció sentado allí, meditando. No era posible. Elar había reemplazado a Auraya, así que debía de tener una fuerza equivalente. Los dioses no habrían enviado a Auraya a matar a Mirar si fuera más débil que él.

Un chapoteo cerca del bote hizo que devolviera la atención a su entorno. Se asomó por un costado sin esperar ver nada. En lugar de ello, se encontró con un par de ojos observándolo.

Paralizado por la sorpresa, se los quedó mirando. Las dos manos negras saltaron del agua hacia su garganta.

Dio un respingo y se las quitó de encima al mismo tiempo, tras producirle la impresión de una piel fría y resbaladiza. Las manos se sujetaron de la borda. Eran extraordinariamente grandes y tenían membranas entre los dedos. Oyó un golpe seco y, al volverse, vio aparecer otra mano con un arma extraña en el otro lado de la embarcación.

:¡Elar!

:¡Los veo! ¡Dame un instante para encontrarte!

Asomaron unas cabezas negras, lampiñas, con extraños ojos cubiertos por una película fina. Danyin estaba aterrorizado. Cogió un remo y lo blandió contra uno de los hombres, que lo esquivó. Acto seguido, se volvió y lanzó un golpe contra el otro. El sonido seco del impacto lo tranquilizó.

El hombre cayó al agua, y el primero desapareció. Danyin se preguntó si le había causado una lesión mortal. Si había herido al hombre o lo había matado, su compañero se vería obligado a llevárselo. Si no lo había herido,

los dos volverían para vengarse.

Para su consternación, dos cabezas aparecieron en el agua, a escasa distancia. De la nariz de uno de ellos manaba sangre profusamente hasta una boca retorcida en un gesto de odio. La sangre, de un rojo cárdeno, contrastaba con los dientes blancos del hombre.

«Pero hace apenas un rato estaba demasiado oscuro para poder ver con tanto detalle...».

Cuando los dos hombres miraron hacia la orilla, el miedo se apoderó de ellos. Desaparecieron bajo el agua. Al volverse, Danyin vio una chispa de luz avanzando velozmente hacia la playa. Él sacudió los brazos y, cuando la embarcación se puso en marcha con una sacudida, cayó al fondo del bote. Exhaló un suspiro de alivio y decidió quedarse allí.

Afortunadamente el viaje hasta la orilla fue corto. Cuando notó que el barco reducía la marcha, se incorporó y volvió a sentarse. Más adelante, a escasos metros, aguardaba una figura blanca y brillante que irradiaba bondad: Elar. Cuando el bote se deslizó sobre la arena, ella empezó a acercarse con el vestido y el cirque mojándose en el agua. De pronto, sintió afecto por ella.

—¿Estás bien, Danyin?

Danyin bajó del barco y se examinó.

—Sí. Un poco magullado, pero feliz de estar vivo. —Se dio la vuelta y miró hacia el mar—. ¿Qué eran esas criaturas?

—Elay —respondió ella con el entrecejo arrugado—. Varias de nuestras embarcaciones de suministros y un barco de guerra dunwayano han sido hundidos esta noche. Lo que has visto no era un arma, sino una herramienta para perforar agujeros.

Danyin asintió. Por supuesto. Ahora que ella lo había dicho, él asoció el objeto con las herramientas que se usaban para reparar embarcaciones. En manos de la criatura le había parecido realmente peligrosa.

—Tendremos que buscar la forma de combatirlos o no sobreviviremos a una batalla prolongada aquí —añadió Elar.

—Bueno, me alegra que no tuviera oportunidad de agujerearme —dijo él. Ella sonrió.

—Yo también me alegro. Ojalá no hubiera tenido la necesidad de enviarte al territorio enemigo, pero la única otra manera de hablar con Mirar era a

través de Arlij, y existía la posibilidad de que él accediera a pactar siempre y cuando no se enterara su gente.

—¿Ha salido algo bueno del intercambio? —Quiso saber él.

Ella lo miró y se encogió de hombros.

—Tal vez. Tendremos que discutirlo. Deberías dormir un poco durante las escasas horas que quedan antes de que llegue el ejército.

—No creo que pueda.

—Pero inténtalo —le dijo ella con firmeza—. Te quiero despejado y en forma mañana.

Elar puso una mano en su hombro y lo condujo hacia el pueblo.

Al cobrar conciencia del dolor que la atenazaba, Auraya estuvo a punto de soltar un gemido.

«Al menos mientras duermo no me entero de nada; no siento dolor, ni frustración, ni aburrimiento, ni preocupación, ni... ¿Qué es eso?».

Algo le rozaba la oreja. Abrió los ojos y volvió la cabeza. Se encontró con unos ojos redondos y un hocico puntiagudo. Una lengua rosada y fina le lamió la nariz.

—*Ohuaya* —dijo Travesuras en voz baja.

—Has vuelto. —A Auraya por poco se le escapó un sollozo de alivio.

—*Travsras* buscar, *Travsras encontrar*.

Cogió con el hocico algo que sujetaba en la pata y descendió por el brazo de Auraya.

Ella cambió de posición y se quedó rígida por el daño que sintió en las extremidades. Respiró con regularidad y esperó a que volviera a circularle la sangre.

El peso del viz y el modo en que le clavaba las patas no la ayudaban a sentirse mejor. Cuando recuperó la sensibilidad, cada uno de sus movimientos le producía un dolor espantoso en el brazo.

—¡Ay! ¡Qué daño!

El animalillo la ignoró. Auraya se inclinó hacia delante para ver qué estaba haciendo.

Entonces una oleada de esperanza teñida de aturdimiento le cortó de nuevo la respiración.

Travesuras sostenía una llave en la boca. Intentaba insertarla en el cerrojo de las anillas que le atenazaban las muñecas. Auraya lo miró boquiabierta, pero, al reparar en que estaba metiendo el extremo equivocado de la llave en el ojo de la cerradura, se despejó por completo. Se volvió hacia los Servidores que montaban guardia. Ambos estaban apoyados en la pared junto a la verja, con la cabeza baja. Al proyectar su mente, se percató de que estaban enfurruñados porque los habían dejado atrás.

«El Servidor Devoto más fuerte de Glymma y yo hemos terminado como carceleros. Algo debo de haber hecho mal. ¿En qué me he equivocado?».

Volviéndose hacia Travesuras, Auraya tocó la mente del viz y le envió la idea de usar el otro extremo de la llave. Tras vacilar por unos instantes, la bestezuela le dio la vuelta con las patas y el hocico.

A ella le pareció que Travesuras tardaba una eternidad en insertar la llave en la cerradura. Una vez que lo consiguió, no supo qué hacer a continuación. Entonces recordó que solía abrir los cerrojos con magia. Por lo general, había algo que giraba en el interior. Intentó torcer la llave, pero sus patas no estaban habituadas a realizar ese movimiento. Auraya oyó un ruido y se volvió hacia los guardias. El estómago le dio un vuelco al ver que uno de ellos la miraba.

—Más vale que te des prisa —le advirtió a Travesuras—, o esta noche cenarán estofado de viz.

Cuando el guardia se acercó a la verja, a Auraya la invadió la desesperación. Travesuras debió de percibirla, porque subió por su brazo y le lamió la cara.

—¡No, no, no! —musitó ella.

Para alivio de Auraya, el animalillo bajó corriendo de nuevo hasta la cerradura. Se detuvo para olfatearla. Ella oyó abrirse la verja, y el segundo guardia alzó la voz con tono inquisitivo. Al devolver la atención al viz, la ansiedad se apoderó de ella cuando comprobó que este seguía contemplando la llave. Vio con el rabillo del ojo que los guardias entraban en la cripta.

Travesuras aferró la llave con la boca y la hizo girar.

El cerrojo se abrió, y el viz se encaramó al trono de un salto. Apretando los dientes por el dolor que le supuso mover la muñeca que había

permanecido tanto tiempo inmóvil, ella deslizó la mano fuera de la anilla y la torció para coger la llave.

Los pasos empezaron a sonar más fuertes y luego más rápidos mientras ella sostenía la llave con fuerza y conseguía a duras penas mover el brazo para insertarla en la otra manilla. La hizo girar. La cerradura se abrió.

Entrevió un destello procedente de uno de los guardias y se lanzó a un lado. La magia chamuscó la base del trono. Corrió a esconderse detrás de la enorme silla, jadeando con esfuerzo y con el pulso acelerado.

«¡Tengo que salir del vacío!». Oyó los pasos de dos pares de botas que se aproximaban por ambos lados. Los Servidores estaban rodeando el trono.

Auraya buscó magia a tientas y la encontró. ¡El espacio de detrás de la enorme silla no estaba en el vacío! Absorbió la magia con avidez y se rodeó de un escudo justo cuando los Servidores daban la vuelta al trono y la atacaban. Derribó a uno con una descarga de energía y se volvió para enfrentarse al otro. Este se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, entre sorprendido y horrorizado.

Ella le lanzó una mirada que esperaba que irradiara furia y dio un paso hacia él.

El hombre huyó.

Sonriendo para sí, Auraya se irguió, invocó más magia y la encauzó hacia el interior de su cuerpo para sanarlo. Sin embargo, mientras se curaba, notó que la fuente se agotaba. Se alejó un poco del trono y experimentó un creciente desconcierto al volver a entrar en un espacio desprovisto de magia.

Entonces recordó que el vacío de la cueva en Si tenía magia en el centro. Un anillo de vacío alrededor de un núcleo de magia. El de la cripta era igual..., o lo había sido hasta que ella había consumido la magia que quedaba dentro.

Cuanto antes abandonara el vacío, mejor. Se desplazó de detrás del trono al borde de la tarima y bajó de un salto. Volvió a estar envuelta en magia. La absorbió y notó que el dolor remitía a medida que se curaba.

—Auraya.

Se le heló la sangre al reconocer la voz. Se volvió con la boca seca.

A pocos pasos de ella, una figura resplandeciente la miraba con ojos inyectados de rabia y odio.

«Huan».

Auraya se apresuró a reforzar su barrera protectora.

—Lamento frustrar tu fuga —dijo la diosa.

—No, no lo lamentas —repuso Auraya sin pensar. El desaliento se había transformado en una extraña mezcla de desafío y resignación—. Has estado buscando una excusa para matarme y ya la tienes.

—No quiero matarte —aseveró Huan—, pero lo haré si no me dejas otra opción. —Avanzó un paso—. Te ofrezco un trato.

—¿Un trato?

—Sí. Y mi petición es modesta: que me abras tu mente. A cambio, te dejaré vivir.

Auraya escrutó la figura brillante. Tras los rasgos de la diosa, apenas resultaba visible la expresión vacía del hombre que le había cedido su voluntad. Era el Servidor Devoto que había estado lamentándose de su suerte. Sus poderes se verían reforzados por la diosa, pero ¿hasta qué punto? Sin duda no tanto como los de las Voces.

Al mismo tiempo, consideró lo que le pedía Huan. «¿Qué puedo perder si desvelo mi mente?». Huan descubriría que Auraya era inmortal, pero probablemente ya lo sospechaba. Se enteraría de que había aprendido el secreto de Jade..., Emerahl. Descubriría que existían otros indómitos y que además sabían cómo matar a una deidad.

«Yo misma sé cómo matar a una deidad. Me quitará de en medio de todos modos, cuando se entere».

También se daría cuenta de que Auraya era lo bastante poderosa como para convertirse en una deidad, pero, por otro lado, si Chaia lo sabía, Huan probablemente ya lo intuía.

«Si tengo tanta fuerza, debo de ser más poderosa que este Servidor Devoto».

La idea le arrancó una sonrisa.

—No podrás evitar que huya.

A Huan le centellearon los ojos.

—Te equivocas. Pero si hace falta convencerte...

La figura brillante abrió una mano y le lanzó una luz blanca que impactó en su barrera. Tambaleándose hacia atrás, Auraya absorbió más magia y la

arrojó contra la diosa.

Al instante, ambas se enzarzaron en un duelo mortífero de fuerza y velocidad. A medida que ambas consumían la magia que las rodeaba, Auraya notó que esta se iba agotando. El aire vibraba entre ellas. La ex Blanca desvió azotes de calor, rayos y golpes demoledores.

«Sus ataques son tan poderosos como los míos. —Esta constatación fue peor que la fuerza devastadora del ataque de Huan—. El Servidor Devoto debe de ser más poderoso de lo que creía. Supongo que si los pentadrianos votan para elegir a sus Voces, tal vez haya Servidores Devotos tan poderosos como estas, o incluso más, al menos como lo eran las Voces antes de que las deidades reforzaran sus propios poderes».

Huan se acercó lo suficiente como para cerrarle el paso y forzarla a buscar refugio en un lado de la cripta. Poco a poco, la magia a la que Auraya tenía acceso empezó a menguar, lo que la obligó a retroceder para obtener más. Huan la observaba con una sonrisa.

«Me ha vencido. Solo es cuestión de tiempo».

Pero, negándose a rendirse, Auraya siguió luchando. Se resguardó tras las columnas de la cripta. Los ataques de Huan hacían saltar esquirlas de piedra, y una tras otra las columnas se derrumbaron hasta que Auraya temió que el techo se vendría abajo. La magia en el recinto disminuyó hasta tal punto que Auraya notó que le fallaban las fuerzas y no pudo mantener el ataque. Huan continuó castigando su barrera hasta que esta se vino abajo.

Una fuerza envolvió a Auraya y la arrastró hasta dejarla a unos pasos de la figura resplandeciente.

—Bien —dijo Huan con tono de desprecio—. Ahora ábreme tu mente.

Una oleada de obstinada rebeldía se adueñó de Auraya. «Me matará de todos modos, tanto si le abro mi mente como si no».

—No —respondió.

Huan entornó los párpados.

—Al parecer, crees que puedes elegir. Te demostraré que no es así.

Una descarga de magia cubrió el cuerpo de Auraya y se introdujo en él. Un dolor lacerante palpitó en sus extremidades y le desgarró las entrañas. Se le nubló la vista, y los ojos empezaron a arderle. Un sufrimiento devastador embargaba todos sus sentidos.

Luego el flujo se desvaneció. Auraya recuperó la visión y se percató de que estaba tendida en el suelo, aunque no recordaba haber caído. Tenía el cuerpo magullado. Jadeaba en exceso y supuso que había dejado de respirar durante el ataque de Huan. Su mente empezó a invocar magia de la fuente ya casi exhausta que la rodeaba para empezar a sanarse.

«De modo que va a torturarme —se dijo, notando que le flaqueaba la determinación. Entonces pensó en Mirar y en Jade—. No puedo traicionarlos». Consiguió armarse de valor para permanecer callada.

—¿Lo ves? —dijo Huan—. No hace falta mucha magia. Si quiero, puedo mantenerte así durante años. Puedo hacer que mueras de dolor. Lentamente.

Una vez más, Auraya se preguntó qué quería ver la diosa en su mente. Le vinieron al pensamiento la identidad de Jade, los secretos que Mirar le había contado, la intuición de que los indómitos se llevaban algo entre manos. Sabían cómo matar a deidades. ¿Acaso planeaban intentarlo?

«Podría dejar que Huan lo viera y morir rápidamente. Lo único que gano con resistirme es dolor.

»Sin embargo, si le abro mi mente, los indómitos perderán la oportunidad de matar a los dioses.

»Y los dioses merecen morir».

Pensó en las historias que Jade le había relatado, en las mentiras que los dioses habían contado, en las manipulaciones de Huan y en la malhadada misión de los siyís. De pronto, se llenó de cólera.

«Puedo sobrellevar esta tortura, aunque no será fácil. Y más vale que los indómitos alcancen su propósito. —Fulminó a Huan con la mirada—. No quiero morir pensando que malogré la posibilidad de que alguien matara a esta zorra».

Huan se irguió y le lanzó otra descarga de magia. Durante largo rato, Auraya solo fue consciente del dolor lacerante, del descubrimiento de que el dolor podía ser un ardor, un frío intolerable, un padecimiento insoportable, una multitud de sensaciones terribles.

Cuando la descarga cesó, advirtió que estaba tendida boca abajo. Le sangraba la nariz. La frente le palpitaba como si alguien le hubiera asestado varias patadas. Intentó moverse y, al no conseguirlo, se esforzó más. Finalmente su cuerpo la obedeció y se tendió boca arriba. La asaltaron

innumerables punzadas y durante un rato no pudo respirar.

Huan la observaba a unos pasos de distancia.

—Te estás muriendo —señaló.

«Dioses, ojalá pudiera borrarle esa expresión petulante de la cara... ¡o arrancarle los ojos! Pero... Huan solo puede verme a través de los ojos de un mortal —pensó de pronto—. Si consigo engañarla para que salga de ese Servidor, no me podrá ver morir. ¡Ja! ¡Si lograra hacerla salir de ese Servidor, no podría hacerme daño!».

—Qué lástima —dijo Auraya, apretando los dientes—. No te diré lo que sé, ni siquiera cuando Chaia se lleve mi alma.

Huan se rio.

—Chaia no está aquí. Y no me interesa tu alma. Dejarás de existir por completo.

Auraya hizo una mueca burlona.

—Si los dioses tuvierais que estar cerca de las personas que mueren para recoger su alma, no podríais llevároslas a todas. Tendríais que estar en tantos sitios a la vez... —Hizo una pausa para recobrar el aliento—. Pero no recogéis las almas, ¿verdad? Es todo una mentira.

Las refulgentes cejas de Huan se arquearon.

—¿Eso crees? ¿Qué te hace estar tan segura?

—Me lo dijo Chaia —mintió Auraya.

—¿Ah, sí? —Huan entornó los párpados—. No creo que te quiera tanto como afirma. Siempre me está dando razones para matarte.

—Entonces mátame.

La diosa sacudió la cabeza.

—¿De verdad crees que te dejaré morir sin antes examinar tu mente? Tengo que saber qué más te ha revelado Chaia.

Auraya solo dispuso de un momento para disfrutar del amargo triunfo de descubrir que el secreto de Mirar era cierto, antes de que el dolor la asaltara de nuevo. Esta vez fue peor y, cuando el ataque terminó, el dolor seguía allí. Sintió una humedad cálida bajo la cabeza y, cuando se movió, su cráneo produjo un chirrido inquietante. Una punzada aguda en el brazo le indicó que se había partido un hueso. Los talones le ardían. Su cuerpo entero estaba maltrecho. Le dolía el mentón y tenía la sensación de que se le habían

aflojado los dientes.

Huan bajó la vista hacia ella y sonrió.

—Abre tu mente, Auraya.

«Si lo hago, tendrá que abandonar el cuerpo del Servidor —pensó Auraya—. Ese será mi señuelo. Cuando venga hacia mí cerraré la mente de nuevo. Pero no podré evitar que vuelva a posesionarse del Servidor...».

Auraya dejó escapar un gemido. La presión en su cabeza se intensificaba. Invocó magia y procedió a reparar los daños. El dolor empezó a menguar. «Por suerte no estoy en el vacío».

¡El vacío! Si Auraya pudiera tenderle una trampa a Huan... No, la diosa no mordería el anzuelo.

—Abre tu mente y cesará el dolor —canturreó la diosa, inclinándose sobre ella.

«Necesito un vacío. —Recordó su teoría sobre cómo los habían creado—. Despojando de magia un lugar. Si Huan lo percibe, se alejará. Y entonces no dispondré de energía para curarme, salvo la que haya absorbido...».

—Déjame echar un vistazo a tus pensamientos, y todo habrá acabado.

Tenderle una trampa para hacerla salir del cuerpo del Servidor..., crear un vacío..., evitar que volviera a posesionarse de la figura del guardia. De golpe, todas las piezas encajaron. Auraya abrió los ojos y miró a Huan con fijeza.

—Está bien —dijo—. Echa un vistazo. Así sabrás cuánto te odio.

Un brillo de triunfo asomó a los ojos de Huan. Sus rasgos luminosos se desvanecieron, y en su lugar apareció el rostro del Servidor, que parpadeaba, estupefacto.

Auraya extendió el brazo sano y asió al hombre por el tobillo. Al mismo tiempo, absorbió toda la magia que percibía. Toda de una vez. La energía la inundó. En armonía con la magia del mundo, sus sentidos captaron una presencia que huía. Sintió que la magia alrededor se rasgaba como una tela, dejando en medio una esfera de nada.

Era un desgarró en el mundo, algo terrible. Ella profirió un grito de espanto. Otra voz se unió a la suya, y Auraya notó que unas manos la agarraban del brazo. El dolor la devolvió a la realidad mientras el Servidor Devoto se desprendía de su mano en el tobillo.

«Alertará a otros, si es que Huan no los ha alertado ya», pensó ella y entró

en pánico. Disparó una descarga de magia. El Servidor, todavía en el vacío, no tenía manera de escudarse. Auraya oyó cómo se le resquebrajaban los huesos cuando el azote lo alcanzó. Salió despedido hacia atrás y cayó despatarrado en el suelo, retorciéndose.

Auraya le dedicó un instante de compasión, pero la llamada urgente de su cuerpo volvió a acaparar su atención. Valiéndose de la magia que había absorbido, sanó todos los daños que pudo antes de salir arrastrándose del vacío para invocar más. Lentamente los huesos se soldaron, las tumescencias disminuyeron y las magulladuras desaparecieron. Con un gran esfuerzo, se puso en pie. Sintió pinchazos de dolor cuando los nervios afectados por la tortura de Huan protestaron.

Echó a andar hacia la verja. Notó que una magia más fuerte la rodeaba. Una pequeña descarga bastó para romper el cerrojo. Se volvió y observó la sala. Pensó que podía destruirla con facilidad, pero recordó que dentro había alguien a quien no quería hacer daño.

—Travesuras —lo llamó con voz suave—. ¡Travesuras!

Una forma diminuta y peluda saltó del trono y corrió hacia ella. Subió hasta su hombro y le lamió el cuello. Auraya le rascó entre las orejas y salió al pasillo.

Topó de frente con un puñado de Servidores que le bloqueaban el paso. Un momento después percibió la presencia de Huan uniéndose al grupo.

«¡Que los dioses la maldigan!», se dijo. Luego reparó en la ironía de lo que se le acababa de ocurrir y a punto estuvo de ahogarse en una risa demencial.

«Solo puede atacarme tras tomar posesión de un Servidor, pero dudo que estos sean tan poderosos como el último. Los fuertes están en el frente».

Cuando los Servidores la atacaron, Auraya comprobó aliviada que estaba en lo cierto. Sin embargo, conforme intentara abrirse paso luchando hasta el exterior del edificio, más hombres se unirían a ellos.

«¿De verdad hace falta que me tome tantas molestias?».

Una vez más tuvo la tentación de destruir aquel lugar. Sabía que sobre la cripta había una gruesa capa de roca y que más arriba se encontraban los edificios del Santuario Bajo. Reculando frente a los Servidores, se dirigió de nuevo hacia la cripta. Una vez en la verja, miró el trono, invocó energía y la

arrojó contra el techo de la estancia.

Se produjo una explosión atronadora, y el suelo tembló. Se formaron grietas allí donde había impactado el azote. El recinto empezó a llenarse de escombros. El ataque de los Servidores perdió fuerza. Al mirar atrás, Auraya advirtió que estos retrocedían intercambiando miradas de terror.

Le hicieron falta tres descargas, cada una más potente que la anterior, para salir de allí. Por las brechas abiertas en el techo de la sala se colaron unos tenues rayos de sol, que proyectaban cortinas de luz en el polvo que recubría los montones de escombros.

Los Servidores habían huido.

Auraya se detuvo para acariciar a un Travesuras tembloroso que se ocultaba bajo su saya de arpillera. Acto seguido se irguió, absorbió vorazmente toda la magia que pudo y la lanzó. Con un chasquido tremendo, un pedazo grande del techo, más grueso que la altura de una casa, se desplomó sobre la sala y aplastó el trono, que quedó sepultado. Fragmentos de escombros salieron volando en varias direcciones, y algunos se estrellaron contra su barrera. Sin esperar a que el polvo se asentara, Auraya se alejó, pasando por encima de rocas y procurando sortear los dos vacíos.

En lo alto aparecieron unas paredes blancas. Formaban parte del Santuario. Al avistar el cielo más allá, le dolió el corazón. Estaba teñido de rosa. Amanecía.

—*Ohuaya* vuela —le dijo Travesuras al oído.

—Sí —respondió su dueña—. Sujétate bien.

El viz se aferró a ella. A continuación, Auraya saltó en el aire, atravesó la abertura del techo y se elevó hacia el cielo.

:Está saliendo el sol —dijo Tamun—. Pronto despertarán los soldados. Hoy el mundo volverá a cambiar, tanto si triunfamos como si no.

Emerahl se aguanta la risa. A veces los Mellizos hablaban como narradores de cuentos, con unas palabras y un tono de voz dramáticos. Tal vez se expresaban como personajes de un poema épico porque se habían criado en otro tiempo.

«No, no creo que en otro tiempo la gente hablara así mientras lavaba la

ropa o preparaba la comida —pensó—. Esta es la forma que tienen los Mellizos de recordarnos que lo que vamos a intentar es tan peligroso como las hazañas de los antiguos héroes y que tendrá un efecto igual de radical sobre el mundo».

En aquel momento otra voz se unió a la conexión.

:He terminado —anunció el Gaviota—. He excavado un túnel que atraviesa el istmo y se comunica con el que usaba Emerahl. También he abierto pasadizos desde el túnel central hasta el exterior, a ambos lados, a fin de que Tamun y Surim puedan ocultarse con sus botes.

:Eso debe de haberte llevado toda la noche —comentó Emerahl, impresionada—. Si hoy no se nos presenta la oportunidad, será un lugar estupendo al que atraer a los dioses en otra ocasión.

:Siempre y cuando no tardemos en encontrar al sexto inmortal —advirtió el Gaviota—. Después de lo que he hecho, el istmo no durará mucho tiempo.

:Si, tal como parece, no se presenta la oportunidad, deberemos estar alerta por si aparecen otros inmortales —dijo Emerahl—. Puesto que los pentadrianos y circulianos están reclutando a hechiceros poderosos desde una edad temprana, es probable que haya alguno entre sus filas. Pero será difícil encontrarlo, y aún más difícil convencerlo de que se una a nosotros.

:Y una vez que lo hayamos convencido, tendremos que conseguir que los dioses se reúnan en algún lugar donde podamos rodearlos, añadió Surim.

:¿Surim? ¿Tamun?, dijo Mirar, incorporándose a la conexión.

:Mirar, respondieron ellos.

:Los pentadrianos están despertando. Esta será mi última oportunidad para comunicarme con vosotros. ¿Estáis todos en vuestros puestos?

:Aún no —le explicó Surim—. Hemos llegado a Diamyane. El Gaviota ha terminado de excavar los túneles, de modo que él, Tamun y yo ocuparemos pronto nuestras posiciones. Emerahl tiene que esperar a los Blancos. ¿Cómo está Auraya?

:No lo sé. No dormía cuando he intentado contactar con ella. He tratado de explorar mentes, pero no hay nadie allí. Ni siquiera los guardias.

:Puedo intentarlo yo, se ofreció Surim.

Todos aguardaron en silencio. Emerahl se preguntó si los demás abrigaban el mismo temor. Las Voces podrían haber dado órdenes de que

mataran a Auraya, pensando que Mirar no descubriría que lo habían engañado sino hasta después de la batalla. Eso explicaría la ausencia de guardias. No tenía sentido vigilar a una prisionera muerta.

:Ella es el único elemento del plan que falla —dijo Surim en voz baja—. Tenemos la trampa perfecta; sabemos que podemos crear vacíos, ya que Tamun lo consiguió ayer. Solo nos falta Auraya.

:Teníamos que estar aquí por si acaso —repitió Emerahl por milésima vez. Estaba descorazonada—. Si hubiéramos encontrado antes el secreto de los dioses, habríamos podido hallar la manera de liberarla.

:¡AURAYA ESTÁ LIBRE!

La voz de Surim sonó tan fuerte en la mente de Emerahl que estuvo a punto de interrumpir sin querer la conexión onírica, sobresaltada.

:¿Viva? ¿Libre? ¿Cómo? ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?, preguntó Mirar frenéticamente.

:¡Ah! La veo. Está robando a un mercader —dijo Tamun sin disimular su alegría—. Comida. Ropa. Ah, le ha prometido que regresará para pagarle en cuanto pueda. Él no le cree, por supuesto, y yo...

:Bonita tela —observó Surim—. ¿Quién iba a imaginar que tenía tan buen gusto? Supongo que debía de estar un poco harta de llevar esas anodinas túnicas blancas después de tantos años...

:No tiene muchas alternativas —le recordó Tamun—. No puede presentarse con esa sucia...

:¿DÓNDE ESTÁ?, exigió saber Mirar.

Los Mellizos callaron.

:Cerca de las montañas.

:Ha sido muy rápida —terció el Gaviota—. Está a un par de jornadas de viaje de Glymma.

:Puede desplazarse muy deprisa cuando se lo propone, dijo Mirar, orgulloso.

:Menos mal, porque si quiere llegar a tiempo para ayudarnos, más vale que se lo proponga, comentó Surim.

:¿Por qué se ha dirigido hacia las montañas? —preguntó Emerahl—. El campo de batalla se encuentra en la dirección opuesta.

:Quiere alejarse lo más posible de las Voces y los dioses, aventuró Mirar.

:Sin embargo, no se ha unido a los Blancos —declaró Tamun—. Le dijiste que ibas a defender a las Voces. Sabe que los Blancos están perdidos. ¿Los ha abandonado o está aguardando a que llegue el momento oportuno?

:No lo sé. Pero podéis estar seguros de que hay una posibilidad de la que no está informada, ya que no me autorizasteis a hablarle de nuestros planes de matar a los dioses.

:Debemos decírselo, aseveró Surim.

:No, es demasiado peligroso —protestó Tamun—. Si nos traiciona...

:Hemos venido hasta aquí con la esperanza de que se presentara la oportunidad idónea. Si ella no está al corriente, la oportunidad no se presentará.

:¿Cómo podemos decírselo? —preguntó Mirar—. Está despierta, y es probable que permanezca así hasta que se encuentre a una distancia considerable del campo de batalla. Esperad..., se me ha ocurrido una idea.

Los demás dejaron de percibir la mente de Mirar.

:No podemos decírselo —empezó a objetar Tamun—. Es un ries...

:Lo siento, hermana —la interrumpió Surim—, pero eres minoría. ¿Tengo razón, Emerahl?

:Es un riesgo —respondió Emerahl—. Pero no creo que se lo cuente a los dioses, al menos cuando sepa que no podemos conseguirlo sin ella. En el pasado ha hecho lo imposible por evitar hacernos daño.

:¿Estás segura?

:Nunca estoy completamente segura de nada.

:¿Gaviota?, preguntó Tamun.

:Emerahl y Mirar la conocen mejor. Estoy de acuerdo.

:Sois unos necios. Si ella...

:¿Jade?

Todos callaron, sorprendidos de oír la voz de Auraya.

:Sí, soy yo, se apresuró a decir Emerahl cuando el silencio se empezó a alargar.

:¿O debería decir «Emerahl»?

:Ese es mi nombre más antiguo.

:A Travesuras le ha dado por chillar nombres en sueños. Os ha mencionado a Mirar y a ti. Y a unos tales «Yisos».

:Los Mellizos.

:¿De modo que uno de vosotros ha establecido conexiones oníricas con Travesuras?

:Sí —dijo Mirar—. He sido yo.

:¿Quiénes sois los demás?

:Somos los Mellizos.

:Los Mellizos, ¿eh? Creía que habíais muerto hace mucho tiempo.

:En absoluto. Soy Surim.

:Y yo, Tamun.

:Hola —dijo Auraya—. No todos los días conoce una a leyendas vivientes. Había otra persona. Su nombre era algo así como «Afiota».

:Ese soy yo, el Gaviota.

:Ah, otra leyenda.

:Has conseguido escapar, por lo que veo, dijo Tamun.

:Sí, en parte gracias a Travesuras. Él me ha traído la llave.

:¿Qué piensas hacer ahora?, preguntó Mirar.

:No lo sé.

:No nos vendría mal tu ayuda.

:¿Estáis en dificultades?

:No exactamente. Y ninguno de nosotros te culparía si te negaras.

:Cuéntame.

Emerahl le explicó que los vacíos eran lugares donde habían perecido deidades.

:Lo sé. Me lo dijo Mirar. El Círculo mató a los otros dioses extrayendo la magia de allí, ¿verdad?

:Sí. ¿Te lo explicó él?

:No. He tenido una experiencia interesante con Huan.

:¿Sí?

:Me ha atacado. Al acordarme de lo que me había dicho Mirar sobre los vacíos, he decidido poner a prueba una teoría que elaboré durante las largas horas que pasé encadenada.

:¿Huan está muerta?, preguntó Mirar, emocionado.

:No. Ha huido. Pero supongo que es para eso para lo que os hago falta. Necesitáis ser seis para evitar que escapen.

:Sí —respondió Emerahl—. *¿Nos ayudarás?*

:Sí.

Se produjo un largo silencio. Emerahl se entusiasmó al pensar en lo que eso suponía. La oportunidad se había presentado. El plan daría resultado.

:*¿Y Chaia?*, preguntó Tamun.

:*¿Por qué tenías que preguntarle eso?*, le recriminó enseguida Surim.

:*Porque no queremos que cambie de idea en el último minuto*, respondió Tamun.

:*Chaia intentó matarme* —les dijo Auraya—. *Es igual que los demás. Si no puedo fiarme de él, estoy en la misma situación que cualquier otro indómito... No quiero decir que eso sea malo...*

:*Te hemos entendido* —le aseguró Surim—. *A ninguno de nosotros le gusta la perspectiva de pasar miles de años escondidos como criminales. Por eso estamos aquí.*

:*Contadme vuestro plan.*

Cuando Tamun empezó a exponerle el plan, un sonido —el toque de un cuerno— estuvo a punto de arrancar a Emerahl de su sueño.

:*Debo marcharme*, dijo.

Cuando recuperó la conciencia, Emerahl vio a Arlij inclinada sobre ella.

—Lo siento si he interrumpido algo —dijo la mujer—, pero el mensajero de los Blancos está en la puerta y pregunta por qué no nos hemos unido a ellos aún.

Incapaz de reprimir un bostezo, Danyin se tapó la boca. Pese a las órdenes de Elar, no había dormido bien. Irónicamente el alivio que había experimentado al oír la diana y comprobar que la noche había llegado a su fin lo había relajado hasta tal punto que se había quedado dormido. Para cuando despertó y se trasladó hasta la tienda de Elar, su patrona ya se había marchado. Un Servidor le había indicado dónde podía encontrarla. La noticia había disipado todo rastro de somnolencia.

Elar había ido a reunirse con los Blancos en el istmo.

Tras abandonar la tienda de campaña, Danyin se dirigió al trote al inicio del istmo. Allí comprobó aliviado que la Blanca aún no había partido. Elar sonrió al verlo y le hizo señas para que se acercara.

—No quería despertarte —le dijo—. Necesitabas descansar después de lo de anoche.

—Mmm —respondió él—. No conseguiréis engañarme. Intentabais libraros de mí.

Ella sonrió.

—¡Ja! Eres demasiado listo para mí. —Su semblante se tornó serio—. ¿Estás seguro de que quieres venir? Solo llevaremos a un pequeño grupo de testigos con nosotros. Entre ellos hay sacerdotes y tejedores de sueños poderosos, pero tal vez no puedan protegerte si las Voces nos atacan con todas sus fuerzas.

Danyin sintió una punzada de aprensión. La desterró de su mente.

—No hay guerra sin riesgos, y tal vez me necesitéis.

No explicó por qué. Cabía la posibilidad de que, si Auraya se había unido al enemigo, su presencia la hiciera cambiar de idea. Era una posibilidad ínfima, pero valía la pena estar preparado por si acaso.

Elar asintió.

—Tal vez. —Dirigió la vista a un punto situado detrás de él—. Y aquí llegan nuestros tejedores de sueños. Dudo que tengan una razón tan buena como la tuya para dormir hasta tarde.

Cuando se volvió, Danyin vio a varios hombres y mujeres con chaleco de tejedor que avanzaban hacia ellos. Reconoció a la representante Arlij y a la asesora Raeli. Las dos se separaron del resto y se acercaron a Juran. Cuando el breve diálogo concluyó, Elar sonrió.

—Es hora de ir al encuentro de nuestros adversarios —dijo—. Ten cuidado, Danyin.

—Lo tendré —le aseguró él.

Ella se unió a los Blancos, y él se situó junto a Lanren Rapsoda. El asesor militar le dedicó una sonrisa forzada, y ambos echaron a andar a lo largo del istmo detrás de los Blancos.

Todos avanzaban en silencio. Danyin observaba a las figuras blancas que iban delante de él, con los cirques ondeando tras de sí, y de vez en cuando echaba un vistazo más lejos, al camino, tratando de divisar al enemigo. El tiempo transcurría lentamente. La intensidad de los rayos del sol, cada vez más alto, presagiaba un día caluroso. El agua lamía las orillas del istmo a un ritmo suave pero incesante.

Debían de llevar más de una hora caminando cuando Lanren dejó escapar un leve sonido de satisfacción.

—Allí están.

Danyin oteó la lejanía, pero no divisó nada, salvo unas motas negras en la niebla.

—Tienes buena vista, Lanren.

El hombre se encogió de hombros.

Varios minutos después, los lejanos puntos oscuros se convirtieron en formas en movimiento. Cuando más tarde se tornaron en figuras humanas,

Danyin calculó que habían andado otra hora.

Poco a poco, se empezaron a hacer visibles los detalles. Había seis figuras. Cinco de ellas iban vestidas de negro. La otra, por su color, casi se confundía con el camino.

«Mirar», pensó Danyin. Lo asaltaron los recuerdos del hombre con el que había hablado la noche anterior y sintió una mezcla de simpatía y fastidio.

«Lástima que Auraya no lo haya matado. Entiendo por qué no lo hizo, pero si hubiera sido un poco más firme, las probabilidades no estarían hoy en nuestra contra».

Al cabo de un rato, Danyin alcanzó a distinguir a las Voces masculinas de las femeninas. Reconoció a cuatro de ellas, pero estaba más interesado en la que no conocía. Nekaun, la nueva Voz Primera, tenía una gallardía exótica y un andar arrogante. Avanzaba hacia los Blancos con aire decidido, sonriente.

Cuando Danyin se fijó en el grupo que seguía a las Voces, se llevó una fuerte impresión. Entre ellos había un hombre corpulento, calvo y de piel oscura. El parecido con los hombres del mar que lo habían atacado era tan extraordinario que no cabía duda de que pertenecía a la misma raza. Las joyas de oro que llevaba encima relucían al sol. Mientras lo observaba, el hombre mojó un paño en una gran jofaina que un criado llevaba a su lado, lo escurrió y se lo pasó por la cara.

«Debe de ser el rey de los elay», pensó Danyin. Los Blancos no habían dejado que los acompañaran los líderes de Somrey, Toren, Genria, Sennon o Si por temor a que estallara un combate mágico y no fueran capaces de protegerlos. Las Voces debían de estar convencidas de su superioridad. «Mirar está con ellos, así que tienen una ventaja».

Cuando se encontraban a varios pasos de distancia, los Blancos y las Voces redujeron la marcha hasta detenerse y se miraron con recelo.

—Mirar va con las Voces —oyó Danyin que murmuraba una tejedora detrás de él—. Si nos quedamos en la retaguardia, no podremos luchar para contrapesar la ventaja con la que cuentan gracias a él.

—Si se inicia el combate, nos uniremos a ellos —respondió Arlij.

—Para entonces tal vez sea demasiado tarde —insistió la mujer.

Danyin se volvió para ver a quien hablaba, pero entonces advirtió que Lanren tenía la vista fija en lo alto.

—¿Es quien yo creo? —preguntó este.

Danyin alzó la mirada a tiempo para avistar un destello azul que surcaba el cielo hacia ellos. Al cabo de unos instantes, cobró forma. Forma de mujer. Cuando la reconoció, se llenó de alegría y alivio.

«Auraya».

Por fin estaba libre. Había acudido en su ayuda. Los pentadrianos ya no eran superiores en fuerzas. Ahora lo eran los circulianos, si Mirar no había mentido al afirmar que no tenía intención de combatir ni matar. Auraya lucharía del lado de los circulianos y los dioses.

Los Blancos la habían visto. Las Voces siguieron la dirección de las miradas, y la sonrisa de su líder se desvaneció. Auraya bajó en picado con su atuendo azul agitándose al viento. Cuando estuvo cerca, Danyin reparó en lo delgada y pálida que estaba. Su indumentaria no era un vestido, sino un retazo de tela que envolvía un cuerpo famélico.

Sonrió para sí. A juzgar por las caras de las Voces, la llegada de Auraya no entraba en sus planes.

Ella se detuvo de golpe y permaneció suspendida sobre los Blancos y las Voces, con una expresión que él jamás había visto en su rostro.

Una mezcla de furia y odio.

A Auraya se le hizo un nudo en el estómago al contemplar desde arriba a los Blancos y a las Voces, frente a frente. Vio a Mirar avanzar con las Voces. Vio a Acompañantes y a Servidores caminar cien pasos por detrás de sus líderes, seguidos por asesores, sacerdotes y tejedores de sueños.

«¿Seré capaz de hacer lo que los otros inmortales me han pedido? Si quisieran matar a Huan, los ayudaría encantada. Pero ¿a Chaia...?».

Pero a Chaia ¿qué? Al fin y al cabo, había intentado matarla.

Sin embargo, se había portado muy bien con ella en el pasado.

«Supongo que por eso su traición resulta mucho más dolorosa. De haber caído en su trampa, habría muerto sin saber que me había engañado».

¿Y las otras deidades? Los demás no habían hecho nada para perjudicarla.

«Tampoco para ayudarme. Los he visto aliarse primero con Chaia y luego con Huan, en función de sus intereses».

¿Y los dioses pentadrianos? No sabía nada de ellos, salvo que habían enviado a sus prosélitos a invadir Ithania del Norte y ordenado a Nekaun que la encadenara bajo el Santuario, rompiendo su promesa.

Entonces una idea la asaltó.

«Ellos también deben morir. Si los dioses circulianos mueren, Ithania del Norte quedará en una posición vulnerable y los pentadrianos volverán a invadirla, lo que provocará un gran derramamiento de sangre».

Si todos los dioses morían aquel día..., ya no habría motivos para entablar una batalla. De esta manera se evitarían muchas, muchas muertes.

«Excepto la de las deidades, por supuesto. Pero me parece justo. Durante mucho tiempo nos han hecho creer que podían ofrecernos la vida después de la muerte, cuando en realidad no era más que una mentira para conseguir nuestra sumisión. Tal vez haya llegado la hora de que se enfrenten al mismo destino».

Pero ¿cómo sería el mundo sin dioses? ¿Caerían los mortales en el caos y la barbarie sin su tutela? Sin sacerdotes que instruyeran y guiaran a los dotados, ¿abusarían los hechiceros de sus poderes?

«¿Acaso esta guerra no es un acto de barbarie, un abuso de poder de los dioses?».

Más adelante, los Blancos redujeron la marcha. Se hallaban a un centenar de pasos de las Voces. Los dos grupos finalmente se detuvieron a una veintena de pasos de distancia.

«¿Dónde están los dioses?». Sobresaltada al caer en la cuenta de que no percibía la presencia de los dioses, proyectó sus sentidos. De pronto, detectó algo...: el Círculo. Se movían tan deprisa entre las Voces y los Blancos que no habría notado nada de no haber estado alerta. Sorprendida por aquel comportamiento, descendió para acercarse y se concentró aún más. Aunque no podía leer las mentes de los Blancos ni las de las Voces, oía las voces de los dioses.

Captó fragmentos de la conversación.

:... nunca acordamos esto.

Reconoció a Huan.

:Claro que sí. Sabíamos que habría elementos que escaparían a nuestro control, respondió Chaia.

:Pequeñeces. Cosas como las inclemencias del tiempo o las enfermedades. No la intromisión de estos malditos inmortales. Los has alentado...

:Jamás he alentado a ninguno de ellos.

:¡No te deshiciste de él! ¡Le dijiste a Auraya que no recogemos las almas!

:No es verdad.

:¿Queréis dejar de discutir? —Era la voz de Lore—. Lo mejor del juego está a punto de empezar.

«¿Un juego? —Auraya sacudió la cabeza—. ¿Qué juego? ¿Y por qué están en las mentes de ambos bandos? ¿Cómo es posible que las deidades penetren siquiera en las mentes de las Voces? Me extraña mucho que los dioses pentadrianos no lo hayan impedido. A todo esto, ¿dónde están los dioses pentadrianos?».

Entonces lo comprendió. Era tan evidente que se sintió como una estúpida por no haber abierto los ojos antes.

«Los dioses circulianos son los dioses pentadrianos».

Esta conclusión la hizo temblar de ira. Todos habían caído en el engaño. Los Blancos, las Voces, todos los mortales, todo el mundo. «Chaia no estaba haciéndose pasar por Sheyr cuando apareció en la sala. Era Sheyr».

Los dioses seguían discutiendo. Estupefacta aún por la revelación, Auraya tuvo que hacer un esfuerzo por devolver la atención al debate.

:¡... no es interesante! —espetó Huan—. No es un enfrentamiento justo.

:Los indómitos son un elemento que depende del azar. Eso lo hace más emocionante, discrepó Lore.

:Coincido con Huan —intervino Yranna—. Acordamos ciertas reglas desde el principio. Si uno de los dos bandos venciera por culpa de los indómitos, no sería una pugna equilibrada.

Una sospecha empezaba a germinar en la mente de Auraya, pero se resistía a creerlo. Era una posibilidad demasiado terrible.

:Ya no podemos hacer nada al respecto —dijo Chaia—. Dejémonos de discusiones y disfrutemos de la batalla.

A Auraya se le heló la sangre.

«Disfrutemos de la batalla».

Si Chaia no hubiera intentado matarla, jamás lo habría creído capaz de decir algo así. Pero lo cierto era que lo había intentado, y ella lo había oído. Chaia no se había dado cuenta de que ella estaba cerca, escuchando. Continuaron discutiendo. La palabra «juego» se repetía una y otra vez. El temor de Auraya a enfrentarse a la verdad se debilitaba cada vez más. Se fijó en las Voces y en los Blancos. Hombres y mujeres vestidos de blanco o de negro. Piezas de un juego. El tablero era el mundo entero.

«Para ellos no somos más que eso: piezas en un tablero».

Descendió un poco más para situarse justo por encima de las Voces, los Blancos y los dioses que revoloteaban entre ellos como aves carroñeras.

Cuando Auraya había descendido del cielo con su atuendo azul agitándose al viento, a Mirar el corazón le había dado un vuelco. La duda lo invadió por unos instantes. Ella iba a unirse a los Blancos, traicionando a los inmortales.

Ahora ambos se enfrentarían en una batalla. A diferencia de él, ella estaba dispuesta a matar.

Entonces Auraya se detuvo nuevamente y se cernió sobre ellos. Los Blancos y las Voces se detuvieron a observarla.

Alguien le dio un codazo suave a Mirar. Al volverse, vio a la Voz Segunda Imenja. Tenía una expresión adusta.

—Supongo que el trato queda anulado —murmuró ella—. Vete, si quieres. Me aseguraré de que él no te lo impida.

Mirar paseó la vista alrededor. Las Voces y los Blancos parecían paralizados ante la visión de Auraya. Detrás de los Blancos, Mirar vio a Emerahl avanzar a grandes zancadas, seguida de una Arlij desconcertada. Dirigió la mirada hacia un lado y vio a Tamun asomar por encima del borde del camino. Al echar un vistazo en el lado opuesto, vio que Surim se agachaba para ocultarse.

«Todos están en sus puestos menos yo».

Se apartó de las Voces. Nekaun clavó en él una mirada asesina, pero Imenja dio un paso hacia delante para interponerse entre ellos. Mientras se alejaba a toda velocidad, Mirar alzó la vista hacia Auraya.

Ella lo vio y asintió.

—¡Ahora! —gritó.

Mirar absorbió más magia de la que jamás había necesitado.

Reivan tragó en seco al advertir que una esfera fulgurante envolvía a los Blancos y a las Voces. Despedía una luz tan intensa que provocaba dolor en los ojos.

—¿Qué ocurre? —gritó alguien. Ella reconoció la voz profunda del rey de los elay.

—¡Se están atacando unos a otros! —exclamó un Servidor—. ¡Cargad contra el enemigo!

—¿Cómo? No los vemos.

—Y ellos no nos ven a nosotros —dijo Reivan de improviso—. Lo único que podemos hacer es protegernos y esperar.

Para su sorpresa, quienes la rodeaban se quedaron callados. Con el pulso acelerado, se tapó los ojos y elevó una plegaria en voz baja para que los dioses protegieran a Imenja.

A Emerahl le sorprendió descubrir cuánta magia era capaz de absorber y retener. Sin embargo, había un límite y, cuando lo alcanzó, convirtió la energía en luz. Los demás estaban haciendo lo mismo, envolviendo a las Voces y a los Blancos en una gran esfera cegadora.

De golpe, la magia se consumió, y el fulgor desapareció.

Emerahl notó, incómoda, que se hallaba cerca de diez hechiceros desconcertados. Miraban alrededor con expresiones recelosas e inseguras. Una de las Voces fijó en ella una mirada severa.

«Hora de marcharse —se dijo, pero no se movió—. No sabemos si ha funcionado o no».

Entonces surgió un resplandor en el centro del istmo. A Emerahl se le cayó el alma a los pies cuando reconoció a Chaia. El dios no tenía la vista puesta en ella, sino más arriba, en Auraya. Aparecieron otras cuatro figuras.

Con la boca seca y el corazón desbocado, Emerahl aprovechó la distracción y se dirigió al borde del camino. Nadie intentó impedirselo. Todos estaban demasiado aturridos y desorientados. Para su alivio, Surim la

esperaba allí, en un bote angosto. Emerahl se deslizó por la escarpada pared del istmo y subió a bordo con dificultad.

—¿Ha funcionado? —le susurró él.

Ella sacudió la cabeza.

—Chaia ha aparecido. Sigue vivo.

—Y atrapado dentro del vacío —dijo otra voz por lo bajo. Emerahl y Surim se volvieron para ver a Tamun y al Gaviota cerca de una grieta en la pared del istmo, remando en otro bote estrecho—. Recordad que a menudo queda magia en el centro del vacío. Solo hemos creado un espacio desprovisto de magia alrededor de ellos.

—Atrapados por toda la eternidad —dijo Surim. Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa maléfica—. Eso me gusta más, de hecho.

—A mí no —gruñó Emerahl—. Si permanecen con vida, es posible que sobrevivan hasta que vuelva a filtrarse magia en el vacío.

—Entonces tendremos que entrar a hurtadillas y acabar con ellos, cuando no haya Blancos ni Voces cerca para impedirnoslo —dijo Surim, encogiéndose de hombros.

—Contarán con que lo intentemos. Se asegurarán de que sus dioses estén bien protegidos.

—¿Por quién? Sin deidades que aumenten sus poderes, las Voces y los Blancos no serán tan fuertes —señaló el Gaviota.

—Lo serán, dentro del vacío —dijo Emerahl.

—Pero los dioses necesitan esa energía para sobrevivir.

—¿Dónde está Auraya? —El Gaviota levantó la vista hacia la parte superior de la pared del istmo.

Emerahl siguió la dirección de su mirada.

—Continuaba flotando en el cielo cuando me he ido.

—Tiene cuentas pendientes —dijo Tamun—. Cuando las haya saldado, podrá alejarse volando. Nosotros no. Deberíamos irnos.

—¿Y qué hay de Mirar?

Tamun miró hacia la pared con el ceño fruncido.

—Probablemente se ha quedado por Auraya.

Contemplaron la pendiente en silencio. Emerahl exhaló un suspiro.

—Me quedaré a esperarlos. Vosotros marchaos.

La figura resplandeciente de Chaia desplazó la mirada de Auraya a Juran. Sus labios se movieron, pero ella no alcanzó a captar sus palabras.

«Claro —pensó—. No lo oigo porque nos separa un vacío. Solo puede comunicarse por medio de la mente... y no ha podido conectarse con la mía desde que aprendí a ocultarla. O se apodera de otra, o tendré que desactivar mi escudo mental».

En ese momento Juran asintió y miró hacia arriba.

—Chaia te pide que bajes y hables con nosotros —dijo, arrugando el entrecejo—. Quiere saber por qué has hecho... lo que sea que hayas hecho.

Auraya reflexionó, consciente de que los Blancos y las Voces la observaban. Se estremeció al ver a Nekaun. Quería alejarse lo más posible de él.

Pero era necesario que los Blancos supieran la verdad. Aunque no la creyeran.

«¿Pueden hacerme daño las Voces o los dioses? Podrían atacarme, pero para ello tendrían que consumir la magia que hay alrededor del vacío. Los dioses no querrán que se gaste ni una gota. Ya están absorbiendo energía solo para hacerse visibles. Cuando se acabe, dejarán de existir».

Respiró hondo y, tras invocar magia para reforzar su barrera y para no caerse al pasar a través del vacío, descendió al suelo.

Chaia se volvió hacia ella. Auraya seguiría sin poder oírlo a menos que

retirara la barrera que envolvía su mente. No había nada más que ocultarles que no supieran ya. Miró a los Blancos y a las Voces y, para su sorpresa, descubrió que podía leerles la mente. Eso significaba que habían perdido los dones que las deidades les habían conferido. Ya no podían escrutar el pensamiento de nadie.

No obstante, descorder el velo supuso para ella un esfuerzo consciente. Tan pronto como lo hizo, Chaia le habló.

:Una vez más, te hemos subestimado, Auraya. Tú y tus amigos inmortales nos tenéis atrapados. Al menos explícanos por qué.

—¿Por qué? —repitió ella con un acceso de rabia—. Ya sabes por qué. Supongo que creías que estabas poniendo fin a mis sufrimientos cuando me dijiste que podía escapar del Santuario si me convertía en una diosa.

Él frunció el ceño.

:Nunca te propuse que te convirtieras en una deidad. No me habría gustado verte confinada a una existencia como la nuestra. Habría sido una prisión para ti.

—Entonces ¿por qué me explicaste cómo...? —Una duda la asaltó. ¿Realmente le había sugerido él que lo hiciera? Ese día ella se encontraba muy enferma. ¿Acaso lo había soñado?—. Me dijiste que preferías que me convirtiera en diosa a que muriese. Que llevarme mi alma no sería lo mismo. —Se rio amargamente—. Pues bien, puesto que Huan reconoció que no recogéis las almas, supongo que tenías razón.

Chaia miró a Huan. Los otros dioses clavaron la vista en la diosa, que se irguió y les sostuvo la mirada, desafiante.

:¿Le revelaste cómo convertirse en deidad? —la acusó Yranna—. ¿Te disfrazaste?

Chaia se volvió de nuevo hacia Auraya.

:¿Pronuncié nuestra palabra clave? ¿Me oíste decir «sombra»?, preguntó.

Ella frunció el entrecejo. Sus recuerdos eran demasiado borrosos.

—No estoy segura —admitió—. Me encontraba muy mal. Me costaba pensar.

Huan se rio.

:Sí, no fue difícil engañarte.

Auraya levantó los ojos y se estremeció al ver la expresión de júbilo de la diosa.

:¿De modo que lo admites?, preguntó Chaia a Huan.

La diosa lo fulminó con la mirada y permaneció en silencio.

:¿Quién más podría haber sido? —dijo Lore con acritud—. Ninguno de nosotros ha roto las reglas con la misma frecuencia que Huan.

:¡Reglas! ¡Las reglas eran aplicables al juego, no a las amenazas a nuestra existencia! —rugió Huan—. Si hubieras hecho caso de mis advertencias sobre ella —añadió, señalando a Auraya—, esto no habría pasado.

Chaia forzó una sonrisa.

:Todos nos hemos habituado a no hacerte caso cuando sueltas tus sartas de estupideces paranoicas. «¡Los inmortales se pueden convertir en dioses! ¡Si lo consiguen, nos matarán a todos! ¡Auraya es un peligro!».

:Evidentemente Huan estaba en lo cierto, alegó Lore.

Todos se quedaron callados. Al cabo de un rato, Juran dio un resoplido.

—No lo entiendo. ¿Qué ha ocurrido?

:Los indómitos nos han hecho lo que hace muchos siglos les hicimos nosotros a los otros dioses —le explicó Lore—. Han extraído toda la magia del espacio que nos rodea y nos han encerrado en un pequeño oasis del que no podemos salir.

:Hasta que la magia vuelva a llenar el vacío —agregó Yranna en voz baja—. Dentro de miles de años.

Juran se volvió hacia Auraya.

—¿Los has ayudado a hacer esto?

Ella reunió valor para mirarlo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nos mintieron. No recogen las almas. Juegan con nosotros como si...

Una risotada ahogó sus palabras. Todas las miradas se fijaron en Nekaun.

—¿Has aprisionado a tus propios dioses? —Meneó la cabeza—. ¿Cómo puedo recompensarte por ello? ¿Con oro? ¿Con tierras? ¿Ofreciéndote un lugar a mi lado?

A Auraya se le erizó la piel. Al menos revelarles a él la mala noticia supondría una satisfacción para ella.

—Los dioses circulianos y los pentadrianos son los mismos —aseveró—. Todos han estado representando dos papeles. —Posó la vista en Chaia y luego en cada uno de los Blancos y las Voces—. Todo esto es un juego para ellos. Y vosotros sois las piezas. Las bajas sufridas en esta guerra y en la anterior no son más que puntos anotados por un bando contra el otro. Simplemente puntos, no personas de verdad, con familia y amigos. No...

—No son los mismos —espetó Nekaun con el rostro encendido de rabia—. Mis dioses no se les parecen en nada. Ni siquiera tienen las mismas voces.

:*Lo que dice Auraya es verdad*, declaró Chaia. Empezó a transformarse y, de pronto, apareció Sheyr. Las Voces lo contemplaron estupefactas.

—¡Es un truco! —exclamó Nekaun.

Auraya se dirigió a él.

—No tardarás en descubrir la verdad. Como ellos han dejado de fortalecer tus dones mágicos, te has vuelto más débil. Ya no puedes leer la mente. Y, desde luego, no eres inmortal.

La ira en la mirada de Nekaun se trocó en incertidumbre. Al volverse, Auraya vio la misma expresión en los rostros de los Blancos.

—Lo... siento —dijo casi sin pensar—. Pero, con los dioses jugando a enfrentarnos a unos contra otros, no ibais a sobrevivir durante mucho tiempo de todos modos. Por supuesto, si continuáis con esta guerra, tampoco tendréis muchas probabilidades de seguir con vida. —Hizo un mohín—. Es algo que debéis decidir vosotros. No os ayudaré ni os estorbaré.

Juran apartó la vista de Auraya para fijarla en Chaia.

—¿Es eso cierto?

:Sí.

Alguien profirió un grito de cólera. Todos se volvieron hacia la nueva Blanca, Elareen, que miraba a Auraya, lívida de rabia.

—¡Traidora! —bramó—. ¡No mereces vivir!

Hizo un ademán violento, y de su mano salió despedido un haz de luz que se estrelló contra la barrera de Auraya.

:*¡NO! ¡NO HAGAS ESO!*, gritaron los dioses al unísono. Yranna se

acercó a Elar.

:Necesitamos esa magia que has gastado para sobrevivir, Elareen. ¿Nos matarías para vengarnos?

Elareen miró a la diosa con los ojos desorbitados y sacudió la cabeza. Retrocedió un paso y alzó la vista hacia Auraya, con los párpados entornados por el odio.

En aquel momento, otro ataque golpeó la barrera de Auraya, seguido de una carcajada demencial. Tanto las deidades como las personas se volvieron hacia la fuente, entre protestas y gritos ahogados. Riendo de nuevo, Nekaun lanzó otra descarga contra Juran.

—¡Estúpidos! —dijo—. ¡Acabáis de revelarme cómo matar a vuestros propios dioses!

Chaia adoptó la forma de Sheyr.

:¡NO SIGAS!, le ordenó.

Nekaun soltó otra risotada.

—No me vas a engañar otra vez. Supongo que fuiste tú quien impidió que me divirtiera un poco con Auraya. Pues bien...

De pronto, trastabilló hacia atrás con expresión de sorpresa. El escalofrío que había empezado a bajarle a Auraya por la espalda al oír sus palabras se desvaneció en cuanto se percató de que las otras Voces arrastraban a Nekaun hacia ellas por medio de la magia. Era evidente que él se resistía, pero en vano. La Voz Primera se estremeció, como si hubiera recibido un golpe en la cara, y cayó al suelo, inconsciente.

Todas las Voces esbozaron una sonrisa de satisfacción. Se produjo un silencio, y Juran se volvió hacia Chaia.

—Sin vuestra orientación, ¿qué será de los mortales? ¿Qué hemos de hacer para no caer en el caos y la anarquía?

Auraya sintió una punzada de afecto por él.

—Mientras haya buenos líderes como tú, Juran, a los mortales les irá bien.

Chaia sonrió.

:Tiene razón.

—¿Y cuando muera? —preguntó Juran, angustiado.

:El digno sustituto que elijas te relevará.

:El sustituto que elijamos nosotros —le corrigió Huan, inclinándose hacia delante para mirar a Chaia. Se volvió hacia los Blancos y las Voces—. Vuestros dioses no están muertos. ¡Estamos vivos! Erigiréis un templo aquí. Vendréis para consultarnos sobre la gobernanza de vuestras tierras.

Chaia sacudió la cabeza.

:El problema de las guerras es que sobreviven a ellas los más poderosos y despiadados. No resulta muy agradable su compañía.

Huan le dedicó una mirada desdeñosa.

:Vosotros también habéis sobrevivido —dijo, dirigiéndose a las Voces y a los Blancos—. Debéis dar comienzo a una nueva era de cooperación. Construiréis un templo aquí y nombraréis sacerdotes para que nos sirvan. Dejaréis aquí a vuestros hechiceros más poderosos con el fin de que monten guardia hasta...

Auraya dejó de escucharla cuando Chaia la miró.

:Es una insensata —dijo él—. Si uno de tus amigos no vuelve para acabar con nosotros, tarde o temprano pereceremos de cualquier modo. No necesitamos mucha magia para permanecer con vida. Incluso es posible que vivamos lo suficiente para escapar de este lugar, pero para entonces habremos perdido la razón. Casi todos los dioses a los que aislamos dentro de vacíos acabaron por enloquecer, Auraya. Necesitamos a los mortales para establecer una conexión con el mundo físico.

A Auraya le entraron remordimientos.

—Lamento haber desconfiado de ti. Tendría que haberme dado cuenta de que no eras tú. Pero no pierdas la esperanza. Los mortales vendrán. Levantarán el templo que exige Huan. Evitarán que te vuelvas loco.

Él asintió.

:Sí. ¿Lo harás tú también?

Tras vacilar por unos instantes, ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Lo haré por ti.

Chaia sonrió.

:Es bueno saberlo. Si no fuera por Huan, te pediría que me lo prometieras. Pero ambos sabemos que Huan seguirá buscando la manera de matarte, incluso desde el vacío. En cuanto a mí, hace un milenio que empecé a cansarme de ser un dios incorpóreo. Preferiría no existir que pasar otro

milenio atrapado aquí a su lado.

A Auraya le dio un vuelco el corazón. Empezaba a abrigar una terrible sospecha.

—No hables como si te estuvieras muriendo, Chaia. Buscaré la manera de volver a llenar el vacío. Tiene que haber una forma.

Chaia extendió un brazo y le acarició la mejilla con un tacto a la vez extraño y familiar.

:Adelante, Auraya. Será bueno que lo hagas. Y nunca pongas en práctica el conocimiento que te transmitió Huan. Ser un dios no es tan glorioso como queremos que crean los mortales. He hecho cosas terribles, pero no me arrepiento de haberte protegido y ayudado a desarrollar tus aptitudes. Adiós, Auraya.

Chaia se apartó. Confundida, ella se fijó en la magia que los rodeaba y supuso que se estaba reduciendo casi hasta agotarse. Pero la que quedaba era más que suficiente para mantener con vida a Chaia y a las otras deidades.

Finalmente comprendió lo que él estaba a punto de hacer.

—¡Chaia, no!

Una luz resplandeciente la cegó. Aunque no podía ver a los dioses, aún percibía su presencia. Noto que desaparecían uno tras otro, Huan sin poder terminar la frase que había empezado. El último en desvanecerse fue Chaia, pero no antes de que ella oyera sus últimas tres palabras.

:No me olvides.

Reivan se había quedado asombrada y luego aterrada al ver aparecer a las figuras brillantes entre los Blancos, las Voces y Auraya. No le cabía la menor duda de que eran dioses, pero ¿qué dioses?

Mirar se había acercado al borde del camino como si se dispusiera a lanzarse al mar, pero se había detenido a escuchar. Reivan alcanzaba a oír la conversación. Llena de curiosidad, había empezado a aproximarse lentamente, pero, antes de que estuviera lo bastante cerca, Auraya había proferido un grito, y se había producido un segundo fogonazo.

Deslumbrada, Reivan tardó unos instantes en recuperar la vista. Los Blancos y las Voces miraban a Auraya. Los dioses habían desaparecido.

—¡Se han ido! —exclamó Auraya—. ¡Chaia se ha quitado la vida y se los ha llevado consigo!

Aunque Reivan no oía lo que decían, quedaba claro que los Blancos y las Voces estaban protestando y poniendo en duda la afirmación. La expresión de Auraya era terrible. El espanto y la angustia le deformaban las facciones. Se llevó las manos al rostro, sacudió la cabeza y dio media vuelta.

Cuando echó a andar, el líder de los circulianos empezó a seguirla. Reivan dio un respingo cuando Mirar habló.

—Déjala en paz —dijo, dirigiéndose hacia Auraya con grandes zancadas. Los demás fijaron los ojos en él mientras se abría paso entre ellos, daba alcance a Auraya y le pasaba un brazo sobre el hombro. Ella se apoyó en él.

«Una escena conmovedora —pensó Reivan, esbozando una sonrisa irónica—. Los dioses tenían razón acerca de ellos. ¿Quién iba a imaginarlo?».

Mirar condujo a Auraya hasta el borde del camino, se asomó y vio a una mujer que navegaba en un bote pequeño hacia ellos. Auraya se detuvo y dejó que Mirar la ayudase a descender por el terraplén y a subir a bordo de la embarcación.

—Y ahora ¿qué? —preguntó uno de los Blancos.

—Regresemos a casa —dijo su líder.

Cuando se volvieron, alguien soltó una carcajada. Reivan se estremeció al descubrir que Nekaun había vuelto en sí y se había puesto en pie.

—¡Una treta muy ingeniosa! Sabíais que ibais a perder, así que vuestros dioses han simulado su muerte para que pudieseis huir a casa sin mella para vuestro orgullo. Y queréis hacernos creer que vuestros dioses son los nuestros, para que no os persigamos. ¡He descubierto vuestro plan! Creéis que nos vais a...

—Cierra el pico, Nekaun —espetó Imenja.

Nekaun se volvió hacia ella con el rostro encendido de cólera.

—Los dioses te harán pagar tu traición —empezó a decir.

Con cara de exasperación, Imenja giró sobre los talones. Ella y las otras Voces dieron la espalda a los Blancos, que ya se alejaban, y pasaron junto a Nekaun en dirección a Reivan y a sus compañeros.

—¡Regresad ahora mismo! —Nadie se volvió para mirarlo—. ¡Os ordeno que regreséis!

Las Voces no hicieron el menor caso. Reivan se encogió cuando él hizo ademán de lanzarles un azote, pero nada ocurrió. Nekaun se examinó la mano, frunció el ceño y miró alrededor, perplejo.

Imenja se volvió hacia Reivan y sonrió.

—Siempre ha sido un poco lento.

—¿Qué ha pasado?

—Es largo de explicar. —Imenja contempló a las otras Voces, deteniéndose entre los Servidores, los asesores y el rey de los elay—. He sentido que algo cambiaba después del primer fogonazo. La magia ha disminuido. —Posó la vista en su colgante y frunció el entrecejo.

—Eso... eso no tiene mucho sentido —observó Reivan.

—Es verdad —reconoció Imenja con un suspiro—. Según Auraya, los dioses han muerto. Creo que tiene razón.

Reivan la miró horrorizada.

—Pero... esas figuras luminosas... ¿qué eran? —preguntó un asesor.

—Eran los dioses. Sus dioses. Nuestros dioses. Los mismos, al parecer. Han quedado atrapados por algo que han hecho Mirar y Auraya. Pero, sea lo que sea, no es eso lo que los ha matado. Los propios dioses se han quitado la vida. Han hecho algo que... ha acabado con ellos. Al menos eso cree Auraya.

—¿Y vos le dais crédito? —preguntó el rey de los elay.

—Sí.

Reivan empezó a asimilar las consecuencias de lo que había ocurrido mientras se encaminaban de regreso a Avven.

—¿Aún tenéis vuestros dones? —preguntó un Servidor.

—Supongo que tengo los que ya poseía antes de convertirme en Voz. Eso quiere decir que he dejado de ser inmortal. Sospecho que no soy más poderosa que nuestros Servidores Devotos más dotados. Con la salvedad de que... aún puedo leer la mente.

«¿Ha dejado de ser inmortal?». Reivan se compadeció de ella.

—Si vos y las otras Voces ya no sois tan poderosas, ¿seguiréis gobernando? —Quiso saber el rey de los elay.

—Sin los dioses, ¿empezaremos a enfrentarnos unos contra otros? ¿Se sumirá el mundo en el caos? —inquirió otro Servidor con un ligero deje de histeria.

Reivan no pudo evitar sonreír.

—Ya estábamos enfrentados unos a otros.

Imenja soltó una risita.

—Sí, es verdad. Pero ¿tenemos motivos para seguir enfrentados? ¿Qué opinas, Acompañante Reivan? ¿Deberíamos seguir gobernando a nuestro pueblo o tal vez sería mejor buscar una cabaña tranquila en algún lugar en la montaña y retirarnos allí a esperar el fin del mundo?

Reivan se volvió hacia Imenja. Los ojos de la Voz escudaron los suyos. Ella comprendió que ante sí tenía no solo a su patrona pidiéndole consejo, sino también a una amiga que buscaba consuelo.

—Creo que a Ithania del Sur le irá bien mientras seáis su gobernante.

Imenja sonrió.

—Ojalá el resto del sur esté de acuerdo contigo, Reivan.

Al percibir que algo se movía detrás de Imenja, Reivan alzó los ojos y vio que Nekaun se acercaba a ellos con paso decidido y el rostro tenso de rabia.

—Pero hay quien no os lo pondrá fácil —murmuró.

Imenja se rio entre dientes.

—Oh, no creo que Nekaun constituya un problema. Ha ofendido a una cantidad considerable de gente en el breve espacio de tiempo desde que fue elegido. —Irguió la espalda—. Y de ningún modo permitiré que te siga tratando tan mal, ni tampoco a las demás mujeres a las que hizo daño aquella noche. —Se volvió hacia las otras Voces—. ¿Qué pensáis?

Reivan miró a Imenja, sorprendida y horrorizada de saber que no había sido la única Servidora en experimentar la idea de Nekaun de sexo «apasionante».

—Creo que deberíamos aplicar nuestras leyes más estrictas —dijo Genza. Vervel y Shar asintieron.

Imenja dio media vuelta para encararse con Nekaun.

—Nekaun, ex Voz Primera de los Dioses, te acuso formalmente de haber violado a tres Servidoras. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Nekaun había aminorado el paso y se había detenido con expresión de incredulidad. Reivan observó los rostros de las Voces. El corazón le latía a toda velocidad con una mezcla de temor y esperanza. Era impensable que admitieran la acusación... Sin embargo, no iban a tolerar que Nekaun continuara siendo su líder ahora que tenían una alternativa.

Tras recobrase de la sorpresa, Nekaun miró a Imenja con desprecio.

—No te atreverías.

—Me estoy atreviendo —replicó ella.

—Los dioses nunca lo permitirán.

—Los dioses están muertos, Nekaun.

Él puso los ojos en blanco.

—Debes de ser muy necia para pensar eso. Incluso si fuera verdad, nadie lo creería..., ni creería esta acusación. Pensarán que no es más que una mentira conveniente para librarte de mí. El pueblo me eligió, recuérdalo. No le hará gracia que desobedezcas su mandato.

Imenja se volvió hacia el rey de los elay.

—Majestad, ¿me hacéis el favor de pensar en una palabra? No la digáis en voz alta.

El rey de los elay frunció el ceño y se encogió de hombros.

—«Rebelión» —dijo Imenja—. ¿Es correcto?

El monarca inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pensad en otra. —Al cabo de un momento, añadió—: «Tratado». —El rey asintió de nuevo. Tras repetir tres veces el ejercicio, Imenja se dirigió a las otras Voces, a los Servidores y a los asesores—. ¿Estáis todos de acuerdo en que aún puedo leer la mente?

Todos asintieron.

—¿Me creéis cuando os digo que Nekaun es culpable de los cargos de los que se le acusa?

Todos asistieron.

—¿Daréis testimonio de ello, si alguien lo pone en duda?

Todos movieron la cabeza afirmativamente de nuevo. Satisfecha, Imenja se volvió hacia Nekaun.

—Si pudiera acusarte de incompetencia y obtener el mismo resultado, lo haría —le aseguró—. Pero la acusación de violar a una Servidora es mucho más grave, y no estaría bien no hacer justicia a las mujeres a las que agrediste. —Miró a las Voces.

Vervel asintió.

—Un delito se castiga con diez años de esclavitud. Dos delitos, con esclavitud de por vida. Tres delitos...

—... con la muerte —concluyó Nekaun, cruzando los brazos—. No tienes la menor...

A Reivan se le congestionó el rostro. Oyó a Imenja lanzar un grito de ira, y el aire vibró con ruidos atronadores y destellos. De pronto, todo quedó en silencio. Reivan contempló la escena. Había varios Servidores tendidos en el suelo, algunos gimiendo, otros inmóviles. A los pies de Imenja, Vervel, Genza y Shar, un cuerpo chamuscado aún se retorcía.

«Nekaun —pensó— no se va a recuperar de esta». La idea le produjo un alivio inesperado, pero, al fijarse en la carne quemada, notó un dolor en la mejilla. Un dolor intenso. Imenja la miró, y la expresión de Reivan se

suavizó.

—Lo siento, Reivan —se apresuró a decir—. No te he protegido a tiempo. Suponía que él atacaría a las Voces, no a los Servidores.

Reivan sacudió la cabeza.

—No pasa nada. —Miró el cuerpo de Nekaun. Había dejado de moverse—. Supongo que su castigo servirá de escarmiento a otros.

Imenja se rio entrecortadamente.

—Oh, eso creo. Si pretendes dominar el mundo, a veces tienes que dar ejemplo. No se me ocurre uno mejor para empezar que nuestra ex Voz Primera.

Reivan escrutó el rostro de Imenja, sin saber si su patrona hablaba en serio o no. Imenja le devolvió la mirada.

—¿Qué ocurre?

—No... no parecéis muy afligida por la muerte de los dioses.

—Oh, sí que lo estoy —repuso Imenja con sinceridad—. Y furiosa. Sí, cada vez más furiosa. Pero aún no he decidido qué hacer al respecto.

—¿Buscar a Auraya y matarla?

—No estoy furiosa con Auraya.

Reivan arqueó las cejas con extrañeza. Al hacerlo, se le estiró la piel de las mejillas, y crispó el rostro, dolorida.

Imenja frunció el entrecejo.

—Te lo explicaré más tarde. Tenemos que llevarte con un tejedor de sueños. —Se volvió hacia los Servidores que aún yacían en el suelo y luego hacia los que estaban de pie—. Id en busca de ayuda —les indicó—. No confiéis en que funcionen vuestros colgantes. —Dos de los Servidores asintieron y se marcharon a toda prisa.

El rey Ais se aclaró la garganta.

—Si no me necesitáis, Voz Segunda, volveré con mi pueblo.

Ella posó la vista en él y asintió.

—Sí, gracias por vuestra ayuda, rey Ais. Ha sido muy valiosa para nosotros.

El monarca esbozó una sonrisa.

—Supongo que ya no os hará falta.

—No, pero para nosotros sería un honor poder seguir cooperando

estrechamente con vuestro pueblo.

Él ejecutó una ligera reverencia.

—Como lo será para nosotros cooperar con vosotros en el futuro. Hasta la vista. Y buena suerte.

Todos lo siguieron con la mirada mientras se acercaba al borde del camino. Se deslizó por el terraplén hasta perderse de vista, y se oyó una débil zambullida. Imenja se volvió hacia Reivan y le sonrió.

—Tenemos mucho que hacer. Espero que me ayudes.

—Claro que sí —dijo Reivan—. Pase lo que pase, sigo siendo vuestra Acompañante.

Con una amplia sonrisa, Imenja la tomó del brazo, y juntas echaron a andar a lo largo del istmo, con rumbo a casa y a un futuro nuevo e incierto.

Los Blancos caminaban lentamente y en silencio de regreso a Diamyane con la cabeza gacha y expresiones de estupor y aflicción. Ninguno de los otros asesores se les había acercado, de modo que Danyin también guardaba distancia.

No entendía qué había pasado. Las preguntas se le agolpaban en la mente. ¿Qué era lo que había hecho Auraya? ¿Habían intervenido en ello Mirar y la tejedora de sueños que se había adelantado pese a las protestas de Arlij? ¿Por qué Auraya se había marchado tan abatida?

Recordó que Mirar la había consolado y después guiado hasta un bote para alejarla del istmo. Rememoró la ira que había sentido porque aún había algo entre ellos. Era obvio.

Los Blancos llegaron por fin al extremo del istmo. Allí los sacerdotes superiores aguardaban expectantes, listos para entrar en batalla. Los Blancos se detuvieron e intercambiaron miradas. Juran se volvió hacia los consejeros y tejedores que los habían seguido hasta el encuentro con el enemigo e hizo una seña a los otros Blancos para que esperaran.

Cuando Danyin y los otros llegaron, Juran se dirigió a todos los presentes.

—Los dioses han muerto —anunció—. Tanto los del Círculo como los Cinco. No habrá batalla. Recoged vuestros pertrechos y preparaos para el viaje de regreso.

Se impuso un silencio cargado de estupefacción. Luego estalló una andanada de preguntas. Los Blancos hicieron caso omiso de ellas. Intercambiaron unas palabras y echaron a andar, en direcciones distintas. En cuanto advirtió que Elar se encaminaba hacia los muelles, Danyin corrió tras ella.

—¡Elareen! —la llamó en el momento en que estuvo cerca. Ella se detuvo y se volvió. Él se paró en seco, estupefacto, al ver lágrimas en sus mejillas.

—Hola, Danyin —saludó ella, secándose la cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él de forma atropellada.

Ella apartó la vista.

—Lo que ha dicho Juran. Los dioses han muerto.

—¿Cómo?

—Auraya... —la voz de Elar estaba empañada por las emociones. Tenía los ojos clavados en el istmo—. Los otros indómitos. Los han acorralado y los han matado.

Atónito, Danyin no dijo nada. «Auraya finalmente nos ha traicionado —pensó—. Pero no se ha unido a los pentadrianos, como temíamos, sino a los indómitos».

Elar echó a andar hacia un grupo de dunwayanos que reparaban un barco rescatado del agua. No se volvió para comprobar si él la seguía. Al dirigir la vista más allá, él reparó en que todas las embarcaciones estaban escoradas y tenían la cubierta inundada. Más lejos de la costa, donde antes se encontraba la flota de guerra dunwayana, solo quedaba un bosque de mástiles.

Todos los buques habían sido hundidos.

«Los elay son los únicos que han podido poner en práctica sus habilidades de combate en esta guerra —pensó de pronto—. Los dunwayanos se llevarán una decepción cuando se enteren de que no habrá batalla».

La guerra se había descartado. Aunque Danyin sabía que debía experimentar alivio, se sintió vacío. Elar se detuvo, y él le dio alcance.

—Los elay —masculló ella—. Hay que hacer algo con ellos.

Dicho esto, se alejó apresuradamente. Al dirigir la vista hacia donde ella había estado mirando, Danyin divisó una forma distante. Un barco pequeño con tres figuras a bordo. Un destello azul intenso.

«Auraya —pensó—. Los indómitos. Los dioses tenían razón. Son

peligrosos. Si pueden matar a dioses, ¿qué más son capaces de hacer?».

Se estremeció al sentir frío de pronto. Metió las manos bajo su chaleco y palpó un objeto duro en uno de los bolsillos. Lo extrajo.

En su palma había un anillo liso y blanco. Se le heló la sangre. Era el anillo de conexión de Auraya. Elar no se lo había pedido la noche anterior, y Danyin se lo había guardado en el bolsillo hasta que se presentara la oportunidad de devolvérselo.

Esto despertó en su mente recuerdos del día en que conoció a Auraya. Él había pensado que sería una buena Blanca. Con el tiempo, había llegado a quererla como a una hija y a admirarla por su compasión e inteligencia. Había trabajado con ahínco para ella. Se había preocupado por ella mientras había permanecido prisionera en Glymma. Nunca había dudado de su lealtad.

«Nos ha traicionado —pensó—. Se ha vuelto contra los dioses. Los ha matado».

Se acercó a la orilla, sujetó el anillo entre dos dedos, tomó impulso con el brazo y lo lanzó con todas sus fuerzas. La sortija desapareció en las aguas turbias.

Acto seguido, Danyin dio media vuelta y echó a andar hacia el pueblo.

Ni Mirar, ni Emerahl, ni Auraya dijeron nada durante el viaje a la costa de Sennon. Mirar observó a Auraya con detenimiento. Tenía los ojos clavados en el fondo de la embarcación, con expresión hermética y distante.

«Tendré que informar a los demás de las artimañas de Huan, y de que Auraya se enteró demasiado tarde de que Chaia no había intentado matarla —pensó—. Y tendré que contarles que él se suicidó y mató a los demás. Si no, no entenderán por qué está tan afligida».

Él no sentía la misma pena. Chaia había hecho cosas terribles. El mundo estaba mejor sin él. Pero Mirar sabía que no iba a poder compartir esa opinión con Auraya. Nunca.

Finalmente la quilla del bote arañó la arena del fondo. Auraya se volvió para mirar la costa y se sujetó bien mientras Emerahl se valía de la magia para desplazar el barco hasta tierra firme, cerca de otra embarcación.

Los tres se pusieron en pie y desembarcaron de un salto. Se hallaban en

una pequeña bahía. Unas dunas los ocultaban a la vista de todos, menos de los barcos que pasaban. Sentadas en la playa los aguardaban tres figuras. Habían encendido una pequeña hoguera. Mirar percibió un olor a pescado asado.

—Mejor recibimiento, imposible —comentó.

—El Gaviota nos ha proporcionado el pescado —dijo Surim. Ofreció una jarra a Mirar—. Yo he traído el kahr.

Mirar bebió un trago del fuerte licor.

—¡Ah! —Suspiró—. Lo necesitaba. Me temo que he venido con las manos vacías.

—Has venido con Auraya —repuso Tamun.

Todos se volvieron hacia ella, que contemplaba la hoguera en silencio.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Surim. Llenó otra jarra de kahr y se la tendió a Emerahl—. ¿Algún plan?

Emerahl se encogió de hombros.

—Siempre he querido montar una escuela de hechicería y sanación.

Mirar se volvió hacia ella con expresión de sorpresa.

—Creía que habías decidido no volver a convertirte en el centro de atención, después de que te venerasen como la Arpía.

—Nunca fue mi intención que eso ocurriera y dediqué todas mis energías a huir de esa situación. Quizá si empiezo algo por mí misma y consagro mis esfuerzos a controlarlo, el resultado sea distinto. Además —levantó su jarra hacia él—, cuento con un experto al que consultar sobre cómo financiar y organizar a un grupo de hechiceros. ¿Tú qué piensas hacer?

Él se encogió de hombros.

—Ayudar a los tejedores de sueños a recuperarse de los reveses sufridos durante los últimos cien años. Esta vez tengo dos continentes que recorrer. Siempre supe que mi gente se había extendido hacia el sur; no sé por qué nunca los visité.

—Porque los dioses estaban haciendo cosas muy preocupantes en el norte —sugirió Surim.

—¿Y vosotros dos? —inquirió Emerahl, volviéndose hacia Surim y Tamun—. ¿Qué planes tenéis?

Surim miró a su hermana.

—Salir de la clandestinidad, para empezar. Me encantaría viajar.

—No quiero volver a ser famosa —dijo Tamun—. De todos modos, ¿cómo podemos dar consejo a la gente? No sabemos qué consecuencias tendrá la muerte de los dioses. —Se volvió hacia su hermano—. Tampoco quiero viajar todavía. Creo... —Hizo una pausa para meditar—. Creo que me gustaría asentarme en algún lugar. Un lugar con gente que se dedique a crear. Artesanos, artistas y demás.

—Y yo te visitaré... ¡A lo mejor podría vender lo que fabriquéis! —exclamó Surim—. Podría convertirme en mercader.

El Gaviota soltó una risita.

—Supongo que te veré de vez en cuando en el mar.

—No piensas cambiar un ápice tu vida, ¿verdad? —dijo Emerahl.

El muchacho sacudió la cabeza.

—El mar es mi hogar. Tardé mil años en encontrarlo y no veo motivos para cambiar.

Se sumieron en un silencio reflexivo. «Mil años antes de convertirse en el Gaviota —pensó Mirar—. Y ya era una leyenda antes de que yo me volviera inmortal. ¿Qué edad tendrá?».

—Yo regresaré a Si —anunció Auraya.

Todos los ojos se posaron en ella. A Mirar el corazón se le llenó de alegría. «Le irá bien —pensó—. Con el transcurso de los años, se olvidará de los dioses y de Chaia. Dispondrá de tiempo más que suficiente para ello».

Auraya arrugó el entrecejo.

—Después de recoger a Travesuras —añadió. Se tocó la prenda azul que llevaba—. Y de pagar al mercader por esto y por la comida que me llevé.

Emerahl soltó una risita.

—Entonces necesitarás algo de dinero.

Auraya levantó la vista.

—Así es.

—Tengo algo casi igual de útil. De hecho, lo enterré no muy lejos de aquí.

—El tesoro —dijo Surim.

Emerahl sonrió.

—Sí. Creo que puedo hacerle un pequeño préstamo a Auraya. Después de

todo, no podría haber aparecido vestida con harapos... o desnuda. No habría estado bien.

—No estoy seguro... —discrepó Mirar.

—Travesuras —dijo Surim—. ¿No se llama así el que liberó a Auraya?
¿Quién es ese hombre?

—Un viz —respondió Mirar.

Surim se volvió hacia Mirar, atónito, y sonrió.

—¿Quieres decir que, después de todo lo que hiciste para rescatar a Auraya... o, más bien, lo que no conseguiste hacer..., fue un viz el que la liberó?

—Sí —contestó Emerahl.

Surim se rio.

—Me pregunto si esa pobre criatura es consciente de que dio al traste con la posibilidad de que Auraya cayera rendida en tus brazos.

Emerahl resopló.

—En honor de todas las mujeres del mundo, dime, por favor, que no lo habrías hecho, Auraya.

Auraya esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Tal vez sí, tal vez no. —Se volvió hacia Mirar—. Supongo que nunca lo sabremos.

Él se encogió de hombros.

—No se puede cambiar el pasado. Pero el futuro se presenta prometedor. Está lleno de posibilidades.

Al volverse, vio que los demás intercambiaban sonrisas de complicidad. En cuanto se dieron cuenta de que él los miraba, se pusieron serios.

—Y sin dioses —agregó Emerahl.

—Pero lleno todavía de mortales —señaló el Gaviota—. No los subestiméis. Pueden resultar tan peligrosos como las deidades. Incluso más, puesto que los dioses no podían actuar sobre el mundo sin la colaboración voluntaria de sus adeptos.

Los demás meditaron en silencio sobre sus palabras.

—Deberíamos mantenernos en contacto —propuso Emerahl, observando a todos los presentes—. Visitarnos y tal vez reunirnos una vez al año.

—Sí —convino Surim—. Quizá en el nuevo imperio de artistas de

Tamun.

A Mirar le alegró ver que Auraya asentía.

—Os visitaré a todos, siempre y cuando me informéis sobre vuestro paradero mientras recorro los continentes —dijo él. Se volvió hacia Auraya—: ¿Seré bienvenido en Si?

Ella estuvo a punto de sonreír.

—Claro.

La respuesta de Auraya hizo que él concibiera esperanzas. «Ten cuidado —se dijo—. No saques conclusiones precipitadas. Necesita tiempo para recuperarse de todo lo que ha pasado».

Emerahl se puso de pie.

—Si vamos a buscar el tesoro, más vale que nos pongamos en marcha antes de que hayamos bebido demasiado. —Se volvió hacia Auraya—. ¿Me ayudas a cargar con él?

Auraya se encogió de hombros, se levantó y siguió a Emerahl hacia las dunas. Al fijarse en su escuálido cuerpo, Mirar sintió una punzada de inquietud. «¿Ayudarla a cargar con las joyas y baratijas? De eso, nada». Se puso en pie y la siguió.

Poco después le dio alcance. Auraya se había detenido, jadeante. Las pisadas de Emerahl se perdían en lo alto de una duna. Auraya se volvió y le sonrió con pesar.

—Tu método de sanación tiene sus limitaciones —comentó.

Él asintió.

—Solo puedes usar los recursos de los que dispones. Pero unas cuantas comidas te dejarán como nueva.

Auraya asintió y miró el suelo con el ceño fruncido. Preocupado, él se le acercó.

—¿Estás bien?

Ella levantó la mirada, sonrió y, sin previo aviso, se le acercó y lo besó en los labios. Fue algo más que un beso entre amigos, pero breve.

Él se quedó paralizado por la sorpresa, con el corazón desbocado.

—¿Y eso? —Consiguió decir finalmente.

—Un gesto de agradecimiento —declaró ella—. Por hacerme compañía durante... mi cautiverio. Me infundiste esperanza y valor. —Hizo una pausa

—. Y, como has dicho, el futuro está lleno de posibilidades.

Auraya sonrió y, sin esperar respuesta, dio media vuelta, decidida a seguir las pisadas de Emerahl en la arena.

Mirar la vio desaparecer detrás de la duna y echó a andar en pos de ella, consciente de que sonreía como un tonto, pero sin que esto le importara en absoluto.

Epílogo

El hombre que cruzó la puerta con paso vacilante era alto y delgado. Llevaba una vestimenta sencilla, pero no pobre, y calzaba sandalias nuevas. Pese a su nerviosismo, andaba con la seguridad de una persona consciente del lugar que ocupaba en el mundo. Tenía el cabello encanecido y la piel arrugada, pero su mirada era directa y penetrante.

Recostado sobre almohadones, el emperador de Sennon estudió al hombre como tenía por costumbre, aplicando la habilidad que había adquirido a lo largo de su vida. Aunque reconoció en él inteligencia y seguridad en sí mismo, también notó con alivio que no mostraba ese comportamiento duro y frío que había llegado a atribuir a hombres ambiciosos o crueles.

«Aun así, es un fanático —decidió—. Los huelo a cien pasos de distancia».

Tras echar un vistazo rápido a la cama, al emperador y a su acompañante, el recién llegado se hincó de rodillas y apoyó la frente en el suelo.

«No es orgulloso —observó el mandatario—. Esos malditos sacerdotes y Servidores detestan inclinarse ante mí. Este hombre es listo».

—Levántate. —El visitante obedeció, pero mantuvo la cabeza gacha—. De modo que eres el Hombre Sabio de Karienne —aseveró el emperador—. ¿Tienes nombre además de apodo?

El Hombre Sabio asintió.

—Me llamo Eralayo Escriba. O Ero.

—Has estado predicando durante largo tiempo. Si no estuviera tan... —el emperador señaló la cama— indispuerto, habría ido a escucharte.

—Me honráis, majestad.

—Esa es la razón por la que te he mandado llamar. Háblame de ese Constructor al que tanto mencionas.

El Hombre Sabio alzó los ojos, sorprendido. Echó una ojeada al acompañante del emperador y devolvió la mirada al mandatario. Alzó y bajó los hombros mientras hacía acopio de valor. Acto seguido, irguió la espalda.

—Todos somos obra del Constructor —afirmó—. Todo cuanto existe es creación suya. Cada animal, cada planta, cada hombre y cada mujer. Incluso el polvo bajo vuestros pies. Incluso los dioses. —Hizo una pausa y tragó en seco de forma sonora—. El Constructor creó el mundo con un propósito que constituye un misterio para nosotros. Nos preguntamos por qué hizo un mundo tan imperfecto. El Constructor trajo al mundo seres que consideramos malignos. Sin embargo, ¿por qué los consideramos malignos? ¿Porque matan? —Extendió las manos a los costados—. Un raina come plantas. Las plantas también son seres vivos. El raina mata a la planta que se come. Tememos a los lerameres y a los voranes porque pueden matarnos, pero no lo hacen por maldad, sino por hambre. Los detestamos porque devoran nuestro ganado. No es un acto de maldad, pero nos sale caro.

El emperador sonrió al oír aquello.

—Nos preguntamos por qué el Constructor creó a mortales capaces de hacer el mal —prosiguió el Hombre Sabio—. Hay muchas cosas sobre el Constructor que no comprendemos. Apenas hemos empezado a percibirlo. Tal vez con el tiempo, él nos permita entender más.

El Hombre Sabio se quedó callado, con expresión expectante. «Ha predicado tantas veces que sabe cómo incitar a la gente a plantear las preguntas adecuadas», pensó el emperador.

—¿Cómo sabes que este Constructor es algo más que un producto de tu imaginación?

—Algunos solo necesitamos mirar en nuestro interior. Cerrar los ojos y buscar. El conocimiento está allí. Lo que ocurre es que nunca antes nos habíamos tomado la molestia de buscarlo, porque la existencia de los

antiguos dioses era tan evidente que nunca nos preguntamos qué había más allá. El Constructor no se vale de la magia para revelarnos su existencia. A diferencia de las deidades, que eran seres mágicos, el Constructor es un ser que lo engloba todo. Engloba el mundo.

—Aseguras que el Constructor creó a los dioses. Entonces ¿cómo pudieron ser aniquilados?

El Hombre Sabio se encogió de hombros.

—Él ha creado puntos débiles en todos los seres vivos, tal vez para asegurarse de que nada ni nadie pueda imponerse eternamente sobre los demás. Con el tiempo, el punto débil de los dioses ha acabado por destruirlos.

—¿Y acabarán nuestros puntos débiles con los mortales?

—Tal vez. Pero dentro de mucho tiempo, supongo. Somos criaturas resistentes, pese a nuestras flaquezas.

El emperador sonrió. Se quedó callado por unos instantes debido a sus dificultades para respirar. Su acompañante le acercó el quemador de hierbas purificadoras. Una vez que sus pulmones se hubieron despejado un poco, el monarca se volvió otra vez hacia el Hombre Sabio.

—¿Se lleva las almas el Constructor?

Una vez más, el Hombre Sabio se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no desperdicia nada. Cuando arrancamos la ogradia, matamos a la planta, pero, al pudrirse, el tallo nutre la tierra, y las semillas nos sirven de sustento. Es posible que nuestros cuerpos vuelvan al mundo de la misma manera, enriqueciéndolo y dando origen a nuevos seres vivos. Puede que con nuestras almas ocurra lo mismo.

El emperador reflexionó sobre estas palabras. Asintió.

—Eso es todo por hoy —dijo con voz ronca, pues de nuevo le costaba respirar—. Retírate.

El Hombre Sabio volvió a postrarse y abandonó la habitación con expresión pensativa. Arrellanándose entre los almohadones, el emperador inspiró el sahumero de las hierbas y se volvió hacia el único hijo que le quedaba.

—Me agradan este hombre y su Constructor —dijo—. ¿A ti qué te ha parecido?

Herayla asintió.

—No me parece peligroso y, en cambio, creo que tiene un gran potencial.

—¿De modo que le das tu aprobación?

—Sí —respondió Herayla con el ceño fruncido—. Desde que los dioses perecieron, hemos padecido cincuenta años de mentiras y desorden. Necesitamos algo que una a la gente. Esta idea de un Constructor que lo creó todo tiene muchos aspectos atractivos. Sobre todo la idea de que todos adolecemos de unos cuantos puntos débiles. No le vendrá mal a la gente ser más comprensiva y tolerante con los defectos ajenos.

—No lles las cosas demasiado lejos —le advirtió el emperador.

Herayla sonrió.

—Sabes que no lo haré.

—No, eres demasiado listo para eso —convino el soberano—. Tengo que reconocer que me alegro de que todo esto haya terminado. Solo me queda vivir lo bastante para declarar que yo, el emperador de Sennon, que nunca he mostrado preferencia por un culto sobre otro, me he convertido al culto del Constructor. Será un gesto contundente. Después tú podrás gobernar el mundo. —Inspiró de forma entrecortada y exhaló un suspiro—. Espero, por tu bien, que dé resultado.

Herayla sonrió.

—No te preocupes, padre. Tanto si existe como si no, es imposible que el tal Constructor ocasione tantos desastres como los dioses.

El emperador soltó una risita.

—Espero que tengas razón, hijo mío. Eso espero, de verdad.

Glosario

VEHÍCULOS

Botevela – embarcación que recorre el desierto impulsada por el viento

Botevelista – persona que maneja el botevela

Platén – vehículo de dos ruedas

Tarne – vehículo de cuatro ruedas

PLANTAS

Bulbos de kui – frutos comestibles de un alga

Démbar – árbol con una savia mágica y sensible

Drimma – fruta de Ithania del Sur

Enremidera – planta que se sirve de la telepatía para atrapar sus presas

Felfé – árbol de Si

Florrim – droga tranquilizante

Formatano – droga soporífera

Fronden – planta parecida al helecho

Garpa – árbol. Sus semillas son estimulantes.

Heybrina – remedio que, según se dice, protege de las ETS

Hierbela – remedio para las hemorroides

Hrumia – coral que produce un tinte azul

Huemin – flor carnosa

Madera de humo – corteza con cualidades estimulantes
Madera de sal – madera resistente a la descomposición
Malina – hierba que estimula la circulación
Miten – árbol cuya madera arde lentamente
Ogracia – cereal que se cultiva en Sennon
Rebi – fruta que se da en Si
Sautre – árbol que crece en las riberas
Sendel – planta que crece en el sotobosque
Tube marino – coral que segrega tinta
Yan – tubérculo que se encuentra bajo el suelo del bosque

ANIMALES

Aggen – monstruo mítico que mora en las minas
Amma – según las leyendas, lágrimas de pez gigante
Arem – animal criado para tirar de platenes y tarnes
Arke – ave de presa
Brim – animal pequeño que los siyís cazan por su carne
Carmón – animal pequeño de Sennon que se cría como mascota
Dardispa – insecto provisto de aguijón de las montañas del nordeste
Doi – animal marino de carácter juguetón
Esteriza – ser cubierto de púas que habita en los arrecifes
Fanrin – depredador que caza gabras
Flarke – depredador marino
Gabra – animal doméstico que se cría en las montañas por su carne y su leche
Gamilla – molusco comestible de agua dulce
Garr – ser marino gigantesco
Guirri – ave sin alas domesticada por los siyís
Kiri – ave de presa grande
Leramar – depredador con poderes telepáticos
Lomospina – nombre que los pisatierra dan al flarke
Lumbriz – insecto que brilla en la oscuridad
Lupino – crustáceo que vive en arrecifes

Lyrim – animal doméstico de rebaño
Moscoiris – insecto con dos alas del color del arcoíris
Mujuk – mascota pequeña
Ner – animal doméstico que se cría por su carne
Pez de luz – ser marino que brilla en aguas oscuras
Pezgigante – ser marino de enormes dimensiones
Pezpalo – pez insípido
Raina – animal utilizado como montura y para tirar de platenes
Robal – animal marino de gran tamaño
Saltapantanos – insecto que habita los pantanos y se desplaza a grandes saltos
Shem – animal doméstico que se cría por su leche
Takker – serpiente de gran tamaño
Tijón – insecto dotado de aguijón
Tiwi – insecto que vive en colmenas
Urro – carnívoro de la selva dekkana
Ventella – pez con púas venenosas
Viz – mascota graciosa que tiene el don de la telepatía y habla
Vorán – animal semejante al lobo
Yervo – animal parecido al ciervo con telepatía limitada
Yeryer – animal marino venenoso

ROPA

Cirque – prenda redonda que los sacerdotes circulianos llevan encima de la ropa
Nagua – prenda interior femenina
Octaveste – atuendo de los sacerdotes de Gareilem
Sayo – vestido de mujer, camisa de hombre
Tago – prenda que se lleva encima de la ropa, sobre los hombros y abrochada por el cuello

ALIMENTOS

Coopa – bebida dunwayana
Especia de fuego – hierba picante de Toren
Harina de nueces – polvo de nueces molidas, típico de Si
Hogazaplana – pan consistente
Tartahojaldre – pastel frito y hojaldrado
Torta de raíces – empanadilla hecha con raíces hervidas y fritas

BEBIDAS

Ahm – bebida de Somrey que suele servirse caliente y con especias
Drai – bebida de los elay
Fua – bebida dunwayana
Jamya – bebida ceremonial de los pentadrianos
Kahr – bebida de Sennon
Maita – bebida estimulante sin alcohol
Teho – bebida de Sennon
Tepi – bebida de los siyís
Tintra – bebida haniana
Tipli – bebida de Toren

ENFERMEDADES

Devoracorazones – dolencia que afecta a los pulmones
Putridez pulmonar – enfermedad que pudre los pulmones
Supurencia – enconamiento de una herida

ARQUITECTURA

Casa de camino – establecimiento que ofrece alojamiento a viajeros
Casa franca – lugar donde pueden alojarse los tejedores de sueños
Piedrablanca – material de color claro
Piedranegra – material de color oscuro

OTROS

Canar – moneda de Sennon

Ka-lem – alto cargo del ejército de Dunway

Madera de humo – droga recreativa

Soñadera – sustancia somnífica

Talmo – título para designar a los terratenientes

Agradecimientos

A «Los Dos Pauls» y Fran Bryson, que leyeron el borrador más temprano. También a Jennifer Fallon, Russell Kirkpatrick, Glenda Larke, Fiona McLennan, Kaaren Sutcliffe y Tessa Kum por sus consejos. A todos los lectores, en especial a mis amigos de Voyager Online. Y, por último, a Stephanie Smith y al equipo de Voyager.